



INDESTRUCTIBLE

ROSA. MENÉNDEZ

INDESTRUCTIBLE

RosA. Menéndez

copyright © RosA. Menéndez 2014
Portada © R.A.M.
Diseño Portada por MarcadeAgua.eu
www.rosamenendez.com

SINOPSIS

ÍNDICE TEMPORAL

Casi un Prólogo...

Olas rompiendo acantilados

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Olas besando playas

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Casi un Epílogo

AGRADECIMIENTOS

BIBLIOGRAFÍA / ARCHIVOS DIGITALES

SINOPSIS

Cuando en enero del año 2000 la joven Catherine Shaw llegó a Portree en la isla de Skye (Escocia), nunca imaginó que una oferta laboral para construir los veleros más rápidos del mundo acabaría convirtiéndose en el periodo más intenso de su vida. Conocer a su nuevo jefe, un joven arquitecto naval, la marcará. Navegarán sobre sensuales aguas turbulentas y tomarán decisiones que solo el tiempo dirá si fueron acertadas o no.

*Si crees en ti mismo cuando todo el mundo duda de ti,
también dejas lugar a sus dudas.*

*Si puedes esperar y no cansarte de la espera;
o si, siendo engañado, no respondes con engaños,
o si, siendo odiado, no te domina el odio*

....

*Si puedes soñar y no hacer de los sueños tu amo;
Si puedes pensar y no hacer de tus pensamientos tu único objetivo;*

*Si puedes conocer al triunfo y la derrota,
y tratar de la misma manera a esos dos impostores.*

*Si puedes soportar oír toda la verdad que has dicho,
tergiversada por malhechores para engañar a los necios.*

*O ver cómo se rompe todo lo que has creado en tu vida,
y agacharte para reconstruirlo con herramientas maltrechas.*

*Si puedes amontonar todo lo que has ganado
y arriesgarlo todo a un solo lanzamiento;
y perderlo, y empezar de nuevo desde el principio
y no decir ni una palabra sobre tu pérdida.*

*Si puedes forzar tu corazón y tus nervios y tus tendones,
para seguir adelante mucho después de haberlos perdido,*

*y resistir cuando no haya nada en ti
salvo la voluntad que te dice: "Resiste!".*

....

*Si puedes llenar el inexorable minuto,
con sesenta segundos que valieron la pena recorrer...*

Ruidyard Kipling

ÍNDICE TEMPORAL

OLAS ROMPIENDO ACANTILADOS parte I (año 2000)

- Casi un prólogo
- CAPÍTULO 1 - Del 20 al 23 de enero
- CAPÍTULO 2 - Del 24 de enero al 27 de febrero
- CAPÍTULO 3 - Del 28 de febrero al 19 de marzo
- CAPÍTULO 4 - Del 20 al 25 de marzo
- CAPÍTULO 5 - Del 20 al 23 de abril
- CAPÍTULO 6 - Del 3 al 7 de mayo
- CAPÍTULO 7 - Del 6 al 10 de junio
- CAPÍTULO 8 - Del 1 al 14 de julio
- CAPÍTULO 9 - Del 16 al 17 de julio
- CAPÍTULO 10 - Del 31 de julio al 7 de agosto

-

OLAS BESANDO PLAYAS parte II (año 2010)

- CAPÍTULO 11 – 25 de febrero
- CAPÍTULO 12 - Del 1 al 28 de marzo
- CAPÍTULO 13 - Del 5 al 12 de abril
- CAPÍTULO 14 - Del 1 al 5 de mayo
- CAPÍTULO 15 - Del 10 de mayo al 4 de junio
- CAPÍTULO 16 - Del 6 al 13 de junio
- CAPÍTULO 17 - Del 20 al 22 de junio
- CAPÍTULO 18 - Del 28 de junio al 24 de julio

-CAPÍTULO 19 - Del 30 de julio al 7 de agosto

-CAPÍTULO 20 - Del 13 al 15 de agosto

-Casi un Epílogo

Casi un Prólogo...

Dunvegan, Escocia

Jueves 15/8/2013

El viento, el movimiento del barco desplazándonos con la vela mayor frente a la bella costa dónde vivimos, y algunas gotas salpicadas en mi rostro me hacen entrar en un estado de relajación que trae a mi memoria los momentos más importantes de mi vida. Algunos muy buenos, otros mejor olvidarlos, pero todos míos, formando parte de quien soy hoy: una mujer enamorada del hombre que me sostiene dulcemente entre sus brazos, a mi lado, como prometió hace algunos años.

Nos alejamos escuchando *More than this*, mientras, mi mente divaga yéndose al día que nos conocimos...

Olas rompiendo acantilados

«El agua es la fuerza motriz de toda la naturaleza»

Leonardo da Vinci

INDESTRUCTIBLE I

(Del 20 de enero al 7 de agosto de 2000)

Capítulo 1

Portree, Isla de Skye, Escocia

Jueves 20/1/2000

Mis ojos fascinados ante la pacífica bahía intentan sosegar mi creciente angustia, por fin estoy aquí. Me reciben invernales azules suavizados con la ilusión de cálidos rayos de sol, a la vez que en el mar pequeñas embarcaciones se mecen tranquilas esperando el atardecer. La calma que transmiten me hace relajar el paso, sigo mi camino entre una hilera de coloridos edificios, disfrutando de las vistas protegidas en un puerto natural rodeado de islotes y montañas.

Al final de la calle veo el edificio que engloba la sede y el astillero *McPheal Marine Ltd.*, impone su presencia, aunque no es muy alto, ninguno lo es en la zona portuaria, la mezcla de arquitectura contemporánea junto a los materiales lo hacen destacar de una forma muy impactante.

En cuanto me aproximo, advierto el cristal, el acero y la piedra de la fachada donde se encuentran las oficinas, y únicamente con imaginar la luz entrar, estando trabajando en él, mi corazón empieza a brincar de emoción.

Comunicada a dos diques secos, en un lateral está la nave, con una ola enorme pintada en grises y azules recorriendo sinuosa los muros, contrastando

con el icono de la compañía: un velero verde sobre el mar embravecido.

Sin notarlo mis piernas me dirigen a la entrada y mi sensación de indefensión se incrementa hasta un nivel que no sé si voy a ser capaz de controlar; mi futuro laboral inmediato depende de lo que ocurra en los próximos minutos.

Atravieso el luminoso vestíbulo con una claridad brutal, me aproximo al mostrador de recepción inspirando varias veces para templar mis nervios.

La hora ha llegado este es mi destino.

—Buenos días. Soy Catherine Shaw. Tengo cita con el señor McPheal.

—Buenos días, señorita Shaw. Compruebo su cita, si es tan amable, espere ahí.

Me indica con un gesto una zona de espera. El chico parece eficiente y agradable, es un veinteañero con un atuendo muy conservador.

—Gracias, muy amable.

Me dirijo a los sillones alegrándome de haber elegido un traje sastre con pantalón gris y chaqueta entallada; me aporta el aire serio y formal que quiero transmitir.

Al llegar unos cuadros en la pared captan mi atención. Con el arte siempre me pasa igual; o bien me impresiona desde el principio, o pasa totalmente desapercibido. Afortunadamente, los trazos rápidos y precisos de estos me cautivan, realizados a carboncillo, mostrando las diferentes etapas en

la construcción de un barco.

Varias personas hablando entre ellas entran y salen de una pequeña cafetería situada cerca del ascensor. El ambiente es relajado y cordial.

Mentalmente voy repasando lo que quiero decir, me preparo contestando las posibles respuestas a las preguntas habituales para el puesto al que me presento, en este momento, todo lo que pueda recordar y me haga obtener el trabajo, me va bien.

Distraída con mis inquietudes me fijo en un tipo que acaba de entrar bastante rápido, castaño, alto, vestido de manera informal: una americana camel con coderas, jersey negro de cuello alto, vaqueros y zapatos sport.

Se dirige muy decidido al mostrador sin advertir mi presencia.

—Paul. Buenos días. Esta mañana no dejes pasar a nadie a mi despacho, tengo dos reuniones y no tengo ganas de entrevistar a ningún inútil más —ordena con voz profunda y segura.

Paul asiente sonriendo, tecleando en su ordenador.

—Entendido señor McPheal, pero debe saber que la señorita Shaw está esperándolo. Tiene una cita con usted dentro de quince minutos.

«¿Señor McPheal?» «¿Este es mi jefe?»

Abro los ojos sin poder reprimir mi sorpresa. Si se supone que tiene al menos setenta años. De repente no entiendo nada. «¿Será el hijo del dueño?», Tom me dijo que era amigo de su padre. «¿Este tipo es amigo de su padre?»

Desde mi posición agudizo el oído, ahora tengo una curiosidad y un desasosiego incontrolables.

—Joder... Lo había olvidado, dile que vuelva otro día, hoy no puedo atender a nadie.

El señor McPheal se va con prisa al ascensor, dejándome plantada. Todo el esfuerzo que he hecho por llegar se acaba de ir al traste en dos minutos.

«Será capullo...»

El desconcertado chico me mira compasivo para transmitirme las noticias.

—No te preocupes.

Mi voz desilusionada evitándole el bochorno.

—Lo siento.

—No pasa nada, que haya hecho ocho mil kilómetros, esté alojada en un hotel de mierda y lleve dos días sin dormir...

Dejo la enumeración sin completar bajo la comprensiva mirada de mi interlocutor e intento controlar mi temperamento, pero me dejo llevar con un valor y una soltura incrementados por mi mal humor.

—Está claro que algunos no aprecian el esfuerzo de los demás. He cruzado un océano para estar hoy aquí. He dejado mi anterior trabajo porque mi sueño es Europa, pero no importa. ¿Qué más da? Vuelva usted mañana

señorita Shaw. ¿Sabes? ¡Ellos se pusieron en contacto conmigo! Casi me rogaron para que viniera a trabajar aquí. —Sin medir el volumen de mi voz, en aumento proporcional a mi cabreo—. ¡¿No es suficiente?! Lo siento, discúlpame, pero es que me toca las narices que algunos no tengan ni idea de cómo cumplir con sus...

Dejo la frase sin terminar. Los ojos asustados en el rostro de Paul, que —de repente— ha empalidecido hasta confundirse con los muros, me indican que algo no va bien, mierda... seguro que tengo a alguien detrás.

—¿Señorita Shaw?

Escucho otra vez desde mi espalda la voz profunda y autoritaria que me ha llevado a mi actual estado. Lentamente doy la vuelta para quedarme clavada en el sitio. Los ojos más increíbles que he visto nunca me miran furiosos: una mezcla de azules y esmeraldas, yendo hacia un color indefinido, brillan conteniendo tempestades que prometen arrasarlo todo a su paso, incluso así, estoy totalmente deslumbrada por ellos.

El señor McPheal se acerca despacio como un gato acechando a un ratón.

—Cumplo con mis compromisos, suponiendo que era eso lo que iba a decir, he bajado personalmente a buscarla porque olvidé anotar su cita, al subir me he dado cuenta de mi error y estoy intentando rectificar. Y para que quede bien claro. —McPheal hace una inflexión en su voz, con una pausa que

me hacen tragar nerviosa, sus ojos se entrecierran, ladea un poco la cabeza e inclina su cuerpo sobre mí. Me saca más de veinte centímetros. Sé que trata de intimidarme, está dejando claro que él manda, y mi angustia por haberme ido de la lengua en un arrebato de furia me lleva a pensar que mi estancia ahí ha llegado a su fin sin haber ni siquiera empezado. El señor McPheal sigue con su discurso—: Me preocupo por las personas que forman parte de esta empresa. Antes de ponerse a despotricar sobre mí, delante de personas que usted no conoce de nada y, casualmente, yo sí, sería de agradecer que se informara un poco mejor.

Tiene su mirada hipnótica clavada en la mía, acompañada con una cara de cabreo impagable. Me siento fuera de lugar. No suelo ser así, supongo que el agotamiento y la decepción han contribuido a que me desahogue con Paul. No lo debería haber hecho, ha sido un error, pero ya no puedo hacer nada, solo me queda hacer frente a la situación.

—Le pido disculpas, no era mi intención criticarlo —digo humilde.

El señor McPheal pone una mueca de disgusto y enarca una ceja en su ya cínica expresión.

—Ah, disculpe por no haber sabido interpretar una crítica constructiva.

Se mete las manos en los bolsillos del pantalón, sin mostrarse alterado.

—Señor McPheal, me estoy disculpando, he tenido que viajar casi dos

días...

Mi excusa no me la creo ni yo, sinceramente, estoy bastante molesta con su actitud.

—¿No conoce usted esos aparatos con motor y alas que vuelan por los cielos?... Si hubiese sabido que venía a nado, probablemente no se me habría olvidado su entrevista, por el hito que supondría, claro.

«¿Ahora me está vacilando?» Ha pasado de borde a gilipollas en cuestión de segundos. Me temo que la entrevista no va a ir muy bien; nuestro feeling es cero.

—No voy a responder a algo que encuentro absurdo. —Muy dignamente alzo la cabeza y continúo—: Si de verdad ha venido "personalmente" a buscarme, no ha delegado en nadie este difícil trabajo, creo que sería conveniente me diga a qué hora le viene bien hacer la entrevista. Así los dos podríamos volver a nuestros asuntos sin perder más tiempo.

Soy consciente de que me acabo de pasar, pero no le voy a permitir que me ridiculice y, por suerte, parece que mi réplica surte efecto; me dirige una mirada respetuosa, olvida el gesto amenazador e intenta sonreír.

Lo observo con incertidumbre. Sin moverse, me está poniendo un poco nerviosa, no sé qué va a hacer. Cuando ha entrado he visto su cuerpo, esbelto y fuerte. Ha dejado arriba la chaqueta y, solo con el jersey negro de cuello alto y los vaqueros, tiene una elegancia innata de la que no parece ser consciente.

Ahora que estamos muy cerca, lo aprecio realmente. El señor McPheal es muy, pero que muy, atractivo: una cara varonil con las cejas oscuras enmarcando sus grandes y expresivos ojos, unas pestañas muy largas y espesas solo hacen que captar la atención sobre ellos, pómulos altos, nariz recta, y un mentón marcado que le da un aire insolente y arrogante que había tenido oportunidad de comprobar por mí misma.

El repasito no me está ayudando mucho, al contrario, me estoy perdiendo. Y lo peor, creo que él está haciendo lo mismo; qué vergüenza.

—Le pido disculpas. No hemos empezado con buen pie —asume conciliador.

Su mirada cambia y decido centrarme en lo que me ha traído aquí.

—También yo le pido disculpas.

El arrepentimiento en mi voz es patente.

—Acompáñeme, por favor.

Suavemente tira de mi codo antes de dirigirnos hacia los ascensores, en silencio. Rescato mis ojos de los suyos, y para mi hundimiento total, descubro su boca y desvío la vista rápidamente, necesito concentrarme en la reunión.

El trayecto lo hacemos acompañados de más personas que se incorporan en el hall, lo saludan con familiaridad y confianza.

Una vez en la planta de desarrollo y diseño tengo la impresión de

haber llegado al instituto. Tienen puesta una emisora de radio con el volumen muy alto, suena AC/DC y su conocido *Back in Black*.

La chica de la recepción, otra veinteañera morena con ojos de gata, nos sonríe cuando pasamos delante, aunque no intenta advertir a sus compañeros de que el jefe ha vuelto.

No doy crédito a lo que veo. La sala es muy amplia, la luz entra llenándola con rayos de claridad camuflando seis mesas de trabajo con ordenadores y varios equipos para comprobación de datos, además de estanterías bajas formando cubos blancos iguales al resto del mobiliario.

El sitio estaría muy bien si no fuera por los tres tíos, como castillos, desga it ndose medio locos mientras beben algo indefinible de color rosa. Nos miran y sonríen siguiendo a lo suyo. Nosotros andamos hacia el final del pasillo. Aunque mi actitud es reservada, mi mente no deja de dar vueltas al entorno que estoy viendo; han conseguido descolocarme.

Como si McPheal hubiese entrado en mis pensamientos, se gira, sonriendo.

—No se haga ilusiones, normalmente tenemos muy buena atmósfera laboral, pero lo de hoy es una excepción. Nos acaban de firmar el contrato con *M&USea Ltd.*, y nos han puesto de muy buen humor. Hace unos meses les presentamos un proyecto para construirles varios veleros, sabría del fiasco que tuvieron hace unos años... Bueno ya se enteraría, como iba diciendo, han

confirmado esta mañana el encargo de dos nuevos... —detiene su explicación.

Acabamos de llegar a otra sala, muy parecida a la anterior, con la misma música sonando y las risas de sus ocupantes retumbando sin control.

McPheal se para en la puerta, indicándome que me asome. Hay varias mesas con puestos informáticos y muchas estanterías abarrotadas de libros, todo en la misma línea de lo que he visto, una especie de caos controlado. La luz filtrándose por los inmensos ventanales y el mobiliario funcional la hacen aparecer más grande de lo que es.

Hay tres hombres y dos mujeres riendo, observando imágenes en un ordenador.

—¡Eh! Tropa. Un poco de atención, os presento a Catherine Shaw, será la encargada de las telecomunicaciones de los barcos. Sed amables, por favor.

Todos me saludan con asentimientos de cabeza y sonrisas abiertas. De entrada parecen simpáticos, espero que sean también buenos profesionales.

Aún sin salir de mi asombro me doy cuenta de que está presentándose como compañera y, si no recordaba mal, todavía no habíamos hablado de condiciones laborales y él está dando por sentado que yo trabajaría con ellos.

Seguimos andando a través del mismo pasillo, ahora acristalado, se pueden ver los diques. Al llegar a su despacho, el señor McPheal, gentil, me cede el paso. Se trata de una habitación bastante grande con una gran biblioteca abarrotada de libros al fondo y dos mesas de trabajo de madera.

Una de ellas, hacia la que se dirige, está colocada junto a un ventanal con todos los objetos y papeles muy ordenados.

Me hace un gesto con la mano para que tome asiento. Él ocupa su silla giratoria y pasamos un momento en silencio hasta que encuentra los datos que busca en el ordenador.

Al alzar la vista se centra totalmente en mí, adopta una postura confiada con los codos apoyados en la mesa y las manos cruzadas.

—Señorita Shaw, me gustaría explicarle un poco la trayectoria de esta empresa, debe entender que: trabajar aquí es hacerlo en una compañía que lleva dedicándose a fabricar barcos desde hace cuarenta años y nos enorgullece saber que somos punteros en ello; nos tomamos muy en serio el trabajo y no quiero darle una impresión equivocada —dice serio.

Me observa relajado y muevo despacio la cabeza tratando de ordenar mis ideas.

Ajeno a mi inseguridad, continúa con su introducción:

—Esta compañía la fundó mi abuelo con la ayuda de mi padre. En los inicios eran solo ellos y unos pocos obreros. Su intención fue siempre desarrollar barcos en los que primase la calidad sobre la cantidad y no tardaron en tener clientes asiduos. Este mundo está lleno de gente con dinero, con muchas conexiones y el boca a boca es fundamental. Nunca hemos hecho campañas de publicidad, ni nada por el estilo. Nuestros clientes han ido

llegando unos por otros y la verdad es que nos ha ido bastante bien. Desde hace unos años nos decantamos por utilizar la última tecnología en nuestros barcos y, aunque al principio fue arriesgado, ha sido lo que nos ha puesto en la cabeza del sector. Le cuento todo esto porque en su departamento es donde más se aplican estas innovaciones.

—Señor McPheal —carraspeo insegura, no sé muy bien cómo enfocarlo—. Aún no hemos llegado a un acuerdo... Quiero decir, el puesto me interesa mucho y me gustaría saber qué se espera de mí. En Recursos Humanos me dijeron que viniera, que estaban muy interesados en mis servicios, sin embargo, no me han concretado nada. Solo sé que necesitan un ingeniero en telecomunicaciones.

Me observa como si me hubieran salido dragones en la cara.

—Bueno... —duda un segundo—. Al haber venido desde Baltimore y después de la conversación con Recursos Humanos, creía que tenía claro que el puesto era suyo.

—La verdad es que no. He venido porque me interesa. Me puede enriquecer mucho trabajar aquí, pero no me hablaron de condiciones, salario, ni nada por el estilo.

—Ya veo. —Su cara refleja al instante alivio—. Disculpe mi confusión. Creía que ya estaba enterada de todos los pormenores. El contrato que le haríamos es por obras, es decir, por los dos veleros de crucero para

competición, normalmente, nos lleva unos cuatro meses cada barco. En este caso, al ser un pedido especial, debemos tenerlos listos dentro de seis meses, por lo que su contrato sería por ese tiempo. Si su trabajo es satisfactorio, queremos cubrir el puesto, hablaríamos de prorrogarlo. La jornada empieza a las nueve de la mañana y acaba a las cinco de la tarde, excepto los viernes. Si alguien quiere dedicarle más tiempo al trabajo no me opongo, aunque no me gusta que se trabajen más de ocho horas al día. Se va perdiendo la atención. Está claro que, puntualmente, a todos nos tocan hacer horas extras, pero no es lo habitual. Y por último, en cuanto al salario creo que estamos por encima de la media en este sector. Al ser usted ingeniero en telecomunicaciones sería de aproximadamente £ 30,000 al año, más seguro médico. El alojamiento corre de su cuenta. Se incorporaría el próximo lunes.

Sigue con su actitud tranquila esperando mi respuesta.

—De acuerdo

A partir de ese momento la entrevista fluye sin más problemas. Durante un rato hablamos de mi experiencia en el sector, los astilleros de Baltimore y sobre la diferencia de trabajar en un continente u otro. Cuando la conversación no da para más, el señor McPheal se levanta y con educación me conduce a la salida.

Nos dirigimos callados de vuelta hasta que se detiene cediéndome el paso en la puerta dónde nos habíamos parado antes.

Tras entrar va presentándose a los que desde el lunes serán mis nuevos compañeros.

—Catherine, este es Peter Taylor, estudiamos juntos, primero ingeniería naval en Oxford y después en la universidad de Strathclyde arquitectura.

Es un tipo igual de alto como él, de complexión fuerte. Muy atractivo, rubiales con los ojos muy bonitos y un lunar muy sexy en la cara. Está muy bien y es consciente de ello.

Me tiende la mano amigablemente y con una sonrisa que le llega a los ojos mira a nuestro jefe.

—Encantado de conocerte Catherine, espero que trabajemos bien juntos. No creo que sea difícil, pareces una persona inteligente, además de muy guapa —diciendo esto me guiña un ojo—. Sabes, por aquí también nos gusta quedar al salir del trabajo para tomar algo y distraernos. No hay mucha oferta, así que vamos siempre al mismo sitio, después si quieres te lo enseño.

Lo deja caer de forma natural, aunque no me ha mirado a mí cuando lo decía. No quitaba los ojos de encima a McPheal, que parece ensimismado en su mundo interior.

—Gracias, será un placer acompañaros de vez en cuando.

Si lo decía en plural no parecería un flirteo, cosa que por mi parte es cierta; no estoy tonteando con él.

McPheal tira con suavidad de mi hombro para continuar con la presentación del resto del equipo de diseño. Los siguientes son otros dos hombres: David McAllister y Matthew Jones. El primero tiene pinta de reservado y eficiente, es un moreno alto y delgado. No es guapo como McPheal o Taylor, tiene una cara agradable. Me saluda formal y vuelve a su ordenador, es el único que no participa de la celebración.

Matthew Jones resulta ser el payaso del equipo. No tan alto como los demás. Por supuesto más que yo, con mi metro sesenta y cinco no soy precisamente la persona más indicada para criticar su tamaño. Tiene el pelo castaño con reflejos rojizos y los ojos verdes más bonitos que he visto en mucho tiempo.

Me tiende la mano y, cuando se la doy, tira de mí dándome dos besos en la cara. Sonrío avergonzada y sorprendida; no acostumbro a esos saludos en mi ámbito profesional y menos en el primer día.

—Lo siento.

Jones se disculpa, sin arrepentimiento.

—No pasa nada. No me ha molestado.

Me observa esbozando una sonrisa seductora.

—Tienes los ojos más bonitos que he visto nunca. Es la primera vez que veo el cobre fundirse con el ámbar dentro del chocolate.

Su comentario me ha dejado sin palabras en mi boca totalmente

cerrada. Lo único que puedo hacer es abrirlos más, asombrada por su actitud.

Peter lo mira con cara de pocos amigos, pero en este momento, McPheal, que se encuentra hablando por el móvil y no ha perdido detalle de la presentación, ha vuelto a cambiar su expresión.

Las dos chicas rompen el silencio y se presentan solas.

—Hola, Catherine, soy Joan, seremos compañeras. También hago diseño naval y algo de telecomunicaciones, trabajaremos codo con codo.

Es pelirroja, con la tez muy blanca y los ojos tan azules que parecen casi transparentes. Tiene una estatura similar a la mía, y su aspecto de fragilidad contrasta con la confianza de su voz. Su recibimiento con dos besos más un breve abrazo es muy amistoso y no me parece fuera de lugar.

—Hola, soy Sidney, aunque todos me llaman Syd. Soy ingeniero, estaremos cerca, pero no compartiremos mesa, eso lo harás con Joan. Me alegra mucho tenerte aquí, al menos, poco a poco ya no estaremos en tanta minoría con estos salidos.

La atractiva morena con el pelo corto y los ojos oscuros, lo dice muy tranquila y sus compañeros, excepto David, empiezan a rodar el índice en el aire esperando su siguiente pulla, la cual no llega.

Supongo que las chicas se están poniendo de mi parte para protegerme un poco de los flirteos de ellos. Dan la impresión de que se llevan bastante bien, me parece un ambiente de trabajo estupendo, distendido, jovial y con

edades parecidas; no creo que nadie supere los treinta y cinco.

Estoy deseando que llegue el lunes y empezar esta nueva etapa en mi carrera laboral.

Unos minutos después de las presentaciones el personal de diseño sigue de un lado a otro, haciendo de todo menos trabajar. La música sigue sonando en la radio, ahora es el turno de *Sweet Child O'Mine* de Guns N' Roses, desde luego les va el rock; me encanta.

Intentando no sonreír, observo a Syd destrozando la canción mientras Peter toca la invisible guitarra eléctrica de Slash.

—¿Quién elige la música? —pregunto a Joan.

Ella y McPheal son los más comedidos en sus movimientos, llevan el ritmo con la cabeza. Me parece muy gracioso, nos les pega nada este tipo de música. A ella porque su apariencia casi etérea no va nada con Guns N' Roses y a él...bueno, básicamente es mi jefe y aunque solo es unos años mayor que yo, sería el colmo si también se lanzase a deleitarnos con alguna actuación.

—La emisora la elige Peter. Es el único con derecho a tocar el dial. Decide en función del momento. Hoy es el heavy de los 90 lo que nos toca. ¿No te gusta? —pregunta, llevándose la bebida rosa a los labios.

—Claro, me gustan las guitarras eléctricas —afirmo con una sonrisa.

Peter pasa por nuestro lado para servirse otra bebida, escucha mi respuesta y, de una manera bastante infantil, se quita la guitarra pasándomela.

Me da una palmada en el hombro incitándome a que empiece mi actuación. «¿Está loco?»

—Muéstranos cómo tocas.

Muerta de vergüenza, consciente de la atención que he generado, me la quito y se la devuelvo con una mueca de fastidio.

—Lo siento, no tengo mi púa mágica y sin ella no puedo dar conciertos.

Su atractiva cara me analiza esbozando una sonrisa, ladeando un poco la cabeza.

—No hay problema, cuando te la traigas nos das el concierto, pero si no quieres hacerlo porque te da vergüenza me voy a enfadar, aquí estamos entre compañeros y amigos, esta es una forma como otra de celebrar un acontecimiento.

Termina de servirse su bebida y vuelve a colocarse la guitarra para seguir deleitando a su público. Ahora le toca *Killing in the Name* de Rage Against the Machine.

—¿Qué quieres que toque? —pregunta divertido.

Se está tomando muy en serio su concierto, el resto son meros espectadores extasiados.

—No sé, lo que quieras. ¿*Stairway to heaven*? ¿*November Rain*?

—¿Baladitas?

Con una mueca de disgusto.

—Las dos tienen riffs espectaculares. La introducción con el piano de los GnR es soberbia, la guitarra de Slash una maravilla, y lo de Page es una obra maestra —alego con suficiencia.

Mi nuevo jefe se acerca sonriendo a él y le da varias palmadas en el hombro.

—Compañero te ha salido competencia.

A pesar de que estoy muy cómoda con ellos, pienso en el montón de cosas que tengo pendientes, la más importante: encontrar un apartamento donde vivir. Sin dudarlo empiezo a despedirme.

—Señor McPheal, si no le molesta me voy ya. Tengo que encontrar alguna casa de alquiler por la zona y me gustaría hacerlo en pocos días.

Cinco pares de ojos se clavan en nosotros, pasean las miradas entre los dos. No entiendo qué les pasa, incluso Peter (dando por finalizada su actuación) se acerca con un gesto de incredulidad y se sitúa delante de McPheal.

—Venga ya... Cam. ¿Haces que Catherine te llame “señor”?

El aludido inclina la cabeza hacia él, arqueando una ceja, asesinándolo en el infinito de sus ojos.

—Punto uno: no hago que nadie me llame señor, ¿sabes por qué? — Peter alza las cejas por la arrogancia en la voz, sigue—: Porque lo soy. Punto

dos: cuando crea oportuno hablaré con la señorita Shaw. Y, punto tres: ¿desde cuándo organizas una celebración y me entero al llegar?

Peter lo mira con los ojos como platos afirmando con la cabeza. No puedo asegurar si está un poco humillado por las observaciones de McPheal, o si al contrario le da igual, incluso, por su cara puede estar disfrutando. Deben tener una especie de lenguaje secreto entre ellos.

El señor McPheal vuelve a centrar su atención en mí, me tiende la mano con una sonrisa y me enseña una hilera de dientes perfectos.

—Siento no haberte dicho antes que me tutearas. No me he dado cuenta. Por supuesto, puedes llamarme por mi nombre. Encantado, Catherine, soy Cameron.

Respondo cordialmente, olvidando nuestros primeros minutos para empezar de cero.

—Encantada, Cameron. Cate, por favor.

Nos miramos a los ojos, sonriendo educados; me parece justo.

Mis compañeros se han ido acercando, me encuentro rodeada de todos, bueno no todos, McAllister es el único que sigue en el ordenador sin integrarse.

—¿Te gusta conducir Cate? —pregunta Matthew.

—Sí, pero por aquí no me lo voy a plantear.

Por ahora no tengo coche y no tengo intención de cambiar ese estado,

además, tampoco me apetece conducir, las carreteras son estrechas, no conozco nada y me impresiona circular por la izquierda.

—Ya veo. ¿Y las motos? —insiste curioso.

—La verdad es que sí, pero no conduzco.

Me encantan las motos, pero me siento totalmente incapaz de conducir una.

—Por eso no te preocupes, te enseñaré, si quieres —invita simpático. Con complicidad apoya su brazo en mi hombro y me guiña un ojo—. A mí, me puedes llamar Matt.

Excepto Peter y mi nuevo jefe, el resto observan la escena con sonrisas en la cara.

—Cate, te puedes ir ya, no hay problema —dice la voz firme y profunda de mi jefe.

—Sí, será lo mejor.

—Si tienes problemas para encontrar casa, dímelo o díselo a Peter. Y baja a Recursos Humanos te están esperando.

—Gracias, lo tendré en cuenta. Hasta el lunes a todos que paséis buen fin de semana.

Estoy muy contenta, tengo trabajo, después de casi haberme visto en un avión de vuelta a Estados Unidos. Además, todos mis compañeros me han caído bien y, a pesar de haber empezado con mal pie, a lo largo de la mañana

la cosa ha ido mejorando hasta terminar perfecta.

Un rato después de salir del departamento de Recursos Humanos y haber solucionado el tema de mi contratación, llego al hotel donde toda la tensión que he ido acumulando me pasa factura.

Me tumbo en la cama, fijándome en lo desangelado que está el dormitorio, con el mobiliario muy anticuado y sin darme cuenta caigo agotada.

Sin noción del tiempo, me despierto el viernes a las tres de la madrugada. Estoy hiperactiva y debo encontrar alojamiento, la semana que viene como muy tarde; me quiero centrar en el trabajo y no tener que estar pensando en traslados, ni en visitas para alquilar nada.

Impaciente me siento en la cama con el portátil, buscando y recabando por Internet toda la información posible para poder alquilar algo por la zona. Tengo unos requisitos básicos: cerca del puerto, no muy grande, y unas condiciones de habitabilidad medianamente buenas. Con mi propósito claro, voy anotando los teléfonos de algunos particulares que alquilan sus casas por temporadas, al ser una zona turística hay bastante oferta. Pero claro, en pleno de mes de enero la cosa cambia. Las ofertas son escasas; solo encuentro varias que me pueden servir. Bueno, no está mal.

Son las cinco y hasta las ocho no abre el pub. Aprovecho y mando algunos correos a mis amigos, al menos que sepan que estoy bien. Uno para

Anna:

«**De:** Catherine Shaw

Fecha: viernes, 21 de enero de 2000 04:55

Para: Anna Green

Asunto: Lo flipo

Hola Anna,

¿Cómo estás?

¡Tengo el trabajo!

Esta gente está pirada, estaban d fiesta n la oficina, cuando he llegado...:) Parecen majetes menos cuando hablan, tengo q concentrarm xa entenderlos, ¡¡q horror¡¡.

Si puedo mañana te llamo. Hoy m he quedado dormida n la cama....;)

Nos vemos en Edimburgo el próximo finde. Lo vamos a quemar, jajaja
En el hotel sobre las cinco + o -. Voy a alquilar un coche. Si no llego es que m he matao x ahi, jajaja

Besos C xxx»

Enviar. Ahora a mi amigo Tom, tengo que agradecerle su recomendación. Si él no hubiese hablado con su padre, probablemente, no estaría aquí.

«**De:** Catherine Shaw

Fecha: viernes, 21 de enero de 2000 05:05

Para: Thomas H. Scott

Asunto: Eres el mejor

Hola,

Te debo una. Muchas gracias querido amigo.

¡GRACIAS!!.

¿Cómo estás? ¿Cómo te va? ¿Rolletes? ;)

Nos vemos el prox viernes en Edimburgo, háblalo c An

Prepara el whisky

Besos C xxx»

Enviar. Me quedan los Thompson, este cortito, seguramente, mañana lo hablarán entre ellos.

«**De:** Catherine Shaw

Fecha: viernes, 21 de enero de 2000 05:15

Para: Charlie Thompson, **CC:** Julian Thompson

Asunto: Trabajo

Hola,

Tengo el curro. Gracias x el apoyo.

Tenéis q venir x aquí. Es chulísimo. Peq :(

Nos vemos el prox viernes en Edimburgo,

Sed buenos, Besitos C xxx»

Luego, me entretengo un rato deshaciendo una maleta, la otra la dejo

hecha, con lo que llevo en una será suficiente hasta que encuentre algo. Intento animarme a mí misma. Si tengo que estar en este hotel mucho tiempo, no sé qué va a ser de mí.

Hotel, hotel... por llamarlo de algún un modo no es. Es el típico pub con habitaciones en la planta superior y, para colmo, cada vez que subo tengo que pasar por delante de la barra, a pesar de que está limpio y cuidado, no es para estar en él mucho tiempo.

Duchándome pienso en el cambio que ha dado mi vida en solo unas semanas. De estar en Baltimore a Europa. El paso me da vértigo, pero tengo tantas ilusiones y esperanzas puestas en este trabajo que creo voy a poder con todo.

Antes de bajar al pub me visto con unos vaqueros, un jersey de lana negro y unas botas de agua. Me pido el típico desayuno escocés y cuando me lo traen me planteo permitirme estar varios días después sin comer. Son unos exagerados, creo que no le han puesto más cosas porque no tenían: bacon, haggis, huevo frito, tostadas, mantequilla, café. Me lo he comido todo. Por ahora la genética me está respetando y no tengo que cuidarme mucho.

De regreso empiezo con mi búsqueda llamando a los teléfonos que he anotado. A partir de la quinta me doy cuenta de que alquilar su casa a una americana recién llegada no parece entrar dentro de los planes de los propietarios de la zona; aunque son sutiles en sus negativas, noto el rechazo en

cuanto les digo las fechas. Prefieren hacerlo por semanas o en periodos vacacionales cortos y conmigo pierden la temporada estival, por supuesto, muy lucrativa. En el fondo lo comprendo, solo que no contaba con ello.

Decido aceptar el ofrecimiento de ayuda para encontrar casa de mi jefe; es más fiable alguien de por aquí que yo. Busco entre los papeles que me han dado hasta encontrar las tarjetas de él y Peter. Son iguales, el mismo logo con el velero verde sobre olas azules y blancas, cambia el nombre y el cargo.

Prefiero llamar a Peter, me parece más apropiado pedir ayuda a un compañero. Al tercer tono responde.

—Hola, Peter. Soy Cate.

Saludo con voz insegura.

—*Hola, Cate. ¿Qué tal va todo? ¿Has encontrado ya un sitio para vivir?*

—Por eso te llamo. ¿Te importaría echarme una mano para encontrar algo? Me está resultando difícil concertar citas para ver casas. He hecho un montón de llamadas y no hay manera.

La impotencia de mi voz y el cansancio después de tantas negativas hacen su efecto en él.

—*Claro, lo que necesites. ¿Cómo se llaman los propietarios de las casas a las que has llamado?*

—Te los paso por e-mail.

Sé que no es su problema, pero se ha ofrecido a ayudar, tengo todas mis esperanzas puestas en él.

—*No te preocupes, te garantizo que encontraremos una casa.*

Su voz resulta tan confiada que me lo creo.

—Cuando tengas algo dímelo. Muchas gracias Peter.

Me bastan sus palabras para relajarme y poder ocuparme de inspeccionar un poco la zona.

El pueblo es pequeño y si tengo suerte y la casa no está muy lejos, el puerto está en el mismo centro. Podría ir andando y no depender de nada ni nadie. Por otra parte, ya que voy a estar aquí seis meses, necesito encontrar algo sencillo para estar lo más cómoda posible, si no se me va a complicar un poco la estancia.

No estoy contenta en el "Four Seas", el personal es muy amable y la habitación es vieja aunque tolerable; sin embargo, tener el pub en la planta de abajo, es un martirio. Solo he pasado dos noches, pero no me gusta tener que acceder por la zona de la barra, siempre con clientes asiduos, sobre todo, por la tarde, después de algunas pintas. Se les va la cabeza totalmente, soy la novedad a la que entienden tanto como yo a ellos.

Tampoco quiero alquilar ningún coche, solo cuando sea imprescindible, aún me tengo que acostumbrar a conducir por el lado izquierdo.

Descartado comprar una bici, es absurdo ir todos los días con nieve o lluvia y un frío que pela, además, el puerto tiene una cuesta que ni muerta podría subir después, así que mi única alternativa es moverme andando.

Doy un paseo por los alrededores del hotel. En la misma calle está la iglesia, *Parish Church*. Es un edificio rectangular no muy grande, se accede por unas escaleras de piedra atrapadas entre césped y barandillas: Tiene un porche con su propio tejado negro y junto con la fachada rústica la hacen parecer un cottage típico de esta zona. Me parece bonita, hace el paseo hasta el final de la calle muy agradable.

Compro un café en un pequeño bistró en la esquina y me dirijo al puerto. Como había visto ayer es pequeñito, con mucho encanto, el reflejo de la luz en la superficie del agua es casi mágico. La panorámica es espectacular: montañas nevadas, islotes, mar; todo envuelto en una iluminación de reflejos azules ocultos por nubes que —probablemente— lo mojarán todo.

La calle del astillero, la única que hay, está llena de casas de pescadores con unas fachadas pintorescas pintadas de amarillos, azules o rosas, también, los comercios y restaurantes salpican el camino hasta el que será mi nuevo trabajo los próximos seis meses.

Aprovecho para hacer algunas fotos. Tengo el firme propósito de hacer todas las que pueda de mi estancia en Skye. Ocupada con mi encuadre suena mi teléfono, no conozco el número.

—¿Hola? —respondo recelosa.

—*Hola, Cate. Peter me ha dicho que te llame por el tema de la casa.*

La voz profunda e inconfundible de mi nuevo jefe, me deja pasmada.

«¿Qué coño hace Peter diciéndole que me llame?»

Intentando parecer lo más calmada y segura posible contesto.

—Ah. Hola, Cameron. Siento la confusión, no tenías que haberte tomado la molestia, creí que Peter me podría echar una mano, lo siento de verdad. No te preocupes.

—*No es molestia* —afirma tranquilo.

—En serio, de verdad. Ya encontraré algo.

—*Te puedo enseñar una casa. Es una casita en el pueblo, en Stormy Hill, nada espectacular, dos dormitorios, un baño y un salón con cocina.*

Por la descripción que me está dando se ajusta a mis requisitos básicos.

—Bueno, la verdad es que entra dentro de lo que estoy buscando. ¿Sabes algo sobre el precio?

—*Por eso no te preocupes. No habrá problemas.*

—Vale. ¿A qué hora te viene bien ir a verla?

—*Ahora estoy saliendo del astillero, tengo una reunión dentro de un rato. ¿Te parece que nos veamos en quince minutos? Así lo dejo hecho antes de irme.*

—Está bien, estoy por la zona. Dime la dirección exacta y nos vemos en la puerta.

—*¿Sabes dónde está el Harbour Hotel?*

—Sí.

—*Esa es la calle, es la segunda casa.*

—De acuerdo, nos vemos allí en quince minutos.

—*Vale, allí nos vemos, hasta ahora.*

No tengo que esperar nada, viene andando hacia mí con el móvil en la mano. En cuanto me ve, sonrío saludándome con un gesto en plan indio. Reconozco que es muy atractivo, tiene estilo, es inteligente, con sentido del humor, o al menos de la ironía, y también mucho carácter. Parece informal, me atrae, aunque no es buena idea, aun así me atrae.

Mientras se acerca voy a disfrutar de buenas vistas. Viste unos vaqueros azules con una chaqueta de cuero marrón y una bufanda a cuadros atada con varias vueltas, además de un gorro negro de lana.

—Hola, Cate. ¿Qué tal todo?

A mi lado compruebo que huele muy bien.

—Hola. Gracias por ayudarme. La verdad es que cuando he llamado a Peter estaba al borde de la desesperación.

—No te preocupes. A ver si te gusta.

Subimos hablando de los cambios en la arquitectura del pueblo, del

puerto, de las protestas de algunos por la remodelación del antiguo astillero y casi sin darme cuenta llegamos a *Stormy Hill*, en menos de diez minutos; el camino se me hace muy corto.

En la esquina está el hotel *Harbour*. Es un edificio blanco de dos plantas, con marcos de madera azul en las vidrieras y puertas, tiene varios maceteros colgantes en la fachada. En la planta baja está el restaurante, ofrecen menús diarios y una gran variedad de pescados de la zona. A su lado, subiendo por la cuesta, hay varias casas de dos plantas del mismo estilo, blancas con detalles de madera en las ventanas y dinteles negros.

Andamos unos metros hasta que Cameron se detiene delante de una de las primeras, busca en el bolsillo de la chaqueta la llave, abre con destreza la puerta y se gira haciendo una reverencia payasa.

—Adelante.

—Gracias.

La entrada es un pequeño hall con un rincón para dejar los zapatos, nos descalzamos y entramos en el salón. Es muy amplio, el suelo de madera oscura contrasta con el blanco de las paredes. Está dividido en dos, la zona de estar con dos sofás de piel negra y una mesa pequeña delante de un televisor, es luminosa con vigas oscuras de madera en el techo. La cocina tiene todo lo necesario para funcionar, está nueva, los electrodomésticos son muy modernos y la separan del salón: una barra y cuatro taburetes de aluminio con los

asientos negros.

En conjunto me parece actual y bastante acogedora; no tiene ningún objeto decorativo, tampoco me preocupa mucho, si veo algo que me guste lo compro y cuando me vaya me lo llevo.

Nos dirigimos a una escalera de madera, subimos a la planta superior y, aunque me sorprende al ver colgados varios cuadros con trazos parecidos a los que vi ayer en las oficinas, no comento nada; es una visita rápida para ver si me gusta la casa, no para hablar de arte.

Arriba en un pequeño distribuidor hay dos puertas, entramos en la primera y tengo que entornar los ojos porque la claridad me ciega un momento, hay una claraboya en el techo y dos ventanas. Entre ellas, un sofá orejero negro, parece cómodo. En el fondo, un armario empotrado opuesto a la otra pared ocupada por una cama tamaño king y dos mesitas de noche. Solo hay un cuadro muy grande, un paisaje, hecho a carboncillo, muy triste. Es una casa en mitad de la nada, bajo unas nubes sobre el cielo augurando tormenta, con todos los trazos desdibujados y el mismo estilo de todos los cuadros que llevo viendo desde que he llegado.

Me dirijo hacia otra puerta dentro de la habitación. Hay un baño, con una ducha enorme, un inodoro y un lavabo. Todo muy moderno en tonos grises y piedra, da la sensación de masculino. Otra vez, me da igual, me gusta.

Cuando salimos, vemos también la otra, que es un pequeño despacho,

con un escritorio y una estantería encastrada en la pared.

Hasta el momento me gusta, ahora solo tenemos que hablar del precio. Me vuelvo hacia Cameron que se ha limitado a ir detrás sin comentar nada, observando mi reacción.

—Para ser honesta, me gusta. Un poco masculina, pero no me importa, si llegamos a un acuerdo supongo que podré poner algunas flores por aquí y por allá. ¿No?

Estamos a pocos centímetros y noto cómo respira hondo. No me contesta y tiene la vista fija en algún punto sobre mi cabeza.

—¿Flores? —repite ausente.

—Cameron. ¿Estás bien? —pregunto extrañada.

Me da la impresión de que se ha ido, tiene la mirada melancólica y parece estar sumido en sus propios pensamientos.

—Sí, discúlpame, me he puesto a divagar, solo he oído lo de las flores.

Con las manos en los bolsillos se vuelve hacia la ventana.

—Te decía que la casa me gusta. ¿Sabes lo que pide el dueño por el alquiler?

—Para ser sincero, no tengo ni idea —comenta, girándose, rascándose la patilla.

—¿Cómo qué no sabes lo que cuesta? —pregunto cautelosa.

—No he podido hablar con él, ha sido todo muy rápido —responde a la defensiva.

—Ya. ¿Y cómo es que tienes las llaves?

El rastro de ironía en mi voz es evidente.

—Verás, esta casa es de mi abuelo, yo vivía aquí hace unos meses, hasta que me mudé a otra en las afueras.

Muestra una sonrisa tímida, encogiendo los hombros.

—O sea, la casa es de tu abuelo, por eso tienes las llaves y me la va a alquilar. A mí.

—Sí. Es de mi abuelo. Por el alquiler no te preocupes, traslada tus cosas del hotel. Cuando hable con él te diré el precio, supongo que estará dentro de lo que piden por aquí.

—Vale —admito todo el asunto.

—No te preocupes. Lleva cerrada desde noviembre, mi abuelo quiere alquilarla por temporadas cortas y al enterarme de que estás buscando algo, he supuesto que sería un buen trato para los dos. Tú consigues una casa por la zona y mi abuelo la tiene alquilada seis meses. No es más que un negocio. Aprovecha el fin de semana para trasladarte.

—De acuerdo.

Hablando nos hemos ido acercando, aunque ahora se ha instalado entre nosotros un silencio extraño. Nuestras miradas conectadas sin poder articular

palabra, no sé qué nos pasa, es muy raro, no decimos nada, es una comunicación muda. Afortunadamente, como salido de un trance, se dirige rápido a la puerta.

—Ya hablaremos el lunes.

Dicho esto, deja las llaves sobre el escritorio, se va como alma que lleva el diablo y lo siguiente que escucho es un portazo.

Aprovecho y me pongo a curiosear, comprendiendo la sensación que me ha rondado desde que entramos. Me asomo a la ventana del dormitorio y, de repente, aparece por la esquina del hotel un Mercedes todoterreno gris oscuro que dobla a toda velocidad. Al pasar lo veo al volante, distingo su perfil con el ceño fruncido y la mirada concentrada en la carretera.

Dejo los pensamientos sobre mi jefe y salgo hacia el hotel para empezar el traslado.

En cuanto llego me encuentro a Peter hablando con la chica de recepción, también hace las veces como camarera del pub.

—Hola, Cate. ¿Qué tal ha ido? —pregunta de manera casual.

—Hola. Bien. ¿Por qué no me dijiste que la casa era de Cameron?

—Ummmm, ¿La casa de Cameron?

—De su abuelo.

—¿Va a alquilarte la casa del pueblo?

Incrédulo, mirando a la camarera.

—¿Cómo? ¿No lo sabías? ¿No sabías que me la iba a ofrecer?

—¿La casa donde él vivía? No.

—Sí, la misma y ni siquiera me ha dicho el precio, solo que no había problema y que el lunes lo resolveremos.

Peter sonrío como si él solo comprendiera el significado de alguna broma.

—Bueno, pues entonces, un problema menos, así podrás dedicar este fin de semana a acoplarte.

—Sí. Claro.

—Ten cuidado con McPheal y con este, cuando se juntan son insufribles —interviene la camarera—. Por cierto, soy Amy.

La atractiva rubia me saluda tendiendo su mano, que estrecho amigablemente.

—Gracias por el consejo Amy. Lo tendré en cuenta.

Me despido de ellos, voy hacia la puerta que da acceso a las habitaciones, cuando estoy a punto de salir, me vuelvo para recordarle que me prepare la cuenta.

Vaya, qué sorpresa, los acabo de pillar en una actitud muy cariñosa e íntima. Ella pasando su mano por la mejilla de Peter, con una mirada muy tierna en sus ojos a la vez que él sonrío. En los suyos veo la misma intensidad que en los de Amy; están conectados; ya averiguaré hasta qué punto.

Hacen buena pareja. Ella es un poco más baja, debe rondar el metro setenta y cinco, tiene buen cuerpo y unos ojos color miel muy expresivos.

—Cuando puedas prepárame la cuenta, me gustaría irme dentro de una hora.

—En cuanto bajes, la tendrás lista. Por cierto Cate, me encanta tu pelo.

—Eso es porque eres rubia.

—No sé, he pensado en teñírmelo.

—¿Estás loca? —exclama sorprendido Peter.

—¿Por qué? —pregunta molesta.

—Bueno chicos os dejo, tengo que hacer un montón de cosas. Hasta luego.

Siguen hablando y subo a mi habitación para preparar la maleta.

—*¿En serio piensas teñirte el pelo?* —pregunta incrédulo

—*Me gusta. A ella le queda muy bien.*

—*Sí, pero ella es morena, tiene los ojos oscuros, las cejas, todo Amy.*

Si te tiñes...

Al llegar compruebo que por una vez he hecho las cosas bien y recoger no me lleva mucho tiempo. He traído las dos maletas, la bandolera con el portátil y un bolso de piel marrón.

Echo un vistazo rápido, compruebo que no olvido nada y me siento en la cama respirando profundamente. Estoy un poco nerviosa, soy consciente de

que estoy gestionando un montón de cosas a la vez, pero me convengo a mí misma de que mi desazón es producto de todas las circunstancias que me están rodeando. Tengo ganas de empezar con la rutina del trabajo y quitarme esta sensación extraña que no puedo evitar.

Cuando termino bajo al pub, encuentro a Amy preparando las mesas para el servicio de comidas. Me hace una señal con la mano y nos acercamos a la barra, también mostrador de recepción.

—La cuenta.

Me tiende un papel con el importe.

—Gracias.

Lo cojo y leo antes de sacar de la cartera mi tarjeta de crédito. Se la entrego y, cuando todo está listo, me la devuelve con una sonrisa de afecto.

—Toma. Espero que disfrutes estando aquí.

Su voz sincera me hace esbozar una sonrisa agradecida.

Aliviada por fin me voy del “Four Seas”, menos mal que he tenido la suerte de que Cameron ha visto el negocio conmigo, si no, no sé qué habría hecho.

Empiezo a tirar de mi carga y hasta que no ando con ellas no me doy cuenta de lo que pesan. No voy a llegar, definitivamente no puedo. No está

lejos, unos trescientos metros, pero claro, no había contado con la cuesta de Stormy Hill.

No puedo más, veo aparecer a Syd y Joan y se me alegra el alma. Vienen hablando sobre algo que las hace reír gesticulando, para mí es como ver a Dios. «¡Necesito ayuda desesperadamente!»

—¡Hey! ¡Cate!. ¿Dónde vas? —exclama Syd.

Van tan abrigadas que solo se les ve partes de la cara.

—Hola, chicas —saludo jadeando—. Estoy de traslado, he encontrado una casa y ahora mismo me estoy mudando.

—Deja que te acompañemos y así te echamos una mano —dice Joan.

—¿En serio? Gracias.

Sin reprimir el alivio en la voz.

Estaba empezando a sopesar dejar una maleta aquí en medio y volver dentro de un rato. Me lo estaba planteado hacía varios metros. Tirar de las dos, con el frío y cuesta arriba, no está siendo el traslado tranquilo, rápido y efectivo que había pensado.

—Claro. Por cierto, ¿Dónde tienes la casa? —pregunta Syd.

—Aquí al lado.

Empezamos a andar, Joan con una y Syd con la bandolera del portátil.

Unos minutos después llegamos a la puerta y se miran entre ellas extrañadas.

—¿Estás segura de que es aquí? —pregunta sorprendida Joan.

—Esta casa es de Cameron —afirma Syd.

—Sí, lo sé. Su abuelo me la ha alquilado.

—¿Su abuelo? —pregunta Joan mirando de forma suspicaz a Syd.

—Sí. ¿Por qué? ¿Hay algún problema?

—No, ninguno —contestan las dos.

Entramos y me ayudan a subir las, mientras lo hacemos, me cuentan que van de camino al pub porque todos los viernes se reúnen para tomar unas pintas. Es más o menos lo que había pensado, es el centro de reunión y ocio.

—Cuando hayas terminado, pásate y te tomas algo con nosotros — invita Syd.

—Uffff, no sé, estoy un poco cansada y tendría que sacar la ropa.

—Con unos vaqueros y un jersey vas sobrada —dice Syd con despreocupación.

—Con tu cuerpo no te hace falta mucho, qué envidia. —comenta soñadora Joan.

—¿Estás loca? Tú estás genial —exclama Syd molesta.

—Soy un fideo. Quiero tus curvas —cuenta triste Joan, mirándose.

—Desde luego por aquí sois un poco raritos. Hoy eres la segunda persona que quiere algo que tengo.

—¿Ah, sí? ¿Qué te han pedido?—incita Syd.

—El pelo. Como sigáis así, en tres días no existo.

—Bueno, ¿te vienes o no?—insiste Syd.

—No lo sé, me da un poco de pereza, la verdad.

La excusa no las convence, me miran sin comprender cómo puedo preferir quedarme un viernes por la noche aquí, antes que salir a tomar algo. Aunque sea, salir a la vuelta de la esquina, a un pub del que vengo cansada y no creo que me vaya a ofrecer nada nuevo.

—No seas tonta. Vente —reitera Joan.

—Vamos, Cate. Es muy divertido. Cerveza, dardos, música.

La voz de Syd enumerando ventajas.

Realmente no me apetece, pero tampoco quiero ser borde con ellas.

Mentalmente empiezo a hacer mi propia lista de pros y contras. Sé qué habrá en el pub un viernes por la noche: borrachos, olor a humanidad, música de mierda, y tendría que deshacer al menos una maleta. Bueno, esto último lo voy a tener que hacer de todos modos. Por otro lado, las voy a tener que ver a diario, una buena relación me parece lo mejor, estoy sola, y no conozco a nadie, sería una buena forma de comprobar qué se cuece en este pueblo.

Después de pensarlo durante unos segundos las miro afirmando con la cabeza.

—Vale. Nos vemos en un rato.

Al fin y al cabo, si eso es lo que hacían los viernes mis compañeros y

quería adaptarme, también lo haría yo. Como había desayunado a lo grande podía prescindir del almuerzo y dedicar el tiempo a instalarme con calma.

Se van hablando sobre una especie de competición de dardos y por lo que escucho el equipo McPheal siempre pierde.

Por la tarde termino de sacar las cosas antes de darme una ducha en mi nuevo baño. Es un gusto sentir el agua caliente después de un día bastante intenso. Estoy tan cansada que, con esta relajación, lo que realmente me apetece es ponerme un pijama y meterme en la cama hasta mañana, es una de las razones por las que no quería aceptar ir al pub.

No es hora para arrepentimientos, me seco el pelo y me lo recojo en una coleta, normalmente me lo habría arreglado, pero total, para donde voy. No me ha parecido —por el atuendo de mis compañeras— que deba complicarme mucho con la imagen. Me coloco unos vaqueros, un jersey rojo de cuello alto, un chaleco de borrego, muy calentito, y unas botas camel con un poco de tacón. La imagen que me devuelve el espejo me gusta, sin artificios, como soy.

Cojo el abrigo negro, las llaves de la mesa del hall y salgo de mi nueva casa.

Me sorprende la poca gente que hay en la calle. Reconozco que esperaba algo más de movimiento. Soy consciente de que esto no es Baltimore, es viernes por la noche; aunque hace mucho frío, pero sigue siendo

viernes por la noche. Llego a la conclusión de que en este sitio las preferencias de sus habitantes para divertirse están bastante alejadas de las de cualquier otra parte en el mundo.

Al entrar observo mucho ambiente, de hecho, pienso que todo habitante de Portree entre veinte y sesenta años está aquí.

Me cuesta un poco llegar a la zona de dardos, está abarrotado y tengo que pasar delante de una pantalla de televisión, con muchos de los asistentes viendo un partido de fútbol. Los que no están sentados alrededor, lo siguen de pie con sus copas, si no me equivoco, está jugando el Chelsea contra el Arsenal. Ni idea del marcador, pero los espectadores discuten de manera bastante acalorada, supongo que los litros de cerveza en sus cuerpos ayudan a exaltar los ánimos.

En un momento consigo llegar al rincón donde encuentro a dos grupitos de personas mirando atentamente al hombre que sostiene un dardo en la mano muy concentrado en su tiro.

Desde luego, mi jefe tiene una espalda espectacular. Eleva el brazo derecho, lanza... ¡zas! diana. El sonido seco impactando en el tablero, es violento y duro. Se percibe a pesar del ruido y de la música folk escocesa que hay puesta.

Cameron se vuelve hacia los suyos con una sonrisa triunfal y, al verme, inclina la cabeza indicándome el lado del equipo McPheal. Compuesto por: él

mismo, Peter, Joan y Syd, a David McAllister y a Matt no los veo por ningún sitio.

Las chicas me reciben con saludos efusivos y señales de silencio, está preparándose para lanzar sus dos tiros restantes.

—Vamos McP, no te distraigas o perdemos —exclama Peter, moviendo su jarra hacia el tablero.

Antes de disparar, Cameron le dedica una sonrisa de suficiencia, incluso arrogante, y ¡zas!, otra vez ha hecho blanco. De repente, con rapidez, se escucha el tercer impacto. Esta vez no es limpio, pero le da a su equipo los veinte puntos que les faltan para igualar el resultado con sus rivales. Al parecer llevan ganando desde que han instaurado la competición, hace un año. Así, viernes, tras viernes.

Realmente se toman en serio este exclusivo campeonato de tan solo dos equipos. McPheal's vs. CCP. Me explican que los miembros del CCP son los trabajadores del Community Center del pueblo, situado a unos metros de aquí.

Teniendo en cuenta la poca oferta lúdica, empiezo a comprender el espíritu del juego. Me distraigo pensando que si le hubiesen puesto otra C, sería como ganar a la antigua Unión Soviética. Me he acordado por las siglas en las camisetas de los juegos olímpicos, son surrealistas.

—¿Me dejáis probar? —pregunto dudosa.

Cameron y Peter se miran a la vez que mis compañeras me analizan intrigadas.

—Cate Shaw. ¿Qué nos ocultas? ¿Tienes habilidades especiales? — pregunta Syd, inclinando la cabeza con un gesto divertido.

—Bueno, no creo que tener puntería se pueda considerar una habilidad muy especial. ¿No?

Cojo los dardos que Cameron me ofrece sonriendo y me sitúo en la línea de tiro.

—Bueno Shaw, déjate de hablar y demuestra qué sabes hacer —dice Peter.

Suelo mantenerme tranquila cuando juego, pero en este momento ante tantos pares de ojos pendientes de mí, estoy bastante nerviosa, a pesar de que he jugado mucho y sé que soy buena, me auto motivo para no hacer el tonto ahora; sería un bochorno.

Cierro un momento los ojos, me relajo y respiro suavemente. Luego, inspiro, los abro directos a mi objetivo, alzo el brazo, apunto y... ¡zas! Un triple, no está mal, de algo me tenían que servir las horas en casa de mi amigo Tom. Tardes enteras con tres tíos, jugando, practicando... Algo se pega.

—¡Bien hecho Cate! ¡Vamos!.... —gritan Joan y Syd.

Están como locas pegando saltos y chocando las manos entre ellas, no sé qué hubiese pasado si mis nervios me llegan a traicionar, prefiero no

pensarlo.

—No te relajés Shaw, todavía te quedan dos tiros —advierde Peter, situado al lado de Cameron.

Los dos me observan curiosos, sosteniendo sus jarras de cerveza.

Centro toda mi atención en el tablero y a continuación expulso lentamente el aire de mis pulmones... ¡Zas! ... ¡Zas! !!SÍ!!. Otro triple y uno doble. Menos mal, no he lanzado fuera, podía haber sido mi ruina, una desgracia para mi equipo y motivo de mofa toda la noche.

Me vuelvo con la cara más alegre que hasta ahora he mostrado. Me siento muy orgullosa de mí misma y estoy bastante aliviada. He manejado la situación con unos nervios de acero, teniendo en cuenta la expectación entre todos los participantes del torneo.

Cameron me dedica la sonrisa más bonita y sincera que le he visto, Peter se abalanza contra mí dándome dos sonoros besos en la cara, tras él, Syd viene con Joan medio locas las dos; por primera vez han ganado.

Todos me demuestran la euforia de una manera u otra. Como había observado ayer en el astillero, solo mi jefe es el más comedido. Me ha sonreído, sé que está contento, pero no ha hecho nada más. Se limita a mirarme de vez en cuando, charlando y bebiendo con sus amigos.

—McP vaya fichaje habéis hecho. No ha estado mal —comenta risueño un chico del CCP.

—Sí. Lo que tú digas —afirma Cameron con indiferencia.

—¿La has visto al tirar?

—Demasiado —admite, con una sonrisa incómoda.

—Otro día que juegue para nosotros.

—Deja de flipar “C”. Es de nuestro equipo. Busca tus propias alternativas —dice Peter, dándole una palmada de consolación.

La noche va avanzando y con la alegría de la victoria empezamos a disfrutar de chupitos de tequila por cortesía de la casa.

Los dos primeros entran con facilidad y a partir del tercero, y las cervezas, las cosas empiezan a desmadrarse. El pub se está quedando medio vacío y Amy se ha unido definitivamente a nuestra celebración, charlando relajada en un reservado con Peter.

Cameron está con un chico del CCP, alto como él, pelirrojo, con muchas pecas y unos ojos azules alegres. Se toman unas pintas de McEwan's Red bromeando con sus carcajadas resonando a nuestro alrededor.

Nosotras repasamos un documental que hemos visto sobre las preferencias de los hombres si les dan a elegir entre amputarse el pene y conservar el resto de su cuerpo intacto, o bien, quedárselo. Nos reímos mucho porque la mayoría prefería prescindir de algún miembro y conservarlo, a pesar de lo que implicara el desprenderse de una pierna o un brazo; surrealistas.

Estamos pasando un rato memorable dando cada una nuestra versión si fuésemos hombres, verdaderamente si nos oyeran volverían a instaurar la inquisición para quemarnos por brujas.

Escucho los primeros acordes de *Babies* de Pulp e, inmediatamente, cruzo mi mirada con las chicas. Sin mediar palabra, nos levantamos y bailamos delante de la máquina de dardos. La música suena muy fuerte y el ritmo divertido de la canción nos hace enloquecer, prácticamente no bailamos, es más saltar y contornearnos.

Seguimos con varias más, entre las que se encuentran *Creep*, con la que perdemos totalmente el poco pudor que nos queda. En cuanto termina, empieza *Lullabay*, muy lenta, sensual y me encanta. Me dejo guiar por mi cuerpo, con los ojos cerrados, olvidándome de donde estoy.

Justo cuando percibo que ha acabado y aún en estado de trance, miro alrededor y compruebo, sorprendida, que casi todos los portadores de testosterona nos observan, confusos algunos y otros con miradas lujuriosas.

Cameron y el chico del CCP sonrían alucinados. No tengo claro qué han hecho mis compañeras durante la canción, no las he visto, pero me parece que se han debido pasar; no es normal esa reacción tan desmesurada por unos bailes.

Paso delante de ellos hacia nuestra mesa. Llego y apuro lo que queda en mi jarra, no es mucho.

—¿Quieres algo más?

Escucho detrás una voz profunda que reconozco al instante.

—Quizás —respondo, con una expresión peligrosa en los ojos.

Se sitúa frente a mí, inclinando la cabeza contemplándome con curiosidad.

—Ummm, ¿Estás borracha, Cate?

Alza la mano y da un trago a su cerveza.

—Ummm,... —Pienso un poco—. Nop.

Cameron termina su pinta antes de acercarse.

—Comprobaba hasta qué punto eres consciente de tu estado.

Cierro la boca muy apretada para no reírme en su cara, el alcohol no me ayuda a ser más comedida.

—¿Consciente? ¿Adónde quieres llegar...?

—¿A la puerta de tu casa? —pregunta con burla y un brillo en los ojos que no puedo dejar de mirar.

Estoy haciendo un gran esfuerzo por no ser grosera, pero si no respiro y abro la boca quizás muera. Opto por sonreír ligeramente sin pensar en las consecuencias.

—¿Qué has dicho?

Me mantengo inmóvil concentrada en sus movimientos y misteriosamente se me pasan las ganas de reír.

Se mueve ligeramente hasta que su cara está a pocos centímetros de la mía y lo único que puedo hacer es tragar nerviosa sin apartar los ojos de los suyos. Es demasiado atractivo para mis neuronas, esas que están haciendo un esfuerzo enorme por mantener mi tipo.

—Si serás capaz o no de llegar a tu casa. Pero, otro día...

Deja las palabras suspendidas, no termina de decirme qué cree él que pasará otro día. Vuelve a su posición y con una señal le pide al chico de la barra dos chupitos de whisky.

—No estoy muy segura de haberte entendido. ¿De qué estamos hablando?

Sé que está flirteando, lo percibo. Por supuesto, no voy a reconocerlo por muy borracha que esté, además, tengo que empezar una táctica de retirada, me está afectando el derrotero de la conversación y, aunque estoy intentando aparecer tranquila, por dentro estoy en guerra.

Cameron se encoge de hombros y me guiña un ojo a la vez que hace una mueca muy graciosa con la boca, creo que está también un poco perjudicado por el alcohol.

—No me hagas caso.

Pone un chupito frente a mí y coge el suyo, levantándolo para brindar.

—Por las mujeres —exclama, mirándome fijamente a los ojos.

—Por los hombres...

—¿Qué pasa Shaw? ¿No encuentras el adjetivo? —pregunta con ironía.

—Encuentro varios que te podría aplicar, pero los he descartado... por... por...

—Vamos Shaw, algo se te ocurrirá.

—"En general" —concluyo alzando la vista y mi chupito.

Me mira cómico, eleva el suyo negando con la cabeza, a continuación brindamos y nos los bebemos de un solo trago.

Se instala entre nosotros una complicidad muy agradable y charlamos muy a gusto. Cuando se va algo cargado de alcohol es fácil hablar sin el encorsetamiento de la conciencia.

Le confieso mi amor por la música y por la fotografía. Él, esbozando una sonrisa, asiente interesado. Un rato después descubrimos también que ambos admiramos a Shackleton, Picasso y la arquitectura contemporánea, y nuestra fluidez es constante.

—Sabes, lo que más admiro en algunos de esos hombres es la capacidad de creer en ellos mismos —comenta reflexivo, creo que sí está un poco borracho.

Su voz me envuelve y, a pesar del ruido, lo oigo divagando en sus sueños. Es raro, hablamos como si nos conociéramos de toda la vida, estamos muy cómodos.

—Te entiendo..., yo no sé cómo alguien puede tener esa capacidad, saber reaccionar ante una situación tan... adversa. Sin posibilidades de salvarse, *sabiendo* que les esperaba una muerte lenta. Y aun así, teniéndolo todo en contra, hacer todo lo *posble* por buscar alternativas —explico cómo puedo con mi lengua delatora, comprendiendo perfectamente la clase de respeto que profesábamos al aventurero irlandés.

—Algún día iremos juntos a la Antártida a ver su tumba —asegura muy serio.

—Si no te importa..., preferiría unos días en Nueva York o Boston... Mucho frío por allí abajo. ¿No? Mejor un sitio más calentito.

Con diversión y total desvergüenza, hago un gesto de escalofrío con mi cara más cómica ante su sonrisa alegre y sus ojos risueños.

—Sip.

Decidimos que algún día iríamos juntos a Nueva York a admirar el Chrysler después de pasar unos días en Boston y cuando ya no nos quedan sitios que visitar, pensamos que ir a dormir es lo más adecuado, tanto viaje mental agota mucho.

Al levantarme, me desequilibro un poco y al instante una mano segura me sujeta el codo. Lo miro, sus ojos me rehúyen incómodos y advierto como tensa la mandíbula separándose bruscamente; los dos somos conscientes de la reacción de nuestros cuerpos.

—Cuidado Shaw.

Cameron intenta sonar despreocupado.

—Lo *sientoo*, no me he dado cuenta de todo lo que he bebido. —Hago una pausa, estabilizando el cuerpo—. Hasta que me he levantado, *graciasss* — balbuceo las palabras, mi mente ya no da para mucho más.

—De nada, ponte el abrigo, te acompaño a casa.

Con total naturalidad me ayuda a ponérmelo antes de despedirnos de Syd y Joan que hablan y ríen con algunos miembros del CCP. Buscamos a Peter y Amy, aunque no los encontramos y salimos del pub sin más demora.

Andando durante el corto trayecto no hablamos, cada uno disperso en nuestros propios pensamientos. El frío y la fina lluvia no invitan a conversaciones al raso.

En unos minutos llegamos, espera paciente a que encuentre la llave, cuando por fin abro la puerta, se queda en la calle observándome con sus ojos más azules. Baja la cabeza y se pone a mi altura con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta.

—Lo he pasado muy bien, Cate —susurra.

—Yo también, gracias por dejarme participar en vuestra competición.

—Gracias a ti hemos ganado. Recuerda que ahora también es tuya.

Asiento con la cabeza sonriendo ligeramente.

—Buenas noches, descansa. El lunes te quiero al cien por cien.

—Buenas noches a ti también. Nos vemos el lunes.

Me mira moviendo la cabeza, da media vuelta y desaparece calle abajo.

Cuando entro, no puedo resistirme a echar un vistazo a través de la ventana. Lo veo doblar la esquina y con él se va la noche más especial que he pasado en mucho tiempo.

Para ser el primer día que salgo realmente lo hemos pasado muy bien, jugado, reído, bailado y charlado con total complicidad; no está mal. Me acuesto con una sonrisa de satisfacción enorme, durante unos minutos analizo el ritmo de las gotas de agua que caen en la claraboya hasta que cierro los párpados y me dejo arrastrar por la oscuridad.

La mañana siguiente no tengo muy claro si la noche anterior ha sido un sueño. Me vienen a la mente retazos de conversación y no sé hasta qué punto fiarme de mi cabeza.

Paso el primer fin de semana, ordenando cajones, comprando algunos utensilios y, sobre todo, disfrutando de la paz y tranquilidad de Portree en Enero.

El lugar tiene un encanto especial y me está gustando mucho.

Capítulo 2

Portree, Escocia

Lunes 24/1/2000

Es mi primer día de trabajo, llego puntual y, aunque aún no son las nueve de la mañana, en la nave y los diques hay mucho movimiento con trabajadores por todas partes, acarreando vigas de aluminio y paneles de fibra de carbono.

Saludo a Paul, me comenta que en Recursos Humanos me están esperando para terminar las gestiones de mi contratación, por lo que dentro de un rato bajaré a hablar con ellos.

En nuestro despacho trabajaré con Syd, David y Joan. Algunos compañeros de otros departamentos, pasan a darme la bienvenida con mucha cordialidad, aparte, me encanta la música que tienen puesta a un volumen muy agradable.

Llegamos a la conclusión de que yo me encargaré de buscar y analizar la última actualización que está haciendo una empresa japonesa de un software que tienen pensado podría ayudar al manejo de las comunicaciones en los barcos. Después desarrollaré uno basándome en las necesidades que tenemos y los objetivos de los clientes. Me voy a especializar en integrar las diferentes partes en un solo producto. Por un lado, el sistema para transmitir la posición,

curso, velocidad y datos. Por otro, un sistema para monitorear el tráfico comercial e identificar los riesgos, inclusive cambiando rumbos. Si además podemos integrar como extra cartas de navegación, más un sistema de búsqueda y rescate en caso de accidente, tendríamos algo único en el mercado.

Joan se encargará de los cálculos para que Peter y Cameron decidan el tipo de material que van a utilizar para cubrir el casco. Será de una mezcla de fibras de carbono.

Por ahora solo sé que los barcos son: tipo crucero, con unas esloras de veinticuatro metros, el calado de casi cuatro y el palo de la mayor de más de treinta. Según avancen con el diseño cambiarán algunas medidas, pero los datos de partida los tenemos y los diques están preparados montando las estructuras para empezar lo antes posible.

Al pasar los primeros días no veo ni a Cameron ni a Peter, según me han dicho están en Londres, en varias reuniones con unos proveedores Australianos.

Cuando se despidió de mí el viernes, no comentó nada laboral, de hecho, dijo que nos veríamos el lunes, creo. También comprendo que no tiene por qué contarme nada.

Mis compañeros están resultando ser gente muy profesional y me siento muy honrada de estar entre ellos. Han conseguido que mi primera

semana se me haya pasado volando, sin darme cuenta he llegado al viernes.

En mi nueva casa estoy casi adaptada, todavía tengo que comprar algunas cosas, pero tampoco me agobia mucho; lo esencial lo tengo.

Al terminar, las chicas y Matt me invitan a ir al pub. Con un gesto apenado les cuento que me voy a Edimburgo, he quedado con mis amigos este fin de semana para vernos y hacer un poco de turismo.

—Cate. ¿Qué vamos a hacer sin ti? Nos queríamos acostumbrar a ganar —añade Syd haciendo una mueca de disgusto.

—Lo siento de verdad, la próxima semana no fallo, pero es que me voy dentro de un rato, no será para tanto. Qué no se diga del orgullo escocés.

Intento animarla con una palmada en el brazo, siento que no confíen en sus posibilidades, aunque estoy muy feliz por los dos días que me esperan y voy conociendo a Syd y ya he advertido su tendencia natural al dramatismo.

A las dos de la tarde recojo el vehículo de alquiler que tengo reservado en el hotel Pasey a más de una milla de Portree. Me entregan un Golf rojo que, en cuanto veo, me pone nerviosa. No me gusta nada conducir aquí, sobre todo, cuando los coches me vienen de frente, no me acostumbro a recordar que voy por el lado correcto.

Hasta las tres no dejo de impresionarme cada vez que tengo que cambiar de sentido y tras más de cinco estresantes horas llego al Hotel

Edinburg Castle, un edificio victoriano, en el centro de la ciudad. Es una mezcla de varios estilos, muy bien conservado, con mucha ornamentación en las ventanas. Está situado muy cerca de *Paris Church* y unos jardines muy bonitos.

En la puerta encuentro impacientes a mis antiguos compañeros de Universidad: Anna, Tom y los hermanos Thompson; Julian y Charlie.

Aunque Julian es dos años mayor que nosotros, pasamos mucho tiempo en su casa estudiando y poco a poco se fue incluyendo en todas nuestras salidas. Tienen ascendencia escocesa, han crecido en Baltimore, desde que su familia se mudó de Tampa. Los dos son muy atractivos, comparten el mismo color verde de ojos y el sentido del humor. Julian es un poco más alto y tiene una complexión más robusta, también es más independiente que Charlie, que tiende a ser más cariñoso. Hoy los dos están estupendos.

El último de mis amigos varones, Thomas Scott, es el único realmente escocés del grupo y, aunque es el más bajito y menos atractivo de los chicos, tiene personalidad y encanto suficiente para llevarse de calle a quien se proponga. Tiene tan claro cuál es su potencial que es de las pocas personas que jamás he visto amilanarse por nada. Con apenas un metro ochenta de altura, un cuerpo que podría cultivar un poco más y una cara agradable, es capaz de conseguir a la mujer que se proponga. Sabe suplir perfectamente sus carencias físicas con una habilidad fuera de lo común para usar su ingenio,

siempre en su beneficio. Es el divertido, sabe sacar el lado gracioso de cualquier situación.

Mi rubia favorita está como siempre, muy guapa con el pelo recogido en una coleta y un cuerpazo de modelo embutido en unos leggins con botas altas. Tiene unos ojos azules muy expresivos y en estos momentos reflejan la felicidad que sentimos al reencontrarnos otra vez. Creo que Anna no se atreve a reconocerlo, pero siente algo especial por Julian, aunque están en fase de negación.

Casi un año después sin coincidir todos juntos, nos abrazamos con la alegría de los buenos momentos compartidos. Nos habíamos conocido en la Universidad Johns Hopkins de Baltimore en la escuela de Ingeniería Whiting. Tuvimos la suerte de que a Anna y a mí nos asignaron el mismo cuarto en la residencia de estudiantes y a los pocos días conocimos a Tom y Charlie, con los que compartíamos varias asignaturas. No tardamos en hacernos amigos y, por suerte, de eso hace ya cinco años.

Cuando terminamos la universidad en Junio del 98, Anna y yo entramos a hacer prácticas en la misma compañía de Baltimore donde Julian, unos meses antes, había empezado a trabajar: *Yachts & Sails Ltd.*

Unos seis meses después, Tom, que había vuelto a Glasgow, nos llamó para hablarnos del proyecto de la compañía de su padre y excepto Anna, los demás volvimos a estar reunidos unos meses. Trabajar junto a ellos fue una

experiencia extraordinaria.

Esos días Anna y yo solíamos hablar todas las semanas por teléfono y pasábamos un buen rato poniéndonos al día con nuestras respectivas vidas. Siempre me dejaba caer preguntas sobre Julian, yo fingía no darme cuenta y le contestaba sin hacerle ningún tipo de comentario sobre su interés por él. No me hacía tantas "preguntitas" específicas sobre Tom ni Charlie, a mí me daba igual contestar y -la verdad- es que estoy convencida de que el interés es mutuo.

Esta situación duró solo seis meses. El dieciocho de junio de mil novecientos noventa y nueve, recibí una llamada de teléfono de Anna, diciéndome que debía volver porque la salud de mi abuela era de extrema gravedad.

Regresé de inmediato y al día siguiente, falleció a los sesenta y seis años, solo un año después de haberse jubilado. Un poco irónico. ¿Verdad? Un ataque al corazón había puesto fin a su ansiado retiro.

Mi madre se había desvinculado de ella hacía muchos años, los mismos que mi abuela y yo habíamos vivido juntas. Llegué a su casa a los doce y me fui a los diecinueve, cuando empecé la Universidad. Como ahora, no tenía relación con mi madre, de vez en cuando, mi abuela me daba algo de información, pero la realidad era que me había acostumbrado a su ausencia y no la echaba de menos. Así que no me sorprendió que no apareciera en el

funeral.

Mi abuela me había dejado todos sus bienes a mí, a mi madre no parecieron importarle nada las decisiones que tomé, ya que ni siquiera tuvo el detalle de llamarme. No tenemos ninguna relación, ni ella sabe dónde estoy y viceversa; no nos necesitamos, estamos mejor así.

En esos momentos, me vino muy bien tener a Anna a mi lado. No fue fácil volver a su casa para finiquitarlo todo. Tuve que renunciar al proyecto de Glasgow y mi estado de ánimo no pasaba por su mejor momento. Gracias a ella, salí de ese trance con cierta facilidad.

Volví a trabajar en la misma empresa donde habíamos empezado con las prácticas, *Yachts & Sails Ltd.*, solo que esa vez, me hicieron un contrato con unas condiciones bastante aceptables.

Anna y yo estuvimos juntas durante los siguientes seis meses, hasta que Tom me llamó diciéndome que había una compañía en Escocia buscando a un ingeniero de telecomunicaciones navales. Él había hablado con su padre, muy amigo de Duncan McPheal, propietario de *McPheal Marine Ltd.*, la empresa en cuestión. Como el padre de Tom y el señor McPheal solían jugar al golf en Edimburgo, el primero le había comentado al segundo de mi existencia.

Se pusieron en contacto conmigo y no pude sino que rechazar mi trabajo en Baltimore, la oportunidad que me ofrecían, era demasiado buena para dejarla pasar.

Después de unos minutos de risas y abrazos, dejamos mis cosas en el hotel, donde comparto habitación con Anna, como en los viejos tiempos. Decidimos arreglarnos un poco para salir y como el casco antiguo de Edimburgo está adoquinado prescindimos de los zapatos de tacón.

—¿Te vas a poner pantalones? —pregunta Anna.

—Sí los pitillo negros con el top blanco. ¿Y tú?

—También. Estos.

Me enseña unos pirata con cuadros escoceses.

—Qué chulos. Y la chaqueta también.

Admiro la americana negra que tiene junto al resto de ropa en la cama.

Normalmente no nos maquillamos mucho, pero como hace tiempo que no compartimos habitación, decidimos hacerlo la una a la otra.

—No te pases con los labios —comento conociéndola.

—Un poco solo. No sé por qué no te pintas más. Mira qué bien te queda.

Señala mis labios rojos.

—Es que llaman mucho la atención. Me agobia.

Con una mueca de disconformidad.

—Eres un caso. Si yo tuviera tu cara la explotaría un poco más. ¿No ves? Tienes los labios perfectos.

—Pero qué dices...

—Es verdad Cate, sigues sin ser consciente.

—Hazme lo que te dé la gana —admito resignada, sabiendo que va a hacerlo de todos modos.

El resultado es un poco más impactante de lo normal, me ha marcado mucho los ojos y junto con los labios, hacen que tenga una imagen misteriosa que reconozco me ha impresionado. Antes de salir, me pongo unas bailarinas negras a la vez que mi amiga ata los cordones a sus zapatos tipo Oxford.

—Te cambio la chaqueta por la mía —digo contenta ante sus reiterados ruegos cada vez que me ve la chaqueta de piel negra.

—¿En serio? —exclama incrédula.

—Sí. Venga.

—¿Qué te pasa hoy?

—Que me alegro de verte. —Hago una pausa, mirando su chaqueta entallada de terciopelo. Es preciosa—. Es que me ha encantado.

—Qué morro. Pues hoy no te la dejo.

Entre risas divertidas y con las chaquetas cambiadas, bajamos al vestíbulo. Los chicos al vernos silban halagadores con sonrisas burlonas, nos esperan para ir a cenar por centro de la ciudad.

—Que peligro tenéis las dos —asegura divertido Tom.

—Déjalas, a ver si tienen suerte, porque mira que os cuesta ligar —

comenta Charlie.

—A lo mejor no nos cuesta. Es que somos exigentes. No como otros. Y no miro a nadie.

Mi expresión mordaz y confiada paseando mi mirada por los tres.

—Estáis muy guapas —afirma Julian, sin apartar los ojos de Anna.

Le da resultado, ambas sonreímos satisfechas por nuestro intercambio de dotes artísticas.

El hotel está muy cerca de la zona de bares de la ciudad vieja, así que en un momento nos metemos en el bullicio de un viernes por la noche en un lugar normal.

Empezamos con un restaurante con comida típica escocesa. Nos tomamos una pinta cada uno y hablamos sobre cómo nos están yendo las cosas en estos momentos.

En nuestra primera noche en la capital de Escocia decidimos que haremos el tour probando solo diferentes tipos de whisky.

Andando y bromeando por *Grassmarket*, entramos en el primer pub que vemos *The Bow*. El ambiente es estupendo, gente hablando y bebiendo por todas partes, mesas con reservados, mucha madera, unos diez surtidores de cerveza y una colección de botellas de whisky que hace que nos miremos sabiendo que hemos llegado al local apropiado.

Pedimos cinco chupitos de *Balvenie*, seguimos con *Jura* y probamos

también *Macallan*.

Como no es nuestra intención estar solo en un local, nos vamos a buscar otro objetivo.

Probamos suerte en *Espionage*, un club de *Victoria Street*. Comprobamos al entrar que está bastante lleno y suena muy fuerte una canción que no conozco. Localizamos un rincón y seguimos con nuestra cata. Le ha llegado el turno a *Laphroig* y *Ardbeg*, después llega *Caol Ila* y a partir de aquí la noche empieza a prometer. El alcohol sumado al ambiente del local hace que los chicos empiecen con su dispersión a ver qué son capaces de cazar.

Julian decide ir por libre y se coloca en una esquina de la barra, dedicándose a ligar con todo lo que se mueve. Charlie y Tom se van a dar una vuelta de reconocimiento y nosotras nos quedamos solas, poniéndonos al día en nuestros respectivos temas.

Aunque lo observa de manera disimulada, está bastante pendiente de lo que hace el mayor de los Thompson. Tiene su mérito, un poco patético, pero razonablemente normal cuando te interesa alguien. Está hablando conmigo a la vez que persigue con la mirada los movimientos de Julian por la barra. No se lo pone fácil, no para en el mismo sitio más de cinco minutos.

Creo que como máximo le da para dos o tres preguntas rápidas a la guapa de turno. Al tío le da igual todo, no tiene preferencias, tanto está

flirteando con una rubia, como al minuto lo vemos con una pelirroja con el pelo muy corto.

Si se hiciera un favor a sí mismo y mirara mucho más cerca, se sorprendería bastante. No he visto a nadie más inquieto para ligar que a él. Para terminar, muy generoso, hace batidas sistemáticas buscando a alguien disponible para nosotras. Cada cierto tiempo viene a darnos informes de los desgraciados como ellos, los típicos amigos que han salido a ligar un viernes por la noche.

Ahora nos señala con una cerveza en la mano a tres chicos que están delante suyo hablando, seguidamente los miramos con muecas de desagrado a la vez que negamos con la cabeza, él nos hace un gesto de incompreensión y sigue a lo suyo con sus microcitas particulares.

La música de Depeche Mode con *I Feel You* suena a todo volumen llevando a muchos de los presentes a bailar. Anna empieza a hacer movimientos con las manos a la vez que abre los ojos como platos.

—¡¡Cate!! ¡¿Has visto a esos dos?!. ¡El rubio está haciéndote un brindis con la cerveza! ¡¿Los conoces?!.

Miro en esa dirección y se me va de golpe el aire de los pulmones. Saliendo de la barra veo a mi jefe y a Peter, perfecto. No me lo puedo creer, esto no es verdad, no está pasando.

Cameron lleva un jersey gris oscuro con unos vaqueros azules. A pesar

de la iluminación puedo ver el destello de sus ojos cuando nuestras miradas se encuentran. Mi compañero, nos observa con una sonrisa burlona.

La verdad es que también es muy guapo, con una nariz recta y unos ojos azul grisáceo muy expresivos, además, una incipiente barba rubia le asoma por la cara, dándole un aspecto muy sexy y el pelo un poco largo hoy se lo ha engominado hacia atrás, despejándole el rostro. Apreciamos que tiene buena forma física, una camiseta ajustada blanca de mangas largas y los vaqueros negros, que se le suben al llegar a las botas, le quedan muy bien.

Creo que mi amiga no lo va a eludir.

Parece que acaban de entrar al local. Las cervezas que tienen en las manos están enteras, y me temo que están haciendo también su propia inspección visual, como Anna.

—Me encanta el rubio, tiene pinta de peligroso pero a la vez tierno. ¿No crees? ¿Qué me dices? Para ti el moreno —comenta convencida con su reparto.

—Se llama Peter y me parece que le gustan demasiado las mujeres. No te lo recomiendo.

Le sonrío ante mi comentario indiferente, recuerdo a Peter tonteando con Amy y la impresión que tuve al verlos juntos.

—¿Los conoces? Pues qué bien has aprovechado el tiempo. ¿Cuánto llevas aquí? ¿Diez días? ¿Me puedes explicar cómo conoces a esos dos? —

pregunta impaciente.

—Joder Anna, no mires... son mi nuevo jefe y mi nuevo compañero. ¡Por favor! Compórtate. Cada vez que nos vemos fuera del trabajo estoy medio borracha, ese hombre va a creer que tengo un problema con el alcohol — explico impotente.

—¿Y no lo tienes? Además, creo que a él le da igual si tienes o no un problema con el alcohol, ese... quiere problemas contigo que calladito te lo tenías...

La voz irónica de Anna con su mano sobre la mía, dirigiéndome una sonrisa angelical.

—No puedo tener nada que ver con él. ¡Es mi jefe!...

—¡Cate!, no le des más vueltas. El tío está bueno. ¿No lo ves? Diviértete.

Miro hacia ellos. Nos observan y parece que acaban de decidir unirse a nosotras, porque se dirigen hacia aquí.

No han visto a los chicos, que siguen muy atareados dándole la paliza a dos morenas, que han cometido el error de aproximarse demasiado a ellos. Aunque están a lo suyo, nuestros amigos controlan que Cameron y Peter se están acercando a nosotras. Los tres en diferentes momentos han mirado. Supongo que tienen una especie de instinto protector.

—Hola, Cate. ¡Qué casualidad! —saluda Peter al llegar a nuestro lado,

se inclina y me da un beso en la mejilla con naturalidad.

—Hola, Peter. —Le sonrío respondiendo con otro beso en la mejilla
—. Hola, Cameron. ¿Qué hacéis aquí? —pregunto casi gritando para hacerme
oír por encima de la música.

—Hola, Cate que desilusión acabo de llevarme.

Se lleva la mano derecha al corazón en actitud cómica, no me ha
contestado y no parece importarle mucho.

—¿Desilusión?! —pregunto, frunciendo el ceño sin comprender.

—¿Por qué a Peter le has dado un beso al verlo y a mí no? —pregunta
muy serio.

—Porque soy irresistible, colega. A joderse toca, campeón.

La voz burlona de Peter dándole una palmadita en el hombro.

—Cállate gilipollas —contesta, dándole una semicolleja.

—Venga haya paz, te doy el besito y lo dejamos estar. ¿Vale? Y para
que conste Peter me lo ha dado primero —explico sonriente al ver la actitud
tan cómplice que hay entre ellos.

Se acerca y alzo la cara en busca de su mejilla, tenemos los rostros
prácticamente juntos, pero de repente, cuando giro la cabeza, me da un beso
muy rápido en los labios.

En cuanto lo noto, abro los ojos sorprendida viendo como clava su
mirada en mí, antes que se le dibuje una sonrisa radiante.

El beso no pasa desapercibido ni para Peter, ni para Anna, que se observan entre ellos como si acabaran de descubrir donde se encuentra el santo Grial.

Trato de mantenerme serena procesando por qué ha hecho eso. No me gustan las exhibiciones de afecto en público y menos de un hombre que apenas conozco, además, es mi jefe y lo será los próximos seis meses.

Intento hacer como si no hubiese pasado nada, manteniendo una actitud indiferente que parece molestarle, sin embargo, se controla, percibo su mirada esperando una respuesta que por supuesto voy a ignorar.

—Os presento a Anna Green, mi mejor amiga desde la Universidad.

—Un placer Anna Green, soy Peter.

Sin cortarse un pelo se inclina ante ella y le da dos besos en las mejillas.

A Anna se le queda una cara de éxtasis total, incluso me hace pensar, si todo no va a ser su estrategia para que Julian enseñe alguna carta.

Cameron está más comedido, al menos con ella parece que sabe comportarse como un perfecto caballero, aunque a mí me reserve sus maneras más rastreras. ¿Por qué ha hecho eso? Como si no fuera ya difícil dejar de mirarlo.

Creo de verdad que algunas personas no son conscientes de su magnetismo. A veces te encuentras personas que sin saberlo son un imán para

los demás, lo más interesante, es que no se dan cuenta de la atracción que generan. Tengo delante a un ejemplo, si él fuese consciente del desequilibrio que su robo ha causado en mi mente y en mi cuerpo se quedaría alucinado.

—Encantado Anna, soy Cameron.

Saluda con una sonrisa magnética estrechándole la mano.

—El placer es mío —responde.

Anna mirándome con una sonrisa alza su chupito en mi dirección y sé que va a intentar saciar su curiosidad.

—Cate, me ha dicho que trabajáis juntos ¡qué casualidad haber coincidido aquí!

Al hablar va ganando posiciones junto a Peter, por lo que Cameron gana cercanía conmigo.

—¿Te apetece una ronda de "zombis"? —le pregunta Peter, tirando de su codo suavemente.

Me parece que el buen señor Taylor quiere allanarle el camino a su jefe, no obstante, como aún no estoy borracha voy observando la jugada, sin decir palabra.

La música vuelve a cambiar y los Smashing Pumpkins con *Ava Adore* invaden el local, lo cual hace que muchas personas empiecen a corear la canción.

—¡¿"Zombis"?! Solo el nombre ya da repelús. Me da que seguramente

no tendrá alcohol. ¡¿A qué sí?! —pregunta alegre de Anna gritando.

Parece que hay buena sintonía entre ellos. A ver que nos depara la noche, de entrada a mi amiga le augura una buena borrachera.

—Venga vamos por ellos.

Se levanta cogiendo la mano a Peter, quien ya tira de ella hacia la zona de la barra a la vez que Tom que ha observado la escena con Cameron, se acerca y apoya el brazo sobre mi hombro.

—¿Te está molestando? —susurra en mi oído.

—No te preocupes, es un amigo.

—Entonces, ¿Nos podemos reír un ratito? —pregunta bajito guiñándome un ojo.

Esto se va a poner interesante para algunos y otros me parece que lo van a sufrir.

Se inclina hacia mi mejilla y dándome un beso, pone su vaso de whisky delante de mi boca.

—Prueba, *gràdh* —pide su voz seductora.

Normalmente utiliza el gaélico para decir algunas cosas, lo que él no sabe es que Cameron es escocés y el apelativo cariñoso que ha utilizado, no le ha hecho ninguna gracia al cazador furtivo de mi jefe.

Como no quiero quitarle la ilusión a Tom, me inclino sobre el vaso para darle un sorbo y al percibir el licor en mi boca, cierro los ojos lamiendo

despacio mis labios.

En cuanto los abro, veo a Cameron mirándome fijamente, frunciendo el ceño. En este momento necesito romper el contacto visual con él. Sus ojos me traspasan, me atrapan y lo mejor que se me ocurre para salir de este lapso es presentarle a Tom.

—Cameron, este es mi amigo Tom Scott, supuse que os conoceríais.

Alarga muy serio su mano estrechando la que Tom le tiende.

—Encantado, Cameron McPheal. ¿Por qué se supone que deberíamos conocernos?

—Supongo que Cate lo dice por la amistad que mantienen mi padre y tu abuelo.

—¿Tu padre es Thomas Scott de Scott & Partners Ltd.? —pregunta con un tono un poco incrédulo en su voz.

—Sí —responde Tom despreocupado.

Acerca su vaso de whisky a la cerveza que Cameron sostiene en su mano para brindar, este le devuelve el brindis y le sonrío asintiendo con la cabeza, entendiendo algunas cosas más, sobre todo, la insistencia de su abuelo por contratarme.

No le quita ojo a los movimientos de Tom y cuando me levanto para ir a la barra por otra ronda, encuentro a Anna que vuelve sin Peter y nos quedamos detrás de la mesa. Me cuenta lo terroríficos que son los "zombis" a

la vez que oriento mi radar a lo que hablan mi amigo y Cameron. Desgraciadamente, ahora soy yo quien quiere estar en dos sitios a la vez. Hace un momento creía que mi amiga era un poco patética y ahora estoy haciendo prácticamente lo mismo, solo que con otro sentido. Ella ha utilizado la vista, yo uso el oído.

—*¡Dios vaya culo! ¿Lo has visto?* —pregunta Tom.

—*Soy muy observador, cuando algo me interesa.*

—*Ya veo. ¿Y qué has observado?*

—*He visto a unos amigos con un pasado en común, he visto confianza, camaradería, buen rollo y nada de romanticismo. Así que amigo Scott, no me ha colado el rollo que me has intentado marcar. Aunque te reconozco que al principio me ha descuadrado un poco.*

—*¿Cómo lo has notado? Creía que era convincente.*

Me estoy alejando y entre la música y el murmullo no los oigo muy bien por lo que me detengo para escuchar la respuesta de Cameron, siento curiosidad por saber que le ha hecho pensar que todo ha sido una broma.

—*Tú sí has sido convincente, bueno más o menos, a la que no me he creído ni por un momento ha sido a Cate. Cuando ella y yo estamos cerca puedes palpar la tensión... Destino podrías llamarlo.*

Unos chicos pasan por mi lado y pierdo un poco el equilibrio, desconcertada por lo que acabo de oír. Estoy a punto de caerme cuando unas

manos me sujetan con firmeza por la cintura.

—¿Adónde vas? —pregunta Cameron, con su boca casi en mi oído.

No me he dado cuenta de que se había levantado y estaba tan cerca, en cuanto ha terminado de hablar he perdido la poca cordura que me quedaba.

—Iba a pedir algo para beber, creo que agua. Por hoy ya he probado suficiente whisky como para todo el invierno.

No le miro, sigo con la vista clavada en las espaldas de la gente que están esperando sus bebidas. Aún noto sus brazos en mi cuerpo, está detrás y no tiene intención de soltarme, en estos momentos, no sé si estoy bien o mal y vuelvo a tener la misma impresión que en el pub, estamos los dos solos, no hay nadie. Y empiezo a comprender que algunas partes de esa noche que yo creía habían sido un sueño realmente pasaron. El baile, las sensaciones, la charla, de repente se me aclara la mente y recuerdo la conversación completa, incluida la afinidad que tuvimos y cómo me acompañó a casa.

Suerte que hay tanta gente que a la vez no hay nadie, siento que así se nota menos el desequilibrio que me está causando su cercanía.

—*Gràdh* —susurra en mi oído, pegando sus caderas a mi espalda.

Me quedo inmóvil entre sus brazos, no sé mucho gaélico pero gracias a Tom, las palabras esenciales las conozco y sé que *gràdh* significa "amor". Antes me imaginé que él sabía lo que Tom había dicho, ahora lo confirmo.

—Por favor, suéltame —pido, volviéndome entre sus brazos para

poder mirarlo.

Baja la cabeza hasta que nuestros labios se rozan y nuestras bocas entran en contacto. Empieza lentamente tanteando el recibimiento, es aceptado y se vuelve más osado, besándome con mucha intensidad mientras atrapa mi cara con sus manos.

Cuando se ha satisfecho se separa, dándome un tierno besito en la nariz.

—No pienso disculparme por haberte besado. Tus labios me matan.

Aún me sujeta con las manos mirándome, intentando adivinar qué voy a decir.

—No te he pedido que te disculpes, sí te voy a pedir que no vuelvas a hacerlo. Tenemos que trabajar juntos. Seremos compañeros, eres mi jefe y no quiero complicaciones. Me iré en unos meses y quiero disfrutar de este momento sin tener que estar preocupada por nada que no sea mi trabajo para tu empresa, es lo mejor para los dos. ¿Qué hacías diez días atrás para entretenerme? Vuelve a hacerlo y déjame tranquila, ¿vale? Y por cierto, límpiate la boca.

Me mira risueño, pasándose despreocupado la mano quitándose la prueba roja que muestran ahora sus labios.

—¿Entretenerme? ¿Así lo llamas? No te voy a contar qué hacía para entretenerme, tampoco me interesa saber qué hacías tú —afirma arrogante—.

Y no puedo volver a hacer nada porque cuando tú estás cerca mi centro de mando cambia la táctica y mi cuerpo prefiere sentirte a comportarse. No voy a poder mantenerme alejado, llevo una semana sin verte y no me ha dado resultado. Me lo puedes pedir, sin embargo, no lo cumpliré, debes ir aceptándolo.

No está bromeando, lo dice muy serio sin dejar de traspasarme con sus preciosos ojos, si fueran láseres llevaría colapsada un buen rato. En cuanto fija su vista en mí, no me acuerdo ni de mi nombre, si su centro de mando cambia de táctica, el mío literalmente abandona el combate.

Me dejo guiar por sus brazos y llegamos a un claro de la barra. La música de U2 con *Beautiful Day* empieza a sonar y Cameron pegado a mi espalda, inicia unos movimientos rítmicos siguiendo la canción. Por encima de mi cabeza, le pide al camarero una botella de agua para mí y un whisky para él. Como siga así hoy tendré que acompañarlo yo.

—Me gusta U2 —comenta en mi oído, siguiendo con su baile.

—Sí, son buenísimos. Los he visto en concierto varias veces.

—Yo también, cada vez que tocan en Londres voy.

Por cierto, aún no me ha dicho donde se alojan él y Peter.

—¿En qué hotel estáis? —pregunto, cuando volvemos a la mesa donde estábamos con el resto de los chicos.

Peter y Anna han decidido volver a compartir la noche con nosotros,

tienen una discusión bastante acalorada con Charlie por culpa del desenlace de la última American's Cup.

Me acomodo en un taburete alto y Cameron se sitúa frente a mí, por lo que tengo que levantar la vista para poder hablar con él.

—No estamos en ningún hotel. Tengo un piso en *Princes Street*.

—¡Vaya que suerte!, y dime ¿Tienes pisos en más sitios? —pregunto con ironía.

—La casa nueva de Portree es mía y un apartamento en Londres. Este piso y el resto de propiedades son de mi abuelo, así que no las puedo contabilizar como mías. ¿No?

Pasamos un buen rato bebiendo y charlando, recuperando la magia de Portree. Volvemos a estar cómodos, hasta que Anna y Peter deciden que prefieren seguir la noche en otro local, "*The Master 5*" en *St Andrew Street*.

Prefiero irme al hotel, no me apetece andar de un lado a otro con el frío que hace y necesito descansar para poder dedicar el sábado a hacer turismo con Tom y Charlie. Ella decidirá mañana, hoy parece que va a disfrutar con mi compañero, al menos, yo la he avisado de lo que pasa con él, quien sigue haciendo gala de sus dotes de conquistador con ella.

A Julian le hemos perdido la pista, así que mi amiga se va con Peter sin ningún tipo de remordimiento.

—Chicos yo no os acompaño, me voy al hotel.

En cuanto acabo de decirlo, me levanto buscando mis cosas, Cameron se sitúa detrás, me ayuda con la chaqueta. Lo observo interrogante, no sé qué pretende. Desde que le he dicho que me dejara en paz ha mantenido el tipo y no ha vuelto a hacer ninguna insinuación. Hemos hablado todos juntos de manera muy cordial sin muestras de acercamiento por su parte.

—Pet, sé bueno, mañana volvemos a Skye y me quiero ir temprano — dice cansado Cameron.

—Muy bien papá, mañana nos vamos. ¿Algo más? —pregunta bromista, guiñando un ojo a Anna—. ¿Algún consejo?.

—Déjate de impertinencias y no la lées mucho, nos conocemos — Volviéndose a Anna le dice—. No lo dejes mucho en su salsa porque se pierde, es de voluntad escasa.

Pocos minutos después, salimos a la noche de Edimburgo. Hace mucho frío y tenemos que andar unos pocos minutos, mi hotel no está en su dirección; no parece darse cuenta y salimos a *Regence Street.*, dobla conmigo la calle y seguimos andando compartiendo monosílabos sobre el tiempo.

Vamos paseando juntos, él con las manos en los bolsillos de su chaqueta, amoldando sus largos pasos a los míos.

—No es por nada, tu destino está en la otra dirección —comento, no sé si se ha dado cuenta de que va en sentido contrario.

—Mi destino está conmigo.

Al escucharlo detengo mis pasos, esperando que haga lo mismo.

—¿No piensas dejarlo? Ese rollo del destino está un poco sobrevalorado. ¿No crees?

Se para con su mirada clavada en la mía, empezando a desandar la corta distancia que nos separa.

—No, no lo creo. Cuando lo asumas, me lo dices para que podamos empezarlo.

—Tomo nota, en cuanto lo asuma te llamo y nos ponemos al asunto — digo riéndome de él.

Me observa sorprendido sonriendo con cinismo. Reanudamos la marcha y, para cambiar de tema y alejarme de esta conversación, le pregunto por su infancia.

Me cuenta que no tiene hermanos, que se ha criado con su abuelo, con quien mantiene una excelente relación. Hablamos de su frustración cuando siendo adolescente sus padres murieron en un accidente de tráfico y el cambio que supuso para él trasladarse de ciudad y empezar de nuevo.

Comparto con él escenas de mi vida en Baltimore con mi abuela y cómo mi madre se despreocupó de mí, escudándose en que era muy joven cuando me tuvo. Le hablo también de que no sé quien es mi padre. Anécdotas de mi feliz infancia, ya que a pesar de todo, fui una niña feliz. Siempre tuve el

objetivo de ser independiente y la convicción de que si trabajaba y luchaba duro podría conseguir mis sueños, eso me lo había transmitido mi abuela.

—Antes bromeabas, cuando tomabas nota, pero que te quede clara una cosa.

Su voz profunda muy firme. Se detiene sujetando suavemente mi brazo, hay algo serio en su mirada, desde luego no bromea.

—Soy un hombre muy persistente.

—Vaya.

Hago una pausa y niego suavemente con la cabeza, haciendo una mueca de disgusto con la boca entrecerrando los ojos. Continúo:

—Aunque no creo que mantener una relación entre nosotros sea lo más inteligente, no nos conocemos, eres mi jefe y me iré en seis meses. No quiero complicaciones —afirmo tajante.

—No sé si será lo más inteligente, probablemente no, no voy a luchar contra ello. Por ahora, me quedo en la puerta, ya veremos cuando avanzamos más —Se inclina sobre mi cara, dándome un suave beso en la mejilla—. Discúlpame.

Un momento silencioso después, llegamos al hotel, nos despedimos y quedamos en vernos el lunes en Portree.

Antes de que se vaya me vuelvo en la puerta.

—Cuando te he preguntado que hacíais aquí no me has contestado.

—Lo siento, no me he dado cuenta.

—Y...—incita mi voz curiosa.

—Peter y yo llevamos toda la semana en Londres con unos proveedores australianos, hemos llegado esta tarde y como no nos apetecía conducir hasta Skye se nos ocurrió salir a cenar fuera y tomar unas cervezas y aunque tú no creas en el destino, siempre que estamos aquí vamos al *Espionage* —explica cansado.

Asiento con cara de sorpresa mirándolo, apreciando la perfección de su rostro, él está ajeno a mi dispersión.

—No sé Cate, esto es muy raro, sé que la semana pasada nos dijimos algunas cosas bajo los efectos del alcohol. Sé que esto no es apropiado, soy tu jefe, apenas nos conocemos y no es mi intención hacerte sentir incómoda. No actúo así con las mujeres, de hecho, nunca lo hago. —Mira intentando llegar al fondo de mí. Añade—: Creo que lo mejor para los dos será intentar seguir con nuestra relación laboral y olvidarnos de lo que hemos hablado, si tiene que ser, será.

Hace un gesto con la boca entre mueca y sonrisa.

—No sé qué decirte, porque no creo en el destino y tú sigues empeñado en echarle la culpa de algo que yo describiría como casualidad. Respecto a nuestra relación laboral, estoy casi convencida de que será muy productiva, sé que nos vamos a ver también fuera del trabajo y sé que si no

nos emborrachamos, no tendremos que lamentarnos después y sentirnos avergonzados cuando nos veamos.

Sonríe a lo que digo encogiendo los hombros. Desde luego soy mi mejor cliente. No sé adónde llegaremos, pero al menos debemos intentar no complicarnos la vida entre nosotros.

Me mira con una expresión risueña, mezcla de la incredulidad y el efecto del whisky. Tiene las mejillas sonrosadas y los ojos más brillantes que nunca. Las manos en los bolsillos de la chaqueta y el torso un poco inclinado hacia adelante, dándole más intimidad a nuestra conversación.

—Te garantizo una cosa, si pasa algo entre nosotros, no voy a avergonzarme.

—Buenas noches —mumuro, no puedo decir nada más.

Entrando, pienso que mi sueño en ese momento es desvanecerme de mi conciencia y perderme con el hombre que se aleja de mí, con la cabeza baja y las manos en los bolsillos. Lo veo desaparecer y me pregunto si perdería mucho por intentarlo, aunque desactiva mi lado racional. ¿Cómo vamos a trabajar juntos?

En mi habitación, me doy una ducha con la intención de despejarme un poco. Si me pongo a recapacitar, me volvería loca. ¿Por qué creía tanto en el destino? La verdad, es que es bastante curioso que de entre todos los bares y

pubs de Edimburgo nos hayamos encontrado, pero tampoco es tan raro. A veces, el mundo es un pañuelo y no es tan descabellado encontrarse gente conocida en lugares insospechados.

Poco a poco voy desmontando su teoría del destino y con el agua se me van aclarando las ideas. Mi objetivo lo tengo claro, no dar pie a ninguna situación confusa, me mantendría alerta e intentaría evitarlo a toda costa.

Luego, me acuesto pensando en dos lagos de aguas cristalinas donde los esmeraldas y los turquesas se funden en un abrazo amistoso, perdiéndome en mi mundo de sueños sin saberlo.

Pasan los días llevándose febrero. Mi trabajo de búsqueda de datos e información está concluyendo y pronto empezaremos con la fase de diseño de la arquitectura del software. En la oficina todo parece ir bastante bien, cada departamento se ocupa de lo suyo y solo nos vemos en la cafetería para almorzar.

David McAllister no está resultando ser tan buen compañero como esperaba, por ahora no le voy a dar importancia, quiero suponer que se siente un poco amenazado por mí, en el fondo lo comprendo, aunque su comportamiento dista mucho del resto.

—Oye, Syd ¿Qué le pasa a David conmigo? —pregunto, comiendo con ella unos donuts en mi mesa.

Aprovecho la oportunidad, al ver que David ha dejado nuestro despacho para ir a hablar con el departamento de compras. Joan lleva todo el día dando vueltas de un lado para otro, así que no le prestamos mucha atención.

—¿A qué te refieres? —pregunta con la boca llena.

—No sé, cada vez que estoy analizando los datos del nuevo software para la frecuencia de señales, anda alrededor mía. No me hagas mucho caso, pero no me gusta mucho la forma en la que me mira, es como si me estuviera espiando. Lo he pillado ya varias veces y cuando se da cuenta se pone a disimular. Me parece raro, porque aún no me ha preguntado nada respecto a los resultados.

—Dale tiempo Cate, antes solo estábamos él, Joan y yo en este departamento. Supongo que tiene que asumir que ahora tú también formas parte de este proyecto.

Dejamos la conversación. David ha vuelto con el semblante serio.

—Por cierto. Esta noche tienes que venir sí o sí al pub. Tenemos celebración de cumpleaños —añade Syd antes de volver a su trabajo.

—¿De quién? —pregunto extrañada.

Nadie me ha dicho nada y me resulta raro que Syd me invite.

—Veinticinco de febrero, Cam cumple treinta.

—Pues no sé Syd... no me parece bien ir a un cumpleaños si no te

invitan.

Trato de sonar despreocupada, pero mi mente anda entre el enfado y la indiferencia. Desde que volvimos de Edimburgo, realmente casi no nos hemos visto y, cuando lo hemos hecho, no hemos pasado del trato formal.

En cuanto a las visitas al pub, han pasado sin ninguna anécdota reseñable. Él me ignora y yo hago lo mismo. No le doy pie a nada. No me extraña demasiado que no me haya invitado a su cumpleaños, quizás se ha pensado mejor todo el rollo del destino, parece que el señor McPheal no es tan insistente como él dice. Menos mal, aunque me ha dolido un poco enterarme por ella.

Compruebo por su manera de hablarme que Peter no se ha ido de la lengua.

—No, sí a mí tampoco me ha dicho nada —confiesa divertida.

La sorpresa en mis ojos le hace aclararme el tema.

—Él realmente no le dice nada a nadie, pero todos los años aparecemos todos. Sabe que vamos a ir y nosotros que iremos. Es como una norma no escrita. Así que déjate de invitaciones y nos vemos a las ocho.

No tengo escapatoria con ese aparecemos todos, estoy incluida en la celebración no sorpresa.

—¿Entonces? ¿No le regaláis nada ni nada parecido? ¿Verdad? —pregunto, dejando el tema claro.

—Tranquila, no hay regalos. Solo bebida y dardos.

—Está bien, nos vemos luego —claudico.

—¿Cuándo es el tuyo?

—El uno de noviembre. Veinticinco. ¿Y el tuyo?

—El tres de septiembre. Veintiséis —comenta con un guiño.

Nos ponemos a trabajar cada una en lo nuestro. Por mi parte, tengo que hablar con Peter, es mi superior en esta fase, si empezamos ya con el diseño, teniendo clara la ubicación del cableado en el barco, podríamos empezar a probarlo más rápido de lo previsto y tendría más tiempo para optimizar el rendimiento.

Cuando llego al pub está media compañía y por supuesto los CCP al completo. La competición se ha igualado y ahora cada semana nos repartimos los puntos, se ha acabado la hegemonía de un equipo con una mezcla bastante variopinta de personas, los O'Brian y dos más, tan silvestres como las amapolas. ¿Me parecen surrealistas?

En cuanto Matt me ve sale a mi encuentro y, como es su costumbre cada vez que estamos fuera del trabajo, me da dos besos en las mejillas.

—Hola, preciosa ¿qué tal todo? Estás guapísima —halaga, sonriendo de oreja a oreja.

Creo que exagera, aunque supongo que ser la nueva me da algún plus.

Es uno de los tipos junto con Tom más divertidos que conozco. La cara de sinvergüenza y sus ojos verdes son una mezcla perfecta para su personalidad descarada, además, de un peligro para las mujeres.

Me he vestido con el uniforme de gala del local: vaqueros, una camiseta blanca, y una chaqueta negra de piel. El pelo suelto y como deferencia (por ser una celebración) me he maquillado un poco.

—¿Cómo vais?

No me he acercado a la zona de juego y no tengo ni idea de cómo van con el restringido torneo de fama mundial.

—Hoy vamos a ganar —afirma Matt suficiente.

—Bueno, no adelantes acontecimientos que aún perdemos. ¿Dónde está todo el mundo?

—Pues el que no está en el rincón, está por ahí dando vueltas. ¿Te pido una cerveza?

El pub está lleno y la zona de la barra es la más concurrida, no voy a rehusar un amable ofrecimiento que me libra de ir a por ella.

—Sí por favor. Pídemela una *Kronenburg 1664*.

Localizo a casi todos los miembros de mi equipo. Joan está concentrada en su tiro. Cameron, Peter y Syd hablan animados bebiendo. Hoy destacan por altura y por las camisetas blancas, parece que nos hayamos puesto de acuerdo. Peter ni siquiera se ha quitado el gorro negro de lana.

—Hola, Cate —saluda Peter cuando estoy a su lado.

—Hola.

Los miro a todos, dejé mis cosas encima de las suyas y me acerco para observar la jugada. En unos minutos, Matt llega con mi pinta y me la da con un guiño.

—Toma princesa, para ti.

Cojo la cerveza, le doy un trago, consciente de los ojos de Cameron recorriéndome de arriba abajo, parándose un poco más en mi camiseta. Sé que debería felicitarlo, pero no me apetece hacerlo ahora delante de todo el mundo. Esperaré un poco, necesito beber más.

—¿Tiras tú la próxima ronda? —pregunta Cameron, sacándome de mis pensamientos.

Me ofrece los dardos, apretando los labios sin rastro del hombre de unas semanas atrás.

—Claro, como queráis.

Confiada los cojo, me aproximo a la zona de tiro, me sitúo, relajo los hombros, advirtiéndome de reojo a Cameron destrozarse los labios con la mirada fija en mis pechos, me concentro en mi jugada, sin vacilar, y hago una diana seguida de dos tiros triples. No está mal, hoy no me tengo que esforzar, mi equipo está en racha y los CCP no están teniendo su momento.

En un rato lo resolvemos favorablemente por lo que la clasificación

sigue igualada.

Conforme la noche va pasando, nuestro nivel de diversión va creciendo. Nos tomamos varias rondas de chupitos de whisky alternándolos con pintas; nunca había bebido tanto como aquí.

Cameron charla con Peter y Matt. Nosotras reímos con los hermanos O'Brian, con las bromas de Jim. Al alzar la mirada, lo veo observándome muy serio mientras bebe de su jarra. Nuestros ojos conectan y sonreímos. Peter lo advierte observador y tirando de ellos se aproximan a nosotros.

En cuanto llegan, Jim pone su brazo en el hombro de Cameron y, apuntándolo con su cerveza, empieza a incordiarlo, los demás nos reímos de sus tonterías.

—McP. ¿Te acuerdas cuando estuvimos en el *Loch Pooltiel*? — pregunta O'Brian.

Cameron resignado mueve la cabeza despacio.

—Aquí el aficionado, pescó un salmón de diez kilos, costó más de una hora sacarlo y cuando lo teníamos en la barca, agotados, después de mucho rato. —Hace una pausa teatral y prosigue—. Porque, el cabrón no lo puso fácil, tenía mucha, mucha fuerza... —Mueve la jarra apuntando a Cameron, que frunce los labios, irónico, antes de proseguir con su historia para deleite nuestro—. Pues en un momento de lucidez... se le ocurre hacerle una foto con el móvil. Al salmón no le apetecía posar y de repente pegó un coletazo que

acojonó al amigo tanto que casi se cae, pero no, él prefirió sacrificar su nuevo y bonito móvil lanzándolo al lago por detrás de su cabeza. —Las carcajadas de los que estamos escuchando la historia se oyen por todo el pub—. El pez, ¿os he dicho ya que era un cabrón? ¿Verdad?, pues aprovechando los movimientos de la barca, volvió al agua por donde había entrado. Nos quedamos sin móvil, sin salmón y sin cualquier prueba del tamaño —concluye con cómico pesar.

Animados por el alcohol nos reímos hasta que nos duele la cara. Cameron, ha escuchado paciente con una sonrisa, aunque me temo que ha tenido que aguantar esta escena varias veces.

—Para eso te tengo a ti, amigo. Tú eres la prueba —dice Cameron cínico. Le pasa el brazo también por el hombro balanceando su jarra entre O’Brian y todos nosotros—. Así deleitas a tu público con mis hazañas, a ver si algún día lo haces con las tuyas propias.

Los demás seguimos riendo más hasta que nos tranquilizamos. O’Brian y Matt ven a algún conocido y se van a saludar. El otro O’Brian, Peter y Joan desaparecen detrás de Syd, que se une al grupo del CCP, practicando algún tipo de baile folk.

Me acerco despacio a Cameron y sin decirle nada le doy un beso en la mejilla, inmediatamente, me mira desconcertado haciendo un mohín con los labios.

—¿Te lo has pensado ya? —pregunta, inclinándose un poco sobre mi cabeza.

—No. Es una forma de desearte feliz día.

—Pues llegas diez minutos tarde —afirma, mirando su reloj—. Si sabías que era mi cumpleaños, ¿por qué no me has felicitado antes? —pregunta arrogante.

Me voy a meter en terreno pantanoso, pero no me apetece mentirle. Hasta el momento no ha vuelto a insinuarse y se está comportando como un caballero.

—Porque no estaba segura, cuando he llegado no he visto nada en especial. Y después se me ha olvidado.

Hace un puchero acercándose más. Baja su cara hasta situarse frente a mí. Lo tengo tan cerca que su olor invade mi cerebro en un momento.

—Puedes arreglarlo. Dame un beso en condiciones y te lo perdono —susurra.

Su voz baja y profunda está haciendo estragos en mi equilibrio. Sin pensarlo mucho, acerco mi boca a la suya, besándola suavemente. Como ninguno de los dos quiere romper la magia, poco a poco va ganando intensidad. Acaricio su mejilla con nuestras lenguas entrelazadas, y él me aprieta a su cuerpo con las manos en mis caderas.

Unos segundos después se aparta sin romper del todo el contacto. Nos

miramos con deseo aunque somos conscientes de la poca intimidad.

—¿Perdonada?

—Sí.

Se separa totalmente y bebe un trago de cerveza con los ojos clavados en mí.

—Si crees que con ese beso te vas a librar, no te hagas ilusiones.

—Vale, no me haré ilusiones.

—¿Estás de coña? —pregunta molesto.

Encojo los hombros y hago una mueca de indiferencia.

—¿Vas a seguir con tu actitud? ¿O por fin vas a empezar a ir reconociendo las cosas? —pregunta sobrado.

—Reconozco que besas bien —afirmo, bebiendo.

—¡Venga ya! Cate, se me empieza a agotar la paciencia —exclama—.

¿Vas a negarlo? —pregunta desafiante, imponiendo su presencia.

Lo miro fijamente, tragando despacio. Me reta. No le contesto; no puedo.

Baja la cabeza sujetándome la cara con las manos, dejándome sin opciones.

—Ahora, te voy a besar otra vez y si te atreves niégalo.

Sus labios saborean los míos, introduce la lengua en mi boca y empieza despacio, bajando las manos deslizándolas por mis caderas hasta

pegarme a él apretándome las nalgas. Mi corazón late disparado y noto el suyo al mismo ritmo. Nuestras lenguas danzan como parejas de baile perfectas hasta que se aparta despacio con los ojos inflamados de deseo.

—Dilo, Cate.

Su voz ronca retándome. Sus manos en mi cuerpo dándome calor.

—No lo niego, pero nos traería problemas.

—Tú eso no lo sabes.

Mece sus manos suavemente de arriba abajo, acariciándome.

—Vamos, Cate, déjate llevar. Te prometo que nos lo pasaremos bien.

Joder, no estoy proponiéndote matrimonio.

—Sin complicaciones.

Me centro en un punto fijo en algún lugar del bar, no puedo mirarlo a los ojos, me desarma.

—Hecho, sin complicaciones —dice con una sonrisa triunfal.

Veo a Peter observándonos, abrazando a Amy por la espalda, me sonrío y sigue con sus carantoñas hacia ella.

Cuando termina la canción, *Lucky You*, de The Lightning Seeds, los clientes van cogiendo posiciones en el rincón donde se baila. Syd le quita el micro a un asombrado DJ y, dándole unos golpes con los dedos que casi nos destrozan los tímpanos, pide silencio.

—¡Eh! ¡Gente! ¡¿Por qué estamos hoy aquí?!! —pregunta a voz en

grito

Todos nos miramos con sonrisas en los labios. Tengo a Cameron detrás, una mano la tiene en mi cadera, con la otra sostiene la jarra de cerveza, no lo veo, pero intuyo que sonrío, es el centro de atención. Lo apuntan con sus jarras empiezan a cantarle el cumpleaños feliz.

Me vuelvo coreando la canción, mirándolo alegre, y sus ojos me fulminan mientras desliza la mano hacia mi cintura. Al terminar, algunos se acercan a darle palmadas en la espalda, otras le dan dos besos y aprovecho el momento para apartarme sin acapararlo.

Me encuentro en el baño a Syd secándose las manos, que me mira sonriendo de oreja a oreja.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta despreocupada.

No sé por dónde va, ni qué ha visto; respondo con cautela:

—Bien ¿Y tú?

—¿Solo bien?

Sonriendo irónica.

—¿Por qué lo dices?

—Cate, lo he visto. No te hagas la tonta, me subestimas ¿qué tal besa el jefe?

—¿De verdad esperas que te lo cuente? —pregunto, riendo sorprendida.

—Detalles, quiero detalles.

—Te vas a quedar con las ganas.

Necesito terminar esta conversación, aún no he procesado qué ha pasado para ir contando detalles a nadie.

—Eres mala Cate, es la primera vez que lo vemos así y no nos vas a contar nada, no hay derecho —afirma, bromeando.

Ese comentario me hace sentir curiosidad.

—¿Nunca habéis visto a Cameron con ninguna mujer?

—Como esta noche, definitivamente no. —Piensa un poco y añade—.

Sé que tuvo un lio, durante un tiempo, que yo recuerde no mucho, hará dos años o quizás un poco más, con Lisa Collum, globitos, una gilipollas de mucho cuidado. La verdad es que no pegaban ni con cola, supongo que él vería otras cualidades, pero sobre todo, Joan y yo la odiamos. Es retorcida, aparte de creerse el ombligo del mundo. Me extraña que no haya aparecido ya por aquí, se pasa la vida persiguiéndolo. Desde que Cameron la mando a tomar viento, era rara la semana que no aparecía haciéndose la encontradiza. Supongo que habrá encontrado a alguien en Londres. No la vemos desde Navidad.

—No he oído hablar de ella. Supongo que tengo suerte de no haberla conocido.

—Bueno, no cantes victoria, en cuanto le lleguen noticias tuyas, aparecerá. Seguro. Tómallo con calma cuando la conozcas, no merece la pena.

—¿Vive aquí?

—No, en Londres. Su hermano dirige Collum Ltd., Harry. Él es un encanto, ella no ha heredado los mismos genes.

—Esa empresa se dedica a la manufactura de software, sobre todo náutico. ¿Verdad?

Recordaba vagamente que Peter en alguna conversación había hablado de ellos.

—Sí, la misma. Cameron, Peter y Harry se conocen desde hace muchos años. La empresa la fundó su padre, aún tiene algún cargo en ella, pero desde hace varios años quien se encarga de todo es Harry. Mientras él trabaja, su hermanita se dedica a dar caza a algún buen partido.

—Pues que tenga suerte.

—Te veo fuera, supongo que querías entrar después de todo. ¿No?

Afirmo con la cabeza entrando en el servicio, sin dejar de darle vueltas a lo que me ha dicho, estoy un poco intrigada. Por lo que me ha contado hace bastante que rompieron, así que no me voy a preocupar por ella, Cameron ni es mi pareja, ni nada parecido, tan solo nos hemos besado.

Acabo y me miro en el espejo. Veo que tengo las mejillas sonrojadas con los ojos muy brillantes, voy un poco cargada, pero aún controlo.

Al salir suena *Closer* de Travis y voy al rincón, me uno a mis

compañeras junto a varias parejas más que bailan abrazadas. Nosotras estamos solas, no por ello menos entregadas a disfrutar de la música. Sin darme cuenta, Cameron se ha acercado adonde estamos, me estrecha a él y bailamos lentamente con el ritmo de la canción.

Me apoyo en su pecho, con mis brazos rodeándole el cuello, me tiene aprisionada con la cabeza agachada y los ojos cerrados. El momento me está suponiendo un gran reto de contención. Estoy lo suficientemente borracha para que no me importe lo que suceda entre nosotros, es guapo hasta decir basta y parece encantador. ¿Dónde está el problema?

Durante la canción sus manos se mecen tranquilas por mi espalda, escucho su corazón, su respiración, su agitación. Termina y no me atrevo a mirarlo, él, en cambio, coge mi mano, me lleva a donde tenemos nuestras cosas, y me pone la chaqueta.

—¿Nos vamos ya? —pregunto sorprendida, estirando la bufanda.

—Sí, por favor.

Su voz envolvente me hace cosquillas en el oído.

Salimos a la calle para sentir el frío helado de la noche en invierno. Aunque vamos abrigados, las temperaturas son muy bajas y el cambio se nota mucho. Cameron percibe mi estremecimiento, me acerca a su cuerpo y coloca el brazo en mi espalda.

En pocos minutos llegamos a la puerta de mi casa, o su casa; según se mire, saco las llaves y abro. Me giro para despedirme de él, me baja la cálida protección de la cara y —sujetándola firmemente con las manos— me da un beso demoledor. Siento una descarga tan intensa que evapora la poca resistencia que me queda, se esfuma de repente. Nos miramos a los ojos y tiro de él hacia el interior.

Cuando entramos, me gira detrás de la puerta, sus manos están por todas partes, su boca devora mi cara bajando hasta mi cuello. Como podemos nos vamos quitando la ropa, prácticamente desesperados.

Al llegar a la escalera, las chaquetas, gorros y bufandas han desaparecido. Él sube con urgencia delante, agarrándome fuerte. Entramos en mi dormitorio sin encender la luz, con la poca que entra por las ventanas nos sobra. Solos él y yo. No hablamos. No nos hace falta, sabemos desde que nos conocimos hace un mes que esto iba a pasar.

Sus manos bajan de mi cara a mis costados, rozando al pasar mis pechos con sus pulgares. Tira de los bordes de mi camiseta hacia arriba, me levanta los brazos para poder quitármela. Introduzco las manos bajo la suya, acariciando su abdomen, dócilmente eleva los brazos, librándose de ella para darme la visión espléndida de su pecho desnudo.

Inclina la cabeza y vuelve a besarme, buscando ansioso en mi boca. El beso nos consume y las ganas que tenemos de seguir se acrecientan. Sin dejar

el contacto, me desabrocha los pantalones, bajándomelos acariciando mis muslos, hago lo mismo con los suyos, metiendo mi mano para acariciarle la erección suavemente, notando cómo se estremece.

Me observa de arriba a abajo, contemplando todo mi cuerpo expuesto a su hambrienta mirada, mis pechos subiendo y bajando con los pezones ansiando sus labios.

—Eres un sueño, tienes un cuerpo perfecto.

Su minucioso escrutinio ha barrido mi cordura, lo miro con el mismo deseo que me demuestra su miembro erecto, con sus brazos deslizándose suavemente por los míos.

—Tú no estás nada mal tampoco.

Él sí es un sueño. En un torso perfecto tiene el pecho ancho con un poco de vello, unos músculos naturales formando una uve firme hasta el nacimiento de sus genitales, unos muslos bien definidos, y los gemelos marcados en las pantorrillas.

Es una tentadora invitación para mi vista y un reclamo para mi tacto, recorro con los dedos sus pectorales, levanto la cabeza sonriendo y me la sujeta con una mano, la cintura con la otra. Volvemos a besarnos intentando mantener la calma hasta que vamos desplazándonos y caemos en la cama.

Me pierdo en sus mares inclinándome para besarlo.

—Me gustan tus pechos.

Pasando los dedos por mis pezones.

—Me gusta esto.

Acaricio su abdomen.

—Esto también.

Su mano desciende por mi ombligo.

—Y esto.

Mi mano rozando su glande.

—Cate, no voy a poder esperar mucho más —susurra.

Acerco los labios a su pecho, sintiendo mis pezones erizarle el vello.

—Me tienes como una maldita moto, desde hace mucho rato. ¿Tomas la píldora?

Bajo mi cuerpo, pasea los dedos por mis pechos suavemente, con roces tan lentos y ligeros que todos mis músculos tiemblan por su toque sensual.

—Sí. ¿Estás viéndote con alguien más?

—No. ¿Crees que estoy jugando? —pregunta incómodo.

—No, no —añado muy bajito—. Es que no he comprado “borradores”.

—Ante la expresión extrañada de Cameron añado—: ¿Preservativos?

—Yo... —Sonríe—. Tengo en la cartera, abajo...

—Y no salgo con nadie. ¿Contento?

—No sabes cuánto.

Con un giro rápido me tumba de espaldas, y cuando siento su cuerpo encima la sensación es estremecedora. Me vuelve a besar, arrasando mi boca con su lengua.

—No bajes, lo prefiero así —susurro, excitada.

—Yo también.

Se acomoda entre mis piernas. Su peso no me molesta, al contrario, estoy muy cómoda. Encajamos perfectamente, necesito sentirlo dentro también, así que lo agarro por las nalgas y lo animo a entrar. Los dos lo necesitamos ya.

Sin esperar más, se sitúa. Nos estamos besando y noto que se va abriendo camino en mi interior. La sensación de plenitud que estoy sintiendo con este hombre hace que me replantee si las veces anteriores que he hecho el amor estaba jugando en la misma liga. Ahora creo que no, he estado haciendo el tonto.

Cuando incrementa el ritmo de sus embestidas, solo se escuchan nuestros gemidos. Necesito profundizar más la penetración apretándolo con mis piernas enlazadas en su cintura. Una,...dos,... tres...hasta que con grito primitivo, me dejo llevar por un orgasmo maravilloso.

Él me sigue y se deja caer rendido, se encuentran nuestras miradas y sobran las palabras. Me encanta tenerlo tan cerca, me pasa la nariz por el cuello y trazo círculos imaginarios en su espalda.

—Me gusta tu cuello, es muy elegante, largo y perfecto.

Su voz ronca besándolo.

—A mí me gusta tu culo.

Mis manos acariciándolo sintiéndolo firme.

—También tus labios son los más sensuales que he visto nunca.

Pasándome un dedo por el contorno.

Sin más preámbulos innecesarios, nos fundimos en otro beso incendiario y empezamos más sosegados el siguiente asalto hasta que de madrugada me apoyo en su pecho casi quedándome dormida, él tiene colocado su brazo detrás de mi cabeza, el otro pasea perezoso la mano por mi costado.

—Duérmete —susurra, dándome un beso cariñoso en la frente.

Por la mañana está a mi lado durmiendo como un bebé, con el cuerpo laxo después del maratón sexual, el pelo totalmente revuelto, y una barba que le da un aspecto sexy encantador; absolutamente varonil.

Este ejemplo del género masculino, acaba de hacerme pasar las horas más memorables que he tenido nunca. Y no solo no ha salido huyendo después de conseguir un polvo, sino que ha dedicado todo su esfuerzo dándome un orgasmo detrás de otro para terminar acurrucado a mi lado despertando por la mañana.

Lo contemplo hasta que empieza a despertarse. Poco a poco abre sus adormilados ojos y con una sonrisa seductora tira de mí hasta colocarme

encima suya.

—Buenos días.

Saluda con un beso en mis labios, con sus brazos envuelve mi espalda.

—Buenos días.

Le paso un dedo por las cejas.

—¿Estás bien?

Su sonrisa expectante.

—Perfectamente. ¿Y tú?

Al escucharme suelta el aire que había cogido en los pulmones.

—No tengo palabras.

Me acaricia la cara con una mano y clava su mirada en mis ojos, intentando ver más allá de ellos.

—Me has dejado sin palabras, no sé qué decir —admite.

Está tratando de encontrar las palabras adecuadas para definirlo, pero no le culpo por no encontrarlas, tampoco hallo ninguna.

—No hables y bésame como anoche.

Nos besamos y otra vez nos vemos arrollados por la necesidad de sentirnos como uno solo. Si en penumbra hacer el amor ha sido perfecto, a la luz del día gris y lluvioso que ha amanecido se hace mágico. El dormitorio está envuelto en sombras con tenues rayos que se cuelan por las ventanas. Es sábado, está lloviendo, ¿para qué salir?, estamos donde mejor podemos estar.

Pasamos un día muy agradable alternando la cama y el salón. Comemos y nos acostamos sin horario, incluso dejo de contar asaltos, está claro que somos insaciables.

El domingo me despierto con un olor muy apetecible inundando mis sentidos, acrecentando mi hambre lobuna. Miro a mi lado y solo encuentro el rastro de Cameron en la cama. Su olor sigue aquí y su ropa está encima del sillón que hay junto a la ventana, no se ha ido.

Me visto con una camiseta rosa, bastante vieja y unos leggins negros. Me lavo la cara, me peino (con algunos tirones) lo recojo en una cola y bajo a la cocina.

Llegando oigo el traqueteo de utensilios. Lo encuentro descalzo, vestido con los bóxer negros y la camiseta blanca que llevaba el viernes por la noche. Está muy sexy, lleva dos días sin afeitarse y tiene un aspecto salvaje que me destroza la cordura.

Me acerco a él, que espera sonriendo, y le doy un beso en los labios.

—Buenos días.

Saluda alegre, sosteniendo en la mano una pala de cocina.

—Buenos días —respondo ronca.

—¿Lista para desayunar?

Da media vuelta y coge dos tazas del mueble, voy a la nevera a buscar

no sé realmente qué, a veces, solo la abro y me quedo mirando el contenido, sin saber qué me apetece, pero es casi un ritual. Normalmente no me apetece nada de lo que tengo, así que me quedo con la puerta abierta pensando en combinaciones que podría hacer. Al final, casi siempre, acabo cerrándola optando por lo más cómodo y rápido.

—¿Qué buscas? —pregunta curioso.

—No sé, no tengo ni idea.

—Lo tengo todo controlado, hay magdalenas, huevos revueltos y café recién hecho.

—Suena bien...

Me siento y empiezo a servir el café. Se coloca en el taburete a mi lado y desayunamos tranquilamente, charlando un poco de todo.

Cuando terminamos, los dos entre absurdos diálogos en un momento recogemos. Verlo moverse con tanta soltura por la casa, con confianza, hace que me estremezca un poco. Me atrae y presiento que las cosas entre nosotros no van a ser sin complicaciones como supuestamente hemos acordado.

Lo dejo en el salón buscando algo y vuelvo al dormitorio a hacer la cama, divagando en mis recuerdos. Sin esperarlos sus brazos rodean mi cintura desde atrás, con sus labios besando mi cuello. Cierro los ojos sonriendo, dejando que su olor me envuelva completamente. Al abrirlos, me centro en el cuadro a carboncillo, el único que hay en el dormitorio.

—¿Quién ha hecho los cuadros?

—Yo. ¿Te gustan?

Sus labios siguen pegados a mi cuello.

—Mucho, son preciosos. ¿Cuándo los hiciste?

—La mayoría cuando estaba en la universidad, otros cuando necesito relajar la mente.

—Pues, se te da muy bien. Tienes mucha capacidad para en pocos trazos transmitir un momento.

—Soy arquitecto, ¿recuerdas?, tengo facilidad para dibujar —dice arrogante.

Su expresión de suficiencia me hace sonreír e inclino más el cuello para facilitarle el acceso.

—Me tengo que ir, pero no me apetece —ronronea.

La vibración que su voz provoca en mi piel eriza el vello de todo mi cuerpo.

—Vale...

Cierro los párpados y mi voz es apenas un susurro.

Me gira para besarme muy despacio, intentando acariciar con su lengua hasta el último recoveco de mi boca. Sin ganas se separa yendo al cuarto de baño con los vaqueros en la mano.

A punto de terminar de recoger el dormitorio, aparece con el pelo

mojado y los pantalones a medio abrochar, mirándome. Se pone la camiseta y cuando termina se sienta en el sillón a ponerse los calcetines y los zapatos. A continuación, se levanta y antes de salir se vuelve para acercarse a darme un último beso rápido en los labios.

—Descansa —comenta sonriendo.

—Sí, tú igual.

Desaparece escalera abajo hasta que oigo la puerta cerrarse. Niego levemente con la cabeza e inspiro profundamente, sin saber si lo que acabamos de hacer es el principio de algo extraordinario o terrible.

No puedo evitar asomarme a la ventana para verlo una vez más. Para mi pesar ya no está en la calle, todo está vacío, es casi mediodía y la fuerte lluvia no invita a la gente a salir de sus casas. Estoy a punto de girarme y veo un coche blanco parando en la esquina del hotel. Llama mi atención porque es un deportivo, así que decido quedarme a espiar un poco más. No lo distingo muy bien, tampoco soy un as con los modelos. Juraría que es un Audi TT. Los aros característicos del logo y la forma del vehículo no me dejan mucho margen para el error.

Con rudeza por el lado del copiloto desciende un hombre. Del otro, una mujer rubia, con el pelo muy largo. Parece que discuten, el lenguaje corporal habla por sí mismo, están bastante enfadados.

Intento enfocar mejor la vista, y para mi sorpresa, descubro que el

hombre es David McAllister, muy irritado enfrentándose a su llamativa acompañante. No tengo intención de abrir la ventana para intentar escucharlos, da la impresión de que gritan porque uno de los recepcionistas acaba de salir a la puerta. Ella regresa al interior del vehículo y vuelve a circular, dejando al insulso de mi compañero plantado bajo la lluvia.

Capítulo 3

Portree, Escocia

Lunes 28/2/2000

Llego a la oficina puntualmente sin saber qué esperar a partir de ahora cuando encuentro a mis compañeras. No creo que sepan nada más de lo que presenciaron el viernes en el pub, por lo que sigo mi línea habitual de trabajo sin intromisiones o preguntas incómodas por su parte. Aún tengo pendiente la reunión con Peter, quiero comentarle lo que he descubierto del software que vamos a utilizar.

Después de una jornada tranquila. No he tenido la más mínima noticia de mi jefe. Antes de irme a casa suena el aviso de un e-mail en mi bandeja de entrada.

«De: Cameron McPheal

Fecha: lunes, 28 de febrero de 2000 16:55

Para: Catherine Shaw

Asunto: Viaje

Hola Cate,

¿Cómo estás?

Salgo de viaje dentro de 2 horas, nos vemos cuando vuelva.

Cuídate,

Cam»

Vaya..., ha conseguido dejarme sin habla. He estado sin saber nada de él desde ayer y supongo que su viaje lo tendría planeado. Ni viajes de negocio ni placer, normalmente se hacen sin ningún tipo de previsión.

Se supone que tengo que contestarle. Pues..., muy bien, si vamos a jugar a ser indiferentes, también sé jugar a ese juego.

«De: Catherine Shaw

Fecha: lunes, 28 de febrero de 2000 17:00

Para: Cameron McPheal

Asunto: RE: Viaje

Hola Cameron,

Buen viaje. Cate»

No pasan ni dos minutos, cuando vuelve a sonar mi correo.

«De: Cameron McPheal

Fecha: lunes, 28 de febrero de 2000 17:01

Para: Catherine Shaw

Asunto: RE: Viaje

¿Te pasa algo?

Cam»

Desde luego no sé qué pensar, hemos pasado casi todo el fin de semana juntos, con parte de su cuerpo dentro del mío. No le pido un compromiso, hemos quedado que sin complicaciones, pero hubiese preferido enterarme de su viaje con una llamada. No un correo.

«**De:** Catherine Shaw

Fecha: lunes, 28 de febrero de 2000 17:03

Para: Cameron McPheal

Asunto: RE: Viaje

No

Buen viaje

Cate»

A partir de este e-mail, ya no recibo ninguno más. Termino de recoger mis cosas y me marcho a casa. No espero nada extraordinario aunque un poco de más comunicación no habría estado mal.

Van pasando los días y con ellos mi inquietud, algo no está funcionando bien con el software y me desconcierta porque hace dos días, Peter y yo estuvimos hablando y entre los dos comprobamos que todo funcionaba bastante bien.

La actitud de David sigue siendo distante e incluso a veces, lo pillo vigilándome como un halcón. Como no me da pie a conversaciones

personales, no le comento nada sobre lo que vi el domingo pasado en la puerta del hotel.

Una semana después de la desaparición de Cameron. La llamo así, porque no tengo ninguna noticia sobre él. No está aquí y nadie tiene constancia de ninguna reunión en Londres, o al menos eso me han dicho. Según Peter está en Nueva York, pero creo que sabe más de lo que quiere contar.

Dos semanas después sigo sin tener noticias tuyas. Tiene mi móvil y mi correo, sabe cómo ponerse en contacto. Tengo que reconocer que me he equivocado con él.

Cuando llega el viernes no voy al pub, ya van dos sin ir. No me apetece, prefiero quedarme en casa disfrutando de mi soledad, descubriendo un montón de cosas sobre mí que antes desconocía. Nunca había estado tanto tiempo sin hablar con nadie, pero no me importa.

Son casi las nueve y mi plan es sencillo: lectura y música. Como estoy un poco baja de ánimos, sin pensarlo pongo a Sade, me encanta su voz grave y rota. Suena *By your Side* y llaman a la puerta. Estoy con vaqueros y un polar negro, no sé quién será. Espero que no sea él, sin embargo, sé que en el fondo sí me gustaría que fuera.

Al abrirla me sorprende al ver abrigadas hasta la médula a Syd y a Joan, que trae una bolsa de papel en la mano. Las invito a entrar y Syd al pasar por mi lado, quitándose el gorro, me da un beso en la mejilla.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunta molesta.

—¿Estoy haciendo algo?

Se miran entre ellas quitándose los abrigos, guantes y bufandas, y entran en el salón.

—Ese es el problema, Cate. No haces nada. ¿Qué te pasa? —pregunta Joan.

Me da la bolsa, negando con la cabeza.

—¿Qué traéis aquí?

—¿Tú qué crees? —pregunta Joan.

Saco una botella de *Balvenie* de 10 años, sonrío por sus caras divertidas, y busco tres vasos de chupitos. En un momento, se acomodan en los taburetes de la barra haciendo un gesto de incompreensión entre ellas.

—¿Por qué escuchas música tan triste? —pregunta Syd.

—No es triste, es tranquila.

—Pues a mí me parece triste. ¿Tú qué dices? —pregunta a Joan.

—Muy triste —confirma Joan.

—Bueno, por lo que veo habéis venido a darme la paliza sobre mis gustos musicales.

—No. Hemos venido porque te echamos de menos en el pub. Toda la ventaja que teníamos la hemos perdido, así que como falles otro viernes más, perderemos. Y eso no nos gusta —explica Joan

—En serio, lo siento, no me apetece salir mucho.

—¿Es por Cam? —pregunta Syd.

—No, de verdad, no tengo ganas de hablar. ¿Vale? No hemos estado juntos más que unas pocas horas. Así que no creo que sea por él. Supongo que ahora me ha dado un poco de bajón, nada más.

—Pues estamos aquí, para quitártelo. Así que llena los vasos —apremia Joan.

—Eso, vamos a dar cuenta —añade Syd.

Coge la botella y llena uno a uno los tres vasos que conforme vamos cogiendo los alzamos para brindar. Sin pretenderlo, esta visita inesperada, me está sacando del hastío que comenzaba a ser habitual en mí.

Ponemos a los Red Hot Chili Peppers y seguimos bebiendo y charlando hasta que a la botella le queda menos de la mitad, entonces, las tonterías se van sucediendo unas después de otras. La música muy alta y los acordes de *Scar Tissue* empiezan a sonar confundiéndose con nuestras carcajadas constantes. Somos esponjas.

—Mañana, vamos a ir a Dunvegan —dice Joan.

—Es verdad, Cate, vente con nosotras —invita Syd—. Comeremos por allí y aprovecharemos para dar una vuelta. Se supone que no va a llover.

—Venga Cate —anima Joan.

—¿A qué hora? —pregunto.

—A las once te recogemos y nos vamos —explica Joan.

Como parece que ya han cumplido su misión con la botella, dejándola como desértico recuerdo, se levantan y recogen sus cosas.

—Hasta mañana, chicas. Gracias por venir. Lo he pasado muy bien.

—Yo también —admite Syd, tocándome con cariño el brazo.

—Venga, Syd. Vamos. Dios que frío.

Al estar un poco cargadita, decido darme una ducha antes de acostarme, son más de las doce y últimamente no estoy durmiendo mucho. Mi mejor opción es dormirme pronto e intentar descansar, todo lo que pueda.

Al día siguiente me levanto bastante activa, queda una hora para que me recojan, desayuno un café y dos tostadas, me ducho y, luego, me pongo unos vaqueros azules, una sudadera negra con forro polar, y unas botas de montaña. Tengo pinta de excursionista aficionada.

Unos minutos antes de la hora acordada con mis compañeras, me siento en el sofá con el portátil. Nada más abrirlo, suena el aviso de varios correos en la bandeja de entrada.

«**De:** Cameron McPheal

Fecha: viernes, 17 de marzo de 2000 19:00

Para: Catherine Shaw

Asunto: Te espero

Hola, Cate

He vuelto hace un rato. ¿Nos vemos en el pub? ¿Y tú móvil?

Cam»

Este es el primer e-mail, ayer por la tarde no lo comprobé, no tenía ni idea. Él tampoco. Estoy alucinando, no me dice nada durante un montón de días y ahora llega pretendiendo que vaya al pub a verlo. Menos mal que lo estoy viendo hoy, al menos anoche me libré del malhumor que me está entrando.

«**De:** Cameron McPheal

Fecha: viernes, 17 de marzo de 2000 19:30

Para: Catherine Shaw

Asunto: ¿Estás ahí?

Cate, llevo un buen rato intentando comunicarme contigo ¿Dónde estás? ¿Y tú móvil?!

Cameron»

Con el segundo compruebo que la paciencia le ha durado media hora, el tono de este me está empezando a indignar. ¿Me está exigiendo explicaciones? Hasta firma con su nombre completo. Supongo que no será, por las molestias que él se ha tomado en contarme nada de su viaje.

Comprobé que se me había descargado el móvil antes de salir del trabajo y cuando llegué a casa no me molesté en ponerlo a cargar. ¿Y qué? Es

mi problema, no tenía intención de usarlo y es fin de semana. Si no me apetece cargarlo, desde luego no se lo voy a explicar a él después de quince días con el móvil operativo sin rastro de su existencia.

Con el tercero parece que intenta ser un poco más conciliador, el problema es que ya no me sirve, ha llegado tarde, me ha cabreado bastante.

«**De:** Cameron McPheal

Fecha: viernes, 17 de marzo de 2000 20:30

Para: Catherine Shaw

Asunto: ¿Estás ahí?

Cate, voy a entender que estás enfadada. ¿Estás enfadada?

Me voy al pub. Si quieres verme estoy ahí.

Cameron»

No, no estoy enfadada, es más bien decepcionada. Ya he picado con él. Ahora es mi opción dejarme arrastrar o dejar clara mi postura. ¿Si quiero verlo? Definitivamente no, tampoco, para el rato que hemos estado juntos no voy a empezar con juegucitos absurdos. Como por desgracia algo tenemos que coincidir en el trabajo, intentaré sobrellevarlo, aunque acabo de decidir que prefiero volver a la actitud indiferente que teníamos antes.

«**De:** Catherine Shaw

Fecha: sábado, 18 de marzo de 2000 10:55

Para: Cameron McPheal

Asunto: RE: ¿Estás ahí?

Hola, Cameron, tengo cosas que hacer. No voy a estar en casa.

Gracias por indicarme que estás otra vez aquí. Te agradezco el detalle.

Cate»

Lo envío a la vez que suena la puerta de la calle.

Cierro el ordenador antes de ponerme el anorak y todas mis prendas de abrigo, abro y me encuentro a Joan sosteniendo un café con la mano enguatada.

—Hola, vamos, Syd está esperándonos en la puerta del hotel.

—Vale, parece que no va a llover. ¿Cuáles son los planes?

—Llegar dentro de media hora, más o menos y pasar el día por allí.

Una vez dentro nos acoplamos e iniciamos el trayecto tomando la carretera *B885*. El coche de Syd, un Land Rover Defender de color verde oscuro, es de lo más adecuado para las carreteras de Skye en marzo, aunque un poco incómodo parece seguro, sin contar, con la escasa afición de mi compañera por el orden o la limpieza, creo que le importan tirando a poco.

Un rato después, llegamos a un desvío con un puente de piedra precioso y unas vistas a dos lagos, espectaculares. Seguimos unos kilómetros más por la *A863*, hasta que entramos en Dunvegan. En esta época el castillo está cerrado, nos quedamos por los alrededores dando un paseo. Es sábado, no hay casi gente y nos vamos hacia un pequeño bosque cercano que según mis

compañeras es precioso.

Cuando estamos andando por el lago que bordea la zona, veo un perro negro y blanco que viene como una bala hacia mí. Conforme se acerca, me doy cuenta de que es lo más peludo que he visto nunca, las orejas caídas y llenas de pelos le dan un aire travieso y loco muy gracioso. Se echa feliz encima de mí babeando.

—¡Hola!, amigo.

Intento acariciarle la cabeza. El animal está muy nervioso, no hace más que mover la cola sin parar, Syd y Joan se unen a nosotros y el perro las saluda con la misma euforia.

—¡Hey! ¡*Agon!*! ¿Cómo estás? Cuánto tiempo. ¿Y tu amo?—pregunta Joan.

—¿Conocéis al perro? —pregunto sorprendida.

Estamos en Dunvegan, no en Portree. Entendería que conozcan a los perros de los vecinos, me parece normal, ¿pero aquí?

—Sí, es uno de los perros del señor McPheal —contesta Syd, acariciándolo.

Mi desasosiego se está incrementando por momentos, a mis compañeras no les importa mucho, la mirada molesta que les dedico ni las inmuta. Apenas unos segundos más y empiezo a escuchar la voz de un hombre llamándolo.

—¡*Agon!* ¡*Agon!*!

Cada vez se escucha más cerca, empiezo a apreciar una figura corpulenta. Observo que es mayor, aunque se desenvuelve bien por el bosque. Es alto con el pelo totalmente blanco, lleva una parka color verde y unos pantalones marrones. En cuanto llega, sé que es el abuelo de Cameron, tienen los mismos ojos, más cansados por la edad, pero el color es exactamente el mismo.

—Perro travieso.

El animal se acerca saludándolo igual que a nosotras.

—Buenos días, Duncan ¿Cómo está?

Saluda Syd, tendiéndole la mano.

—¡Qué sorpresa! señorita Campbell, señorita McLean ¿Qué hacéis por aquí?

—Salir de la rutina y enseñarle la zona a nuestra nueva compañera — explica Joan.

Me aproximo un poco más con pasos lentos y cautelosos. Él se gira para observarme bien y, sonriendo amable, me tiende la mano.

—Así que tú eres la americana... Encantado, Duncan McPheal.

—La misma, un placer señor.

—Por favor, llámame Duncan. ¿Te han llevado ya a *Neist Point*?

—Hoy no, otro día... —contesta Joan.

—Esperaremos a que llegue la primavera. La carretera es horrible. Hoy solo vamos a pasar el día por aquí —explica Syd.

—¿Dónde pensáis ir a comer? —pregunta el señor McPheal.

—No lo sabemos, donde surja —contesta Syd.

Percibo que desvía muy rápido la mirada hacia Joan y mis alarmas empiezan a sonar.

—Pues entonces, os ha surgido comer conmigo —invita cordial, cogiendo el brazo de Syd.

—No se moleste, nos da igual donde comer —añado como un rayo.

—No es molestia y no admito un no por respuesta. Syd ¿Recuerdas el camino a mi casa?

—Por supuesto, Duncan.

—No se hable más, os espero dentro de una hora. —Se dispone a marcharse, pero se vuelve y me mira sonriendo encantador—. Mi nieto me ha hablado de ti. ¿Sabes que fui yo, quién lo convenció para que te contratara? —Asiento con una sonrisa, recuerdo cómo Tom me recomendó ante su padre. Con picardía añade—: Aunque sus palabras no te hacen justicia, no me extraña que el pobre chico vaya de cabeza.

—Gracias, es usted muy amable —digo con una sonrisa forzada.

Su abuelo cree que traigo a su "pobre chico" de cabeza, no sé qué le habrá contado, seguro que maneja más información que yo en las últimas

semanas.

—No os entretengo más. Os espero sobre la una. ¡*Agon!* Vamos.

Empieza a caminar alejándose de nosotras, el perro ve que tiene suficiente ventaja y sale tras él con el mismo ímpetu que cuando nos encontró.

Me giro hacia las chicas, con expresión suspicaz.

—¿Qué está pasando aquí?

—¿Por qué tiene que pasar algo? —contesta Syd ofendida.

—Será el destino... —remata Joan.

—Déjate de chorradas, ni destino, ni gilipolleces —replico enfadada.

Me doy la vuelta sin esperarlas, yéndome andando con paso airado entre los árboles, pensando que lo único que me faltaba era a ellas también con el rollo del destino. Será mejor que acepte el resto del día como venga; el señor McPheal parece un encanto, y supongo pasaremos una comida agradable.

Salimos del bosque y nos vamos dando un paseo hacia el coche. El paisaje es precioso y la bruma que envuelve al castillo casi lo hace desaparecer de la vista.

En unos minutos volvemos a mantener una conversación agradable sobre la zona y los cambios que está sufriendo desde que inauguraron hace unos años el puente que une Skye con Escocia. Va pasando el tiempo y decidimos ponernos en marcha. Tras dejar la carretera principal, nos

adentramos en un camino que bordea campos sin sembrar, esperando su mejor momento.

A la derecha veo una casa de piedra y madera, bastante grande, sin ser exagerada, totalmente integrada en la arquitectura rural de la zona. Tiene un porche delantero con columnas de madera y cuatro ventanales grandes en la planta alta, con maceteros; sin flores.

Reparo en uno de los vehículos aparcados en un lateral, solo lo he visto una vez, pero estoy convencida de que es el coche de Cameron. Cierro los ojos bufando por la nariz antes de propinarles sendos golpes en la espalda a las liantas, que muy entretenidas hablan sobre la amabilidad de nuestro anfitrión.

—¿Qué? —exclama Syd, intentando aparcar.

—¿Cómo que qué? Vosotras lo sabíais —aseguro indignada.

—¿Cómo coño lo íbamos a saber? ¿Eh? ¿Cómo?

Suena la voz ultrajada de Joan.

—Anoche estuvimos contigo ¿recuerdas? —apoya Syd.

Pretenden que me lo crea, pero no está colando. Las miradas cómplices de la mañana, más lo que voy conociendo de ellas, hacen que prefiera confiar en mi instinto. De repente, al recordar las horas de los correos, se hace la luz; estas dos están compinchadas con el arrogante.

—Ya que tú y tú no lo sabéis, os lo explicaré. Si no recuerdo mal,

llegasteis a mi casa sobre las nueve, supongo que veníais del pub. ¿Voy bien? —afirmo con sorna—. Supongo que casualmente allí os encontrasteis con nuestro compañero de equipo, ¿sigo?

Enarco las cejas para dar más credibilidad a mis palabras, junto a la mueca burlona de mis labios como muestra al comprobar la cara de pilladas que se les ha quedado a las dos. Continúo con mi conclusión:

—El mismo que ayer me mandó varios e-mails que he visto esta mañana. Y ya suponiendo mucho, bajo su petición, vinisteis a hacerme una visita. Y para colmo, me arrastráis aquí, sabiendo que él iba a venir.

Asiento con la cabeza, y paseo la mirada entre las dos. La primera en tener la desfachatez en hablar es Syd, que ha terminado la maniobra, pero no ha hecho amago por salir del coche.

—Todo correcto, excepto que te hemos arrastrado —dice convencida, esbozando una sonrisa.

—Bueno, digamos que maquillasteis un poco la realidad.

—Vamos, Cate. No te enfades. Solo tratamos de ayudar —justifica Joan.

—Hoy lo paso, no quiero que su abuelo crea que soy una maleducada, pero ¡nunca! —Dando más énfasis a mis palabras las señalo a las dos—. ¡Nunca más!, os metáis en mis asuntos ¿entendido?

Abro la puerta del coche y me bajo de una manera no muy elegante,

solo con ganas de cerrarla con un buen golpe para descargar toda mi frustración.

Syd y Joan caminan calladas delante. *Agon* y dos animales de la misma raza, más pequeños, se acercan a nosotras, metiéndose entre nuestras piernas. Son una hembra y otro macho, se les nota la juventud.

El señor McPheal, está en la entrada observando con una sonrisa. No sé si habrá observado mis modales, tampoco quiero que se lleve una impresión errónea sobre mí, este hombre es el responsable de mi actual empleo, por lo que considero, debo tener un comportamiento modélico, al menos en su casa.

Nos saluda amigablemente invitándonos a pasar. En cuanto entramos, descubro la casa más acogedora que he visto nunca. Tiene algunas paredes revestidas de piedra y otras de madera, unas vigas oscuras bajo el techo hacen la habitación rural y cálida, al fondo, destaca una chimenea encendida entre dos librerías abarrotadas de volúmenes de todos los tamaños. Supongo que pasará bastante tiempo sentado en los sillones frente al fuego disfrutando de ellos.

Como el salón es muy grande, tardo unos segundos en apreciar la mesa preparada para cinco personas, no hay sofisticación, es familiar, aunque confirma que en breve irremediabilmente volveré a ver a mi jefe. Al momento entra una señora mayor, con el pelo canoso corto, regordeta, y cara amable,

trae varias botellas de vino y una ensalada. Se va sonriendo por la misma puerta por donde aparece Cameron tomándose una cerveza, relajado. Su mirada se clava en la mía y le dedico una breve sonrisa cínica, que responde con un gesto de confusión.

Inmediatamente, *Agon* lo ve y se lanza encima con sus dos compañeros detrás. Mientras está agachado con ellos, observo el movimiento de sus brazos envueltos en una camiseta negra ajustada, con fuertes músculos arremetiendo sin piedad contra tres cuerpos enloquecidos por el juego. Se ha cortado un poco el pelo y no ha perdido el tiempo en afeitarse, su aspecto desaliñado le da un toque sexy que está empezando a hacerme olvidar el malestar por su falta de comunicación.

Un momento después cesan sus atenciones y con cautela se va acercando a mí, su efecto en mí es destructivo; dejo de pensar, solo me concentro en sus ojos; si no reacciono me perderé en su mar.

—Hola, *gràdh* —saluda cauto.

Se inclina sobre mí y me da un beso rápido en los labios. Si cree que por llamarme así, me voy a ablandar se está equivocando. Mucho. Al fin y al cabo, solo hemos estado juntos algo más de un día.

—¿*Gràdh*? Hola, Cameron.

Nos quedamos plantados el uno frente al otro. Midiéndonos. Nuestro silencio es un poco tenso por la presencia de Duncan, Syd y Joan, que no han

abierto la boca observando nuestro encuentro.

Al momento se saludan amigablemente, vamos a la mesa y empezamos a charlar. La conversación va oscilando, entre anécdotas tuyas cuando era más joven, contadas por su abuelo y otras personales propias que las demás vamos añadiendo.

Cuando llegamos al postre nos hemos bebido ya tres botellas de vino y estamos bastante contentos. Son las cuatro y media, deberíamos regresar, pero al observar a mis compañeras tengo la sensación de que no tienen intención de parar.

Con mi inquietud por el camino de vuelta, interrumpo la amena conversación.

—Es hora de irse ¿no? Está anocheciendo y no vamos a ver nada por la carretera.

—¿Cómo? —pregunta Duncan, negando con las manos—. ¿Crees que voy a dejaros conducir con lo que habéis bebido? Relájate, pasareis la noche aquí. Mañana por la mañana os vais.

—Pero, no podemos quedarnos —balbuceo las palabras.

Me estoy obstinando, lo sé, pero no quiero quedarme, llevo quince días sin verlo y... ¿Organiza todo este tinglado? Definitivamente, no se lo voy a poner fácil.

En una décima de segundo tengo mi solución: me llevo el coche de

Syd, ellas que vuelvan con Cameron y todos tan felices.

—Es muy amable de su parte, pero yo me voy —aseguro convencida, levantándome.

—Cate. ¿Podemos hablar un momento en privado, por favor?

La voz profunda y firme de Cameron, suena alta y clara en el salón. Se levanta calmado y viene hacia mí con hostilidad camuflada de suavidad.

Syd y Joan se guiñan un ojo, aguantando la risa. Duncan analiza serio a su nieto, que me arrastra de la mano a la cocina y, en cuanto salimos del punto de observación de los demás, se abalanza pegándome a la pared junto a la puerta, cerniendo su envergadura sobre mí, echando chispas de ira con la boca muy cerrada frunciendo los labios.

Sus ojos entrecerrados, las manos a los lados de mi cuerpo, manteniéndome atrapada en su jaula. No ha dicho nada, utiliza su estatura como amenaza.

—¿Se puede saber a qué juegas? —sisea indignado.

La voz suave destila ira, su mirada me lo dice, sus círculos verdes vibran fundiéndose con el azul, refulgiendo, enfocados directamente en los míos.

—¿Yo? No estoy jugando. ¿Y tú? ¿A qué juegas tú? —espeto airada.

—Si crees que vas a salir de esta casa sola, por la noche, vete esperando, porque tienes para largo.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

Me revuelvo para intentar escapar, solo consigo que afloje un poco los brazos, sin alejarse un centímetro. Estamos tan cerca que oigo los latidos de su corazón

—Quedarte. Ser más razonable. Tenemos que hablar, pero no es el momento.

Ahora está utilizando un tono más conciliador.

—Qué bien, yo debo ser más razonable, debo contestar tus correos al momento, porque si no mandas a tus "secuaces" a ver cómo estoy. ¿Cuándo piensas serlo tú?

Voy ganando confianza y firmeza, sé que tengo razón.

—Les voy a decir cómo las has llamado —bromea.

Su cabreo se está disipando, volviendo a ser el Cameron tranquilo y simpático que estoy empezando a conocer.

—Vamos...

Se está poniendo meloso, buscando mi boca sin dejar de mirarme

—Por favor, no te vayas —ruega cansado.

Subo mi mano y le acaricio la mejilla. Nuestros labios se unen en un beso apasionado. Lo siento excitarse, dejándome arrastrar por él.

Cuando rompemos el contacto, nos miramos fijamente y nuestros ojos buscan comunicarse más allá del entendimiento racional. Estamos conectados

por algo especial, es tangible entre nosotros.

—Me quedo, aunque tenemos que hablar.

Pasamos el resto de la tarde jugando a las cartas y bebiendo chupitos. A la vez que me doy cuenta de que la afición de Cameron por el whisky es heredada de su abuelo, que no solo es un gran bebedor, sino también explica las diferencias entre unos y otros con maestría.

Antes de subir a la planta de arriba, decidimos que esta noche haremos nosotras la cena, como agradecimiento a su hospitalidad.

Cameron nos guía hasta las habitaciones y para mi sorpresa solo hay tres.

Abre una puerta y comprobamos que es bastante grande con dos camas individuales, mis compañeras entran haciéndose dueñas del lugar al instante.

Mi cara de póquer no tiene precio.

Cameron tira de mi codo para que lo siga hasta otro dormitorio enorme, donde los tonos son más neutros, tiene dos ventanales muy grandes, una chimenea de piedra con el fuego encendido, una cama de matrimonio, parece antigua, y una puerta de lo que supongo será un baño.

—¿Qué te parece?

—Perfecta. ¿La vamos a compartir?

—¿Quieres compartirla? —pregunta lento, acercándose.

Se pega a mi espalda, me acaricia los brazos con la cabeza inclinada en mi hombro.

—¿Tengo otra opción? —pregunto irónica.

—Siempre hay otra opción, Cate.

—¿Y cuál sería?

—Puedo dormir abajo, en el salón —murmura.

Me vuelvo para verlo hacer un puchero con la boca y no puedo evitar sonreír.

No puedo decirle que duerma abajo, no podría pegar ojo en toda la noche. Está esperando que le conteste y no quiero alargar más esta tontería. Le echo los brazos alrededor del cuello, besándolo muy despacio. Se deja querer, y en unos segundos empieza a tomar el control de la situación. Tenemos que parar o ni siquiera bajamos a cenar, y nos hemos ofrecido a prepararla.

—No soy tan fuerte como tú —ronronea en mi cuello.

—Ahora no —susurro—. ¿Le molestará a tu abuelo que durmamos juntos?

—No, mientras no hagamos mucho ruido.

En la cocina, compartiendo un refresco, Syd corta pollo en tacos y Joan pica unos tomates. Cameron se acerca a la nevera, saca una cerveza para mí y otra para él.

—¿Qué vais a preparar? —pregunto curiosa.

—Qué vamos a preparar, querrás decir —replica Joan.

Coge unas cebollas y me las pasa.

—Veo que me habéis reservado la tarea más grata, gracias compañeras.

—Ya sabes, si no estás cuando se reparten... Te arriesgas a que te toque lo peor.

Syd se vuelve hacia Joan con una sonrisa de suficiencia en su rostro. No sé si es por el vino o por la percepción que tengo ahora mismo, pero me da que entre ellas hay algo más que simple amistad.

—Bueno, venga, dejaos de rollo, y decidme qué vais a preparar —apremio.

—¿Ayudo? —pregunta Cameron, inclinado por mi espalda.

—No, jefe. Tú puedes volver con tu abuelo y poner la mesa —invita Syd.

—Yo que tú, no descartaría su ayuda tan rápidamente. Se le da muy bien la cocina —añado el dato por si acaso.

—Haz lo que te ha dicho Syd, pon la mesa —dice Joan, enviándome una mirada de advertencia.

En cuanto lo tenemos todo listo, avisa a Cameron. Pone la mesa y en unos minutos estamos otra vez sentados. Me encuentro flanqueada por los dos McPheal, a mi izquierda Duncan y a mi derecha Cameron. La cena va

trascurriendo igual que la comida. Mantenemos una charla animada muy agradable. El abuelo nos habla de su primer *Bearded Collie* y de todos los perros que ha tenido después. Como si supieran que hablábamos de ellos, los animales se sitúan a nuestros pies. Los tres son preciosos, la hembra se llama *Io* y el otro macho *Lego*. Son hijos de *Agon* y su intención es prepararlos para competiciones.

Sin aviso, Cameron cambia el rumbo de su mano y en vez de acariciar a *Io* mi pierna es su objetivo. Disimulo y sigo enfrascada en la conversación, pero siento una presión que detecto como señal para que nos vayamos a dormir. Cameron deja su servilleta en la mesa, se levanta y empieza a retirar los platos.

Nosotras lo imitamos recogiendo, en muy poco tiempo volvemos al salón donde Duncan se ha servido un dedo de whisky y busca un libro con unas gafas de vista en la mano.

—*Oidhche Mhath* —dice Duncan.

—Buenas noches, abuelo —repite Cameron con un beso en la mejilla.

Me acerco a ellos y beso a Duncan, bajo la mirada feliz de su nieto.

Al momento de salir hacia arriba, una música clásica envuelve la casa.

—Le gusta mucho leer por las noches.

—La música es preciosa —comento admirada.

—Sí, lo es. Estas son la *Danzas Húngaras* de Brahms

Pasando por el dormitorio de las chicas las escuchamos hablar, Cameron se lleva el índice a los labios y como dos críos intentamos husmear tras la puerta. La conversación es apenas un susurro y no tenemos más remedio que desistir de nuestra auto asignada misión de espionaje.

—Creo que entre ellas hay algo —cuenta confidencial.

—Yo también tengo mis sospechas.

Llegamos a la habitación y Cameron coloca al entrar una mano en mi espalda.

—Supongo que cuando lo tengan claro lo harán público —comenta bajito.

En cuanto entramos, deja sus brazos tranquilamente en mis caderas, se inclina, me besa el cuello y consigue en un segundo que todos mis sentidos se licuen.

Antes de continuar, necesito hablar con él. Necesito saber dónde se ha metido, no quiero empezar algo sin saber cómo vamos a funcionar.

—¿Crees que ahora es un buen momento para hablar?

—Si no hay más remedio. Dispara.

Se mueve por la habitación hasta situarse de espaldas a la ventana.

—¿Dónde has estado?

—Sídney.

—¿Cómo?!

—¿Te acuerdas de la reunión que tuvimos Peter y yo en Londres a finales de Enero?

La recuerdo, fue mi primera semana de trabajo. Asiento con la cabeza.

—Pues esos proveedores tienen entre manos un material nuevo para las velas que si se comercializa será una revolución en el mercado. Y quiero que seamos los primeros en utilizarlo. No podía correr el riesgo de contar adónde iba, en estos momentos hay varios fabricantes de barcos que andan con la mosca tras la oreja. Saben que se está cociendo algo, pero no saben qué. Los datos técnicos que nos han facilitado son cruciales para el desarrollo de las variables del programa y hasta que no los cotejemos es mejor que nadie lo sepa.

—Me podías haber dicho algo. ¿No? Le pregunté a Peter y me dijo que suponía estabas en Nueva York.

—¿Eso te dijo? Será cabrón... —Echándose a reír, se acerca y me rodea con los brazos sin apartar sus ojos de los míos. Baja la cabeza y susurra —. Siento no habértelo dicho.

Me besa el cuello lentamente. Cuando se pone así no tengo la suficiente voluntad para apartarme. Sigue con su invasión, consciente del terreno que está ganando.

—¿Crees que desaparecería quince días, así sin más? ¿Qué abandonarías mis obligaciones, sin decir nada? —pregunta bajito.

—No te conozco

—¿No?

Su nariz acaricia mi mejilla y me empieza a envolver la sensación que tengo cuando estoy con él. Su aliento cálido acaricia mi cara y su voz se vuelve un ronroneo sensual; no me puedo resistir.

—No me podía arriesgar. Además Peter lo sabía, suponía que te lo habría dicho. ¿Ves lo que me haces?

Su voz se convierte en un susurro. En un momento sus labios capturan mi boca, y sus brazos me enredan, queriendo tocarlo todo al mismo tiempo. Levanto los míos y rodeo su cuello para acercarlo más. Él se deja, coge mis pechos con fuerza sopesándolos y acariciándolos. Su mirada salvaje hace que me tiemble todo el cuerpo.

Conscientes del torbellino de emociones que nos pasan por encima, caemos en la cama. La intensidad de este hombre no tiene límites, mis músculos no responden, no soy capaz de moverme; firmarí ahora mismo por estar siempre así. Piernas y brazos agotados, tranquilos por un mar de sensaciones.

Al momento por su respiración pausada sé que está dormido. Lo miro y se me escapa una lágrima, me da mucho miedo; se está colando en mi vida y me inquieta la felicidad que siento estando en sus brazos.

La mañana siguiente me despierto con el sonido del agua corriendo, desnuda voy al baño y al abrir la puerta me encuentro a mi estupendo espécimen dándose una ducha. Tiene los ojos cerrados y no me ve entrar. Sigilosa abro la mampara y me coloco detrás de él, se le tensan los músculos del abdomen cuando le paso los brazos abarcando su cintura. Apoyo la cara en su espalda, y su miembro me saluda recibiendo mis lentas caricias.

Cameron se vuelve y me da un beso demoledor antes de aprisionarme entre la pared para dejarnos arrollar sin miramientos por el deseo. Sube mis piernas hasta rodear sus caderas y empiezo a notar cómo intenta penetrarme, debido a la posición no es fácil. Deslizo mi mano entre nosotros, ayudándolo. En cuanto entra en mí, comienza a embestirme sin contemplaciones. Luego, otro orgasmo salvaje nos atrapa, llevándonos a nuestro pequeño mundo de sensaciones extraordinarias.

Cameron me tiende una toalla al salir y él se envuelve las caderas con otra más pequeña.

—Buenos días, *gràdh*.

—Muy buenos días —respondo, dándole un beso en los labios.

—Vamos a desayunar y nos vamos.

Me besa en la frente. En un minuto se sienta en la cama para calzarse.

Delante suya y consciente de su examen, me visto. Primero el sujetador, después las braguitas, con su mirada disparando ráfagas de deseo.

Cojo los vaqueros y la camiseta, poniéndomelos bajo su atenta observación. Al terminar, le doy la mano que sonriendo besa. Con un leve tirón me sienta en su regazo y aprieta extasiado mis senos.

—Son preciosas aunque me desconcentran un montón —dice convencido.

—¿Te gustan un poco, eh? —acaricio su cara sin afeitarse.

—¿Un poco solo? Me vuelven loco, tienen el tamaño perfecto para mí.

Para confirmar su teoría, las abarca con sus manos, masajeándolas, consiguiendo que mi satisfecho deseo vuelva a empezar a reclamar más atención. Me sonrío lentamente y recorre despacio con los labios todo mi perfil.

—Tus labios también. —Vuelve a besarlos, con un dedo recorre mi nariz y añade—: Y esta es muy elegante. —Sube despacio hacia la frente—. Y aquí está la proporción perfecta.

Sigue con sus arrumacos, pero necesito que se relaje porque está volviendo a causarme estragos.

—Tenemos que parar. Sé bueno.

—No quiero.

A regañadientes nos separamos, bajamos a la cocina y nos encontramos a las chicas preparando el desayuno sin rastro de Duncan. Nos sentamos en la mesa, Joan nos sirve una taza de café y Syd termina de preparar

unos huevos revueltos.

Cameron unta dos tostadas con mantequilla y me pasa una, al darle un bocado, con la boca llena, le lanzo un beso y su cara de felicidad no pasa desapercibida para nuestras acompañantes, que nos muestran unas sonrisas cómplices en tanto comemos distraídos.

Cuando terminamos él se levanta para recoger antes de irnos.

—Cam —dice Syd.

Se vuelve inmediatamente esperando con la puerta abierta.

—Duncan ha dejado un sobre y una caja para ti sobre la chimenea.

—Gracias, Syd.

Al cabo de un momento, trae un sobre de color gris y blanco, de tamaño mediano, y una caja rectangular alargada. La abre y saca una botella de vino tinto que levanta para poder leer bien la etiqueta.

—Guau...

Abre los ojos admirándola y me mira sonriente.

—¿Es bueno? —pregunto curiosa.

—Mucho.

No comenta nada y tampoco pregunto. Después me explicará por qué es un buen regalo una botella de vino.

—Syd. Cate, vuelve conmigo a Portree—ordena casual.

No es una opción, no da oportunidad a réplica, es el jefe.

—Sin problema.

Joan la mira asintiendo con la cabeza.

—¿Dónde está tu abuelo? —pregunto a Cameron.

—Con los perros, los suele sacar casi toda la mañana. Le gusta ir andando hasta el bosque y pasar el tiempo enseñándoles cosas nuevas.

Al rato nos despedimos de ellas, van a volver un poco más tarde. Cameron me abre la puerta del todoterreno. Es la primera vez que entro en su coche, por suerte, es mucho más confortable que el de Syd y está mejor cuidado.

En cuanto lo pone en marcha, salimos por el camino hasta la carretera con las melodías rítmicas de U2 sonando de fondo.

—El sábado veintidós de abril es la fiesta del aniversario de la fundación de la compañía. Hay una cena —comenta Cameron.

—¿Y me afecta en algo?

—Quiero que vengas conmigo.

—Uffff... no sé —digo bufando incómoda.

No quiero decirle que no, pero tampoco me apetece aguantar los comentarios que se harán sobre nosotros.

—Como mi pareja —dice en voz baja y firme, volviéndose hacia mí.

—Me lo pensaré ¿vale? ¿Es muy formal?

—Más o menos. Normalmente siempre van los mismos, así que todos

nos conocemos, pero para todo el mundo de por aquí es el acontecimiento social más importante. Se celebra en el castillo de Dunvegan, mi abuelo y el actual jefe son amigos desde pequeños.

—Me dejas más tranquila con esa información.

Coge mi mano entrelazando sus dedos, infundiéndome la confianza que necesito. El resto del camino vamos en silencio. Mi mente hierve con todos los acontecimientos que me están sucediendo en muy poco tiempo: cambiar de país, de casa, ver a mis amigos de tarde en tarde, empezar en una compañía nueva donde quiero desarrollar un trabajo impecable, conocer a este hombre que me acompaña... empezando a dudar muy seriamente si seré capaz de mantener esto sin complicaciones, me gusta demasiado, divago con él cada dos por tres, y si no me equivoco a él también le pasa.

Estamos demasiado cómodos, no tengo la sensación de conocerlo desde hace tan poco tiempo, apenas dos meses. Si vamos como pareja a esta celebración, dentro de un mes, está asumiendo que vamos a continuar manteniendo nuestra no complicada relación.

Mis anteriores relaciones realmente sí habían sido más casuales, como máximo había repetido dos meses con el mismo y tampoco es que me hubieran marcado mucho.

No voy a comparar otras cosas porque no es posible y no se pueden medir con el mismo rasero las olas salvajes que me envuelven de sensaciones

maravillosas cuando hacemos el amor con nada parecido que haya podido sentir antes; no es equiparable.

Capítulo 4

Portree, Escocia

Lunes 20/3/2000

Dediqué el resto del domingo a investigar el sistema automático de identificación en el que estoy trabajando. Cameron regresó a su casa, para ponerse al día y trabajar en los nuevos coeficientes y variables del nuevo material de los australianos.

Por mi parte pasé el tiempo avanzando con unos protocolos, sin tener a McAllister revoloteando alrededor cada vez que introducía nuevos parámetros o cuando me veía hablando con Peter de los avances. Además, después de la conversación con los informáticos no me ha dejado otra opción.

Al llegar a McPheal *Marine Ltd.*, unos minutos antes de las nueve, lo primero que hago es acercarme al mostrador de Paul, que siempre va impecable vestido; debe ser algo personal; aquí todos van bastante informales. De hecho, yo misma llevo como uniforme de trabajo unos vaqueros a los que voy combinando diferentes jerséis y camisas. En cuanto a mi calzado, más de lo mismo, o botines, botas, o bailarinas. Es una tontería arreglarse más para pasar el día en una mesa rodeada de las mismas personas. Intentamos

esmerarnos si tenemos reuniones o visitas; pero hoy no es uno de esos días, llevo vaqueros azules oscuros, un jersey rojo de pico, un pañuelo blanco, azul y rojo en el cuello, y unos mocasines negros de ante. El cabello recogido en una coleta.

—Hola, Paul. Buenos días —digo alegre.

—Hola, Cate, ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Me puedes decir cuándo tiene libre Peter?

Necesito tener una reunión, a solas, y si se lo digo directamente arriba corro el riesgo de que McAllister se entere, así que —confiando en mi sexto sentido—decido que Paul se lo diga desde aquí y no levanto sospechas. Sé que debo tratar también con David, pero le iré suministrando la información después que a Peter; no me fio de él.

—¿Te va bien hoy, sobre la una? —pregunta, pasando ventanas en su ordenador.

—Perfecto, gracias.

Subo por la escalera a la segunda planta, saludo a mis compañeros, comprobando que hoy estamos al completo. David y Syd están liados cada uno en sus respectivos trabajos. Joan me saluda con una sonrisa cómplice, ofreciéndome una taza de café, como todas las mañanas, cada vez que va a por su dosis, sin preguntar nada me trae una para mí.

No han pasado ni quince minutos cuando Peter asoma la cabeza por

nuestro despacho. Nos saluda a todos y me hace un gesto con una mano para que me acerque, no ha traspasado la puerta. Me levanto y voy hacia él.

—Buenos días. ¿Qué pasa? —pregunta en un murmullo.

—Hola, después te explico.

—¿Me tengo que preocupar?

—No lo sé. Después te cuento.

Nos estamos despidiendo y aparece Cameron en la puerta de su despacho, acompañado de dos mujeres, las conozco de administración. Se acercan hablando, ellas nos sonríen al pasar y, él nos observa sorprendido, hace un gesto casi imperceptible con la mirada preguntándose qué pasa, Peter responde despreocupado inclinando la cabeza.

La mirada de Cameron pasa alternativamente entre nosotros en cuestión de segundos. Siguen su camino hacia el ascensor, mientras esperan sus ojos siguen fijos observándonos con una expresión seria en la cara. Cuando nos despedimos, quedando en vernos al mediodía, mi jefe y sus acompañantes ya no están.

Un momento después, vuelvo a mi mesa y me centro en el software. Tengo varios frentes en los que trabajar, uno es el sistema de identificación para transmitir la posición, el curso y la velocidad. Otro, para monitorear los barcos comerciales y poder identificar, rumbos, trayectorias y riesgos potenciales. Tengo que realizar cálculos de vectores de agua y tierra, con ellos

podremos simular el efecto de las corrientes y las derivas. También debemos analizar los ángulos de viento tanto reales como objetivos, con ello, el software que desarrollemos será puntero en comunicación y seguridad. Permitiría navegar de una forma fiable, identificando riesgos, evaluando datos, y corrigiendo rumbos.

Unos minutos antes de la una, me levanto de mi mesa, cojo una carpeta y le digo a Joan que voy al departamento de administración, ni Syd, ni David se inmutan.

Cuando estoy llegando, oigo hablar dentro del despacho de dirección, de repente, se abre la puerta y sale Peter con cara de pocos amigos. Cameron se limita a saludarme con la cabeza e inmediatamente cierra.

En cuanto Peter abre, se hace a un lado, nos sentamos en su mesa. Él extiende los brazos encima y cruza las manos mirándome tranquilo.

—¿Qué pasa Cate? —pregunta amable, sin rastro de incomodidad.

—Iré al grano. Desde hace unas semanas, vengo observando fallos en mi ordenador —digo de carrerilla.

—¿Qué fallos? Especifica.

Automáticamente desaparece la sonrisa de su cara, he captado su interés.

—¿Has hablado con Cam?

—Primero quería hablar contigo, eres el responsable de mi trabajo.

—Cuenta.

Asiente y espera paciente a que organice mis ideas. Respiro hondo antes de empezar.

—Hace varias semanas vengo notando una actitud bastante rara en David McAllister.

Los ojos de Peter se abren con sorpresa.

—Cuando introduzco datos nuevos en el software, de hecho, recuerda cuando tú y yo vimos los resultados sobre el sistema de identificación. ¿Lo recuerdas?

Asiente despacio y me incita con la mano a que continúe la explicación:

—Después de comprobarlo todo y de que los resultados fueran satisfactorios, al día siguiente o a los pocos días, me ha pasado varias veces, todo deja de funcionar bien. Me tengo que volver a devanar los sesos, para saber qué ha pasado, comprender por qué funciona un día y al siguiente no, y no puedo seguir avanzando.

Está totalmente concentrado y sigo explicándole mis últimos descubrimientos.

—Hace unos días, decidí ir al departamento de IT para comprobar si alguien estaba accediendo. Hicieron unas comprobaciones y vieron que mi IP está siendo vulnerada —informo segura ante su cara de total incredulidad.

—Dios, Cate ¿Qué coño dices...? —exclama indignado—. Tenemos que hablar con Cam.

Levanta el teléfono y marca la extensión, no pasan ni dos minutos cuando aparece, sin hacer ningún esfuerzo para ocultar su enfado.

—¿Qué pasa? —pregunta, paseando sus ojos entre los dos.

Tiene una mirada suspicaz, que espero no sea una conclusión del pensamiento retorcido al creer que entre Peter y yo hay algo y lo hemos llamado para contárselo.

Se apoya en la mesa, cruzando los brazos y los tobillos, adoptando una posición cómoda, mirándome directamente a mí y, dándole la espalda a su amigo. «¿De qué va?» Intenta parecer despreocupado, pero no puede evitar la tensión en el gesto.

Peter se levanta y se pone a su lado, en la misma postura. Mi situación solo me deja compararlos. Dos hombres, diferentes físicamente y a la vez iguales, dos hombres espectaculares, altos, fuertes y atractivos. Uno, con un aspecto estupendo, viste unos vaqueros azules, una camisa de cuadros negros, remangada hasta los codos, y unos botines oscuros de piel. El otro parece un *grunge* salido de Seattle, o un lobo de mar, con el pelo más bien largo, desaliñado, sin afeitado, unos vaqueros desgastados, unas botas bajas entremetidas por los bajos del pantalón, y un jersey de lana gruesa azul marino; el efecto de desorden estudiado se aplica perfectamente a su manera

de vestir.

Cameron temperamental, Peter sosegado; equilibrándose mutuamente.

Con los dos enfrente, mirándome, he perdido el hilo de la conversación. Uno me observa intentando descifrar la piedra roseta, y el otro, bueno, creo que se lo está pasando en grande. A pesar de lo que acabo de contarle, que sabemos es un problema, está disfrutando viéndolo celoso de él.

Peter vuelve la cabeza hacia su amigo.

—Cate, me acaba de contar algo que debes saber.

Cameron no me quita ojo, tensa la mandíbula, esperando saber qué ocurre.

—Para resumir, alguien está entrando en su ordenador, sin su permiso. Después de esas intrusiones los avances de Cate en el software dejan de funcionar y tiene que volver a empezar. Entiendo que quien sea pretende sabotear su trabajo.

La actitud de Cameron cambia en segundos y su mente reacciona rápido.

—¿Sospecháis de alguien? —pregunta, controlando su creciente mala leche.

Mantengo los labios apretados, no me atrevo a acusar a David, visto con cierta distancia, solo me estoy basando en mi intuición.

—Cate, cree que David puede estar implicado —informa Peter.

Cuando suelta el nombre Cameron niega con incredulidad, mirándome directamente a los ojos.

—Vamos, no me jodáis.

Su voz mezclada de impotencia y rabia.

Pierde la pose engañosamente relajada y se pone a dar vueltas por la habitación pensando y procesando. Peter le detalla lo que está pasando con el programa de identificación y básicamente le explica lo mismo que yo, unos minutos antes a él.

Cuando tiene la información, se vuelve a situar a su lado sin quitarme los ojos de encima.

—Voy a hablar con los de IT para que hagan un seguimiento diario a tu ordenador. Y a partir de ahora mismo, todo lo que hagas, descubras o avances nos lo dices directamente a nosotros. ¿Entendido? —advierte autoritario—. Mañana vamos a Londres a una reunión en *Collum Ltd.*, y tú te vas a venir. —Asiento con los ojos un poco más abiertos. Él continúa con su explicación—. Están desarrollando cartas electrónicas globales que te afectan también a ti. Así que tu presencia es necesaria.

Al conocer el motivo de la reunión aumenta mi interés. Realmente sería añadirle al programa el extra que buscamos.

—¿No le sentará mal a David que vaya yo y no él? —pregunto preocupada.

Cameron me hace una mueca, dándome a entender lo poco que le importa en este momento la opinión de David.

—No te preocupes por David. Yo me encargo de él —añade Peter

—De acuerdo, vosotros mandáis. ¿A qué hora nos vamos mañana?

—Te recojo a las siete, salimos de Edimburgo a la una. La reunión es después de comer.

Se dirige hacia la puerta aunque antes de salir se vuelve.

—Llévate ropa para varios días.

Sin decir nada más, sale del despacho, dejándonos tal como estábamos antes de su llegada. No puedo evitar la sorpresa por la indicación de la ropa. «¿Varios días?» Miro a Peter que tiene las cejas enarcadas y una sonrisa. No sé hasta qué punto está al tanto de nuestros avances, pero me parece que no solo no le importa, sino que lo aprueba, viendo a su amigo en una faceta que hasta el momento le era ajena.

—Bueno, Cate ya has oído al jefe. A partir de ahora, solo nosotros — dice aliviado.

Me levanto y cuando llego a la puerta escucho su voz tranquilizadora.

—Intenta que no te afecte. Relájate. ¿Vale? y no bajas la guardia.

—Claro, estaré atenta.

Salgo más tranquila, aunque ahora tengo otra clase de inquietud. Comprobar de primera mano los avances de Collum en los mapas electrónicos

es una oportunidad especial. Si logramos introducir esa información en el programa, todos los parámetros necesarios para navegar en cualquier parte estarían disponibles y no solo daría seguridad al identificar riesgos, sino que también analizaría datos de vientos, mareas, cursos, velocidad y lo que era más importante: permitiría corregir rumbos de una manera fiable.

Los datos que Cameron ha traído de Australia son vitales para el desarrollo de mi trabajo. Si los resultados obtenidos por los fabricantes eran correctos, utilizaríamos sus fibras para componer el laminado de las velas, nos saldríamos del uso de kevlar, el material más generalizado usado por el resto de constructores. Aún debían encontrar el formato idóneo para usarlas, y andaban metidos en pruebas con cintas de filamentos para hacer el sándwich más tolerante a la flexión.

Nuestros barcos tienen ya los cascos terminados, a las cabinas les queda poco y el resto de oficios están absortos en la realización de sus instalaciones. Utilizarán fibra de carbono para el palo de la mayor y casi todo el aparejo será de titanio, incluido el mástil de bandera. No escatimaban materiales si con ello el resultado era mejor.

En cuanto llego a casa, me pongo inmediatamente a pensar en la ropa; no ha sido muy específico. Lo llamo, no tiene el móvil operativo y decido llevar un poco de todo: varios vaqueros, jerséis, dos trajes de chaqueta (uno

gris con falda y otro burdeos con un pantalón pirata) unos zapatos negros de tacón alto, unos planos beige, también varias camisas que puedo combinar con los trajes y los vaqueros y, por último, un vestido negro corto de gasa, con mucho vuelo y un adorno de cuentas en la parte superior; creo que con esto lo cubriría todo.

El día siguiente me levanto rápido. Después de ducharme, me recojo el pelo mojado en un moño, me visto con una falda recta, un jersey blanco de cuello alto, y unas bailarinas negras.

Me tomo un café en la cocina, suena el timbre, e inmediatamente me encuentro delante a Cameron, que me deja sin aliento. Su traje gris oscuro, le sienta de maravilla, se ciñe a su torso perfectamente. Es de corte italiano, hombros altos cuadrados con dos botones, sin aberturas laterales. Debajo ha combinado una camisa azul claro y una corbata de cuadritos negros y grises muy pequeñitos; si normalmente está guapo, hoy recién afeitado y con el pelo engominado se ha superado.

Me da un beso escueto en los labios, haciendo que mi olfato huelga una maravillosa combinación de aftershave y gel de baño.

—*Madainn mhath, gràdh.*

Saluda muy bajito con su cara en mi cuello.

—Lo mismo digo —respondo sonriendo.

Levanta la cara mirándome con ternura. Cuando sus ojos se clavan así en mí, no me deja opciones. Le cojo la cara con las manos y le doy un besito rápido en los labios. Entramos en la casa, le indico que mi maleta está arriba y subimos al dormitorio. La levanta del suelo y me mira con cara burlona murmurando algo que no entiendo.

—No me has dado mucha información —explico.

—¿Habría servido de algo?

Encojo los hombros sonriendo, me pongo la chaqueta de piel negra y, a continuación, salimos a la calle donde veo el vehículo con Peter sentado en la parte posterior. También se ha puesto traje, el suyo es azul marino, se ha esmerado con el pelo, engominado hacia atrás, es muy atractivo, pero afeitado y con la cara despejada es un bombón de hombre.

—Hola, Cate. ¿Estás despierta? —saluda alegre.

—Buenos días, despierta y activa. ¿Y tú?

—Más o menos.

Cameron pone el coche en marcha y salimos rumbo a Edimburgo. Durante el trayecto nos dedicamos a hablar de los avances en la construcción de los barcos. Les explico mis ideas para incorporar las cartas electrónicas al software y me doy cuenta cómo Cameron mira por el retrovisor a Peter con una punzada de orgullo.

Unas horas después, vamos directos al piso de Cameron en el 150 de

Princes St. Mientras él va al garaje para dejar el coche, nosotros nos quedamos con las maletas en la calle, esperando un taxi.

En el aeropuerto nos tomamos un café, esperando, conversando antes del embarque. No sé si será por la confianza, pero tienen una comunicación excelente entre ellos, me recuerda mucho a mi relación con Anna. Son incansables hablando de temas laborales que de vez en cuando alternan con episodios personales, haciendo que el rato de espera se me haga muy corto.

Llegamos a Londres y tal como estaba previsto, aterrizamos en *Heathrow* pasadas las dos. Al salir nos dirigimos hacia la parada de taxis, subiendo en el primero disponible.

—135 *Wardour St.*, por favor —dice Cameron.

Iniciamos el trayecto y unos minutos después llegamos al piso. Podemos comprobar la enorme actividad en el *Soho*, lleno de gente y negocios a pleno rendimiento. El apartamento está en la tercera planta de un edificio con apariencia victoriana, aunque se nota que es reciente. Es de ladrillo rojo, con ventanas de dinteles blancos y una buhardilla sobresale bajo el tejado negro. Justo al lado hay un pub con mucho encanto "*The Ship*", lleno de macetas con flores rojas alrededor de toda la fachada.

Una vez dentro lo primero que noto es su sello personal, aunque aquí el contraste, entre los sillones de piel negra, el suelo oscuro de madera con la claridad de las paredes llenas de luz filtrada a través de las ventanas, y cinco

claraboyas en el techo inclinado, es mucho mayor que en su casa de Skye y se percibe la ausencia de objetos cotidianos que la harían más acogedora.

Tiene adosado al salón una cocina equipada con electrodomésticos de acero inoxidable, destaca una divertida nevera roja que rompe la monotonía de los muebles oscuros y una barra con cuatro taburetes de hierro forjado con los asientos rojos, parecen muy antiguos.

—Vamos Cate —apremia Cam, tirando de mi codo.

Suena el móvil de Peter y se aparta de nosotros para atender la llamada.

Me dejo guiar por el pasillo a dos dormitorios y un baño. El que supongo va a ocupar Peter, es un despacho con un sofá cama grande, las paredes verde oscuro con un zócalo de duelas pintadas en blanco, una mesa de madera oscura, y una estantería llena de libros variados, de ingeniería, arquitectura naval, de fotografías y me sorprende al descubrir varios sobre Picasso. Como es habitual en él, todo está muy ordenado; creo que debe recibir algún tipo de colaboración, no hay una mota de polvo en ningún lado.

Me indica la puerta del baño, pero no puedo entretenerme, vamos con el tiempo un poco justo para la reunión y aún me tengo que cambiar. Seguimos hasta el dormitorio principal, mucho más grande, con una cama muy oriental enorme en el centro, no tiene más, excepto un armario de madera con una preciosa talla alrededor de dos espejos enormes, con apariencia de haber sido

comprado en un anticuario o heredado.

Dentro hay otro baño, con azulejos grises y blancos; lo que más me gusta es que la ducha está integrada en el suelo y no tiene mampara, solo la separa del resto un tabique bajo hecho con pequeñas piezas cerámicas azules, grises y blancas. En un rincón hay una bañera esquinera con hidromasaje.

Al salir de mi inspección, Cameron deja las maletas junto al armario, mirándome con ojos curiosos.

—¿Qué te parece?

—Está muy bien —dijo sonriente—. Aunque se nota que no vives en él.

—Las cosas son para lo que son —responde, encogiendo los hombros—. No necesito más.

—Tienes razón. ¿De dónde son los muebles antiguos?

—De una tienda donde a veces voy con mi abuelo. ¿Te gustan?

—Sí. Es como en el astillero, te gusta mezclar lo antiguo con lo nuevo.

Me gusta.

Se acerca a mí, me rodea con los brazos, sonrío cariñoso y se inclina hacia delante para besarme muy despacio; suficiente para que nos perdamos y no sepamos ni donde estamos, ni con quien.

—Disculpad... —interrumpe Peter, dando unos toques suaves en la puerta.

Nos separamos mirándolo con cara de fastidio. Cameron sale del dormitorio después de darme un beso en la frente. Los oigo hablar, pero no capto qué dicen, me dedico a buscar el traje burdeos en mi maleta, que está impecable. Una vez estoy lista, salgo y escucho a Peter en la cocina.

—*¿Crees qué podrás venir la semana que viene? Me lo estoy currando solo.*

—*Pet, de verdad, cuando tenga un hueco me escapo.*

—*Tú verás campeón, tienes que estar muerto. Frena un poco.*

Los encuentro comiendo un sándwich, tranquilamente. En cuanto me ven, levantan la vista y puedo comprobar la admiración en sus ojos. Sobre todo, en mi jefe, que se detiene más de la cuenta en la curva que forma la chaqueta entallándose en mi pecho.

—*¿De qué habláis? —pregunto.*

—*Tonterías. Un partidillo —contesta Peter despreocupado.*

—*¿De qué? ¿Rugby o fútbol?*

Sin contestar, Cam me sonrío ofreciéndome un bocadillo. Lo cojo y empiezo a engullirlo a toda velocidad, busco un vaso para beber un poco de agua y no morir en el intento.

—*Cate, come tranquila. Por favor —dice Cameron.*

—*Es verdad, relájate. Está aquí al lado —explica Peter.*

—*Vale.*

Con la boca llena, me siento en la barra ignorando sus consejos.

—Cate, por favor. Me estas agobiando —asegura Peter.

—¿Por qué?

Otra vez con comida sin tragar.

Me mira negando con la cabeza y empieza a recoger las cosas, antes de que Cam haga lo mismo. Se ponen las chaquetas, repasan los documentos y me dan el tiempo que necesito para terminar mi veloz almuerzo.

—¿Has terminado? —pregunta Cam, mirando el reloj.

—Sí. ¿Vamos bien?

—Sí —contesta, acercándose con mi abrigo.

En un momento me ayuda a ponérmelo, salimos y cogemos un taxi.

La oficina de Harry Collum se encuentra en la tercera planta de un edificio de *Bear St.*, cerca de *Leicester Square*. En menos de diez minutos llegamos sin contratiempos. Al entrar en el despacho, lo primero que llama mi atención es el brillo de una pared, predomina un color degradado a otro hasta llegar a un punto en el centro, marcado con una curva muy sinuosa, donde solo predominan los blancos y amarillos que hacen la habitación original.

Harry separa la silla de su mesa, se dirige amigable a estrechar las manos de Cameron y Peter. Repara en mí, hace lo mismo y me da un buen repaso.

Es más bajo que ellos y parece estar en buena forma. Tiene los ojos azules aunque con los párpados caídos apenas se perciban unos destellos del color, los síntomas de calvicie le aparentan más mayor.

Me dedica una sonrisa, mira a Cameron con un gesto de admiración y una complicidad evidente.

—Encantado, Harry Collum —saluda, sosteniendo mi mano más de lo necesario.

—Lo mismo digo. Catherine Shaw

Nos sentamos en una mesa circular y empezamos la reunión. Harry no se anda con rodeos y lanza el guante de su software. Nos explica que incluye más de quince mil cartas electrónicas de navegación con cobertura total, actualizables en cuanto haya alguna modificación.

Le escucho atentamente, realmente sería el extra ideal a nuestro proyecto.

Nos ofrece la exclusiva, a cambio de que *McPheal Marine Ltd.*, comparta los beneficios del producto que estamos haciendo.

Cameron y Peter intercambian miradas y sé que van a negarse.

—No nos interesa, Harry—dice Cameron intransigente.

—¿Por qué no? A mí me parece justo —responde incómodo, paseando la mirada por los tres.

—No, no lo es —añade Peter, ratificando la respuesta de Cameron—.

Solo pones un diez por ciento de lo que lleva nuestro programa.

—Solo queremos comprarte la parte de las cartas electrónicas — aclara Cameron.

—Pero, así todos ganamos. —Harry no piensa darse por vencido—. Mi empresa está también interesada en el desarrollo de nuevos sistemas de seguridad. Si juntamos nuestros avances, iremos más rápido.

—Para nosotros, no es una cuestión de rapidez —dice Cameron firme y sereno—. Es más una cuestión de orgullo empresarial. Estamos llegando muy lejos por nuestra cuenta, es nuestro objetivo, y sabes lo que me motiva un reto. Desde que empezamos este proyecto decidimos que sería un producto íntegramente realizado por nosotros, sin socios. Si no quieres vendernos tu software lo entenderé, de verdad. —Se inclina un poco y cruza las manos. Hace una pausa y añade—: Pero si decides aceptar, sabes, tan bien como yo, que en este mundillo todos nos conocemos. Podría significar una buena publicidad para tu empresa. Te garantizo que no te faltarán clientes.

Harry Collum no está contento, pero acepta el acuerdo con McPheal *Marine Ltd.*, es preferible el pellizco que va a sacar por las cartas y la futura publicidad a nada.

Un momento después, Peter y yo salimos para atender una demo. En cuanto empieza nos miramos sabiendo que nos puede venir muy bien.

Terminamos y regresamos al despacho. Harry me sonrío, la expresión

de su rostro al mirarme no me gusta, la encuentro inapropiada, pero mantengo una postura cordial.

—Catherine, me han dicho que eres muy buena—dice Harry.

Se acerca más; no me muevo del sitio; siento que invade mi espacio personal.

—Gracias. Llámame Cate, por favor.

—Perfecto, si habéis terminado, nos vamos —interrumpe seco Cameron.

No parece que le esté gustando la proximidad de Harry, que deja de manera casual la mano en la parte baja de mi espalda. Pido con la mirada auxilio a Peter.

—¿Por qué no cenas conmigo esta noche, Cate? —pregunta Harry casual.

—Harry no te embales. —Peter serio—. Ya tiene plan esta noche.

—¿Qué plan? —pregunta interesado.

—Con nosotros, Harry —responde Cameron molesto—. Cate, Peter y yo vamos a cenar juntos

—Pues haberlo dicho, ¿Dónde vais a ir?

—A *The Thoguz* —dice Cameron, impaciente por salir.

—Perfecto. ¿A las ocho? —pregunta Harry.

Aguantando la risa, Peter mira a Cameron, que no sabe esconder su

malhumor.

—Vale tío —admite Cameron de mala gana—. Estás invitado.

Durante el camino de vuelta, Peter me bombardea con datos sobre las dotes de *donjuán* que caracterizan a Harry. Se regodea contando anécdotas mientras Cameron va callado mirando el tráfico, con el ceño fruncido ajeno a nosotros.

Unos minutos después, estamos solos en su dormitorio. Primero se quita con brusquedad la chaqueta, luego, la corbata y los zapatos.

Me acerco a él, tiro con suavidad de su mano para que me preste atención. Nota el contacto y se vuelve hacia mí, mirándome frustrado. Apenas le acaricio la cara, frota su mejilla y deja caer la cabeza hacia delante; me embarga mucha ternura por él.

—¿Qué te pasa?

Lo miro intentando comprender qué ha pasado para que se sienta así.

—No lo sé —susurra, con los ojos cerrados.

Los abre, estrechando mi cintura con los brazos. Acerca sus labios a los míos y me besa lentamente, mueve su lengua muy despacio y, poco a poco, empieza a danzar sutil, saboreando. Subo los brazos rodeando su cuello, acercándonos más hasta que nuestros cuerpos quedan pegados por completo. Escucho mezclarse nuestros gemidos, sintiendo cómo nos estremecemos.

Retiro las manos de su pelo, bajándolas a sus mejillas, e interrumpo el contacto.

—¿Qué te pasa? —repito, con la boca muy cerca de la suya.

Niega despacio con la cabeza, tira de mi mano y nos sentamos en el borde de la cama.

—En el despacho de Harry he estado a punto de perder los nervios — confiesa sin soltarme.

—Pero si no ha pasado... nada.

—Sí ha pasado. No debía haberte tocado.

Levanta la mano, acariciando mi mejilla.

—Cuando Harry se pone en modo ligar me toca las narices. Si me fastidia en el plano personal, te puedes hacer una idea si en una reunión laboral le pone la mano encima a una de mis empleadas. —Hace una pausa y me da un beso rápido en los labios. Añade muy serio —: Y si eres tú, mi cabreo se incrementa de forma irracional.

—No le des más importancia de la que tiene. No tenía intención de aceptar.

Sonrío haciendo un guiño cómplice y empiezo a desabrocharme la camisa.

—Tengo mejores planes con un hombre más alto...

Capto su total atención. Desliza sus brazos en mi cintura hasta que

estoy en su regazo y sus ojos empiezan a brillar de deseo.

Continúo con mi comparación:

—Más guapo... más atento... más sexy...

—Sigue. —exige ronco, poniéndome los vellos de punta.

—Más dulce...más...

No termino. Su boca atrapa la mía, impaciente. Nos desnudamos, hacemos el amor de manera pausada y lenta al principio. Luego, nos dejamos arrastrar hacia nuestros propios límites del placer.

Un rato después, tenemos menos de media hora para vestirnos, lo dejo holgazaneando en la cama y voy al baño a darme una ducha rápida. Cuando me estoy vistiendo, entra sonriendo a ducharse. En pocos minutos termina y lo veo observarme en la puerta del baño, solo con la toalla en las caderas, los brazos cruzados, y una sonrisa de satisfacción en la cara.

—Eres la mujer más rápida que conozco. Esa falda te da un punto...

Hace un gesto de conformidad en los labios.

—Y tú el más lento.

Nuestras miradas conectadas a través del espejo.

—No cantes victoria, aún te gano.

En un salto se planta delante de la maleta abierta, en un rincón de la habitación. Saca unos vaqueros negros y un polo azul, se los coloca en medio minuto. Cuando reacciono, está totalmente vestido.

—Voilà, te lo he dicho. —Hace una reverencia, se acerca a mí por detrás y me da un beso en el pelo—. Me suena tu olor.

He usado su champú porque, como casi siempre, se me ha olvidado algo; esta vez ha sido eso, pero otras ha sido peor. Una vez, en una acampada con mis compañeros del instituto me tocaba llevarme la tienda de campaña, al llegar adonde íbamos a pasar la noche descubrimos —para disgusto de todos— que se me habían olvidado las piquetas; pasamos la noche al raso, totalmente vestidos, rodeados de todos los objetos puntiagudos que pudimos encontrar: varios machetes, dos navajas suizas, y algunos tenedores... Pasé toda la noche con los ojos abiertos, concentrada en el sonido de los animales nocturnos; confieso que fue una noche del demonio. Por suerte, las tres noches siguientes nos acostumbrados y pasamos los mejores cuatro días del verano; realmente divertidos.

Cameron sale de la habitación y reparo en mi imagen reflejada en el espejo, sonriendo medio atontada. Estoy empezando a admirarlo como empresario; ha sabido coger la empresa que fundó su abuelo y hacerla más competitiva. No es una persona arrogante a la que le han dado todo hecho. No es rico, tampoco pobre; las cosas le van bien. Es amigo de sus amigos. Ha superado, sin traumas aparentes, la muerte de sus padres. Es inteligente, brillante, y cuando estoy con él me siento bien; estoy tranquila, cómoda, igual que en casa.

Los derroteros de mis pensamientos me asustan, no quería complicaciones y me estoy enamorando. No lo puedo controlar, tampoco dejo de pensar en el día que deba irme; por ahora prefiero seguir pensando solo en el presente.

El restaurante se encuentra a dos manzanas del piso. Vamos paseando, compartiendo historias. Me río cuando Peter, con un humor ácido y un punto cómico muy gracioso, nos cuenta algunas anécdotas de su época universitaria. De vez en cuando, mi mano y la de Cam se rozan; los dos lo notamos, pero no hacemos nada. Creo que por ahora, tácitamente, lo que compartimos vamos a mantenerlo entre nosotros.

Llegamos puntuales y vemos a Harry esperándonos en la puerta. Nos saludamos y empiezo a evitar estar a su lado, con disimulo, no separándome de Cam.

Entramos y nos dan una mesa en un rincón. Es martes, no hay mucho público. El sitio es moderno: paredes oscuras grises, mesas de colores, una iluminación con un entramado de cables del que cuelgan un montón de pequeñas lámparas de acero, y algunos cuadros de diferentes artistas y estilos.

Cameron me retira la silla, se sienta a mi lado y, en una hábil maniobra, Peter se sitúa al otro, alejando a Harry.

Se aproxima un camarero a tomar nota. En un acto de absoluta

democracia, cada uno pedimos platos diferentes, no hay la más mínima igualdad. Disfrutamos de nuestras elecciones con sonrisas cómplices; la carta tiene los nombres más extravagantes que he visto nunca; creo que ninguno sabemos realmente qué vamos a comer, probablemente, cuando llegue la comida aguantaremos la risa, por ahora vamos a darle un voto de confianza a la creatividad londinense.

Cameron coge la carta de vinos, muy estudioso lo va comparando todo, hasta que —con el consentimiento del otro experto, y no es Peter— pide al camarero un vino tinto, si no entiendo mal, un reserva español: *Muga* del 97.

Al oírlo, Peter y yo ladeamos las caras, nos da por reír y tampoco se lo ponemos muy fácil, aunque no parece muy afectado. Si dice dos palabras más tendré que ir al baño antes de empezar a beber. Casi un minuto para leerlo y casi dos intentando decirlo bien, a pesar de que si solo hubiese dicho “español” el camarero lo habría entendido, básicamente porque la oferta de vinos españoles no es muy extensa, solo ese.

Cameron no rehúsa a tomar una copa de buen vino, aunque para eso el vino tiene que ser muy bueno, me ha comentado que a Duncan le gusta viajar cuando puede por Europa, sobre todo conocía España e Italia, aprovechando sus estancias para ir comprando los vinos que probaba y le gustaban. Le había transmitido esa pasión y hoy es una buena oportunidad para hacer gala de sus conocimientos sobre la materia.

En poco tiempo la cordialidad y los años que han pasado juntos hacen acto de presencia dando lugar a una conversación muy amena.

Cuando llega el camarero con la botella, sirve una primera copa a Cameron, que ha vuelto adoptar su actitud entendida. Peter y yo nos hacemos una señal solo visible para nosotros y contemplamos la escena: un ligero movimiento oscilando la copa, un gesto suave para llevársela a los labios, un sorbo moderado que paladea lentamente y aprecio al bajar por su garganta, y un asentimiento con la cabeza al camarero.

Después me mira con cara risueña, y le da un trago más largo.

—Cate. Pruébalo. ¿Notas el impacto tan potente que tiene en la boca? Saborea la fruta.

La voz del enólogo sibarita.

Antes de poder comprobarlo por mí misma, Peter se me adelanta dando un buen sorbo a su copa.

—Sí...Qué rico... Dulce...Ummm. Sedoso —ronroneando con los ojos cerrados y una sonrisa seductora.

Abro los ojos como platos por la actuación erótica, no puedo aguantar más, nos miramos ignorando la creciente indignación de Cameron, y soltamos las carcajadas que llevamos minutos intentando contener.

—Capullo...

La cara de Cam murmurando no tiene calificativo, no sabe si reír o

darle una colleja a su amigo.

La llegada de nuestra cena nos da motivos de más diversión. Soy la más afortunada mientras Harry descifra algunos ingredientes de su plato, Peter se dedica a buscar algo que debía llevar el suyo y es incapaz de detectar, o Cameron, más correcto, se limita a comer su crujiente de foie con varias cosas muy raras que prefiere no identificar.

Cenamos manteniendo una charla fluida, pero siento que me estoy alejando. Comprendo que hace tiempo que no coinciden los tres, pero al no tener los mismos recuerdos, se me hace difícil mantener el ritmo. Hablan de la hermana de Harry, Lisa, y hacen conjeturas sobre su nuevo novio; no la conozco y no les presto mucha atención.

Cam invita a Harry a la próxima celebración del aniversario de la empresa. Comentan las fiestas anteriores y entiendo que en ellas hay espacio para todo, negocios, placer y diversión.

Por supuesto le llega el turno a los deportes. Primero le dan un repaso a la liga de fútbol, Cameron y Peter son del *Celtic* de Glasgow y Harry sigue al *Chelsea* de Londres; juegan en ligas diferentes y se entretienen un rato en decidir cuál es mejor.

Van pasando de un tema a otro de manera constante. Quizás no, pero me estoy saturando un poco de tanta conversación y aún no han tocado la clasificación de rugby.

Ahora la F1, escudería Ferrari y Schumacher contra McLaren. Creo que en estas dos horas los he oído hablar más que durante todo el tiempo desde que los conozco.

—Tú qué dices Cate. ¿Ganará este año Ferrari o no? —pregunta Harry.

—¿Tengo cara de que me importe mucho? No tengo ni idea

—¿En Estados Unidos seguías algún equipo? —pregunta Peter.

—A los *yankees* de Nueva York.

—¿Béisbol?

La cara de Cam al preguntar no promete mucho.

—Solo conozco a DiMaggio y supongo que es por Marilyn —reconoce Peter.

—Pues si vieras jugar a Rivera, no tiene nada que envidiarle a las grandes leyendas.

—Si tú lo dices...—dice Harry aburrido—. Por cierto, ¿Qué os pasó el otro día contra nosotros?

—No flipes para una vez que ganáis —responde Peter.

—¿Una vez? ¿Quién ganó el año pasado? —pregunta Cam con sarcasmo.

—El año pasado, tú lo has dicho —Harry suficiente—. Pasado. Este año es nuestro.

—Eso ya lo veremos —sentencia Peter.

Penosamente el único deporte que me interesa un poco, no parece entrar dentro de sus planes y tal como esperaba el rugby ha hecho su aparición.

Cameron es consciente que no estoy disfrutando mucho de la velada y, en cuanto terminamos, les comenta que nosotros nos vamos. A continuación pide la cuenta, dejándonos en la mesa mientras espera que me despida.

Como es natural Peter no se inmuta, pero la cara de Harry no tiene precio. Acaba de comprender que ha metido la pata. Mantiene una actitud correcta y nos despedimos, prometiendo vernos pronto.

En la calle lo primero que hace es cogerme la mano. De una manera romántica y natural volvemos solos. Llegamos en unos minutos, vamos directamente al dormitorio y comprobamos que nos une la fuerza imparable de una pasión extrema fuera de nuestro alcance; nada puede detener el embate de enormes olas chocando extasiadas contra los acantilados.

Al día siguiente, nos levantamos temprano. Desayunamos en la cocina cuando aparece Peter con la misma ropa de anoche y pinta de no haber dormido. Nos cuenta que él y Harry continuaron juntos. Se lo han pasado de muerte yendo de un club a otro. Intuyo que ha conocido a alguien, son las diez de la mañana y todo cerró hace bastantes horas. Él no dice nada más, Cameron no le pregunta, y yo sigo su ejemplo.

—Me voy a dormir un rato —anuncia afónico.

—Sí claro, compañero, descansa.

—Eso te pasa por estar toda la noche a base de agua sentado en un banco del parque aburrido —añado divertida.

Me mira entrecerrando los ojos, inyectados en sangre, negando con la cabeza, intentando esbozar una sonrisa.

Pasamos la mañana en el Tate Modern, los dos hemos estado antes y no mostramos mucha sorpresa por la magnitud del edificio. Recorremos todas las salas hasta que llegamos a la de Picasso. Nos quedamos absortos mirando "*La mujer que llora*". No he visto nunca un cuadro que refleje de una manera tan dramática y triste el sufrimiento, es espeluznante, refleja la destrucción de una manera magistral; se intuye el caos, la desesperación. Además, la distorsión, como si las manos y los ojos fueran cristales rotos, hace que el cuadro sea un reflejo maestro del dolor.

—No sé qué me pasa con este hombre, pero me llega de una manera que no ha conseguido hacer ningún otro pintor —explico admirada.

—¿Ninguno? —pregunta, sonriendo.

—Bueno, uno.

Lo beso en los labios, seguimos nuestro recorrido y en cuanto vemos todo lo que nos interesa ponemos rumbo al piso.

Entramos envueltos en silencio. Cameron va al dormitorio mientras me quedo en la cocina echando un vistazo a la despensa, donde no hay mucho para elegir. En la puerta del frigorífico veo una nota, la cojo y distingo la letra de Peter:

«Pareja, os dejo solos. Vuelvo a Skye. Divertíos. Pet».

Vaya, me sorprende que no nos dijera nada esta mañana. Se la muestro a Cam, que la lee enarcando las cejas.

—Pues muy bien, es mayorcito.

No parece que le haya sentado mal la deserción de su amigo. Está sentado en la cama quitándose los zapatos. De pie, delante de él, espero que continúe, pero no lo hace.

—¿Te da igual?

—Sinceramente. Sí.

Levanta la mirada encogiendo los hombros.

—Cate, ha llegado y ha visto lo que hay. —Coge mi mano—. ¿No te sentirías tú un poco incómoda también?

Tiene razón, probablemente si estuviera en su situación hubiese intentando desaparecer lo antes posible. Una cosa es compartir el espacio con una pareja un rato, otra tener que convivir con ella.

—Tienes razón, habría desaparecido a la primera de cambio.

Me siento a su lado, le acaricio la cara lentamente, despacio con nuestras miradas unidas, intentando expresar sentimientos abrumadores.

—Gracias —susurro.

—¿Por qué?

Sus labios rozan mi frente e inician el descenso hacia mi nariz.

—Porque me haces estar en paz. Porque cuando estoy contigo me siento bien.

Al decir esto, se detiene, sus ojos expresando ternura, su boca una línea ascendente mostrando una gran sonrisa antes de besarme. Como siempre desde que estamos juntos, intenta ir despacio, noto cómo trata de contener sus impulsos más primitivos. Por suerte, no tarda mucho en dejarse llevar y me arrastra con él, sin miramientos.

Un rato después, aún en la cama, Cameron tiene un brazo debajo de su cabeza y el otro paseando perezoso por mis costillas. Solo puedo cerrar los ojos para asimilar lo que vivo con él, me sobrepasa por momentos.

—Te lo dije —susurra, girándose para verme los ojos—. Es el destino, Cate.

Sé que no miente, la intensidad de su mirada me lo confirma. No puedo responder, no puedo decir nada, solo mantener mi mano formando dibujos imaginarios en su pecho, para mí es suficiente. Es la primera vez que me siento así con alguien.

Acabo de comprender que todo lo anterior a Cameron fue solo un entrenamiento, ligeras pinceladas. Esto no tiene nada que ver, no es solo sexo, no es solo ternura, no es el deseo que nos arrolla; es la unión de todo. Este hombre dulce, inteligente, orgulloso, obstinado, guapo y encantador, me está descubriendo el amor.

El resto de días recorreremos algunas zonas de la ciudad que quería enseñarme.

Me ha traído a un anticuario al que su abuelo solía venir con él, cuando era adolescente, y a quien ha seguido visitando cuando se le ha antojado contrarrestar la modernidad con historia.

El olor añejo que rodea los objetos expuestos es penetrante y te atrapa. Me acerco a una estantería donde hay muchos ejemplares de libros viejos. No sé si será normal, pero me encanta abrir un libro antiguo y olerlo; es como si pudiera transportarme a la época en la que fue escrito.

—¿Cuál es? —pregunta Cameron curioso.

—Una edición de hace cincuenta años de *“Las flores del mal”*.

—¿Poesía?

—Sí. Me gusta, me relaja, me hace pensar. Este tiene algunos poemas preciosos.

—¿Lo quieres?

—No. Ya lo he leído.

—¿Y qué?

—No sé. No le veo el interés a tenerlo en una biblioteca. No es un cuadro que veas cada vez que pases.

—Si te escuchara el dueño, te haría un alegato para que no le hundas el negocio.

Encojo los hombros y prosigo con la expedición por objetos curiosos.

—Mira esto —exclamo.

Le muestro un caleidoscopio muy viejo.

—Qué bonito. Hace tiempo compré aquí varias cosas. ¿Lo compramos?

—No. ¿Para qué?

—A veces no todo tiene una función, Cate. Eres demasiado práctica.

—¿No has sido tú quién me ha dicho que las cosas son para lo que son?

Se lleva el índice a los labios, disimulando una sonrisa. Continuamos curioseando hasta que encuentro unos marcos de fotos de madera negra y los cojo para comprarlos.

Antes de salir busco mi cartera, pero Cam se me adelanta y le entrega su tarjeta al señor que nos ha atendido.

—Por favor. ¿Puede devolverle la tarjeta y cobrármelo a mí?

—Cate, déjame que te los regale —susurra molesto en mi oído.

—¿Qué hago McPheal? —pregunta expectante el señor.

—Lo pago yo.

No me dejo influir por la indignación de Cameron, que coge la tarjeta y abandona la tienda. Cuando salgo está esperando con las manos en los bolsillos y una mirada asesina.

—¿Por qué no has querido que te los compre?

—Porque prefiero pagar mis cosas. Son para la casa.

—Peor aún. Soy tu casero, tengo que pagar las cosas que hay dentro.

—Esto no. Así cuando me tenga que ir me los puedo llevar. Son míos.

—¿Cuando te tengas que ir?

—Seis meses. ¿Recuerdas?

—Ya veremos —responde serio.

Después de unos minutos un poco tensos, volvemos a nuestra complicidad sin hacer más comentarios sobre la duración de mi estancia en Escocia. Debemos ser conscientes de que mi trabajo finalizará y nuestra relación acabará con él.

Capítulo 5

Portree, Escocia

Jueves 20/4/2000

Han pasado más de tres semanas desde que volvimos de Londres, nadie me preguntó nada sobre mi ausencia en el trabajo y no sé qué pensaron cuando Peter regresó al día siguiente sin nosotros. Continuamos con nuestra rutina y aunque he extremado las precauciones en mi ordenador, a veces siento como si constantemente estuviese siendo observada.

Los chicos del departamento de informática hacen todo lo que pueden para mantener la seguridad de mis avances a salvo. No me dan mucha información. Intuyo que quien esté detrás sabe qué se hace.

Con los nuevos datos que tengo sobre el material de las velas, puedo ajustar los parámetros para evaluar el ángulo del viento, importante para la parte del software que corregirá el rumbo. Sabemos que vamos a utilizar velas de fibra de carbono; no es lo más común, pero los australianos han conseguido un material duradero que aguanta muy bien la flexión.

En la oficina con Cameron no tengo mucha relación, nos vemos de vez en cuando y mantenemos una actitud formal, de momento solo Peter, Joan y Syd son conscientes de nuestra historia.

Todos los días después del trabajo nos reunimos en su casa o la mía. Se está convirtiendo en una costumbre verlo esperándome en el aparcamiento para volver juntos.

Me ha confesado que cuando pueda se comprará un deportivo, quiere un Jaguar o un Aston Martin, es su capricho. Le gusta conducir rápido, desgraciadamente para él, solo lo puede hacer cuando está en Edimburgo. Por lo que a mí respecta, aún no me atrevo a hacerlo, no me siento segura por estas carreteras.

Todavía recuerdo cuando alquilé el coche para ir a Edimburgo, o el día que cogí el todoterreno y duré al volante cinco minutos. Se puso insoportable con las indicaciones: «¡Frena!». «¡Cuidado un stop!». «¿No pones el intermitente?». Acabé hasta las narices, con las carcajadas de Cameron resonando en mi cabeza.

Los días que nos quedamos en mi casa, no hacemos nada especial y desde que volvimos de la reunión con Harry, decidí dejarme arrastrar sin tener en cuenta las consecuencias. No quiero sufrir por adelantar una ruptura que por el momento no contemplo en mi horizonte. Estoy descubriendo a un hombre que cada día me gusta más, prácticamente vivimos juntos y no me he dado ni cuenta.

Me encanta la naturalidad con la que prepara la cena cada día, sabe que no me gusta cocinar y por pereza tiendo a conformarme con la opción más

rápida. Ha asumido el cargo de chef en jefe al mando de mi alimentación.

Pasamos el tiempo hablando o simplemente acurrucados en el sofá viendo alguna película; aunque a veces tenemos diferentes opiniones en cuanto al género que vamos que escoger. No sé por qué, conozco a muy pocos hombres, si me pongo a contar creo que uno o dos, a quienes no les gusten las películas de acción. Normalmente no tenemos problemas, pero estoy empezando a odiar a Bruce Willis. Llega un punto que, aunque me cae fenomenal, me agotan las escenas increíbles, es más inmortal que James Bond.

Otras veces, saca su cuaderno y se evade un rato. Ha hecho varios dibujos míos con *Agon*, siempre a carboncillo. En uno estoy agachada acariciando su cabeza, se aprecia claramente el movimiento en la cola del animal. Otro de pie, andando con los perros junto a mí, al fondo la casa de su abuelo bajo un cielo que augura tormenta.

No los ha colocado, siguen atrapados entre hojas vírgenes esperando su turno.

Cuando vamos a su casa, es prácticamente igual. Solo cambia el espacio, no nuestra forma de convivir. Es una casa antigua muy bonita, tipo *cottage*, que él ha reformado. No es muy grande y tampoco está muy lejos, en una pequeña colina con pocas casas cerca y unas vistas preciosas al lago que forma el puerto rodeado de montañas. Al no tener casi vecinos la sensación de aislamiento es mayor que en la mía.

Tiene dos plantas y un jardín muy grande en la parte de atrás. En la cocina, hay un banco de madera en un rincón, dónde casi siempre desayunamos, lo más bonito para mí es la encimera de cerámica colorida. El salón es amplio y luminoso, sobre una de las paredes hay una capa de piedra con una chimenea muy acogedora. Bajo la escalera hay un aseo con ducha y en la planta superior hay tres dormitorios y dos baños. Uno lo tiene totalmente vacío, esa es una de las cosas que me gustan de él que no le importa nada vivir durante meses casi sin muebles, otro es un despacho y el más grande es su dormitorio. Solo tiene una cama de matrimonio, una chimenea de acero oscuro y dos escaleras pequeñas de madera como mesitas de noche, con cosas diferentes en cada peldaño. Recuerdo la primera vez que vine, el rato que pasé admirando: una lámpara muy rara de estilo árabe, varios libros con encuadernaciones de cuero, un despertador y un catalejo que por supuesto, cogí para echar un vistazo al lago.

En otra de las paredes hay un vestidor, donde tengo algunas prendas básicas, y un baño muy grande, con algunas cosas de aseo que he ido dejando, igual que él ha hecho en mi casa. A veces estamos varios días en la misma, sin criterio fijo.

El sábado es la fiesta de Aniversario de la compañía y he decidido que me voy a poner el vestido corto negro, pero no tengo los complementos. Quiero comprarme en Edimburgo unos zapatos y un bolso de mano.

Se lo dije a Cam hace unos días, necesitaba tener mañana libre. Se puso en modo jefe dos minutos cuando entré en su despacho con mi petición, sucumbió rápido. Volvió a usar algún truco un poco rastrero, pasamos un rato bastante divertido e incluso milagrosamente me ha dejado su coche para ir.

Llego al aparcamiento y está esperándome dentro del todoterreno. Nada más sentarme me da un beso rápido. La música de U2, como casi siempre, inunda el interior. Estoy planteándome regalarle algún CD nuevo, quizás se lo compre mañana.

—¿Qué tal tu día? —pregunto, dejando el bolso en el asiento de atrás.

—No muy bien —responde cansado.

—¿Qué os pasa?

—Tenemos problemas con el sistema hidráulico de las palas. Debemos conseguir que el barco recupere la posición rápidamente para poder gobernarlo sin problemas en ceñidas. —Hace una pausa—. En las peores y más violentas que te puedas imaginar.

—No te preocupes, daréis con el fallo. Seguro.

—Si solo fuera eso...Los enrolladores del génova y la trinqueta aún no están listos, seguimos sin los motores y las plantas desalinizadoras no han llegado.

Resignado inicia el breve trayecto.

En mi casa le recuerdo el trato del coche, me mira sorprendido

esbozando una sonrisa divertida.

—¿De verdad crees que voy a poner mi coche en tus manos?

«¿Me ha tomado el pelo?» No me lo puedo creer.

—Pues no —contesto molesta—. Pero que te quede claro, me extrañó mucho cuando cediste tan pronto.

—Vamos Cate... Me pillaste con la guardia baja.

Lo miro enarcando una ceja, me acaba de fastidiar mi plan de mañana.

Saca una cerveza de la nevera y se gira mirándome feliz, al verme la sonrisa le desaparece, aunque sé que sus ojos se están carcajeando.

—¿Recuerdas qué acababas de hacerme cuando me lo pediste?

—Ese no es mi problema, hay que estar más atento.

—Cariño, en algunos momentos siempre te voy a dar todo lo que me pidas.

Se acerca para estrecharme la cintura con los brazos.

—¿Cuando quieres salir?

Inclina su cara cerca de la mía y me besa en los labios.

—¿Te sirve si te llevo? Tú haces tus compras y yo aprovecho para hacer gestiones.

—¿Gestiones?

—Gestiones.

—¿No te va mal? Si quieres vamos mejor a Inverness, tardaríamos

menos.

—No. Edimburgo está mejor. Hay más tiendas.

No dice nada más y me vuelve a besar hasta que nos vamos al salón. Se dedica a investigar en su portátil, mientras leo una revista de cine. La rutina que tenemos es muy relajante. A veces tenemos encuentros de opiniones diferentes, no sé si será siempre así, por ahora nos vamos controlando, los dos tenemos mucho carácter. En su caso, siempre suele perder más los nervios cuando se frustra por algo. Por suerte, tal como le entra se le quita, en ese sentido es más llevadero que yo, me cuesta más olvidar. De hecho, él y Peter suelen discutir algunas veces en el trabajo. Nosotras cuando los vemos dirigirse al ascensor, con el paso muy decidido uno y el otro siguiéndolo negando con la cabeza, rezagado, sabemos que se avecina tormenta en la cúpula del astillero. Sin embargo, lo más gracioso es cuando al rato aparece Cam totalmente relajado yendo hacia su despacho y, a los pocos minutos, Peter, que había salido tranquilo, vuelve echando humo por las orejas; supongo que van compensándose.

Hoy mi chef personal a las ocho se va a la cocina a preparar la cena. Nunca le pregunto qué va a preparar, si no le da por experimentar, su repertorio es simple y aceptable.

Estoy sentada después de que haya rechazado mi colaboración cuando coloca la cena en la mesa.

—¿Qué te parecen?

Miro unos filetes de pollo a la plancha y una ensalada de lechuga buscando algún detalle particular. Al no encontrarlo, decido cachondearme de él.

—Buenísimo... —Me relamo los labios exagerando—. Hoy te has superado.

—¿Me estás vacilando?

—Qué va... —Hago lo que puedo para no estallar de risa—. Saber darle el punto al pollo es complicadísimo.

Delante, con los brazos cruzados, me mira sin creerse mi ingratitud, hace una mueca de fastidio y se sienta ignorándome.

—Cuando quieras lo haces tú —comenta molesto.

Se concentra en su plato y empieza a cenar. Le doy un leve codazo mirándolo con un puchero en la boca, no se inmuta hasta que repito el gesto. En dos segundos se le pasa la rabieta, empezamos a charlar de mis compras; sus gestiones sigue reservándose las, y decidimos salir mañana temprano para aprovechar el tiempo.

Después de recoger la cocina, voy al dormitorio y lo encuentro leyendo un libro en la cama, solo con unos bóxer negros, una invitación irresistible. Levanta la vista, olvidando la lectura, siguiendo mis movimientos en silencio. Entro en el baño, me pongo un pijama negro, me lavo rápido los

dientes y salgo decidida a disfrutar con él, que sonrío y abre mi parte de la cama antes de apagar la luz.

—¿Para qué te empeñas en ponerte esto? —susurrando, tocando mi pijama.

Su boca roza mi cuello y mi cuerpo se estremece; llevamos dos meses juntos y siempre responde igual.

—Porque no me gusta ir en pelotas por la casa. —Cierro los ojos al sentir cómo va introduciendo la lengua en mi oído. Susurro junto su barbilla —. Porque a ti te gusta quitármelo.

Sus dedos me van desabrochando uno a uno todos los botones de la chaqueta hasta que mis pechos quedan a su vista y con rapidez hunde la cabeza en ellos perdiendo el control, arrasando por donde pasan sus labios.

—Tus piernas me ponen un montón —afirma, acariciándolas.

—Creo que te pone todo.

—De ti absolutamente todo —asegura con voz grave.

Levanta la cabeza y veo su mirada más hambrienta.

—Sigue —susurro junto a su boca.

Sus manos no pierden el tiempo, las va bajando lentamente desde mis caderas hasta mis pantorrillas, el pantalón se va con ellas.

—Son perfectas. Contoneadas, doradas y suaves.

En este momento necesito sentirlo desnudo, meto las manos rozando

sus caderas para quitarle los calzoncillos, deslizándolas hacia sus nalgas, en cuanto se nota liberado recupera la posición y se centra totalmente en su sitio favorito, donde le cedemos el mando al placer, dejando por un rato este mundo. Directamente no estamos en él.

El día siguiente llegamos a Edimburgo sobre el mediodía. Voy a hacer mis compras por los alrededores y él se va a realizar sus gestiones. Como se puso en plan misterioso no le he preguntado nada más.

Tengo suerte y en la segunda zapatería dónde entro tienen varios modelos que me pueden interesar, encuentro más o menos los zapatos que quiero. Son tipo stiletto en tono nude, también una cartera de piel roja muy bonita. Lo compro todo y regreso al piso. Mañana volveremos a Skye después de comer.

Acabo de ducharme y estoy secándome el pelo cuando entra en el baño, se acerca y me da un beso en los labios.

—¿Cómo ha ido? ¿Has encontrado lo que buscabas? —pregunta interesado.

Da la vuelta y empieza a quitarse la ropa. Va como a él le gusta, cómodo, con unos chinos beige y una camisa azul oscuro. Hace unos días se cortó otra vez el pelo, ahora siempre parece que va bien peinado, lo prefiero con el pelo alborotado, aunque supongo que para él es un fastidio.

—Sí. ¿Y tus gestiones?

—Perfectas.

No me mira, se vuelve rápido y se mete en la ducha. Luego, pedimos unas pizzas que comemos tranquilamente en el sofá. Como es su costumbre, cuando estamos solos, su vestuario lo limita a la ropa interior.

—¿No me vas a contar qué has hecho? —pregunto curiosa.

—No —responde, negando con la cabeza y una sonrisa irónica.

—¿Tiene algo que ver con el astillero?

—No.

—¿Conmigo?

—Por mucho que insistas mis labios están sellados.

—Pues no te entiendo. ¿Es malo?

—No te vas a dar por vencida. ¿Verdad?

—Es que me ha picado la curiosidad —comento a la vez que sonrío—.

Si te ríes tiene que ser bueno.

Se levanta mirándome, va a la cocina y lo veo buscar algo en la nevera, reaparece con helado de chocolate en dos cuencos.

—¿Esto era tu gestión?

—Anda, disfrútalo. En silencio a ser posible.

Lo miro alucinada, se sienta a mi lado y me guiña un ojo. Vemos un programa de televisión que da paso a un partido de fútbol. Aguanto quieta un

rato. Luego, deslizo la mano por su pierna desnuda.

—¿Tenéis posibilidades? —pregunto, subiéndome en su regazo.

—Sí. Si miraras el rótulo verías que vamos ganando

—Prefiero mirar otras cosas.

Empiezo a mover la mano en su pecho, bajando despacio hasta su estómago. Él recorre mi costado con un dedo solitario. Inclino suavemente la cabeza, le beso el cuello y lo noto excitarse en mis nalgas. Introduce la mano bajo el elástico de mis pantalones, me acaricia con delicadeza y se deja llevar bajando la cabeza para meterme la lengua en la boca con ímpetu.

En un movimiento eficiente, me quita la camiseta y es recibido por mis pechos envidiosos de su tacto, que son atendidos minuciosamente por su lengua.

—Cate.

—¿Qué?

—Ya.

Me levanto, termino de quitarme la ropa y me quedo desnuda entre sus piernas, mientras Cam libera su erección.

—Tú encima.

Hago lo que me dice y dejo caer mi cuerpo sobre el suyo, sintiéndolo entrar, llenándome por completo. Su boca besa sin piedad mis duros pezones y sus manos aguerridas a mis caderas me fuerzan a incrementar el ritmo para

recibir sus profundas embestidas hasta que estallamos exhaustos.

El sábado volvemos a Portree sobre las cinco, queríamos salir temprano, pero se estaba muy bien en la cama. Acordamos que me recogerá en un rato para llegar a Dunvegan antes de las ocho.

Debo hacer tantas cosas que en cuanto entro en casa pongo en marcha el orden de mi secuencia: guardar ropa para el domingo, ducharme, vestirme, peinarme, y maquillarme. Lo consigo con esfuerzo y el resultado me parece increíble incluso a mí.

A las siete como un reloj suizo aparece a buscarme. Abro la puerta, lo veo y la sonrisa de mi cara se pierde en su rostro. Se queda inmóvil mirándome de arriba abajo; noto aprobación y admiración.

Me he puesto el vestido negro, que se ajusta a mí como un guante, el escote es redondo, sujeto a unos tirantes de pedrería; un poco más pronunciado de lo normal, pero creo que me hace un pecho bonito. Los zapatos tienen un tacón de más de diez centímetros, y se camuflan con mi piel haciéndome las piernas más estilizadas. Me he maquillado más de lo habitual, y supongo que el efecto es más impactante.

—Estás guapísima. Ese moño te queda genial.

Se acerca y me da un beso discreto en la mejilla, sonriendo a mis labios rojos.

—Tus ojos siempre son preciosos, pero maquillados me hipnotizan — admite besando mi frente—. Y la boca me va a poner a prueba toda la maldita noche. —Se separa admirando mis piernas, añade—: Para los tacones... No tengo palabras.

Sonrío con ternura, halagador es muy persuasivo. Mis pechos también se han llevado su discreto buen repaso, el brillo en sus ojos ha sido un relámpago para mis pezones.

Su mirada penetrante me trasmite la misma devoción que siento cuando lo contemplo a él. Viste un esmoquin hecho a medida; se nota en las hechuras perfectas. Está muy elegante, e incluso, no sé si será por el traje, parece más alto; insuperable.

—Tú también.

Le doy la mano después de coger la pequeña bolsa que he preparado para mañana y mi nueva cartera roja.

Saliendo de Portree noto que va incómodo, a cada momento anda dándose tirones de la pajarita, lo miro de reojo sonriendo.

—¿De qué te ríes?

—De ti. ¿Quieres dejar de tocarte la pajarita?

—No puedo, no la aguanto.

Al momento empieza otra vez con los tironcitos.

—Eres un quejica.

—Seré un quejica, aunque soy un quejica que prefiere estar cómodo. Solo soporto el cuello de los jerséis. Las corbatas las tolero un rato, pero esto... —Se señala el cuello y añade—: Esto es un coñazo.

—¿Y crees qué a mí me gusta ir con estos tacones?

—Te los has comprado de manera voluntaria.

—Sí, claro. A veces nos ponemos cosas que sabemos nos van a fastidiar, pero nos las ponemos porque quedan bien. Pues te fastidias y llevas la pajarita.

—Yo no me compro cosas que me van a fastidiar. ¿Para qué te los has comprado?—pregunta mirándome.

—Eres un plomo. Porque me hacen las piernas más bonitas, favorecen, son preciosos, quedan mejor.

Mi explicación no le convence, creo que su género lo condiciona.

—¿No te importa qué dentro de un rato, estés jodida y no puedas andar?

—No.

—¿Y qué vas a hacer?

—Darte la paliza para que nos vayamos —contesto sonriendo, mirándolo.

—Pues yo te prefiero más bajita y feliz.

—Venga ya... ¿Me vas a negar qué no te ponen los tacones? Serías el primero en tu especie.

—No te niego nada —Me mira con un brillo peligroso en el mar de sus ojos y añade—: Pero a mí me pones tú, no tus tacones.

Cuando quiere es muy romántico, le da pie a continuar y pone la mano en mi muslo moviéndola hacia la rodilla, olvidando que va conduciendo. Coloco la mía sobre la suya y lo paro. Como siga así no vamos a llegar y debemos estar un rato con su abuelo saludando a los invitados.

Unos minutos más tarde, entramos al castillo de Dunvegan. Es espectacular, está iluminado y parecer salido de un cuento. En los jardines hay mesas adornadas de forma elegante. El ir y venir del personal hacen que parezca un hervidero de acción.

En el coche Cam me ha contado que siempre ha pertenecido al mismo clan, los McLeod. El actual jefe, John, fue compañero de colegio de su abuelo, y es habitual que se reúnan jugando al golf.

Entramos en el salón, una sala inmensa, con unas quince mesas de ocho comensales. Los cuadros y escudos que decoran las paredes son preciosos y el techo tiene un mural espectacular.

Vemos a Duncan perfectamente ataviado con un traje escocés. Lleva el kilt con el patrón de su clan: unos cuadros azules, verdes y grises. Tiene un

porte muy aristocrático.

En cuanto nos ve se acerca y nos da un abrazo cariñoso.

—Hola, chicos.

A pesar de su edad, rondando los ochenta años, su voz es jovial.

—Vaya Duncan, está impresionante —digo admirada.

—Gracias, Cate. Tú deslumbras —asegura. Fijándose en Cam, añade —: ¿Otra vez con esmoquin?

—Sí abuelo, otra vez...

—Si en vez del esmoquin te pusieras el kilt, estarías más cómodo.

—No sé qué es peor, si esta ridiculez. —Señala la pajarita y a continuación el kilt de Duncan—. O esa.

Hace un gesto de disgusto, y no puedo reprimir una sonrisa.

Los camareros ofrecen copas de champán y diferentes vinos, mientras van llegando los invitados y nos vamos relajando. Al principio Cameron va presentándome, sobre todo, a los que le caen bien. Los que no, simplemente, los ignora o les hace un leve gesto con la cabeza.

Aparece Peter con Amy, preciosa con un vestido verde oscuro, muy sencillo, largo hasta los pies y la espalda desnuda. Sonrío sin ocultar mi sorpresa. No sé por qué Cam ha optado por el esmoquin; el kilt le sienta a su amigo de maravilla.

Llegan sonriendo. Peter trae el brazo apoyado en la espalda de Amy.

—Hola, estáis muy elegantes los dos —comenta Peter.

El gesto que le hace a Cam, fijándose en su esmoquin, no es muy aprobatorio.

—Amy, estás preciosa —dice Cam, acercándose para besarle la mejilla.

—Gracias —dice avergonzada.

A las dos nos pasa lo mismo, no estamos acostumbradas a este tipo de actos y no nos sentimos muy cómodas en este papel. Nos lo están poniendo fácil y nos integramos sin problemas en el ambiente festivo.

Cerca de una mesa con bebidas las dos charlamos amigablemente, veo a Harry Collum entrar del brazo de una rubia embutida en un traje rojo oscuro, llamando la atención. La mujer es consciente de su atractivo, pavoneándose a sabiendas de que va a atraer las miradas de casi todos los hombres. Me da un poco de pena Harry, debe ser bastante incómodo notar cómo todo el mundo mira a tu pareja.

Percibo que es guapa pero tampoco tanto; va demasiado maquillada; ese escote casi no puede soportar la presión de sus pechos, si se mueve mucho se le salen, seguro; y ese pelo tan rubio no me gusta, pero sobre todo me afecta la repulsión que me provoca conforme se va acercando.

Nos mira a Amy y a mí, pero aparta la vista, quizás buscando otro objetivo.

—Mierda... —masculla Amy.

—¿Quién es?

Disimulo mirando hacia otro lado.

—Un putón.

No mueve los labios cuando lo dice, ve mis ojos desorbitados, sonrío y asiente con la cabeza, reafirmando completamente.

Se paran a saludar a Cam y Peter, que hablan con otros invitados. La manera de inclinarse de la rubia sobre mi escocés, no me gusta nada. Él la ignora, la saluda con un beso en la mejilla y ella, coqueta, se ancla a su brazo, poniéndolo en tensión con los labios muy fruncidos batiendo la mandíbula.

Observo la escena a unos metros de distancia. Noto la incomodidad de él y la alegría de ella cuando consigue apartarlo de los demás, aprovechando cada ocasión que tiene para ponerle el escote a tiro.

Cameron levanta la vista y nos miramos un momento, me pide auxilio con los ojos, pero me niego a participar; que salga de ahí cuando quiera, prefiero seguir aquí.

—Ten cuidado, Lisa lleva detrás de Cam mucho tiempo —dice Amy.

—¿Lisa Collum?

Asiente con la cabeza y bebe un sorbo de su copa. Al fin le pongo cara. Me suena y sé que la he visto antes, pero no recuerdo donde.

—No puedo hacer nada. Cada uno debe saber hasta dónde quiere

llegar. Y no me parece que él esté muy por la labor —comento indiferente.

—Sí, pero ya han estado juntos antes.

—¿Y? —pregunto incitándola a continuar.

—Ella cree que tiene derechos adquiridos.

Su explicación no me dice nada, que hayas estado con una persona no debería dar privilegios si habéis roto.

—Que piense lo que quiera.

Mi voz tranquila e impasible hace que Amy entienda mi postura. Cam viene hacia nosotras con Lisa colgada del brazo, llegan, se suelta hábil y ella nos mira fingiendo interés; no debe ser consciente del desprecio que irradian sus ojos.

Cam coloca el brazo en mi espalda y respondo con una sonrisa demasiado dulce.

—A Amy ya la conoces —comenta, dirigiéndose a Lisa.

Se saludan con una inclinación de cabeza y dos sonrisas igualmente falsas.

—Qué sorpresa, verte aquí, Amy ¿Quién te sustituye hoy? —pregunta Lisa.

Amy no se inmuta, entrecerrando los ojos le da un sorbo a su copa.

—Hoy libro —responde calmada.

La tensión se puede cortar con un cuchillo.

—Ella es Catherine Shaw —presenta Cam.

Le tiendo la mano y me preparo para alguna pulla bajo una mirada de odio.

—Encantada —digo formal.

—Encantada, Catherine. —Su voz chirriante, manteniendo la compostura, mientras nuestras manos se tocan hasta que me producen un escalofrío y la retiro bruscamente—. ¿Cuánto tiempo vas a estar entre nosotros?

Antes de que pueda contestar, Cameron, que no es tonto, se adelanta.

—El tiempo que ella quiera.

Sus ojos se clavan en los míos y sé que lo dice en serio. Aunque no hablamos nada relacionado más allá de pocas semanas, entiendo que está haciendo una declaración de intenciones.

—Qué bien —responde Lisa torciendo boca.

—Sí, hemos tenido mucha suerte al contar con ella —añade Cam con la pizca de orgullo que siempre muestra cuando habla de mí.

La incomodidad de Lisa es patente al ver el brazo en mi espalda, no puede reprimir un gesto involuntario de asco en su cara. La situación incómoda se diluye, cuando decide que nos ha dedicado suficiente tiempo y es hora de dejarse ver por el resto de la fiesta. En cuanto nos da una excusa alejándose, miro a Amy y respiramos relajadas. Es como un pavo real, lleva la

cabeza tan alta que tiene que acabar con dolor de cuello.

La cena es perfecta, con una música escocesa tocada de fondo. En nuestra mesa están también Peter y Amy, además, nos acompañan dos matrimonios mayores, alrededor de los cincuenta, con los que mantenemos una conversación muy agradable

Cuando llega el postre estoy ya un poco cansada de comer, pero al ver mi plato con una delicia de chocolate, mis papilas empiezan a segregarse saliva, anticipando el placer. Miro a Cameron, que no disimula su buen humor enviándome un guiño cariñoso y coloca la mano en la mía. En este preciso instante, entre la cena, la música y sus atenciones, me está haciendo pasar una noche muy especial en un día muy significativo para él y su abuelo.

Al terminar nos vamos hacia otro salón, hay barra libre y una orquesta ameniza la noche con piezas de los años cincuenta. La música hace que varias parejas disfruten de un baile muy relajado.

Los cuatro estamos cerca de la barra cuando Harry se aproxima a nosotros.

—Cate, Amy estáis preciosas.

—Hola, Harry —saludo amable.

Sin perder el tiempo, Harry aprovecha la situación, me agarra de la mano y tira de mí. Miro sorprendida a Cameron, que se ha quedado rígido y tiene los labios formando una línea delgada, sonrío y desaparezco con Harry

en la pista.

En cuanto pone su brazo en mi cintura, empezamos a movernos con la cadencia lenta de la música. Es una canción antigua que no identifico.

—¿Cómo te tratan en McPheal? —pregunta.

—Bien, no me puedo quejar —contesto seca.

—Si alguna vez necesitas trabajo, cuenta conmigo.

Me dedica una sonrisa, pero no me ha gustado su actitud.

—Gracias —digo seria—. La próxima vez que quieras bailar conmigo ten la deferencia de pedírmelo.

—¿Te ha molestado?

—Me gusta elegir.

—Por lo que veo ya lo has hecho.

Lo miro elevando las cejas, no esperaba ese tono. Llevo los taconazos y como es más bajo que Cam no tengo que levantar la cabeza.

—¿Perdona? —pregunto incómoda.

—Me has oído.

—Lo he hecho, aunque no he entendido la dirección de tu comentario.

No creo que sea de tu incumbencia.

—No lo es, pero me fastidia, siempre se ha llevado a las más guapas.

No te molestes, no he querido que sonara mal.

Bailamos en un silencio extraño hasta que termina la canción y

empiezan a sonar los acordes tan característicos de *Fly me to the moon*.

—¿Harry? —Suena la voz profunda de Cameron, vuelvo la cabeza y lo encuentro enarcando la ceja con cara de cabreo—. Mi turno.

Se miran, Harry asiente y se va sonriendo. Dejo unos brazos para que me rodeen otros, más potentes, más duros. Nuestro contacto me relaja, sintiendo nuestros cuerpos pegados dejándonos llevar por la música de Sinatra.

Miro alrededor y descubro a Lisa concentrada fijamente en nosotros; creo que si pudiera me estrangularía en este momento.

—¿Qué hubo entre ella y tú? —pregunto.

—Poco.

La escasez de vocabulario evidencia que no quiere ahondar en el tema.

—¿Por qué no me has hablado de ella?

—Porque no hay nada qué contar —responde tenso.

—Da la sensación de que ella no opina lo mismo que tú.

—No me interesa, y lo sabe.

Su voz es tajante. No sigo con el tema. Estoy tan bien con él que no quiero amargarme con una conversación que no me apetece tener aquí. Al terminar volvemos a la barra con Peter y Amy. Los veo bien juntos, sobre todo a él, muestra con ella una faceta cariñosa que no había visto antes.

Suena otra canción, esta vez *Cry me a River*. Duncan se acerca a mí y

me pide cortésmente que baile con él. Miro a Cam y me guiña el ojo cuando le doy el brazo a su abuelo.

—¿Te han llevado a hacer turismo?

—No mucho, la verdad —contesto sonriendo—. Queremos ir a *Neist Point*, pero no sabemos cuándo.

—Decídmelo cuando vayáis y pasáis el fin de semana conmigo. Desde que has llegado has monopolizado a mi nieto, antes venía todos los fines de semana, ahora tengo que pedirle audiencia —explica con un reproche burlón.

Para mi sorpresa, Peter está bailando con Amy, es la primera vez que lo veo tan entregado, pero lo que realmente no esperaba es ver a Lisa aprovechando su oportunidad, intentando tirar de Cameron hacia aquí. Él hace gestos de rechazo, ella insiste y consigue que él deje su copa en la barra.

Cruzo la mirada con él y veo frustración en sus ojos. Apenas ella le acaricia el pelo, él hace un movimiento brusco para retirar el cuello. Está muy incómodo y mi mala leche va creciendo.

Duncan se percata de la situación y me obliga a mirarlo.

—No te preocupes.

—Ya.

Ahora soy yo quien contesta sin ganas.

—Cate, relájate. Mi nieto está rendido y absolutamente entregado a ti.

La determinación en su voz me reconforta un poco, aunque no puedo

evitar sentirme furiosa al ver cómo lo manosea.

Al terminar la canción, Duncan me acompaña a la barra y me deja después de besar con galantería mi mano. Respondo dándole un beso cariñoso en la mejilla.

Peter y Amy vienen riendo. Cam y Lisa rezagados, ella le está contando algo muy cerca, pero él ni siquiera hace el intento de agacharse un poco para oírla, su mirada está clavada en mí, con destellos verdes esparciéndose sobre el azul.

Sigue acercándose hasta situarse a mi lado, con Lisa aún de su brazo, se inclina y me besa en los labios. Entiendo que lo hace para que lo deje tranquilo, aunque me fastidia; es un incordio.

La mirada que me lanza antes de soltar el brazo de Cam es una clara señal.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunto cuando Lisa se ha alejado.

—¿Besarte?

Sonrío cínica, sabe perfectamente de qué hablo.

—Porque me apetecía —ronronea, bajando la cabeza hasta mi cuello.

—No te hagas el listo. ¿Qué veías en ella? ¿Las tetas?

—Shhhh... Son de silicona —comenta burlón en mi oído.

—¿Cuánto tiempo te llevó darte cuenta? Porque yo lo sé desde el minuto uno.

Es imposible obviar el sarcasmo en mi voz.

—Estás celosa.

—No. Estoy indignada. Se ha pasado todo el baile manoseándote delante de mis narices.

—Lo siento, no quería bailar, pero se ha puesto muy pesada y no quería montar una escena.

—Pues la próxima vez huye, porque no lo pienso aguantar —digo con una sonrisa falsa.

—Me gusta cómo te pones —susurra, apoyando el brazo en mi espalda —. Me estás poniendo un montón.

El deseo que noto en su mirada, se centra en mi boca, estamos tan cerca que (probablemente) va a salirse con la suya y no va a contarme nada.

—¿No te duelen los zapatos? —pregunta solícito, esbozando una sonrisa.

—Pues... No. Son muy cómodos.

—¿Ni un poquito? —pregunta bromista.

Me duelen un poco, pero no se lo pienso reconocer. Por su culpa, la imbécil rubia, que al parecer ya conocía mi existencia, ahora me tiene en su punto de mira, cosa que no me apetece mucho. Solo me consuela saber que no vive aquí y, con un poco de suerte, no voy a tener que verla, aunque en cuanto me pongo a pensar en ella sé que la he visto antes.

Hago un repaso mental a todas las rubias que conozco o he visto en el pueblo, ninguna tiene el pelo de ese color tan claro. No puede ser... De repente, me viene toda la escena completa, veo a David bajarse del Audi blanco, iba acompañado de... ¿Lisa Collum? ... ¿Qué pinta McAllister con ella? Estaban discutiendo, lo presencié. Juraría que era ella aunque estaba de espaldas, pero la melena es inconfundible.

Con más curiosidad que otra cosa, me centro en Cam. Se ha sentado en un taburete, tomándose un whisky.

—¿Sabes si David y Lisa salen juntos?

Situándome entre sus piernas, le cojo el vaso de las manos para darle un sorbo.

—Ni idea. ¿Por qué? ¿Salen juntos? —pregunta negando con la cabeza, encogiendo los hombros.

—No sé, los vi discutiendo en la calle. El primer fin de semana que tú y yo pasamos juntos. ¿Te acuerdas? —pregunto, asiente y sonrío sin apartar su mirada de mí—. Cuando te fuiste me asomé a la ventana para ver cómo te ibas.

Mi confesión hace que se le ilumine la cara. Me sujeta las caderas y me balancea suavemente al ritmo de la música.

Continúo con mi explicación:

—Cuando llegué ya habías desaparecido, pero un Audi pequeño, blanco. —Es nombrar el coche y deja de moverme, añado—: Me llamó la

atención. Estaba lloviendo, pero vi claramente a David McAllister y a tu amiga Lisa. —Escucha “tu amiga”, frunce el ceño y endurece la mirada—. Se bajaron y discutieron durante unos minutos en la calle. No me había acordado, pero al verle el pelo, estoy casi convencida de que era ella.

—No sé Cate, no tengo ni idea de lo que hacen, aunque si salen juntos tienen los días contados y si no seguro que viste la ruptura.

—Es un poco raro, puedo entender el interés de David en ella, pero ¿Ella en él? No me cuadra. No tiene pinta de conformarse con un insulso como él. Esta va a por el premio gordo.

—¿Premio gordo? —pregunta incredulo.

—Sí, premio gordo. Alguien que la mantenga bien. Un trofeo bonito que la lleve del brazo. Esta se dedica a la caza mayor. Te lo advierto.

—¿Por qué me lo adviertes?

—Porque estás avisado —afirmo exasperada.

Desde luego, cuando quiere hacerse el loco, es el mejor. Veo a Duncan y corto la charla.

—Hola chicos —saluda dándole una palmada a su nieto en el hombro.

Su fatiga es evidente, llegamos antes de las ocho, bueno él más, ya estaba aquí. Cam advierte también su cansancio y antes que diga nada, cruzan sus miradas y noto que se entienden, hay un gran respeto y admiración mutua entre ellos.

Con su vitalidad y carácter afable, Duncan ha hecho frente a la tragedia de perder un hijo, se ha ocupado de su negocio, y ha sido capaz de acoger a un adolescente, moldearlo, guiarlo, y convertirlo en el hombre que es: una de las personas con el sentido más alto que conozco del deber, lealtad y honradez. Lo envió a la Universidad, le dio la posibilidad de tener una educación que le ayudara en el futuro, y le confió su astillero del alma, algo que supongo meditó bastante. Apostó por su nieto y ha ganado; Cameron ha sabido jugar sus cartas al fabricar casi todos los elementos de los barcos, controla todo el proceso, les deja mayores beneficios, y Duncan tiene tiempo libre suficiente para dedicarse a sus dos amantes: el golf y sus perros.

El día siguiente nos levantamos temprano, después de desayunar, salimos a dar un paseo. Disfruto estando aquí, me siento muy feliz solo yendo con Cam de la mano y los perros correteando alrededor. El camino hacia el bosque está húmedo, cubierto de una bruma que me hace temblar, aunque al instante un brazo cálido en mi hombro me reconforta mientras avanzamos entre una hilera de árboles que van reapareciendo ante nosotros.

Es muy relajante ver cómo el día se va levantando en estos campos verdes, llenos de ovejas que distraídas pastan entre montañas altivas y unos lagos que a veces me parecen el mar; no se distingue dónde empiezan o acaban; solo el rugir de las olas te dan la pista.

Llegamos al bosque y ya solo se oyen carreras entre sonidos de ramas pisoteadas. Nos perdemos con ellos percibiendo solo la naturaleza.

—Escucha —dice Cam, poniendo la mano en mi brazo.

Me detengo y pongo alerta mi sentido auditivo, nada.

—¿Qué? —susurro.

—Siéntelo.

Me concentro, inspiro despacio y solo percibo silencio roto por los cantos matutinos de algunos pájaros.

—Te gusta mucho esto. ¿Verdad? —pregunto, confirmando lo que sé.

—Nunca me iré de aquí. No podría.

Se vuelve y muy despacio pasa las manos por mi mejilla, sus ojos me hablan para contarme sus más profundos secretos. Este hombre sencillo disfruta saliendo a pescar con sus amigos o yendo todas las semanas al mismo pub. No le gustan las cosas muy elaboradas, prefiere lo simple. En sus barcos, en sus dibujos, en su casa, siempre destaca la sencillez, con elegancia.

Es feliz en un bosque desierto. Nos besamos sintiendo la paz del sitio perfecto en el que estamos, solos, en nuestra compañía y la de tres perros locos que prefieren no dejarnos en paz en “ningún” momento.

Capítulo 6

Portree, Escocia

Miércoles 3/5/2000

Después de haber pasado un domingo muy agradable con el abuelo de Cameron, volvimos por la tarde a su casa. Afortunadamente en el trabajo pasamos un principio de semana muy productivo, teniendo en cuenta que el equipo de Cam ha conseguido solucionar el fallo hidráulico en las palas del doble timón. Los enrolladores están acabados y la empresa que suministra los motores se ha comprometido en entregarlos antes del viernes. Aún no han llegado las desalinizadoras, pero es el menor de los problemas.

Por nuestra parte, toda la electrónica que activa el piloto automático está lista, estamos preparando la red inalámbrica, el radar y la radio. Los instrumentos de viento y los sistemas de navegación que van conectados a nuestro nuevo software ya tienen todos los espacios disponibles dentro de los barcos, pero hasta que el mobiliario interior no esté acabado no se terminará la instalación del cableado.

Las pruebas con los modelos a escala nos indican que el diseño es correcto y cumple su objetivo: identifica riesgos, los evalúa, trasmite la velocidad, curso, posición, datos y, en función de optimizar el rendimiento del

barco, corrige rumbos. Los valores hidrodinámicos introducidos se han ajustado a las cartas globales y facilitarán mucho la navegación.

Por ahora estoy bastante satisfecha, todo va bien, a pesar de no tener más información sobre el asunto de mi ordenador, lo que me inquieta un poco.

Al salir de la oficina, me encuentro a Cam en el aparcamiento, apoyado en el coche con las manos en los bolsillos y las piernas cruzadas. Viste un traje azul marino, una camisa celeste, y una corbata marrón oscuro; para el poco tiempo que le dedica a su imagen, el resultado no puede ser más atractivo; lástima que no tenga reuniones a diario.

En cuanto me ve, me señala con la mano los diques.

—¿Qué te parecen?! —pregunta con un orgullo evidente en su voz.

El tamaño y la forma aerodinámica de los barcos son perfectos.

—¡Son preciosos! —admito embelesada.

Observo cómo les están aplicando una pintura roja brillante. Los avances son diarios, atrás quedan los días cuando les pusieron la resina epoxi o lijaban los cascos.

Me paro y contemplo la magnitud real del doble timón en popa, el bulbo de plomo pesa más de diecinueve toneladas. Tan de cerca, las partes que irán sumergidas parecen inmensas.

Cuando advierte mi expresión de sorpresa, me indica la quilla y las aletas.

—¡Permiten fidelidad al rumbo! —grita desde proa—. ¡Ya sabes! ¡En momentos difíciles, como cuando amura en ceñida!

No puede evitar el rastro de pasión al hablar de su trabajo. Hace que me sienta honrada de participar en este proyecto, estamos construyendo los que serán los veleros de categoría crucero más rápidos del mundo; más de veinticinco toneladas desplazándose a más de treinta nudos de velocidad. Es impresionante.

Sé que él y Peter han intentado reducir el peso todo lo posible, para que junto con la flotación y un centro de gravedad bajo sean estables y recuperen su posición original en escoradas.

—¿Por qué os decidisteis por el plomo y no el hierro?

—Porque al ser más denso, conseguimos más estabilidad con menos volumen y así hay menos superficies mojadas que generen rozamientos.

Me acerco a él con una sonrisa en los labios. Entramos por separado en la nave del astillero y aunque son más de las cinco hay algunos operarios trabajando.

En un lateral se intuye un barco bajo varios cobertores, no es lo habitual. Se dirige hacia él muy feliz, e intrigada lo sigo. En cuanto llego, quita rápido las protecciones y me muestra un sueño negro hecho velero, de unos catorce metros de eslora y unos cuatro de manga, con una forma simétrica perfecta, pintado en blanco bajo la línea de flotación.

—¿Te gusta? —pregunta alegre.

—Mucho.

Me de la mano y subimos por la escalera de trabajo que tienen colocada en la zona de estribor. La cubierta está forrada de láminas oscuras de teka y aún no tiene colocados ni el palo ni la jarcia. Doy una vuelta sonriendo, y extendiendo las manos con las palmas hacia arriba.

—¿Cómo?

—Nuestro proyecto personal —responde sonriente.

—Es precioso. ¿Desde cuándo está aquí?

Estoy intrigada, no lo había visto antes.

—Desde esta mañana. Ven.

Coge mi mano y bajamos al interior. Lo primero que veo es la cocina y el salón, todo revestido en roble natural combinado con wengue. La cocina está bien equipada con dos fogones, un horno en un lado, y un fregadero grande con una nevera en el otro.

En el salón hay un sofá de piel blanco haciendo esquina, otro enfrente de tres plazas, una mesa elevable de madera, un mueble con una televisión, y un equipo de música.

—Enhorabuena. Es Alucinante.

—Ven, aún no has visto lo mejor —afirma, su entusiasmo es contagioso.

Nos movemos hacia proa. Hay una sola puerta con cabina principal, donde observo una cama muy grande, dos armarios y dos cajoneras. En el fondo hay un pequeño baño, con inodoro, lavabo y un desagüe en el suelo para la ducha.

—Es funcional, está muy bien. Parece cómodo —admito.

—Sí ha quedado muy bien.

Al volver me fijo en la zona de cartas con toda la instrumentación, los paneles eléctricos y las comunicaciones, usando el espacio de una manera muy racional.

—Ven. No hemos terminado.

Tira contento de mi mano, para dirigirnos a popa. Hay dos puertas, cada una tiene una cabina con dos camas individuales y un baño.

—¿Cuánta gente cabe? —pregunto interesada.

—Depende. Ocho personas pueden dormir bien, pero para mí más de cuatro ya es incómodo.

Unos minutos después, nos sentamos en el salón.

—¿Dónde ha estado hasta ahora?

—En una nave a las afueras del pueblo.

—¿Por qué no aquí?

—Porque antes teníamos que entregar los encargos de los clientes. En cuanto ayer salió el barco que había aquí, lo hemos hecho traer.

—Es increíble.

—Hemos trabajado en él más de seis meses. Empezamos el verano pasado con el diseño y hasta noviembre no pudimos empezar el casco. Cada vez que teníamos tiempo íbamos a adelantar un poco. —Hace una pausa—. Después, todo se ha complicado.

Acaricia mi mejilla, mirándome intensamente los labios antes de besarme muy despacio. Tranquilo, como le gusta empezar, aunque cuando se pone así siempre terminamos perdidos.

No podemos continuar, se escuchan los sonidos de los trabajadores fuera, nos separamos, pero no hacemos ningún ademán por levantarnos, se está muy cómodo aquí.

—¿Cuándo dices hemos? ¿Te refieres a Peter?

Asiente con la cabeza y una sonrisa en los labios.

—Solos él y yo. Disfrutando de todas las etapas, ha merecido la pena. ¿No crees?

—Ya lo creo —afirmo, mirando alrededor—. ¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque si te lo hubiese dicho, me habrías echado para que ayudara a Peter, y prefería estar contigo.

Se vuelve a acercar, me besa la nariz y se levanta para salir. Al subir inspecciona con detalle la zona donde va el mástil, bajamos y nos vamos

cogidos de la mano. Por si a alguien en esta empresa le quedaba alguna duda sobre nuestra relación, se la acabamos de despejar.

Dos obreros pasan por nuestro lado con herramientas, lo saludan con un escueto movimiento de cabeza y a mí me dedican unas sonrisas nerviosas.

En cuanto cogemos el coche, hoy pone rumbo a su casa.

—Cuando lo podamos sacar, lo terminamos y a probarlo —afirma convencido.

—¿Cuándo calculas que será?

—No está del todo claro, seguramente, el mes que viene.

—¿Habéis elegido nombre?

—Estamos en ello. ¿Alguna sugerencia?

—No, si se me ocurre algo te lo diré.

Al hablar con él recuerdo que necesito recoger algo de ropa.

—Cam, tengo que pasar por casa. No tengo ropa en la tuya. ¿Te importa?

—No. Pasamos un momento.

—También puedo quedarme. Tengo que hacer un montón de cosas.

Gira la cabeza, sin ocultar su expresión sorprendida.

—¿Quieres quedarte?

—No es que quiera, pero debo hacer varias cosas, poner la lavadora, ordenar un poco, tareas domésticas podrías llamarlo.

—¿No puedes hacerlo el fin de semana?

—No. Hemos quedado, con tu abuelo ¿Recuerdas?

Me mira molesto y asiente despacio. Salimos del puerto, gira el coche a la derecha y en menos de un minuto estamos en mi calle, parados en la puerta de su antigua casa.

Desde que volvimos de Londres dormimos siempre juntos, duermo mejor cuando estoy con él, aunque no lo sabe. La dinámica que disfrutamos por ahora es más segura para mi corazón.

Me giro para despedirme y le veo una pose lastimera irresistible para mis sentidos. Me quito el cinturón, me acerco y lo beso uniendo nuestros labios como nos gusta, despacio al principio, hasta que no puedo más y el deseo me inflama. Se va haciendo más profundo, coloca las manos en mi cintura y con un tirón suave me sienta en sus piernas.

Sin perder la conexión de nuestros labios, la locura se apodera de nosotros, nos tocamos con desesperación, advierto la tensión de sus músculos bajo mis manos y noto su excitación aumentando por segundos. Mis pezones endurecidos se clavan en su pecho, mientras me muevo con su erección palpitando bajo mis nalgas y casi olvido que estamos a diez metros de la entrada del hotel, devorándonos dentro del coche, a la vista de cualquiera, como adolescentes ante una única oportunidad de amarse.

Cuando soy consciente, abro los ojos comprobando que mi deseo no es

nada, con lo que veo en los suyos, se le han dilatado las pupilas y el verde forma un círculo perfecto dentro del azul; como siempre quedo hipnotizada, me atrapan dejándome sin voluntad.

Sonriendo nos recomponernos un poco.

—Hoy, hay cambio de planes. Me quedo.

Lo miro muy feliz.

Si no llega a decirlo, me hubiese ido a su casa de inmediato. Después de aparcar, cerramos la puerta. Luego, danzamos sobre el ritmo de las llamas de una locura que nos convierte en deseo y nos abrasa como luciérnagas de papel en la oscuridad.

El viernes en cuanto salgo, compruebo que no está esperándome, vamos a pasar el fin de semana a casa de Duncan. Quiere que vayamos a ver el faro. Me hace mucha ilusión, todos me han hablado muy bien del sitio.

Examino los barcos. Les están pintando una franja azul y blanca, verlos navegar será todo un espectáculo. El programa de dibujo, que usan para diseñar y calcular, lleva varios meses a pleno rendimiento y por fin los más de trescientos metros cuadrados de velamen se ha empezado a fabricar. Todo ajustado para que cumpla con las exigencias de la organización de la Copa América.

Suena mi móvil y me llega un mensaje de Cam. Viene de camino. En

pocos minutos aparece el todoterreno bajando la rampa del puerto. Se detiene y me acerco, al entrar lo noto acelerado, impaciente.

—¿Lista? —pregunta antes de besarme.

—Sí. Por fin es viernes. ¿Cuáles son los planes?

—Llegar. Saludar. Cenar. Follar. Dormir. Follar. Desayunar. Andar. Amar .Comer. —Se para a pensar y continua con una sonrisa pícara—. Follar. Cenar. Follar. Dormir. Follar. Desayunar. Partir.

Lo miro con los ojos muy abiertos, divertida, está de muy buen humor.

—¿Hay que seguir el orden? Hay una que la has repetido varias veces.

Me mira risueño y coloca una mano en mi pierna.

—¿Sí? —pregunta, fingiendo desinterés—. Juraría que solo cinco.

Con su fachada más sinvergüenza me guiña un ojo.

—Si no morimos antes.

Llegamos a Dunvegan en media hora. Los perros en cuanto escuchan el coche salen a nuestro encuentro, *Agon* y *Lego* vienen como trombas a saludar a Cam, *Io* me prefiere a mí y se deja acariciar muy mimosa.

Abrazamos cariñosamente a Duncan. No puede evitar la alegría al saber que vamos a estar todo el fin de semana con él.

Una vez que dejamos nuestras cosas en el dormitorio, salimos a dar un paseo por el bosque, está anocheciendo, pero la temperatura permite no pasar frío. Cam se dedica a lanzarles ramas, no solo van a buscarlas corriendo como

posesos, sino que si no se las vuelve a tirar no lo dejan en paz. Parece mentira la de kilómetros que han hecho en un recorrido de menos de dos. Los miro encantada. Me entran unas ganas enormes de tener uno, aunque sopesando los pros y contras, por ahora siguen ganando los últimos.

Más tarde, cenamos hablando muy relajados del excelente pescado en salsa que Grace Pott ha hecho para nosotros. Por lo que me ha contado su nieto, viene todos los días a encargarse de las tareas domésticas, incluyendo la preparación de la comida.

—Cam, por favor. ¿Puedes traer una botella de blanco que hay en la encimera de la cocina? —pregunta Duncan.

Con gesto despreocupado, se levanta y en unos pocos segundos vuelve con la botella.

—¿De dónde es este? —pregunto.

Hace un guiño simpático hacia Cam para que me deje observar de cerca el envase y etiqueta del vino. Leo que es un vino español.

En un momento nos lo sirve.

—Ummm. Qué bueno —dice Cam.

—¿Notas los toques afrutados? —pregunta Duncan.

—Sí, es muy sedoso y pasa muy suave —contesta el sibarita ocasional.

—¿Qué te parece Cate?

Duncan me observa expectante mientras lo pruebo.

—Excelente. Me lo puedo beber como el agua.

—Es lo que tiene esta uva, hace que sea fresco y goloso, no te das cuentas del alcohol.

—¿Por qué casi siempre los elige españoles?

—Porque me gustan mucho, son excelentes, sin contar que siempre arrasan en todos los concursos internacionales. El clima y la tradición viticultora los hace elaborar, desde mi punto de vista, la variedad más completa de vinos a nivel mundial. Este en concreto es medalla de oro como mejor blanco.

—¿Qué variedad es la uva? —pregunta Cam.

—Verdejo, está hecho en Segovia una ciudad cerca de Madrid.

—Te has superado —dice Cam—.Tendrás más ¿no?

—¿Por quién me tomas? ¿Desde cuándo compro solo una botella?

—Era por confirmar —responde despreocupado.

—Después, si quieres, Cate, podemos probar con el postre uno dulce, hecho en Málaga en el sur de España —sugiere Duncan.

—Por mí bien, no tengo intención de conducir, puede mostrarme todas las variedades que considere, si están como este, merecerá la pena.

—No lo dudes.

Pasamos una cena entretenida y descubro un montón de cualidades al saborear el vino que nunca había tenido en cuenta. Al llegar el postre, una tarta

de manzana, Cam trae otra botella. Solo el nombre en latín de la etiqueta, “*Carpe Diem Trasañejo*”, ya me hace suponer que va a ser toda una experiencia en mi paladar.

Es oscuro y espeso, con un sabor que contrasta muy bien con la acidez del postre, e invade mis papilas endulzando mi paladar.

—¿Qué te parece este? —pregunta Duncan, sonriendo por mi cara de placer.

—Me encanta el sabor.

—Ya lo veo —advierde Cam, mirando concentrado cómo me lamo los labios.

Cuando acabamos, nos sentamos los tres frente a la chimenea. Los perros, relajados tras el paseo, se tumban no muy lejos. Cam se levanta y sirve unos vasos de whisky que saboreamos viendo el crepitar del fuego. Aunque es primavera sigue haciendo bastante frío y las temperaturas por la noche no superan los cinco o seis grados.

—¿Cómo van los barcos? —pregunta Duncan.

—Todo bien. Lo de siempre —responde sin mirarlo.

Supongo que no le va a contar nada sobre los problemas que tenemos, pero su respuesta vaga no le convence.

—¿Seguro? —insiste.

—Sí, de verdad. ¿Cómo van los perros con los entrenamientos?

El inteligente cambio de rumbo en la conversación, hace que nos cuente apasionado el mundo de las competiciones caninas. Su nieto le ha puesto un hueso que no ha podido rechazar; ha caído como un niño. Después de la clase magistral sobre vino, ahora lo estoy aprendido todo del *bearded collie*; para mi desgracia, me interesa más el vino.

Cam deja caer su mano en la mía, mirándome. Nos levantamos y con dos besos nos despedimos de él, dejándolo solo.

Subiendo la escalera empezamos a escuchar la música que tanto le gusta envolviendo la casa de una tranquilidad mágica. Al entrar en el dormitorio, me descalzo y Cameron se apoya agotado detrás de la puerta, frotándose la cara con las manos. En una sintonía total, nos echamos a reír. Menos mal que Duncan escucha música leyendo, si no oiría nuestras carcajadas. A su nieto el mundo olímpico de los canes tampoco le ha llegado muy hondo.

Unos minutos después nos acostamos, me vuelvo para dormir, notando su firme torso pegado a mi espalda. Estamos cansados, pero nuestros cuerpos desnudos solo nos dejan una opción, y toman el mando sin encontrar ninguna resistencia.

El día siguiente, me despierto temprano y noto el vacío a mi lado. Voy al baño y lo encuentro afeitándose desnudo. Me mira contento deteniendo sus ojos en mis pechos.

—*Madainn mhath.*

—Buenos días —saludo, dándole una palmadita en el trasero.

Me coloco a su lado para lavarme los dientes. Nuestros cuerpos se rozan, notamos el contacto y nos observamos cómplices reflejados en el espejo.

Cam termina de afeitarse, inmóvil desliza un dedo lentamente por mi costado. Inclina la cabeza un poco, perdido siguiendo concentrado su propio movimiento, atento a la reacción de mi cuerpo, que al sentir su toque eriza la piel.

Acelero el fin de mi higiene, girándome para ver lo excitado que está, con destellos de hambre en sus ojos enturbiados por el deseo. Cojo su mano y lentamente empiezo a besarlo, primero un costado, levanto la otra y le pellizco un pezón. Mis labios van descendiendo probándolo. La uve que forman sus músculos se endurece al sentir mi boca cerca de su erección y un gemido involuntario escapa de sus labios cuando la rozo con la lengua. Sus piernas se tensan de inmediato, levanto la cabeza viendo su expectación, dejando escapar lentamente el aire de sus pulmones. Sujeto sus caderas antes de introducirlo en mi boca, sin prisas, despacio, voy cogiendo mi ritmo.

—*Gràdh.* Me matas...

Soy responsable de su placer rebotando en mis oídos, con su mano en mi cabeza y el palpar de su corazón en mis labios, apenas sin darnos cuenta,

estamos otra vez perdidos en los brazos del placer.

Un rato después, desayunamos solos en la cocina, vestidos con pantalones cargo verdes, camisetas blancas y unas botas de montaña. No ha sido premeditado y nos miramos pensando lo mismo.

Cogemos el todoterreno y salimos hacia la carretera iniciando el trayecto. Es muy estrecha, tiene algunos pasos para ocuparlos y poder cruzarte con los coches que vienen en sentido contrario. Como ahora, que Cam se hace a un lado para que pase un vehículo que vuelve.

De momento está delimitada por un pequeño muro de piedra. A los lados campos verdes con algunas ovejas pastando, montañas con pinceladas rojas, alguna casa remota y la calma más absoluta. No dejo de pensar, como sería vivir aquí todo el año; debe ser duro estar tan aislado.

El camino se va volviendo cada vez más virgen. Unas pocas ovejas, ausentes a nuestras ganas de llegar, andan perezosas delante. Vamos tan despacio que casi no noto cuando paramos a esperar que pasen. Aprovecho para sacar la cámara, las vistas son tremendas. Enormes acantilados se dejan golpear por olas furiosas. Detecto una cascada que cae con violencia, uniendo sus aguas con el mar de las Hébridas, es impactante. Ajusto el zoom y disparo, allá donde mire veo algo que fotografiar, alguna imagen que quiero conservar.

En pocos minutos volvemos a ponernos en marcha, hasta que llegamos

a una pequeña zona para dejar el coche. Veo junto a la montaña la escalinata que debemos bajar. La fatiga de los pocos que la suben es evidente. Me da un poco de vértigo, pero lo que me preocupa es la vuelta.

Iniciamos el descenso por peldaños resbaladizos, Cam va delante con la mochila en la espalda, me centro en su culo y piernas, solo visibles para mis ojos. Los derroteros de mi imaginación me dispersan y hacen que llegue en un momento.

El sendero que lleva al faro es de tierra, apenas está transitado y, por los pocos vehículos que hemos visto arriba, calculo que no deben quedar más de cuatro o cinco personas.

Me alejo de Cam hacia los acantilados. Hay una zona donde se ve el faro. Al llegar, el atronador rugido de las olas y la altura al acercarme al filo, hacen que me sienta muy pequeña. Hago unas pocas fotos de la torre blanca en la punta del último acantilado, si no me equivoco van a ser espectaculares.

Sin que él me vea, le hago algunas distraído en el camino. Creo que aun teniendo la posibilidad de disfrutar de ciertos lugares a menudo, a esta magnitud es imposible acostumbrarse.

En cuanto ve que lo estoy enfocando, empieza a hacer muecas divertidas.

—¡Venga! ¡No seas payaso! ¡Solo una sin moverte!

Se acerca, indicándome que le deje la cámara.

—No te muevas de ahí —ordena con voz de mando.

Buscando un buen encuadre, se aleja, apila dos piedras, manipula la cámara y vuelve corriendo.

—¡Siéntate! ¡Diez segundos!

Me siento en la hierba sonriendo, llega divertido y se arrodilla detrás, me rodea los brazos y, justo antes de que salte el disparador automático, apoya la barbilla en mi hombro.

Tras la parada, nos vamos cogidos de la mano hacia el faro, bordeado por un muro blanco de poca altura. No puedo evitar sobrecogerme por la costa abrupta, dejándose sacudir por el mar, con pequeñas calas dispersas, algunas de roca, otras de arena blanca. Estoy rendida al poder de las olas que se estrellan una y otra vez, sin descanso, acompañadas por el viento y algunas confiadas aves planeando, dejándose llevar por las corrientes.

Pasamos la mañana entre verdes, soledad, y paisajes rotos desdibujados; solo es posible admirar la belleza furiosa imponiendo su presencia. En una manta, Cam se pierde con su cuaderno. Observo los trazos del lápiz, en su elegante mano, rápidos y precisos. Levanta la mirada sonriendo distraído, lleva mucho rato concentrado dibujando en negros, la inmensidad azul que puede observar, luchando y perdiendo, contra las rocosas estructuras apiladas sin forma definida, formando filas de precipicios; con sus defensas preparadas para ganar. Entre líneas y curvas ha hecho un precioso

retrato del movimiento de tan cruel batalla.

Pierdo la noción del tiempo. Los colores del cielo están cambiando y los naranjas intentan atrapar a los azules, preparando el camino a la noche.

Cam abandona el recreo, y rodea mi cintura con sus sólidos brazos.

—¿Tienes frío?

Dejo caer la cabeza en su torso, un cómodo apoyo. Sus manos ascienden despacio desde mis costillas hacia mis pechos.

—¿Aquí? —pregunto preocupada.

Inclina la cabeza y acaricia con los labios mi cuello.

—Los pocos que quedaban se han ido, no estamos a la vista del faro.

El momento es perfecto —susurra.

Me muevo intentando dominar mi estremecimiento, y sus labios me besan tras la oreja. Mis gemidos inaudibles, son solo para él. Su excitación pulsando en mi espalda hace que me vuelva, atrapo su cuello entre mis brazos, iniciando un húmedo contacto en una exploración de reconocimiento sobre capas de ropa.

Gime en mi boca, lo acaricio desde el pecho hasta la entrepierna y me detengo provocándolo mientras él masajea mis pechos.

Sin perder de vista mis ojos, me tumba bajo su cuerpo, mete despacio los pulgares dentro de mi pantalón, bajándolo lentamente, llevándose también la ropa interior. Hago lo mismo con su cremallera, mis dedos rozan su firme

erección, encantada por la atención que está recibiendo.

—Cate, me muero por estar dentro —exclama jadeando.

Esbozando una sonrisa, le doy el permiso que grita y como conoce el camino, de una embestida penetra. Lo siento cálido y duro cuando rodeo su espalda con mis brazos. Se lo toma con calma, con una cadencia y ritmo tranquilos, mirándome al bajar sus labios hasta mi boca para besarme desesperado, desatando una lucha entre nuestras lenguas. Siento su energía dentro, golpeándome con el sonido del mar en mis oídos y sobrepaso los límites que puedo soportar; ya no puedo negarlo más, ha roto mis defensas; sus envites han desmoronado los altos acantilados que no querían dejarlo pasar; tengo que reconocerlo, quiero a este hombre. Deja de importarme el tiempo que estaremos juntos; deja de importarme todo; saber dónde estamos ahora me basta.

—Sigue... —suplico.

El deseo en su mirada me inunda, filtrando sus preciosos lagos escoceses en mis venas, devastando mi alma. Cameron cierra los ojos y se concentra en seguir cumpliendo el orden de su estricto plan con mis manos apretando fuerte sus tensos glúteos, sintiendo su invasión en lo más profundo de mí.

—Por favor... —ruego.

—Mírame. Juntos, cariño.

Sus gemidos y su ritmo constante hacen que mi estallido sea inminente. Lo estrecho contra mí, queriéndolo todo. Nuestras caderas se aceleran llevándonos al mejor orgasmo que hemos tenido juntos.

Me siente dentro, igual que yo a él.

—¡Dios!

Su grito salvaje se mezcla con la naturaleza antes de caer desmoronado sobre mí. Unidos le acaricio la nuca, mirándonos rendidos.

—Te quiero —susurro.

Me besa saboreando mis palabras.

—Te quiero —confiesa sonriendo.

Unos minutos más tarde, después de nuestro mutuo reconocimiento, entre arrumacos y dulces caricias nos damos cuenta de que tenemos un hambre merecida.

Cam coge la mochila y saca los bocadillos, ofreciéndome uno. Comemos en silencio, en un sitio donde mis cinco sentidos harán de este momento algo imborrable en mi memoria. Intentaré guardar todas mis percepciones de hoy para siempre. Sé que lo haré.

De vuelta, Duncan no está y nos vamos directamente al dormitorio. Entro agotada, la temida escalera me ha dejado muerta, he tenido que parar sin aliento por lo menos dos veces; soy un poco patética, lo admito, pero no me entraba el aire en los pulmones. Para mi vergüenza, Cameron ha creído que

exageraba cuando ha sido realmente una tortura.

Veo la cama y me dejo caer, sin descalzarme, estoy cansadísima.

Unas horas después, me despiertan unos besitos en el cuello, abro los ojos y me encuentro con mi sonrisa favorita ocupando toda mi visión.

—Hola —susurra.

Casi sin luz, solo con las sombras rotas que se filtran bajo la puerta del baño, lo observo iluminada por el brillo de sus ojos. Tira suave con los brazos de mi cuerpo —totalmente desnudo— me inspecciono desconcertada; no recuerdo ni haberme quitado las botas.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunto, enarcando una ceja.

—¿Qué? —pregunta sonriendo, sabe que lo he visto expectante mientras revisaba mi cuerpo.

Me lleva de la mano al baño, me mete en la ducha y cuando noto el agua en mi piel realmente voy despertando. Se quita el bóxer y entra colocándose detrás, empezando a deslizar sus dedos por mis senos lentamente. Se agacha para coger un bote de gel, vierte un poco en sus manos y empieza a lavarme con pereza, descendiendo hacia mis caderas, recorriendo mis muslos dejando un rastro de suaves besos en mi espalda, disfrutando porque sabe que estoy abrasada en sus labios.

Cam más tarde se pone las pilas en la cocina, buscando varios

recipientes de la nevera e improvisa la cena. Aparece Duncan un poco fatigado, se sienta en un sillón para descansar de la caminata, y me acerco a saludarlo.

—Hola. ¿Cómo os ha ido? ¿Te ha gustado, Cate?

—Sí. Es un sitio precioso.

—Hola, abuelo.

Cam lo besa en la cara.

—¿Qué has hecho para cenar? Grace ha dejado comida.

—Lo sé. La estoy calentado —comenta, guiñándome burlón.

Durante la cena Duncan nos cuenta que ha pasado el día intentando avanzar el adiestramiento para la próxima competición, aunque escarmentados de la noche anterior no ahondamos en el tema y nos despedimos de él en cuanto terminamos.

—*Oidhche Mhath.*

—*Oidhche Mhath*, abuelo.

—Buenas noches —respondo dándole un suave beso en la mejilla.

Duncan sonrío tranquilo, e intento imaginarme a Cam cuando las arrugas hagan acto de presencia en su rostro, sin dejar de pensar si se parecerá o no a él, ni si estaré a su lado.

Una vez en el dormitorio, se dirige directamente a la cama, desnudándose a más velocidad que la ultrasónica usada para vestirse.

—Te espero.

Las palabras salen de su boca atrapadas por un bostezo. Lo observo de forma suspicaz sonriendo, entro en el baño y, por mucho que corro, cuando termino me acerco despacio consciente de que esa respiración rítmica indica que está dormido.

Recorro su cuerpo tendido boca abajo con un brazo colgando fuera de la cama y trago despacio contemplando un despliegue de virilidad difícil de ignorar: un tono de piel bronceado, en una espalda perfecta ancha en los hombros y más estrecha en las caderas, unos glúteos firmes que invitan a acariciarlos, y unas piernas poderosas moldeadas con fuertes músculos resistentes.

Me tumbo a su lado, sin poder dormir miro el techo; no tengo sueño por la siesta y hasta que caigo rendida repaso los meses desde que llegué; de todas las cosas extraordinarias que me han pasado, tengo el placer de estar con él, lo mejor de mi vida con diferencia.

Con los ojos deslumbrados por la claridad, me despierto el día siguiente, sé que no está conmigo antes de girarme perezosa inhalando su olor. Se abre la puerta del baño y aparece recién duchado, afeitado, vestido con vaqueros, y un jersey gris oscuro de cuello alto.

Clava su mirada en mí, sonriendo, viniendo hacia la cama.

—¿Has dormido bien? —pregunta al sentarse.

Aparta el pelo de mi hombro, se inclina hacia abajo y lo besa, dejando su olor en mi piel, cautivando mi olfato; necesito cerrar los ojos y concentrarme en ese placer.

—Bien... —ronroneo adormilada.

Me besa los labios suavemente, con su mano recorriendo despacio mi brazo a la vez que le acaricio la cara.

—Buenos días.

—Buenos días —susurra, apoyando su frente en la mía—. Tenemos que volver.

Se separa incómodo, y empieza a recoger la habitación con prisas.

—¿Qué hora es? —pregunto extrañada.

—Casi las doce. Hora de irnos.

—¿Tan pronto?

—Me ha llamado Peter. Tenemos que reunirnos mañana.

—¿Pasa algo?

—No. Anda, vístete —carraspea—. Te espero abajo.

Pasa rápido por delante de mí, intentando parecer despreocupado, aunque su lenguaje corporal me indica que algo no va bien.

Entro en el baño dispuesta a batir mi propio récord de velocidad. Luego, me visto con unos vaqueros y una camiseta blanca de mangas largas,

me recojo el pelo con un pasador en la nuca y salgo de la habitación.

Cuando entro en la cocina están sentados tomando café, hablando en voz muy baja. En cuanto advierten mi presencia, Cam se tensa mirándome con sorpresa y disimuladamente se guarda algo en el bolsillo. No veo qué es.

—Hola —saludo alegre.

—*Madainn mhath* —dice Duncan, sonriendo cariñoso.

Su nieto se limita a dirigirme su mirada más escrutadora. Me sirve un café al sentarme a su lado y desayunamos de manera familiar, pero un poco acelerada.

Intento analizar si ha podido pasar algo, no entiendo su incomodidad.

No tarda en levantarse de la mesa, antes de que su abuelo haga lo mismo y se acerque a él dándole una palmada cariñosa en el hombro.

—*Beartas*. No tardéis en volver.

Cameron sonriendo, le besa la mejilla, y regresa al dormitorio.

—Lo he pasado muy bien —digo a Duncan.

Es casi tan alto como su nieto y debe inclinarse para estar a mi altura. Coge mis manos entre las suyas y aprieta con suavidad.

—Lo sé —afirma seguro.

Su mirada me sugiere que reconoce mis sentimientos por Cam.

—Me gusta que vengas, Cate. Cuídate.

—Lo mismo digo, cuídese también.

En cuanto entramos en el coche se hace un silencio incómodo que Cameron interrumpe inundando el aire con los acordes distorsionados de *Without You I'm Nothing*.

—Me gusta Placebo. Gracias —comenta distraído.

—A mí también.

Le toco la pierna y me devuelve una mirada rápida.

—¿Quieres hablar? —ofrezco sincera.

Gira la cara, clavándome sus ojos preocupados, pero niega suavemente con la cabeza.

Sobre la una aparcamos en la puerta de mi casa. No sé si va a quedarse o no. Durante el trayecto solo hemos escuchado música, bruscamente acabada en *Every you, Every me*.

Cuando para el motor salgo del coche y lo espero en la parte de atrás, sin tener claro qué va a hacer. Saca las bolsas del maletero y se encamina a la casa.

—¿No vienes? —pregunta extrañado.

Lo miro fijamente, no contesto; intento entrar en su mente.

—¿Te quedas?

Mueve la cabeza mirándome sin comprender.

—¿Creías que no iba a quedarme? —pregunta molesto.

—No sabía qué ibas a hacer, tampoco te has comunicado mucho.

Paso por delante de él entrecerrando los ojos, negando ligeramente. Nos damos espacio, la tensión es palpable entre los dos. Está preocupado por algo y sabe que mi respuesta indiferente es porque estoy incómoda.

Subo al dormitorio, vacío la bolsa de viaje, guardo prendas en el armario y otras las apilo para lavarlas. Un rato después, oigo el teclado del portátil en el despacho, el sonido a toda velocidad. Asomo cautelosa por la puerta.

—Hola —saludo bajito.

—Hola.

Sonriendo triste cierra el ordenador.

—¿Mejor ahora? —pregunto.

Me aproximo a la mesa y tira de mi mano para sentarme en su regazo. Me acaricia la cara sin dejar que sus ojos se aparten de los míos, mis oscuros contra sus claros, como océanos rompiendo acantilados.

Une su boca a la mía besándome despacio.

—¿Me perdonas?

Le cojo la cara entre mis manos y le devuelvo el mismo beso, leve y suave.

—Cam, ¿qué pasa?

—Me ha llamado Peter porque el departamento de informática ha

encontrado algo. Hay un virus en tu ordenador. Lo han metido desde dentro.

—¡Qué! ¡¿Cómo?! —exclamo indignada.

—Según ellos, manipula las variables de cálculo desde las bases de datos internas. Aunque tus parámetros sean buenos, un pequeño cambio afecta a todos los resultados. La seguridad y fiabilidad dejan de ser óptimas. Eso era lo que notabas. Si repasabas las bases de datos, las variables estaban bien. ¿Verdad?

—Sí.

Por eso en las entradas diarias no notaba nada; la apariencia engañaba. Veía un valor, pero en realidad no era el que usaba el programa para realizar los cálculos. Ahora entendía, pero... ¿Quién? ¿Por qué?

—Están intentando encontrar algún tipo de rastro entre tus entradas y los cambios en los resultados. Con un poco de suerte, dentro de poco, podremos saber en qué momento quién sea ha utilizado tu equipo —explica cansado.

—¿Y las cámaras?

—Solo hay en la planta baja, en administración y en los pasillos. En los despachos no hay. Debe aprovechar algún momento en el que tú no estés.

—Entonces, ¿sospecháis de David?

—Encabeza la lista, pero no vamos a descartar a nadie.

—¿Por qué lo hace? ¿Para qué?

Su gesto pesimista me duele, estamos trabajando mucho y no es justo que quién sea nos fastidie un proyecto tan importante para el astillero.

—Cariño, tener la exclusiva de nuestro software es muy buen negocio. Te lo garantizo.

Un poco antes de cenar, oigo la tele desde el salón, hace un rato ha preparado unos sándwiches y está esperando a que baje. Me pongo un pijama de algodón y mientras me abrocho los botones voy a la ventana. Sorpresa, otra vez descubro el Audi blanco, está doblando la esquina con David McAllister de copiloto y Lisa Collum conduciendo. Pasan por mi puerta, él mira el coche aparcado —han reconocido el todoterreno de Cameron— disminuyen la velocidad y puedo ver claramente cómo advierten mi presencia. La mirada de David es rápida, no hace ningún gesto ni saludo, me ignora por completo y mira al frente. Ella es otra cosa, su expresión me muestra todos los matices del odio; soy la gacela acechada por una hiena vengativa.

Con una sensación extraña, mezcla de rabia y repulsión, me voy al salón. Encuentro a Cam en bóxers, con una cerveza en la mano, viendo la repetición de un partido de rugby. Me observa pasar hasta que me siento a su lado, intentando saber de qué va el juego. Está jugando Escocia contra Inglaterra. La verdad es que no me interesa mucho y con los insultos tan apasionados que han salido por su boca hace un minuto no tengo claro el resultado.

—¿Cómo vais?

—Machacándolos 19–13.

Le da un trago a su botella, mirándome con la suficiencia y el orgullo de cualquier jugador integrante de su selección en este momento, incluso superior, a los jugadores ni siquiera les debe dar tiempo a hablar, solo reciben golpes.

Me ofrece un sándwich de atún con ensalada sin apartar la mirada de la tele.

Se están matando. Dan miedo, un grupo de hombres de azul atrapa a uno de blanco que... Uffff, pobrecillo, duele solo verlo.

—No sé cómo aguantan —comento horrorizada.

—No es para tanto.

Niego con la cabeza, no me creo que no duela; debe doler bastante, seguro.

—¿Lo dices por experiencia?

—Jugué al rugby en el colegio —responde, añade arrogante—: Desde los doce a los dieciséis.

Hago un gesto de aprobación con la boca.

Termina el partido y seguimos sentados en el sofá cenando. Escocia ha ganado incrementando su buen humor.

—No has cumplido tu plan —digo, masticando—. Me debes dos.

Enarca una ceja, sonriendo feliz.

—¿Dos?

—Dos.

Con la mano libre le muestro mis dedos índice y corazón.

—Yo creo que no te debo dos. —El tono juguetón de su voz y su mano desplazándose por mi pierna me indican que pronto la deuda será menor—. Solo te debo uno, tú me debes otro.

Nos miramos hablando el mismo lenguaje, sabiendo que vamos a saldarlas sin el menor inconveniente. Ajenos a problemas nos dedicamos a nosotros, todo nuestro esfuerzo a un único afán: amarnos.

Capítulo 7

Portree, Escocia

Martes 6/6/2000

Hoy es un día muy especial en el astillero, Cameron nos ha hecho bajar a todos los técnicos a los diques para ser testigos de una de las operaciones más delicadas: la colocación de los palos en los barcos.

Me sitúo junto a mis compañeros y comprobamos que no han perdido el tiempo, el movimiento de operarios es arrollador. Un enjambre de personas moviéndose de un lado a otro, pequeñas carreras y voces cruzadas. Tienen que hacerlo hoy, la semana que viene los barcos salen a pruebas.

Han verificado toda la jarcia, las drizas están preparadas sin cruces, la botavara también está lista, y los mástiles esperan envueltos con mimo.

Veo a Cameron hablar con Peter y dos operarios. Por la manera de gesticular creo que no está muy contento. Cuando me ve en compañía de David, Joan, Syd y Matt, nos saluda con un breve movimiento de cabeza, no exhibe hacia mí ninguna deferencia particular. No me sorprende ni me molesta, somos adultos viviendo una relación en privado. Solo nosotros, además ninguno de los dos somos muy dados a mostrar afecto en público, él más que yo.

Me gusta verlo en su faceta laboral, es muy creativo y disfruta colaborando con todos, sabe escuchar las diferentes opiniones, analizarlas e incluso cambiar sus planteamientos si mejoran el resultado del diseño, y no le pesa sacar su vertiente más autoritaria cuando considera oportuno; me quedó muy claro desde el primer día.

En privado conmigo es otra cosa. Tengo la suerte de haberlo conocido estando sola, en un lugar dónde no conocía a nadie. Entró sin hacer ruido, muy seguro de su destino. Me ha envuelto en sus redes de tal manera que hoy lo es todo para mí. Mi pequeño mundo lo reduzco a él.

El mismo que ahora se dirige a nosotros con paso muy decidido y semblante contrariado. Estoy revisando la electrónica junto a David. Muy cerca, Joan hace lo propio con el cableado de las radios y antenas. Un poco más lejos, Syd y Matt están con la electricidad.

—Hola a todos —saluda muy serio.

Cruzamos una mirada fugaz y sé que está preocupado por algo. Desde que averiguaron la infección del virus en mi ordenador, las cosas se han calmado. Quién esté detrás no ha dado más muestras de intrusismo. No estoy segura de sí es bueno o malo, pero de entrada me ha permitido terminar lo previsto de manera exitosa. La empresa del impresionante hombre severo que tengo delante, de momento, tiene un producto único en el mercado, nuestro programa es el más eficaz para la náutica deportiva.

—Cate. Ven, por favor —ordena.

Me acerco con cautela mirándolo a los ojos.

—Dime.

—Revisa las antenas tú. Aunque David te diga que todo está correcto, no te fíes. Sé la última en dar el visto bueno.

—De acuerdo.

Antes de irse, sus labios me lanzan un mudo “te quiero”. Sonrío y le correspondo con el mismo detalle.

Me acerco a las antenas con las bases de emergencia y empiezo mi examen exhaustivo de comprobación junto a David. El palo de fibra de carbono al ser tan largo, casi treinta y cinco metros, nos permite estar a cada uno a más de veinte sin estorbarnos. Él está en la parte que irá colocada en la bañera. Me sitúo en la más delicada, la que aguantará todos los envites de los vientos más agresivos, que con mucha precisión han calculado para fuerzas con empujes de hasta cien nudos.

Absolutamente concentrada en mi tarea, todo parece normal. Inspecciono el acoplador de la antena de emergencia, por lo que veo está correctamente ensamblado, los cables en su sitio...

—¿Por qué está el acoplador tan bajo?

David escupe la pregunta acortando rápido los metros que nos separan.

—¿Cómo dices?

—¿Por qué coño está el acoplador ahí?!

Su voz más alta y dura de lo normal.

—Porque es donde debe estar —contesto sosegada ocultando mi indignación.

—¿Eso crees?! ¿Me vas a decir tú dónde tiene que estar?!

Su voz se ha convertido en un aullido de furia y soy su destinataria. Intento mantener la calma, todos alrededor están pendientes de nosotros.

Mirándolo con indiferencia, me acerco al acoplador para señalarle la marca de montaje. Se pone furibundo y empieza a pasarse nervioso las manos por la cara.

—¿Tú has decidido ponerlo ahí?!. ¡Tú!. ¡Eres una inútil!

—¿Inútil? ¿Señor McAllister? —Con una mirada cínica—. Si está ahí es porque así se evitarán mejor las pérdidas y dará más eficiencia a las bandas. ¿Te lo explico mejor? —siseo con sarcasmo.

Mi jefe se encuentra en la puerta de la nave junto a Peter, presenciando la discusión, los dos con el semblante serio preparando sus lanzas. Veo a su amigo tocarle el brazo, impidiéndole moverse, también, la tensión en su cuerpo dispuesto al ataque.

Con una expresión indescifrable en la cara, Peter lo deja solo y viene decidido.

—¿Qué pasa aquí?

El tono sugiere un enfado considerable mientras pasea la mirada entre los dos.

—Esta... —dice David desdeñoso, no encuentra la palabra—.
¡Impresentable que contratasteis lo está jodiendo todo!

Mi querido Peter, el mejor amigo de mi escocés, enarca una ceja y se acerca más, se contiene, pero lo mira con los ojos entornados, amenazante.

Mis labios sellados sin decir palabra, me avergüenza esta situación; es injusta y humillante, solo espero que pase pronto. No quiero volver a mirar a Cameron, aunque debe estar esperando como un tigre enjaulado el menor indicio para acercarse.

—¿Qué ha jodido?

Peter suave, demasiado lento, diría cínico.

—¡El acoplador! ¡No está en la posición que habíamos calculado!

Peter se inclina hacia abajo e inicia una minuciosa inspección del palo, de los aparatos, y las marcas. Luego, levanta la cabeza mirándolo despectivamente y se dirige exclusivamente a él.

—Está dónde debe estar, David.

—Pero... los cálculos —balbucea.

—¡Qué pasa con los cálculos! —espetea, perdiendo la paciencia.

—¡Debería estar aquí! —grita, señalando una posición ligeramente más alta.

El cabreo de Peter es cada vez más evidente, una cosa es que David ponga en duda mi trabajo o capacidad, pero con él debe controlarse. Su tono ya no es airado, adopta un gesto más sumiso; sabe que está por encima de él y desde luego no es tonto.

—Te lo voy a volver a repetir. El acoplador está en su sitio, según los cálculos y el diseño que hemos hecho.

—Pero, con los últimos ajustes... debería estar donde te he dicho — explica nervioso, no se va a rendir.

—Los ajustes a los que te refieres no son los últimos. Los últimos los hicimos Cate y yo, hace dos semanas.

—¿Dos semanas? ... —pregunta en un hilo.

—Si más o menos dos semanas. Y ahora, vuelve a tu trabajo —ordena autoritario.

La conversación ha terminado, se aleja despacio. No lleva tres metros cuando se vuelve. Se encara con David, ladea la cabeza y lo mira asesinándolo.

—Jamás. Jamás te dirijas a ningún compañero, ni a nadie de esta empresa con el desprecio que has mostrado a Cate. ¿Entendido? —pregunta amenazante, añade muy despacio—: La próxima vez te largas.

No espera una respuesta o confirmación y resuelto vuelve a la nave.

Hacia dos semanas que habíamos cambiado unos parámetros para

conseguir más efectividad en las longitudes de onda. No le dijimos nada a David, no le incumbía en el desarrollo de su parte del trabajo, no se fían, y también porque Peter —desde que conoce su lio con Lisa Collum— se ha vuelto un paranoico con él.

En el transcurso de nuestro encontronazo ha llegado el camión grúa. El hervidero de movimiento alrededor es masivo una vez que maniobra y se sitúa en posición para recibir el primer mástil, que está preparado asegurado a unos cables de acero con un montón de personas expectantes en salvaguardar el éxito de la operación.

La grúa inicia el movimiento después de haberlo revisado todo varias veces, minuciosamente. El silencio en el dique es sepulcral, solo roto por las órdenes que le van dando al conductor. En la cubierta hay más de seis personas esperando para pincharlo en su sitio.

En cuánto está en el aire, veo a Cameron concentrado en el recorrido, junto a Peter, disfrutando de su momento, de los dos.

La impresión al ver el palo elevándose hasta llegar a su sitio es indefinible. Todo el trabajo de telecomunicaciones que lleva dentro se vería seriamente comprometido si ahora fallara algo. Para los que disfruten de él, la electrónica y el diseño harán la experiencia de navegar segura, fiable, y rápida, muy rápida; pero antes deben colocarlo sin errores.

Unos hombres lo estabilizan en el barco, necesitan mucha verticalidad

para pincharlo bien, finalmente la consiguen, y empiezan despacio a tensar las drizas de popa y proa. Ya queda poco para terminar la fase delicada. En unos minutos, cuando tienen la tensión que falta, lo encajan y empiezan con las comprobaciones.

Nos miramos suspirando aliviados; podemos decir que tenemos barcos. Me abrazo a mis compañeros, estamos muy contentos. También busco a Cameron, aunque no veo, Peter está solo. Sin decir nada a mis compañeros, voy a la nave.

Me acerco a su velero y cuando estoy al lado empiezo a escuchar unos golpes constantes, con ritmo. Me alarmo y subo al barco sigilosa. En la cubierta todo parece normal, el sonido cesa.

—¡Joder! ¡Joder!. ¡Joder!.

Escucho la voz frustrada de Cam amortiguada por el ruido del exterior.

Bajo rápido al interior para quedarme sin palabras. Lo encuentro sentado en el sofá con la mirada perdida, sosteniendo en una mano el puño ensangrentado de la otra.

Sus ojos infinitos brillan rabiosos al verme bajar, transmitiendo impotencia.

Me arrodillo delante de él y cojo su mano herida de forma brusca.

—¿Qué coño haces?! —exclamo furiosa, fijándome en el destrozo que tiene.

—¡Vete!

—No voy a ninguna parte. ¿Qué estás haciendo?

Gira la cabeza hacia la popa del barco. Miro también, y vuelvo a quedarme atónita: una de las cabinas ha sufrido un ataque de ira tremendo con decenas de impactos, astillas de madera, y muchos agujeros que convierten en colador una chapa de madera que fue puerta minutos atrás.

Le acaricio la mejilla y mece su cara con los ojos cerrados.

—Cam, soy mayorcita.

Los abre enseguida, aún destilan rabia, pero la frustración se está apoderando de ellos, y me sujeta fuerte la mano.

—No lo puedo soportar —susurra grave.

—¿Qué?

Mis ojos contra sus océanos embravecidos.

—No puedo ver a nadie humillándote y no hacer nada. No puedo, Cate.

—No eres mi escudero, podía manejar a David sin que mandaras a Peter.

—No he mandado a nadie. Ha ido él solito.

—Ya. Bueno... —Con una sonrisa amarga—. Pues te has quedado sin puerta.

Inclino la cabeza nadando en sus aguas limpias y lo beso con mucha calma y ternura, necesito que sepa y entienda que agradezco su protección,

también que puedo arreglármelas sola, sin él.

El contacto nos abrasa, lentamente nuestras lenguas se saludan con anhelo, pero alguien ha subido al barco, se escuchan los pasos por la cubierta. Recobramos la cordura y en un segundo asoman las piernas de Peter por la escotilla.

En cuanto me ve arrodillada frente a Cam, procesa la escenita que su mente inquieta le estará brindando.

—Hola —murmuro, apretando los labios.

—Hola... ¿Qué hacéis?

Cam lo mira directamente a los ojos en su lenguaje y sin más gestos Peter de inmediato da la vuelta para salir.

—Gracias —digo bajito.

Se detiene y se gira tranquilo.

—¿Por hablar con David?

—Sabes que sí.

—No he ido porque fueras tú.

—Lo sé. Sé que hubieras ido por cualquiera.

—Exacto. Por cualquiera. No soporto la mala educación, me parece un signo de bajeza que no justifico con nadie. Ni en mi vida personal ni aquí. Punto. No le des más vueltas.

Cameron está callado, me tiende la mano ayudándome a levantarme y

nos dirigimos a la escotilla, es imposible no mirar resignados al colador anteriormente llamado puerta; si hubiese sido una pared se habría roto la mano entera.

—¿Te duele? —pregunto preocupada.

—No, pero tengo que limpiarla.

—Eres un cabrón, encima que te escaqueas —dice Peter, sonriendo—.

La has jodido, ya sabes...

Cameron en cuanto tenga tiempo lo arreglará, no se va a librar, al menos, no seré su excusa.

En la cubierta Peter se agacha, mueve la mano por el suelo de madera con aire soñador y le habla:

—Ya falta poco colega.

—¿Tenéis ya nombre? —pregunto interesada.

—Estamos en ello —contesta, mirando a Cameron añade—: Tú imbécil particular quiere ponerle *Alioth*.

—¡*Alioth!* ¿Por qué?

Aprieto la frente y entorno los ojos, fijos en Cameron, que no puede ocultar su sorpresa por mi incompreensión.

—¿No te gusta?

—Me parece raro. No es que no me guste. ¿No se le ponen siempre nombres que signifiquen algo?

—¡No! —exclaman los dos.

—¿Y el tuyo? —pregunto a Peter, siento curiosidad.

—“Nirvana”.

—Peor —comento—. Vais a tener que seguir intentándolo.

—¿Tienes tú alguna idea, listilla? —pregunta la voz irónica de Peter.

—No lo sé, tendría que pensar,..., un nombre de pájaro...albatros, gaviota, un viento. ¿Yo qué sé?... Ponedle CCCreep... Dejadme en paz, es vuestro problema.

—¿CCCreep?!

Suenan dos exclamaciones masculinas y me rio a carcajadas de sus caras.

—¿CC por vosotros dos? —pregunta Peter alucinando—. Ni de coña, compañero. Quítale la idea de la cabeza, ya.

Cameron no sabe cómo esconder una risa contagiosa que compartimos.

—No es por nosotros, listo —digo suficiente.

—¿Y por quién es, entonces?

—Por Colón. El descubridor de América, para tú información. Está relacionado o... ¿No?

—¿Cristóbal Colón "el raro"? —pregunta Cameron incrédulo.

—Vigíla. Campeón.

Peter deja caer amistosamente una mano en el hombro de Cameron, que

niega con la cabeza. Entretanto, con risas, un puño ensangrentado, y mucho por hacer todavía, nos vamos otra vez al dique donde están instalando el mástil del segundo barco.

Paso el día entre el astillero y las oficinas. Cuando llego al aparcamiento Cam no está esperándome. Me extraña, no me ha dicho nada, pero sigo andando hasta el coche.

Suena mi móvil y es él. Contesto un poco preocupada, desde que terminaron de montar los mástiles no lo he vuelto a ver, y a David se lo ha tragado la tierra.

—*Hola.*

—*¿Cómo estás? ¿Te has curado la mano?*

—*Sí, no te preocupes, son solo arañazos. ¿Te importa irte sola?*

—*No. ¿Pasa algo?*

—*No. Todo bien, pero mañana nos tenemos que ir a Londres.*

—*¿Así de repente?*

—*No es de repente. Sabíamos que debíamos ir, aunque no cuándo.*

Nos han llamado esta tarde para confirmar la reunión. Peter está con una parte de los análisis, Matt con los planos, y yo con los informes técnicos. Vamos mañana, lo entregamos y volvemos el jueves.

—*¿Matt también va?*

Un deje de desconfianza brotando en mi voz.

—*Cariño, volvemos el jueves. ¿Vale?*

—Vale. Pasadlo bien.

Tratando de sonar despreocupada.

—*¿Te pasa algo?*

—No, de verdad.

—*Vamos, Cate, ¿qué pasa?*

—Nada. No pasa nada.

Mi voz suspicaz totalmente reconocible.

—*Vale. Nos vemos el jueves.*

—Vale. Suerte. Te quiero.

—*Te quiero, gràdh.*

No reacciono en cuanto cuelgo, me quedo en el aparcamiento durante unos minutos. Después salgo del puerto, pensando en una orgía desenfundada solo apta para mentes calenturientas donde mi escocés super-sexy es la estrella. Mientras ando abstraída, me doy cuenta de que soy una persona adulta, medianamente inteligente, no debería tener esta intranquilidad, sin embargo, las alarmas en mi cerebro se han disparado desde que me ha dicho que va Matt.

Al menos de momento, nunca he notado en él indicios de interés por ninguna otra mujer; pero el hecho de que los tres pasen una noche solos en

Londres no me hace mucha gracia. Confío en él, de quien no me fío nada es de Matt. Está siempre revoloteando detrás de cualquier falda que se le pone a tiro, tiene la palabra peligro escrita a fuego en la frente. Es un buen tío, aunque no sabe beber y no tiene ningún sentido de la medida, tampoco un patrón de gustos definidos con las mujeres, sus cacerías son indiscriminadas; da igual si son rubias, morenas, altas o bajas, siendo mayores de edad se conforma.

Saber que van a estar a su merced no me está ayudando en la cabeza y un leve dolor se instala a modo de punzada, probablemente dentro de un rato, si no me relajo, alcanzará la categoría de cefalea aguda.

Al entrar en casa, veo un sobre blanco de tamaño mediano en el suelo, muy cerca de la puerta; debe haber llegado con el correo de esta mañana. Me agacho para cogerlo y no hay nada que indique su procedencia, solo «C.S.» en el anverso. Las dos letras desatan un río por mi cerebro brotando con intriga. Lo abro, saco un pequeño recorte de revista y leo una sola palabra: «**VETE**»; me deja paralizada.

Es la primera vez en mi vida que recibo un anónimo, la primera vez que siento un peligro que me ha erizado el vello.

Sin tener muy claro qué hacer, con el sobre en la mano, me voy a la cocina y me siento a pensar qué consejo le daría a alguien en una situación parecida. Lo primero que se me ocurre es llamar a la policía. Lo segundo, llamar a Cam, pero lo descarto, la reunión de Londres es importante para el

astillero y lo voy a preocupar; prefiero contárselo cuando vuelva; es poco tiempo y puedo tolerarlo.

Llamar a la policía aquí no es una opción muy optimista, el despliegue es bastante escaso para toda la isla. Aún así, creo que debería informar de esta situación, no sé hasta qué punto es normal recibir un anónimo por esta zona. Quizás sea más habitual de lo que imagino.

Miro en la nevera los teléfonos de emergencia hasta que lo encuentro, armándome de valor cojo el móvil y marco el número. Nada, no responde. Vuelvo a intentarlo con igual resultado.

Resoplo cansada. Menuda pesadilla, cuando lo único que pretendía era llegar a casa y acostarme. Me tomo las pastillas para la migraña, me siento en el sofá y reflexiono sobre el tema viendo el lado positivo del asunto: desde que he llegado no me he acordado de los londinenses lujuriosos.

Le doy vueltas y vueltas sin parar y no llego a ninguna conclusión. ¿Qué mente retorcida manda anónimos? ¿Por qué a mí? ¿Tiene relación con el virus? Apenas conozco a nadie aquí, solo me relaciono con mis compañeros, algunos conocidos del pub y con los comerciantes de las tiendas donde compro. No hay nadie más.

Decido llamar a Anna, no me va a solucionar nada, lo sé, pero al menos me podré desahogar con ella, marco su número y antes del segundo tono responde.

—Hola, Anna.

—Cate, ¿Cómo estás?

—Bien ¿Y tú?

—Bien, liados con un nuevo proyecto. Cuéntame ¿Cómo te va con Cam? ¿Estáis bien?

—Con Cam bien, bueno mañana se va a Londres a una reunión.

—¿Y...?

—Pues que se va con Peter y Matt.

—¿Londres más Peter, Cam y Matt?

—Sí, aunque no te llamo por eso. Me ha pasado una cosa muy extraña.

—¿No te preocupan los tres solitos en Londres?

La voz irónica de mi amiga es graciosa, incluso me hace sonreír, si ella supiera que hace un rato me subía por la paredes.

—Ya no. Ahora tengo otra preocupación. He recibido un anónimo.

—¿Qué? ¿Un anónimo? ¿Qué coño pasa Cate?

—No te aceleres, ¿vale?, me duele un montón la cabeza.

—Vale no me acelero. Cuéntame qué pasa.

—No lo sé, he llegado a casa y había un sobre para mí. Lo he abierto y he encontrado un recorte de revista con la palabra “Vete”. Ya está, eso es todo.

—¿Ya está? ¿Eso es todo? Joder, Cate, vaya marrón. ¿En qué estás metida?

—No seas imbécil. No estoy metida en nada. Idiota...

—*Entonces... ¿De qué va todo?*

—Anna no tengo ni idea, te he llamado para hablar...

—*Vale, habla. Te escucho.*

—Hay una tía, una gilipollas que fue amiga con derechos de Cam.

—*¿Crees que es ella?*

—No lo sé, pero el mes pasado la vi, yo estaba en mi dormitorio y pasó con el coche. Me echó una mirada mortal y parecía medio loca, aunque no sé si llegaría hasta este extremo ¿No?

—*Yo qué sé... Cate, hay mucho loco suelto por el mundo. ¿Has hablado con ella?*

—Una vez, en la fiesta de aniversario, apenas la he visto.

—*¿Has tenido problemas con alguien por ahí?*

—Solo con David, el ingeniero del que te hablé. Hoy se ha puesto delante de todo el mundo a gritarme hecho una fiera.

—*¿Por qué?*

—Porque le toca las narices que sepa hacer mi trabajo y él no.

—*¿Crees que puede ser él?*

—No lo descarto aunque tengo mis dudas.

—*¿Qué ha hecho Cam?*

—Liarse a puñetazos con una puerta.

—*¿Se le han cruzado los cables?*

—Sí. Se ha descontrolado un poco. Después hemos hablado y todo bien.

—*Habla con él del anónimo en cuanto puedas, Cate. Por favor.*

—No te preocupes, cuando vuelva se lo contaré —digo harta—.

Cambiando de tema, ¿cómo estás tú?

—*Bien. Julian me ha invitado a cenar el sábado.*

—Eso no es novedad, Anna. Hemos cenado muchas veces juntos.

—*Solos. Vamos él y yo solos.*

—¡¡¿Qué?!!

—*Lo que has oído. ¿Qué opinas?* —pregunta excitada, al instante se viene abajo—. *¿Y si sale mal? No quiero perderlo como amigo, Cate.*

—Anna cariño, te gusta Julian desde que lo conocimos. ¿Por qué va salir mal?

—*¿Sabías que me gustaba Julian? ¿Por qué no me lo habías dicho?*

—Porque se te notaba mucho, no eras precisamente muy discretita. Y era algo que me tenías que decir tú cuando lo reconocieras. Me alegro mucho por ti y por Julian, de verdad. Me has alegrado la tarde.

—*Ya. Bueno a ver cómo va. A lo mejor funcionamos como amigos y no como pareja. Nunca se sabe.*

—Irá bien seguro. Sois la pareja perfecta. Os conocéis muy bien.

—*Ya te contaré. ¿Cuándo nos vamos a ver otra vez?*

—No lo sé. Podríamos vernos en Edimburgo. Os podríais quedar en el piso de Cam.

—*Eso estaría muy bien. Se lo comentaré a Julian, a ver qué dice.*

—Cuando sepas algo me avisas y lo organizo.

—*Vale, cuídate. Si ocurre algo más dímelo. Por favor.*

—No te preocupes te lo diré. Cuídate tú también.

—*Besos.*

—Besos, nos vemos.

Después de la conversación me encuentro mejor de ánimo, aunque la cabeza no ha seguido ese camino y decido acostarme, con un poco de suerte, se me pasará, si no, me tomaré otra pastilla. Subo la escalera despacio y me detengo a contemplar los dibujos de Cam, recordándolo concentrado en *Neist Point*, perdido totalmente en su mundo de blancos y negros; me encantan; no es porque sean suyos, me impresionaron desde el primer momento.

Me acuesto con todo mi desasosiego, fobia a la luz, y un ritmo insistente que me golpetea, añadidos a una extraña sensación de vacío. Lo echo mucho de menos; me he acostumbrado a dormir con él y doy vueltas por toda la cama. Su lado sigue impregnado con un olor que aspiró profundamente, me pongo en él y dejo que poco a poco el sueño me vaya venciendo.

Ha llegado el jueves y Cam no va a volver. Me llamó para decirme que la reunión se había aplazado. Por su conversación, parece que el retraso les viene bien para revisar algunos datos.

En la oficina las cosas siguen por muy buen camino y el software está prácticamente listo, solo nos queda probarlo para darle los últimos retoques.

David ha depuesto las armas, su actitud se ha vuelto demasiado respetuosa y me molesta más que cuando era un capullo estirado, prefiero verlo venir, lo único que está consiguiendo cada hora que paso con él es aumentar mis sospechas. Y después del numerito del martes aún más. Cuando Peter le dijo que el software nos había dado los resultados del acoplador, se quedó fuera de lugar, no entendía por qué no sabía nada, solo hacía referencia a los resultados anteriores, como si no se pudieran cambiar.

Las últimas actualizaciones se las lleva Peter a diario a su casa. Quien sea, tiene el programa a medio acabar, o la capacidad suficiente para terminarlo.

Hoy soy la responsable de borrarlo todo, después de haber grabado los datos en un CD. Debo hacerlo desde el servidor para que nadie sospeche nada. Solo Cam, Peter y yo lo sabemos.

Al día siguiente, me despido de Syd y Joan en cuanto dan las tres. Solo tengo ganas de irme a casa. No aguanto más, he tenido que estar toda la

mañana entre la oficina y los diques lidiando con problemas de conexiones, estoy agotada. Necesito llegar, comer algo y acostarme un rato.

Cameron me llamó para decirme que volvían por la tarde. No ha estado muy locuaz, únicamente me ha contado por encima la reunión, sin profundizar en nada, y cuando le he preguntado si han salido, ha sido muy vago en su respuesta, supongo que algo habrán hecho, como mínimo ir a cenar. Conociendo a Matt, los habrá arrastrado hasta algún antro, se habrán puesto de cervezas y whisky hasta arriba y... Mejor será dejar este hilo, me estoy acelerando y prefiero descansar.

Cuando vuelva que me cuente lo que quiera, estaré en mi derecho de creerle o no. Pero vamos, tres hombres solos en Londres, guapos, divertidos, y con casa. No sé, tendré que agarrarme con uñas y dientes al beneficio de la duda.

Desde luego, si quiero corro. Llego en tan solo cinco minutos, me preparo una ensalada y me la como distraída en el sofá, viendo un programa de *Ingeniería Extrema* en el Discovery sobre la construcción de las *Torres Petronas*, me entretienen un montón. Al terminar, después de recoger pongo música de Enya, *Portrait*, y me echo una siesta, que llega inspirada por unas notas de piano veloces en desconectar mi cerebro.

—Ummmm...

Siento en mi cuello un cosquilleo...No me quiero despertar. Otra vez.

Ahora, suaves caricias en mis pezones...

—Ummmm...

Tengo un sueño tan agradable que me niego a volver, pero mi cuerpo sin querer va saliendo de su letargo. El cosquilleo en mi piel se está haciendo más insistente, hasta que empiezo a despabilarme...Cam. Por fin ha vuelto.

Lentamente abro los ojos para encontrarme una sonrisa perfecta, saludándome con el mismo placer por verme como el que siento al encontrármelo ensimismado observando mi piel. Se ha quitado la chaqueta oscura del traje y lleva remangada hasta los codos una camisa blanca.

—Hola, dormilona.

En cuclillas a mi lado, su voz es una caricia para mis oídos. Sus manos en descenso trazando pequeños círculos con un dedo sobre mi estómago.

—Hola. Me he quedado frita.

Se inclina y me besa con el ritmo suave que le gusta para empezar. Primero me pide permiso con besos lentos, después se apodera de mi boca entusiasmado.

Antes de separarse va dejando a su paso un húmedo reguero por mis mejillas y cuello. Con ternura acaricio su cara, sorprendiéndome al notar que —aunque para mí como hombre es perfecto— ya no veo su belleza, solo veo su alma, igual que él ve la mía; estamos en comunión y es una sensación maravillosa.

—¿Cómo te ha ido? ¿Has comido?

—Bien y sí.

Se sienta a mi lado, tira de mí y me coloca donde le gusta tenerme, en su regazo. Me acurruco mimosa, aspirando su aroma, dejando que inunde mis sentidos y los llene. Empiezo a darle besitos mientras desliza la mano por el bajo de mi camiseta, ese mínimo roce me produce un escalofrío que él percibe, y lentamente me toca los pechos; los amasa, los calibra, y los venera con sus acaricias.

—Te he echado de menos —ronroneo en su cuello.

—Yo más. Seguro.

—¿Por qué tú más?

—Porque ha sido una mierda de viaje —comenta cansado.

—¿Por qué?

—Nada más llegar nos aplazan la reunión, Peter ayer se pone con fiebre, el pesado de Matt no ha dejado de darme la paliza y, para colmo el miércoles nos encontramos a Harry y tuvimos que cenar con él.

En cuanto oigo los nombres de Harry y Matt en la misma frase, mi recelo se incrementa hasta activar todas mis neuronas, que empiezan a sondearlo con discreción.

—¿Solo habéis ido a la reunión Matt y tú? ¿Cómo está Peter?

Sueno despreocupada.

—Peter está peor. Tiene un resfriado gordo. Lo he dejado en su casa y Amy se va a pasar a echarle un vistazo. Y sí, solos Matt y yo en la reunión. Ha ido bastante bien, al menos ha merecido la pena esperar.

—¿Y Harry? ¿Cómo está?

Una sutil ironía, teniendo en cuenta lo que me importa.

—Como siempre, solo quiere fiesta y copas, otro plasta —asegura derrotado.

—Pues habrá hecho migas con Matt...

Empezando a destilar sarcasmo.

Cameron no quiere entrar en el juego, es muy listo cuando algo no le interesa; sin embargo, yo he empezado y ya no tengo manera de frenar; mi espía en jefe ha tomado el control de mi cerebro.

—Sí, más o menos. Cenamos con él y Lisa el miércoles —murmura rápido.

Sonrío lanzándome a tumba abierta en una misión: “Operación Tetas de Goma”.

—¿Cenó Lisa también con vosotros? —pregunto indiferente.

Cam ha captado adónde voy y empieza a poner barricadas. Despacio mete la mano bajo mi pantalón, rozando sinuoso mi sexo en un lento asedio que desestabiliza mi control de la conversación. Pero se está equivocando si piensa que sus tácticas de distracción van a evitar el colapso.

—Quédate quieto —ordeno firme.

—No puedo.

Bajo mis nalgas siento una vibración que o detengo ya, o no seré capaz de resistir después de tres noches sin él.

—Sí puedes. Estate quieto.

—No puedes detenerme. Por favor, cariño —suplica ronco—. Te necesito.

—¿Qué hacía Lisa con vosotros? —pregunto directa.

Abatido Cameron respira lentamente y retira su mano de mi entrepierna.

—No estaba con nosotros. Estaba con Harry. Nos encontramos el miércoles por casualidad, acabábamos de llegar y ellos salían de comer de “*The Ship*”. No hay más, Cate. Nos saludamos y quedamos para cenar.

—Qué casualidad —digo con sarcasmo—. El pub justo de abajo. ¿Qué pasó?

—¿Qué pasó con qué?

Su tono a la defensiva comienza y su buen humor se esfuma.

Enarco una ceja, muestro una sonrisa cínica, y niego con la cabeza. De todos los sitios para comer en Londres, me parece imposible que eligieran ese del *Soho* por su oferta gastronómica, casualmente a pocos metros del piso.

Por parte de Harry probablemente es un peón en el juego de su

hermana, porque estoy casi convencida de que ella si podía saber por David cuándo llegarían a Londres, y también debe saber que siempre se quedan en su piso. No creo que mi suposición sea tan descabellada, y menos teniendo en mi poder el anónimo que él aún desconoce.

Me roza la mejilla con un dedo moviéndolo hasta el perfil de mis labios.

—Cariño...No seas celosa —susurra, sonriendo.

—No soy celosa.

—Vamos, Cate, nos conocemos.

—¿Ah sí? Pues contesta y no le des más vueltas.

—No puedo. No pasó nada. Cenamos todos juntos. Terminamos, nos fuimos a tomar una copa, nos despedimos y, Peter, Matt y yo, volvimos al piso, fin.

Con esa información, desde luego, está consiguiendo tranquilizarme.

—¿Una copa?

—Joder, Cate. Sí, una puta copa. Una copa en un puto club. ¡Ya está!

Una copa con unos amigos —asegura indignado.

Se enfada y el dulce momento desaparece de un plumazo. Sin un gesto brusco, me aparta de su cuerpo y se levanta del sofá.

Me quedo mirándolo, no disimulo la tristeza al perder su calor y la incomprensión de su ceguera. No quiere enterarse de que esa mujer es una

bomba de relojería para nosotros; pienso en el odio de su última mirada y el pulso se me acelera.

—Voy a ducharme.

Me observa rabioso y abandona el salón acelerado por el malhumor.

Voy a la cocina, suponiendo que con un café podré pensar más rápido.

—Espero que cuando vuelva se te haya pasado el arrebató de celos.

Su voz me llega desde la escalera.

—¿El arrebató de celos? Eres... Eres un imbécil —digo alto y claro, destilando impotencia.

En cuanto termino de hablar, se vuelve con furia. Escucho sus pasos rápidos y ágiles llegar, hasta que planta su envergadura frente a mí, con un cabreo patente en todos sus músculos.

—¿Soy un imbécil? —pregunta lento, con una voz demasiado suave.

—Un poco.

—¿Soy un poco imbécil?

Su mirada retándome a seguir el descenso en barrena.

—¿Qué pensarías, si me fuera a cenar con un antiguo amante? ¿Y si ese amante tuviera una fijación conmigo? ¿Cómo te sentirías? ¿Eh?, contesta. Vamos, Cam, ¿cómo te sentirías?

—Mal, me sentiría mal.

Mi razonamiento lo hace recapacitar y depone su actitud belicosa. Nos

estudiamos unos segundos concentrados en fulminarnos, me vuelvo para empezar a prepararme el café, pero no escucho que se mueva, sigue detrás.

Recorre con las manos mis brazos y cierro los ojos dejando caer la cabeza en su pecho. Se inclina sobre mi cuello rozándolo con los labios.

—Cariño, por favor... *Gràdh*.

Con su ronco susurro vibrando en mi piel, ya no puedo hablarle, sentirlo es suficiente. Sus fuertes músculos envuelven mi cintura, pegando su excitación a mi espalda. Este hombre estupendo, no parece entender por qué las mujeres se fijan en él. No es capaz, o no quiere ver que la hermanita de Harry es una amenaza para él y quizás un peligro para mí.

—Tenemos que hablar —digo seria.

—¿Ahora? Ya hemos hablado.

—Es otra cosa.

Me gira para quedar de frente, intentando ver más allá de lo físico. Respiro hondo, cojo su mano y con decisión nos dirijo hacia el salón.

—Siéntate. Ahora vengo.

Me mira sin comprender, pero lo hace. Subo rápido al dormitorio, busco el sobre, lo cojo y bajo. En cuanto lo ve, frunce el ceño aun más desconcertado.

—¿Qué es?

—Lo recibí el martes. Cuando llegué a casa estaba en la entrada.

Ábrelo.

Se lo entrego esperando su reacción con los brazos cruzados.

Cuando ve el recorte con la palabra, abre los ojos sorprendido y tensa las mandíbulas sin apartar la vista de las dos sílabas. Su mente se pone a funcionar analizando la situación.

—Quien lo haya mandado lo va a pagar.

La furia contenida en su voz me pone la piel de gallina; habla en serio.

Se levanta del sofá y me estrecha entre sus brazos, protegiéndome con su cuerpo, meciéndome calmado después de la tormenta.

La claridad del día me hace abrir los ojos y girarme para pegarme a un elegante cuerpo varonil, dormido, absolutamente perdido en sus sueños. El suave movimiento de su espalda contrasta en mi cabeza con el incontrolado frustrado que machacó la puerta del velero, ahora parece un ángel sereno o un niño que no ha roto nunca un plato.

Me levanto intentando no hacer ruido y voy al baño para ducharme dentro de mi récord personal, menos de diez minutos.

Después de pasar una velada muy agradable cenando, el escocés durmiente no se molestó en decirme qué vamos a hacer hoy. Estaba creativo y preparó un asado de ternera, que acompañamos (como si de un acontecimiento se tratara) con un vino tinto español, excelente, un *Gran Reserva Valtravieso*,

cortesía de Duncan. Charlamos de todo, me contó que salieron a cenar, luego tomaron una copa en un club de Chelsea y regresaron al piso; no he observado ningún indicio de nada sospechoso, en ningún momento él y *globitos* estuvieron solos; de momento, aborto la operación.

En la cama tuvimos un merecido reencuentro, por los días que hemos estado sin vernos, pero nos dormimos pronto, estaba muy misterioso y, por supuesto, es *top secret*.

Sin manejar más información, me decido por un pantalón pirata rojo, un top blanco que incita siempre a Cam, unas sandalias beige con tacón, y una chaqueta de hilo del mismo color que los zapatos. La imagen de felicidad que reflejo me resulta un tanto contradictoria, teniendo en cuenta la incertidumbre que nos rodea, en cambio es como me siento cuando está conmigo.

Le echo otra mirada, pensando que debería establecerse una especie de delito, un impuesto especial o algo así, por acapararlo todo, pero que se pagará de verdad, no en plan cómico. No se ha tenido que molestar nunca por ciertas cosas, le venían dadas por naturaleza.

No me quejo de mi aspecto, aunque creo que todos cambiaríamos o mejoraríamos algo si pudiéramos. Por ejemplo, Cam no entiende por qué me llaman tanto la atención sus ojos, y un día hablando sobre los colores, comparó los míos con las espectaculares montañas Cuillin cuando el sol se ponía; en plan lírico después de un interludio movidito; supongo que le pasa lo

mismo, y es evidente, le atraen porque los suyos son claros, igual que a mí me gustaría ser más alta, a Amy morena, o a Joan tener más curvas; queremos y deseamos lo que vemos a diario; somos inconformistas por naturaleza.

Mis pensamientos matutinos me acompañan preparando el desayuno. Cuando estoy poniendo la mesa, lo escucho en la ducha. Intentaré tenerlo todo listo antes de que baje, a ver si tengo suerte y me cuenta qué me espera hoy. En un momento me pongo a batir unos huevos para hacerlos revueltos, con el café preparado y el pan en la tostadora.

Escucho al escocés enigmático bajar corriendo los escalones, vierto los huevos en una sartén y, cuando los estoy removiendo despacio, aparece con el pelo mojado, vestido con unos chinos beige y un polo azul marino.

—*Madainn mhath.*

Saluda inmóvil detrás de la barra, inclina la cabeza sonriendo y concentra su arsenal en los ojos, preparados para la lucha contra el blanco.

—Hola. ¿Cómo has dormido? —pregunto contenta.

Se mueve con sigilo tras mi espalda, me retira el pelo del cuello —ese leve contacto para mi piel es automático— lo besa suavemente rozando sus caderas a mis nalgas, disparándonos a los dos en un segundo.

—Vuélvete.

Lo hago muy despacio para encontrarme con un fuego cruzado fulminando turquesas sobre mis pechos. Al verlo tan concentrado, sonrío

esperando a que acabe su pequeña cruzada. Como el gran guerrero que es, gana en un momento la batalla, no tengo otra opción que la rendición a una mirada vanidosa observando con orgullo sus preciados trofeos, aunque haya merecido la pena que...

«Dios, qué olor». Los huevos... ¡Mierda!

—¿Contento? —pregunto irónica.

—Mucho. Los huevos se han quemado —asegura mirando por encima de mí.

«¡¿Los huevos?!». ¡Tendrá caradura!

Me observa retirando la sartén, disfrutando de su victoria con las manos afianzadas a mis caderas anulando cualquier posibilidad de escape.

—La próxima vez que te vayas a la guerra fíjate primero si hay algo en el fuego.

—¿Cuándo he ido a la guerra? —pregunta extrañado.

Lo observo alzando las cejas, le hago una mueca mirándome el top, y me regala una sonrisa que ilumina mis ojos.

Se sienta en una silla conmigo en sus piernas.

—Eso no es ir a la guerra, cariño. Es estar en el paraíso. Me pone el blanco.

Imanta su mirada en mis senos con sus manos recorriéndolos; si se pone juguetón no nos vamos, pero me da igual; debo recompensar al ganador y

nos besamos dejando que nuestras bocas se fundan hasta convertirse en lava. No necesitamos mucho más para posponer el desayuno y saciar el hambre con otro tipo de alimento más primitivo. Un rato después nos toca recoger el campo de batalla.

—¿Dónde vamos a ir? —pregunto, abrochando mi pantalón.

Sigo medio desnuda y él se ha vestido batiéndose a sí mismo.

—Sorpresa —responde risueño—. Aunque me lo preguntes cien veces no te lo voy a decir, así que para.

—Espero que me guste.

—Tengo el 99% de posibilidades a favor.

Su suficiencia aviva mi curiosidad.

—Estás muy orgulloso de ti mismo. ¿Verdad?

—No me quejo —dice mientras sirve el café—. Venga desayuna, si no, vamos a llegar muy tarde.

—¿Lo estás haciendo adrede? Dime, ¿dónde vamos?

Cam deja la taza en la mesa para emprender la huida.

—Te espero en el coche. Voy a recoger una cosa. No tardes.

Me tiene confundida, está tramando algo y no soy capaz de adivinar qué.

En cuanto termino el desayuno, recojo la cocina lo más rápido que puedo, pensando en alguna estrategia que me permita saciar la curiosidad con

más suerte. Unos minutos después, al sentarme en el todoterreno, me giro hacia él.

—¿Me lo vas a decir ahora? —pregunto abrochándome el cinturón.

—No. Cállate y disfruta del paisaje.

Cameron se agacha delante de mí y saca de la guantera un CD de U2 y en un momento la envolvente melodía de *Please*, con la espléndida guitarra de The Edge, suena en el interior del coche. El ritmo va subiendo hasta que te envuelve la voz de Bono suplicando por la unión de Irlanda. Me aísla con la música mirando unas nubes que empiezan a adueñarse de sus dominios.

Salimos de Portree a la carretera principal, solo hay una, y Cam gira hacia la izquierda en dirección a Edimburgo. Tras casi seis meses aquí, en los cambios de sentido o en los cruces no puedo controlar un punto de ansiedad inconsciente, que pasa pronto y me deja admirar el lago Portree rodeado por montañas verdes salpicadas por ríos de agua bajando salvajes y limpios; es un poco místico y tiene un encanto que aún no está explotado, y espero sinceramente que nunca lo pierda; Skye es una maravilla.

—Cariño, ¿falta mucho?

Hace varios minutos hemos pasado el puente que nos une con otra isla. Es un arco blanco de unos cien metros en un solo tramo apoyado sobre dos columnas en el lago; cruzarlo siempre significa saludar o despedirte.

Llevamos en el coche casi una hora, no me ha dicho absolutamente

nada. Sin hacerme ni caso, cambia la canción de U2 "*Who's Gonna Ride Your Wild Horses*" y pone otro CD.

Vuelvo a mi posición resignada contemplativa: otro lago precioso, más montañas, unas pocas curvas, y aparece ante mi vista el único sitio que me faltaba conocer. ¡Dios...Cam!

Empiezo a escuchar las primeras notas del piano de Axl Rose, me giro para mirarlo y su sonrisa arrogante me cuenta que hemos llegado a mi sorpresa. La música nos envuelve cuando siento su mano en la rodilla, me emociono y él es consciente de que su porcentaje ha ganado.

En estos meses he pasado por aquí varias veces, pero siempre por alguna razón no había podido apreciarlo como se merece. Cuando llegué en enero era de noche y solo lo vi iluminado por unos focos y ya la sensación fue impactante, casi mágica. Después, el fin de semana que alquilé el coche para ir a Edimburgo no estaba para fijarme en el paisaje, con la carretera tenía suficiente. Y la única vez podría haberlo visto, me di cuenta un poco tarde; ayudó la tendencia de Cam a sobrepasar los límites de velocidad.

Seguimos acercándonos al aparcamiento con los primeros golpes de batería de *November Rain*. Mi amor se ha acordado de la canción. No sabía que estuvo tan pendiente de aquella conversación que mantuvimos Peter y yo el día que nos conocimos. Desliza suavemente su mano en la mía y con una letra preciosa llegamos a Eilean Donan.

« I could rest my head. Just knowing that you were mine. All mine. So if you want to love me. Then darling don't refrain. Or I'll just end up walking, In the cold November rain.» « Podría relajarme sabiendo que fuiste mía. Solo mía. Así que si quieres amarme. Entonces, cariño, no te reprimas. O terminaré caminando solo, bajo la fría lluvia de noviembre.»

No puedo dejar de admirarlo. Cameron encuentra una plaza para aparcar y en un momento lo hace con eficiencia. Me lanzo a sus brazos, que me reciben llenos de una ternura que vuelve a emocionarme, y le acaricio la mejilla transmitiéndole cuanto aprecio este momento. Nuestros labios se unen y nos besamos como si lleváramos años separados y necesitáramos recordar a quien pertenecen nuestros corazones. En sus brazos el tiempo no pasa, pero termina la canción y vuelvo a la realidad; estamos aquí juntos.

—Gracias.

Cameron se lleva mi mano a los labios y me regala una reverencia antigua a las damas, muy apropiado. Coge su cámara de fotos, que había puesto en el asiento de atrás, y nos vamos hacia la entrada.

—Déjame la cámara —digo contenta.

—Toma. Espérame por aquí.

Se aleja decidido al edificio de recepción y aprovecho para prepararla ajustando los parámetros, con todo lo que abarcan mis ojos tengo suficiente para hacer fotos durante mucho, mucho tiempo.

El puente de piedra por el que se accede al castillo es sencillamente precioso, tiene un pasamanos de cantos redondos con una perspectiva insuperable y desata uno de mis hobbies favoritos.

Cameron regresa mostrándome divertido algo que lleva en la mano.

—¿Qué es?

—Una tontería que he visto y me ha hecho gracia.

Ha comprado cuatro vasitos de chupitos con los escudos del clan MacRae. Los miro y niego con la cabeza.

—No puedes ser más patriota McP, solo le das al whisky.

Se ríe encogiendo los hombros.

—Mírale el aspecto positivo. ¿A que nunca habías probado tantos?

—Jamás. Ni tanta cerveza tampoco. ¿No conocéis los Martini?

Bromeando con los brazos entrelazados nos vamos hacia el castillo, entramos con la bandera de Escocia ondeando al viento y aprieto cariñosa su mano, siempre se llena de orgullo al ver el símbolo de su amado país saludando. Me pongo de puntillas y lo beso en la cara, sonrío un poco avergonzado, pero le puede el tirón de su sangre.

—Fuimos los mejores guerreros.

—Por supuesto, cariño —afirmo, sonriendo—. Pero no hables en pasado, tú eres mi guerrero, el mejor.

Le guiño un ojo y eleva las cejas incrédulo.

—No sé qué manía tienes con mandarme a la guerra, déjame vivir en paz.

—Me gustan los cafres.

Cameron se inclina hacia abajo con una mirada que promete represalias.

—¿Ah sí?

—Mucho —afirmo suficiente, respirando su aliento.

—¿Quieres verlo por dentro?

Desvía rápido la vista al castillo, frunciendo los labios. Muevo la cabeza en un gesto afirmativo, dejándolo con la miel en la boca, nunca mejor dicho, y sigo andando, aunque recibo una palmada en el culo que me incita a acelerar el paso hasta el arco principal.

—Dame la cámara. —Cam extiende el brazo. Se la doy, y ordena—: Ponte debajo del escudo.

Miro hacia arriba para ubicarme con precisión milimétrica, al arquitecto le gusta la perfección absoluta. Mientras encuentro el sitio correcto, programa el disparador automático, vuelve y me da un tirón brusco que me coloca frente a él.

—Bésame.

Lo hago cuando empieza la cuenta atrás. Antes de empezar a saborearlo, la maldita cámara con eficiencia japonesa hace su trabajo; la

próxima intentaré que la compre en China.

Lo recoge todo y pasándome el brazo por el hombro, junto a un variopinto grupo muy internacional, vamos visitando el castillo. Entramos en casi todas las salas, todo muy bien cuidado. La guía nos cuenta que se asentó en él una expedición española que llegó para ayudar a los escoceses en alguna de sus incontables batallas contra los ingleses, pero tuvieron que rendirse y fueron apresados. También, que realmente no es un castillo sino una fortaleza, y ha estado destruida hasta que hace poco más de 80 años se restauró. Sigue con algo sobre una mujer, la que inició todo el proceso. Luego, vemos unos planos originales junto a los reformados, que Cameron analiza concentrado, por deformación profesional.

Atendemos muy interesados las explicaciones de la guía, una pelirroja regordeta simpática, aunque nos está bombardeando con tanta información que prefiero disfrutar de las vistas. Por cierto, tiene el acento escocés más cerrado que he oído nunca.

Toco el brazo de Cam para que me preste atención.

—¿La entiendes? —susurro, acercando mi cara a su cuello—. ¿Qué ha dicho?

—Eres una exagerada.

Sonríe negando con la cabeza.

—Por favor... Mira que ya os entiendo, bueno... menos a los CCP y a

Matt, con ellos tengo que concentrarme un montón.

—No te enteras cuando no te interesa —refuta mis palabras subiendo un poco el tono—. No digas tonterías.

—¿Ah, sí...?. ¿Y cuándo pasa eso? ¿Por ejemplo?

Está despertando mi curiosidad.

—Pues... por ejemplo, cuando en el pub eres la única que nunca va a la barra a pedir, te haces la loca poniendo cara de póquer.

—Qué gracioso.

—¿No te has planteado que a lo mejor el problema lo tienes tú?

—¿Cómo dices?

—Pues que a veces tu pronunciación es horrible, por no decir cuando llamas “borrador” a los condones.

—¿Perdona? ¿Me lo dices porque tú llamas “bragas” a los pantalones?

Ignoro a varias parejas compañeras de visita que nos observan. Creo que están un poco hartos, llevamos un rato a lo nuestro y los susurros ya no lo son tanto. Me pongo de puntillas casi rozando su cara y entorno los ojos con talante amenazador.

—¿Tienes quejas McPheal?

—Por ahora no.

Con una sonrisa me besa rápido los labios y hacemos las paces a la misma velocidad que algunos ojos curiosos se apartan de nosotros alucinados.

Seguimos hasta concluir, aunque podemos quedarnos en los jardines.

El tiempo no está siendo muy considerado y amenaza una lluvia inevitable, que afortunadamente aún se lo está pensando. Le hago varias fotos a Cam, después un turista nórdico nos hace dos sentados en el muro del puente. Los dos sonrientes mientras apoyo la cabeza en su hombro; espero que haya enfocado bien; será un recuerdo imborrable de un día muy especial para mí. Cuando deseas hacer algo y lo consigues es maravilloso, e indefinible si además te acompaña la persona que amas.

Veo a Cam buscando algo en uno de los bolsillos del pantalón, al momento, saca una pequeña cajita de color plateado.

—Te he comprado algo —dice al dárme la con una sonrisa tímida—. Hice el diseño y lo encargué en Edimburgo.

La abro y soy incapaz de cerrar la boca ante lo que admiro: unos espectaculares pendientes de oro blanco, con pequeñas piedras preciosas.

—Cam... ¿Cómo?

Esbozo una sonrisa y rodeo su cuello con los brazos.

—¿Te gustan? —pregunta, mirándome fijamente.

—Me encantan, gracias.

Son dos letras “ce” exactamente iguales formando un velero; una hace de casco colocada en horizontal, lleva cuatro brillantes y dos ámbar; la otra, en vertical, es la vela, con dos diamantes, dos turquesas, y dos esmeraldas

intercaladas; una barra fina de oro las une como un mástil.

Cameron acaricia mis mejillas y me besa discreto en la frente.

—Te quiero —susurro, mis ojos no pueden contener alguna lágrima solitaria.

—Yo también.

Con la infinita ternura que siempre me demuestra cuando estamos solos, desliza el pulgar llevándosela con él.

—¿Cuándo lo has hecho?

—Los encargué antes de la fiesta.

—Si fue en abril ¿Estas eran tus gestiones? —pregunto atando cabos.

—No hacen encargos de un día para otro.

—Supongo que no se lo has puesto fácil al joyero.

Despreocupado encoge los hombros.

Las amenazantes nubes empiezan a descargar con furia tras varios días sin reivindicar dónde estamos. Guardo los pendientes tan rápido como puedo sin que se caigan, Cam agarra mi mano y echamos a correr hasta que localizamos una puerta abierta en el patio. Descendemos por una escalera exterior y llegamos a un pasadizo sin salida, bastante oscuro al fondo, con un mirador precioso al lago *Duich*.

Al ver el aspecto de nuestra ropa, nos reímos descontrolados, me quito la rebeca y la reacción de Cam a mi camiseta transparente es automática, ni

siquiera le ha hecho falta disparar sus ráfagas, tiene la batalla ganada con las pupilas absolutamente dilatadas mientras sonrío anticipando el festín que se augura; me asustan sus ojos, se está dejando arrastrar por su instinto y sé que no tengo escapatoria; mi tigre hambriento me ha atrapado y ve en la oscuridad.

—Te estás lanzando —murmuro, respirando nerviosa—. Puede venir alguien.

Está concentrado en mis pezones y me temo que va a obviar mi inquietud.

—Lo dudo.

Me lleva de la mano hacia las sombras y me apoya la espalda en un muro muy frío. Luego, frota sus caderas con las mías, me levanta los brazos por encima de la cabeza y recorre con una mano uno de mis pechos, provocándome con su dura erección palpitando en mi vientre y su lengua, que abandona mi boca para lamer un pezón sólido como el hielo que él se encarga de fundir.

Nos entregamos al placer camuflando gemidos con ávidos besos, ayudados por una tormenta con potentes descargas, inferiores a la energía arrolladora que necesitamos aliviar de manera precipitada.

—Disculpen —carraspea una voz conocida.

En nuestro paraíso tórrido, no hemos escuchado a la incomprensible guía bajar las escaleras. Solo puedo cerrar los ojos y desaparecer; no soporto

la luz de una linterna entrometida. Tengo la camiseta en el cuello, las tetas al aire, una mano de Cam controlándome una pierna que rodea su cadera y la otra mis brazos sobre la pared. ¡Dios!. ¡Lo mato!

Cameron deja mi pezón y despacio va soltando las presas de sus brazos, su cuerpo me hace invisible a la mujer, a pesar de que sabe quiénes somos. Intenta relajarse, pero su respiración es como si hubiese venido de Portree corriendo, mantiene los labios cerrados conteniendo una risa absurda a la que no encuentro la gracia.

Hoy estamos siendo sus clientes estrella, le fastidiamos la explicación y ahora nos encuentra de esta manera tan apropiada.

«¿Dónde está mi guerrero escocés?»

—Señor, tienen que abandonar el castillo.

Con la frente apoyada en la mía, noto la expulsión forzada del aire de sus pulmones. Su pantalón veraniego no oculta una tienda de campaña incorporada en la bragueta, aunque se vuelve intentando protegerme de una inquisitiva mirada nada piadosa.

—¿Nos da un minuto? —pregunta serio—. Por favor.

—Un minuto.

Lo siguiente que oigo son unos pasos alejarse, suben la escalera y se disipan.

Me arreglo la ropa y salimos intentando pasar desapercibidos. La

mirada de arriba abajo que nos dedica la guía, esperando impaciente que su pesadilla de hoy termine, no la olvidaré nunca.

Aguanto la sonrisa al ver las prisas de Cameron que, con un repentino interés, cruza el puente tirando de mi mano con el cuerpo en tensión, concentrado en el lago, repasando en voz baja jugadas repetitivas de un partido de fútbol.

Entramos en el coche, donde por fin podemos reír incontrolables sin cortarnos, y volvemos a Portree ante la inseguridad que nos ofrece el aparcamiento de repetir nuestro fallido sexo casual; mi cordura no daría para soportar otro bochorno parecido.

Capítulo 8

Edimburgo, Escocia

Sábado 1/7/2000

Anoche llegamos a Edimburgo donde habíamos quedado con Anna y Julian. Nos vamos a quedar juntos en casa de Cam. Después de mi conversación con Anna sobre el anónimo, teníamos pendiente vernos pronto, cuando lo hablé con él, este es el único fin de semana que podemos compartir los cuatro.

Me ha alegrado mucho que al fin estén juntos.

Después de una semana muy intensa, necesitamos estar al menos dos días con ellos. Empezaron a probar los barcos y tuvieron que posponerlo ya que algunos sistemas no estaban dando los resultados esperados, en cuanto los ajustaron pudieron iniciar las salidas con el equipo que llegó de Nueva Zelanda el lunes; son más de diez personas por barco y dos de los patrones que los gobernarán en competición. Todavía no he tenido el privilegio de conocerlos, no formo parte del equipo de abordo, me tengo que quedar en la oficina recibiendo los datos que van transmitiendo para analizarlos, pero mantengo la esperanza porque estarán por lo menos hasta el quince de julio.

Después de la maravillosa sorpresa de *Eilean Donan*, Cam fue a la comisaría para llevarles el anónimo, según me contó, le dijeron que quizás

habían sido unos niños o unos bromistas; me parece que aún le están resonando los tímpanos al policía que lo atendió.

También hace unos días, Harry Collum me llamó pidiéndome que nos reunamos en su despacho. Me contó que le ha llegado una información que necesita contrastar conmigo. Me sorprende, sobre todo, porque ha sido muy insistente en que debía ser yo, y tras nuestro incómodo encuentro en la fiesta, no quiero dar pie a ninguna situación confusa para él. Me dio la impresión que estaba un poco molesto con Cam. Aún así he aceptado y tenemos una cita dentro de once días, por lo que me ha contado es referente al software y eso hace que mi interés sea bastante grande.

Me ha dicho que a él le parece mejor que por ahora Cam y Peter no lo sepan. No quiere molestarles en caso de que los datos que él tiene no sean correctos. Realmente no sé qué encontraré, pero quiero ir a comprobarlo y en función de lo que me cuente Harry, se lo contaré a Cam o no. No quiero tampoco que ande persiguiendo fantasmas donde no los hay, y si es algo interesante, claramente lo hablaré con él.

Quien esté detrás del virus sigue en estado de espera ya que no han vuelto a notar ningún signo de intrusión en mi equipo, incrementando mis ganas de saber qué es lo que está pasando.

De vez en cuando voy dejándole caer que Anna y yo queremos pasar un par de días en Londres para ir de compras. Lo he hablado con ella y está de

acuerdo, también viniendo conmigo se asegura que no ando sola metiéndome en problemas.

Esta noche hemos decidido ir al cine y después cenar en algún restaurante.

Cam se está encargando de la reserva y con lo exquisito que se vuelve cuando salimos a comer fuera, me imagino que el sitio que ha elegido estará bien.

Por mayoría la película elegida es la nueva de George Clooney, *La Tormenta Perfecta*. Tiene pinta de coñazo, así que como sea un rollo me van a oír un ratito. Estábamos entre esa y *Gladiator*, al final ha ganado la naturaleza contra el cuerpazo de Crowe, ya que mi amiga se ha dejado arrastrar por Julian y Cam, si no veríamos a toda la legión romana.

Un poco antes de salir estoy abrochándome el vestido cuando se abre la puerta del baño, Cam desnudo sale sin ningún tipo de pudor, diría que le gusta que le mire el culo. La sonrisa ladeada con el cepillo de dientes en la boca y la mirada burlona me dan para pensar que tiene un punto exhibicionista que no solo no parece molestarle sino que incluso disfruta.

—¿No te vistes? —pregunto mientras vuelve al baño.

Sigo ante el espejo mirándome de perfil, cuando reaparece con un pantalón gris oscuro, sorprendida abro más los ojos sin creerme lo que veo.

—¿Vas a ponerte un traje?

—Cariño tengo que ir a tu lado, estás muy elegante.

Con paso lento se acerca por detrás y suavemente retira el pelo de mi hombro facilitando el asedio de sus labios.

—Estate quieto. Anna y Julian nos esperan.

Creo que no está muy atento a lo que le digo. Sus manos están recorriendo sobre la tela mis costillas hasta mis pechos con sus caderas pegadas a mis nalgas. Escucho como gruñe amasándolos, con sus pulgares me acaricia los pezones endurecidos desde que lo sentí detrás.

—No puedo resistir no tocarte.

—Cariño —susurro y también le inclino más el cuello—. Nos están esperando. Anda sé bueno.

Se aparta ligeramente sin atreverse a cortar todos sus lazos, el movimiento de sus manos se hace más lento hasta que las va deslizando siguiendo el corte entallado de mi vestido hasta las rodillas, resoplando agitado con su cabeza inclinada sobre la mía hasta que hace un esfuerzo para separarse.

—Estás preciosa el negro te sienta de maravilla. Siempre lo estas, aunque con esto...

Cam deja la frase sin terminar pasando las manos por mis hombros y por mi escote, tirando de las solapas hasta atrapar los pequeños botones cerca

del pecho, los contempla hasta que me gira entre sus brazos risueño, dándome un beso en la cabeza, antes de regresar al baño.

Unos minutos después cuando veo al hombre que aparece, la sonrisa de mi cara se ensancha para recibir al señor McPheal en todo su esplendor. Con un guiño me dedica las ráfagas turquesas más devastadoras. El traje que ha elegido solo hace resaltar su magnetismo, el oscuro de la tela destaca sus ojos como faros en la niebla. Por descontado, la chaqueta con su corte italiano preferido, un poco ceñida marcándole el torso, sin aberturas. Una camisa de pequeños cuadritos y unos zapatos Oxford, en cuero marrón con pequeñas perforaciones en la punta y en las alas, le dan el toque elegante que siempre tiene cuando dedica un poco de tiempo a su imagen.

—Estás muy guapo.

Se acerca con su esbelto cuerpo sonriendo ante mi atenta mirada.

—La corbata es para ti —afirma con sus labios sobre mi mejilla.

Bajo su pose tranquila paso el dedo por la suave tela de seda, con todos los tonos pardos de la tierra mezclados con pequeños hilos brillantes dorados, hasta que al llegar al nudo me atrapan sus ojos con promesas de placer. Le doy un beso en el cuello mientras oímos a Julian y Anna hablando en el salón. Nos apresuramos hacia la puerta, pero conforme la abre antes que inicie el paso coge mi mano y se detiene delante.

—Te vas a librar porque nos están esperando. —Inclina su cabeza

mirando mis orejas y añade susurrando—. ¿Los pendientes? ... Creo que me vas a deber uno.

Sigue su recorrido visual hacia mi pecho donde se detiene, sobre el negro no le funcionan las ráfagas. No se da por vencido y sigue la inspección hasta mis sandalias, cuando las ve bien, levanta la mirada y poco a poco la sonrisa le inunda de esperanza la cara.

—¿Zapatos de tacón de aguja? Me debes dos, por lo menos.

Cam no lo sabe y aunque él diga que le pongo yo, creo que la sorpresa que se va a llevar esta noche, va a poner a prueba sus instintos. Lo miro tragando despacio y asiento con los ojos abiertos, ahora soy yo la que no puede ocultar la ansiedad ante el festín que me voy a dar.

Al entrar en el salón están charlando esperándonos, Anna se ha hecho un moño dejando algunos mechones rubios sueltos y se ha puesto unos piratas rojos que alargan aún más sus delgadas piernas, con un top de lentejuelas plateadas y unas sandalias a juego de tacón alto. Julian a su lado relajado le coge la mano dándole un beso en el dorso. Parece que a mi amigo el traje negro que lleva no solo lo hace parecer elegante sino también lo ha transformado en un verdadero caballero. Además, sobre la camisa celeste se ha puesto una corbata del mismo color que los pantalones de Anna, yendo ambos perfectamente conjuntados.

—Ya era hora. Cam ¿No empieza a las seis? —pregunta impaciente

Anna.

—Llegamos bien. Está aquí al lado.

Nos vamos andando hacia *Andrew Street* donde se encuentran las salas de cine, nosotras vamos delante de ellos, que van hablando sobre política. Julian al haber nacido en Estados Unidos no entiende muy bien los problemas que tiene Escocia para conseguir la independencia total de Gran Bretaña. Él lo divide todo rápido en porciones y se queda tan ancho. No sé si Cam le está aclarando algo o si él entiende todo lo que le dice, ya que aunque él y Peter son los que menos problemas me han dado con el acento, supongo por haber estado muchos años estudiando fuera, todos los demás, sobre todo, en el pub cuando han bebido un poco o se aceleran, son una pesadilla con algunas palabras.

Parece que están consiguiendo una charla bastante animada y me hace muy feliz que hayan conectado tan bien, para mí es un placer verlos juntos y que se vayan conociendo.

Esta noche realmente voy a disfrutar de los ocupantes de mi pequeño mundo y me gustaría si todos seguimos aquí, aunque sea de vez en cuando, quedar con ellos, saber cómo les va y si lo puedo hacer con Cam, mejor.

Por desgracia, desde Skye hasta Edimburgo tardamos siempre casi cinco horas, teniendo en cuenta que conduce él, es de récord. Ahora en verano

es peor, hay mucha gente de fuera. Las carreteras se llenan de turistas que no saben a dónde van, para desesperación de quienes si lo saben.

El cine al que llegamos es un antiguo teatro con varias columnas enmarcadas en una puerta de madera enorme, en los laterales vemos el cartel de nuestra película. Cam y Julian sacan las entradas. Miro a Anna negando con la cabeza ante la quimérica imagen del pesquero escalando el tsunami publicitando la película que vamos a ver.

Casi dos horas después cogemos un taxi para ir al restaurante donde tenemos la reserva, en un trayecto corto de apenas diez minutos. La dirección que Cameron le ha dado al conductor es 32, *Trinity Crescent*.

Cuando llegamos nos encontramos en un paseo junto al puerto, la noche es estupenda y eso hace que el ambiente en la calle sea ruidoso entre coches y personas. Es un edificio blanco con tejado rojo, de una sola planta junto al mar, tiene unos ventanales con palillera blanca dándole un aire familiar y acogedor. Sobre la puerta de entrada, en madera oscura, hay unas ventanas con unos tejadillos hechos sobre unas escuadras negras que lo hacen pintoresco.

Entramos al restaurante elegido por el señor escocés alto y elegante que nos abre la puerta a Anna y a mí. Al pasar por su lado me regala su sonrisa endiablada, acompañada por un seductor guiño de ojo, está de muy buen humor.

Se acerca a indicar la reserva y en un minuto nos sientan en el mirador.

Está lleno de clientes, hay unos veinte reservados, con mesas circulares. Pasando observo que el interior es muy antiguo, con muros de piedra mezclados con vigas de madera negra y una iluminación sobre las paredes que apenas difumina rayos naranjas y dorados.

Nuestra mesa está junto a la ventana decorada con dos velitas encendidas que la hacen muy íntima, solo se escucha el leve murmullo de la gente y tiene unas vistas preciosas de la costa salpicada de islotes.

Se acerca enseguida un camarero a atendernos, aunque hoy el sibarita ocasional escocés nos lo ha puesto todo más fácil. Solo hay un menú de marisco y pescado.

Por supuesto, se hace cargo del vino. Esta vez también él lo tiene muy sencillo, escoge el que le ofrecen y tiene el descaro de una vez lo ha pedido inclinarse sobre mi oído.

—¿Hoy no hay risitas?

—Me estoy reservando.

Creo que el guiño que acabo de hacer lo ha dejado un poco perdido, me voy a reír muy a gusto dentro de un rato.

—Cate. ¿Entonces vamos a Londres o no? —pregunta Anna de modo casual.

—Sí claro, nos vemos allí el once.

—Vale. ¿Nos quedamos en el *Red G*, o vamos al *Saint Paul*?

—Me da igual, el que prefieras.

El camarero llega con nuestro vino y nos lo sirve de manera muy eficiente. Con un gesto se retira y seguimos con nuestra pequeña farsa.

—¿Cuándo os vais? —pregunta Cam—. No tenéis que ir a un hotel.

Cate. ¿De verdad estás buscando hotel?

Me encojo de hombros con cara de que la conversación no va conmigo.

—El martes once. ¿Te apuntas? —pregunta Anna

Mi mirada asesina no le hace efecto y me guiña el ojo tan tranquila.

—No creo que pueda. Estamos con las pruebas de los barcos. Han venido los del equipo de regata a probarlos.

—Vaya que pena —comenta asintiendo afectada.

—Pero si me lo organizo, quizás el miércoles sí que pueda reunirme con vosotras. ¿Tú vas? —pregunta Cam dirigiéndose a mi amigo.

Julian lo mira espantado sin comprender como él siquiera se lo plantea.

—Lo siento tío, *Portobello* y yo no somos compatibles, y si lo unes a tu novia y la mía. Ni de coña.

Miro a Julian con atención. Es la primera persona que nos reconoce a Cam y a mí como novios. En Portree dan por hecho que somos pareja, pero nunca se han referido a nosotros como novios, al menos delante de mí. Creo

que ni yo misma lo llamo nunca mi novio ante nadie. No sé, la verdad, quizás porque decir novios es decir futuro.

La cena que nos sirven es un despliegue de todo molusco y crustáceos, en una exageración de demasiadas cosas. Empezamos probándolo todo charlando entretenidos, conforme avanzamos miro a Cam que come gambas con Julian como si el mañana no existiera, a la vez que Anna y yo atacamos las almejas y unas vieiras deliciosas.

Hablamos de la película que hemos visto, intentando concretar en qué punto se tendría que haber hundido el barco.

—Te digo que a los diez minutos de esa tormenta estás muerto y sin barco —afirma Julian dirigiéndose a Cam.

—¿Diez minutos? —La voz incrédula de Cam—. Pues entérate quien lo ha fabricado porque lo necesitamos.

—¿Cinco? —Aventura Anna dubitativa.

—No os enteráis de nada. Si matan a Clooney y le hunden el barco a los cinco minutos. ¿A quién ponen en la tormenta? ¿A Bruce Willis?—pregunto con sarcasmo.

—No a *007* en *La Tormenta no es suficiente* —añade Anna.

Nos miramos riendo por nuestra broma particular. Cam y Julian comparten unas sonrisas circunstanciales y gestos de desdén ante la pulla sobre el género cinematográfico favorito de ambos.

Pasamos una cena estupenda, amenizada por anécdotas de todas las clases hasta que decidimos volver a casa y disfrutar de la promesa que nos ha hecho Cam de un estupendo whisky.

Nos levantamos y vamos saliendo. El caballero escocés se ocupa de la cuenta. Julian y Anna nos querían invitar en agradecimiento por quedarse en su casa, pero estando en modo señor no ha querido escuchar nada y nos ha invitado a cenar con mucho gusto.

Una vez que llegamos, como lo prometido es deuda, nos sirve un *Lagavulin* de 21 años que a él le gusta beber.

Se sientan cada uno en un sofá, con nosotras a sus lados, Cam al momento me sube las piernas a su regazo y las empieza a acariciar perezoso. Habla con Julian sin cesar el movimiento cadente de su mano, con la otra va bebiendo tranquilo.

Los cuatro charlamos con la misma complicidad que hemos tenido durante toda la noche.

—¿Cómo se va a llamar el barco? —pregunta Anna en el regazo de Julian.

—Aún no está claro. Yo quiero un nombre y Peter otro.

—Alucina. Cam “*Alioth*” y Peter “*Nirvana*”.

Mi voz alegre.

—*Alioth*. ¿Significa algo? —pregunta intrigada Anna.

—Es la estrella de la Osa Mayor.

—¿Qué?—preguntamos las dos.

—Está muy bien compañero. Bien pensado —afirma Julian, bebiendo satisfecho.

La verdad es que el nombre le pega y lo ha cavilado bastante, aunque sigue sin convencerme.

—Tengo tu solución —añado emocionada.

Me mira enarcando una ceja, sonriendo escéptico.

—*PeCan* Jugando con las letras de vuestros nombres. Le quedaría bien con el color de la tarima.

—Me gusta —afirma Anna.

—No sé, ya veremos —comenta Cam vacilante.

Como siempre la conversación va fluyendo y vamos saltando de tema según se nos va ocurriendo.

—¿Pensáis quedaros en Glasgow? —pregunta Cam.

Anna y Julian intercambian una mirada muy significativa.

—Solo hasta septiembre —responde Julian sonriendo a Anna.

—¿Cómo que solo hasta septiembre? —pregunto sorprendida.

—Queremos volver a Estados Unidos, Cate —responde Anna.

—¿Por qué? —exclamo un poco más chillona de lo normal.

—Porque tenemos la oportunidad de montar algo nuestro. En Nueva York. Al menos intentarlo —responde Julian.

—Me alegro por vosotros —anima Cam.

También me alegro por ellos, pero ha sido una noticia tan repentina que no la he asimilado aún. Creía que íbamos a disfrutar de ellos de vez en cuando, así, se nos complica otra vez poder vernos.

—Yo también me alegro por vosotros, de verdad. Solo me han sorprendido vuestros planes —digo con una sonrisa triste.

—Y tú. ¿Después del verano seguirás en Skye? —pregunta Anna.

—No lo sé —contesto en voz baja

—¿No lo sabes? —pregunta Cam con sorprendida ironía—. ¿Cómo que no lo sabes?

—Si no tengo trabajo. No me puedo quedar.

—¿Por qué no vas a tener trabajo? —pregunta Julian.

Cameron me está fulminando. Apura su vaso de whisky.

—Vamos a dejarlo, por favor. ¿Nos vamos a la cama? —pregunta ordenando molesto.

Sabiendo que voy a tener que hablar con él, nos despedimos de mis amigos, que nos miran incómodos por la tensión que hay entre ambos.

Al cerrar tras de sí la puerta del dormitorio, tengo claro que todo el

buen humor que ha tenido se le ha esfumado. Observo como con brusquedad intenta quitarse la corbata y me acerco con cautela para ayudarlo, sus ojos no se apartan de mis movimientos cuando me sitúo enfrente suyo, sin embargo, en cuanto empiezo a deshacerle el nudo detiene mis manos a la vez que su mirada escupe furiosos rayos azules.

—¿Por qué no sabes si vas tener trabajo?—pregunta enfadado—. ¿Quieres irte? ¿Crees que te voy a despedir?

—Mi contrato es de seis meses. ¿Recuerdas? Finaliza el veinte de julio.

—Pensé que sabias que te quería aquí. Conmigo.

—Solo me iré si me pides que me vaya.

Suaviza la presión de su mano y desesperado me besa con toda la intensidad que suele utilizar en sus besos incendiarios a la vez que subo mis brazos rodeando su cuello, contemplando sus ojos aliviados, acariciando despacio su nuca sintiendo mis suaves pechos aplastados contra sus firmes músculos.

—Nunca te lo pediré. Trabajaremos juntos siempre —afirma con voz grave.

Va relajándose y con delicadeza sus manos descienden por mis pechos hasta mi cintura con su cuerpo arrimado al mío voy sintiendo como su palpitante erección late rítmicamente.

Me separo de él para llevarlo de la mano a la cama.

—Siéntate y quítate los zapatos.

Delante suya y sabiendo que está muy excitado, empiezo lentamente a quitarme el vestido, botón a botón. Él insinuando una sonrisa se pasa la lengua por los labios y se toca despacio, con los ojos brillando de deseo. Niego en silencio echándole una mirada de advertencia a la mano que se ha llevado a la entrepierna y continuo despacio deshaciéndome del resto de tela, hasta quedarme delante suya solo con las sandalias y el conjunto de lencería negro que me compré para él; un sujetador con un encaje que deja mis pechos envueltos en un sugerente misterio junto con unas braguitas con unos lazos en la parte delantera que solo invitan a rasgarlos.

Cam en trance irracional sube los brazos y se agarra a mis caderas enterrando la cabeza entre ellas, su respiración es forzada antes de mirarme sonriendo triunfante. Su mano roza la tela de su delicado regalo.

—Me muero por romperlas. ¿Puedo? —suplica su voz ronca.

—Son tuyas.

Sin más permiso, que saber que es de su posesión, las toma entre sus manos y de un tirón rápido y firme las destroza.

El hambre de su mirada y su entrepierna reclaman mi atención.

—¿Te pongo así un poco más?

—Eres perfecta.

Intenta levantarse al verme quitarme el sujetador. Le toco el hombro negando, ordenándole que no se mueva. Me sitúo ante él solo gloriosamente vestida con las sandalias negras antes de arrodillarme entre sus piernas para lentamente ir desabrochándole el cinturón.

—Cariño. Por favor.

—Shhhh. No te muevas.

Me inclino un poco sobre él para quitarle la corbata, exponiendo mis pechos al ansiado contacto de sus labios. Con su vista fija en mis pezones en cuanto los tiene a tiro se lanza a por ellos sin piedad.

Cuando considero que ha podido saborearlos bien, me separo de él.

—¿Quieres más? —susurro en su oído.

Le retiro suavemente las manos que tiene colocadas en mis caderas y se las coloco en la cama, junto a su cuerpo.

—Contrólate y quédate quietecito.

—*Gràdh*, por favor... —ruega ronco, en un lamento de deseo.

Lo miro anticipando el resultado de su placer y voy deshaciendo botón a botón su camisa, por cada uno, una mirada. Mis pechos entran en contacto con su torso cuando me inclino entre sus hombros para quitársela. Su estremecimiento me inflama y acerco mi boca a la suya ofreciéndosela como adelanto. Mi náufrago necesita beber sacando la lengua y solo cuando se está saciando le retiro el agua.

—Cate... —suplica lastimero

—Aún no.

Arrodillada entre sus piernas me lamo los labios, observando concentrada la reacción bajo su pantalón cuando lentamente lo acaricio. El bote de Cam, hace que levante la mirada hacia sus ojos que descubro ha cerrado. Creo que su mente prefiere no ver lo que tiene delante para no ser responsable de su creciente ataque.

Le bajo la cremallera y se la acaricio otra vez. Gime y se relame sin atreverse a obsequiarme con sus tempestades, ocultas bajo sus párpados.

—Levántate un poco.

Como un niño bueno, con una artillería más pesada, dócilmente levanta las nalgas y deja que le deslice la ropa por las piernas.

Acaricio su pene endurecido, que, en cuanto nota mis labios cerca, me busca lloroso y erguido. En mi boca lo saboreo mimoso, lleva mucho rato acatando un castigo. El movimiento ansioso de sus caderas por estar más profundo y sus manos en mi cabeza, nos van guiando hasta marcar el ritmo que nos gusta. Sus gemidos y gruñidos de placer inundan la oscuridad de la habitación, solo rota por la leve claridad de la luna que se filtra por las ventanas.

—Me estas matando. No puedo más.

Lo dejo sin mi boca, como castigo por no ser capaz de aguantar los

envites de mi lengua.

—Cállate quejica.

—¿Quejica?

Ha acabado mi incursión, Cam comienza su verdadera batalla, con facilidad me coge por la cintura y me sienta sobre él. Duro, poderoso, potente. Ahora se han acabado las sutilezas y el señor convertido en guerrero vuelve a coger el mando.

En cuanto nuestros desnudos se tocan cierro los ojos y dejo que me gane sin importarme, su placer es el mío. Nos arrastra una tormenta violenta de gemidos y gruñidos meciéndonos en bravas olas, bajando y subiendo sin conocer aún la profundidad de nuestro deseo, llevándonos muy lejos, hasta que nuestros gritos son incontenibles sintiendo la felicidad de llegar siempre juntos a un éxtasis perfecto.

Una semana después de nuestra vuelta de un maravilloso fin de semana, estoy esperándolo en el aparcamiento, normalmente vacío, pero gracias a los neozelandeses está lleno de todo tipo de coches de alta gama alquilados por algunos de ellos.

Hoy les han aprobado los proyectos nuevos que presentaron en Londres a principios de junio y entre los visitantes y el intenso movimiento en uno de los diques, están montando las estructuras para un nuevo velero de

doble casco, hemos tenido el día bastante alborotado. Están aún probando los barcos y como los resultados están siendo óptimos dentro de exactamente una semana se los llevarán a la bahía de Auckland, con lo que todo el papeleo también se está preparando y aunque siempre lo tenemos bastante organizado, el trasiego de personal subiendo y bajando, pidiendo datos técnicos para completar los formularios ha sido un poco estresante. Por otro lado, mi trabajo en cuanto las pruebas terminen y se los lleven estará acabado.

Aparte, en la nave se construirán otros cuatro con quilla desmontable, lo que supone para *McPheal Marine Ltd.*, un empuje económico muy considerable y también ha aumentado el trabajo de los operarios que se afanan por terminar los que tienen pendientes.

Al final mañana me voy con Anna a Londres, nos quedaremos en el piso del *Soho* y el miércoles me reuniré con Harry en su oficina. Hemos quedado para salir a comer. Me tiene un poco preocupada porque Cam no sabe nada, espero que las noticias que traiga sean buenas.

Observo un Mercedes descapotable, muy bonito, y me acerco a echar un vistazo. Es muy aerodinámico, me encantan los deportivos, estoy tan ensimismada pasando un dedo por el lateral de la puerta que solo oigo el murmullo de las voces alrededor.

—¿Te gusta?

Una voz profunda desconocida me asusta y de repente retiro la mano del coche, como si quemara. Al alzar la vista me encuentro con un tipo bastante alto, fuerte y con una cara muy atractiva, morena por el sol. No es guapo a rabiar, aunque estoy segura que tampoco tiene muchos problemas con el sexo femenino, las canas salpicadas en las sienes y unos ojos oscuros muy risueños me hacen casi confirmarlo. Debe rondar los cuarenta y tiene la imagen mediterránea de ser un conquistador nato.

—Es precioso —respondo con una tímida sonrisa.

—¿Trabajas aquí?

—Sí, he participado en el proyecto de los veleros. ¿Y tú?

Me mira sorprendido andando hacia mí para aproximarse a abrir el coche.

—John Fillshem. Encantado —saluda su voz amable tendiéndome la mano.

—Catherine Shaw. ¿Tú eres Fillshem? —pregunto impresionada.

—¿Decepcionada?

Con su porte tranquilo esboza una sonrisa seductora inclinando levemente la cabeza.

—No. No. Qué va.

Las fotos que había de él no le hacían justicia. Se acerca invadiendo mi espacio y me da una palmadita compasiva en el brazo.

—¿Qué haces exactamente?

—Las telecomunicaciones de los barcos.

—¿Has hecho tú las de los nuestros? —Hace una pausa—. ¿Así que tú eres la C.S. que aparece en algunos de nuestros registros?

—Sí. ¿Qué te parecen? ¿Habéis notado el cambio?

—¿Qué me parece lo mejor que he visto nunca? —Su voz ha bajado un poco.

Empieza a subirse al coche y al agacharse se inclina junto a mi oído.

—Has hecho un trabajo extraordinario. Gracias.

Me parece que al señor Fillshem le gusta el riesgo al gobernar barcos y también jugar. Tras sentarse, baja la ventanilla apoyando los codos en ella para sacar la cabeza dedicándome un guiño simpático.

—Nos vemos C.S.

—Sí nos vemos. Hasta Luego.

En un momento lo veo alejarse del aparcamiento, con suavidad, y sonriendo doy la vuelta dirigiéndome hacia el coche de Cameron. Está esperando apoyado en él con los brazos y piernas cruzados, mirándome muy serio.

—¿Nos vemos C.S.? ¿C.S.? —pregunta su voz más sarcástica.

—Hola. ¿Qué tal tu día? ¿Todo bien? —saludo ignorando su tono.

Hago ademán de darle un beso e inesperadamente echa la cabeza hacia

atrás.

—Como quieras —comento indiferente y doy la vuelta entrando en el coche.

Creo que Cameron está asimilando que camino escoger, cómo él dice, siempre hay opciones. A ver con cuál me sorprende ahora, se está tomando su tiempo para entrar.

Cuando termino de colocarme el cinturón abre la puerta y se sienta, poniendo a continuación el coche en marcha, en silencio, sin música. En un momento salimos del astillero, sin hacer ningún comentario, poniendo rumbo a mi casa.

—¿Cómo te ha ido el día? —pregunta controlándose, sin mirarme antes de llegar al hotel.

—Bien, un poco complicado por adelantarlo todo hasta el jueves —contesto en un tono normal.

—¿Por qué?

Su voz sorprendida casi llegando a mi casa.

—Por Londres. ¿Por qué va a ser?

Vuelve desconcertado la cabeza para mirarme hasta que su mente recuerda mi pequeña escapada con Anna.

—Joder. Lo había olvidado. ¿Hasta cuándo?

—El jueves, te lo acabo de decir —responde mi voz contrariada

entrecerrando los ojos.

—¿Qué planes tenéis?

Empieza a maniobrar para aparcar rápidamente en la puerta.

—Pues no tenemos nada planeado solo compras —cuento sin darle importancia.

No me gusta mentir, pero a estas alturas tengo que seguir, tampoco, siempre le puedo decir que a Harry lo vimos de manera casual.

Entramos en casa dirigiéndonos a la cocina donde se sienta cansado en un taburete.

—Si puedo me escapo el miércoles. Te lo prometo —afirma condescendiente.

Tengo que empezar una pequeña disuasión, por lo que me encamino al frigorífico de donde saco dos botellines de cerveza. Le ofrezco uno, sentándome a su lado.

—Creo que Anna quería pasar por *Oxford Street*. —Siguiendo despreocupada. Añado—. Me ha dicho que hay varias tiendas con unos precios de escándalo. No sé, quizás nos pasemos. No lo tenemos claro. Ya veremos.

—Bueno no te prometo nada. Si puedo voy y si no, no.

—Haz lo que puedas. No te preocupes, si no puedes venir. No pasa nada —afirmo bebiendo relajada.

Me siento fatal, entiendo que se enfade si se entera, supongo que a mí me pasaría igual, pero ahora no es el momento de contarle la verdad. Intentaré decírselo en cuanto vuelva con la información que pueda traer.

Ayer Anna y yo llegamos a Londres con quince minutos de diferencia, desde el aeropuerto nos vinimos directas a la casa del *Soho*, entre una cosa y otra llegamos casi a las siete de la tarde, estábamos cansadas así que nos cambiamos según nuestro criterio de comodidad, vaqueros, y bajamos a cenar a “*The Ship*”. El menú no estuvo muy mal del todo, aunque era mejorable. Por lo que pude confirmar que cuando Cam y los chicos se encontraron a los Collum, no había sido casualidad, dudo mucho que vinieran a probar la comida del sitio.

Después dicen que los americanos no sabemos comer, sin embargo estos ingleses no se complican mucho tampoco, todo es muy repetitivo, al menos en Portree, comemos un pescado de lujo en una cocina muy sencilla y mucho mejor que esta. Si Cam hubiese cenado con nosotras..., bueno, quizás él ni siquiera habría pedido.

He quedado con Harry en su despacho dentro de media hora y después de la reunión vamos a ir a un japonés, algo que realmente si echo mucho de menos.

—¿Cuál? —pregunto a Anna en el dormitorio.

Le muestro dos vestidos, uno con el cuerpo sin mangas color marfil con una falda negra por las rodillas y otro de mangas cortas rojo con un cinturón metálico, también corto.

—El claro. ¿No? Si dices que es un poco pulpo el rojo es demasiado.

—Sí. Un poco. ¿Recuerdas lo que te conté de la fiesta?

—Qué coñazo de tío —comenta con cara de repelús.

Empiezo a vestirme y Anna se sienta en la cama observando mis movimientos.

—Las bailarinas negras, ¿no?

—Sí. Sin tacones no le des pie a nada.

—¿Estás loca o qué? Lo que me faltaba. Bastante tengo con saber que voy a comer con él sin que Cam lo sepa.

—Es que eres tonta. Se lo tenías que haber dicho —afirma muy segura.

—Gracias por el apoyo —comento con una mueca de disgusto.

—Joder, Cate. El tío es un pesado, te cita a solas y te pide que no se lo digas a Cam. ¿Y si es una maniobra para algo más?

—Joder, Anna, relájate. No me pongas más nerviosa.

Me dirijo con prisas al baño para maquillarme un poco a la vez que me coloco los zapatos.

—Por cierto, ¿vamos después a *Candem*? —pregunta con voz muy alta.

—No sé a qué hora terminaré. Te llamo luego.

Unos minutos después, me acerca el bolso de piel negro a la vez que me da un beso muy cariñoso en la mejilla.

—Ándate con ojo —comenta preocupada.

—¿Vas a estar aquí?

—Seguramente, llámame y concretamos la hora.

—Vale. Date una vuelta por las tiendas tenemos que comprar algo.

—Anda. Vete ya.

—Ciao. Hasta luego.

Cuando llego al despacho de Harry, el ambiente está bastante tranquilo. Solo me encuentro con unas pocas personas antes de llamar a su puerta e inmediatamente, escucho su voz invitándome a entrar.

—Hola. Cate. Cuánto tiempo sin vernos.

Se acerca tendiéndome la mano, vestido con un impecable traje de corte británico y haciendo gala de su estrafalario gusto lo ha combinado con una corbata horrible de colores chillones, y junto a la camisa rosa, con cuello blanco hace que casi me muerda los labios ocultando una sonrisa.

Sin disimular me da un repaso visual afirmando levemente con aprobación.

—Hola ¿Cómo estás?

Saludo evitando ser demasiado cordial.

—Bien. Siéntate. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

Me dirijo a un sofá en un rincón del despacho, junto a una mesa de acero baja en el centro. En cuanto me siento, él hace lo mismo en uno de los dos sillones situados enfrente, dirigiéndome una mirada suspicaz que me está poniendo un poco nerviosa.

—Tengo a alguien que está vendiendo algo que quizás te interesa saber antes de que lo sepa McPheal.

—¿Algo? ¿Qué es algo? Déjate de rodeos —ordeno con voz firme y serena.

—El software. Las noticias son que tú estás también metida —anuncia con expresión inquisitiva, clavando sus ojos en los míos.

Estoy asimilando lo que me está diciendo. ¿Alguien está vendiendo el software? Los únicos que tenemos acceso a él desde hace semanas somos Peter y yo. Y yo tengo claro que no tengo nada que ver. ¿Peter? Creo que me estoy mareando un poco.

—Harry. ¿Me disculpas un momento, por favor? —pregunto con voz muy baja.

—Por supuesto.

Salgo como puedo del despacho y casi temblando desde el pasillo marco el número de Anna.

—Anna. Algo no va bien.

Mi voz casi un susurro lamento.

—*¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¡Cate!. ¡¿Qué coño pasa?!
¡Mierda! ¡Cate!*

Con voz cada vez más desesperada.

No puedo hablar, estoy en shock.

—*Cate, por favor. ¿Qué pasa?*

—Después de comer me voy directamente a casa de Cam. Nos vemos allí.

—*Vale. Te espero.*

Antes de entrar respiro hondo varias veces intentando serenarme. Cuando vuelvo tomo asiento en el mismo sitio e inicio, con un poco de control, otra vez nuestra conversación.

—¿Estás bien? —pregunta un poco incómodo.

Asiento levemente adoptando la posición más sosegada que me permite mi hiperactivo cerebro.

—Cuéntame lo que sepas por favor —pido en voz baja, sin evitar la ansiedad.

—Hace meses que varias compañías, sobre todo extranjeras, están intentando hacerse con un producto como el vuestro. Estas empresas no harían como Cameron, usarlo para dotar al barco para que forme todo un solo

elemento. A estas eso no les importa, solo el beneficio del negocio. Si lo sacan como servicio de packs actualizables, se podría adquirir completo o por módulos, todos personalizables o solo los que se adapten mejor a sus necesidades. Han hecho encuestas y tienen resultados. Toda la náutica está interesada. Y por módulos la comercialización es más asequible. El más solicitado por los buques comerciales, es el pack de conexiones sat./IILD25. Por los pesqueros el módulo de derivas, por la náutica deportiva el de seguridad y corrección de rumbo. Lo tienen todo calculado. Los beneficios son de muchos millones de libras. Quien ha estado robando el software de *Marine McPheal Ltd.*, sabe lo que se hace.

—¿Van a despedazar el programa? ¿Por qué? ¿Para qué? Ya hay en el mercado programas con todas esas funciones. No tiene sentido. ¿Crees que estoy metida en esto? Es una locura.

—Yo no creo nada Cate. Aún no está en circulación. Por lo que sé, está habiendo retrasos y es cierto que hay en el mercado algunos que tienen funciones parecidas, pero ninguno actúa con la eficacia de vuestros parámetros, no tienen los coeficientes variables de análisis para ir cambiando los rangos, eso hace que todos lo quieran.

—¿No será falso? ¿Me parece muy raro? ¿Sabes desde cuándo se está retrasando?

—Mayo. Se suponía que en mayo tenía que estar listo. ¿Por qué? —

pregunta con curiosidad.

—Porque aparte de Peter, solo yo tengo acceso a esas actualizaciones. Tú los conoces igual que yo. ¿Peter traicionando a Cam? Me niego a creerlo, tiene que ser otra cosa —explico aturdida.

—Los conozco a los dos desde que fuimos a la Universidad, me decepcionaría enormemente, pero por otro lado la avaricia hace a las personas cambiar —razona con una sonrisa cínica.

—Por eso mismo, ¿avaricia? Peter no es un avaro, es una de las personas más generosas que conozco. No me lo trago Harry, disculpa. No me lo trago —aseguro vehemente.

—No sé qué decirte. Creo que todos tenemos un precio. ¿Por qué no? Lleva durante años a la sombra de Cam. Se conocen muy bien, quizás sea envidia. Vamos, no te preocupes. Yo solo quería hablarlo contigo antes de hacerlo con McPheal. Si hay cualquier novedad te lo diré.

—De acuerdo, no le he dicho nada sobre esta reunión. Cuando vuelva se lo contaré, aunque creo que le voy a partir el corazón. Él adora a Peter.

Con mis palabras no puedo reprimir las lágrimas.

—Anda ánimo, he reservado en *Nobu*.

—Gracias. Eres un encanto.

—Venga no te preocupes y por ahora creo que es mejor, hasta que no tenga más noticias que no hables con Cam. En cuanto sepa algo, de verdad,

seré el primero en decíroslo.

Unas horas después, me encuentro a Anna esperándome con una copa de vino en el sofá. Me examina de arriba abajo con preocupación, no sé qué esperaba encontrar.

—Hola. ¿Has comprado algo? —saludo triste.

Me sirvo una copa de vino y me siento con ella. Me mira enarcando una ceja y ladea un poco la cabeza.

—¿Qué? Deja que me tome el vino. Por favor —pido antes de beber cerrando los ojos cansada.

—Vale. ¿Qué tal se come en *Nobu*? —pregunta intentando parecer relajada.

—De muerte. El mejor sashimi y huevas de salmón, *Abalone Tempura Donburi*...

Mi voz indiferente enumerando los platos unida a mi expresión abatida hace que mi amiga esboce una sonrisa bastante cínica.

—Que bien suena... La próxima vez voy contigo. ¿Qué ha pasado Cate?

—Ufffff. Es algo difícil de explicar, pero para abreviar te diré que alguien está tratando de vender el software, entero o por partes, sin embargo, aún no está en circulación porque han tenido retrasos en la entrega. Dejó de estar al alcance de todos en marzo, cuando los de IT ya estaban detrás de mi

ordenador, a partir de ahí, a quien sea, se le complicó el asunto, pero aún se lo podría haber llevado del servidor, pero a partir de mayo, Peter decidió llevárselo a su casa. Y excepto los tres días que estuvo en Londres que me lo llevé yo, el resto siempre se lo llevaba él. Me cuesta creer que esté implicado, creo que hay algo que Harry no me ha dicho, porque no entiendo lo de los retrasos a partir de mayo, si fuera Peter no tendría problemas de tiempo. Desde su casa lo podría haber hecho. Los retrasos según Harry son desde que lo quitamos del servidor. Tiene que ser alguien de la oficina, y dudo mucho que sea Peter. También dice que el dinero cambia a la gente. ¿Tú crees?

—¿Peter? ¿No es el mejor amigo de Cam?

—Sí. Su mejor amigo. Según Harry puede ser también envidia.

—No sé Cate, cuando estuvimos en enero en Edimburgo, él y yo nos fuimos de copas. Ya te conté lo que pasó y me dio la impresión de que era un tío muy majo, no sé, pasamos una noche muy divertida. Nos reímos, bebimos, bailamos, hablamos y cuando lo hacía sobre Cam, lo hacía con orgullo, con cariño. Me dijo que son como hermanos que fueron juntos a la Universidad y que compartieron piso. Me contó un montón de cosas. Y no había rastro de envidia en él.

—Anna. Conozco a Peter. Él no es. Cuando llegue a Portree hablaré con él —aseguro con voz firme.

—No sé Cate. Creo que es mejor que no le digas nada. ¿En qué habéis

quedado Harry y tú?

—¿Por qué? Tiene que saberlo. Me ha dicho que cuando sepa algo más nos lo dirá.

—Espera a que los barcos se entreguen, no le amargues el momento a Cam.

—Quizás tengas razón. Son solo cinco días, pero se me van a hacer eternos —asumo resoplando agotada.

—Cuándo te mandaron el anónimo ¿Dónde estaba Peter?

—En Londres. Anna no es Peter.

Mi voz apática firme, negando tristemente con la cabeza.

—Ya. Sí yo también lo creo —añade con una sonrisa que me llega al corazón.

—Dios. Qué pesadilla. No dejo de darle vueltas —declaro con voz impotente

—Venga ámate. Vamos a relajarnos.

La miro sin poder fingir una sonrisa al coger sus manos entre las mías con gesto comprensivo.

—Nos olvidamos un rato. Unos vinitos y el regalito que me ha traído Tom de Glanstonbury.

—¿Un regalito? —pregunto extrañada.

—Sip. Tú, yo, vinito y regalito de Tom.

Se levanta y va al despacho de Cam. Aprovecho y cojo la botella que le hemos cogido prestada, por cierto, tengo que felicitar a Duncan por su excelente elección de vinos; este es *Marqués de Riscal Gran Reserva del 96*.

Nos lleno las copas antes que Anna aparezca con cara de diabla, un librito de rizzla, un paquete de tabaco y un mechero.

—Eres mala —afirmo empezando a esbozar la primera sonrisa sincera del día.

—¿A qué sí? —responde con un guiño regresando a mi lado.

En unos minutos, la niebla llena el salón del no fumador escocés, en memoria de nuestras tardes en casa de Tom, charlando sobre tonterías, fraguando nuestra amistad donde jugábamos a los dardos y fumábamos la hierba que íbamos comprando a unos compañeros suyos de pasillo.

Nos hicimos muy amigos de ellos, eran dos californianos estafalarios, muy divertidos, siempre estaban de muy buen humor. La verdad es que nos hacían las tardes solitarias de Baltimore más llevaderas.

Supongo que mis amigos han conocido en Glasgow a otros dos californianos divertidos.

Mañana vamos a ir a comprar un vestido para mí, necesito algo elegante para la recepción de la entrega de los barcos. Anna conoce una tienda en *Bond Street*, no está lejos de *Oxford Street* que es nuestra primera opción. Así que si no encuentro algo, iremos a ver si tenemos suerte allí.

No nos podemos entretener mucho, el avión sale a la una y media. No sé si seremos capaces en dos horas de encontrar algo.

Ayer jueves volví de Londres sobre las cinco y no tengo muchas ganas de ir al pub, sinceramente, no estoy de humor para estar hablando. Ya me cuesta mirar a Cam y a Peter, como para tener que estar cuatro horas bebiendo con todos.

Aún no le he dicho nada, intentando que haya normalidad.

Me preguntó cómo lo habíamos pasado. Me puse en plan vago y no le di mucha opción cuando empecé con el recorrido de tiendas que habíamos hecho, afortunadamente, al final, encontré en la tienda de *Bond Street*, “*St. Claire 42*”, un vestido precioso, largo rojo oscuro.

—¡Cate! Te espero en el pub.

Me llega la voz de Cam desde el salón.

—¡Voy en diez minutos!

Me estoy poniendo un vestido blanco veraniego con unas sandalias marrones de tacón alto, atadas con cintas en las pantorrillas. Cojo unos aros plateados grandes para las orejas y el pelo suelto.

Cuando me voy aproximando oigo música en vivo y observo mucha gente en la calle charlando con sus cervezas. Desde luego es el centro social de Portree.

Entro con el local más lleno de lo habitual. Hay un grupo de música irlandesa que suena muy bien, uno de los músicos que toca, tiene una especie de “guitarrita” pequeña.

Les tengo que decir que me expliquen que es, aunque tendré que ser hábil, si no entablamos una discusión sobre acentos e ignorancia y son todos en contra mía, quizás sea mejor buscarlo por Internet.

Veo en la barra a los CCP, pidiendo pintas, sus terceras por lo menos. El ritmo que suelen llevar es un poco rápido para mí, mientras me tomo una, ellos tres.

Dios, está también toda la tripulación kiwi de los barcos. Están todos.

Si Cam espera que vaya a pedir, voy a estar toda la noche haciéndome la sueca.

Nuestros equipos están un poco mermados porque faltan algunos “C” y Peter, que debe andar ayudando a Amy ante la avalancha de público. Syd y Joan están junto a Matt bastante concentrados en el juego.

—Hey. ¿Cómo vais? —pregunto cuando llego a nuestra zona.

—Ganando. ¡Dios!. Cate estas para morderte —exclama Matt haciendo un mohín con los labios.

El piropo no hace mucha gracia a Cam, que está de espaldas preparado para lanzar. Baja lentamente el brazo con el que apuntaba, y gira la cabeza

para asesinarlo con la mirada antes de reparar en mi vestido.

El aludido no se da por enterado y continúa con sus conversaciones intrascendentes, con mis compañeras, mirando alrededor al acecho. Para su desgracia, la población masculina es abrumadoramente mayoritaria. Puedo contar aproximadamente un veinte por ciento de mujeres contra el resto de hombre.

Definitivamente hoy no voy a la barra.

Cam ha perdido la concentración, ya que el tiro que le quedaba, no le ha dado más que catorce puntos.

Se aproxima a mí con una sonrisa perversa y me da un beso en los labios, un poco más largo de lo normal, teniendo en cuenta que nos hemos visto hace un momento, aparte del recibimiento que me dio anoche que estuvo a la altura del guerrero más resistente.

—Estás preciosa —susurra en mi oído.

Se separa un poco disparando ráfagas de advertencia.

—Hoy no juego —informa mi voz mirando la máquina de dardos.

—¿Por qué? Vamos ganando. Hasta Peter está escaqueado.

—Por eso. Hoy no me necesitáis —digo encogiendo los hombros.

—¿Qué vas beber?

—Lo mismo que tú —afirmo mirando su jarra de cerveza vacía.

Baja la mirada y cuando la ve me sonrío ladeando la cabeza.

—Hoy te toca a ti —dice con un guiño.

—Cariño. Yo no voy. Está llena...Eres más alto, a mi no me van a ver hasta dentro de media hora —hablo con voz lastimera.

—Siempre hay algo y nunca vas —confirma asumiendo que le toca a él otra vez.

Me acerco a su pecho sonriendo para sentir el roce de nuestras caderas y le acaricio la cara antes de darle un beso en los labios, con rapidez recibo mi saludo correspondiente de su entrepierna. Cam empieza a frotarse seductor mecándonos al ritmo de la música celta que es muy melodiosa y alegre con el sonido de la gaita, una guitarra acústica, un violín y la “guitarrita” indefinida.

—Ummmm. Cariño me pones... Voy...ahora vengo.

Habla en mi oído.

Desaparece entre los kiwis y creo que va a tardar un rato porque entre saludos y conversaciones no va a llegar a la barra. Ante la espera que me queda decido ver cómo se las apaña Matt para empatar. A los CCP, no les hace mucha gracia haber perdido la supremacía, ahora la cosa está más equilibrada.

—¿C.S.?

Me giro al escuchar la voz de John Fillshem, a quien noto admirado de verme, con un polo blanco que resalta más su bronceado y sus canas.

—Hola, John. ¿Qué tal?

Saludo con una sonrisa cordial.

—Estás guapísima Catherine

Sonríe mostrándome sus dientes blancos y perfectos.

—Gracias.

—¿Americana?

Asiento en un orgulloso gesto sonriente.

—¿Hace mucho que vives aquí?

Con curiosidad, frente a mí.

—No. Llegué en enero. Unos seis meses.

—Habéis hecho un trabajo espectacular. Están al milímetro.

—Gracias. Me alegro que os gusten. Los hemos hecho con mucho cariño —apunto feliz.

—No te veo nunca en los barcos. ¿Por qué? —pregunta acercándose un poco más.

—Nunca. De hecho no he subido más que un par de veces. Me suelo quedar con los equipos de recepción —comento, echando el cuerpo un poco hacia atrás.

—¿No te gustaría verlos?

Esbozando una sonrisa.

—Me encantaría, pero no sé si podré

Manteniendo la distancia.

—Inténtalo. Merece la pena.

Se acerca a mi oído.

—Lo intentaré —contesto seria.

Al momento siento la mano fuerte y grande de Cam en mi cadera.

—¿Qué vas a intentar? —pregunta cerca de mi mejilla.

Se estira dejando en la mesa una de las dos jarras que trae en una mano.

—La acabo de invitar a una visita guiada por mi barco —contesta exagerando John, con una sonrisa dirigida a mí.

—¿Una visita guiada?

La voz irónica de Cam enarcando una ceja.

De repente me encuentro entre dos hombres extraordinarios, el mayor que sabe que no hay nada, pero se siente bien al saberse aún rival. Y el más joven que aún no controla con suficiencia su instinto territorial.

—No sé si iré —digo intentando ser correcta.

—Ya —afirma Cam muy serio.

El escocés celoso con monosílabos no es buena señal, en un momento suelta la mano de mi cadera y se separa para dar un trago largo a su cerveza antes de haciéndose el despistado empezar a buscar a alguien con quien escabullirse. En cuanto localiza su objetivo, se va distanciando de la mesa donde estamos de pie rodeados de bastantes personas.

—Voy a ver a los “C”.

Lo veo alejarse entremezclándose con la gente hasta llegar a sus amigos, que lo reciben con sonrisas junto palmadas socarronas en el hombro y en un momento se integra en sus tonterías que al menos le harán pasar un rato agradable.

A mí me ha dejado tirada con este seductor maduro que no me interesa, pero con quien no quiero tener mala relación.

Saco mi vena diplomática encantadora y paso a mantener una conversación formal, amigable y cordial, con un tipo que en cuanto se quita la máscara está resultando muy interesante.

Es un aventurero nato. Me está contando unas historias increíbles de verdaderas tormentas, de olas reales y de vientos que no me atrevería a soñar en un barco.

Estoy pasando un rato muy agradable a pesar de los disparos que cierto escocés hace a discreción.

A lo largo de la velada se han ido acercando unas chicas al grupito de Cam, son muy monas. Clientas del pub a las que mi llegada las ha privado de intentar durante meses, acercarse a los chicos.

Para su desgracia o la mía, mi reacción es despedirme de John e irme a casa, con la de cosas que tengo en la cabeza no quiero escenas.

Miro hacia donde están, comprobando que ahora van por rondas de

chupitos. Cruzo una mirada con Peter, hace un rato se ha unido a ellos, y aprovecha para hacerme una señal secreta dirigiéndola a su amigo, ante la que me encojo de hombros con una expresión de indiferencia.

Salgo del pub y emprendo el camino de regreso, al momento cuando llego, me voy directa a la cama e intento olvidar la reacción de Cam.

No me gusta practicar juegos absurdos infantiles, si cree que con la actitud que está demostrando va a ponerme celosa, se está equivocando. No son celos, es irritación. Sé que lo está haciendo a consecuencia de mi charla con John y desde mi punto de vista, no es lo mismo.

Nos hemos encontrado de manera casual y él ha venido a saludarme. Es también el responsable de analizar los ajustes en los barcos, por lo cual, tenemos que mantener una relación laboral. Y lo último y para mí, más importante, es que no tengo ningún interés en él.

Es cierto que es muy atractivo, pero en cuanto he superado esa primera etapa, he charlado con un hombre. Solo eso, un hombre, con sus luces y sombras, una persona más que he podido conocer. Nada más, así que creo, no es comparable a aceptar la compañía de unas conocidas del pueblo, además, una de ellas ha tenido algún tipo de relación casual con Jim O'Brian y parece que pretende hacerla más constante. Cosa que él rechaza, menos hoy, casualmente la noche que Cam ha decidido pasar de mí.

—¡Cate!

—Ummmmm

Oigo la voz de Peter en la planta baja. Miro el despertador y compruebo que no llevo ni dos horas acostada. ¿Qué pasa?

Me levanto medio dormida y bajo con un pijama negro, descalza, encontrando a Peter sentando a su amigo en el sofá. Lo lleva cogido con un brazo por la cintura y el otro sobre el antebrazo de Cam que está detrás de su cuello.

Vaya... Hoy descubro al escocés muy borracho.

—El señor no ha controlado mucho. Era una esponja —dice Peter entre la resignación y la comprensión de la situación.

—Ya veo.

El niño bueno está con la cabeza echada sobre el asiento del sofá, sin fuerzas para demostrarnos su variedad de miradas, dormido profundamente.

—Déjalo ahí. Que lo sufra mañana —sentencia la voz de Peter dando su veredicto.

—Gracias, Pet.

—*Beannachd leat*

—Hasta luego.

En cuanto Peter sale por la puerta, lo descalzo para dejarlo durmiendo tranquilo.

Al rato, saber que él está abajo no me ayuda a conciliar el sueño.

Miro tumbada sobre mi espalda el techo en las penumbras de la habitación, solo entran algunos retazos de luz que hacen que me entretenga imaginando formas, hasta que por fin me atrapa la oscuridad.

Por la mañana uno de sus brazos dormidos está encima de mi estómago, con una mano muy cerca de su objetivo preferido. Está boca arriba, con la cabeza inclinada en la almohada, gloriosamente desnudo. Me giro sobre su lado y consigo atrapar su mano entre mis piernas. Paseo un dedo sinuoso por su cadera, concentrada en él.

Es hasta un poco gracioso ver como al ir acercándome a su pene dormido, voy apreciando todas sus reacciones y en cuanto rozo el vello que lo rodea, se yergue orgulloso saludando a la mañana.

Se lo acaricio despacio hasta que va abriendo los ojos que me saludan cansados y un poco angustiados.

—Hola —saluda con voz ronca.

—Hola ¿Cómo estás? —pregunto tocando su mejilla.

—Hecho polvo. Me duele la cabeza.

—Si no fueras tan...

Dejo la frase sin terminar, parada sonriendo, admirando mi obra

—No hables y sigue.

—¿Quieres que siga? ¿Qué me vas a dar a cambio? —pregunto en un ronroneo seductor.

Me atrapa con sus piernas en un giro posesivo, dejando caer todo su peso encima de mí, a la vez que sonriendo con ganas de continuar, me mira a los ojos para besarme con la lentitud que a él le gusta empezar.

—Te quiero. No lo dudes nunca. Tú eres todo —hablo casi en sus labios.

Mis ojos a punto de llorar le hacen tragar rápidamente, sus mandíbulas siguen rígidas.

—Lo siento. Cuando te vi con John me puse histérico, intenté controlarme por ser quién es, por eso me fui.

—Lo sé. Te vi toda la maniobra y te agradezco que te controlaras, pero no te vuelvas más a poner “histérico” por ese tipo de cosas —Hago una pausa. Añado—. Por ese tipo de cosas no, porque tú eres para mí único.

—Te quiero —afirma, con voz grave regalándome un esbozo de sonrisa.

Nuestros labios se unen y empiezan a moverse en un lento baile sensual, dos cuerpos que se mezclan, robustas y firmes piernas atrapando las mías más suaves, su torso perfecto rozando mis senos, el contacto de su piel en la mía, es adictivo, su olor y sus gemidos solo acompañando los míos. Me encanta estar en sus brazos, sentirlo temblar, suplicar, ronronear y amarme.

Empezamos el sábadó con nuestros cuerpos unidos, conectados. Juntos.

Capítulo 9

Portree, Escocia

Domingo 16/7/2000

Ayer pasamos un sábado tranquilo en mi casa con explicaciones por parte de ambos. Me ha contado que se fue para no seguir con el ataque de celos que le estaba dando. Se les unieron las amigas y la ex del CCP, entre los chupitos y las cervezas fue perdiendo la noción, hasta que Peter intervino y se lo llevó.

Por mi parte no le he dado muchos detalles de Londres, unas explicaciones breves de recorridos comerciales hasta que ha dejado de preguntar, por ahora cree que solo he estado con Anna.

Cuando se entreguen los barcos hablaré con Peter, no me siento capaz de acusarlo ante él sin tenerlo absolutamente claro.

Hemos llegado al puerto para embarcar junto a él y Amy en su nuevo velero. Los dos están bastante excitados por lo que nos están contagiando a nosotras su emoción. El plan es llegar hasta Staffin Island, al noroeste de Portree. Si nos da tiempo quizás Uig, pero depende de cómo esté el mar decidiremos si llegamos o no. Traemos algo para comer, vino, champán y Amy el postre, dice que es una sorpresa.

Hace menos de una semana que Coldplay ha sacado *Parachutes* y estar saliendo de la Bahía escuchando por primera vez *Yellow*, que suena en la emisora que Peter acaba de sintonizar, es un momento muy especial en el “Black One”. Así lo han llamado, es al consenso al que han llegado. Cam renegaba de llamarlo *Nirvana* y a Peter le pasaba lo mismo con *Alioth*. No sé cómo han dado con el nombre que han elegido, pero es perfecto para él. Es apropiado, le queda muy bien, es su “único”. Las letras se las han pintado en color plateado y contrasta muchísimo con el negro metálico brillante del casco.

Por ahora el día ha amanecido soleado y las previsiones que tenemos son excelentes, aunque en el mar nos puede cambiar sin aviso en un segundo, pero al menos, hace un día de julio veraniego.

Los dos marineros se entregan totalmente a izar la mayor en su palo, y en unos minutos se extiende la gran tela gris plata con un pequeño velero verde cerca del mástil de bandera.

Pasamos entre la costa y Sound of Raasay, nosotras sentadas en popa disfrutando de los dos amigos, saliendo de la bahía, rodeados de montañas, y viendo como el mar empieza a reclamar su territorio.

Han hecho un trabajo brutal entre ellos, se aprecia el detalle y el mimo que le han dedicado, por supuesto Cam hace unos días arregló la puerta y está todo impecable por dentro.

El barco navega rápido y seguro, entre ellos se apañan muy bien, han virado un poco al oeste y solo les hemos tenido que ayudar cazando algunos cabos. Hacemos lo que nos dicen y no parece muy complicado.

Cuando está todo bajo control, Cam pone el automático y se sientan a nuestros lados disfrutando de unos paisajes que casi nunca tengo posibilidad de ver desde este punto de vista.

La costa es agreste, tiene cambios violentos y pequeñas calas inaccesibles si no llegas por mar.

Tenemos una botella de champán *Krug Clos du Mesnil*, que Cam ha puesto a enfriar cuando hemos subido en una cubitera. Peter al verla se levanta y muy gentilmente nos sirve primero a nosotras y luego a ellos.

Nos levantamos sonrientes y contentos alzando las copas para brindar. Mi patrón me regala una sonrisa de felicidad absoluta echando su brazo por encima de mi hombro.

—Por nosotros. Porque lo disfrutemos de vez en cuando —exclama Peter con entusiasmo, sin ningún rastro sospechoso ni en su comportamiento, ni en sus palabras.

—¡Por nosotros! ¡Por el barco! —coreamos los demás.

Está buenísimo tiene un sabor intenso y rico, perfecto. Bebemos, nos abrazamos y nos besamos efusivos. Es el mejor sitio para estar y espero de corazón no equivocarme. Observándolos detenidamente creo que es imposible

fingir la alegría de Peter hablando con su amigo. Me decepcionaría enormemente si estuviera traicionándolo, por no pensar en el daño que sufriría Cam, ya que para él es su gran apoyo desde hace muchos años.

—Pet, vamos en empopada. ¿Izamos ya el génova?

—Sí. Capi.

Unos minutos después el génova se despliega con los colores McPheal en una ola perfecta de colores grises, verdes y azules brillantes sobre la vela blanca.

Cuando vuelve un poco la calma me siento en la proa para disfrutar de la belleza de navegar por aguas un poco revueltas con vientos moderados, por lo que no sé si llegaremos al destino que habíamos supuesto.

—Hola. ¿Qué haces? —pregunta Amy sentándose a mi lado.

—Nada. Pensar —respondo intentando esbozar una sonrisa.

—¿Te pasa algo Cate?

—No. No te preocupes. Es que mis amigos me han dicho que se vuelven y estoy un poco baja de ánimos.

—¿Te gustaría volver? ¿Echas de menos a tu familia?

La miro con tristeza y niego suavemente, fijando mis ojos en Cam, que charla animadamente con su amigo ajeno a mi desasosiego.

—No. Mi abuela murió, fue con quien viví muchos años. De mi madre no sé nada y prefiero seguir así. Nos ignoramos mutuamente.

—¿No te da pena?

—¿Qué? ¿Mi madre? No. Cuando te crías sin una aprendes a vivir y ese papel se lo adjudiqué a mi abuela.

—No sé, para mí, mi madre es muy importante. No comprendería mi vida sin ella.

—Ya. Pues yo hace años que dejé de pensar en la mía. Vivo mejor así. Cuando era pequeña siempre me dejaba al cuidado de mi abuela hasta que consiguió que viviera permanentemente con ella y sin saberlo me hizo un gran favor.

—¿Y tu padre?

—No sé ni quién es. Con eso te lo digo todo —contesto con indiferencia.

—Lo siento.

—¿Por qué? Yo no. Vete a saber quién era. Mi madre no tenía mucho criterio cuando era adolescente. Así soy más feliz.

—Bueno si tú lo dices... —afirma resignada.

Supongo que para ella es difícil de entender, pero para mí está tan interiorizado que hace muchísimos años dejé de imaginarme que algún vendría a buscarme. Con el tiempo incluso pensé que la inestable de mi madre al no tenerlo claro no les habría dicho nada sobre mi existencia a los posibles candidatos. Así que preferí disfrutar de mi apacible y rutinaria vida con mi

abuela que se preocupó por darme todo el cariño y la educación que les corresponde por naturaleza a los progenitores. No me parecía apropiado empezar una búsqueda de alguien a quien probablemente solo molestaría, intenté centrarme en quien sí se ocupó de mi.

—Amy. ¿Has notado algo raro en Pet, últimamente? —pregunto después de un momento silencioso.

—¿A qué te refieres? ¿A cuándo saluda a mi padre como si fuese Dios? —pregunta riendo.

—¿Tan en serio vais?

Se encoje de hombros con una sonrisa delatora que no oculta la felicidad ante el hecho de que su relación está tomando un carácter más formal.

—¿Van las cosas bien en el astillero? Peter no me cuenta nada y ha pasado mucho tiempo liado en su casa analizando datos muy preocupado.

—Sí van bien, no te preocupes —garantizo fingiendo seguridad.

—Está emocionado con lo que habéis hecho. Según él es la hostia.

—Sí, la verdad es que es muy bueno. También es el problema.

—¿Por qué? —pregunta intrigada.

Le hago un gesto de indiferencia moviendo los hombros antes de contestarle.

—Porque quien lo tenga ganará mucho dinero. Y si hay pasta de por

medio las cosas se complican.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso. Que el dinero es muy goloso.

—Quizás, pero no para ellos, los conozco desde hace muchos años y son los dos más desapegados a lo material que conozco.

—Ojalá tengas razón —admito ante su ceño fruncido.

—¡Chicas! Tenéis que salir de ahí. Vamos a virar —anuncia Peter viniendo desde popa.

Cam y él empiezan a manipular algunas drizas mientras nos movemos hacia las bandas alejándonos de la zona peligrosa.

—Pet, a la escota de la mayor.

—Tened cuidado con la botavara.

—Pet. ¡Preparado!. ¡Viramos!

En un momento empieza a girar la roda primero poco a poco y después más rápido, Peter ayuda pasando de banda la botavara, cazando la escota primero y soltándola después.

Estamos navegando a más de diez nudos bastante rápido, sin embargo, mi vista se detiene al ver la hermosa cascada que majestuosa se lanza al mar. Es enorme, verla desde aquí con el sonido del viento y las olas, el estruendo del agua casi es imperceptible. La pared del acantilado desde este ángulo, es absolutamente impresionante.

—¿Te gusta? —pregunta Peter.

—Es un espectáculo. Qué bonito.

Sin poder apartar los ojos del blanco salvaje correr.

—*Mealt Falls* —informa Cam detrás de él.

—Es precioso —afirma la voz de Amy soñadora.

Peter se acerca a ella, estrechándole la cintura por la espalda y juntos la ven pasar.

Cameron tira de mi mano para que lo acompañe a la rueda del timón. Es tan grande que me da risa cogerlo, pero cuando lo hago con él a mi espalda y sus manos sobre las mías, la sensación de libertad que tengo es inmensa y no pienso en si lo haré bien o no. Si el está conmigo no tengo miedo.

—¿Te gusta? —pregunta besando mi cuello.

—No tengo palabras —afirmo antes de volverme para sentir sus labios sobre los míos.

—¡Eh!, Dejaos de besitos y vamos a comer —ordena bromista Peter.

Al escucharlo nos separamos, no sin darnos un beso rápido, antes de que me acerque a Amy, quien está colocando una variedad de comida en la mesa.

—¿Qué has traído, loca? —pregunto sorprendida al ver el despliegue.

El aporte que hacemos Cam y yo, es el alcohol, bueno me cuento porque somos pareja. Realmente no he preparado nada; me he limitado a

comprar varios quesos y algunos patés.

—Salmón para hacer unas tostadas. Las podrías ir preparando y yo voy cortando el queso. Peter va a hacer unas brochetas de pescado.

—Ummm. Qué bueno.

Tal como me ha indicado me pongo a untar un poco de queso cremoso en un pan muy crujiente hasta que voy completando un plato. Cuando lo tengo listo voy cubriendo cada uno con un buen trozo del ahumado a la vez que un olor delicioso sube desde el interior de la cabina.

Cam baja después de haber asegurado el velero y en un momento las risas de ambos nos llegan a la cubierta, mezcladas con la música de R.E.M.

Unos minutos después reaparece con otra botella, esta vez un tinto al que no veo la etiqueta y sinceramente tampoco me preocupa mucho, sé que si él la ha elegido con seguridad estará muy bueno. Nuestro cocinero sube también con una bandeja llena de trozos de pescado y verduras, pinchadas con un aspecto maravilloso y mejor olfato.

—Vaya pinta Pet. Te has superado —exclamo gratamente.

—¿Qué les has puesto? —pregunta Amy.

—Rape, langostinos, champiñones, tomate y calamar. ¿Está bien?

Cam antes de que nos hayamos sentado coge una antes de volver a la proa para comprobar algo.

—¡Pet, buenísimo! —afirma después de probar la comida.

—Gracias, pero ven porque creo que el viento está cambiando y deberíamos comer ya.

—Sí. Un momento, compruebo el rumbo y voy.

Hacemos una comida muy amena y estupenda a base de todas las delicias que hemos traído, acompañándolas del vino español que como siempre, no nos defrauda.

Al terminar Amy baja a por el postre que ha hecho ella personalmente. Trae una tarta de chocolate con aspecto casero, aunque considero que son las mejores, se nota que está hecha con mucho cariño.

—Gracias, nena —dice Peter guiñándole un ojo a su chica.

—Gracias, Amy. Es un detallazo —admite Cam complacido.

En la parte superior le ha escrito con crema inglesa «*Sois los mejores. Felicidades*», expresando también lo que siento sabiendo el esfuerzo que les ha costado estar hoy aquí. Cuando la corta y nos la sirve, se suceden los halagos ante lo buena que le ha salido.

—Amy está buenísima. Un día me enseñas a hacerla —comento sincera, realmente está deliciosa.

Me encantaría empezar a tomarme un poco en serio el tema de la cocina, creo que si me esfuerzo no se me daría mal.

—Amy. Nop —habla Cam comiendo a la vez que niega con la cabeza.

—Algún día tendrá que empezar —comenta Peter, mirándonos

alternativamente a los dos.

—Es verdad Cam, todo se aprende —añade Amy poniéndose de mi parte.

Desde que el escocés insolente ha abierto la boca no he vuelto a comer, mantenemos un duelo bastante cruel con los ojos.

—Hay cosas que es mejor no saber hacer —afirma seguro sonriendo a sus amigos.

—Te estás pasando —advierde mi voz, pero no puedo reprimir una risita cínica.

Deja su plato sobre la mesa acercándose a mí despacio.

—¿Tú crees? —pregunta rodeando mi cintura con sus brazos.

Antes de que pueda contestar se inclina dándome un beso delante de ellos sin el más mínimo signo de vergüenza.

—Cuando quieras me haces una —comenta susurrando en mi oído.

—No sé si seré capaz de aprender —añado en su mismo tono antes de darle otro beso.

—La haremos juntos.

Con una sonrisa se separa y recupera su porción.

Tal como ha predicho Peter el viento ha cambiado y Cam está colocando la driza y la escota por fuera del génova. En cada banda de popa ha fijado una polea y ha pasado cada una por la que les corresponde.

—Peter tenemos que orzar para ir a barlovento ¿Amuramos a estribor?
—pregunta y ante el asentimiento de su amigo añade—. Prepara el tangón muy perpendicular al viento.

El se pone a preparar la bolsa de la vela para engancharla a la amura de sotavento, después ha fijado los puños teniendo ya la maniobra lista para izar el espinaker.

—Cate, Amy, vosotras cazar esas escotas cuando os lo diga. ¿De acuerdo? —ordena con voz firme el patrón escocés.

En cuanto vuelve a comprobar que tenemos clara la maniobra, se sitúa en su puesto ante la atenta mirada de Peter.

—¡Preparados! —grita antes de hacer una pausa, mirándonos a todos—. ¡¡Ahora!!

El barco se llena de movimientos sincronizados de los que llevan tiempo haciendo las cosas juntos. Peter caza las drizas y notamos el tirón cuando el gran balón vélico toma su posición, lleno de aire, con un fondo azul cortado por la cruz blanca de Escocia.

La sonrisa de Cameron con sus ojos brillando tan azules como lo que ve, hace que tenga que tragar de emoción. Los patriotas le han puesto su bandera a la única vela que con el viento a favor hace de la navegación una experiencia mucho más rápida y competitiva.

Un momento después, arrían el génova y empezamos a sentir la magia

de la velocidad del barco.

Esta mañana se han entregado los veleros, se han gestionado los papeles del armador, *McPheal Marine Ltd.*, con un traspaso de nombre hasta que sean llevados a Nueva Zelanda donde se tramitara su matrícula. Si no se hace, no podrían competir, tienen que pertenecer al país del armador retador ya que, posiblemente uno de nuestros barcos defenderá estar en la regata final ante mis compatriotas.

La verdad es que se me divide un poco el corazón, por una parte me gustaría que ganaran, aunque por otra, me motiva mucho que nadie le arrebatara la copa a mi país. Supongo que es algo como lo que les pasa a ellos con Inglaterra.

Ayer tuvimos un día tan agradable que cuando volvimos de Staffin Island eran casi las nueve de la noche. Hicimos la mayor parte de la vuelta confirmando que los sistemas de navegación que llevábamos son los mejores. Los ajustes que Peter había hecho de algunos parámetros para adaptarlos al barco, han funcionado de maravilla. Pasamos un rato haciendo pruebas y fue muy grato ver como el piloto automático, corregía y cambiaba de rumbos con eficiencia.

Al final lo dejamos porque se nos fue un poco de las manos, nos habíamos bebido dos botellas de vino, el champán y como colofón Cam trajo

los vasitos que compró en Eilean Donan, con un whisky de treinta años *Lagavulin*, según ellos una joya.

Nos explicaron que está hecho en Islay, otra isla de Escocia muy pequeña donde los hacen muy buenos, como el *Laphroig*, el cual he probado un montón de veces. Tenía un ligero toque a comino y fruta, pero el sabor ahumado es el que inundó mis fosas nasales apoderándose de la garganta. Fue un detalle muy entrañable por su parte, aunque no sé, si esta es también de Duncan o es suya, no era momento para preguntas tontas, nos lo íbamos a beber de todas maneras.

Estoy vistiéndome para asistir a la fiesta que se celebra en el astillero para los kiwis ya que mañana se van de vuelta.

Por consejo de Anna, me compré en Londres un vestido muy largo precioso, de escote halter que destaca mucho mi cuello donde va atado. Tiene también la cintura marcada haciéndome un pecho muy bonito junto con un drapeado en una falda superpuesta que estiliza mucho.

Me maquillo los ojos y por primera vez en meses me pinto los labios, en rojo, a juego con la seda que envuelve mi cuerpo.

El pelo me lo he recogido a un lado en un moño bajo, creo que me sienta bien aunque me parece demasiado y casi no me reconozco.

—Cate, ¿Te queda mucho? Cariño nos tenemos que ir.

La voz apremiante de Cam me llega desde la planta baja. Solo lo he visto en ropa interior cuando ha salido del baño recién duchado y afeitado.

—No. Bajo.

En un momento, me coloco unos zapatos de tacón alto plateados que encontré en una zapatería cerca del piso. Me echo unas gotas de *Mademoiselle*; un perfume muy femenino y sensual que compré en la tienda de *Givenchy*, al lado de “*Saint Claire 42*”.

Le traje el compañero masculino, me gustó el olor, pero realmente se lo he regalado por el nombre. Me hizo mucha gracia.

Cojo el bolsito de mano de pedrería antes de bajar para encontrarlo junto a la puerta cogiendo las llaves y repasando la cartera.

Está muy atractivo con un traje de corte británico muy oscuro sobre una camisa blanca y una corbata con nudo windsor negra. Siempre que utiliza esos colores el imán de sus ojos me atrapan. Los pantalones le quedan perfectos junto a un pañuelo blanco que sobresale del bolsillo de su chaqueta, dándole un toque muy elegante añadido a unos zapatos con cordones, de piel negra.

Esta noche salgo con el guapo empresario escocés.

En cuanto escucha mis pasos se gira y sus ojos se convierten en tormentas boreales. Se ha quedado mudo con el semblante petrificado, sin apartar nuestra conexión me voy acercando a él sonriendo.

—¿Qué te parece?

Me paseo por delante inclinando la cabeza para mirarme sobre el hombro la espalda desnuda.

—¿No vas a decir nada? —pregunto sorprendida ante su mutismo.

Me mira sonriendo a la vez que se inclina sobre mi cuello dándome un besito muy suave.

—No me puedo acercar más —susurra cuando se retira—. Esta noche estás maravillosa.

Me coge la mano y a continuación salimos andando hasta el astillero.

Se ha puesto el regalo que le traje “*Gentlemen*”. Como él hoy.

—¿Te gusta la colonia? —pregunto curiosa.

—¿Te gusta como huelo?

Acercándome su cuello para que inhale.

—Me encanta.

—Y a mí que te encante —afirma con un beso en mi mejilla.

Disfrutamos de un paseo muy corto, entre conversaciones amenas en una noche preciosa. El cielo está totalmente estrellado, el ruido del mar y el verano es precioso en la isla.

La recepción es en una carpa que han puesto en la parte lateral. Están invitados todos los trabajadores, más las tripulaciones de los barcos, algunos proveedores y algunas autoridades de Portree, el alcalde y varios empresarios

de la zona, por lo que me ha contado seremos aproximadamente unos cien.

El acceso por el que llegamos es una pasarela de madera en el que han puesto varias macetas con plantas exóticas y al entrar, compruebo que han hecho un trabajo impecable. Contrataron a una empresa de Edimburgo, dedicada a organizar eventos, está todo tan cambiado que no parece el mismo sitio.

Hay unas diez mesas engalanadas con una simpleza exquisita. Manteles claros, bajo corremesas de bambú natural, con servilletas de colores vivos entremezcladas entre los platos de los comensales. En el centro de cada una, hay unos candelabros pequeñitos hechos con bolitas de madera, todos están encendidos. La vajilla es sencilla y preciosa, colocada con precisión milimétrica, incluidas, las tarjetas con el velero verde identificando los sitios de cada uno.

Tanto en el exterior como en el interior de la carpa, han dispuesto cada pocos metros innumerables antorchas. Las diferencias entre ellas es que unas están fijadas al suelo, las de fuera, y son más altas que las de dentro, que están colocadas a más de un metro de altura sobre los laterales, rodeando por completo la zona donde se va a celebrar la cena.

La música de una orquesta ameniza la velada en un rincón, cerca de los diques, los cuales han sido protegidos por unas mamparas que han decorado

con más plantas.

Es casi un viaje a algún lugar del trópico perfecto en Skye.

Nos reciben las alegres notas de una bossa nova brasileña al aproximarnos hacia la mesa de cócteles donde se encuentran Peter y Amy charlando con Harry, muy cerca, Syd vestida con un traje pantalón claro habla relajada con Joan.

Llegamos cogidos del brazo, esta noche mi caballero está en su salsa, es ponerse un traje y cambia el chip de su comportamiento trasladándolo al siglo diecinueve.

Amy está guapísima, su vestido azul pavo tipo griego con un broche sobre el hombro le sienta de maravilla, parece una estrella de cine. Peter a su lado con un traje azul marino está muy guapo, se ha engominado el pelo hacia atrás enseñándonos sus bonitas facciones junto al lunar que pocas veces le vemos. Con la pose que tiene parece un hombre de negocios totalmente experimentado.

Harry como casi siempre, con un traje de raya diplomática en azul marino y, con lo inglés que es, su corbata verde chillona en su camisa rosa a rayas ya no me produce ningún efecto gracioso y menos, después de nuestra reunión en Londres. Recuerdo que las primeras veces que lo vi, cuando miraba mucho sus corbatas me dispersaba tanto que me tenía que auto ordenar quitar la vista o perdía el hilo de la conversación totalmente.

Están tomando unos mojitos excepto Harry que toma vino blanco.

—¡Cate! Estás guapísima —comenta alegre Amy.

—Tú también. Me encanta el color y el corte de tu vestido. Te queda genial, estás preciosa.

—Deslumbras, Cate —alaba Harry, besando mi mano.

—Gracias —contesto un poco seria.

—¿Cate? —saluda la voz de Peter.

Me da un repaso y me guiña un ojo.

—¿Peter?

Hago la misma inflexión amigable con mi voz y una sonrisa igual a la de él. Sigo manteniendo mi postura ante su inocencia y después del día que pasamos ayer, estoy convencida que no se puede fingir el afecto que le demuestra a Cam.

—Vaya fiesta has montado, compañero —comenta Peter risueño, dándole una palmada a Cam en el hombro.

—Gracias a tú no colaboración. No te cortes y disfruta.

Cam le reprocha con sarcasmo su falta de interés en lo relacionado a la recepción, ya que tuvieron diferencias de opiniones respecto a hacerla o no. Peter se negaba, decía que teníamos aún demasiado trabajo, no obstante, ahora aquí está totalmente integrado.

Comprendo que Cam esté un poco molesto. Él, ha sido el encargado de

ponerlo todo en marcha y teniendo en cuenta los nuevos proyectos, le hubiese gustado un poco más de implicación por parte del segundo de abordó. Pero como ambos se entienden a la perfección, supongo que dentro de unos minutos se le habrá pasado el ataque de cinismo que le ha entrado al verlo absolutamente entregado bebiendo junto a su novia.

Los ritmos de la música son jazz latino suave y guitarra española con toques brasileños, son preciosos e invitan a bailar.

—Hola, estás genial —saluda Joan, con un vestido rosa claro que la hace aún más etérea.

—Tú también —halaga mi voz con una sonrisa—. Y tú.

Añado con una pequeña burla a Syd, que me mira el vestido negando y sonriendo alegre. Ambas disfrutan también de la bebida caribeña, la misma que no pienso tomar. Hasta el momento, siempre que la he probado he terminado muy perjudicada.

—¿Qué te apetece? —pregunta Cam.

—Martini. Por favor.

Se vuelve y en un momento le sirven nuestras copas, dos iguales. Cuando me entrega la mía, me guiña un ojo y se lleva su bebida a los labios. Al menos está intentando probar nuevos sabores para él, aunque para mí antes era una de mis bebidas favoritas.

—Me han dicho que los kiwis están encantados con los barcos —

comenta casual Harry.

—Sí, se ha hecho un trabajo perfecto —afirma la voz orgullosa Cam.

—¿Tenéis compradores para el software?

—No está a la venta. Ya te lo dije, Harry.

—Ya, pero si vendieras solo algunas partes. ¿No te interesaría?

—No. Es un solo elemento. Lo que lo hace eficaz es la suma de todos los módulos, sin eso, no tendría tantos parámetros que analizar y los resultados no serían fiables. El software por módulos no es nuevo. Hace mucho que hay, pero tú tenías que evaluar. ¿De qué te sirve un módulo? Si el resultado lo vas a tener que elegir tú. Nuestro acierto ha sido fundirlo y evaluar los riesgos generando opciones. No está a la venta. No me lo vuelvas a preguntar.

Cam se está calentando por la insistencia de Harry, no sé realmente que ha pretendido con esa pregunta. Sabe que yo aún no le he dicho nada. No entiendo muy bien su juego y voy a aprovechar esta noche para hablar con Peter, ya no puedo aguantar más la sensación tan horrible que me provoca el silencio ante la información que tengo.

Por si fuera poco se aproxima la imbécil de Lisa pavoneándose junto a David.

—Cameron. Hola. Estás fantástico —saluda Lisa, dándole un beso en la mejilla y una mano en su pecho.

—Hola, Lisa. ¿Cómo estás? —responde educado, sin inmutarse.

—Bien ¿Y tú?

Se gira ligeramente con su cara de asco personalizada solo para mí, ante la falta de respeto que ha tenido hacia todos nosotros, ya que nos ha ignorado por completo.

Hoy la reina de la discreción ha embutido sus pectorales en un traje de lame dorado, estrecho hasta los pies con el pelo rubio en ondas sobre sus hombros, parece salida de una película de los años cincuenta de bajo presupuesto.

—Hola. ¿Cate? ¿No? —saluda su voz impertinente.

—No. Catherine, para ti mi nombre es Catherine. El privilegio de Cate solo lo tienen mis amigos.

Syd y Amy bajan la cabeza intentando ocultar sus sonrisas agradecidas ante mi respuesta. David McAllister está a su lado muy elegante con su traje gris claro, haciendo juego con su cara. Los morritos de Lisa no pueden ser más absurdos, es tonta hasta para parecer enfadada. Reconozco que le tengo una manía bastante visceral, supongo que imaginarme a Cam con ella influye un poco.

Él con disimulo, me ha dado un suave apretón en la mano ladeando su cara, creo que lo he puesto en una situación un poco embarazosa, aunque ahora mismo me da exactamente igual.

—Pet. ¿Me invitas a bailar? —pregunto con mi mirada de SOS.

—Por supuesto. Cam sé lo que siempre eres y saca a Amy —ordena, ellos se entienden.

Empezamos a bailar bajo la atenta mirada de los Collum y David. Mis compañeras se alejan saludando a Matt, que acaba de llegar acompañado de una chica que no conozco.

—Tengo que hablar contigo —anuncio en cuanto rodeo su cuello con mis brazos.

—Si estas embarazada, no es mío —Con burla sonriéndome.

—Muy gracioso. Es algo menos feliz.

—¿Qué pasa?

—Tuve una reunión en Londres con Harry. Me ha dicho que hay alguien intentando vender nuestro software por módulos.

—¿De qué me estás hablando? —Su voz sorprendida molesta.

—Peter por favor. Dime que está pasando —ruego mirando sus brillantes ojos grises.

—Cate, no sé qué está pasando, pero hemos hecho todo lo posible por protegerlo. Me lo he estado llevando a casa a diario. Solo tú y yo en los últimos meses hemos trabajado con él. ¿Qué quieres saber? No tengo ni idea. ¿Y tú?

Su incómoda explicación a la defensiva intentando controlarse hace que decida sincerarme con él.

—Estaba muy preocupada porque con Harry casi llegué a creer que podías estar implicado.

—¿Estás loca? ¿De verdad pensaste eso de mí? —exclama airado.

—No, por supuesto que no. Harry dijo que hay mucho dinero en juego, millones de libras. No sé Pet, estoy un poco preocupada, el anónimo, esto. ¿Y si está todo relacionado? Tengo que hablar con Cam, ya no puedo mirarlo y seguir sin contárselo. Tiene que saberlo.

—No le digas nada aún. ¿Lo han vendido ya? —pregunta interesado.

—Me dijo que se estaban retrasando en la entrega. Le pregunté que desde cuándo, y más o menos coincide desde que lo quitamos de circulación. Pet ¿Y si es David? Piénsalo —Hago una pausa ordenando mis cavilaciones—. Lo vamos desarrollando en McPheal, él lo va robando. Puede ir terminándolo en su casa, solo tardaría más que nosotros. En cuanto ya no pudo copiarlo de mi ordenador, se empieza a retrasar con la entrega. No dejo de darle vueltas. Sabe que no lo va a tener completo antes que nosotros, venderlo por módulos es más cómodo para él. Si no hubiésemos detectado los fallos en los resultados, lo habría robado en nuestras narices.

Está analizando lo que acaba de escuchar. Asiente comprendiendo que quizás tengo razón.

—Dame una semana, intentaré averiguar algo por mi cuenta. Hablaré con Cam, aunque antes quiero hacer algunas preguntas a los distribuidores, al

final este tipo de noticias vuelan.

—¿Me permites a mi chica? —interrumpe Cam.

Ha terminado la canción y ni siquiera soy consciente de haberla bailado.

Le doy la mano a mi señor escocés, empezando a movernos al ritmo de la mezcla de jazz, flamenco y bossa nova de una versión de *Wonderful tonight*, con sus manos en mis caderas y sus ojos embrujados por los míos.

—¿A qué ha venido lo de Lisa? —pregunta con voz grave cerca de mi oído.

—No tengo ganas de hablar de eso ahora, por favor, bailemos.

La preciosa melodía es muy romántica en la original de Eric Clapton, y con los arreglos que han hecho para llevarla hacia los ritmos más latinos es muy sensual. Mi empresario me lleva de la cintura con movimientos lentos y elegantes. Mis brazos rodean su cuello con mis caderas rozando las suyas de una manera muy sugerente. Nos miramos sonriendo, olvidando el mal sabor de boca de hace unos minutos.

Lisa y John se han unido al resto de parejas que como nosotros bailan, ella está usando toda la artillería para magrearse con el patrón, quien por otro lado no parece muy interesado, ya que lo he observado mirando alrededor sin prestarle mucha atención. También viste con un traje, aunque es uno de los pocos hombres junto a David que va vestido con color claro.

Cuando termina la canción volvemos para reunirnos con nuestros amigos, pero por desgracia Lisa y John también lo han hecho y se han incorporado al grupo. Ella por supuesto no se está inmutando ante la mirada humillada de David, que parece a punto de explotar.

—McPheal. Una fiesta preciosa —halaga con una sonrisa educada John.

—Gracias —responde cortante aunque también ha esbozado una.

La mirada de Cam hacia el patrón no es muy halagüeña, en cambio, ante la inminente partida de su imaginaria amenaza, se está controlando a la altura del papel de perfecto caballero y anfitrión que tiene asumido esta noche.

—Catherine, como siempre preciosa —comenta risueño.

Me tiende la mano que correspondo con cortesía y en cuanto la siente entre las suyas, se la lleva a los labios ante la mirada asesina de Lisa.

—Gracias John.

—¿Te quedarás por aquí o te vuelves a Estados Unidos?

—Se queda —afirma con rapidez y seguridad la voz grave de Cam

John me guiña un ojo al ver su reacción posesiva. Lisa está empezando a escupir fuego por la boca y el resto de integrantes solo contemplan, con sonrisas y miradas cruzadas, el despliegue de testosterona marcando territorio que estamos viviendo.

—Qué pena... a partir de mañana ya no podré ver a la reina de Skye —

afirma de una manera muy seductora la voz de John.

—Skye nunca ha tenido reina —apunta muy serio Cam.

—Eso no es verdad —refuta John, señalándome con su copa de champán.

—Ella. Es. Mi reina. No la de Skye, no te equivoques.

La mirada de advertencia de Cam y su declaración abierta a todos los presentes, ha conseguido sorprenderme a la vez que me ha llenado de orgullo, pero Lisa se está poniendo del color de David, a la vez que John consciente del malestar que ha creado, de repente, saluda a alguien con un gesto.

—Chicos os dejo. Me voy a ver a los míos.

Se despide de nosotros con una sonrisa triunfal mirando a mi escocés impulsivo.

Poco a poco nos vamos distanciando de las ondas negativas de McAllister y Lisa, saludando a otros invitados. Nos dirigimos a nuestra mesa, y al llegar percibo la mezcla bastante variopinta de personas que la forman.

John, otro patrón Steve Fallon, Amy, Peter, el alcalde Ralph Killington, y un empresario de Portree con su mujer y su hijo. Un adolescente pelirrojo muy atento a lo que se habla aunque bastante reservado.

Empiezan ofreciéndonos unos aperitivos de cangrejo con un vino blanco muy afrutado y agradable.

—¿Cómo está Duncan? —pregunta el alcalde a Cameron.

—Muy bien Ralph, ya sabes, sus viajes, sus perros.

—¿Por qué no ha venido? —pregunta Peter con curiosidad.

—Porque dice que esto es obra mía. La verdad, es que creo que era la excusa perfecta para no volver de sus vacaciones.

—¿Dónde ha ido? —pregunta Amy.

—Está en Sudamérica. Le han hablado de unos vinos chilenos y se ha ido a hacer una ruta enológica por los valles del Aconcagua. A ver con qué nos sorprende cuando vuelva.

Me mira guiñándome un ojo. Ciertamente estamos siendo los mejores consumidores del vino de Duncan.

Un rato después seguimos cenando entre conversaciones muy agradables y a medida que hemos ido bebiendo, se ha instaurado una comodidad hasta hacernos ser una de las mesas más animadas de la velada.

Como plato principal nos traen una deliciosa lubina en salsa de cilantro con caviar acompañada de ensalada de varios tipos de brotes de lechuga.

—Cariño te has superado —susurro en el oído de Cam.

—Gracias. ¿Te gusta? —pregunta bajito, inclinándose hacia mí antes de mi gesto afirmativo.

—¿Tenéis posibilidades? —pregunta Ralph dirigiéndose a los patronos.

—Desde luego. La base la tenemos, la tripulación también ahora solo nos queda entrenar y hacernos a los barcos —contesta Fallon.

—Es un lujo poder gobernar los barcos McPheal. Muchas gracias de parte de todos —añade John muy cortés.

—Gracias, es nuestro deber hacerlo siempre lo mejor posible —explica amigable Cam.

—Si alguna vez decidís ir a alguna regata donde participemos por favor decídnoslo, será un placer teneros con nosotros —invita Fallon muy amable.

Es otro hombre bastante atractivo aunque tiene una actitud más sosegada que su colega. También sus rasgos son mucho más anglosajones que los de John, que parece tener algún tipo de ascendencia latina, aunque no voy a preguntárselo. Desde hace un rato Cam se ha relajado y me encanta verlo tan animado hablando con todos de una manera muy amena.

—A mi no me importaría ir a alguna. Si es en Estados Unidos o Australia —admite Amy.

—Claro cielo y a mí, pero por aquí solo hay uno que viaja y sabes que no soy yo —afirma Peter sonriendo a su amigo.

—A mí tampoco Amy, si Pet no quiere nos vamos nosotras con Cam.

Con una gran sonrisa lo hago partícipe de nuestros repentinos planes, aumentados por la alegría del blanco líquido que sin mucho control ambas

estamos tomando.

Nos sirven el postre y lo que veo me deja con los ojos como platos y una sonrisa infantil en la cara. Tengo ante mí la perfección hecha chocolate. Algunas pequeñas fresas acompañan en un extremo del plato a dos espirales crujientes bañadas por una sugerente lluvia blanca.

Giro la cabeza y miro a Cam para transmitirle lo feliz que acaba de hacerme. Me encuentro a sus ojos esperando atentos los míos.

—Tiene una pinta deliciosa —hablo con mis papilas gustativas enloqueciendo.

—Tienes ocho texturas diferentes. ¿Serán suficientes? —pregunta con una tierna sonrisa.

—No lo sé, ahora te lo digo.

Pruebo el postre y el placer que siento al sentir fundirse el chocolate en mi boca es infinito por lo que saboreo mis labios, disfrutando.

—Si vuelves a hacer eso. No respondo —susurra sobre mi oído.

—¿El qué?

—Lo sabes.

—¿Disfrutar del chocolate? .

Pruebo otra porción y vuelvo a repetir la misma acción.

Cam, repentinamente, se levanta y deja la servilleta en la mesa.

—¿Nos disculpáis un momento? Vamos cariño.

Lo miro sorprendida sin entender, solo estaba bromeando.

Me coge de la mano y tira de ella hasta sacarnos de la carpa, encaminándose con paso decidido al edificio de oficinas, donde la empresa de catering tiene instaladas varias mesas con abastecimientos de bebidas y los calentadores para la comida.

Los baños de la planta baja están habilitados para los invitados y el trasiego de personas es escaso, aunque constante. Nos cruzamos con varias a las que saluda con una inclinación de cabeza, pero sigue andando, callado hacia su objetivo.

—¿Donde vamos? —pregunto empezando a cansarme.

—A mi despacho.

—¿Ahora? ¿Te has vuelto loco? —exclamo entre sorprendida y molesta.

Seguimos hasta el ascensor, al que entramos en silencio. Cam con la mandíbula a punto de estallar por la contención que está haciendo ni me mira, solo escucho su respiración forzada y no quiero que se acelere mucho, hay demasiadas personas a las que debe atender, también porque no sé que pretende y prefiero ser un poco cauta.

Al llegar a la segunda planta me sujeta a su mano recorriendo la distancia que aún nos separa. Pasamos por mi zona de trabajo y el resto de las salas.

—¿No me vas a hablar?

Va un paso delante de mí hasta que llegamos a su despacho, abre la puerta y la cierra por dentro.

Es la primera vez que estamos encerrados, las veces que he venido, pocas, nunca ha hecho falta comunicarnos, ya que han sido para tratar temas de trabajo, excepto una vez, pero por la hora que era no había nadie.

Ahora no me siento muy cómoda. Se escucha el murmullo de las voces que vienen de la fiesta y me hace ser consciente de que no estamos solos.

Enfrentados nos retamos. Estoy un poco molesta por su arrebató y él no sé realmente que piensa.

Se acerca con su mirada fija en mi boca, poniéndome realmente nerviosa. Parpadeo varias veces, a la vez que trago despacio hasta que veo su sonrisa depredadora comprendiendo su urgencia.

Da un paso hacia adelante y me sujeta las caderas antes de inclinarse sobre mí.

—¿Así estás? —pregunto al sentir su erección.

—No puedo más. Tus labios me están matando —confiesa con voz grave en mi cuello.

Deslizo una mano a su entrepierna y se la acaricio a la vez que se balancea buscando el contacto de mis dedos. Cuando alzo la vista su mirada está dilatada, mis manos le bajan la chaqueta de los hombros de donde se la

retiro para dejarla sobre la mesa.

En un momento vuelvo a situarme frente a él. Está inmóvil esperando, con una ligera sonrisa le acaricio la mejilla y despacio, voy deslizando la mano hasta su cinturón, lo abro para lentamente acariciarlo. Encuentro a mi amor en todo su esplendor deseoso de ser atendido. Me voy inclinando y le bajo el pantalón arrasando a mi paso con su ropa interior.

—Cariño. Por favor —suplica, susurrando.

Su suave pene erguido y rígido recibe mi atención encantado antes de arrodillarme sosteniéndome a sus caderas. Con un beso de bienvenida recibo el primer gemido, en cuanto lo hago mío, abandona este mundo y se desata una sucesión de sonidos incomprensibles en su boca.

Unos minutos después salimos de su despacho y nos dirigimos a la planta baja.

—Cariño, voy al baño. Ahora salgo —anuncio soltando su mano.

—Vale. No tardes.

Se acerca feliz y me da un beso en los labios antes de salir del edificio.

—Te quiero —dice antes de alejarse por el pasillo.

Afortunadamente estoy sola ante el espejo, con rapidez me retoco un poco el maquillaje y los labios, antes de entrar en uno de los aseos.

Estoy a punto de salir cuando me llegan retazos de una conversación

desde fuera. La inconfundible voz de Lisa, hablando por teléfono y por su tono hostil me temo que está bastante enfadada.

Decido no salir hasta que se vaya, no me apetece otro cruce de palabras con ella. No puedo evitar escuchar parte de su conversación y conforme va hablando mi sensación de temor se va incrementando.

—*Si esa puta se (.....), te juro (.....) sabrán (.....) lo que (.....).* —escucho.

El tono de su voz despectiva y furiosa me llega claro, pero no entiendo algunas palabras.

—*No (.....). Capullo.* —sisea.

— (.....)

—*Imbécil. ¿Tú crees (.....) retirar?*

— (.....)

—*Te (.....) cuando yo te lo diga.*

En un tono amenazante.

— (.....)

—*Se irá* —sentencia Lisa.

Me quedo dentro aun cuando sé que ella ya ha salido. No sé a quién se refería, aunque mi instinto está totalmente en alerta. Cuando considero que estoy lista me pongo mi máscara educada y cordial para volver a ser la pareja perfecta del empresario relajado que está con sus invitados ajeno a los

demonios que tengo por dentro.

La orquesta está tocando una canción romántica preciosa envuelta en la voz rasgada de la cantante.

Al aproximarme a la pasarela veo a Peter y Amy bailando. Los miro con una sonrisa, me encanta ver como despacio mis amigos han ido afianzando una relación que en un principio creía era solo algo momentáneo. Siguen y creo que estarán juntos mucho tiempo. Se han encontrado.

De repente, una mano fuerte salida de las sombras tira de mi brazo. Me giro bruscamente y me encuentro a John.

—¿Qué haces? Suéltame.

Mi voz sorprendida y furiosa.

—Ven, tenemos que hablar, solo será un momento.

Me lleva hasta una zona oscura entre la carpa y el edificio de oficinas, ajeno a las miradas de las personas que disfrutaban de esta velada.

Mis alarmas se han disparado, no creo que se vaya a proparar, hay demasiada gente y Cam está bastante cerca, pero los nervios están haciendo estragos en mi cabeza.

—Siento haberte traído así, pero tu novio te vigila como un halcón. Es imposible mirarte sin que él esté controlando.

—¿Qué quieres decirme? ¿No podías esperar?

—Por favor —ruega susurrando.

Nos paramos mirándonos a los ojos, John alarga una mano y me acaricia la mejilla.

—Dame una oportunidad. Solo una. Por favor —susurra junto a mi cara.

Mi cuerpo se ha paralizado. No puedo hablar, no puedo hacer nada. John inclina la cabeza sin dejar de mirarme los labios. No, por favor, que no me bese. Tengo que reaccionar ya.

—No lo hagas. Por favor, John, no lo estropees. Amo a Cam —suplicando a sus ojos.

Los cierra e inspira hondo ante mi cara. Es un hombre inteligente, sabe que puede conseguir un beso obligado, solo eso, algo con intimidación.

Poco a poco se va retirando con el peso de la culpa y la vergüenza adueñándose de él.

—Perdóname, me he dejado llevar. Dime que no te he asustado —pide su voz arrepentida.

—No me has asustado —respondo bajo, sin controlar mi desasosiego.

—Catherine, eres la única mujer en mucho tiempo que consigue hacerme querer salir de mis malas costumbres.

Le sonrío sin mucho humor e iniciamos la vuelta a la zona concurrida de la fiesta. Andamos juntos, callados. Antes de llegar John frena mis pasos con su brazo volviéndose hacia mí.

—Si alguna vez decides cambiar. Te estaré esperando.

—Gracias, eres muy amable. Seguramente ya no tendré veinticinco y no te interesaré, aún así lo tendré en cuenta —comento intentando sin conseguir retomar la simpatía en mi voz.

Nos despedimos antes de volver a entrar en la carpa y voy directa hacia dónde se encuentra Cam.

Está hablando con una pareja mayor y aunque intenta parecer interesado en lo que cuentan, sus ojos solo recorren el salón. Cuando colapsa en los míos, su sonrisa y su guiño confiado hacen que se diluyan los pensamientos de alerta que no me abandonan desde hace un buen rato, al contrario, entre una cosa y otra están consiguiendo agobiarme bastante. Le devuelvo la sonrisa porque si no fuera por él me iría directamente a mi casa, y encima ni siquiera puedo contarle lo que acaba de suceder.

En un rincón Lisa y David con sus cuerpos tensos mantienen una acalorada discusión, solo apaciguada por los sonidos de la música. Desde luego su relación no parece estar atravesando una buena etapa. Las pocas veces que los he visto juntos, los ceños fruncidos, las palabras mordaces siseadas y el comportamiento despectivo es todo lo que he podido apreciar. No entiendo cómo pueden seguir, no parecen tener ningún interés común.

Al aproximarme me recibe alegre estrechando su brazo en mi cintura.

—Hola cariño. Robert, Donna os presento a mi novia. Cate.

Sonrío y tiendo la mano de la pareja que me reciben con clara satisfacción.

—Bueno, muchacho ya era hora que alguien te pillara —comenta Robert mirándome con una gran sonrisa.

—Eres preciosa cariño y tu vestido es maravilloso —alaba Donna.

—Gracias. Son muy amables.

—Pues sí, conocerla ha sido lo mejor que me ha pasado —explica Cam mirándome orgulloso.

—¿Para cuándo la boda? —pregunta malicioso Robert.

Abro los ojos sorprendida, ya que aunque todos nuestros avances son los normales de una pareja enamorada, nunca hemos hablado de matrimonio ni de un futuro concreto. Cuando hacemos planes siempre son cercanos, una semana, dos, la renovación del contrato, pero no de algo tan definitivo.

—No lo sabemos, pronto —afirma Cam.

Exhibo mi mejor sonrisa diplomática. Acabo de darme cuenta que tenemos que hablar en serio de algunas cosas.

Como siempre, cuando algo no me interesa inicio mi táctica de evasión disimulada.

Localizo a Harry hablando con Peter y Amy, bebiendo a unos metros de donde estamos nosotros.

—Cariño, voy a hablar con Amy.

Me mira sorprendido, pero, como el educado señor que es, asiente y sigue con su esclarecedora conversación entre amigos.

Unas horas después llegamos a casa, cansada, y feliz por algunos descubrimientos que han tapado por completo la intranquilidad y embarazo de otros.

Por ahora decido no contarle la conversación que he escuchado de Lisa, puede pensar que estoy obsesionándome y no es mi intención hacerle que piense en ella.

Entramos en mi dormitorio y Cam empieza con su desnudo esprintando para alcanzar la meta de cama.

Mi precioso traje es un poco incómodo de quitar. No he empezado y el señor reconvertido en atleta me mira sonriente como vino al mundo.

—¿Me ayudas? —pregunto ofreciéndole mi espalda desnuda.

—Claro.

Se acerca despacio por detrás y suelta lentamente los botones del cuello del vestido. Al sentirse libre la tela roja emprende un sinuoso viaje dejando mis pechos libres en su recorrido para detenerse en mi cintura, donde la cremallera situada en el costado, le impide continuar alejándose.

Cam pasea un dedo desde la base de mi cuello hasta el final de mi espalda siguiendo el camino que le marcan mis vértebras y baja su cabeza tras

la mía. Me estrecha entre sus brazos. Mueve las manos hacia arriba hasta apresar mis pechos donde sus pulgares inician una danza despiadada hasta que me apoyo en él.

—¿Qué has querido decir antes? —pregunto antes de perder la razón.

—Lo que he dicho —ronronea pegado a mi cuello.

—A mí no me habías dicho nada.

—Pues, ya lo sabes.

Desliza sus manos en mi costado hasta que encuentra la cremallera, la baja suavemente y deja que la tela encuentre su sitio en el suelo bajo mis zapatos de tacón. Toda la parte trasera de mi cuerpo expuesta ante él. Pone sus manos encima de mis braguitas antes de introducir los dedos para bajarlas y quedar los dos igual. Situado detrás, se abraza a mi cintura como un naufrago a una tabla. Su aliento en mi cuello rozando sus palabras.

—Esta noche has estado maravillosa.

Un rato después, relajada en los brazos de mi estupendo amante, llega el momento de confidencias susurradas. Con mi cabeza apoyada en su firme pecho, siento su corazón recobrar su rítmico latido controlado.

—¿Te parece mal que nos casemos? —pregunta su voz profunda.

—No es que me parezca mal, me parece pronto. Nos conocemos desde hace siete meses...

—Para mí es suficiente. Sé lo que quería desde que te conocí —afirma

con voz segura.

—Cariño. Nos queremos, nos tenemos. No tenemos prisa...

—No es prisa, es que estoy cansándome de andar de tu casa a la mía, de vivir de manera provisional. No sé Cate, me gustaría saber que cuando llego a casa es nuestra, tuya y mía.

—Esta casa es tuya y mía —intento bromear ante sus aspiraciones.

—Muy graciosa. Te digo lo mismo que te dije en Edimburgo. Cuando estés lista hablamos.

—Vale. Lo hablaremos —aseguro antes de besar su pecho con suavidad.

Nos enredamos entre abrazos cálidos de suaves curvas femeninas con firmes contornos masculinos hasta que el sueño nos vence cansados aunque unidos.

Capítulo 10

Portree, Escocia

Lunes 31/7/2000

Hoy al llegar al astillero Cam ha ido muy callado todo el camino, hemos pasado varios días seguidos en su casa, y entre otras cosas me explicó las modificaciones que tienen previstas hacer en los nuevos proyectos. Pero sobre todo, ha estado ido preparando la salida, comprobando depósitos y recopilando cartas náuticas, con lo que me demuestra que aunque su sistema de navegación es absolutamente fiable, siempre es bueno tener un plan B.

—Hasta luego, cariño —dice dándome un beso al bajar del coche.

—Hasta luego. Me gusta cómo te queda el azul —comento casual ante su sonrisa tranquila.

—Anda, déjate de tonterías.

Niega levemente con la cabeza encaminándose a la entrada. No se da cuenta de los estragos que causa en mi ánimo, lleva puesto un pantalón oscuro con una camisa celeste que resalta el moreno de su piel, haciéndolo si cabe más atractivo a mis ojos.

En un momento llegamos acompañados por más personas a nuestra planta, donde nos despedimos antes de entrar en mi sala.

—Que pases un buen día, cielo.

Mi voz baja antes de llegar.

Seguimos sin ser muy efusivos en público, cosa que agradezco, la actividad que hay aquí no es como para pasar inadvertidos.

—Por cierto, a mí también me gusta cómo te queda el negro —afirma con un guiño.

Se aleja por el pasillo hasta su despacho a la vez que Peter sale del suyo.

—Qué pasa.

Saluda Cam a su amigo con un gesto de cabeza.

—Qué pasa —responde Peter viniendo hacia mí.

—Hola, Peter. Buenos días.

—Buenos días, Cate. Bonito vestido. ¿Podemos hablar dentro de un rato?

—Claro —afirmo viendo como Cam ha desaparecido en su despacho.

Entro en mi sala dónde solo está Joan ante su ordenador muy concentrada en lo que está haciendo.

—Buenos días, compi. ¿Y la gente? —saludo alegre.

—Hola, compi. Syd ha ido a la cafetería y los demás no tengo ni idea.

Por suerte David está en el astillero. ¿De dónde sacas esos modelitos? —

pregunta sonriendo.

Me miro la ropa que llevo encogiendo los hombros despreocupada sin comprender el interés que está despertando.

—Pues este lo tengo desde hace tres años —afirmo indiferente.

—Pues me encanta, sobre todo el corte con la pata de gallo y el cuello redondo. Es muy retro.

—Ya te digo. Me lo hizo mi abuela.

—Pues es muy chulo.

—Cuando quieras te lo dejo —ofrezco de verdad.

—Si me quedara igual de bien, hacía que te lo quitaras ahora.

—¿Qué quieres que se quite? —pregunta Syd, entrando con los cafés.

—El vestido —afirmo mirándola enarcando las cejas con un guiño.

—¿No te gusta Syd? —pregunta Joan.

Se observan entre ellas un momento hasta que Syd se da cuenta de por dónde voy y vuelve a su actitud de fingido desdén habitual iniciando un baile sonriendo.

—Precioso, aunque soy más de pantalones.

Es una afirmación que todos los que la conocemos tenemos bastante asumida, nunca enseña sus piernas. De hecho, creo que nunca se las he visto, a diferencia de Joan que si de vez en cuando viste prendas más variadas.

Deja medio bailando sobre su mesa la bandeja que trae en las manos

para dedicarse a su tarea, a la vez que nosotras cogemos nuestros vasos y nos ponemos a trabajar con la preciosa música de *Redemption song* de *Legend* de Bob Marley de fondo, por lo que pienso que Peter está bastante relajado si no, nos estaría acribillando con cualquier nueva banda que él considere que necesitamos conocer. Al menos el volumen y la melodía suave de esta, hacen que me plantee que algún día me gustaría poder hablar con ellas con total libertad sobre algunas cosas que observo, las cuales me hacen sentir un poco de pena porque sé que se reprimen ante todos nosotros y lo llevo relativamente mal, sobre todo, cuando estamos en el pub, tanto a Cam como a Peter si les apetece besarnos, o al contrario, lo hacemos sin reparos y quiero para ellas la misma naturalidad.

Ellos están locos esperando que den el paso y se muestren de verdad como la pareja que estamos convencidos que son. Si creen que se van a extrañar o algo parecido los están subestimando, ambos son lo más tolerante que conozco.

—Cate. Es para ti —anuncia Joan moviendo rítmicamente la cabeza ante una llamada interna.

La observo con un gesto de sorpresa antes de atenderla.

—¿Sí?

—*Señorita Shaw. ¿Puede bajar a administración dentro de diez minutos, por favor?*

La voz de una de las chicas del departamento de la primera planta se dirige a mí con mucha corrección.

—Claro. Dentro de un momento voy.

—*Muchas gracias.*

—De nada. Hasta ahora.

Mis compañeras esperan que les cuente el motivo de la llamada, aunque tengo clara la renovación de mi contrato, Cam no me ha especificado nada. Realmente no me importa, confío plenamente en él.

—¿Pasa algo? —pregunta Syd con curiosidad.

—Creo que no. Supongo que será por la renovación.

—Que guay. Vamos a seguir juntas —afirma emocionada Joan.

—Pues sí. Me alegro un montón. Nos lo pasamos bien ¿Verdad?

Mi voz contenta, mirándolas feliz.

—Sí, y también nos dejamos la piel trabajando —sentencia Syd moviendo los hombros.

—Pero eso es bueno, yo prefiero trabajar así que en un sitio donde no puedas ni abrir la boca —afirmo convencida.

—Es que no hay comparación. ¿Te acuerdas cuando hicimos las prácticas con aquellos capullos de Edimburgo? —La voz de Joan dirigiéndose a Syd.

—No me lo recuerdes. Eran unos gilipollas, creían que por estar como

en una funeraria éramos más eficaces, cuando realmente si la gente está cómoda y a gusto trabajando rinde más. A ver si todo el mundo sigue el ejemplo del jefe —afirma Syd.

—Sí, pero mucha responsabilidad sobre el ambiente que hay aquí es de Peter. Es quien fomenta el buen rollo. Cam es más serio para eso —razona la voz serena de Joan.

—¿Perdona? No te metas con mi jefe. Es el mejor. ¿A qué sí Cate? —pregunta con sorna Syd.

—Afirmativo. Me voy ahora vuelvo.

Me levanto de mi sitio para dirigirme hacia la zona administrativa del edificio.

En cuanto llego me está esperando otra de las chicas. Me hace una señal para que me siente en su mesa. Es una rubita muy mona con la que he coincidido varias veces en la cafetería y hemos mantenido alguna que otra charla informal, siempre tenemos un trato muy amigable y cordial.

—Hola, Cate.

—Hola, Eve. ¿Cómo estás?

Saludo tomando asiento frente a ella.

—Toma tienes que firmar esto —anuncia tendiéndome varios papeles.

Los cojo antes de firmarlos para comprobar que Cam ha ordenado que

mi renovación sea de carácter permanente, creía que sería otro contrato por seis meses. Me sorprende que sea tan definitivo.

—¿Pasa algo? —pregunta ante mi tardanza en leer.

—No, no. Es que no esperaba que fuera indefinido.

—Si quieres habla con Cameron.

—No te preocupes. ¿Dónde hay que firmar?

Unos minutos después de regreso a mi planta decido pasar por su despacho para agradecerse aunque me hubiese gustado un poco más de información, porque Eve se ha quedado un poco confusa ante mi sorpresa y supongo que habrá pensado que nuestro jefe no se comunica mucho conmigo. Cosa que cuando quiere si hace.

Al llegar al pasillo encuentro a mis compañeras muy sonrientes, cerca de la puerta y al verme incitan con gestos alegres para que vaya a mi mesa.

—Hay algo para ti —anuncia Joan volviendo a su sitio.

Las miro por si están tramando algo y me voy aproximando hacia donde me indican para encontrar una rosa roja encima con un pequeño sobre blanco. Cuando lo cojo felizmente sorprendida ambas se levantan sin poderse resistir ante la curiosidad. Al abrirlo saco la tarjeta para leer:

«H. M. Queen Catherine / meal do naidheachd / Y. M. King C. / Tha gràdh agam ort »

—¿Cuando ha venido Cam?

—Hace cinco minutos —responde Joan.

—¿Qué pone? —pregunta Syd.

—No estoy muy segura solo entiendo algo. ¿Y tú? —pregunto al tenderle la tarjeta.

—Su majestad la reina Catherine...

Se detiene justo donde empieza mi ignorancia.

—Syd el problema lo tengo un poco más abajo, hasta ahí llego — interrumpo.

—Traed. Siempre os lo tengo que resolver todo —asegura Joan—. «Enhorabuena/ tu rey C./ Te quiero.»

Mi cara atontada con la rosa en la mano junto a las sonrisas absurdas que tenemos las tres, hacen que pasemos un momento en el paraíso de los alelados hasta que llega Peter y nos rompe el tierno hechizo que tenemos.

—¿Qué hacéis? —pregunta con curiosidad desde la puerta.

—El jefe. Hoy está romántico —anuncia Syd.

—Sí, es todo un hacha sensiblero. ¿Cate, vamos? —apremia, indiferente a la muestra de cariño de su amigo.

Dejo mis regalos sobre la mesa y me dirijo a su despacho, dónde él ya ha entrado.

Está de espaldas mirando los diques, hoy su aspecto es más cuidado que otros días, incluso se ha afeitado y los vaqueros con el polo azul marino le

sientan muy bien, además, como hace calor no lleva sus perennes botas que ha cambiado por unos náuticos de piel marrón.

—Pet.

Llamo su atención, está muy concentrado y no estoy segura si se ha dado cuenta que llevo unos minutos dentro.

Se vuelve con expresión preocupada antes de que ambos nos sentemos.

—¿Qué pasa? ¿Sabes algo más?

—El jueves tengo una reunión en Londres. Al parecer es cierto que alguien está tratando de vender nuestro software —declara muy serio.

—Entonces. ¿Harry tenía razón? ¿Quién crees que es?

—Creo que es David. Desde que cayó en las redes de Lisa ha ido de mal en peor.

—¿Dónde está ahora?

—Desde hace varias semanas procuro mandarlo fuera, no quiero que ande por aquí.

—Cam y yo nos vamos mañana. ¿Cuándo vas a hablar con él?

—En cuanto tenga claro qué coño está pasando. Te lo digo en serio, Cate, cuando pille a quien esté envuelto en esto, me las va a pagar. ¿Y sabes qué es lo peor? Que la ley contra este tipo de delitos es una puta mierda. Y si lo vende por packs es muy difícil demostrar que todo se ha desarrollado aquí. Eso es lo que más me jode.

—¿No habría alguna manera de poder demostrarlo? —consulto impotente.

—Es una putada. Tú lo sabes. Realmente nuestro trabajo ha sido la comparación de parámetros y la unión de todos para optimizar la eficacia de la evaluación de los resultados. Tengo que hablar con nuestro despacho de abogados de Edimburgo. A ver si hay alguna manera de probarlo.

—Nosotros volveremos el sábado. Intenta hablar con Cam el lunes, por favor. Se va a enfadar cuando sepa que nosotros lo sabíamos y él no. En serio, Pet por favor, creo que debemos decírselo ya.

—Sí lo sé, sin embargo, solo de pensar el cabreo que va a coger, sin contar con las pérdidas económicas para la empresa, se me hace un poco difícil. Prefiero primero tener muy claro quién está detrás. Nuestro proveedor es un tío de mucha confianza, a ver qué me cuenta y con eso hablo el lunes con él.

—¿Sería mucho el daño económico para el astillero?

—No. Hace siete meses no lo teníamos, pero con los ingresos queríamos mejorar la nave y construir otra en las afueras del pueblo, para ir haciendo los barcos más pequeños. No te preocupes, no es la ruina, es solo un objetivo que no cumpliríamos por ahora, aunque me jode mucho que otros ganen dinero con nuestro esfuerzo y nuestras ideas.

—Y a mí. Bueno de todas maneras haz todo lo que pueda —afirmo

impotente.

Se levanta antes de darme un abrazo cariñoso acompañado de un beso en la mejilla.

—Pasadlo bien.

—Vale. ¿Por cierto dónde vas tan guapo? —interrogo con curiosidad.

—Voy a comer a casa de Amy.

Me rio delante suya ante su cara un poco fastidiada.

—¿Y te vestes así por sus padres?

—Siempre voy así. ¿No? —pregunta ante la inclinación burlona de mi cara.

—Si tú lo dices. Venga te dejo. Suerte con todo.

Paso el resto del día trabajando en los nuevos barcos; pero no estoy muy concentrada. Entre lo que me ha contado Peter, la renovación indefinida y hacer la lista de las cosas que nos tenemos que llevar, las cuales soy la encargada de comprar, he pasado mucho tiempo divagando. Me desborda un poco, no me ha dicho nada específico, «*De todo*», han sido sus palabras.

Al terminar salgo de la oficina muy rápido, he quedado con Cam más tarde ya que él tiene que dejar varios temas resueltos antes de irnos mañana.

En pocos minutos llego a la tienda, que prácticamente desvalijo ante la sorprendida mirada de la señora que me atiende. Acostumbra a verme

comprando de una manera más moderada. Quizás ha creído que ha estallado una guerra y estoy acumulando provisiones, no es broma, la mujer anda muy despistada.

—¿Querida? ¿Las dos cajas? —pregunta extrañada ante la cantidad de leche.

—Sí —confirmo decidida.

—¿Todos?

Se vuelve a detener para comprobar que estoy absolutamente en mis cabales, ante las seis bolsas de pasta.

—Sí. Por favor.

Sigue unos minutos más pasando dos docenas de huevos, cuatro bolsas de pan, dos kilos de carne de ternera y dos más de pollo.

—¿Esto también?

Se refiere a varias bolsas de patatas fritas junto con varias de frutos secos y algunas de magdalenas.

—Sí. Todo lo que hay es mío.

Respondo de una manera un poco incómoda, estoy viendo que si no esta mujer va a tardar tres horas en cobrarme y tengo muchas cosas que hacer.

Cuando por fin termina, le tengo que pedir al chico del reparto que me lo lleve los cincuenta metros que separan el comercio de mi casa.

Menos mal que Cam no está, así me da tiempo ir guardándolo en las

cajas que muy previsor ha colocado en la cocina.

Empiezo metiendo las verduras y huevos en una. Me sorprende, creía que me ocuparían menos, de todas maneras, poco a poco lo voy colocando hasta que compruebo que me falta espacio, por lo que la ropa, algunas sábanas y toallas las tendremos que guardar en bolsas de deporte. No sé por qué ha previsto solo cinco cajas, me harían falta por lo menos tres más, sin contar que toda la carne y embutidos van en una bolsa refrigerada.

No sé cómo lo harán para las travesías oceánicas, pero si para cinco días hay que llevar «*De todo*», qué no habrá que llevar para tres meses.

Subo al dormitorio y casi lo dejo en los muebles, guardando en dos bolsas de deporte toallas, ropa de cama, productos de aseo y algunas chorradas por si acaso.

Unas horas después, agotada tras la ducha, me acuesto ante la ausencia de Cam. Me llamó hace un rato para decirme que vendrá más tarde. Tiene que recoger algunas cosas de su casa. Para mí el día de hoy ha terminado, mañana nos tenemos que levantar temprano y prefiero estar descansada, he tenido una tarde un poco estresante. He terminado loca contando desayunos, comidas y cenas.

A la mañana siguiente estamos recogiendo para embarcar dentro de aproximadamente una hora. Vamos a ir costeando hacia la isla de Harris para

repostar en el puerto de Stornoway en la isla de Lewis. La idea que tenemos es pasar todos los días en el barco.

—Cariño, ¿por qué no me dijiste lo del contrato? Eve me miró como si no hablásemos.

Se acerca muy contento mirándome las piernas.

—¿Qué te tenía que decir? —pregunta cogiendo el bajo de mis shorts blancos.

—Pues no sé. ¿La duración? —pregunto con la mano en su torso.

—¿Qué esperabas?

—¿Otros seis meses? —pregunto como respuesta.

—¿Por qué? No he hecho ninguna excepción contigo. Puedes preguntarle a las chicas, normalmente si renovamos un contrato lo hacemos de forma permanente. Así que deja de darle vueltas. Por cierto, nunca te había visto este conjunto. Me gustan tus rayas —afirma tocando mi polo.

Miro divertida su sonrisa feliz, encogiendo los hombros antes que salga hacia el coche, está empezando a guardar todo lo que necesitamos. Ambos vamos muy marineros. Él se ha puesto el uniforme de patrón, unas bermudas azul marino con zapatos náuticos y un polo blanco.

Apenas en unos minutos regresa para llevarse las cajas que preparé ayer.

—¿Por qué pesa tanto? —pregunta extrañado al levantar una.

—Ni idea —respondo despreocupada.

—¿Lo has comprado todo?

—Creo que sí. De hecho me lo tuvo que traer el chaval del reparto.

Se vuelve mirándome curioso con su carga sobre los brazos enarcando una ceja antes de dejarla sobre la encimera.

—¿Qué has hecho? —exclama sorprendido.

—¿Cómo qué he hecho?

—¿Para cuántos días has comprado? —consulta con voz incrédula.

—Para cinco.

Inspecciona el contenido que hay dentro y conforme va viéndolo su sonrisa se va ensanchando a la vez que sus manos van desechando parte del peso. Empieza sacando la pasta a la vez que espero con los brazos cruzados observando su control de calidad, continua con los bricks de varios productos alimenticios, sigue con el resto de cajas e incluso, saca algunas verduras y frutas hasta llegar a la que he preparado hace un rato.

—¿Todo eso no vale? —pregunto con pesar.

En un momento más de la mitad de mi compra vuelve a estar en la cocina sin esperanza de servir en días cercanos.

—Cariño te has pasado. Mejor esto lo dejamos aquí —anuncia señalando con suavidad al ver mi expresión.

Me he quedado un poco bloqueada porque he intentado que no faltara

de nada y si sobra algo lo podemos utilizar en casa, no he hecho ningún estropicio. Nunca he salido a navegar varios días seguidos, no tengo ni idea de cómo funcionaremos y para colmo, no soy ninguna eminencia en la cocina. Si hubiese sido un poco más concreto, al menos él tiene experiencia, no me sentiría ahora como una imbécil después de la paliza que me di ayer. Sin contar que he dejado a medio pueblo sin productos básicos.

Me siento en un taburete con expresión ausente contemplando los innecesarios artículos que me han quitado mucho tiempo.

—Venga. No pasa nada —comenta acercándose cariñoso.

Supongo que todos los frentes que tengo abiertos, junto a la sensación de traición por no hablar con él, añadidos ahora a la desilusión de ni siquiera ser capaz de hacer una simple compra en condiciones, hacen que no pueda evitar necesitar llorar un rato para desahogarme un poco.

—Ahora vengo —digo muy bajo, levantándome con los ojos a punto de romper en llanto.

Al pasar por su lado me bloquea la salida con su cuerpo sin apartar su mirada de la mía.

—No vas a salir. ¿Qué te pasa? ¿Es por esto? —pregunta con ternura señalando los productos—. No seas tonta.

Me estrecha entre sus brazos donde ya no puedo contener las lágrimas.

—¿Estás mejor?

Su voz dulce antes de besar mi pelo sin soltarme ni un milímetro.

—Sí.

—¿Es solo por la comida o estás preocupada por algo más?

Niego suavemente rogando que pase este momento con rapidez, no quiero quitarle la ilusión que tiene ante esta escapada.

Aparcamos junto al astillero y nos dirigimos por la pasarela al barco y en apenas media hora estamos listos para salir del puerto rumbo a nuestro primer viaje en solitario en el *Black One*. El tiempo es bueno, más viento del que esperábamos y se prevé alguna tormenta por la noche. Según Cam no hay problema, por ahora voy confiando en él.

—Cate, ya sabes. Tienes que hacer todo lo que te diga. Cuando te lo diga.

Me llega su voz autoritaria empezando la maniobra para salir del puerto.

—Venga, quita las defensas. Nos vamos.

Lo hago antes de sentarme en popa a la vez que arranca el motor y lo observo controlarlo todo hasta salir rumbo a Raasay.

La brisa que sopla fuerte del norte hace que el mar esté algo alborotado, tenemos un viento de unos veinte nudos, el ruido de las olas chocar con el casco me resulta relajante y disfruto de un paisaje que al parece,

por muchas veces que vea siempre está dispuesto a sorprenderme.

Cameron va a izar la mayor a su palo y primero tiene que trajinar en el raíl de la botavara.

—Hay que aparejar correctamente las escotas para que se deslicen bien por las poleas si se atasca es un problema.

—Me dejas más tranquila.

Me mira muy sonriente con toda la arrogancia que tiene.

—Voy a intentar hacerlo solo, aunque todo no puedo, coge ese cabo de escota —ordena el patrón escocés.

—¿Cuál? —pregunto indecisa, ante la variedad que tengo visible.

—Ese, el azul, a tu derecha. Cuando la vela esté izada, la cazas ahí.

Señalando un escotero.

Me ha explicado cuales son para cada cosa. Que si el cabo de drizas para izar las velas, el cabo de escota para cazarlas y las amarras para largar los cabos. Todo ello en un cursillo acelerado de cinco minutos.

Empieza a dominar mi visión solo la vela plata de la mayor y me preparo para hacer lo que me ha pedido.

—Ahora, preparo el génova y me ayudas también.

Unos minutos después repetimos una maniobra diferente y en cuanto el barco empieza a recibir el empuje del viento en sus velas, él ocupa su puesto en la rueda y lo gobierna con confianza.

Retomo mi asiento disfrutando del silencio de la naturaleza con sus salvajes ruidos, observando como una bandada de gaviotas revolotea cerca con sonidos chirriantes amortiguados por el del oleaje.

—Cate, el viento está cambiando. Vamos en ceñida. ¿Vas bien?

—Perfecta.

—Ven. Ponte conmigo.

Me levanto y me acerco a él para colocarme delante, navegamos un poco escorados salpicándonos de suaves lluvias saladas que lo único que consiguen es que riamos como locos. Vamos sin chalecos y nos estamos empapando, pero es realmente divertido.

—¿Te gusta? —pregunta desde mi espalda.

—Me encanta.

Me vuelvo y dejo que nuestros labios se unan.

Hoy está muy feliz, me enreda entre sus brazos transmitiéndome la pasión que siente por navegar y entre movimientos muy placenteros vamos contemplando como la agresividad del agua nos va dejando surcarla, ayudados por la preciosidad de un casco, diseñado con mucho cariño por el hombre tranquilo y relajado que me acompaña.

Varias horas después he dejado a Cam en la cubierta comprobándolo todo para pasar la noche y estoy preparando una receta experimental para

cenar. Para darle un toque más romántico en la mesa elevable pongo un mantel naranja y una vela trenzada en el centro.

El día ha sido estupendo, pero agotador, estamos en el barco que puede parecer relajante, aunque no hemos parado hasta que hemos fondeado cerca de un islote en el extremo norte de Skye.

Hace un rato que puse el último de Radiohead y absorbo en la música tranquila de «*How to disappear completely / I'm not here this isn't happening*», sigo con mis preparativos.

Cam está bajando y se detiene a contemplar mi obra olisqueando.

—Estamos aquí. Tú y yo, desaparecidos —dice bajito pasando por detrás de mi espalda.

Lo miro pasar y noto lo grande que parece dentro del interior del barco. Aquí está todo ajustado al milímetro, no es excesivamente bajo, si bien, hay que sentarse pronto.

—¿Estás cocinando? ¿Sobreviviremos? Te recuerdo que estamos en el mar. Si me pasa algo, eres la responsable del barco —comenta divertido.

—Sigue así y no cenas.

—Déjame un minuto de gloria al menos, cariño. Para unos días que me voy a librar.

—Anda termina con la mesa —Tras una pausa añado—. Para que puedas disfrutar después de tu gloria.

—Ummm. Mi gloria suena muy bien...

Nos sentamos ante un plato de varios tipos de queso y otro con huevas de merluza al vapor que a Cam le encanta. Le sirvo mi receta experimental y él se encarga del vino.

Coge la botella mirándola y después se centra en mí.

—No has perdido el tiempo...

—No me lo he bebido, malpensado. Lo he echado en la comida.

Lo he comprobado y está bastante bueno. Son solomillos de ternera en salsa de vino tinto y cebolla caramelizada, como acompañamiento he puesto patatas y brécol al vapor. Creo que lo he bordado.

Cam prueba la carne y su cara no es precisamente muy halagüeña.

—¿Cuánto vino le has echado? Joder. Cate. Te has pasado.

Lo pruebo encontrándolo delicioso.

—Pues a mí me sabe bien. Eres increíble.

—¿Has estado probándolo?

Curioseas enarcando una ceja en su cara burlona.

La verdad es que sí, varias veces antes de añadirselo, para asegurarme que no metía la pata. Solo tres o cuatro, más varias veces de control cuando se estaba haciendo, imagino que es lo normal ¿No? Aunque quizás mis papilas gustativas se han acostumbrado al sabor.

—Un poco. Para ver cómo iba —afirmo despreocupada ante su mirada

incrédula.

Comemos animados una más que otro, y charlamos con fluidez de todo lo que se nos va ocurriendo mecidos tranquilamente por la calma de la noche, después de haber estado toda la tarde navegando en aguas bastante movidas.

Una de las cosas que más me gusta de Cameron es su capacidad para conversar, en eso se parece mucho a Duncan, tenemos muchísima facilidad para movernos de un tema a otro.

Terminamos y sube a la cubierta para hacer el último chequeo. Lo oigo ir de un lado a otro. No sé cómo ve algo, la noche en el mar es absolutamente negra.

—Cate, sube y tráete el whisky. Verás que lujo.

Cuando salgo una ligera brisa sacude mi cuerpo, a pesar de que no hace frío la humedad se nota mucho. Está en una hamaca hacia donde me acerco sentándome a su lado después de darle su petición. Coge dos vasos donde lo vierte tendiéndome uno.

—Toma, cariño.

Seguidamente se reclina sobre la tumbona tirando de mi cuerpo hasta que me sitúa entre sus piernas, quedando ambos casi tumbados bajo el cielo más estrellado que haya visto jamás.

—Es precioso —afirmo soñadora.

—Lo sé.

Disfrutamos del silencio en el mar en nuestros brazos hasta casi quedarnos dormidos acunados por el suave vaivén bajo el barco.

Dos días después seguimos disfrutando de nuestra travesía hasta la isla de Lewis. El tiempo está siendo muy tranquilo y Cam está demostrando que es un patrón experimentado. Las maniobras en las que le ayudo suelen ser precisas y acertadas.

Esta mañana nos hemos abastecido en el puerto de Stornoway, en una bahía acogedora y tranquila, sin apenas movimiento. Vamos a preparar un picnic en la cubierta, después de darnos nuestro baño salvaje diario.

Estamos teniendo mucha suerte con el sol y la temperatura del agua, todos los días nos agarramos a un cabo y nos damos un chapuzón en el mar. La sensación de miedo la primera vez fue paralizante, si Cam no me da un empujón no hubiese saltado jamás. Cuando te sumerges te atrapa el azul oscuro de las aguas, no sabes que hay o que se puede acercar. Sientes la profundidad en tus pies, incluso llegué a sentir las corrientes cálidas entre las frías.

El atardecer nos encuentra tumbados en la cubierta de popa. Su cabeza en mi regazo con mis manos acariciando su cabello estoy muy relajada y me siento en paz.

—¿Has pensado en tener hijos?

Suena con voz soñadora.

—Claro. Algún día. Creo que aún soy joven, primero quiero afianzar mi carrera. ¿Y tú?

—Hasta hace poco no era un tema que me preocupara, pero desde hace un tiempo es algo que ronda por mi cabeza.

—Ya, te entiendo. Yo me veo teniendo hijos a los treinta.

—¿Conmigo? —pregunta con una tierna mirada.

—No tendría hijos con nadie más. Tú serás el padre de mis hijos.

—Serás una madre estupenda, cariño —afirma acariciando mi brazo.

—Y tú un padre maravilloso.

Inclino mi cabeza y unimos nuestros labios en un beso con la esperanza de ver algún día a esos hijos que tímidamente nos atrevemos a soñar.

Hoy ya es viernes y esta tarde ponemos rumbo de regreso así que hemos decidido aprovechar las horas que nos quedan refrescándonos un poco.

Estamos preparados en la cubierta para saltar bajo un sol abrasador frente a un islote de Harris, no hay mucha profundidad y se aprecian los cambios de color según el fondo que tienen. Los brillantes rayos de sol incidiendo en la superficie forman húmedos espejos mágicos que en un momento haremos desaparecer.

Giro la cabeza para mirarlo como vino al mundo y su sonrisa confiada hace que la incertidumbre del salto deje de asustarme, es lanzarte desde varios

metros e impresiona, por lo que todos los días aunque siempre me tiro, necesito varios minutos de mentalización.

—Vamos, Cate, los dos a la vez —anima su voz alegre.

Con el sol que llevamos recibiendo estos últimos días tenemos los cuerpos bronceados. El suyo, perfecto preparado para saltar es una visión en mi cabeza. Por mi parte nunca había tenido un color tan tostado ni tan uniforme, sin ninguna engorrosa marca.

Me da una mano y sujetando en la otra un cabo de seguridad nos lanzamos al agua.

El contacto con el frío líquido causa estragos en todas mis terminaciones nerviosas. Cuando recobro el aliento me encuentro mis ojos favoritos con perlas de agua enrojecidos por la sal. No me ha soltado en ningún momento y en cuanto nos refrescamos empieza a batir las piernas para acercarnos al barco.

Subimos por la escalerilla y nos tumbamos en unas toallas en la proa, donde vuelvo a sentir penetrar el sol en mi piel mojada, es la mejor sensación después del baño. Tumbada boca arriba me relajo hasta que empiezo a adormilarme.

Escucho sus pasos yendo y viniendo de algún sitio, al momento la música de *Purple rain* suena de fondo y una mano aceitosa empieza a recorrer lentamente mi cuerpo.

—Te vas a quemar —susurra muy cerca de mis labios.

—Encárgate de que no. —Sin abrir los ojos.

Cam decide realizar su trabajo a conciencia y no deja ni rastro de bronceador en ella, solo el contacto de sus dedos en mis sentidos. Se sitúa a horcajadas sobre mí y aunque ya tengo todo el cuerpo perfectamente protegido, está dedicando su atención más precisa a sus dos locuras.

Abro los ojos sonriendo y pienso en lo que me espera a continuación. Los suyos dilatados, camuflados con el mar y su cuerpo preparado para demostrarme como sabe hacer las cosas cuando estamos mojados y resbaladizos.

—Voy a echar de menos esto —asegura muy excitado.

Solo con su sonrisa hambrienta baja la cabeza para lamer con devoción su parte favorita e insiste hasta que todos mis músculos se tensan, arqueándose para tenerlo más cerca. En un momento no puedo resistirlo más y abro las piernas para dejar que me llene con su rígido miembro, sintiendo como nos envuelven los lazos del placer en incontables sacudidas, llevándonos como siempre hasta nuestros propios confines.

Hoy por fin, es el primer día en mi nueva etapa en el astillero, la cual espero sinceramente sea tan productiva y enriquecedora como esta, además con el contrato nuevo, no tengo que estar pensando a corto plazo en cambiar e

incluso si las cosas van bien, probablemente desarrolle mi carrera aquí, hoy por hoy soy muy feliz.

En lo personal me quedo como estoy, no quiero más. He pasado los mejores días de mi vida, solos él y yo. De hecho, estoy pensando seriamente en la conversación que tuvimos sobre el matrimonio. Creo que aunque no llevemos el tiempo que siempre había supuesto tardaría en decidirme a dar ese paso, estoy convencida que es el hombre de mi vida. Tenemos una conexión invisible y ya no puedo imaginarme sin él, además estamos muy acostumbrados a estar juntos, aquí o en su casa, por lo que no creo que tengamos problemas en la convivencia.

Ante mis buenas perspectivas elijo algo de colorido para un día tan especial y me pongo un top rojo con pequeños corazones negros y blancos, de vez en cuando, siento bien arreglarse un poco más para ir al trabajo.

Mi maravilloso jefe, al verme antes de salir se sorprende gratamente ante mi buen humor y sin esperarlo, nos vamos andando cogidos de la mano.

En el astillero a pesar de que es un lunes de agosto hay operarios ajetreados en los barcos preparándolos para ser terminados y entregados.

Volvimos el sábado por la tarde. Después de una navegación más bien sosa, el viento decidió que ya nos había mostrado suficiente poder y tuvimos que echar mano del motor. Por lo que pasé casi todo el tiempo leyendo.

Pasamos el resto del fin de semana recogiendo lo que nos llevamos,

algunas cosas Cam las ha dejado en su casa. Cuando se ha dado cuenta que tenía que volver otra vez aquí me ha puesto una cara de fastidio bastante elocuente, el pobre hoy ha pasado todo el día de arriba abajo.

Ante las miradas de todos los empleados entramos en el vestíbulo de la compañía.

Un poco más tarde de lo habitual, cuando llego a mi mesa, el ambiente está tranquilo y solitario, por lo que empiezo a ponerme al día con los modelos de los barcos a los que tenemos que adaptar nuestros parámetros de medición.

Me han asignado seguir en las telecomunicaciones de los nuevos encargos. Los sistemas son más simples que los anteriores aunque es igual de gratificante, porque veo que el programa es absolutamente útil para todo tipo de embarcaciones.

Me extraña tanto silencio, supongo que las chicas han ido a la cafetería, sin embargo unos minutos después, aparecen hablando entre ellas con nuestros vasos en las manos.

—Hola, Cate. Toma.

Joan con su amabilidad diaria me ofrece mi segunda dosis de cafeína.

—Gracias guapa.

—Joder chica, entre el bronceado y los pantalones rojos estás que te sales —comenta Syd.

—Pues a mí me encantan las sandalias de tacón ¿Son nuevas? —
curioseosa Joan.

—No. Me las regaló Anna, apenas me las pongo.

—¿Cómo lo habéis pasado? —pregunta Syd.

—De maravilla. Han sido unos días perfectos —admito con una
sonrisa al recordar a mi amor.

—Nos hemos cruzado a Cam y el tío está negro. Parece que hayáis
estado en el Caribe —asegura Syd.

—Es que en el barco se pega más el sol y hemos estado la mayor parte
del tiempo en la cubierta.

Voy a ahorrarles algunos detalles, si no, van a sacar sus propias
conclusiones y no sé la mente de Syd hasta donde es capaz de llegar.

—¿Qué tal por aquí? —pregunto muy interesada.

—Ufff. Hay novedades. De eso hablábamos al entrar —declara Joan
frunciendo los labios.

—¿Ha pasado algo?

Mi atención se ha centrado totalmente en la conversación, aún no he
visto a Peter y supuestamente hoy va a hablar con Cam.

—Peter ha estado en Londres y esta mañana antes de que llegaseis ha
hablado con David. Al rato ha aparecido por aquí recogiendo todas sus cosas.
Nos ha dicho que han llegado a un acuerdo para finalizar su contrato, pero

creemos que no es cierto. Se ha ido demasiado tranquilo, nos ha dado la impresión que lo esperaba. ¿No te parece raro? —pregunta Syd.

Si ella supiera lo que me parece se llevaría las manos a la cabeza. Voy a llamar a Peter para que me cuente qué está pasando.

—La verdad es que me alivia que ya no esté aquí —afirmo razonable.

—A mí, si me despiden, me hunden. ¿Se va tan tranquilo? —apunta escéptica Joan.

—¿Tú lo sabías Cate?

La voz de Syd con curiosidad.

—No tenía ni idea. Cam no habla de algunas cosas.

—Creo que ha sido decisión de Peter. Cam se habrá enterado ahora —aporta Joan.

—¿Ha pasado algo estos días? —interrogo curiosa ante el desconocimiento de noticias.

—No estoy segura, aunque la cara de Peter cuando ha venido a llevárselo para el despacho no era muy cordial. Tenía pinta de estar bastante cabreado —anuncia Joan.

—¿Contratarán a alguien? —pregunta Syd mirándome concentrada.

—No sé. ¿Por qué me miras a mí? —pregunto incómoda antes de levantarme.

Me dirijo hacia el pasillo con el móvil en la mano. Llamo a Peter y

contesta al momento.

—*Hola, Cate. ¿Cómo estás?*

—*Bien. ¿Y tú?*

—*Bien, muy liado. ¿Te has enterado de lo de David?*

—*Algo me han contado. ¿Qué has descubierto?*

—*Luego te cuento. Estoy recopilando la información para hablar con Cam.*

—*¿Pero sabes ya quién está detrás?*

—*Casi, estoy en ello. No te preocupes. Dentro de un rato cuando hable con él te lo cuento todo. Es un poco más complicado de lo que esperaba* —explica un poco cansado.

—*Vale. Estoy preocupada por cómo se lo va a tomar.*

—*Déjame a mí. Después hablamos.*

—*De acuerdo. Hasta luego.*

—*Hasta luego.*

Unas horas después llegan voces desde el pasillo de los despachos, pero no logramos identificar a los propietarios, nos miramos extrañadas hasta que la de Lisa Collum se distingue sobre la otra.

Los dos pares de ojos de mis compañeras observando fijamente la puerta de nuestra sala, hacen que me vuelva hacia donde ellas miran para encontrarme a la señorita Collum en persona siendo acompañada por mi novio

y como la gran jugadora que es, se detiene para que la veamos bien.

—Cameron, cariño, me alegro de haberte visto —comenta con voz melosa.

Esta mujer causa animadversión en las demás, incluidas mis dos compañeras, que sienten por ella la misma repulsión que yo. Hoy va vestida para matar con un vestido de tirantes negros subida a unos tacones de infarto. Su pelo rubio perfectamente peinado sobre sus hombros llamando la atención directamente a su artificial delantera.

Se acerca a él, que está paralizado con las manos rígidas en sus costados observándola con la vista perdida. Ella le pasa íntimamente una mano por la mejilla y le da un suave beso en los labios.

—Ya sabes. Para lo que necesites cuenta conmigo.

—Gracias, Lisa.

Cam se da la vuelta y desaparece sin echar un vistazo hacia nosotras ni una sola vez, nos ha ignorado totalmente. Ella, sin embargo, sí nos ha dedicado su sonrisa más triunfal, incluida su mirada asesina solo para mí, como gratificación.

Syd y Joan me observan preocupadas con los rostros desencajados por la decepción. Hasta ahora no he articulado ni una palabra. Estoy intentando comprender la escena inesperada y muy desagradable que acabamos de presenciar.

Pasan unos minutos mientras proceso que debo hacer. ¿Por qué ha dejado que lo bese? ¿Por qué me ha ignorado?

Nunca hemos hecho gala de ser cariñosos en el trabajo, pero de ahí a tener que aguantar que vengan a darle besos a tu pareja en tus narices hay una diferencia. Nunca voy al despacho de Cam por asuntos personales, esos se los cuento en casa, aunque esto que acabo de presenciar me parece que merece una explicación por su parte. No voy a tolerar la presencia de esa mujer aquí, mucho menos si viene en este plan. Se lo tengo que decir porque puede entender que no me molesta cuando estoy totalmente desconcertada.

Tras meditar durante un rato, me levanto con el asentimiento comprensivo de mis compañeras, que están teniendo el detalle de callarse y darme apoyo en silencio.

Entro sin llamar, en estos momentos no estoy para cortesías.

Lo encuentro sentado tras la mesa con los codos apoyados en ella y las manos en la nuca rodeándose la cabeza. Ha estado bebiendo, tiene un vaso y una botella de whisky medio vacía al lado.

—¿A qué ha venido eso?

Enfada situándome frente a él.

Levanta la cabeza al escuchar mi voz y me encuentro unos ojos furiosos de ira mirándome con absoluto desprecio.

—¿Creías que no me iba a enterar? —sisea engañosamente tranquilo.

—¿De qué hablas?

—¿De qué habló? ¡¿Te atreves a preguntarme de qué coño hablo?!

La elevación de su tono hasta acabar retumbando en las paredes me confirma que algo va muy mal.

—Sí, ¿de qué coño hablas? —pregunto intentando no alterarme.

Está indignado y me está empezando a asustar su descontrol.

—¡Hablo del puto software! ¡¿Dinero?! ¿Necesitabas dinero?

—¡¿Qué coño dices?! —grito sin poder reprimir la rabia.

—¡Has destripado el software y lo has vendido! ¡Lárgate!

Escupe las palabras furioso.

¿Pero qué le han contado? ¿Yo? Necesito que se relaje un poco, está tan alterado que no me va a escuchar.

—Si lo han vendido no he sido yo. Te han informado mal —explico volviendo un poco a un tono más comedido.

—¿Sí? ¿Estás segura? —duda destilando sarcasmo.

Su desconfianza hace que no pueda evitar que estalle intentando protegerme, comprendiendo ahora que la visita de la zorra ha sido para esto.

—¡Sí! ¡Estoy segura! ¡Estoy muy segura! ¡A ver si tu amiguita te informa mejor!

—¡¿Amiguita?! ¡¿Tú?! ¡Eres una hipócrita! —explota encolerizado.

Nunca lo había visto así, ha perdido totalmente el norte, la mala leche

no lo deja razonar, y aún así, me está dando donde más me duele. Nunca he sido falsa o condescendiente con él. Nunca. Todo lo que he hecho ha sido para ahorrarle malos momentos, jamás lo traicionaría.

—¿Hipócrita? Creía que te conocía aunque me estoy dando cuenta que me he equivocado —admito muy seria y profundamente decepcionada.

—¿Cuándo te has equivocado?! ¿Antes o después de acostarte con John?! ¿Antes o después de Harry? Dime Cate ¿Son mejores que yo? ¡El padre de tus hijos! —grita rabioso.

—¿Qué? ¡Estás loco! ¿De dónde sacas esas ideas?

—¿Ideas?

Intenta sonreír, sin embargo, solo florece la amargura y el odio en su voz, coge bruscamente la pantalla del ordenador que tiene sobre la mesa y empieza a buscar algo, en cuanto lo localiza me lo enseña con una sonrisa muy cínica, pasando por varias imágenes.

Son fotos mías con Harry saliendo de su edificio y en *Nobu*, donde se nos ve sentados en la mesa cenando, con la mano de él sobre la mía. Sacado de contexto puede parecer otra cosa, aunque fue solo el gesto reconfortante de Harry en ese momento en el que acababa de saber lo del software.

En las siguientes sí hay más maldad. Salgo con John el día que nos conocimos en el aparcamiento, desde el ángulo de la foto parece que me esté besando y no ocurrió así. En las últimas, estamos el día de la entrega de los

barcos. Sus manos sosteniendo mi cara unos segundos antes de cambiar de opinión. Realmente estas sí dan una impresión errónea, pero si consigo que se tranquilice un poco, le contaría lo que pasó esa noche y porqué no lo hice en su momento.

—Aunque no me quieras creer. No son lo que parecen. No hay nada comprometido en ellas. Me duele que confíes más en lo que ves que en mí — explico bajando el tono.

Me mira hecho una furia con el cuerpo totalmente en tensión y la respiración muy agitada.

—¿Compromiso?!. ¿Confianza?! Tú no sabes una mierda. Yo estaba comprometido contigo, confiaba en ti. ¡Ya no!... Hemos terminado. ¡Fuera!.

No puedo creer que lo esté llevando tan lejos. Estoy totalmente alarmada.

—¿Hablas en serio? ¡¿Ya está?! Ni siquiera vas a hacer el esfuerzo de darme el más mínimo beneficio, las fotos no son lo que parecen. Nunca te he sido infiel.

—¡No son solo las fotos! ¡No soporto la deslealtad y tú nos has vendido por dinero! ¡Las fotos son solo la prueba de lo imbécil que he sido contigo!

—Cam. Por favor escúchame. Habla con Peter. Él te lo explicará. Encontraremos al responsable, pero no soy yo. Te lo juro. No he sido yo.

Mi voz en un hilo de súplica.

—¿Cam? ¿Por favor? ¡Fuera de aquí! —grita lleno ira.

Nos retamos durante unos segundos. Mi corazón empieza a latir intentando huir desesperadamente de la amenaza mortal que mis ojos están recibiendo.

—Está bien. Me voy —acepto hundida.

Doy la vuelta encaminándome a la puerta y la abro. Antes de salir lo observo por última vez, aunque, desgraciadamente, su mirada soberbia inyectada en odio es quien se despide de mí.

—Estás cometiendo un error. Nos vas a hacer mucho daño a los dos, sin embargo, es tu decisión. Adiós Cameron, espero que algún día te arrepientas y por favor, no me busques para decírmelo.

Salgo del despacho y cierro la puerta con cuidado aunque creo que todos desde la primera hasta la última sala han oído la discusión.

En el pasillo me encuentro a Peter absolutamente blanco, mirando mis ojos vacíos que aún no ven, siguen cegados por la tormenta de ráfagas que acaban de recibir.

—¿Qué ha pasado? Aún no he hablado con él —exclama muy preocupado.

—Lo sé. Se te han adelantado.

—¿Cómo?!

—Lo siento Pet. Me tengo que ir —susurro ante la avalancha húmeda que me está inundando.

Se acerca a mí rodeándome con sus brazos donde lloro sin consuelo ante la tragedia que siente mi corazón.

—Cate. Voy a hablar con él. Por favor serénate ¿Vale? Tiene un pronto muy malo, pero dentro de un rato se le pasará.

—Me voy Peter. Adiós —hablo porque es algo mecánico antes de separarme de él.

Regreso y empiezo a recoger mis cosas. Mis sentidos están haciendo un esfuerzo por saber cómo reaccionar para que el desbordamiento de mis lágrimas no lo inunde todo. Estoy a punto de perder totalmente el control de mi cuerpo, solo que esta vez no me domina el deseo o la excitación, sino la ansiedad, angustia y la profunda herida de mi alma, son infinitamente más dolorosas que cualquier otra cosa que haya sentido antes.

Mis compañeras están bloqueadas, en menos de una hora nuestra situación ha cambiado totalmente.

—Lo siento Cate. No te preocupes todo se arreglará —afirma apenada Joan.

—Cuenta con nosotras, llama para lo que necesites —ofrece Syd.

Mi voz ante las graves e injustas palabras recibidas de la persona que hasta hace unos minutos llenaba mi vida, ha decidido abandonarme también,

por lo que solo articulo monosílabos incoherentes.

Lo recojo todo para salir hacia el ascensor. Desde el pasillo se escuchan los gritos de Peter y Cameron discutiendo, ya no importa, para mí es tarde. Me ha echado.

No recuerdo haber andado, pero lo he hecho, estoy recogiendo mi ropa como un autómeta. Lo meto todo en mis maletas, sin importarme como guardo las cosas, he perdido cualquier atisbo de organización y solo actúo por impulsos coordinados en mi cabeza racional, muy ocupada conteniendo el daño del sangrado masivo de mi corazón, incluso hay momentos, en los que no puedo ni respirar y aún haciéndolo siento que no me llega el aire a los pulmones.

Me tengo que ir de aquí, no tiene sentido quedarse. Necesito salir ya.

No puedo pensar, con la sensación de decepción que siento, al recordar su bella mirada transformada en la más absoluta bestia aniquiladora.

Bajo al salón, sabiendo que es la última vez que lo veré. Los marcos que compré en Londres se los voy a dejar junto al resto de pequeños objetos que me han servido durante este tiempo, haciéndome más acogedora la vida, en la que ha sido mi casa los últimos meses.

Despacio me acerco al mueble que hay en la entrada, y saco la cajita con los pendientes que me regaló. No me los voy a llevar. ¿Para qué? No me

los voy a poner. No podría. Con cuidado los coloco junto a las llaves e intento escribir una nota. Las palabras no me llegan con facilidad. ¿Cómo decirle lo que siento? Es imposible. Solo puedo despedirme definitivamente y solo me vienen dos que lo resumen todo.

Temblando cojo un bolígrafo y escribo: «Adiós, *gràdh*.»

Llaman a la puerta y salgo con mis maletas hacia un futuro lejos de aquí, hace un rato llamé a un taxi para trasladarme al aeropuerto de Edimburgo, no tengo aún el billete y no me importa nada. Vuelvo a mi país, a mi verdadera casa, esto solo ha sido un sueño.

En cuanto están acopladas iniciamos el recorrido para salir del pueblo, al pasar cerca de la rampa del puerto veo el coche de Peter en el cruce de calles, aunque no me ha visto, he observado como sangraba su labio y tenía un ojo cerrado. Imagino que a él y a su amigo no les han bastado los gritos.

Son casi las tres de la tarde, hasta dentro de unas horas no llegaré y empiezo a procesar bien todo lo que Cam me ha dicho, su reacción, su furia. El desprecio en su mirada al sentirse engañado. Las fotos que alguien me ha estado haciendo sin yo saberlo.

¿Por qué? La venta del software, el anónimo, la retirada de David... Dios estoy empezando a volverme loca.

Los bellos paisajes de Skye no me distraen de mi estado catatónico y

menos, volver a cruzar el puente con lágrimas amargas en mis ojos sabiendo que esto es definitivo.

Me voy de Escocia haciéndome la firme promesa de no volver jamás.

Olas besando playas

«La acción es la clave fundamental de cualquier éxito»

Pablo R. Picasso

INDESTRUCTIBLE II

(Del 25 de febrero al 15 de agosto de 2010)

Capítulo 11

Brooklyn, Nueva York

Jueves 25/2/2010

—¡Cate! Venga espabila. Los niños están de los nervios. No les compres chucherías y por favor que se coman los sándwiches —exclama la voz impaciente de Anna.

Salgo de mi dormitorio arreglándome la ropa, derecha hacia el salón, con mi mejor cara para encontrarme a Mark, vestido con vaqueros y unas converse rojas poniéndose un chaquetón verde con un logo que no logro identificar, se acerca muy excitado cogiendo mi mano.

La semana sin cole que tienen está casi acabando y aunque no lo reconozca, echa de menos el estar rodeado de más niños y ante la perspectiva que tiene hoy está emocionado.

—Tía Cate, vámonos ya, porfí. Vamos a llegar muy tarde.

—Sí, venga. No vamos a llegar al show de los leones “merinos“. ¡Vamos!... —exclama Helen tirando de mi otra mano.

Mi querida niña con sus seis inocentes años, vestida con sus vaqueros rosas un chaquetón plateado y unas deportivas verdes, no entiende lo que el día de hoy significa para mí.

Su madre, más atenta al dolor en mis ojos, se acerca dándome un tierno abrazo.

—¿Estás bien? —pregunta apoyando y consolándome con su mirada.

Siento el calor de su cuerpo en el mío y me reconforta, sabe que este día durante los últimos diez años es el que peor llevo.

Hoy es el cumpleaños de Cameron, cumple cuarenta.

Ha pasado tanto tiempo y aún me duele. Nunca nos hemos vuelto a ver, no sé cómo estará. No sé nada. Desconecté de todo, no he querido saber. Cualquier cosa que pudiera hacerme recordarlo directamente la anulaba, el problema es que mi cerebro se ha ocupado de mantenerlo vivo en mi memoria. No ha pasado ni un solo día desde que me fui que no haya dedicado unos minutos al día en pensar en él. Algunos fueron peores, eran horas enteras.

Con el paso de los años he aprendido a vivir con ello, el tiempo dicen que lo cura todo, pero no se puede curar lo que ha muerto y yo me quedé sin corazón un lunes siete de agosto del año dos mil.

Ni siquiera vi los barcos navegar en las regatas que pusieron por televisión insistentemente cuando nos ganaron la copa.

Recuerdo aquel lejano día en el aeropuerto de Edimburgo, tuve que esperar casi cinco horas para poder coger un vuelo que me llevó a Nueva

York, desde allí otro hasta el BWI-Marshall en Baltimore.

Cuando llegué no supe donde ir y me alojé en un hotel con la esperanza de que todo hubiese sido irreal; sin embargo, las lágrimas no me abandonaron ni en sueños. Lloré tanto, que esos días los tengo permanentemente húmedos en mi memoria y, aún a veces, quieren salir como ríos que nunca se agotan.

Anna y Julian me localizaron unos días después. Peter los llamó preocupado, preguntando si sabían algo de mí, afortunadamente gracias a ellos estoy aquí. Me encontraron como alma desposeída de su preciada vida.

Después me dediqué un tiempo a repasarlo todo. Había cosas que no entendía, luego, sencillamente dejó de interesarme machacarme a mí misma con algo que ya no tenía solución.

Tuve algunos momentos tan realmente pesimistas en los que no veía ninguna luz, solo sombras. Si pasas mucho tiempo entre ellas, al final desaparecen los colores, todo para ti se convierte negro. A veces, veía lugares y me imaginaba que serían bellos sitios para finalmente desaparecer. Para lo que hacía, no perdía nada. Cada vez que recuerdo esos días, no puedo evitar sentirme una triste sombra que desde entonces solo vive, solo vaga.

Anna y Julian me hablaron de su proyecto en común y me propusieron asociarme con ellos. Montaron una oficina en Nueva York, cerca del *Empire State*, en la 34th St. con *Madison Ave.*, y al ser un tema que ellos ya tenían decidido solo tuve que dejarme arrastrar.

En un principio seríamos una consultora de sistemas informáticos aplicados a la náutica, pero antes de empezar decidimos que era mejor desarrollar paralelamente paquetes de software personalizados para nuestros clientes. Teníamos un abanico de posibilidades muy interesante que supimos aprovechar.

Ahora ocupamos toda la planta treinta y dos, desde dónde nos dedicamos a dar soluciones integrales en las comunicaciones navales, aparte, de desarrollar aplicaciones específicas para optimizar el rendimiento de los programas en función de las necesidades de los barcos.

No está mal, teniendo en cuenta que empezamos los tres solos. Pronto, cada uno nos fuimos encontrando cómodos en determinadas áreas y sin darnos cuenta hemos acabado llevando cada uno un departamento. Julian se dedica al diseño de los nuevos programas. Anna sobre todo a las relaciones comerciales y yo, a la investigación de los parámetros para acoplarlos a los programas. Siempre consensuamos nuestros trabajos y admitimos sugerencias de las personas que con los años se han ido incorporando a nuestra firma, *Shaw&Thompson&Green Tech.'00 Ltd.*, aunque en este mundillo nos llaman *STG*.

Vivo en Brooklyn en el 20 de *St. Paul's Street.*, al lado de la *Ocean Ave.*, ellos en el 1920 de *Church Ave.* Realmente cerca, solo a varias manzanas, en un barrio lleno de edificios de ladrillo rojo, pequeños jardines

vallados y en mi calle; muchos árboles enormes. Está lleno de tiendas, bares, restaurantes, básicamente un sitio vivo. Colores, gente y ruido esos son nuestros vecinos diarios.

Cuando me trasladé, tuve la opción de vivir en Manhattan con una compañera de la universidad, con quien seguía en contacto y vivía muy cerca de la oficina. Finalmente decidí que prefería Brooklyn, me gustaba el trasiego de gente, así que compré un piso cerca del de ellos.

Mis amigos como siempre han estado a mi lado apoyándome y también haciendo el esfuerzo de soportar mi ira ante cualquier comentario que hicieran de algo que les habían contado Charlie o Tom sobre el astillero, hasta que optaron por no hablar delante de mí de los temas que sabían aún hoy, me duelen demasiado.

Anna me hablaba de las llamadas de Peter preguntando por mí, pero en esos momentos no quise hablar con él y después de un tiempo o bien cesaron o mi amiga se hartó de mi negativa ante cualquier tipo de comunicación. Ha intentado varias veces aclararme lo que pasó, pero siempre rechazó la conversación, quien me lo debía haber explicado nunca dio la cara.

Es verdad que no he hecho nada por saber de ellos, sinceramente, creo que después de lo que vivimos, si Cameron hubiese querido me habría localizado, como no lo hizo, opté por seguir adelante con mi vida. A pesar de que le dije que no se pusiera en contacto conmigo, estuve muchos años

esperando que algún día de repente apareciera en la puerta de mi casa, hasta que llegué a la conclusión de que mi idea romántica del amor que había vivido fue solo eso: una idea.

No sé si él se habrá acordado de mí en todos estos años, la verdad es que a estas alturas apenas me importa. En cambio, el dolor de mi corazón ante la injusticia de sus acusaciones, cuando él para mí lo era todo, ha sido imposible detenerlo.

Todavía hoy me cuesta entender por qué reaccionó con tanta furia, cuando debería haber sabido que durante el tiempo que estuvimos juntos mi entrega hacia él fue absoluta, quizás, lo que más me dolió no fueron sus palabras, ni siquiera la furia de sus ojos; lo que realmente me hundió fue su desconfianza, que creyera a una persona a quien se le estaban viendo de lejos sus malas intenciones. Él había presenciado el comportamiento de su amiga conmigo, sabía que nuestra animadversión era recíproca, supongo que pudo haberme concedido el beneficio de la duda, que está claro no hizo.

He tenido el placer de ver nacer y crecer a los hijos de Anna y Julian. Acompañé a mis amigos en esa alegría. El mayor, Mark, tiene ocho años. Es rubio como su madre, con la cara de su padre. Con los mismos ojos verdes de los Thompson y parece que va a ser bastante alto, porque aunque lo veo con frecuencia, le noto el crecimiento cada vez más acelerado.

La niña se llama Helen y tiene seis años, es mi ahijada. Es todo lo

contrario a su hermano. Morena con unos ojos azules muy expresivos y un cuerpecito que no engorda se coma todas las chucherías que se le antojen. Tiene una cara preciosa y promete ser un quebradero de cabeza para sus padres cuando crezca.

Hoy voy a llevarlos al zoo de Central Park, su madre, muy lista, cree que como es un mal día para mí estar con los niños me distraerá lo suficiente, pero no sabe que a mi mente le da igual el momento, puedo estar todo el día con ellos sin pensar en él y de repente cualquier cosa, olor, color o acento, hace que mi memoria vuelva a la época en la que fui feliz.

No son recuerdos que pueda controlar, tienen total independencia para volver cuando ellos lo consideran oportuno.

Nos bajamos del metro en la *5th Ave.*, con la *59th Street* y al salir a la calle tengo que ir muy pendiente de que los niños no se despisten. Es jueves y los alrededores del parque están llenos de gente, casi todos padres intentando entretener a sus hijos en esta semana de vacaciones.

Andamos rodeados de mucho tráfico hasta *Grand Army Sq.*, están alucinando con los coches de caballos para los turistas.

—Tía Cate. ¡Mira! —exclama Helen feliz.

—¿Podemos subir en uno? —pregunta Mark, intentando aprovechar la oportunidad.

—No. Eso es solo para los turistas.

—¿Por qué solo para ellos? Yo también quiero —afirma Helen.

—Si nos portamos bien... ¿Nos montas luego? —negocia el astilla de mi amiga.

—Ya veremos, pero como sigáis así no llegamos, son casi las doce.

Intento avanzar el paso con Helen de la mano, mientras Mark corriendo está entrando en el parque.

Aunque hace bastante frío no hay nieve, por lo que supongo, el tiempo es muy apropiado para el espectáculo que quieren ver.

Después de pasar bajo la pérgola del zoo, miro el mapa para ubicarme, los niños echan a correr dejándome con cara de idiota delante de la mampara.

—¡¡Tía Cate!! ¡¡Vamos!! ¡¡Que empiece ya!! —grita Helen, corriendo hacia la piscina vallada de los leones marinos.

Qué potencia de voz, voy a tener que hablar con Anna, parece que los niños hayan salido de la selva amazónica y todo sea novedoso para ellos, de hecho, creo que si quitan la megafonía del parque y la ponen a ella gritando en medio surtiría el mismo efecto que los altavoces más punteros.

Suspirando con resignación, acelero mi marcha hasta el “espectacular” show, que ven por lo menos dos veces al año, pero al parecer olvidan, porque su excitación es de primicia absoluta.

Los encuentro enganchados en la valla contemplando en semi trance las monerías de un montón de leones en el agua. He de reconocer que por ver sus caras ahora mismo ha merecido la pena el trayecto que me han dado.

Contenta saco el móvil del bolso, situándome unos pasos por detrás de ellos, como están de espaldas a mí me desplazo hasta que los enfoco entre la valla; qué monos, otra más para mi colección.

—¿Cate?

Me giro al escuchar mi nombre en una voz de mujer que de repente me transporta a otra época, hoy precisamente que no quería alentarla en mi memoria.

Me encuentro ante los ojos expectantes y sorprendidos de Amy. Está preciosa, se ha cortado el pelo y le cae un flequillo rubio muy largo a un lado de la cara. Sus ojos y los míos se llenan de lágrimas cuando nos acercamos para fundirnos en un abrazo, de aquellos a quienes nunca la memoria ha olvidado. Mi cara, llena del torrente que siempre me acompaña cuando pienso en esos años, refleja la emoción de volver a sentir a alguien cercano a mi amada y asesinada Escocia.

Nos separamos y siento cómo intenta buscar en mí a la chica que conoció. Mi cuerpo de casi treinta y cinco años bajo examen, aunque sigue siendo esbelto, ahora sí debo controlar mi talla, alrededor de la 40; depende de las rachas. Llegué a tener los meses posteriores a mi vuelta una 36. Ahora

me encuentro bien, creo que sigo siendo atractiva, al menos percibo la reacción que causo en los hombres, y curiosamente no solo más mayores sino también algunos veinteañeros simpáticos que aún creen que por intentarlo no pierden nada.

Hoy visto ropa muy informal: unas deportivas negras, vaqueros, una cazadora de piel, y una bufanda blanca alrededor del cuello.

—Deja que te vea. Estás fantástica. Tu pelo siempre me encantó, así más corto te favorece mucho —comenta sonriente Amy.

—Tú sí estás genial. También te queda muy bien ese corte. Muy chic.

—Que tontas somos. Como me vean los niños van a pensar que ha pasado algo.

Busco alrededor y veo a dos rubios guapísimos, una niña igual que su madre, más mayor que Mark y un niño más o menos de la edad de Helen muy guapo e igual a Peter.

El padre de sus hijos fue el único que defendió mi inocencia enfrentándose a la ira de su amigo, el único que al menos intentó mantener el contacto y explicarme qué descubrieron.

—Son guapísimos, Amy, el niño es igual a Peter, tiene hasta el mismo lunar.

Me mira asintiendo con una gran sonrisa.

—¿Has visto? Y además igual de rebelde —afirma sin evitar el orgullo

materno.

—¿Qué haces en Nueva York? —pregunto curiosa.

—Hemos venido a una reunión, Peter se reúne el lunes con unos posibles clientes americanos.

—¿Cómo estáis?

—Muy bien, tranquilos en Portree, ya sabes, rutina, el astillero, la casa, el cole.

Asiento ligeramente tratando de esbozar una sonrisa.

Efectivamente la entiendo, veo a Anna y Julian que, si bien a veces protestan por tener las obligaciones propias de los padres, en cuanto están sin su prole varios días se ponen histéricos echándolos de menos.

Claro que la comprendo, mientras llego a mi casa sin sonidos, solo la música que según mi estado de ánimo elijo, ellos se tienen que esforzar por ver algo en la televisión sin que haya algún tipo de interrupción o con el volumen al máximo.

Ciertamente sé de qué habla, el querer estar solo un rato, sin hacer nada.

Realmente me lo imagino, ellas tienen lo que un día me atreví a soñar y en menos de una hora perdí.

—¿Y tú? ¿Con quién has venido? —pregunta Amy.

—Con Helen y Mark, los niños de Anna y Julian, espera los voy a

llamar.

Me acerco a ellos. Siguen contemplando la animada función.

—Venid conmigo —digo tirando de sus brazos.

—¿Por qué? Desde aquí lo vemos bien —protesta Mark.

—Porque estoy hablando con una amiga y quiero teneros a la vista.

Venga andando.

De mala gana me acompañan para llevarlos con Amy y sus hijos.

—Chicos, venid —ordena Amy.

Al encontrarse se miden disimuladamente entre ellos. La hija de Amy sonríe, sabe que Helen aún es un poco pequeña y parece que el desinterés de Mark por conocerla es mutuo. Helen y el clon son otra cosa. Se sonríen desplegando a ver quien tiene un mayor número de huecos en sus dentaduras, dando lugar a un flechazo instantáneo.

—Helen, Mark os presento a Connor y Mary —dice Amy.

Se saludan con escuetos “holas” y tímidas sonrisas, aunque Helen — que desconoce aún el significado de la palabra vergüenza— se acerca a Connor y le sonríe con una cara de ángel, donde solo veo a un ángel vengador después de haber mordido el polvo varias veces en el recreo; Dios, menuda cara de pilla.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta curiosa.

—Seis. ¿Y tú?

En cuanto Connor pronuncia con su acento característico, lo mira sorprendida.

—“Sai“, igual. ¿Por qué hablas raro? —pregunta Helen, frunciendo los ojos y la boca.

—No hablo raro. Tú si hablas rara. ¿“Sai“? ¿No sabes decir seis? — replica Connor molesto.

—“Sai“. ¿Te vienes a ver los leones "merinos"?. —invita risueña.

—¿"Merinos"?. —pregunta desconcertado encogiendo los hombros.

La sigue sin una palabra más, dan la vuelta y se colocan a unos metros de nosotras. Menos de un minuto después son uña y carne. Lo mejor que nos podía pasar para mantener una conversación relajada.

—¿Nos sentamos? —pregunta Amy, señalando un banco vacío.

—Sí. Mark, Mary, no os separéis mucho. Estamos allí —adviento indicándoles donde vamos a estar.

Seguidamente, conectamos miradas que aunque hacía mucho tiempo no se veían siempre tuvieron muy buen entendimiento. Tengo delante a la mujer de mi querido amigo, con quien mantuve una excelente relación que desafortunadamente rompí a pesar de su insistencia, y me hace sentir un poco de arrepentimiento. No tuvieron nada que ver con la decisión que tomó otra persona. Realmente cuando me fui, no me despedí de nadie, me limité a correr lo más rápido que pude.

—Cuéntame, Cate. ¿Estás casada? ¿Tienes hijos? —pregunta, cogiendo mi mano con cariño.

—A todo no —niego ligeramente con la cabeza.

Me mira con comprensión hasta que una lágrima rezagada recorre su mejilla, serena, e intuyo que para ella tampoco fue fácil nuestra ruptura.

—Lo siento mucho, Cate. Sentí muchísimo lo que pasó. Fue una época mala para todos. Peter y Cam estuvieron varios meses sin dirigirse la palabra. Fue muy extraño. Te hemos echado mucho de menos. Algunas veces hemos coincidido con Tom Scott, pero si Cam estaba con nosotros no preguntábamos. Recuerdo que hace unos años, estando solos, nos lo encontramos en un restaurante de Londres. Hablamos unos minutos sobre ti. Sabíamos lo de la empresa y Nueva York, no mucho más. Peter pasó algún tiempo molesto contigo porque no quisiste hablar con él.

—Lo siento, Amy. No podía.

Intento no llorar, pero es imposible. La miro y veo mi dolor en sus ojos.

—No te preocupes, te comprendo. Sé que Cam se pasó bastante. Peter le contó lo que ocurrió y demandaron a David McAllister.

—¿Cómo? ¿Descubrieron algo?

Si Anna me viera me daría una buena reprimenda, lleva muchos años intentando contarme algo que curiosamente hasta ahora mismo no había

despertado mi interés, o quizás porque ya he dejado definitivamente de esperar que otra persona me lo aclare.

—Lo descubrieron todo. Lisa había engatusado a David para que este robara el software. A ella el software le daba igual, aunque le sacarían un buen pellizco. Su objetivo era Cameron.

—Siempre supe que su objetivo era él. Se lo advertí.

—En un principio la cosa les estaba saliendo bien, hasta que tú empezaste a acercarte a Cam y a los resultados del programa. McAllister lo tenía todo calculado en cuanto a la venta, pero con la seguridad que pusisteis, lo tuvo que posponer. Ahí la cosa entre ellos ya iba mal. Él se estaba cansando de los coqueteos de ella con otros y de la persecución que hacía a Cam. El plan era echarte el muerto a ti. Fue ella quien le contó a Harry que tú lo estabas vendiendo, por eso él te citó en Londres. Luego también aprovechó el tirón.

—Claro, nos siguió a *Nobu* —confirmo por fin.

—Te siguió muchas veces. Realmente no iba detrás de ti. Te cruzaste en sus planes y le viniste bien.

—¿En el parking del astillero y en la fiesta, fue ella también?

—Sí. Y en más sitios, aunque supongo que las fotos que enseñó a Cam, eran las únicas que se podían malinterpretar.

—¿A ella la implicaron también?

—Sí y a Harry. Él fue quien al final compró el software y lo distribuyó.

—Cameron lo supo. ¿No?

El sutil asentimiento de Amy me confirma que mi querido escocés no me creyó.

—¿Por qué no cenamos juntos? Me tengo que ir y no puedo llegar contando a Peter que te he visto y no hemos quedado.

—¿Dónde os alojáis? —pregunto.

—Aquí al lado, en *The Surrey*. Tiene un bar abajo muy tranquilo. Dame tu teléfono y te llamo en cuanto hable con él.

—1-718-534-3240. Llámame a partir de las cuatro. Tengo que dejar los niños con Anna.

—De acuerdo. Me he alegrado muchísimo de verte Cate. Después hablamos ¿Vale? Procura no perderte —comenta con una dulce sonrisa antes de besarnos en las mejillas.

—Descuida, luego nos vemos. Saluda a Peter.

Nos hacemos cargo cada una de los nuestros, al menos cuando estoy sola con ellos soy su total responsable, por lo que ahora mismo son míos. Ella se va con los suyos y nosotros seguimos dando un paseo hasta agotar el último rincón, donde nos sentamos y sin protestar, para mi total asombro, se toman los bocadillos que según su madre no iban a querer. Sin la más mínima queja.

—¿Lo habéis pasado bien? —pregunto sabiendo la respuesta.

—Genial, eres la mejor. —afirma Mark muy alegre.

—¿Nos compras un helado?

Miro entrecerrando los ojos a la nariz respingona sobre la boca en proceso de actualización que tengo delante, negando con una sonrisa ante la última oportunidad que no puede dejar pasar la muy pícara. Es como un tipo de acción y reacción; ven los helados y los piden.

Entre pequeñas charlas y un cuestionario completo sobre todo lo que van viendo regresamos en metro. Para Helen es una experiencia relativamente reciente y es muy gracioso ver como observa a las personas amontonadas en las escaleras automáticas, sin comprender por qué van tan juntos o todos a la vez. No entiende que tienen un horario, según ella, si cada uno fuera a una hora no habría problemas. Me relaja comprender la sencillez de sus pensamientos, son principios básicos, al final lo más sencillo es lo que mejor funciona.

Después de un trayecto amenizado por muchas preguntas curiosas llegamos a casa de los Thompson-Green, casi a las cuatro de la tarde.

He quedado con Amy en que me llamará a partir de esa hora, así que no puedo entretenerme mucho.

—¡Mami! ¡Mami! lo hemos pasado genial, la tía Cate ha encontrado a una amiga y he jugado con su hijo.

Mi querida niña con su inocencia desatada tarda un segundo en contar a su madre nuestro encuentro.

—Qué bien cariño. ¿Te has portado bien? —pregunta Anna dándole un beso.

—Genial ¿A qué sí tía Cate? —pregunta mirándome.

Sus ojos azules buscando mi aprobación, la cual le doy con una sonrisa resignada antes de salir corriendo hacia el salón con su hermano.

—¿Ha llegado Julian? —pregunto a Anna.

—No. Aún no han terminado de jugar. Llegará dentro de un rato. — explica refiriéndose al golf.

Intentando parecer despreocupada me dirijo a la puerta para salir lo antes posible de la inquisición que me espera.

—Ya. Bueno me voy tengo prisa.

—¿Dónde vas? ¿A quién te has encontrado? —curioseas Anna.

Me doy la vuelta después de respirar hondo para enfrentarme a su mirada antes de hablar.

—A Amy.

—¿Amy? ¿Amy la de Peter? —pregunta enarcando la ceja muy sorprendida.

La miro fijamente y asiento despacio, a la vez que se acerca intentando adivinar mi estado.

—¿Cómo ha ido? ¿Estás bien? —pregunta preocupada, tocando mi brazo.

—Muy bien. Me ha aclarado algunas cosas, pero ahora me tengo que ir. Hablamos mañana. Te lo prometo.

—¿A dónde vas?

—He quedado con ellos para cenar. Me tienen que llamar.

—¿Cameron también? —pregunta intrigada.

No lo había pensado, por la conversación que hemos tenido, me ha dado a entender que han venido acompañando a Peter en un viaje de negocios. Normalmente él y Cameron no iban juntos, excepto cuando fueron a Londres. Ha pasado mucho tiempo. Y ¿si está con ellos? Amy no me ha dicho nada actual de él.

—Dios, Anna. Espero que no. No quiero volver a verlo —contesto consciente de mi inseguridad.

—Lo sé cariño. Si no te ha dicho nada es que no irá, Amy te lo habría dicho —reafirma sosegada tranquilizándome.

—No sé, quizás no debería ir.

—No digas chorradas. ¿Has quedado con ella? ¿No? —pregunta, mientras asiento—. Pues entonces tienes que ir.

—No estoy segura. ¿Y si está? No voy a ir. Los llamo y digo que me duele la cabeza.

—Eres increíble. Llama a Jack. Que vaya contigo —comenta con una alternativa.

—No sé, Jack va a alucinar un poco.

—Pues que alucine acompañándote. Llámalo. Ahora, Cate.

Se coloca delante con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando a que lo haga, clavándome su mirada más mordaz.

—Uffff. Eres una pesada. De acuerdo.

Saco el móvil del bolso antes de marcar el número de mi amigo, sin apartar la vista de ella.

—Hola.

—*Hola, Cathy. ¿Cómo estás?* —responde su voz alegre.

—Bien ¿Tienes planes para cenar?

—*Contigo. Siempre.*

—Muy gracioso. Sí o no. Quiero que me acompañes a una cena.

—*¿Cómo qué? Marido. Novio. Amigo.*

—No seas tonto, pues como amigo.

—*¿Con quién?*

—Unos amigos de Escocia.

—*¿Amigos de quién sabemos?*

—Sí, por favor. No preguntes más, luego te cuento.

—*¿Dónde es la cena?*

—No es seguro, aunque se alojan en *The Surrey*, ha hablado del bar que hay en el hotel. Me lo van a confirmar en un momento. Tengo que colgar. Cuando sepa la hora te llamo, pero será seguramente sobre las ocho. ¿Vale?

—*Vale. Luego me lo confirmas.*

—Gracias.

—*No seas tonta. Hasta luego.*

Miro impertinente a Anna esperando su reacción.

—¿Contenta?

—Mucho. Anda vete. Pásalo bien.

Me acerco a ella dándole un beso en la mejilla a cambio de un alentador abrazo.

Al llegar a mi casa, voy derecha hasta el contestador. Está parpadeando con algún mensaje grabado.

He estado tan torpe con Amy que solo le he dado el fijo, es el primero que me ha salido.

Pulso a la tecla antes que su voz suene en mi salón. «*Cate, te he llamado varias veces. Llama a este número cuando puedas. 8884196050. Esperamos tu llamada. Besos*»

En cuanto hablo con ella confirmamos la cena a las ocho en la planta baja del hotel en el *Pleiades*, llamo también a Jack para decirle la hora y de

paso contarle algunas cosas que no sabe. Vendrá a las siete y media a recogerme.

Cuando queda menos de media hora, me echo otro vistazo y en cuanto termino, empiezo a maquillarme. Compruebo las cosas en mi bolso a la vez que suena el timbre de casa, recojo el abrigo y salgo para encontrarme con Jack en la calle. Está distraído en la esquina hablando por teléfono, fumándose un cigarrillo.

Mi amigo es uno de los hombres más guapo que conozco, sus ojos azules son intensos y expresivos, un solo tono más o menos claro, pero solo uno. No como otros infinitos que casi terminan conmigo. Su rostro tiene las facciones muy romanas, perfectamente simétricas, sin embargo, lo mejor es su sonrisa alegre, con una hilera de dientes blancos e iguales.

Hoy está muy elegante, es todo un dandi cuando quiere, otras simplemente un caradura encantador.

Nos conocimos hace menos de diez años en el mismo gimnasio, cerca de nuestra oficina y su despacho. Congeniamos al instante, creo que me reconoció como amiga que no babeaba por él y para mí era un gusto salir con un hombre divertido sin más pretensiones.

Conoce lo que ocurrió a pesar de que tampoco lo sabe todo, hace un rato he tenido que contarle algunas cosas que desconocía. Sabía que amé a

alguien en Escocia y que por alguna razón nos separamos. Ahora conoce los motivos de la ruptura.

Por razones puramente egoístas para salvaguardar mi mente, a las personas que he ido conociendo a lo largo de estos años, no les he contado mucho de mi pasado. Es una manera de no remover viejas heridas que a pesar de que he intentado sanarlas, aún a veces sangran.

Para él, con su estilo de vida aventurero y un poco despreocupado, es extraño que algo que ocurrió hace tanto tiempo, lo tenga presente. Espero que algún día sienta por alguien lo que viví; pero le deseo más duración de la que nosotros tuvimos, aunque a pesar de todo fue maravilloso.

Por desgracia para el sexo femenino, no está en circulación para nosotras. Lo que no implica que seamos acompañantes cuando a ambos nos interesa. Sobre todo, él en el bufete. En algunas citas le exigen que vaya con pareja. Como no la tiene, vamos juntos.

Es abogado de derecho internacional, tres años más joven que yo. Normalmente nos vemos varias veces al mes fuera del gimnasio, salimos a tomar alguna copa y a bailar en todos los clubes que le van recomendando, pero últimamente lo tienen bastante ocupado. Asiste con frecuencia a reuniones en Europa, ya que también prestan sus servicios a empresas públicas en temas relacionados para la *OTAN*, no obstante, sabe desconectar para divertirse cuando le apetece.

Durante mucho tiempo, ha hecho lo que ha podido por organizarme citas con algunos compañeros de su trabajo, sin éxito. Bueno, algún escarceo, aunque han sido eso, ratos de evasión. Excepto con un colega canadiense, Paul, con quien salí varias veces cuando venía a Nueva York, con los demás no repetí. Supongo que o no llegaban a mis expectativas o es una manera de protegerme. Con Paul al final perdí el contacto porque después de tres salidas en varios meses, quiso que fuera a París con él, la indiferencia en mi voz cuando le dije que se estaba equivocando, hizo que nunca más supiera de él.

Cuando Jack advierte mi presencia, se vuelve y me regala una sonrisa preciosa. Me acerco devolviéndole el saludo, antes de besarnos en la mejilla y de que me abra el abrigo rojo para ponerse delante observando mi ropa.

—Cathy estás guapísima. Muy elegante. Qué bonito el traje, te queda muy bien, me encantan las solapas. Y queda genial con el rojo. Me gusta.

—¿En serio? No es muy soso hasta los zapatos beige —dudo enseñándole mis tacones.

—¿Qué dices? Estás estupenda —afirma con un guiño.

Él hoy lleva unas gafas de vista, con montura de pasta negra, parece un absoluto intelectual. Un traje gris oscuro de corte italiano marcando perfectamente su cuidado cuerpo sobre una camisa blanca con una corbata negra con dos rayas blancas en diagonal muy llamativas.

Es un placer ir de su brazo, menos cuando entramos en algún local,

dónde es inevitable que todas las miradas femeninas se las lleve él y por ende sufrimos los dos el escrutinio al que lo someten.

—Gracias, tú no estás mal del todo —comento risueña.

Al detenerse ante nosotros un taxi, me abre muy cortes la puerta y nos sentamos detrás, desde donde le doy las indicaciones al conductor.

—Por favor, al Upper East Side, *The Surrey*.

Una vez iniciamos nuestro trayecto hacia un reencuentro muy deseado y muy doloroso para mí, la mano de Jack suavemente toca la mía.

—¿Estás bien? —pregunta mirándome serio.

Giro mi cabeza comunicándole con mis ojos, la ansiedad que siento.

—No lo sé. No esperaba hoy precisamente esta cena. No sé Jack, hoy es su cumpleaños y me he encontrado a Amy con los niños. ¿No te parece demasiada casualidad?

—Pues no. Si te la hubieras encontrado en el metro, sería casualidad. Esto entra dentro de la normalidad de los que tienen hijos. Van a los mismos sitios y no hay tantos en Manhattan para llevarlos y menos, si están en *The Surrey*.

—Ya.

No logro sacarme de la cabeza la posibilidad de que no estén solos, su mano infundiéndome calma, no hace que mi mente deje de pensar alborotada.

—Cariño, todo va a ir bien.

Lo miro y asiento con los ojos un poco acuosos, no lo puedo evitar, es pensar en él y mi corazón sigue el camino de las emociones que nunca se han querido alejar.

En unos minutos llegamos al *Pleiades*, un local en los bajos del hotel. Un edificio rectangular de unas diez plantas con varias ventanas cada una, es moderno sin ser de vanguardia. Está bien aunque no llama la atención tanto como otros de la zona. La fachada es de piedra blanca hasta la segunda donde cambia a ladrillo visto, es sencillo como mis amigos.

En la entrada del bar, Jack me abre la puerta justo para localizar a Amy poniéndose de pie al verme. Peter se levanta volviéndose hasta que nuestras miradas colapsan, al fin nos volvemos a encontrar.

Está tal como lo recordaba, el mismo peso en su cuerpo, vestido con un pantalón vaquero azul marino y un jersey de cuello vuelto negro, los ojos azul-grisáceos traviosos, sin afeitarse, en su línea. Y pocas canas en su pelo rubio, ahora un poco más oscuro.

Parada a unos metros de él, sintiendo como me atrapa su mirada feliz y emocionada al verme. No puedo reprimir la descarga que mis ojos desbordados hacen.

Con su sonrisa sincera se acerca con los brazos abiertos para

enterrarme en ellos, me envuelve y nos balanceamos, estoy muy feliz. Estoy con ellos y están solos.

Al separarnos, Jack se aproxima a nosotros hablando con Amy.

Ella lleva una camisa blanca y una falda recta negra con unas bailarinas, por lo que estamos a la misma altura.

—Dios. Cate. Estás igual —comenta mirándome, dándome un buen repaso.

—¿Me lo dices tú? ¿Con quién has pactado? —expreso sincera, está muy atractivo.

—Hola, soy Jack Raims —saluda a Peter tendiéndole la mano.

—Encantado Peter Taylor. Vamos a sentarnos. Desde que Amy me ha dicho que te ha visto, estoy como loco.

Le sonrío al adulator y exagerado, siguiéndolo hasta la mesa, donde minutos después nos sirven un vino tinto muy bueno y varios aperitivos.

Charlamos sobre lo que hacemos, nos ponemos al día en el plano laboral. Peter nos explica el tipo de barcos que están empezando a construir ahora y la nueva apuesta en trimaranes. Está teniendo el detalle de no nombrar a su amigo, algo que agradezco. Por su parte Jack, nos cuenta el trabajo que desarrolla para algunos clientes con fábricas de armas.

—¿Estás contenta, Cate? —pregunta Peter.

—Sí, no me quejo, empezamos los tres y somos más de veinticinco.

Tenemos clientes importantes.

—Trabaja demasiado. No la he visto coger unos días desde que la conozco —agrega Jack.

—¿Os conocéis desde hace mucho? —curioseas Amy.

Jack y yo nos miramos sonriendo, estamos en nuestra encrucijada particular, optamos por la verdad.

—Diez años. Éramos y somos compañeros de gimnasio —explico asintiendo satisfecha.

—No somos pareja, somos amigos —aclaras Jack ante la mirada sorprendida de los Taylor.

—La verdad Cate, me ha extrañado por la respuesta que me has dado esta mañana —afirma Amy.

—He venido solo para acompañarla —la voz sincera de Jack.

—¿No querías venir? —expresa dolido Peter.

Me mira a los ojos con la conexión que siempre habíamos tenido aunque llevásemos mucho tiempo sin vernos y creo que ha comprendido mi temor ante la posibilidad que Cameron hubiese estado aquí con ellos.

—Sí quería venir, pero no sola.

Intenta arreglarlo el abogado.

—Amy me ha dicho que te ha contado lo que pasó. ¿No hablaste con Anna? —pregunta incómodo.

—No, lo siento. No pude, en cambio, hoy ha despertado mi curiosidad, aunque no me ha dicho si pagaron o no, a mí me destrozaron.

Peter me da un apretón cariñoso en la mano y me sonrío sin ganas.

—David cumplió un año de cárcel en Edimburgo por robo y venta de información confidencial. Al parecer ya lo había hecho antes de que tú llegaras. Su premio gordo era nuestro trabajo. No sé nada de él desde que salió de la cárcel hace un montón de años. Harry pagó una fianza por su implicación en la distribución y venta de software robado. Dejó la empresa arruinada y se largó del país. Su hermana pagó una multa, por amenazas e instigación en el delito. Las fotos eran todas en sitios públicos con lo que la pena es mínima, por el anónimo más de lo mismo... Creemos que está en Francia, no es seguro. Hace unos años la vi en Londres. No hablamos, sinceramente, para mí murieron el mismo día que tú te fuiste.

—Vaya que barato sale joderle la vida a alguien. ¿Perdisteis mucho?

—pregunto molesta.

—Lo que te conté en su momento, nos retrasaron. Sabes que a Cam no era el dinero lo que le motivaba, de hecho, tengo claro que hubiese preferido verlo en la ruina si eso hubiera ahorrado los años de mierda que ... —deja la frase en el aire mirándome apenado.

Es oír su nombre en boca de su amigo y vuelvo a Portree, esperando que aparezca por algún lado, sonriendo, disculpándose por su mala leche,

aunque intento mantenerme a salvo del rencor que sin darme cuenta a veces aún me corroe.

—¿Cómo está Duncan? —pregunto con afecto a Peter.

—Desgraciadamente murió hace cuatro años. Cáncer de próstata.

Vaya. El hombre bueno y cariñoso que conocí está muerto y yo ni siquiera me había enterado. No puedo evitar que se me escapen las lágrimas.

Intento secármelas sin que se note mucho, pero Peter al verme, me las enjuga con sus manos.

—Siento habértelo dicho así.

Su voz reconfortante, mirándome con ternura.

—No... Solo había pensado que quizás seguiría en su casa con sus perros, aunque está claro que sería muy mayor y si estaba enfermo... Qué pena, fue siempre un encanto conmigo. Le cogí mucho cariño —explico sincera.

—Era una persona fabulosa. Tenía ochenta y cinco cuando murió. El último mes estuvo ingresado en el Hospital en Edimburgo. Fueron momentos muy difíciles para todos, sobre todo para Cam.

—Lo siento, de verdad. Lo siento mucho, Peter —afirmo conteniendo las lágrimas.

—¿No te has casado nunca? —pregunta Amy.

—No.

—No, porque es demasiado exigente —aclara Jack mirándome.

Coge la copa de vino y bebe satisfecho.

—O a veces, encontrar a alguien se pone tan difícil, cuando has amado y te han amado mucho que todo lo que llega después, no te vale. Porque estás cómodo como estás. ¿Verdad, Cate? —explica Amy.

—Supongo que no he encontrado a nadie, no sé..., hay personas que encuentran el amor jóvenes y otros que nunca lo encontramos —reflexiono en voz alta.

—No digas eso. Tú lo encontraste. Solo que fuisteis unos estúpidos los dos —añade Peter sarcástico.

—¿Tan difícil hubiese sido hablar? —pregunta extrañado Jack.

—Tú no conoces a Cam, es muy cabezón cuando quiere. Supongo que para él ha pasado el momento de hablar. Sabe que metió la pata. Ha pagado por ello y sigue haciéndolo —añade Amy.

—¿Cómo ha pagado? — Jack y su afán por que se cumplan las sentencias.

—De entrada sigue solo. Nunca ha rehecho su vida. Cuando Cate se fue, se volvió loco. Creo que nunca imaginó que te irías de Skye. No sé, me dio mucha pena. Creo que se equivocó y no supo arreglarlo a tiempo. Los primeros meses —Siente la mano de Peter sobre la suya pidiéndole discreción —. Fueron difíciles. Ahora está bien, más calmado. Solo trabaja y sale con el barco. Hace unos años lo tentaron con la política, no pertenece a ningún

partido, aunque sus opiniones en temas medioambientales están siendo muy bien acogidas por el público. Le hicieron dos entrevistas para el *Scotsman* y el *Daily Record* hace unos meses —concluye Amy con una pizca de orgullo.

—No sé Cate, pero creo que hablando se entiende la gente, ambos no habéis rehecho vuestras vidas. ¿No te dice eso nada? —asegura Jack.

—No. Hay cosas que es mejor olvidar —alego molesta.

—¿Lo has olvidado? —pregunta Peter mirándome sin perder atención a mi reacción.

—Ya no importa —contesto con tristeza y un gesto indiferente.

—No digas eso. A veces no importa el tiempo que las personas estén sin verse, si lo que había entre ellas era verdad eso siempre permanece —razona Amy.

—Eso es cierto —afirma Jack con un gesto de suficiencia arrogante, acompañado de una sonrisa.

Intercambio una melancólica mirada con Peter, que vuelve a servirnos vino, sin hacer ningún comentario más sobre amores olvidados o perdidos, siguiendo con la conversación hacia otro tema para saciar mi interés que relacionó nuestras vidas y me hizo muy feliz.

—¿Seguís teniendo el barco? — pregunto con verdadera curiosidad. Qué bonito era.

—No. Ahora él tiene otro, solo suyo. Yo por ahora prefiero estar en

tierra con Connor jugando al rugby —la sonrisa enamorada que le dedica a Amy es muy elocuente.

—¿Has vuelto alguna vez? —consulta la voz curiosa de Amy.

—No. No voy a volver, nunca —niego convencida.

—De hecho, llevo diciéndole varios días que me acompañe a Londres. Tengo varias reuniones. Una semana con los gastos pagados y no quiere. No quiere comprender que Londres no es Escocia. ¿Podrías explicárselo? —pide Jack irónico.

—Cate, Escocia no es Londres. Puedes ir a Gran Bretaña, cuando quieras. A veces es mejor afrontar los temores, Escocia no te ha hecho nada —invita Peter.

—No es eso, es que estoy muy liada en el trabajo.

—Venga ya..., Cate. Para París o Bruselas nunca tienes problemas. Siempre los agobios laborales te surgen cuando escuchas algo relacionado con lo británico. Has extendido tu fobia a todo el país.

Jack poniéndose pesado, un maestro.

—Si vinierais a Londres podríamos quedar un fin de semana —anima con alegría Amy.

—¿Cuándo tienes la reunión? —pregunta curioso Peter.

—El veintitrés de marzo.

—Si te apuntas ya tienes mi número —afirma Peter mirándome con una

sonrisa.

Terminamos una velada muy agradable quedando en Londres, si yo al final me decido a romper algunas cadenas que no me dejan avanzar. Jack y Peter intercambian los teléfonos con la firme promesa de mantener el contacto.

Nos despedimos de mis amigos con cariñosos abrazos y la esperanza de que esta vez no tardaríamos tanto tiempo en vernos.

Mi encantador caballero, me acompaña a casa exhibiendo ante mí, un viaje inolvidable que cualquiera en su juicio no podría rechazar. Es un experto en compras, en conocer los sitios más extraños, exclusivos o simplemente caros. Los visitaríamos todos, porque a Jack Raims le gusta invertir en su imagen y como la generosidad es alguna de sus cualidades, siempre también incluye algo para mí.

Tengo que pensarlo. Ha sido mucho tiempo renegando para ahora abrazarlo sin más.

Una vez en mi casa me meto en la cama, donde por fin puedo dedicarle mis minutos diarios a pensar en el maldito escocés. Me ha hecho gracia cuando Jack ha dicho que soy muy exigente, realmente me ha divertido. He salido con otros hombres después de Cameron. Pobres sustitutos. Me he divertido con ellos, un rato agradable, sexo consentido adulto, entre personas que no esperan nada la una de la otra. De eso he tenido lo que he querido, no

tengo queja.

¿A qué clase de exigencia se refería? ¿Sexual? No era eso, he tenido algún que otro buen amante. No sobran, pero alguno queda.

Lo que ocurre es que al final siempre bajo los párpados y sueño que estoy con otro.

¿Intelectual? Tampoco, he salido con hombres muy interesantes. Inteligentes, creativos con sentido del humor, mis máximas.

Aunque terminaba imaginándome sus preciosos ojos soñadores hablándome de sus intereses y ya no podía continuar con ellos.

Supongo que debe ser un equilibrio y yo no lo he encontrado en otra persona. No lo sé realmente, este día que por una parte ha sido muy feliz, me ha reabierto viejas cicatrices y a pesar de que hayan pasado los años, si te han marcado algo en el recuerdo es imposible que desaparezca de tu memoria.

Es como cuando ciertas cosas las recuerdas con todo lujo de detalles y otras pasan por tu vida sin apenas ser consciente que han estado ante tus ojos. Una vez leí en un artículo que, si cuando tu memoria está aprendiendo o grabando algo y en ese momento lo asocias a una persona, cosa o situación, después siempre cuando estés ante el recuerdo aprendido, te viene a la memoria la persona, cosa o situación del preciso instante cuando se grabó.

Es como cuando escuchas una canción y te acuerdas de alguien en concreto.

Hay un montón de cosas que mi memoria las tiene en lo más profundo almacenadas, como este día de hace diez años, fue el inicio de nuestra relación en el pub de Portree y siempre pienso en él.

Capítulo 12

Brooklyn, Nueva York

Lunes 1/3/2010

Después de pasar un fin de semana en el que mi memoria no ha parado de recordar, he pasado un día bastante gratificante en la oficina. El ambiente de trabajo distendido y agradable que desde siempre nos ha acompañado, ha hecho que olvide un poco las revelaciones que Peter me ha contado. Prácticamente lo mismo que había empezado a asumir años atrás, cuando durante meses me dediqué solo a repasar lo que había podido ocurrir.

Esta mañana Peter me ha llamado para que nos reuniésemos los dos solos antes que volviera a Escocia, hemos quedado en unos minutos en la cafetería de su hotel. Él y Amy vuelven con sus hijos mañana y antes de irse quería que charláramos de algunas cosas que no me dijo en la cena porque no estaba cómodo hablando con Jack presente.

No sé qué más me puede contar, lo más importante para mí ya está dicho. Cameron McPheal nunca me ha perdonado la supuesta infidelidad que cometí. No sé cómo después de todo lo que habíamos hablado y confesado, unas simples fotos le hicieron tanto daño. Si no estaba seguro de lo que mis

labios y mi cuerpo le expresaban, es que aunque yo creí que me amaba, no lo hizo, al menos no como lo amé yo a él.

Veo a Peter al entrar en la concurrida cafetería del hotel *The Surrey*, y sonriendo se acerca a mi decidido.

—Hola, Cate. Me alegro que hayas podido venir.

Dándome un beso en la mejilla.

—Hola, Pet, me ha encantado que me llamaras.

Nos dirigimos a una mesa dónde un atento camarero nos sirve unas cervezas.

—¿Cómo estás?, la verdad —pregunta directo, sin rodeos, como es él.

Me rio amargamente y mis ojos empiezan a contener lágrimas tristes que enfurecidas quieren empezar a salir.

—Vivo. Existo. No me quejo.

—¿No crees que si hablaseis y os dieseis una oportunidad, podrías acabar de una maldita vez esta estúpida penitencia que ambos lleváis?

—No fui yo quien lo echó, no lo olvides. Tu amigo le dio un bofetón a nuestra historia, no lo dudó, no le tembló la voz, directamente no quiso escucharme. Él me echó de su vida.

—Cate, él no te echó de su vida. Su vida eras tú. No lo he vuelto a ver mirar a nadie como te miraba a ti.

—Ya, pero tampoco me buscó cuando tuvo oportunidad. ¿Crees que

ahora las cosas serían diferentes? ¿Qué hace que ahora sea diferente? Yo no lo he olvidado, pero no sé si algún día podré perdonarle el daño que me hizo, me ha acompañado todos estos años, sin permitirme volver a amar con la intensidad que lo amé a él.

Mis tristes lágrimas al fin encuentran la salida.

—Cate, él tampoco te ha olvidado. Nunca habla de ti, si vieras la casa de Duncan entenderías por qué te digo esto. Por favor inténtalo. Hazlo por los dos, habéis pagado demasiado caro por la maldad de algunas personas, es hora de olvidarlo.

—¿Qué quieres que haga? ¿Qué vuelva a Escocia y después de diez años hable con él, sin más? Lo siento, pero no.

—Comprendo —asiente apenado.

—¿Cómo supisteis quién estaba detrás del robo?

—Cuando os fuisteis con el barco a Harris, fui a Londres a hablar con un proveedor japonés a quien alguien, había ofrecido los módulos del software. Resultó ser la pista que me llevó a Harry. Lo denuncié y la policía se encargó de desenmascarar a David, que lo relacionó todo con los Collum. David hace unos años cuando había sido estudiante fue acusado por la universidad de violación de información confidencial.

—Pero cuando llegamos ya habías despedido a David.

—Me tenía hasta las narices y en cuanto supe que Harry estaba metido

no lo dudé. ¿Te acuerdas cuando hablamos en la fiesta? —Asiento, recuerdo muy bien nuestra conversación—. Pues fuimos imbéciles porque el cabrón estuvo a nuestro lado toda la noche, después cuando bailamos y me contaste lo que pensabas tuve claro que cómo mínimo la hermana estaba metida.

—Recuerdo que no te caía muy bien.

—No me relaciono con zorras —asegura muy serio.

—Tú amigo sí —expreso con todo sarcasmo.

—Aunque te resulte difícil de creer él pasaba de ella.

—¿Qué hizo Cameron cuando se enteró?

—En esos días nuestra relación no estaba en su mejor momento.

Después que salieras de su despacho, fui a ver qué había pasado. Cuando lo vi, supe que el idiota había caído en la trampa de Lisa. Tuvimos una discusión bastante fuerte y dejé de hablarle durante un tiempo que él aprovechó para entrar en una espiral de autodestrucción bastante agresiva. Se fue a Edimburgo sin ocuparse de nada. Hasta que un día me llamaron de la comisaria para anunciarme que estaba arrestado por escándalo y algunos cargos menores más, a partir de ahí dejó de beber y fue recobrando la cordura. Desde entonces parece que cree que si se mata trabajando le será más fácil vivir.

—¿No bebe?

Peter esboza una sonrisa que lentamente se va agrandando.

—No se emborracha. Hay cosas a las que no se pueden renunciar

siendo escocés, querida amiga.

—Es cierto.

—Empieza con Londres, Cate. No dejes que tu temor te prive de disfrutar, no te lo mereces.

—Lo pensaré, pero la verdad, con el maratón que está preparando Jack no creo que me dé tiempo a pensar —declaro con una sonrisa.

Un rato después nos despedimos sintiendo nuestros cuerpos rodeados por un abrazo confortable y sincero.

A las tres semanas de la partida de Nueva York de mis amigos, estoy recogiendo las últimas cosas que tengo que llevar a mano para el control de seguridad del aeropuerto. Jack está esperándome en el salón hablando por teléfono en un tono bastante bajo. *«Vale, lo tendré en cuenta... Si pesada...Sin problema... Tengo que colgar. Ciao»*

Ha estado bajando mi maleta y dos porta trajes al taxi que nos espera en la puerta de mi casa.

—¿Con quién hablas?

—Con la secretaria del bufete —responde sin mirarme a los ojos.

Jack ha estado preparando la semana minuciosamente, vamos a ir a varios restaurantes nuevos y a algunas tiendas muy exclusivas que según él solo conocen los verdaderos londinenses.

Salimos a las doce de la noche desde el aeropuerto *JFK*, por lo que esperamos llegar a Londres sobre las ocho de la mañana.

Las dos últimas semanas las he pasado pensando en si era buena idea ir o no. Al final decidí darme la oportunidad de volver a una ciudad que me encantó y en la que viví momentos muy intensos. No sé cómo será verla después de tantos años, espero el momento con una curiosidad y expectación que no había sentido en mucho tiempo.

Estoy absolutamente ilusionada con este viaje, creo que me va a venir bien. Es hora de empezar a plantearme que debo superar mis temores absurdos y, volver me va ayudar dándome la confianza que necesito.

Llegamos con un pequeño retraso el veintidós de marzo a las ocho de la mañana.

El trayecto hasta *The Ritz* en Piccadilly, cortesía de la firma para la que trabaja Jack, es bastante rápido, teniendo en cuenta que hemos llegado en lunes a la hora punta de entrada en los trabajos.

El edificio es de estilo neoclásico con arcos que recuerdan los edificios del centro de París. Es muy elegante en su interior, con una decoración desde mi punto de vista un poco opulenta, pero que aquí no desentona, ni resulta ridícula.

Tenemos habitaciones individuales, por llamarla con el nombre que el hotel las define. A mí me parece más grande que toda mi casa junta. Los

colores claros mezclados con los rojos oscuros de las grandes cortinas y la cama con dosel, hacen que me haya transportado a la época de Luis XVI.

El día siguiente lo dedico a pasear durante varias horas por todo el centro, no dejando de asombrarme la cantidad de turistas que hay en la ciudad.

Mi querido amigo se está tomando muchas molestias para que renueve un poco mi vestuario y en el tiempo libre que tiene, me va enseñando algunas tiendas donde paso bastante rato eligiendo dos vestidos tipo coctel, muy bonitos que compro para asistir a algunos eventos de trabajo.

Vuelvo al *Ritz* sobre las cinco después de visitar además el British Museum, donde mis ojos han colapsado con la inmensa cubierta del hall principal y he hecho unas fotos preciosas desde casi todos los ángulos que he podido.

Al entrar lo encuentro hablando con un compañero cerca de la recepción, indicándome con la mirada que lo espere en el bar *Rivoli*. Está dentro del hotel, es un espacio amplio art-decó, donde minutos después se reúne conmigo.

Hablamos sobre mi jornada relajante contra la tensión de su día. Tiene casi toda la semana llena de reuniones importantes para alcanzar acuerdos muy sustanciosos a sus clientes. Me cuenta muy contento que vamos a cenar en un restaurante español cerca del banco de Londres, según él, tiene la mejor carta

de vinos de toda la ciudad.

Cuando nos vemos antes de salir, él se ha puesto un traje negro con camisa blanca e incluso, sobresale de su bolsillo un pañuelo de seda muy elegante del mismo color que su corbata.

—Cathy qué bonito ¿Dior?

Se acerca cogiendo mi mano haciéndome girar para verme bien.

—Sí, claro. Sigue soñando —contesto con una sonrisa burlona.

—Pues es muy original con esas capas de volantitos de seda. Y esto — señala unos apliques dorados que hay en el cuello redondo del vestido—, queda muy elegante, además enseñas tus fabulosas piernas.

—Me lo compré por el color amarillo, me gustó porque con los pliegues me recordó al champán.

— Estás guapísima, el moño perfecto... y los tacones son ideales. ¿De dónde son?

—¿Recuerdas el último viaje a Lisboa? Me los compré allí.

—¿Fui contigo a comprarlos? —pregunta extrañado ante su laguna mental.

—No tonto, estabas con tus reuniones. Los vi en una zapatería del centro y pensé que nunca está de más tener unos zapatos dorados de tacón alto. ¿Tú qué opinas?

—Tienes toda la razón. No me los pondría, pero reconozco que estás

de infarto.

—Tú como siempre estás perfecto. ¿Te has fijado? —Toco con delicadeza la seda de su corbata—. Vamos combinados. ¿Y las gafas?

—Hoy lentillas —afirma coqueto.

El *Hispania* en el 72 de *Lombard Street*, es un local luminoso, con grandes ventanales por donde entra una blanca luz que lo envuelve todo. Tiene sofás en color turquesa entre mesas y sillas de madera oscura llenas de gente disfrutando de tapas españolas. Los suelos claros cerámicos forman rombos oscuros en sus esquinas y la altura de sus techos, convierten al restaurante en un sitio confortable y alegre.

Como el perfecto caballero que es, sitúa su brazo en mi espalda para indicarme el camino hacia nuestra mesa. Observo las miradas embobadas de algunas señoras hacia mi atractivo acompañante, aunque las haya visto mil veces, me hacen gracia. Es como si de repente, a las mujeres se les iluminara la cara e inconscientemente, no pueden apartar la vista de él.

En una mesa muy cerca de la nuestra, una pareja cena tranquila, callada, hasta que la mirada oscura de la chica, una veinteañera pelirroja bastante guapa, se clava en el rostro de mi amigo, mentalmente sonrío, aunque de repente, su acompañante, un caballero con un traje marrón oscuro se gira para descubrir qué ha llamado su atención.

Me detengo paralizada al ver de nuevo a la única persona que quería evitar.

—¿Qué pasa cielo? —susurra Jack en mi oído.

Apenas puedo articular una palabra sintiendo otra vez ráfagas turquesas y esmeraldas atravesando mi mirada. Su cara es la misma. Muy pocas canas salpican las sienes de su cabello, más corto, haciéndolo más maduro e increíblemente atractivo.

Se levanta y viene hacia nosotros, con paso lento y elegante, sin apartar sus ojos de mí en ningún momento, su expresión seria y un poco arrogante.

—Cate.

Saluda tranquilo, con la voz grave que me eriza el vello, quedándose a una distancia segura.

—Hola.

Mi voz es un hilo, tragando lentamente.

—¿Cómo estás? —pregunta con una leve sonrisa.

Había olvidado el efecto que causaba su presencia en mí, y tenerlo enfrente tan sereno después de tanto tiempo recordando solo su última mirada es algo que absolutamente no esperaba.

—Bien, gracias. ¿Y tú? —respondo cortés y distante.

—Bien, de negocios. Me voy el viernes.

—Hola, soy Jack Raims —interrumpe, tendiéndole la mano.

—Encantado, Cameron McPheal.

Cameron lo mira a los ojos, sin embargo, en un momento vuelve a centrar su expresión en mí, ha recobrado el punto de orgullo de quien se siente traicionado.

—No quiero interrumpir, nos tenemos que sentar —advierde Jack amable.

—Disculpad no os entretengo.

Me mira un segundo más y se retira pensativo hacia la mesa donde le esperan unos atentos ojos enfocados en Jack.

Después de una cena, en la que no he podido disfrutar de la comida española la cual sí ha degustado mi acompañante muy charlatán, regada por una elección de vino admirada por los ojos de Cameron, cuando el camarero nos la servía, decidimos dar por acabada nuestra incursión en la cocina europea.

Él y su compañera aún disfrutaban de un postre cuando pasamos por su lado, momento que aprovecha Jack para detenerse a despedirse.

—Bueno, nosotros nos vamos. Ha sido un placer conocerte Cameron.

Jack le tiende su mano, mientras él se pone de pie.

—Lo mismo digo —responde al estrecharla—. Cate. Me ha alegrado verte.

Su pareja ha vuelto a caer bajo el embrujo del dueño de unos limpios ojos azules, que como propina, le ha regalado una sonrisa muy seductora.

—Vamos al *Valmont* a tomar una copa, si os apuntáis, allí estaremos —invita Jack.

En estos momentos asiento con mi sonrisa educada esperando alejarme para hablar con el listo mediador.

—El *Valmont* está muy bien y ponen unos cócteles buenísimos —añade la chica interesada.

—Si decidimos ir nos veremos allí —concluye Cameron, sin definirse.

—Adiós —digo antes de seguir hacia la puerta.

Salimos del local para dirigirnos al club de Chelsea y en cuanto recobro la calma ante el atrevimiento de Jack, me paro encarándome a él.

—¿De qué vas? ¿Crees que he pasado una buena cena? ¿Qué coño haces?

—He sido amable, no te enfades. Tenéis que hablar, he visto como ha estado toda la noche pendiente de nuestros movimientos. Me ha dado pena —justifica con una sonrisilla.

—¿Pena? ¿Qué te ha dado pena? ¿Y yo no te doy pena? Joder Jack, eres un caso.

—Cate, tienes que superarlo, si quieres, si no, ya sabes...

—¿Ya sé qué? —pregunto rabiosa, añado más comedida—. Venga, vamos a dejarlo.

—No te preocupes —asegura, inclinándose a darme un beso en la mejilla.

Durante el trayecto en taxi hacia el club, no dejo de pensar como muchas veces idealizamos las cosas y después cuando pasan en la realidad te sorprenden por su sencillez.

Había soñado con el momento de volver a verlo en muchas situaciones, todas diferentes, sin embargo, no pensé que lo vería en un restaurante de Londres.

No lo esperaba, aún me cuesta reaccionar a la sensación de sentirme observada por sus increíbles ojos durante toda la cena. Tengo claro que me afecta, aunque no como esperaba. No sé si ha sido porque no estábamos solos, o por el lugar o simplemente la sorpresa, pero desde luego la reacción comedida y educada de Cameron no la esperaba. No sé, quizás, haya sido tan idiota que había imaginado que, si nos volvíamos a encontrar volverían los gritos y la furia a dominar la situación.

Respiro varias veces para tranquilizar mis excitados nervios bajo la tierna mirada de mi amigo y una cariñosa mano sobre mi rodilla.

—Relájate Cathy.

—No sé lo que me pasa Jack, lo he visto y...

—Shhhhh. No hables, confía en mí.

En el *Valmont* nos recibe un portero muy educado, que nos permite la entrada con cortesía, para encontrarnos dentro de un interior con una iluminación muy tenue y reservados en piel blanca con pinta de cómodos. Para ser martes hay bastante ambiente y los clientes se encuentran dispersos entre una pista de baile y la barra. Una canción con la envolvente voz de Dido nos da la bienvenida a nuestra mesa.

Un camarero se acerca y entre bromas ante la variedad de nombres raros de cócteles de la carta, nos decidimos por unos mojitos, sin arriesgar mucho.

Empiezan las guitarras de los Kings of Leon con *Use somebody* y siento como Jack tira de mi mano para bailar en la pista. Me mira sonriente y bailamos al ritmo de su banda americana favorita. Nos dejamos llevar por la música y disfrutamos juntos como hemos hecho tantas veces en nuestras salidas por Nueva York.

Cuando terminamos, entre risas despreocupadas nos acercamos a nuestra mesa para darnos cuenta que tenemos compañía, nos acercamos ante la atenta mirada de tempestades escocesas.

Cameron y su amiga nos esperan. Él, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, nos observa a ambos. Varias chicas que bailaban cerca

siguen con ojos obsesionados a Jack, que desplegando su sonrisa más letal las tiene encandiladas.

—Hola, antes no nos han presentado, soy Jack —dice tendiendo su mano a la joven pareja del escocés maduro.

—Sarah, encantada —saluda amable al darnos la mano a él y a mí.

—Encantada Sarah. Cate.

Con una sonrisa que no me llega a los ojos.

Nos sentamos en nuestra mesa y cuando llega el camarero, Cameron se pide un whisky doble solo. Sarah se decanta por imitarnos con un excelente mojito.

Mantenemos una charla bastante entretenida gracias a Jack y Sarah, quienes han encontrado en la moda un tema interesante para comentar. Me limito a beber, al menos así no tengo que pensar en la mirada que atenta observa cada uno de mis movimientos.

—Tu vestido es precioso. Te queda muy bien, además con ese color tan bonito de piel, resalta un montón —halaga Sarah amable.

Cameron ante la oportunidad que le ha brindado su amiga, me contempla de forma exhaustiva y descarada, frunciendo un poco los labios al llegar a mis piernas cruzadas, desnudas, para acabar en mis zapatos, donde con rapidez desvía la vista.

—Gracias —contesto un poco incómoda.

—¿Hace mucho que no venías a Londres? —pregunta otra vez Sarah.

—Un poco —respondo asintiendo.

Solo espero que esta chica no la tome conmigo y pretenda hacerme el blanco de la conversación. Afortunadamente, el curioso de Jack, está bastante pendiente de mí y en cuanto escucha la respuesta cortante, en un momento de gloria, amistad y mostrándonos sus habilidades como abogado experto y profesional, cambia el rumbo, sonsacándole una información que a mí me hubiese llevado varios meses averiguar.

Es la secretaria de un cliente de Cameron y según ella, son amigos desde hace un par de años. Se ven cuando él viene a Londres. Por lo que le ha contado hasta hace poco salía con un chico.

Su acompañante no parece muy interesado en el tema de la conversación y lo que es peor, ella flirtea descaradamente con el mío ante su mirada indiferente.

Intento mantenerme al tanto de lo que dicen, pero después de mi tercer mojito, no me apetece hacer el esfuerzo, prefiero concentrarme en la preciosa melodía de Placebo *I Know*, que suena en el club.

—Vamos —dice Cameron cogiéndome la mano.

—¿Perdona? —pregunto arqueando la ceja mirando su mano en la mía.

—Te mueres por bailar. Vamos.

Le sonrío incómoda, porque a pesar del tiempo que hace que no

estamos juntos aún recuerda la música que nos gustaba tanto a los dos.

La canción me envuelve yendo de su mano a bailarla. Cuando llegamos, varias parejas se dejan llevar a la vez que nos unimos a ellos. Sus manos en mis caderas, por primera vez en diez años, y su cabeza agachada sobre la mía como si el tiempo no hubiese pasado para nosotros, hacen que de repente la bomba de relojería que creía estaba desactivada, explote.

Ni el incremento del ritmo, ni nada, puede hacer que este momento no vaya directo a mi sobrecargada memoria, solo para recordarme cuánto lo he echado de menos.

Jack y Sarah se unen a nosotros y con la única intención de alejarme de su contacto, me separo buscando la protección de mi amigo, pero sin mediar palabra, Cameron tira de mi mano, abrazándome delante de un montón de personas, tan entregadas al placer de bailar que pasamos totalmente desapercibidos.

No puedo soportarlo, si no me voy ahora, me voy a derrumbar y no quiero verlo disfrutar de esta victoria.

—¡Para! —exclamo separándome de él.

—Por favor...

—Tengo que irme. Adiós.

Doy la vuelta todo lo rápido que mi confusa cabeza me permite ir dando órdenes a mis piernas para salir del local sin pasar por la mesa. Recojo

mis cosas en el guardarropa y emprendo la huida; mi especialidad.

Al salir le mando un mensaje a Jack, confiando que no le siente muy mal mi deserción.

En un taxi, unos minutos más tarde, vuelvo a la seguridad de mi habitación, lejos de sentimientos que había tratado de olvidar, pero mi cuerpo, al tenerlo tan cerca, ha viajado a los veinticinco otra vez, en brazos de quien se quedó mi corazón, el cual solo parece querer latir bajo su contacto.

Recuerdo tantas cosas de aquellos meses que parece como si nunca me hubiese ido, están en mi memoria totalmente recientes, realmente, no tengo la conciencia de qué ha pasado el tiempo.

El miércoles, me encuentro en el baño recién salida de la ducha cuando llaman a la puerta de mi habitación.

Un poco extrañada me dirijo a abrirla para encontrarme a un empleado del hotel con un ramo de flores silvestres y una tarjeta a mi nombre.

Al cogerlo observo la letra de Cameron en un escueto: «*Perdóname, C.*»

La miro sintiendo un inmenso dolor por cómo fue todo entre nosotros, por todo lo que hemos perdido, pero no sé si seré capaz de perdonarlo. Aunque solo imaginar que ahora después de haberlo visto y sentido sus manos en mi cuerpo, tengo que volver a mi vida en Estados Unidos, se me hace muy

complicado.

Al día siguiente, decido regresar al Tate para pasar un rato perdida entre pinturas hermosas. Llego tranquila dando un paseo por el río y como siempre cuando admiro cualquier arte, termino vagando de un cuadro a otro absorta entre salas llenas de sentimientos y sensaciones que solo los grandes artistas saben comunicar.

—Te pareces a ella.

Una voz profunda de hombre desconocida.

Inclino mi cabeza para encontrar a un veinteañero alto con una cara muy atractiva y unos ojos color miel preciosos tras unas gafas de pasta negra, está situado a mi lado contemplando el mismo lienzo que yo.

—¿Tú crees? —pregunto incrédula esbozando una sonrisa.

Me sonrío con una alegría en su expresión relajada que me contagia un buen humor instantáneo.

—Hola, soy Sean.

Saluda, tendiéndome la mano amistoso.

—Hola, Cate.

Su atractiva imagen desenfadada propia de su edad, contrasta con la intensidad de su mirada contemplando la obra expuesta y la voz más característica de alguien más maduro.

—¿Turista? —pregunta con una sonrisa.

—No, pero hacía tiempo que no venía y quería repetir.

—¿Y tú? ¿Artista?

—Bueno, estoy en ello. Voy a ser escultor.

—Qué interesante. No conocía a ningún escultor.

—Pues ahora ya me conoces a mí.

—¿Has visto la exposición de Klee?

—Sí ¿Y, Tú?

—Sí, me ha encantado.

—¿Americana?

—¿Tanto se nota?

—Un poco. ¿Te apetece una cerveza? Las vistas de la cafetería son muy chulas.

—¿Por qué no?

Nos vamos charlando hacia la última planta donde entramos riendo ante una ocurrencia de Sean. Está resultando ser un encanto, además de divertido.

—Allí hay una mesa. Vamos —anuncia, señalando el fondo.

Hay bastante gente tomando consumiciones aprovechando la panorámica del río desde una altura considerable. El puente *Millenium* con la catedral de *Saint Paul* detrás hace la vista preciosa.

Al aproximarme, una espalda conocida, envuelta en un abrigo corto azul, se afana dibujando sobre un cuaderno en la mesa donde hay también un café olvidado. Las elegantes manos de Cameron con los lápices, las recuerdo perfectamente. El movimiento suave, pero firme de sus dedos recorriendo el papel creando sombras y luces preciosas.

—¿Cameron? —pregunto suave.

Cuando escucha su nombre se detiene automáticamente y noto como tensa la mandíbula sin hacer ningún indicio de mover ni un músculo más.

Me sitúo frente a él perdiéndome en sus bellas facciones, aun más varoniles, curtidas por horas al aire libre, desafiando mi mirada con ferocidad una vez se ha recompuesto por la sorpresa de nuestro encuentro.

—Hola, Cate. ¿Cómo estás? —pregunta indiferente.

—Bien. ¿Y tú?

—Perfecto.

—Es precioso.

Admirando el dibujo del puente que ha hecho.

—Gracias. ¿Has venido sola?

—Sí.

—¿Y ese de ahí que te hace señales? —pregunta ladeando la cabeza incómodo hacia mi nuevo amigo.

Sean está esperando en la mesa para pedir su cerveza y, yo ni me

acordaba de él, está llamando mi atención con insistencia, bajo la mirada de advertencia del frustrado pintor escocés.

—Ah, lo acabo de conocer —contesto despreocupada.

La mirada sorprendida de Cameron al interpretar la situación según sus propios parámetros, es de su total libertad, no seré yo quien le de ninguna información. Él sabrá lo que su imaginación le hace creer, a estas alturas no me importa mucho. Por menos, la última vez me echó de su vida, supongo que, verme con un chaval muy agradable con el que he mantenido una charla amena y amistosa, le puede dar a su mente para varios capítulos subditos de tono.

Como no me apetece sentarme con él para tener que aguantar su malhumor, decido que lo mejor será desaparecer con la misma velocidad que he llegado.

—Bueno me están esperando. Hasta luego.

—¿Te vas? Quédate un rato conmigo. Un café. Por favor.

Con voz baja insegura.

Su mirada suplicante a la que nunca me pude resistir gana la batalla ante mi rencor.

—Me despido de él y vuelvo.

Unos minutos después, Cameron y yo nos tomamos un café en silencio, como tantas veces habíamos hecho hace mucho tiempo, cuando las cosas entre nosotros eran diferentes.

—¿Cómo te ha ido? —pregunta con voz grave y triste.

—¿Tú qué crees? ¿Y a ti?

Mis ojos intentando traspasarlo.

—Te he echado mucho de menos. ¿Me perdonarás?

—No sé qué decirte. No puedo borrarlo de un día para otro —dudo muy seria.

—Perdona por lo de anoche. No pude contenerme.

—Olvídalo.

—No puedo. No quiero olvidar —asegura anclando sus ojos a los míos.

—¿No quieres olvidar? ¿Ahora? ¿Por qué no hace dos años?, ¿o cinco?, ¿o uno? Eh. Cameron. ¿Por qué ahora?

El tono impotente de mi voz un poco alta, hace que algunos clientes sentados cerca hayan mirado incómodos hacia nosotros.

—Porque pensé que habrías conocido a alguien y serías feliz. Porque cuando supe que habías sido una víctima, fui un cabrón orgulloso que no quiso comprender que sin ti mi vida iba a ser una puta mierda. Cuando te fuiste...

—No me fui. ¿Recuerdas? Me echaste. Te dije que no me iría si no me echabas.

Mi voz interrumpiéndolo con mucho cinismo.

—Por favor. No me tortures —ruega cansado.

—Disculpa. Ya da igual.

—¿Tú crees? ¿Para ti da igual? Llevábamos diez años sin vernos y nuestros cuerpos no se han olvidado. Sé que lo sentiste igual que yo. ¿Por qué si no saliste huyendo de mi?

—¿Y cuál es según tú la solución? ¿Empezamos otra vez? Sin más. ¿Me lanzo a tus brazos después de que en diez años has pasado totalmente de mí? ¿Lo hacemos? —pregunto cargada de sarcasmo.

—No le diste ninguna oportunidad a lo nuestro. Te fuiste a la mínima de cambio. Me dijiste que no te buscara.

—¿Mínima de cambio? Eres increíble. Me humillaste, creíste a la puta de tu amiguita, dejaste que te besara delante de mí y de mis compañeras, creíste la sarta de mentiras que te dijeron. Confiaste en ellos, no en mí. Preferiste lo que tus ojos engañados vieron. ¿Para ti eso es la mínima de cambio?

—Podríamos haber hablado. Cuando llegué a casa y vi que habías desaparecido creí que huías para no afrontar la verdad.

—¿Sabes lo que creo? que tus preciosos ojos son tus peores enemigos. A veces las cosas no son lo que parecen y tienes que aprender a distinguir las. Me voy, tengo cosas que hacer —anuncio para salir de la cafetería.

Me levanto y me observa con la mirada más molesta que le he visto hasta ahora, sin hablar.

—Adiós, Cameron.

Inicio el paso hacia los ascensores, pero al llegar hay tanta gente esperando para bajar que tengo que aguardar a que haya sitio libre en el próximo. Cameron se acerca a mí con paso decidido y una mirada furiosa en sus ademanes tensos. Se pone a mi lado.

—Tenemos que hablar.

Su voz profunda, acercando su cabeza a mi oído.

—Ya hemos hablado —confirmo indiferente sin mirarle.

Tira de mi brazo hacia la puerta de la escalera antes de que pueda reaccionar y en cuanto somos invisibles al resto de visitantes, pega mi cuerpo a la pared acorralándome con el suyo.

—¿Qué coño haces? ¿Cómo te atreves?

—¿Cómo me atrevo? —advierde su mirada salvaje a pocos centímetros de mi cara.

—Suéltame. Deja que me vaya —suplico ante mis mojadas emociones.

—No —advierde con voz grave, con su boca en mi cuello.

Despacio empieza asediando con sus besos. Desliza una mano hasta mis pechos, acariciando mis pezones que con solo su cercanía llevaban varios minutos firmemente pétreos.

—Por favor.

Desoyendo mi súplica arremete con sus labios contra mi boca, atacando con su lengua sin piedad, totalmente fuera de sí. Su desesperación se está apoderando también de mí, sin embargo, aún no puedo darle ese poder. No puedo.

—¡Te he dicho que pares! —exclamo e intento empujarlo.

Se relaja un poco sin separar sus brazos, con su cabeza baja respirando de manera acelerada.

—Lo siento. Discúlpame.

Mirándome a los ojos acaricia mi cara con suavidad acercando sus labios a los míos para darme un ligero beso.

—Vamos. Te acompaño.

Salimos del edificio sin hablar hasta que por el paseo del río suena mi móvil, miro la pantalla y contesto sin dejar de observar a la fiera escocesa. Es Peter, pero no se lo voy a decir.

—Hola. ¿Cómo estás?

—*Bien. Seguimos con lo del viernes. ¿Verdad?*

—Claro. Jack está emocionado con que estemos los cuatro juntos.

—*¿Tú crees?*

—Sí. Ayer en la habitación estaba como loco haciendo planes.

—*¿No es gay?*

—¿Y qué? Le va la marcha.

—*Bueno te tengo que dejar. Amy sí que está como loca por volver a verte.*

—¿Tú no?

—*Esa pregunta solo tiene una respuesta.*

—¿Positiva?

—*Venga en serio te dejo. Nos vemos el viernes.*

—Hasta luego.

—*Hasta luego.*

La mirada enojada de Cameron cuando termino e inicio el paso hacia la parada de taxis, hace que por unos minutos disfrute un poco, aunque sé que en cuanto hable con su amigo se dará cuenta de todo.

—Hasta luego —digo para despedirme en voz baja.

—Cuídate. Nos vemos.

Se acerca a mí e inclinándose me besa la mejilla de manera amistosa. La transformación de este hombre a veces me supera, pasa de animal en celo a puro caballero en cuestión de segundos.

Me subo al taxi para dejarlo mirando como desaparezco entre el tráfico de Londres, sin saber si volveremos a vernos.

El viernes por la mañana amanece lluvioso y frío, al igual que mi

mente, embotada y gris. Desde que vi hace dos días a Cameron no he podido sacármelo de la cabeza. No he dormido nada, prácticamente desde que llegué, me estoy manteniendo con tres o cuatro horas de sueño.

Cuando hablo con Jack a veces ni me entero de lo que me cuenta, solo veo tempestades inundándome. No le he contado nada de mi encuentro casual, le daría pie a su absurda deformación de solucionarlo todo hablando. Decididamente no quiero hablar más sobre este tema. Prefiero el silencio al que me había acostumbrado, es más seguro para mi corazón. Desde que he llegado mis peores temores se han cumplido, no necesito a mi amigo dándome la paliza para que solucione algo que no tengo ganas de borrar tan rápido de mi cabeza.

Voy salir a *Candem* a curiosear por las tiendas. Por la tarde llegan Peter y Amy sin niños, por lo que nos iremos a cenar para organizar la salida que vamos a hacer mañana y el domingo a Bath. Jack y yo vamos un poco justos de tiempo, nuestro avión sale el domingo por la noche, pero aún así no queremos perder la oportunidad de conocer la ciudad. El trayecto en tren es de una hora y media, si nos vamos el sábado temprano podremos disfrutar hasta el domingo después de comer. Según Peter es una ciudad pequeña y la podemos ver en poco más de un día, espero que tenga razón.

Suena el teléfono de mi habitación casi cuando estoy saliendo, aunque me vuelvo a contestar la llamada.

—¿Diga?

—*Cate soy yo.*

Y tanto que eres tú. El sonido de su voz es una de las cosas que más profundo tengo guardadas.

—Hola. ¿Cómo estás? —pregunto con cortesía.

—*Bien. ¿Comerías conmigo hoy?*

—¿Por qué?

—*Porque quiero hablar contigo.*

—Creo que no tenemos nada más de que hablar.

—*Cate, por favor. Déjame verte.*

—Por favor no insistas.

—*Al menos, déjame ser tu amigo. Una comida entre amigos* —dice intentando parecer animado.

—¿Amigos? ¿Ahora vamos a ser amigos? ¿Ahora? Por favor, déjame. Que pases un buen día.

No le doy tiempo a reaccionar antes de colgar. ¿Amigos? ¿Está loco? Desde luego a veces el cerebro de los hombres ve la realidad distorsionada o vive en un mundo paralelo.

Por la tarde quedo con Amy en el bar del hotel. Ellos pasan la noche en el piso del *Soho*, supongo que se quedarán juntos, aunque él comentó que se

iba hoy.

Me pongo unos vaqueros con unas botas muy altas de tacón negras y un top largo de tirantes plateado con lentejuelas, cojo mi bolsito plateado y una americana de terciopelo negro cuando llaman a mi habitación.

Será Jack, normalmente cuando llega de las reuniones comprueba si estoy o no.

Me dirijo confiada y abro la puerta con una sonrisa de bienvenida que se congela en mi cara, ante mis ojos el mismísimo señor McPheal y su sonrisa devastadora, castigando mis ojos con sus ráfagas más despiadadas.

—Estás preciosa Cate. Me alegra verte.

—Hola, Cameron. ¿Qué haces aquí? —pregunto nerviosa.

—He venido porque me voy dentro de un rato, solo quería verte una vez más.

—Bueno ya has alcanzado tu objetivo. Hasta luego —anuncio, dando un paso atrás.

—Cate, por favor. Una copa abajo. Diez minutos. Por favor —suplica lastimero.

—Una copa en el bar de abajo. Estoy esperando a Peter y Amy —advierto.

Nunca soporté sus súplicas.

—Lo sé. Vamos.

Nos dirigimos al ascensor del vestíbulo y de repente, recuerdo la primera vez que nos vimos, después de haber tenido unas desagradables palabras esperando con el mismo silencio un ascensor. Aquel día me llevó a vivir una experiencia maravillosa. No sé si este me deparará algo bueno.

Cuando llega, coincidimos con varias personas que bajan también, aprovecho para mirarlo discretamente, vestido con unos vaqueros y unos zapatos tipo botín de ante marrón. El torso cubierto por un jersey blanco de pico y un abrigo corto gris oscuro con una bufanda clara anudada al cuello. Cuando subo a su cara, me encuentro con su mirada sexy retando a mis ojos sorprendidos en una incursión de exploración.

—¿He aprobado? —pregunta su voz profunda inclinándose sobre mi cara.

—¿Perdona?

Con cara despreocupada.

Las cejas de Cameron no encuentran espacio para subir más, a medida que sus ojos me desafían a reconocer algo que por ahora no pienso admitir.

Entramos en el *Rivoli* dirigiéndonos a la mesa más apartada que vemos, donde un eficiente camarero nos atiende.

—¿Tú dirás? —pregunto incómoda.

—Hace mucho tiempo que debería haber hablado contigo, Cate. Yo...

—Cierra los ojos e inspira hondo antes de seguir—. Perdóname, ese día...me

dejé llevar por los celos y no quise ver más allá. Lo he maldecido todos estos puñeteros años. No sé si habrás sido feliz, espero que sí. Para mí... —Se detiene pensando cómo afrontar sus palabras, carraspea un poco nervioso mirando directamente mis ojos. Añade—: Para mí no ha valido la pena, Cate, sin ti, nada ha valido la pena, por favor, *gràdh* no me dejes otra vez. Creí que vivía, pero desde hace dos días no duermo pensando que si nos hemos visto y tenemos esta oportunidad es por algo. Por favor vamos, háblame.

No lo puedo hacer, las lágrimas inundan mi cara. Desde que ha dicho que no ha valido la pena no puedo parar. Desde luego que no ha valido la pena.

—Por favor, no llores.

Se levanta y me atrapa en un abrazo que solo incrementa mi desconsuelo.

En unos minutos me recompongo con mi mirada más triste en muchos años, observando cómo se aproximan hacia nosotros Peter, Amy y Jack, bromeando sobre el viaje en tren de mañana. Cameron se gira para encontrarse con los ojos de nuestros amigos rayando entre la alegría de vernos juntos y la confusión por mi cara aún mojada por las lágrimas.

—¿Qué te pasa? —pregunta Jack, acercándose a mí.

—Nada, no te preocupes —respondo intentando relajarme.

Respiro varias veces ante la atenta mirada de Cameron que sigue

plantado en el mismo sitio.

—Hola, Cameron ¿Qué tal? —pregunta Jack tendiéndole la mano.

—Hola, Jack. ¿Cómo estás? —corresponde al saludo.

—Muy bien ¿Y Sarah?

—No sé.

Su voz indiferente con un rápido encogimiento de hombros.

—¿Sois pareja? —curioseas Jack.

—No —responde serio Cameron mirándome a mí.

—¿Cuándo te vas? —pregunta Amy.

—Dentro de un rato.

—¿Qué pena? Nosotros vamos a pasar el fin de semana a Bath.

—¿Cuándo os vais? —pregunta Cameron interesándose.

—Mañana a las nueve. Salimos de *Paddington* a las nueve y media.

¿Te vienes? —invita Peter.

—No puedo, además el hotel no...

—Por eso no te preocupes hemos alquilado una casa bastante grande.

Puedes venir sin problemas. ¿Verdad? —pregunta Peter buscando con la mirada la aprobación de los demás.

—No sé, tendría que organizar algunas cosas. Si me da tiempo estaré en la estación.

—Perfecto. Intenta poder, pasaremos un fin de semana entre amigos —

anima Amy.

—De acuerdo, gracias por invitarme —comenta mirándome con ojos sonrientes.

—¿Te vas? —pregunta Jack—. Cena con nosotros.

—Gracias, pero debo volver a casa, tengo que solucionar unos asuntos. Hasta luego.

Se vuelve hacia la salida intercambiando una mirada secreta con Peter y se pierde en la noche de Londres.

Un rato después en mi habitación con una alegría incrementada a base de martinis, preparo la bolsa para la mini excursión a Bath.

Pensando en lo que Cameron ha dicho creo que tiene razón no vale la pena, aunque no puedo borrar de un plumazo todos los años de dolor que he pasado sin él. No puede llegar ahora diciéndome que lo intentemos cuando en diez años no me ha dado ninguna muestra de interés.

Puedo comprender que pensara que ciertas cosas, si no se dicen en el momento, crean una abertura que con el tiempo se va haciendo más grande, hasta que llega un día que ya no sabes ni como plantear el tema porque te parece totalmente fuera de lugar. Eso también lo siento yo, es verdad que en estos años he intentado borrarlo de mi memoria, inútilmente, y tampoco he hecho nada por hablar con él. Nunca me había planteado lo que me dijo Peter,

sobre que Cameron no esperaba que me fuera de Skye. ¿Fue muy drástico? Nunca lo había pensado, en ese momento es la única solución que vi. Quizás si me hubiese quedado, unos días después podríamos haber hablado. No lo sé, es lo que hice y ya no puedo arreglarlo.

Al día siguiente nos encontramos en la estación con la sorpresa de la presencia de Cameron, junto a Peter y Amy. Nos saludan con risas al acercarnos.

—Has venido. Qué bien —dice Jack, tendiéndole la mano a Cam.

—Sí al final lo he solucionado todo.

—Hola, Cate.

Saluda dándome un rápido beso en la mejilla.

—Hola, Cameron.

Una parte de mi esperaba ansiosa que estuviera aquí, la otra temía sus golpes en mis defensas, siempre eran las olas rompiendo en mis acantilados, y ahora está aquí, así que intentaré dejar que me lleve la marea procurando no ahogarme otra vez en ella.

—Vamos, el tren está a punto de llegar —informa Peter

Respiro hondo y cojo mi bolsa ascendiendo a un concurrido tren con dirección a Bristol.

Cuando Cameron y yo entramos al vagón, mis graciosos amigos se han

sentado juntos, por lo que solo queda uno libre. En el lado contrario hay dos asientos opuestos vacíos.

Con una rápida mirada nos comunicamos, sentándonos en ellos junto a la ventanilla e iniciamos el trayecto a la vez que se instaure entre nosotros uno de nuestros cómodos silencios, cada uno perdido en sus pensamientos, viendo cómo vamos pasando las estaciones.

El paisaje está salpicado de pequeños pueblos y sobre todo, mucho verde, tiene todas las tonalidades posibles, con la humedad propia de donde llueve casi a diario, al menos en algún momento del día. Conforme nos vamos acercando a Bath, veo en su grandeza la campiña inglesa en invierno. Es tan pacífico que me transporta a las novelas de Jane Austen y casi espero ver salir al señor Darcy a caballo entre los árboles de algún aislado bosque.

Llegamos a las once de la mañana y Peter acercándose a un mostrador con un montón de folletos coge un plano de la ciudad.

Nuestra casa está en *Southgate*, una calle bastante céntrica, a la que llegamos pasando por un boulevard lleno de tiendas con una actividad increíble, en un paseo de cinco minutos, incluso hay una tienda enorme de Apple que cuando Jack y yo vemos no podemos evitar el orgullo patrio con una sonrisa cómplice.

Tal como sabíamos, es muy grande. Ocupa toda planta superior, en un

edificio nuevo hecho en piedra clara, muy típica en toda esta zona, mantiene la arquitectura victoriana y es muy elegante.

Tiene un salón separado de un pequeño distribuidor con dos baños completos, además de cinco dormitorios y, como deferencia a su situación de pareja confirmada, los Taylor se quedan con el dormitorio de matrimonio, que tiene su propio baño. Jack, Cameron y yo nos repartimos los otros cuatro, todos con camas muy grandes y bastante bien amueblados. El más pequeño, claramente, queda desierto.

Luego, nos vamos a dar una vuelta por la ciudad, donde en unos minutos descubrimos los baños romanos y un poco más allá, cruzamos un pórtico con arcos para presentarnos, la plaza con su preciosa catedral gótica. El sitio es encantador. Lo que más me gusta es la música de fondo que tenemos. Hay un señor vestido con un traje oscuro y un sombrero de ala ancha junto a unos amplificadores, está cantando una canción de jazz con una voz rota y profunda que convierte un instante más, en perfecto.

Vamos tranquilos hablando del precioso parque con un cenador que vemos, mientras llegamos al puente antiguo sobre el río Avon, donde parece que caminemos por una ciudad anclada en el siglo diecinueve. Sin poder evitarlo hago varias fotos capturando la belleza del lugar.

Pasamos parte de la mañana y la tarde paseando por la ciudad, dónde descubrimos la pradera delante del *Royal Crescent*, un conjunto en forma

semicircular en la parte alta, al cual llegamos después de pasar por *Circus Square*, donde varios árboles centenarios regulan a modo de glorieta el tráfico.

Hemos decidido salir a cenar y tomar una copa por los alrededores de la zona antigua, sin destino definido, según veamos.

Me miro al espejo antes de ir al baño y compruebo que la falda tiene la cremallera en su sitio. La camisa blanca de seda tiene un cuello enorme que me encanta y mis pendientes, unos aros de plata un poco grandes, también me gusta el efecto que hacen con el pelo suelto. Cojo la chaqueta negra de piel muy ceñida y me subo a los tacones altos de mis botas.

Al salir de mi dormitorio, me cruzo en el distribuidor con Peter y Amy. Se dirigen al salón, donde Cameron espera bebiendo agua de una botellita.

A continuación voy al baño dónde coincido con Jack. Sale con unos vaqueros que le hacen un trasero estupendo y un jersey negro de cuello alto, tiro de su mano y me encierro con él dentro. A pesar de que me mira sorprendido, sé que está disfrutando.

—¿Qué haces? No soy tu hombre.

Mirándome con cara burlona

—Muy gracioso. Jack no se te ocurra hacer de las tuyas. ¿Vale?

—Vale. No hay que ponerse así. Lo hago por ti. Estás guapísima, no me

extraña que el tío no te quite ojo de encima...

—Eres muy observador, pero deja que yo arregle mi vida solita.
¿Entendido?

Inclina su cabeza sobre la mía y me da un beso en la mejilla.

—Vale, si me necesitas avisa. —Baja su cabeza y con un guiño seductor—. Por cierto, muy sexy la falda negra de cuero.

Sale dejándome ante un espejo donde veo a la persona que soy, actuando como una ingenua adolescente. No lo voy a consentir. Alzo mi mirada más orgullosa ante la estupenda mujer que me mira y me infundo la confianza que necesito para estar durante algunas horas acompañada de un hombre, a quien con cada momento que pasamos juntos me va a costar más dejar.

Durante el recorrido que hemos hecho, ha sido un perfecto caballero. Ha tenido gestos muy galantes y la verdad no me ha sorprendido, casi siempre lo fue, pero quizás esperaba un poco de más distancia, aunque empiezo a ver claro que ha vuelto a tomar una decisión y sé lo obstinado que puede llegar a ponerse.

Nos reunimos en el salón con ellos y aunque Jack y yo mantenemos siempre la típica complicidad de los buenos amigos, creo que a Cameron no le ha gustado el secuestro que acaba de ver, su saludo parco hacia él, contrasta con el buen entendimiento que estaban teniendo desde que se han conocido.

El escocés desafiante esta vez no se corta ante mi blusa, y hace que empiece a ordenar a mi cerebro sacar un escudo protector contra la batería de misiles con la que está siendo atacada. Levanto los ojos viéndolo concentrado en su misión y miro también de soslayo a nuestros acompañantes que distraídos buscan sitios para tomar algo, no están pendientes de las guerras en posiciones vecinas. Siento la lucha que mantiene contra él mismo y con bastante maldad por mi parte, porque estoy disfrutando con su intentona, me coloco la chaqueta negra. Acabando con la batalla en el último segundo de resistencia. En cuanto cierro la cremallera reacciona, mirándome a los ojos con el brillo del deseo no enmascarado, sonriendo contento, los dos sabemos que he ganado con ayuda.

No está nada mal, teniendo en cuenta que lo máximo que hará como deporte será salir con el barco. Se ha vestido con un jersey negro de lana fina con cuello de pico, vaqueros, unos mocasines de ante marrón, un abrigo corto gris oscuro y una bufanda de lana con cuadros. Tiene suerte y sigue siendo un hombre espectacular, para desgracia de mis sentidos.

Salimos a una noche fría y cenamos compartiendo varios platos en un restaurante al lado de la catedral, entre risas y comentarios animados con algunas pintas de cerveza. Peter y Jack deciden visitar un pub dando un paseo no demasiado lejos, donde al parecer algunos días hay grupos tocando en

vivo.

Cuando estamos cerca de *The Bell*, en *Walcot Street*, la música suena desde fuera. Al entrar descubro mi local, quiero estar aquí las próximas horas.

Es un pub antiguo con las paredes revestidas en madera y vigas en el techo con un montón de plantas colgantes. El ambiente está cargado, aunque es agradable. Hay reservados con pequeños asientos de forja, tapizados en terciopelo rojo y hasta una chimenea al fondo. Un grupo de músicos tocan una música entre zíngara y ska, muy rítmica y divertida. Son por lo menos siete, con algunos instrumentos muy raros, disfrazados con armaduras medievales, incluso cascos.

Nos pedimos unas cervezas y vamos delante del escenario, donde está la mayoría de público disfrutando de danzas bastante rápidas todos juntos.

Reímos y bebemos totalmente integrados y según la noche va avanzando nuestro nivel de alcohol también. Con su humor, los escoceses no han dejado de machacar a Jack por su acento. Luego, en la barra sigo esperando que me atiendan.

—¿Qué te pongo?—pregunta el camarero.

—Cuatro *Guinness* y una *Kronenbourg 1664*

Empieza a servir las y veo que no está nada mal, lleva una camiseta ajustada de mangas cortas y un gorro de lana gris ocultando una melena igual que la de Peter hace diez años, solo que esta es oscura. Tiene una cara

atractiva, sin afeitarse, y unos ojos oscuros expresivos que me recuerdan a un patrón neozelandés que sin querer me complicó la vida.

—¿Americana?

—De Baltimore, vivo en Nueva York —respondo.

Él sirve la segunda pinta.

—Tu acento es inconfundible. ¿De vacaciones?

—Algo así. Vaya ambientazo que tenéis.

Miro alrededor con un gesto de asombro.

—Sí, la verdad que esta gente atraen a muchos clientes. Han sacado un CD.

—Tocan muy bien. ¿Cómo se llama el instrumento del que está sentado con la armadura en la cabeza?

—No recuerdo el nombre, es algo antiguo. ¿Impresiona eh? —afirma con una sonrisa simpática.

—Sí. Es muy divertido.

—Toma te invito a un chupito —ofrece, entregándome un vasito con whisky.

Veo que ha servido dos, hablando con él no me he dado cuenta de que los estaba poniendo, lo coge y me invita con una mano y una reverencia divertida. Si estuviera en otro sitio, una semana atrás, me plantearía tener algo con él.

—¡Por las bellas americanas!

—¡Por los camareros en camiseta blanca!

Nos sonreímos alegres y bebemos en un segundo. Asumo mi incapacidad para transportar las cinco pintas, miro alrededor y veo a Peter acercarse para ayudarme. Cuando coge tres jarras, mira los vasos vacíos y la sonrisa tonta del camarero.

Se inclina sobre mi oído y me habla bajito:

— Cate, no seas mala.

—¿Por qué lo dices? Soy muy buena.

El camarero cauto atiende a otro cliente, supongo, creyendo que Peter es mi pareja.

—Por eso. Porque eres muy buena, pórtate bien y no sueltes “al bestia” de mi colega.

—¿De qué hablas?

Al menos intento parecer sorprendida.

—De nada. Venga, vamos. ¿Cuántos chupitos te has tomado con ese?

—Uno. Y me ha invitado él.

—Me lo imagino, le sale barato.

—¿De qué vas? —pregunto un poco molesta.

—Cate, desde que el camarero ha empezado a hablar contigo, la mirada de Cam echa fuego, así que deja de hacerte la tonta, ¿vale? Que nos

conocemos.

Lo miro fingiendo indignación y cojo dos pintas para llevarlas cerca del escenario, donde sigue la actuación y nos esperan nuestros amigos en una mesa baja con dos asientos. En uno está sentado Cameron, y en el reservado Jack y Amy charlan mirando a los músicos.

Como estoy bastante animada no me apetece sentarme, dándole un trago a mi *1664* me separo unos metros, mezclándome con el resto de bailarines espontáneos. Paso un momento muy agradable, sintiendo el ritmo marcado por la música, ahora con la cadencia del reggae. Mis amigos, incluido Cameron, se unen a la multitud. Él se posiciona discreto junto a Amy, detrás de nosotros.

Bailamos una versión de *Won't Go Home Without You* de Maroon 5, cuando siento los fuertes brazos de Cameron alrededor de mi cintura, traspasando la suavidad de su jersey a la seda de mi camisa. Me recorre un escalofrío que creo él percibe. Se está excitando por segundos. Si no logro controlarlo ahora, me va a arrastrar sin ninguna piedad.

—Por favor. Suéltame... —suplico con sus labios en mi cuello.

Me ignora por completo.

Para mi desgracia, Cameron se motiva más y empieza a subir sus manos de mi cintura a mis pechos. Me pone los pezones duros al momento. El atrevido soldado de su entrepierna inicia un asedio rítmico constante contra mi

espalda, sabe que está empezando a erosionar las mermadas defensas que me quedan.

Me giro entre sus brazos, interrumpiendo sus entusiastas caricias, y a traición tengo su lengua abriéndose paso en mi boca, se apodera sin invitación a la fiesta que se augura muy feliz para él. Alejo la cabeza de sus poderosas manos sintiendo el mismo deseo que él, pero debo hacerlo.

—Por favor. Tenemos que parar —digo, rozando sus labios.

—No puedo estar sin tocarte, Cate, no puedo.

Avalando sus palabras, vuelve a apoderarse de mi cintura.

—Cameron. No.

Baja la cabeza hasta que nuestras frentes están casi juntas.

—No quiero. Solo hay una cosa que quiero. Y solo tú puedes dármela.

Cuando lo pienses me lo dices.

Acerca sus labios a los míos y me seduce con su boca ansiosa y sus manos en mis nalgas.

—El concierto ha terminado. ¿Nos vamos?

Oigo la voz de Jack. Escucho el carraspeo de Peter cuando empezamos a separar nuestros labios, mirándonos sorprendidos.

—Sí. Vamos —afirma serio Cameron, tirando de mi mano.

Nos volvemos a colocar toda la ropa de abrigo y salimos a nuestro piso de alquiler.

Son las doce de la noche y de camino pasamos por una calle donde la vista de la catedral iluminada es todo lo que ocupa nuestro campo de visión; es magnífica. Me detengo con Cameron a mi lado en silencio, con una mano enlazada a la mía desde que salimos del pub, intuyendo que no se va a dar por vencido. Deberé usar toda mi sangre fría para mantener una actitud distante que no siento en absoluto, estar a su lado aniquila el resentimiento y el dolor.

Saco el móvil y la fotografío mientras espera paciente bajo una noche helada. En cuanto termino, me mira sonriendo y solo me apetece besarlo hasta morir de gusto; aunque no lo hago.

—¿Ya lo has pensado? —pregunta con una mirada cargada de deseo.

Se acerca y me sostiene la cara entre sus manos, me obliga a enfrentarme a sus ojos; juega sucio y lo sabe.

—No voy a dejar que te vayas otra vez, Cate. Esta vez no.

Sus labios buscan los míos en un beso lento y pausado, como le gustaba empezar su seducción. El calor de su cuerpo, siempre presente en mí, otra vez me inflama de un deseo que solo él ha sido capaz de provocarme; mi único amor quiere volver, y estoy perdida en una cruel tormenta que no me va a dejar salir indemne.

—Las cosas ahora no son tan sencillas, tengo una empresa en Estados Unidos, una casa, una vida que no puedo abandonar porque tú y yo sigamos excitándonos juntos. No me parece suficiente, lo siento. Llevo sola mucho

tiempo y me gusta disfrutar de mi espacio.

—¿Hay alguien? —pregunta con voz cautelosa.

—Eso a estas alturas no es de tu incumbencia —respondo incómoda.

—Eso, cariño, a estas alturas es muy de mi incumbencia.

Su voz dura empezando a irritarse.

—Yo no te he preguntado nada de tu vida en este tiempo. ¿Por qué voy a tener que contestar?

Ahora es mi voz airada la que lo desafía.

—Puedes preguntar lo que quieras no hay nada que contar. Soy un puto monje.

Lo miro sonriéndole con ironía, ambos sabemos que no me lo he creído ni por un momento, su cara de niño bueno no engaña a nadie.

Seguimos caminando de manera tranquila hasta que me agarro de su brazo. Los adoquines que nos acompañan en las aceras, no son lo más recomendable para circular andando con unos tacones, bastante altos.

—¿Vas bien? —pregunta cortés.

—Sí, lo esperaba. Al menos tú no llevas pajarita —comento sonriendo.

—Dios. ¿Te acuerdas de la fiesta? Llevabas un vestido negro corto con mucho vuelo y unos taconazos beige que me pusieron como una moto toda la noche.

El brillo de sus ojos al inclinarse bajando el tono al recordar sus sensaciones de esa noche hace que me recorra un escalofrío de excitación por todo el cuerpo.

—Pues no fue eso lo que dijiste. Si no recuerdo mal, dijiste algo más bonito.

—Recuerdo perfectamente qué te dije, si te lo repito no vamos a llegar al piso —susurra en mi oído.

Nuestros amigos nos miran expectantes al aproximarnos. Jack y Peter hablando entre ellos junto a Amy, que con las manos en los bolsillos tiembla esbozando una sonrisa fijándose en nuestros brazos unidos.

—¿Dónde os habéis metido? Nos hemos parado aquí porque no sabíamos dónde estabais.

—Cate se ha entretenido haciendo fotos, como siempre —explica el escocés delator.

En pocos minutos llegamos, nada más entrar desaparecen los Taylor con Jack tras ellos, que con una sonrisilla cómplice se despide de nosotros con un escueto “ciao”.

Cameron y yo nos miramos desprendiéndonos de nuestra ropa de abrigo con una tensión bastante palpable.

—Buenas noches —digo nerviosa.

—Buenas noches, Cate —comenta con voz grave.

Se acerca, me besa en la mejilla y, ganando su propia lucha, me mira triste al dirigirse a su habitación.

Nos encontramos en la puerta del *Ritz* frente a mi trío escocés preferido, después de pasar un domingo muy agradable por las calles de Bath, donde nuestros amigos nos dejaron solos hasta casi la hora de coger el tren de vuelta.

Hemos hablado mucho sobre lo que paso y por qué lo gestionamos como unos inconscientes, sin saber que perderíamos algo que ninguno ha querido asumir; era demasiado importante para arrumbarlo en un recóndito lugar del olvido. Nuestro amor no se merecía ese final, él y yo lo hemos sabido todos estos años y quizás, en mi caso porque fui la desterrada o en el suyo porque se dejó llevar por los malos consejos de sus demonios, hayamos esperado demasiado tiempo para hacer algo al respecto.

Me ha contado que su abuelo fue su mayor azote en cuanto se enteró, también ha pasado de puntillas por su enfermedad y muerte. Solo he podido abrazarlo, sé el amor que se tenían y a pesar de que no lo conocí demasiado siempre supe que era un gran hombre al que respeté y admiré mucho.

Pienso que estaríamos muy bien juntos, de hecho, no quiero estar en otro sitio, llevaba mucho tiempo sin sentirme querida y protegida por él, pero no puedo desaparecer de Estados Unidos para vivir en Portree así sin más.

Necesito tiempo, y la distancia que nos separa hará que si no decido algo, acabemos cansados de vivir tan lejos. De entrada, me ha prometido que vendrá pronto a verme y de paso comprobar por sí mismo los productos que hacemos en STG.

Los abrazos y las despedidas amigables ya han terminado y un taxi espera que Jack y yo entremos.

Ante la impaciencia del taxista empezamos a movernos, aunque solo lo hace él, mi mano ha sido apresada por otra más grande.

—Cuídate. Nos vemos pronto —afirmo con tristeza.

Me sujeta la cara con una mano sin soltar la otra de la mía y me besa con toda la ternura que es capaz de demostrar, él que nunca fue muy dado a muestras de amor en público.

—Te prometo que esta vez no te vas a escapar.

Su voz ronca muy baja.

Poniéndome de puntillas le doy un beso tranquilo, cierro los ojos para impregnarme de la esencia de este hombre que conocí siendo joven y me ha acompañado desde entonces. Acaricio su cara memorizando su rostro, la última vez que me despedí de él he tardado diez años en volver a verlo. Espero intensamente que si nos hemos vuelto a encontrar después del tiempo sea porque el destino realmente existe y está bastante distraído jugando con nosotros.

Desaparezco en el interior del taxi junto a Jack que, nada más verme entrar, ha apoyado mi cabeza en su hombro para que derrame las lágrimas que desde hace un momento estoy intentando controlar.

Capítulo 13

Manhattan, Nueva York

Lunes 5/4/2010

Hoy, una semana después de nuestra llegada de Londres, tengo una reunión con Peter en mi oficina. Según me ha anticipado, es algo relacionado con los nuevos proyectos que tienen, lo raro es que Cameron no me ha comentado nada, en alguna de las conexiones diarias que tenemos online. No sé si es algo suyo personal, aunque me extraña un poco, suelen estar al tanto de todo los dos.

El sonido de unos pasos tras la puerta de mi despacho me indica que ya ha llegado, un minuto después aparece mi amigo con su sonrisa encantadora y su fachada informal. Siguiendo su gusto por la comodidad despreocupada viste unos vaqueros azules y una camisa azul marino, unos botines de ante camel y una chaqueta de pana del mismo color que su calzado.

Me levanto muy sonriente para saludarlo y nos fundimos en un cálido abrazo.

—Hola, Cate.

Con voz contenta dándome un beso en la mejilla.

—Hola, Pet, me alegra mucho verte.

Vamos hacia mi mesa y nos sentamos en las sillas frente a ella. Los ojos azul-grisáceos de Peter brillan en su cara sin afeitarse.

—Te has cortado un poco el pelo —afirmo al advertirlo.

—Un poco, no puedo más —dice, tocándoselo apenado.

—¿Cómo va todo en el astillero?

—Muy bien, desde que llegamos de Londres nuestro amigo es otra persona.

Le sonrío, sé cómo se puede sentir, compartimos eso también, Anna lleva con lo mismo una semana.

—¿Lo ves bien? Me dijo que iba a venir, pero cuando hablamos no ha vuelto a decir nada.

—Podría estar mejor —contesta irónico.

—Ya veremos —concedo pensativa—. ¿Eso es lo que te trae aquí?

—No. Es algo sobre trabajo.

—¿Trabajo? ¿Por qué no me lo ha dicho Cam? Hablamos todos los días —pregunto extrañada.

—No sabe nada, he venido a una reunión con nuestros clientes de aquí. Él cree que nos vamos a ver, aunque no sabe nada de esto. Antes quería hablar con vosotros. Prefiero que si lo rechazas, sea yo quien te escuche.

—Me tienes intrigada. ¿De qué se trata?

—No es nada extraño. Es una propuesta laboral para que colaboréis en

el desarrollo de la tecnología de dos trimaranes de competición —dice emocionado—. Cate, serán extraordinarios.

—Pet, antes de que sigas. No hacemos nada para náutica de competición, lo nuestro es más la navegación comercial.

—Lo sé, pero una vez lo hiciste, además Anna y Julian tienen también experiencia. ¿Por qué no? Creo que si os damos exactamente nuestras necesidades y os explicamos los objetivos, podríais hacerlo.

—Creo que es mejor que sigáis como hasta ahora. Además, con el trabajo que tenemos sería complicado empezar con desarrollos nuevos de software. Nos ralentizaría en la entrega de lo que ya tenemos firmado.

—Pues creo que os daría un empujón para abrir vuestro negocio a Europa —rebate convencido.

—¿Por qué íbamos a querer abrir en Europa? Con lo que tenemos aquí es suficiente para nosotros —explico incómoda, presintiendo por donde va.

—¿En serio? ¿Cate? —duda un poco burlón.

—¿Qué? Si lo dices por tu amigo, aún no hemos decidido nada. No es tan fácil.

—¿No? ¿Lo quieres? —pregunta muy serio.

—No es eso, solo que no es tan simple. Tengo mi vida aquí, mi trabajo, mi casa.

—Pero no a Cam. Tarde o temprano tendrás que decidirte.

—Lo sé. ¿Crees que no lo sé? Lo pienso todo el maldito día —digo molesta haciendo una pausa—. Pet, he estado diez años sin él, no quise, sin embargo, sobreviví. Me costó mucho empezar otra vez, sé que quizás pensarás que soy una exagerada, pero tardé tiempo en volver a salir con otros hombres. Tú amigo, al que considero el hombre de mi vida, me dejó. Me he repetido a mí misma miles de veces que lo había superado que podría ser feliz con otra persona, y sabes qué, no era verdad, siempre me faltaba algo.

—Lo siento —dice afectuoso acariciando mi mano.

—Todos estos años de dolor tengo que olvidarlos, porque después del último mes no podría volver a perderlo, lo sé todo, pero nos hemos visto muy poco, las personas cambian, se acostumbran a vivir a su aire y no es fácil adaptarse a otra. No quiero desprenderme de mi infeliz aunque cómoda vida, por algo que una vez me destrozó, sin tener la certeza de que esta vez todo irá bien.

—Nunca vas a tener esa certeza Cate. ¿Crees que yo la tenía con Amy? O mejor aún. ¿Amy la tenía conmigo? ¿Recuerdas?, cuando nos conocimos yo acababa de empezar a enrollarme con ella, si me hubieses conocido unos meses antes, te aseguro que hubieses jurado que yo no era ninguna certeza, pero ella sí creyó en nosotros. Creo que es lo que tenéis que hacer, creer en vosotros.

—Vamos a ver cómo va —comento un poco triste—. ¿Hasta cuándo te

quedas?

—Hasta el miércoles. ¿Tienes planes para cenar?

—Contigo —respondo sonriéndole.

—Perfecto. ¿Dónde me vas a llevar?

—No lo sé. ¿Libanés? Te recojo en *The Surrey* o estás en otro.

—El mismo. Te espero sobre las siete —añade levantándose.

Nos despedimos sabiendo que en unas horas podremos hablar sin prisas, comentando todo lo que queramos; somos amigos. Él realmente durante muchos años ha sido para Cameron un hermano y conmigo se ha comportado siempre con la elegancia del señor que es.

Sí, sabía que podía hablar con él con total honestidad.

Tengo una reunión con Anna y Julian en un momento, para comentarles la intención de Peter. No creo que quieran aceptarla, sería un poco irresponsable por nuestra parte. No creo que tengamos la capacidad para sacar todo el trabajo adelante, en los plazos que escrupulosamente acordamos con nuestros clientes.

Ayer lo recogí en su hotel a la hora acordada y cenamos tranquilos, en un restaurante libanés en la 5th entre la 27th y la 28th. Tuvimos una velada muy agradable donde me ha contado, sobre todo, parte de su experiencia como padre, así como él y Cam llegaron al acuerdo que uno controlaría toda la

gestión de proyectos y el otro el diseño.

Unos minutos después, nos reunimos los tres en una pequeña sala de reuniones que tenemos en nuestras oficinas.

—¿Qué pasa? —pregunta Anna sentándose en la mesa.

Está un poco nerviosa, ya que su departamento, no es capaz de conseguir un ángulo de resistencia que permita corregir el rumbo, en el software de un nuevo buque holandés que contrató nuestros servicios hace un mes. Teniendo en cuenta que el plazo es a final de semana, entiendo su malestar ante una reunión un tanto precipitada.

—Ayer vi a Peter y me ha ofrecido que colaboremos con ellos.

—¿Colaborar? ¿Qué clase de colaboración? —pregunta sorprendido Julian.

—Trimaranes de competición.

—¿Qué? ¿Nosotros? —La voz de Anna asombrada mirando a Julian.

—¿Cuál sería el plazo? —consulta interesado Julian.

—¿Cómo que cuál sería el plazo? ¿Estáis locos? No lo podemos hacer —exclamo con vehemencia.

—¿Por qué no? Sí podemos. Cate, sería la hostia —La voz emocionada de Julian.

—Tendríais que ocuparos vosotros al principio. Yo hasta que no entregue el holandés no puedo —cuenta Anna mirándonos a ambos.

—¿Se os ha ido la cabeza a los dos? ¿Pero os estáis escuchando? —
digo empezando a estar enfadada.

—¿Cómo habéis quedado? Le habrás dicho que lo tenemos que hablar.
¿No? —cuestiona Julian alterándose.

—Claro que sí. No hemos quedado en nada. Le dije que no podíamos
hacerlo, pero que lo hablaría con vosotros.

—¿No puedes rechazar un proyecto tu sola! —grita indignado.

—Julian, relájate. ¿Vale? A ver Cate, no puedes rechazar un proyecto,
hasta ahí de acuerdo ¿No? —explica observándome. Asiento muy seria—. ¿No
ves que sería una excelente oportunidad para el negocio?

—Vamos a ver. Entiendo lo de la oportunidad y todo eso, pero no
tenemos experiencia en ese tipo de barcos, son relativamente nuevos, no hay
estudios demasiado profundos. Si lo hacemos es para hacerlo bien. Y
sinceramente, no es buen momento.

—Discrepo. Para mí el momento es perfecto —asegura Julian
convencido.

—¿Anna? —pregunta para que decida ella que hacemos.

—Creo que Cate tiene razón en cuanto a que tendríamos que hacerlo
perfecto y creo que tú tienes razón, es nuestro momento. Así que, deberíamos
hacerlo.

—¿Joder Anna! —grito exasperada.

Me mira encogiéndose de hombros y se levanta para irse de la sala. Antes de salir se vuelve y nos lanza un beso a cada uno.

—Por favor. No os matéis. Me disgustaría un poco perderos. Ciao.

La miramos dedicándole fingidas sonrisas y volvemos a concentrarnos en nuestra discusión.

—¿Por qué crees que no estaríamos a la altura, Cate? ¿Qué te preocupa? —pregunta en un tono más conciliador.

—Me preocupa porque cuando trabajé para ellos, me dejé las tripas en ese proyecto. Sé el trabajo que supone y no sé si ahora podría dedicarme al cien por cien. Lo siento Julian, pero no me gustaría comprometerme en algo, si no estoy segura que podamos hacerlo bien. No creo que podamos hacerlo.

—Creo que te estás pasando. No somos unos principiantes, me parece increíble que tú digas eso. Increíble —exclama indignado—. ¿Cuántos putos proyectos hemos tenido que al principio no sabíamos cómo hacerlos? Dime, Cate. ¿Cuántos? Un puto montón. ¿O es este diferente por el capullo escocés? —pregunta con mucha mala leche.

—No te pases tú —comento tranquila retándolo.

Como siempre entre nosotros desfogamos para unos minutos después llegar a un consenso.

—¿Y? ¿Bien?

—Haced lo que os dé la gana, pero como no te dejes los cuernos

haciéndolo bien te mato. Llamaré a Peter para que me pase los datos y podamos hacer un estudio y un presupuesto. ¿Contento?

—Mucho —dice levantándose para salir—. A propósito Cam me cae muy bien —añade con un guiño triunfal.

Le hago un gesto de burla a lo que responde lanzándome un beso antes de abandonar la sala.

Un rato después en mi despacho, hablo con Peter sobre el tema y se muestra eufórico por la aceptación de mis socios. Qué alegría me ha dado. Me duele la cara de tanto reírme, pienso irónica. ¿Serán kamikazes?

Entiendo que si lo hacemos bien sería extraordinario, como no, el golpe sería duro para nuestro nombre y eso sin tener en cuenta que, parte de las grandes regatas de competición se hacían aquí, donde la publicidad sería brutalmente buena o mala y nuestro negocio más potente está en nuestra costa. No lo tengo claro, si sale adelante me esperan unas semanas complicadas.

Peter me va a mandar algunos planos de los barcos y despieces de elementos electrónicos, cuando lo tengamos valoraremos los resultados que quieren y la arquitectura de software que les haría falta. El problema añadido es el plazo que me ha dado. Quieren que hagamos la presentación del diseño en Escocia la primera semana de mayo, nada definitivo, algo para que sus clientes sientan la confianza de qué las cosas van por buen camino.

Una semana más tarde, estamos a toda máquina intentando buscar parámetros y datos técnicos de diferentes trimaranes para evaluarlos y poder saber cómo hacer mejorar el rendimiento de la tecnología del barco. Nos han mandado todo lo que le pedimos, menos algunas tablas de aerodinámica e hidrodinámica que no tenemos y necesitamos para los cálculos sobre el viento y que sin ellas es complicado decidir. Más o menos, tenemos claro por dónde enfocar el trabajo, pero entre el proyecto de Anna que por fin ha entregado hoy, más otros que debemos tener listos la semana que viene, estoy un poco nerviosa.

Cameron y yo seguimos hablando todos los días, excepto ayer. Me dijo que adonde estaba no tenía conexión wi-fi, no fue tampoco muy específico y no le pregunte.

Es increíble como para ciertas cosas soy la persona más curiosa del mundo y para otras no tengo el menor interés, no sé, pensándolo bien, quizás debería haberle preguntado donde estaba.

Al mediodía, recojo todas las cosas de mi mesa y me guardo algunos documentos con información que quiero introducir en el ordenador este fin de semana, para ir adelantando un poco el enfoque que queremos dar.

Sabemos que los trimaranes tienen mucha potencia en la vela y poca resistencia y a medida que la vela aumenta la velocidad del barco, incrementa

también el viento aparente que es la suma del viento real más el generado por el casco y puede ir aumentando casi indefinidamente, por ello necesitamos encontrar el coeficiente de resistencia tanto del producido por el agua como por el viento, para igualarlo al empuje que efectúan las velas. Mi intención es encontrar algún estudio sobre las condiciones de las zonas donde navegaran y ajustarlo todo de la manera más eficaz posible. No dispongo de mucho tiempo antes de la presentación.

Me dirijo al despacho de Anna para decirle que por hoy ya he acabado. Cuando entro, apresuradamente cierra su portátil, cosa que me extraña un poco porque no lo hace nunca.

—¿Qué miras? —pregunto curiosa frente de ella.

—Nada especial, algo de ropa para los niños, ya sabes. Todo se les queda pequeño de un día para otro —comenta despreocupada.

—Ah, bueno, venía a decirte que me voy. Me llevo algunos informes para ir viendo como salimos de esta.

—¿Sales con alguien este fin de semana?

—No. Tengo cita con skype escocés.

—¿Has pensado algo? —pregunta interesada.

—Qué pesada. No. No he pensado nada. Cuando lo piense te lo digo.

¿Vale?

—De acuerdo, pero no te encierres solo con el trabajo Cate, llama a

Jack, salid a tomar una copa, no sé haz algo más que trabajar.

—Vale. Por cierto, le prometí a Helen que la llevaría al cine. Si por casualidad se acuerda, llámame y la llevo. Si no se acuerda...—Con una mueca sintiendo el frustrado olvido—. ¿Para qué recordárselo? ¿Verdad?

—Pues si se lo has prometido llévala y de paso llévate a Mark, así nos dejas a Julian y a mí tranquilos el sábado por la tarde. ¿Anda?... Se lo has prometido —afirma lastimera.

—Está bien, pero por favor que se pongan de acuerdo con la peli antes de llegar al cine. Si no, no me los llevo más juntos —aseguro y sonrío con una falsa amenaza.

—Hecho. ¿A qué hora los recoges?

Su voz impaciente.

—Chica, como te aceleras al saber que tienes un sábado libre. Primero que la elijan y después me la dices para que mire el horario —digo acercándome para darle un beso en la mejilla.

—Vale después te llamo.

—Hasta luego

Me despido saliendo del despacho.

Bajo en un ascensor repleto de personas que como yo empiezan el fin de semana. Tengo que ir al garaje. Los viernes me traigo el coche, lo que me permite no tener que ir a casa o al menos tener la posibilidad de cambiar de

planes según me surjan.

Cuando llego y lo veo tan nuevo y pequeño, entre tantas columnas totalmente ordenadas, siento una especie de orgullo extraño. No me parece muy normal sentirse orgulloso de un coche, aunque me encanta conducir por las carreteras hacia la península o si tengo más tiempo, conducir a Boston y pasar el fin de semana por sus hermosas calles. Pero de ahí, a estar orgulloso.

Desde unos metros de distancia activo el control remoto de apertura y responde al momento, de repente, siento un tirón enorme en mi codo cuando alguien alto y fuerte me empotra contra una columna.

Me ha tapado la boca con la mano y no lo veo, su brazo libre me está abrazando la cintura de una manera muy posesiva y no tengo nada de miedo, desde que he sentido su contacto sé quien es mi secuestrador.

Me muevo bajo su cuerpo aunque no es posible, ha iniciado el asedio a mi cuello con dulces besos y ya no quiero moverme.

—Cam...

—Hola.

Saluda sonriendo girándome entre sus brazos.

—Hola.

Me acaricia con sus ojos, sin despegar sus manos de mi cuerpo, antes de inclinar la cabeza besándome a la vez que sujeta mi cara fundiéndome en sus labios.

—¿Por qué no me has dicho nada? —pregunto sorprendida abrazada a su cintura.

—Porque quería darte una sorpresa. Estás guapísima —comenta acariciando mi cara con sus suaves labios.

—Pues lo has conseguido. ¿Hasta cuándo te puedes quedar?

Si él supiera lo feliz que me acaba de hacer no se lo creería, tiene ese efecto demoledor en mí, además está muy guapo, un poco ojeroso porque llevará sin dormir muchas horas, pero no le restan atractivo. Se ha puesto un jersey gris oscuro de pico con unos vaqueros y unas deportivas que le dan el toque informal que siempre me atrajo tanto de él.

—Me voy el lunes. Tres noches y dos días —afirma un poco apenado.

—No es mucho. ¿Por qué no una semana?

Mi voz un poco triste, realmente es una visita muy corta.

—No puedo, estamos muy liados.

Pega su cuerpo al mío y con solo el tacto de su excitación sobre mi ropa, hace que la respuesta me llegue en forma de descarga de luz.

Antes de perder el control agarro su mano con un poco de prisa y tiro de él hacia mi coche.

—Venga vayámonos. Te enseñaré mi casa. Sube.

Me mira mostrándose sorprendido al ver el pequeño BMW Z4 negro de dos plazas, descapotable, del que estoy abriendo la puerta.

—¿En serio? —exclama divertido.

—Muy en serio.

—¿Me puedo fiar de ti?

—Tú verás McPheal. Puedes subir o no. ¿A qué has venido, por cierto? —pregunto con alegre ironía.

Me dispara a discreción ráfagas burlonas e inmediatamente coloca su bolsa de viaje en el maletero antes de desplazar el asiento adaptándolo a sus piernas. Cuando está sentado se ajusta el cinturón a la vez que hago lo mismo con el mío.

—Qué agobio —exclama incómodo ante mi sonrisa—. No es por el espacio, es por no tener volante...Hacía mucho tiempo que no salía de mi país.

—Y... ¿El resto de Europa? —incita mi voz iniciando la marcha hacia mi casa.

—No. Cuando tengo tiempo libre me voy a Dunvegan o con el barco. Un monje. Te lo he dicho —asegura, mirándome risueño.

—Bueno al menos te he hecho salir del monasterio.

—Y no pienso volver. Tengo a una cita.

—¿Ah sí? ¿Con quién? —pregunto bromeando.

Cameron pone su mano en mi rodilla y se inclina para darme un beso en la mejilla.

—Una preciosa mujer.

Lo miro sonriendo y me sumerjo en el tráfico de Nueva York un viernes a mediodía, en un trayecto que habitualmente suele rondar la media hora. Se dedica a admirar la consola con los mandos y el salpicadero.

—¿Puedo?

Me muestra un CD de Jack. “*Only by the night*”

—Claro, son los Kings of Leon, a Jack le encantan. Siempre que salimos trae su música. Se lo ha debido olvidar.

—¿Salís mucho? —pregunta poniendo el CD

En un momento la cadencia especial de *Closer* suena en el interior de vehículo.

—Ya no —contesto ante su ceja enarcada.

Cuando nos vamos aproximando al puente de Brooklyn su sonrisa se ensancha.

—Hacía mucho tiempo que no lo veía.

—Pues ahí lo tienes. Si vienes más a menudo te acostumbrarás.

—No quiero acostumbrarme —afirma al girar la cabeza hacia mí muy serio.

—Vale. ¿Te apetece salir a comer? —pregunto emprendiendo la huida.

—No. ¿Podemos comer algo en tú casa?

—Por supuesto. Te sorprenderías de lo que he aprendido.

—No lo dudo, cariño. Espero que esté mejor que lo que cocinaste en

el barco.

—No seas malo. Solo se me fue la mano con el vino. ¿Y lo que nos reímos? ¿Te acuerdas?

—Palabra por palabra. Me acuerdo de todo, Cate.

Unos minutos después llegando a *Ocean Av.*, el ritmo de esta zona de la ciudad se hace evidente con calles llenas de comercios y gente por todas partes.

—Estamos llegando. ¿Te gusta mi barrio? Mira esa es la iglesia de Saint. Paul. —señalo al edificio.

—Parece interesante. ¿Te gusta vivir aquí? Yo no sé si podría. Prefiero moverme por espacios más abiertos.

—Para que tú te muevas en espacios abiertos otros nos apiñamos en ciudades. Si no, no existirían tus espacios. ¿Cómo está Portree?

—Más o menos igual. Muchos más turistas en verano, más cottages en algunas zonas, pero aún mantiene el espíritu salvaje. Puedes venir a comprobarlo tú misma. Cuando quieras.

—Vale me lo pienso.

—El almacén de pensamientos lo debes tener un poco lleno —comenta irónico.

Lo miro de reojo aparcando en el garaje de mi edificio, está bastante serio.

Nos bajamos y una vez que recogemos su equipaje nos dirigimos al ascensor.

Unos minutos después llegamos hasta la entrada.

—Bienvenido a mi casa.

Lo invito a entrar abriendo la puerta de mi apartamento.

Entra cauteloso y deja la bolsa en el salón que es más o menos, como el de la casa que me alquiló en Portree.

Echa un lento vistazo alrededor, dirigiéndose hacia una de las paredes con fotos. Por desgracia nunca puse ninguna de Escocia, son todas de calles en diferentes ciudades, con algún edificio que me había parecido bonito. Ninguna de personas, solo en mi despacho una de los niños de Anna y Julian, cuando eran bebés.

No tengo recuerdos íntimos expuestos en ningún sitio, hubiera sido una tortura añadida.

—Es tu casa. Me gusta. Flores —comenta mirando el jarrón con margaritas encima de una mesa de madera con cuatro sillas iguales en un rincón del salón.

Mi casa de dos dormitorios no es una maravilla, aunque creo es acogedora, tiene el suelo de tarima oscura y está llena de color. Visillos en tono berenjena y dos sillones muy cómodos, en los que paso el tiempo que estoy aquí, en naranja oscuro, entre un sofá de tres plazas tapizado con cuadros

verdes y violeta. Las paredes blancas, excepto la de la televisión en marrón. En la cocina hay una barra, dónde suelo desayunar, que la separa del salón con muebles en madera y aparatos en acero.

—Me gustan las fotos —asegura parado observando la serie de seis fotos.

—Sí, a mí también. Las hice hace unos años en Boston.

—¿Me puedo duchar? Llevo con la misma ropa desde ayer por la noche.

—Claro. La puerta de la derecha es el dormitorio, dentro hay un baño, la otra es un despacho. Investiga lo que quieras.

Me dirijo delante de él al dormitorio y nada más entrar cierra la puerta para tirar de mi mano para envolverme entre sus brazos. Con un movimiento brusco me aprieta la espalda contra la pared y solo siento su firme torso contra el mío.

—¿Te he hecho daño? —pregunta con los ojos sorprendidos de su propia fiereza.

—No, bésame.

Acariciando su mejilla sin afeitar.

Es la mínima chispa que le hace falta para asaltar mi boca con el ansia del que lleva esperando su victoria mucho tiempo.

Me sujeta con su presión pulsando en mí y empieza a desabrochar mi

camisa mordiéndose los labios sabiendo el festín que se va a dar. En cuanto queda expuesto mi sujetador blanco, bastante sencillo, sus ráfagas lo intentan, pero no hacen efecto a mis traicioneros pezones, que llevan rendidos a él desde que tocó el primer botón.

Me gira sobre sus brazos para ir bajando muy lentamente la camisa, desde mi cuello hasta la cintura, dejando un rastro de besos a su paso por cualquier milímetro de piel expuesta a sus intrépidos labios. Desabrocha el sujetador y acaricia mis pechos, pegando su erección a mi espalda haciendo que sus gemidos y los míos se mezclen en un sonido que para mis oídos es adictivo.

—*Gràdh...* —susurra.

Inclino mi cuello para que siga el asedio de su boca. Me muerde la oreja haciendo que me estremezca de placer.

—Dios... Cam...

Desabrocha la falda. Se desliza con suavidad por mis piernas, me vuelvo medio desnuda, solo con los zapatos negros de tacón y las bragas, para dejarlo a él de la misma manera y sufriendo la misma tortura. Me miro los zapatos dudando si quitármelos o no.

—No te los quites, me ponen un montón.

Observando mis piernas.

Lo miro enarcando una ceja irónica, esbozando una sonrisa antes que

aproveche para besar sin tregua mi boca.

—Solo tú. Solo me pones tú. Los zapatos son un complemento. —Con voz ronca—. Si te molestan te los quito.

—Si te va a hacer más feliz me los dejo.

—Tú. Eres mi sueño —susurra.

Se arrodilla y me los quita masajeando mis muslos a su paso. Cuando termina se levanta y me sujeta a sus caderas. Lo obligo a levantar los brazos para poder quitarle el jersey.

En cuanto veo tu torso perfecto frente a mis labios es imposible ordenar calma a mi instinto, ha tomado totalmente el control de mi cuerpo. Le acaricio el sólido pecho y voy dejando pequeños besos por su piel, a la vez que paseo despacio mis manos por los músculos tersos de su abdomen hasta llegar al cinturón. Al aproximarse a su erección siento el estremecimiento bajo su pantalón.

Al momento libre de incómodas prisiones, lo acaricio hasta que me sujeta las manos, lo miro sin comprender.

—No voy a durar mucho. Si sigues así me voy antes de empezar.

—¿Siempre vas a decir lo mismo? —pregunto iniciando las caricias de mis manos.

—Te lo he advertido.

Sin mediar más palabras, me sujeta una pierna con más fuerza de lo

que esperaba, hasta que mi espalda queda apoyada en la pared con una pierna sobre su nalga y la otra rodeando su cadera. Su memoria fotográfica no falla y en un momento descarga todo su anhelo y deseo dentro de mi cuerpo.

Las tormentas alejadas de nuestras vidas han vuelto con ráfagas casi huracanadas y nuestra unión vuelve a ser perfecta olvidándonos de todo.

Por la tarde sintiendo su latido junto al mío y sus manos dibujando el mismo patrón una y otra vez en mi espalda, consigo asimilar que vuelvo a estar en sus brazos, como tantas otras veces.

—Te he echado de menos —susurro cerca de su barbilla.

Detiene el movimiento de sus manos manteniendo un silencio solo roto por dos latidos acompasados. Levanto la mirada para encontrarme sus lagos derramando silenciosas lágrimas que lo único que hacen es incitarme a acompañarle en su viaje.

Le cojo una y se la enjugo en silencio, deslizando mi cuerpo sobre el suyo hasta quedar amoldados formando solo uno.

—Nunca he dejado de quererte Cate —dice bajito, hace una pausa—. He esperado estar así contigo tanto tiempo que no estoy seguro si esto es verdad.

—Lo sé, a mí me pasa lo mismo.

—Prométeme que no vas a desaparecer. No lo soportaría, otra vez no.

—Te prometo no volver a huir si tú prometes que confías en mí.

Me besa suavemente los labios, acariciando mi ceja con un dedo. Nuestros cuerpos empiezan a impacientarse por nuestro momento sentimental, activando los nervios para solo volver a sentir.

—Confío en ti.

—Gracias. Descansa un poco si quieres. Voy a preparar algo de comer.

—Vale.

Salgo del dormitorio con una bata de raso corta hacia la cocina cuando recuerdo la lasaña que Anna hace varios días me dio y aún tengo congelada.

He hecho una ensalada con tomates frescos y secos, albahaca, canónigos, un poco de vinagre balsámico y como colofón unas pasas y nueces. La lasaña tiene una pinta estupenda y con el *lambrusco* rosado queda bien. Me estoy esforzando porque es la primera vez que Cam está en mi casa y que comemos solos desde hace tiempo.

Cameron aparece recién duchado, cambiado de ropa, se ha afeitado aunque me encantan las canas que le están empezando a salir en la barba.

Se ha puesto unos vaqueros y una camiseta blanca, la tiene un poco mojada por el cuello, del pelo húmedo que no ha perdido mucho tiempo en domar. No lo tiene largo, pero sí muy rebelde.

Se acerca descalzo a la mesa y coge la botella de vino.

—Cariño. ¿Y está porquería? —exclama mostrando la etiqueta.

—Es lo único que tenían. Esto es *Brooklyn* solo hay italianos. ¿Qué esperabas? ¿*Ribera del Duero*?

—No, pero ¿*Lambrusco*? —pregunta con cara de asco—. ¿Tienes cerveza?

—Sí, y no te vayas a desilusionar es americana.

Abre la nevera y saca un botellín de *Yuengling*.

—Esta la conozco. No está mal. No es *McEwan's*, pero me conformo. ¿Qué has hecho de comer?

Dándole un trago a la cerveza acercándose a mí.

—La ensalada y lasaña —resumo contenta.

—¿Ahora? ¿Te ha dado tiempo?

—Claro. Has tardado un buen rato. Por cierto, me gusta cuando no te afeitas —afirmo acariciándole la cara.

Deja el botellín en el mostrador rodeándome con sus brazos para envolverme con mí mismo aroma y suavemente besa mis labios antes de separarse.

Unos minutos después nos sentamos a la mesa relajados. Cuando prueba la lasaña su expresión muestra su más grata aprobación.

—Está muy buena. Va a ser verdad que has aprendido —alaba sincero.

—Gracias.

Aunque no la haya hecho yo, hay que ser educados ante un halago.

—¿Te apetece si mañana vamos a Montauk? —pregunta.

—Mierda... Había olvidado que tengo que llevar a los niños al cine.

Llamaré a Anna para cancelarlo.

Me acabo de acordar.

—Cate si ya habías quedado, no lo canceles. Voy con vosotros. Si no vamos tarde, podemos salir sobre las seis y a las ocho llegamos. ¿Te parece?

—¿De verdad no te importa? No sabes a lo que te enfrentas. Me tienen que llamar para decirme que peli han elegido. A ver con que nos sorprenden. Cruza los dedos, para que sea en 3D, al menos puedes pasar el rato analizando las imágenes. A veces he tenido que tragarme cada una que te mueres, un día vi una, dónde una especie de civilización vivía dentro del polvo. ¿Dentro del polvo? Terminé con la cabeza echando humo y no me enteré de nada, pero lo increíble fue que Helen, en esa época tendría cuatro, salió explicándomela porque se había enterado de todo. Estás advertido McPheal.

Cameron está mirándome con una sonrisa enorme pensando que exagero como si me inventara las cosas, mañana veremos quién pone la sonrisa más grande.

Después de una comida muy agradable, nos sentamos en el sofá. Sé que está cansando y no quiere reconocerlo.

—Duérmete un rato.

—Vente conmigo.

Pide poniendo su cabeza en mi regazo.

—Ve tú, hablo con Anna y voy —aseguro, pasándole un dedo por sus cejas.

Me inclino para darle un beso en los labios tras lo que se levanta agotado para desaparecer en el dormitorio.

Unas horas después, como sigue dormido, entro en el baño y me pongo la ropa de estar en casa, unos leggings negros finos y una camiseta de manga corta negra.

Me siento en el sofá con una copa de vino perdida en mi mundo de esperanza controlada. Repaso también la información que me ha dado Anna, no promete mucho respecto a la elección que han hecho, aunque por otro lado hemos podido charlar un rato sobre mi visita sorpresa. Nos ha invitado mañana a comer, no ven a Cam desde hace muchos años. Supongo que ya va siendo hora de retomar la amistad con él, al menos ya pueden hablar sin temor a herirme.

Escucho movimientos en el dormitorio, por lo que me dirijo a ver a Cam y lo encuentro sentado en el borde de la cama con los brazos apoyados en las rodillas con su cabeza entre las manos.

—Hola.

Saludo bajito. Entro sentándome a su lado.

Levanta la cabeza regalándome una sonrisa adormilada. Me coge la

cara entre sus manos y me da un beso que despierta en mis sentidos toda la felicidad de verlo sentado en mi cama, en Nueva York, sin avisar solo para sorprenderme.

—Gracias por venir —murmuro junto a sus labios.

—Tenía que verte y saber que eres real que no lo había soñado — explica con voz ronca dejando otra vez a su loca boca tomar el control de mis labios.

Le cojo la cara entre mis manos. Él se ocupa de mi camiseta y con una eficiente rapidez en un segundo estoy más desnuda que él en sus bóxers negros.

Como era habitual entre nosotros una vez que empezábamos jugando tan rápido el punto de deseo que nos alcanza nos arrolla sin piedad.

Somos brazos y piernas entre besos ansiosos por recuperar lo que no tuvieron desde hace tiempo, ansiosos por sentirse unos dentro de otros.

—Cate, me matas —susurra entre mis pechos.

—Siempre te mato.

—Siempre —dice y continúa su húmedo asedio a mis pezones.

Noto su peso firme deslizarse por mi cuerpo hasta situar sus labios entre mis piernas. Mis manos desesperadas, juegan a ordenar un ritmo en su cabello aunque su cabeza sigue su instinto y me arrastra para sentirlo dentro sin poder controlarlo.

—Cam...por favor, te quiero dentro. Por favor... —suplico entre

rítmicos gemidos.

Se concentra en hacerme ser consciente de su cuerpo volviendo a deslizarse muy despacio, sujetando sus manos a las mías las va moviendo hacia los lados de la cama. Sus besos en mis pechos, subiendo hasta mi cuello, antes de atrapar mi boca en un beso arrollador. Su comandante en jefe decide atacarme despiadadamente, no se da por vencido con mis súplicas, sigue su camino hasta asolar todo mi mundo con sus punzadas penetrantes. Lo ha conseguido una vez más, mi guerrero escocés ha ganado la batalla.

—¡Cam!

Cuando un soldado tiene una misión debe llevarla a cabo y el mío en estos momentos está en una guerra universal con sonidos de gemidos y sus poderosas ráfagas ocultas bajo unos párpados absolutamente cerrados.

—¡Dios! Cate.

Sus espasmos sobre mi piel hacen que nuestros gritos de placer inunden la habitación, dejándonos desparramados intentando controlar nuestros descontrolados corazones, envueltos en una sensación de paz que no quiero que pase nunca, quiero seguir así sintiendo todo su cuerpo sobre el mío. Su cabeza en mi cuello y mis manos en sus perfectas nalgas sin que ninguno movamos ni un músculo.

—Te quiero *gràdh*.

Acaricio su cara con la mirada besando suavemente sus labios, quiero

decirle lo mismo, pero el nudo que tengo en la garganta me impide pronunciar palabra. Aún no puedo.

Sentirlo cerca, hablar con él avivan recuerdos que llevo mucho tiempo intentando olvidar, sus ojos furiosos aniquilaron un día mi confianza.

Ha pasado demasiado tiempo en silencio para irrumpir de esta manera en mi vida.

Separa su cuerpo del mío y quedamos enfrentados con nuestros brazos entrelazados.

—Cariño, vente conmigo.

Su ronca voz suplicante.

—Dame un poco de tiempo.

—Muy poco, estamos muy lejos.

—Lo sé. Es solo que tengo que hacerme a la idea.

—Vale por ahora —concede incómodo.

—Solo un poco por favor —digo dándole un beso en los labios.

Entre arrumacos, caricias y palabras amorosas Cameron se pone al día en su horario y yo me duermo en la protección de sus brazos.

El día siguiente llega entre amaneceres amorosos, cargados de un sexo fabuloso con el perfecto caballero que me espera en el salón para ir a casa de mis amigos.

Después vamos a llevar a los niños al cine a ver *Madagascar 3*, para estar de vuelta antes de las seis. Cam ha reservado esta mañana un hotel en la península y tenemos casi tres horas coche.

Cuando entro está sentado en el sofá, con un polo de rayas de colores y unos chinos camel, se levanta al verme, acercándose a darme su saludo especial, una descarga de advertencia, lo que hace que me ponga en guardia al momento.

—No es blanco —comento sonriendo.

—Por intentarlo no pierdo nada. El rojo te queda muy bien —dice refiriéndose a mi camisa sin mangas.

Se acerca contento antes de darme un beso en la mejilla

—Estás preciosa.

También me he puesto una falda recta hasta las rodillas con unas bailarinas ambas en beige, el pelo me lo he dejado suelto y como pendientes unos aros plateados.

Nos vamos andando cogidos de la mano a casa de Anna y Julian, le voy explicando anécdotas del barrio que él escucha atentamente, aportando su opinión, haciendo que el camino sea entretenido y lleguemos en menos tiempo de lo que haya podido recorrerlo antes.

Estamos teniendo una comida estupenda, después de los saludos, donde los niños han demostrado que, como no sea alguien de su edad, no les

interesa mucho mi acompañante. Excepto a la irresponsable de Helen, quien nada más verlo ha hecho que la coja en brazos, mirándole los ojos abriendo muchos los suyos, consiguiendo que él divertido también los abra, a lo que ella ha respondido con un “Guau”, “Otra vez”, y así han estado unas diez veces hasta que su padre ha puesto un poco de orden.

—¿Qué tal con los trimaranes? —pregunta Julian a Cameron.

En cuanto formula la pregunta me doy cuenta que no he hablado con él nada de trabajo, increíblemente lo he olvidado, lo que me recuerda que tendré que ir a Escocia otra vez y mi mente sufre un retroceso hasta que pierdo totalmente la noción de donde estoy.

—Cate. ¿Estás bien?

La voz preocupada de Anna.

—Si perdona estaba un poco despistada —respondo sincera.

—Ya vemos. Hablábamos de la presentación —apunta irónico Julian.

—No te preocupes. Bueno no hablemos de trabajo. ¿Qué planes tenéis?

Se interesa Anna.

—Que conteste Cate. Depende de ella.

Cam traspasándome con sus ojos más azules.

—Ir al cine y después a Montauk a pasar el domingo —explico como una perfecta maestra en fugas.

—¿Por cierto te gustó la lasaña? —pregunta Anna.

Mis ojos alucinados suplicando silencio.

—Estaba deliciosa Anna —responde Cam, mirándome negando con la cabeza sin contener la risa.

—¿Qué os pasa?

Julian que no entiende nuestra complicidad.

—Nada, tú amiga, se ha adjudicado el mérito de la lasaña.

Le informa burlona Anna.

—¿Le has dicho que la habías hecho tú, Shaw? ¿Tú? ¿Y tú te lo has creído? —pregunta Julian

Cam se encoge de hombros, con indiferencia afirmando, y Anna comienza una exposición despiadada contra mis artes culinarias ante mi sonrisa cínica circunstancial.

Los niños han terminado hace un rato y empiezan a impacientarse, hartándose de sus continuas pullas, Helen cambia su objetivo y acercándose tira de mi brazo para hablarme al oído ante el silencio atento del resto de adultos.

—¿Es tu novio? —pregunta, intentando susurrar con su altavoz incorporado.

Los ojos sorprendidos de sus padres no tienen nada que ver con la sonrisa endiablada y la artillería pesada en los de Cam esperando mi respuesta.

—Es algo más que novio.

—¿Sí? ¿Cómo qué? ¿Te has casado?

Bombardea con su sonrisa granuja en la cara.

—No nos hemos casado. Solo que es más que mi novio. ¿Vale? —digo con una sonrisa en su oído. Añado—.Venga coge la chaqueta que nos vamos ya.

Después de un trayecto bastante rápido, en un bonito hotel en la playa de *Kirk*, intento dormir en los brazos de Cam, pero mantengo mi mano acariciando su pecho y le voy depositando suaves besos.

—Mark y tú os habéis hecho amigos —comento bajito.

—Es majo —afirma, trazando círculos con su dedo mi espalda.

—Nunca te había visto con niños. Me has sorprendido.

—¿Por qué? Estoy acostumbrado a estar con niños. Connor es mi ahijado. Quedamos a veces para jugar partidillos de rugby con algunos de sus compañeros. Me gusta estar con él.

—Ya, es solo que no lo había pensado. Helen también es mi ahijada, cuando se conocieron ella y Connor conectaron en un momento.

—Supongo que sí. Vaya par —añade pensativo.

—Sí... vaya dos —afirmo sonriente, imaginando la sonrisa feliz de

Helen

—Cate, después de lo nuestro... ¿Nunca has querido formar una familia?

—No, a veces me lo planteo, pero nunca... Siempre había algo.

—¿Qué? —pregunta en un susurro.

—Tú. —Hago una pausa, sigo—. Has sido siempre tú —beso su pecho—. ¿Y tú?

—¿Yo? No. Sin ti no tenía sentido. ¿Recuerdas lo que me dijiste en el barco?

—Sí.

—Pues cuando quieras lo cumplimos.

—Tengo casi treinta y cinco años. Supongo que no será tan fácil.

—Sí será fácil, porque vamos a intentarlo mucho —advierde peligroso.

Con rapidez se sitúa sobre mí, sosteniendo su peso con los antebrazos, abrasándome con sus ojos antes de adueñarse de mis labios, haciéndome desearlo más que a nada al sentir su excitación dispuesta a cumplir nuestras lejanas promesas.

Es la primera vez que volvemos a hablar de tener hijos juntos y si bien sería algo que me haría inmensamente feliz, no puedo evitar pensar que hace mucho tiempo que no estábamos tan compenetrados.

No dejo aún que los poderosos muros que durante tanto tiempo he levantado se derrumben, la velocidad con la que se está tomando las cosas me

está dejando sin opciones de respuesta. Siento como otra vez me está arrollando, sin que pueda hacer nada para pararlo, porque en el fondo de mi corazón, sé que no quiero que se detenga.

Pasamos el domingo paseando por la playa disfrutando de un día primaveral estupendo, dónde parece que hemos sido los únicos en escoger estar aquí ya que, sin más compañía que algunas gaviotas, recorreremos varios kilómetros por la orilla hasta llegar al extremo de la isla.

—Aunque cumplen igual, el mío es más bonito —afirma ante la vista del faro.

—Son diferentes, el de *Neist Point* impresiona más. Los acantilados, lo solitario del emplazamiento.

—Si tú lo dices... aunque el mío es mejor —añade divertido negando risueño.

—Es verdad —afirmo pensativa ante la absurda comparación.

No puedo continuar andando, es recordarlo y hace que mis ojos se cierren intentando contener toda el agua que aquel día vi.

—¿Qué pasa? No llores por favor —ruega su voz emocionada, parándose a mi lado.

Ya es imposible, la incontrolable angustia tiene que fluir liberada sabiendo que volvemos a estar juntos viendo lo mismo, aunque muy lejos y

después de haber sufrido nuestra ausencia durante demasiado tiempo.

Tomando con cariño mi cintura me envuelve entre sus brazos donde paso un momento intentando frenar las lágrimas que desesperadas corren por mis mejillas.

—Shhhh... —Intenta calmarme arrullándome—. Ya está cielo.

Levanta mi cara mirándome sintiendo mi dolor antes de pasar sus manos con ternura llevándoselas con él.

—Necesito que me perdones —habla muy bajo con sus ojos inundados—. Por favor.

—Te perdoné hace tiempo, incluso te comprendí. —Mi voz entrecortada, tengo que hacer una pausa para respirar hondo—. Ahora tengo que olvidarlo.

—*Gràdh*...Inténtalo —suplica su voz.

Ahora soy yo quien tiene que alzar la mano para limpiar la solitaria lágrima que triste abandona su mar de infinitas tonalidades.

—Te he echado tanto de menos —afirmo dándole un beso en los labios.

—Y yo. Lo siento tanto, Cate. Hemos perdido tanto tiempo que lo único que quiero es estar contigo, no quiero imaginar mi vida sin ti. No puedo.

Nos abrazamos calmándonos mutuamente hasta que despacio damos la vuelta, andando cogidos de la mano, recobrando cada uno el espíritu alegre

que ambos tenemos.

Me habla de la muerte de Duncan y de sus planes con la casa de Dunvegan, de las propuestas que ha recibido para escribir algunos artículos sobre conservación de los entornos naturales. También lo que han publicado sobre él y de su trabajo en la Federación de Empresarios de Escocia, de lo poco que le atrae la política, algo que le he refutado, tiene un poder que él desconoce, sabe captar la atención de las personas en cuanto empieza a hablar de sus proyectos que aunque él no lo crea, son muy interesantes.

—Cuando estemos en Portree, verás los cambios que han hecho en el puerto —afirma seguro

—Creía que todo estaba igual.

—Más o menos, los accesos y los negocios han cambiado. Ahora el turismo manda y hay un montón de gente que solo quiere hacer dinero, como sigan así van a acabar con la esencia de Skye.

—Supongo que es lo normal. Con el tiempo todo cambia —explico con un gesto de indiferencia.

Su cuerpo inmóvil frente al mío con sus ojos mirándome, sintiendo que a pesar de que sepamos que nos queremos y que deberíamos estar juntos, el tiempo que hemos pasado separados no se puede eliminar de un plumazo, al menos no para mí.

—¿Eso crees? ¿Hemos cambiado?

Con voz grave un poco incómodo.

No quiero molestarlo y me gustaría tenerlo tan claro como al parecer lo tiene él. A pesar que le he pedido tiempo, en cuanto tiene la más mínima oportunidad incluye un futuro juntos, algo que aún no me planteo a corto plazo.

—Todos hemos cambiado.

He tardado diez años en construirme una vida aquí, sin él. Un tiempo en el que solo pensaba en trabajar viviendo ocupada para no tener que pensar en lo que había dejado atrás, no puedo borrarlo ahora sin más porque desde hace unas semanas se haya vuelto a colar en ella.

—Mi amor por ti no ha cambiado. No lo dudes.

Con absoluta convicción.

La sonrisa que esboza mi boca ante la rotundidad de una afirmación que he esperado tanto tiempo, hace que mi lado cínico tome el control de mis gestos.

Sigo andando, percibiendo la arena dorada bajo mis pies en esta preciosa playa desierta, sin querer prestar atención a su mirada en cuanto a visto mi cara, hace que intente no pensar por qué su orgullo le impidió venir antes. Si no hubiese tardado tanto, quizás mis miedos no estarían tomando el mando de mi cerebro.

Nos sentamos observando las suaves olas llegar tranquilas acariciando la húmeda tierra, vienen, se van, regresan.

—Te he traído algo —dice ofreciéndome una pequeña cajita que cojo mirando sus sonrientes ojos.

—¿Qué es?

—Ábrela y lo ves tú misma.

Con una sonrisa infantil lo hago, para quedarme muda ante mis preciosos pendientes que un día abandoné junto a una nota.

Sin querer evitarlo los contemplo dejando que las lágrimas traicioneras inundan mis ojos. Hacía tanto tiempo que no los veía, de hecho, hasta hace unas semanas jamás pensé que los volvería a tener conmigo, y la emoción de mis manos es comparable a mi corazón descontrolado.

Las dos “ces” con sus pequeñas piedras brillantes están exactamente igual que la última vez que las vi.

Giro la cara para encontrarme con su mirada escarbando en mis ojos. Levanta sus manos y se lleva mis tristes lágrimas. Despacio, acercando su cabeza, con sutileza besa mis labios y estrecha sus brazos alrededor de mi cintura.

—¿Por qué los has conservado? —hablo acariciando su rostro.

—Supongo que nunca perdí la esperanza de volver a vértelos puestos.

Al día siguiente desayunamos en el restaurante del hotel, después de compartir una ducha muy excitante, que nos ha despertado de una noche llena

de silencios entrecortados por los sonidos de nuestros amados labios.

Salimos, vestidos de manera informal con vaqueros y camisetas, directamente al aeropuerto, en un trayecto infernal con el temerario escocés al volante. Me ha demostrado de manera bastante hábil, como en menos de cinco minutos, se ha hecho a conducir por la derecha y ha pisado el acelerador por la NY-27 como si estuviera acostumbrado a hacerlo por aquí desde siempre.

—Te estás pasando —adviento al verlo hacer varios adelantamientos.

—Controlo, cariño. ¿Sabes que me compré un Jaguar?, el F-type R, lo tengo en Edimburgo.

En cuanto lo ha nombrado su mirada arrogante eclipsa la sonrisa en su cara.

—Me alegro por ti, pero esto no es Edimburgo ni tu coche. Así que no corras con él.

—Relájate y disfruta. —dice dándome una palmadita condescendiente en la rodilla.

Al sentir su mano lo miro negando con la cabeza ante sus palabras engañosamente tranquilizadoras.

Intento concentrar la mirada en la carretera, pero mis oídos solo captan la música de Linkin Park con *The Catalyst* que suena subiendo despiadada en una emisora local. «*God save us everyone, God bless us everyone*». Sobre todo, a nosotros ahora mismo.

Ante el control de seguridad del aeropuerto *JFK* nos abrazamos, despidiéndonos hasta dentro de veinte días cuando Anna, Julian y yo viajaremos a Escocia para presentar el diseño del programa para McPheal Marine Ltd. ante sus clientes.

—Si tenéis algún problema dímelo —asegura con su vena de ex jefe.

—Vale. Solo espero ser capaces de hacerlo, en serio Cam, no quiero que porque tú o Peter queráis trabajar con nosotros lo antes posible, hagamos un trabajo mediocre que os perjudique o nos hunda. ¿Lo entiendes?

—Cariño sé que lo haréis perfectamente, te he visto antes. Eras una inexperta cuando te contraté dando tu mejor versión trabajando sin descanso, dudo mucho que con los años hayas ido a peor. Eres brillante Cate, confío en ti. Mételo en la cabeza. Nunca. Nunca más desconfiaré de ti. ¿Lo entiendes tú? Pues empieza ya a asimilarlo.

—Vale. Cuídate —digo besando dulcemente sus labios.

—Tú también. Y no salgas mucho con Jack —Con un guiño sonriéndome.

—De acuerdo, pero tú tienes que volver al monasterio.

—Hecho —afirma con un último beso.

Se aleja para embarcar hasta acercarse a las cintas transportadoras, donde empieza a desprenderse de sus objetos personales, perdiéndose entre una multitud de pasajeros que como él dejan Estados Unidos un día precioso

primaveral.

Capítulo 14

Edimburgo, Escocia

Sábado 1/5/2010

A pesar de haber pasado las últimas dos semanas absorta en el trabajo, intercalando llamadas con Cam y Peter, para que nos pasaran algunos detalles sobre tipos de conexiones entre diferentes sistemas electrónicos, no he podido dejar de pensar en cómo ayer llegué a Edimburgo casi de una manera natural y no he tenido ningún sentimiento que creía me iba a hacer salir huyendo sin remedio.

Cam vino al aeropuerto a recogerme, con su orgullo plateado, desde donde fuimos a su casa en *Princes Street*, poniendo el coche en más de una ocasión sobrepasando los límites, sin parpadear.

Volvimos a hacer el mismo reparto de hace años con Anna y Julian que llegaron unas horas más tarde procedentes de Baltimore, donde habían dejado a los niños con la familia de él.

Hace más de una semana me pidió que lo acompañara a la celebración de su empresa, la cual desde que Duncan había muerto, él se encargaba de organizar. Por desgracia para mí, venir a Europa es mínimo un viaje de cuatro días, imposibles de coger antes de la presentación. Lo entendió y fue solo a

Dunvegan, el sitio donde vi por primera y última vez a su abuelo con el *kilt*.

También me comentó que la cena de la Asociación de Empresarios, a la cual pertenece, se celebra hoy en el hotel *Balmoral*, se venía haciendo desde hace unos cinco años, por lo que vamos a asistir junto con Anna y Julian. Será un buen sitio para tomar el pulso a los negocios en Escocia.

Dentro de unos minutos salimos hacia el hotel y en el baño ante el espejo termino de hacerme un moño, un poco sofisticado para mis torpes manos. Consigo el efecto que quiero, algo formal, pero no demasiado. El maquillaje de los ojos, mucho más oscuro de lo que acostumbro, hacen que mi imagen me parezca desconocida. Envuelta en un vestido de noche con el cuerpo rojo y escote palabra de honor. La falda de vuelo con varias capas de seda negra además, de los zapatos de tacón alto que no se ven, pero sé que están ahí. Para finalizar me coloco unas lágrimas de azabache como pendientes.

Coincido al salir con Cam, que entra en el dormitorio con un esmoquin perfecto.

Nos observamos con mutua admiración. Se acerca y levanta mi mano haciéndome girar.

—Cariño, estás maravillosa —susurra en mi cuello.

—Tú también —concedo ante la evidencia de su imagen impecable.

Se dirige a la cómoda de dónde saca un estuche de joyería y vuelve sin

apartar sus ojos de los míos.

—Tengo un regalo para ti. Creo que con ese vestido te quedará perfecto —afirma ante mi cara de sorpresa—. Date la vuelta.

Al instante, sus manos rozan mis hombros desnudos colocándome una gargantilla que no veo, sin embargo sí percibo el peso.

Cam se sitúa frente a mí esbozando una sonrisa.

—Gracias —digo risueña antes de besar ligeramente su boca—. ¿Puedo ir ya? —pregunto impaciente por ver cómo me queda.

Feliz ante el recibimiento que ha tenido su regalo coge mi mano para situarme ante el espejo, donde abro los ojos como platos al ver la espectacular pieza que me ha puesto.

—Cam... Es... —No encuentro las palabras para expresar mi asombro—. Una preciosidad. ¿Por qué? —exclamo riendo observando sus ojos contemplarme.

—Sin por qué. —Su voz lenta mirando mis labios—. Tenía razón en tu cuello aún es mejor —habla tras mi espalda, ambos ante los mismos reflejos.

—Es perfecto. Me encanta —admiro entusiasmada.

Me ha dejado fascinada la preciosa joya vintage, formada por: tres vueltas de bolitas de ónix y varios colgantes de diferentes tamaños con formas de flor, los pétalos hechos con cuatro diamantes y el cáliz una piedra negra muy brillante. Tiene un trabajo de orfebrería muy complicado con muchas

filigranas. Encaja perfectamente en mi cuello y es el complemento inesperado e ideal para mi vestido de noche.

—Cariño es demasiado —asumo con un poco de culpabilidad, parece muy caro.

—No. Es poco —ronronea en mi oído—. Anda, vamos, nos están esperando.

Nos dirigimos al salón donde están nuestros amigos desde hace varios minutos, Anna muy guapa en un traje blanco con estampado de flores negras y Julian también impresionante con esmoquin.

—Dios. Cate. ¿Puedo verlo bien? —exclama mi amiga extasiada ante mi espectacular adorno.

Se aproxima con una sonrisa enseñando todos sus dientes embobada ante mi cuello.

—Jul, yo quiero uno —afirma señalándolo con el dedo.

Mi generoso escocés a mi lado está disfrutando del show que la loca de Anna está dando.

—Tío. Esto no se hace. ¿No te podías haber esperado a que no estuviéramos? ¿Sabes a lo que me enfrento? —pregunta fingiendo estar molesto.

—Lo siento, pero es que al verle el vestido... —justifica Cam encogiéndose los hombros.

—Venga, se lo pides luego —añado mirando a Anna antes de coger la mano de Cam.

—Muy graciosa —dice con una mueca de indiferencia—. Muy bonito tu vestido y el cinturón precioso —añade con fingido sarcasmo.

—Gracias —admito ante las pequeñas cuentas rojas y negras marcando el corte de los colores en mi vestido—. Tú estás impresionante. Como siempre.

Le hago un divertido guiño antes de salir a la amplia calle desde donde nos encaminarnos dando un paseo hacia el hotel.

Es un poco incómodo, aunque estamos bastante cerca, nos separan dos manzanas en las cuales nos cruzamos con muchas personas que nos miran un poco extrañadas.

—*Cariño ellos no tienen niños.*

La voz baja de Julian.

—*Siempre tienes alguna excusa* —afirma Anna.

—*No es una excusa, es la verdad.*

—*Lo que tú digas* —admite cansada.

Nosotros delante hemos dejado de hablar. Nos lo estamos pasando bastante bien con el pique que tienen entre ellos, de hecho, vamos con los labios totalmente aprisionados para no reírnos y no echar más leña al fuego.

—*Además a Cam le van muy bien las cosas* —justifica Julian, ante la mueca de sorpresa que hace Cam mirándome de reojo aguantando como puede.

—*Cariño te comprendo, pero quiero algo parecido. Así que déjate de rollos.*

—*¿No es mejor algo para los cuatro? No sé. ¿Una auto caravana?*

Julian en plan incauto.

—*¿Una auto caravana? ¿Qué tiene que ver un detalle con una auto caravana?*

—*¿Un detalle? Eso es una ruina. Con eso compramos el edificio entero.*

—*Desde luego cariño. No eres nada romántico.*

Anna dándose por vencida.

—*Luego te demuestro lo atento que puedo llegar a ser.*

—*Promesas. Promesas.*

Tras unos minutos divertidos y cuando ya parece que han llegado a un acuerdo, entramos al salón donde un montón de mesas engalanadas, dan la bienvenida a muchas personas que conocen a Cam y que amablemente me va presentando.

La música de una orquesta con un cantante de voz ronca y profunda ameniza la velada, a la vez que varios camareros no cesan de pasar, ofreciendo canapés y copas de vino o champán. Me he decantado por lo

segundo, y escucho interesada las opiniones de algunas personas que conversan con nosotros de manera muy cordial.

Observo como lo que me habían dicho mis amigos era cierto, esta gente aprecia realmente lo que Cam explica. Algunos incluso lo invitan con insistencia a que se presente en las próximas elecciones a presidente de la Asociación, dentro de varios meses. El amablemente las va rechazando alegando falta de tiempo, aunque a veces sus preciosas ráfagas me disparan señales indicándome que en realidad su excusa soy yo.

Después de cenar en una mesa un poco aburrida y demasiado formal, atendemos los discursos de algunos miembros que finalizan con la intervención del actual presidente, un señor mayor regordete que pasa unos minutos ensalzando los logros conseguidos desde que él llegó.

Me parece un poco pretencioso y fuera de lugar, esto no es una asamblea, pero nadie se incomoda y en cuanto termina todos le aplauden con cortesía.

Cameron a mi lado se despide de varias personas. Anna y Julian se van a bailar *Unbreak My Heart* en una versión que está haciendo la cantante incluso mejor que la original.

—Cariño. ¿Quieres bailar? —pregunta mi empresario.

—Claro. Vamos.

Nos vamos de la mano hacia donde algunas parejas bailan y dejamos

que la música nos vaya atrapando. Sus brazos en mi cintura junto a los míos alrededor de su cuello moviéndonos tranquilos y acompasados.

—¿Por qué no quieres presentarte? —pregunto mirándolo a los ojos.

—Porque me quitaría mucho tiempo que no tengo.

—Pero estas personas están verdaderamente interesadas en lo que puedes aportar.

—Pero yo no. Solo tengo un interés ahora mismo.

Me da un beso en los labios.

—Piénsalo.

—Lo pensaré. ¿Cómo llevas tú tus pensamientos? —pregunta irónico.

—Perfectos —respondo con ojos burlones.

—Ven, voy a enseñarte algo —anuncia dándome la mano.

Salimos del salón y nos dirigimos a uno de los ascensores del hotel, desde el que subimos a la última planta. Hay un restaurante con una terraza. El horario de funcionamiento ha acabado, aunque el acceso a los clientes que quieren subir sigue abierto. Afortunadamente, no hay nadie y podemos disfrutar del centro de Edimburgo coronado por el castillo iluminado.

Las vistas son preciosas y pasamos unos minutos en silencio contemplando la ciudad, sus brazos rodeando mi espalda con mis manos sobre las suyas, hacen que este instante probablemente se grabe también, como otros tanto para no perderse en el olvido de mi memoria jamás.

—¿Te gusta? —pregunta en voz baja junto a mi hombro.

—Sabes que sí. Ha cambiado bastante en estos años

Mi voz melancólica.

—Algunas cosas no. El castillo, mi casa, yo... —deja la frase en el aire.

Me vuelvo entre sus brazos acariciando su suave mejilla acercando mis labios a los suyos. Nos besamos despacio sintiendo como nuestros cuerpos se van amoldando y nuestras lenguas inician una danza desesperada. Sin otra intención que avivar lo poco que nos hace falta para arder sobre las llamas del deseo.

—Cariño, tengo que parar.

Separando un poco su cuerpo.

Me da un beso en la frente sin quitar su abrazo de mi cintura, haciéndome sentir su abultada entrepierna rozando la seda de mi vestido, traspasando su calor y excitación a todos los poros de mi piel.

—No puedes bajar así —reconozco bajando la cabeza para mirar.

—Lo sé, es tenerte cerca y dejo de controlar mis reacciones —explica con una sencilla sonrisa.

—¿Lo solucionamos o esperamos un poco?

—¿Esperando se soluciona?

Con ojos burlones.

—No sé. No tengo esos problemas —admito despreocupada.

—Pues ahora tienes uno. Ven.

Tira de mi mano hacia un rincón poco iluminado.

Entre risas cómplices llegamos besándonos dejando que el instinto nos arrastre hacia donde pretende desde hace un rato.

—Espero que no aparezca nadie. La última vez, no tuvimos mucha suerte.

Mi voz en un susurro.

—Oiríamos la puerta —razona con voz grave esperanzada.

Sus manos inician el reconocimiento en mis pechos para ir bajando hasta la falda del vestido, donde empiezan a subirlo hasta alcanzar mi ropa interior que en un momento tengo en el suelo.

—Cariño no puedo esperar.

—Yo tampoco —digo antes de besarlo con la pasión que tengo solo reservada para él.

Sin pensarlo, actuando con presteza libero su erección y rápidamente encuentra su lugar favorito haciéndonos disfrutar de una noche preciosa bajo un cielo estrellado.

Una hora más tarde volvemos al piso, donde después de cambiarnos de ropa, seguimos con la conversación distendida que hemos tenido durante todo

el camino de regreso.

Cam descalzo sentado en un sofá, con un pantalón de chándal azul marino muy holgado y una camiseta de pico gris, bebe de su copa su *Lagavulin* de siempre. A su lado estoy sentada con las piernas cruzadas, con unos leggins negros muy pegados y una camiseta blanca.

—¿Qué vais a hacer a partir del lunes? —pregunta Cam.

—Vamos a Glasgow a ver a Charlie. ¿Y vosotros? —pregunta Julian.

—A mí me gustaría ir a Skye, pero Cate manda —responde mirándome.

—¿Cate? —pregunta Anna ante mi silencio.

—Ahora vuelvo —anuncio al levantarme para ir al dormitorio.

Nada más llegar, puedo sentarme en la cama y perderme en mis miedos, sin miradas expectantes pendientes de mí.

Tarde o temprano tendré que volver. Estoy manteniendo mi última muralla, sabiendo que otras ya han caído. He vuelto al Reino Unido, algo que hace poco suponía que no haría, sin embargo Skye eran palabras mayores. Es dejarlo todo y empezar de cero, en el lugar donde fui feliz y dónde mi cabeza ha estado tanto tiempo.

Necesito pensar y aquí no puedo hacerlo, por lo que decido ponerme unas deportivas e irme a dar un paseo por la noche de Edimburgo. Por sorprendente que parezca aún no he llorado.

Vuelvo al salón bajo una atenta mirada azul fulminándome, la cual parece buscar algún rastro en mi cara de lo que supuestamente han pensado todos.

—Voy a salir. Ahora vuelvo —digo de pasada yendo hacia la puerta.

Cameron se levanta, viniendo en mi busca sujetando mi codo antes que haya podido abrir.

—¿Qué te pasa? ¿Es por Skye? —pregunta preocupado muy serio.

—No. Ahora vengo. ¿Vale? —contesto abriendo la puerta para salir.

—¿Te vas? —pregunta con el rostro tenso y la mirada herida.

—Ahora vengo. Ahora. Vengo —respondo incómoda.

Me observa airado y vuelve al salón sentándose donde estaba hace un momento, esta vez con mis amigos en silencio, mirando la escena un poco sorprendidos.

Un buen rato después con las ideas un poco más claras, regreso de un paseo bastante solitario para encontrar a Anna esperando en el salón. Al verme me llama para que vaya a su lado.

—¿Estás bien? —pregunta estudiando mis movimientos.

—Sí. No pasa nada —respondo cansada sentándome junto a ella en el sofá.

—Cate, si sigues adelante, sabes que su vida está allí. Te lo voy a preguntar ahora y te prometo que jamás, jamás volveré a preguntártelo. ¿Aún

quieres a Cam?

—Claro. ¿Qué te hace suponer que no lo quiero? —pregunto seria y bastante molesta.

—Tus dudas. No sé, a lo mejor después de tantos años lo has idealizado.

—¿Idealizado? No he idealizado a nadie, sé quién es. Solo que volver supone traicionarme a mí misma.

—¿Qué? ¿Eres tonta? ¿Traicionarte? Porque un día lamentable, de malas influencias y de decisiones precipitadas, por parte de los dos, Cate. ¿Os equivocasteis? No lo olvides. Hemos pasado años sin poder hablarte de él. Te he visto. ¿Recuerdas? Hiciste un estúpido juramento.

—No fue estúpido. No me ridiculices.

—Está bien, no fue estúpido. Fue una gilipollez. ¿Y si te hubieras quedado? Sabes, te hemos visto durante años, amargada, triste y sola porque él no estaba contigo. Tan ciega estás que no ves que el dolor ya pasó. Es hora de mirar al futuro. Debes mirar tu futuro, así que vas a ir a Skye, porque de otra manera estaré dándote la paliza hasta el fin de los días. Date una oportunidad, por favor.

—¿Crees que no lo pienso? ¿De verdad crees saber por lo que estoy pasando? —siseo con rabia.

—No, Cate. No lo sé. Solo puedo decirte lo que sí sé y nunca te había

visto así en los últimos años, piénsalo bien —assume razonable y serena.

Me mira emocionada.

—¿Has terminado? —pregunto con soberbia al oír en sus labios lo que tengo tan claro y aún no quiero asimilar.

—Sí —contesta con su voz firme, alzando la cara.

—Vale. Me voy a la cama. Gracias por la charla —asumo impertinente.

Me levanto despacio intentando recuperar la calma ante sus palabras sinceras.

—Perdóname, no quería ser borde —afirmo frente a ella.

—Anda tonta, ven aquí —dile envolviéndome entre sus brazos—. Te quiero.

—Y yo a ti. Siento la salida. La necesitaba.

Entro en el dormitorio donde Cameron está inmóvil en la cama. Intentando no molestarlo, me desnudo antes de tumbarme a su lado, su movimiento tenso al notar mi cuerpo junto al suyo me indica que no está dormido.

Me acerco a su espalda rodeando su cintura con mi brazo. Con un suave gesto deshace mi contacto, sin decir ni una sola palabra. Siento su incomodidad traspasando mi alma, aunque no puedo hacer nada por evitarlo. No contaba con su impaciencia arrastrándome otra vez a su terreno.

—Buenas noches. Amor —susurro.

Pasamos el domingo bastante ocupados, ultimando algunas presentaciones en las que Cam nos ha ayudado con algunos aportes, desde otra visión que nos han sido bastante útiles.

A pesar de que intenta parecer despreocupado noto que mi salida nocturna de ayer ha creado una especie de barrera invisible entre ambos.

Por la noche, después de pasar un rato a solas con Anna y Julian, decidiendo como íbamos a enfocar los puntos que tenemos más verdes, entro en nuestro dormitorio y lo encuentro recién duchado con una toalla sobre las caderas, cuando ve que me dirijo a él con una sonrisa en los labios, intenta esbozar una quedándose en un amago.

—Termino en un momento.

Su voz seria, volviendo a entrar en el baño.

—¿Te ayudo? —pregunto intentando volver a la complicidad.

Al oír mi pregunta asoma otra vez mirándome molesto, con una sonrisa cínica en la cara y el cuerpo en tensión. Ha estado todo el día siendo amable con Anna y Julian, pero conmigo su actitud ha sido más bien indiferente.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Un polvo?

Inyectando ira en su pose arrogante.

Mi expresión en un segundo pasa de la cordialidad al asombro ante su

grosero comentario, me está sorprendido con su reacción.

—¿Crees que te necesito para echar un polvo? —pregunto con ironía.

—Por supuesto que no. Nunca has tenido problemas para follar.

Con un tono muy duro empezando a alterarse.

—¿Cómo dices? No tienes ningún derecho a juzgarme. Hasta ahora no te he preguntado a cuántas te has tirado. Así que ten cuidado con lo que vas a decir —adviento muy incómoda ante la posibilidad de volver a verlo en acción.

—¿Qué tenga cuidado? ¿Crees que soy uno de los niñatos con los que vas? ¿Por qué no me contaste lo de Fillshem? —sisea con expresión desafiante.

Despacio recorre la habitación hasta situarse frente a mí, con una mirada que hace que mis sentidos regresen a su despacho en el astillero, dónde no quiero volver.

Lo miro negando suavemente con la cabeza, aunque dice confiar en mí, él tiene también sus fantasmas que no parecen querer abandonarlo, por mi parte no puedo contarle algo que nunca ocurrió.

Doy media vuelta para salir de la habitación y no tener que empezar una discusión que presiento no me va a llevar a ningún sitio, pero al notar mi retirada me sigue hasta la puerta.

—¿Otra vez? ¿Cada vez que algo no te interesa te largas? —exclama

indignado.

—No me voy porque no me interese, me voy porque no tengo nada que decirte sobre algo que nunca pasó.

—¿Que nunca pasó? ¿Antes o después de subir conmigo al despacho?
¿Besaba bien?

Su voz totalmente encolerizada.

Me vuelvo hacia él con toda la adrenalina que llevo unos minutos acumulando, fluyendo libre por mi sangre, hasta encararlo dedicándole la mirada más atormentada que puedo expresar.

—No sabes nada. Si aún le estas dando vueltas a eso, es que nunca me has creído.

—Quizás, ese fue el problema que te creí.

—¡Pues no tengas más dudas! Qué lástima que la buena de Lisa no grabara también la conversación.

Lo miro furiosa ante la impotencia de saber que aún viejas mentiras hacen mella en él.

En un momento, Cam también acaba de ser consciente de la escena que estamos viviendo. Creo que ha recordado el mismo día de agosto que yo.

—Perdóname. Me he pasado —pide arrepentido.

Subo mi mano para acariciar su cara viendo como cierra los ojos dejándose mecer en ella.

—Mírame. Por favor.

Lentamente los va abriendo sin ocultar la rigidez de su cuerpo y la respiración acelerada. Con suavidad rodeo su cuello acercando mis labios a los suyos.

—Nunca hubo nadie más. Es la última vez que te lo voy a decir. Si no me crees es mejor que lo dejemos aquí. No voy a estar luchando siempre con lo mismo. No podría aguantarlo otra vez.

—No quería decir lo que te he dicho.

Su expresión triste ante recuerdos muy dolorosos me parte el corazón, no me gusta verlo así. Su inseguridad un día nos destrozó, pero también mi temor ante su humillación hizo que las cosas se nos complicaran mucho.

—Lo sé. —Dándole un beso en la mejilla.

Dejamos que nuestros labios despacio se unan, pero aún no se ha relajado, tiene que asimilar que si yo tengo que dejar atrás mi vida por él, hay ciertos comportamientos que también tiene que cambiar. No resistiría otro arranque de celos que vuelva a terminar con lo nuestro, necesito estar segura de que comprende la magnitud de mis sentimientos.

Cuando nos acostamos vuelve la incomodidad a estar presente en la cama, su cálido brazo rodeando mi cintura sin pretensiones, hacen que mi angustia ante la incertidumbre de un futuro juntos, no me dejen conciliar el sueño que mi cuerpo reclama, cansado de tantas emociones desde que hemos

retomado nuestra relación.

Al día siguiente, al terminar la reunión con los clientes de *McPheal Marine Ltd.*, salimos hacia el piso de Cam, que no ha hecho acto de presencia, dejando la representación de su empresa en manos de Peter.

Desde que me desperté sabía que algo iba mal cuando noté su ausencia en la cama. En un principio he creído que habría adelantado su marcha por algún tema laboral y lo vería en la presentación, pero al llegar, la cara de Peter antes de su posterior explicación me ha confirmado mi sensación matutina, ahora es él quien se ha ido.

Peter muy diplomático, cuando ha terminado la reunión, me ha justificado a su amigo, diciendo que normalmente él se encarga de las presentaciones ante los clientes y que Cam tenía que atender algunas gestiones importantes de última hora.

La exposición ha ido muy bien, un Julian en sus mejores veinte explicando apasionado nuestro proyecto, con una confianza que nos ha contagiado a Anna y a mí, ya que, cuando ha sido nuestro turno, hemos terminado de convencerlos de nuestra capacidad para hacer un trabajo que, según ellos, si lo hacemos tal como lo hemos planteado, podría hacerles conseguir los objetivos que tienen e incluso superarlos.

En unos minutos entramos hablando en el salón, para encontrarlo

preparando algo de comer en la cocina y al oírnos se vuelve con una mirada llena de incertidumbre.

—¡Hola! ¿Dónde estabas?

Saludo acercándome para besarlo con ternura.

—Hola. Fuera. ¿Cómo ha ido? —pregunta sonriendo sosteniendo mi cara en sus manos.

Ante su mejorado humor prefiero no tratar el tema de su ausencia en la presentación, cuando estemos solos intentaré hablar con él.

—Los hemos dejado con la boca abierta —explica Julian emocionado.

—No lo dudaba. He comprado algunas cosas para comer antes de que os vayáis —habla antes de darle amigablemente una palmada muy masculina a Julian en el hombro.

—¿Cuándo os vais vosotros? —pregunta Anna pendiente de mi reacción.

—No lo sé, cuando Cam diga —contesto mirándolo confirmado sus planes.

—Después de comer. Cómo vosotros

Su voz grave sonriéndome sorprendido.

Un rato después de despedirnos de Anna y Julian hasta dentro de unos días, en los que nos veremos en el aeropuerto de Edimburgo para volver juntos a Nueva York, estamos en el dormitorio terminando de preparar el

equipaje para salir y si bien, su actitud desde que le he dicho que iría con él ha mejorado, aún no hemos recuperado nuestra fluidez habitual, por lo que vuelvo a posponer el tema laboral.

Me dirijo al baño y recojo mi neceser dónde guardo los pendientes que me trajo a Nueva York.

—Toma haz los honores —ofrezco con mi mano entregándoselos.

Me mira un momento sin comprender por donde voy hasta que se acerca y ve sus pendientes. La sonrisa va apareciendo en su rostro y en un momento, con sus eficientes dedos, mis orejas vuelven a brillar con los colores de las montañas y los lagos de Escocia. Símbolos de algunos lazos invisibles que siempre nos han unido.

—Gracias —habla besando mi cuello.

—Te quiero.

Por fin mis palabras acompañan mis sentimientos, sus brazos me rodean queriendo atrapar este momento al que tanto tiempo nos ha llevado volver.

—Lo sé.

Cuando bajamos al aparcamiento a coger el todoterreno que nos vamos a llevar a su casa, puedo admirar el deportivo tranquilamente.

—Es precioso. Otro día me lo dejas.

Mi voz alegre ante sus cejas enarcadas.

El F-Type R en plata metalizado brillante, es perfecto, ante la mirada risueña de su orgulloso propietario lo rodeo apreciando las líneas elegantes que tiene.

—¿Corre mucho?

—Bastante, 550CV.

—¿Serán suficientes para ti?

Me mira divertido antes de guiñarme un ojo subiendo al vehículo, en un momento selecciona tres CD.

—Elije —dice enseñándomelos.

Los tres me gustan, pero ante las horas que tenemos de camino prefiero empezar con algo tranquilo. De todas maneras, nos va a dar tiempo escuchar por lo menos cinco.

—Prefiero The Cure. Después si quieres pon los otros.

Le entrego *Galore* que pone inmediatamente y con las primeras notas de *Pictures of you* iniciamos el trayecto hacia Skye

—Cariño.

—Dime —contesta centrado en la carretera.

—¿Por qué no has venido a la reunión?

—He tenido cosas que hacer —responde, girando la vista un momento hacia mí.

—¿Cosas? —dudo intrigada.

—Sí. Anda relájate. Mañana nos tenemos que levantar temprano.

Volver a hacer el mismo recorrido que en el pasado hicimos tantas veces, está siendo un buen ejercicio para mi alma, a pesar, de todos mis temores. Nos ha encontrado la noche, cerca del lago *Tummel*, por lo que también el impacto que esperaba de los paisajes está siendo menor. Solo al pasar por *Eilean Donan*, con la iluminación exactamente igual a la de hace años, siento una punzada que al instante pasa, al notar la mano cariñosa de Cam en mi rodilla y la velocidad que lo caracteriza, claro.

Una vez pasado el puente, puedo decir que he vuelto a la maravillosa isla donde fui tan feliz, con lo que mis ojos cansados deciden cerrarse.

Llegamos a Dunvegan sobre las diez de la noche y entramos casi en penumbra directos al dormitorio. Nos metemos en la cama, agotados después de cinco horas de trayecto.

Mañana vamos a salir a navegar con el velero, este no lo conozco. Imagino que será espectacular, durante el camino me ha ido contando algunas anécdotas sobre la construcción.

—Buenas noches, cielo.

Mi voz con un bostezo delator.

—Buenas noches, *gràdh*.

Mi cuerpo protegido por el suyo se relaja después de varios días

agotadores e intenta encontrar una postura cómoda.

—Si te mueves otra vez —susurra—. No voy a poder parar.

Me muevo ligeramente tentando su excitación y sus manos empiezan a sostener con firmeza mi abdomen hasta que llegan a mis pechos. Siento sus firmes piernas atrapando las mías junto con su torso pegado a mi espalda.

—Cariño... No te muevas —susurra en mi oído descontrolándose.

Sus manos van bajando hasta colarse con sutileza entre mis piernas, incitando mi deseo, donde empiezan acariciándolo suavemente hasta que supera mi límite.

—Shhhh, quieta.

Se va abriendo paso entre mi húmeda excitación, hasta que entre besos y jadeos se entierra duro y potente en mi interior, moviéndome con él, acompasando nuestros cuerpos, hasta vernos arrollados por un orgasmo que nos lleva a la locura juntos y unidos.

A la mañana siguiente vamos al embarcadero, donde hay varios veleros y alguna lancha motora esperando a sus dueños, que deseosos de poder disfrutar del buen tiempo van viniendo a sus casas de veraneo.

Después de aparcar, bajamos sacando algunas bolsas con comida que ha preparado muy misterioso, esta mañana temprano sin querer darme ninguna pista de qué es.

—McPheal. ¿Cómo andas? —pregunta un hombre mayor acercándose al maletero.

—Ed. ¿Cómo estás? ¿Has puesto el combustible?

—Lo que me dijiste 400 litros —contesta dándole una palmada en el hombro.

—Vale, te veo luego —despidiéndose—. Cariño, es aquel —advierde al señalarme uno de los barcos.

Me dirijo por el muelle con dos bolsas en mis manos, impaciente, para ir descubriendo a medida que me acerco un velero de unos quince metros de eslora y unos cuatro de manga. El mástil debe rondar los veinticinco o veintisiete metros. Es muy llamativo, en color marfil y diferentes manchas oscuras formando espirales sinuosas con los núcleos en tonos tierra, naranjas y dorados. Es muy original parecen símbolos celtas.

Al aproximarme a la pasarela una sonrisa va ensanchando mi cara al leer las letras pintadas en color negro y naranja, suelto las bolsas y giro sobre mis pasos hacia él riendo como una loca.

Al verme se detiene risueño esperando mi reacción.

—¿Estás loco? —digo lanzándome a sus brazos.

—¿Por qué? Me pareció divertido.

Con sus brazos rodeando mi cintura mirándome muy contento.

—Fue una broma. Pobre Colón —afirmo besándolo.

En un momento subo. Él hace las comprobaciones de seguridad e inspecciono un poco por mi cuenta.

La cubierta tiene una tarima clara en la bañera con una mesa con todos los detalles en aluminio, al bajar al interior compruebo que la distribución es parecida al del otro barco, excepto que este solo tiene una cabina en popa más grande y todo el interior está forrado en madera lacada en color marfil con los asientos de los sofás en piel negra.

Al rato de salir del Lago Dunvegan hacia el mar, embarcados en el *CCCreep*, con la mayor y el génova izados entre naranjas la primera y plateados la otra, navegamos entre vientos moderados y olas que hacen que el barco las afronte con soltura y seguridad.

Nos sentamos en la proa, con gotas de agua salpicando nuestros rostros, escuchando una canción de Coldplay que Cam ha puesto a todo volumen *Death and all his friends*.

La música con el ruido de las velas cogiendo el viento y el agua golpeando el casco es una sensación de libertad absoluta.

Aunque parezca mentira me aterra bañarme en el mar, pero en el barco nunca he tenido la más mínima sensación de temor. Recuerdo que cuando fuimos a Harris, tuvimos el primer día muy malo, donde navegábamos a sotavento con el mar bastante picado y vientos fuertes. Nunca tuve ninguna sensación de desconfianza o recelo.

Después de un rato disfrutando como nos encanta a los dos, Cam se inclina para darme un beso en la mejilla.

—¿Te apetece comer? —habla el capitán con bermudas y el torso moreno desnudo.

—Claro. Sorpréndeme —contesto incorporándome de su regazo.

Se levanta para volver al momento con una bolsa que deja en la mesa de popa.

Me aproximo a indagar en ellas. Hay diferentes quesos, cuatro huevos escoceses, dos patés y una ensalada con muy buena pinta.

En un momento vuelve con una botella de vino tinto y dos copas, que rápido sirve entregándome una, luego, se sienta a mi lado.

—Qué bueno. A Duncan le habría gustado —comento después de probarlo y leer la etiqueta *Flor de Pingus 2006*.

—Sí. Le habría gustado. Seguro —afirma, saboreando el vino.

—Ahora tendremos que comprarlo.

—Hace años empecé a comprar por internet. Cuando vayamos a casa verás la bodega.

—¿Bodega McPheal? Oh! Disculpa, Rockefeller.

Me burlo con una mueca de sorpresa.

—Sigue así y no te dejo catarla —asegura su voz con su mirada desafiándome.

—¿Seguro?

—¿Qué te apuestas?

—¿Así que vamos a apostar?... Vale. —digo subiendo la mano por su rodilla.

—Te vas a quemar —afirma bajito pegando su cara a mi oído.

—¿De verdad? —pregunto con mis labios en su cuello y la mano ascendiendo por su muslo descubierto.

—Muy en serio.

Su voz profunda mirando su copa de vino.

—¿Cómo de serio? —ronroneo con mi mano tocando su erección.

Sigo con mis caricias hasta que dos segundos de advertencia en sus ojos es todo lo que me queda.

—Ya solo tiene una solución —dice lanzándose encima mía—. ¿Lo vas a solucionar?

Después de acordar que podría entrar en su bodega cuando quisiera sin pedir permiso, tuvimos una comida deliciosa acompañada de muy buen vino.

Hemos maniobrado hace un momento para arriar el génova. El viento ha bajado y así, aunque navegamos más despacio, podemos ir tranquilos sentados escuchando música clásica, si no me equivoco Chopin. La acaba de poner desde el interior donde ha ido a buscar algo.

El manejo de este barco es bastante más fácil gracias al sistema

eléctrico que ha incorporado, por lo que mi ayuda está siendo inapreciable.

El atardecer es precioso con rosas y purpuras reflejando el sol. Una ligera brisa sobre el mar calmado nos van conduciendo lentos por la costa hasta los islotes que dan la bienvenida al castillo de Dunvegan donde tendrá que poner el motor y se romperá la magia de navegar.

—Toma cariño.

Me ofrece una copa de champán sentándose frente a mí.

—Gracias —Lo pruebo—. Qué bueno. El colofón ideal para un día perfecto —digo sonriente a sus ojos seductores.

—Hay algo más. —Saca una cajita del bolsillo y me la ofrece—. Toma es tuyo, siempre ha sido tuyo.

—¿Qué es?

Sorprendida la abro para encontrarme con una sortija en oro blanco y pequeños diamantes que situados en el aro van trenzando la forma de un ocho hasta engastar un zafiro. Es muy elegante.

—Cariño. Es precioso.

Me levanto para sentarme sobre él entrelazando mis brazos en su cuello.

—Era de mi madre, me lo dio mi abuelo el fin de semana que fuimos a *Neist Point* —explica antes de besarme tiernamente, cuando se separa me dedica su sonrisa irresistible—: Te quiero Cate, desde que te conocí, eres

todo, eres mi amor —Hace una breve pausa y enjuga con su mano mis lentas lágrimas—: Cariño, no quiero perder más el tiempo, quiero que estemos juntos todos los días. Todos. Cásate conmigo.

—Mi amor. Te quiero —digo besándolo—. ¿No vas a ponérmelo?

Al decirlo su expresión se suaviza y esboza una lenta sonrisa acariciando mi cara con sus manos.

—Por supuesto —confirma solemne sin dejar de cegarme con sus auroras boreales iluminando la noche.

Llegamos contentos al pequeño puerto para dirigirnos a casa, dónde cenamos después de una ducha relajante, en la que asimilo que es imposible que estemos juntos en una habitación o baño y que nuestro deseo salga insatisfecho.

—¿Quién ha traído la comida? —pregunto intrigada ante el asado de carne que tengo delante.

—La señora Pott.

—¿Vive?

—Sí. En el pueblo. Viene cuando le aviso que voy a estar por aquí. La llamé ayer antes de salir para que trajera algunas cosas.

—Me gustaría verla, debe ser ya bastante mayor ¿No?

—Supongo, alrededor de los setenta. Mañana si quieres vamos a verla.

Terminamos y mientras Cam está entretenido con algo en la cocina, subo al dormitorio para coger mi portátil. Cuando lo busco no lo encuentro donde lo puse.

—¡Cam! ¿Has visto mi portátil?

—¡Está en la habitación pequeña!

Me dirijo a la habitación pequeña como él la llama, que no es otra que la ocupada por mis antiguas compañeras de trabajo, cuando estuvieron aquí conmigo hace años.

Al entrar veo que la ha transformado en un despacho, donde los colores claros contrastan con los oscuros del mobiliario y la librería, llena de todo tipo de libros y revistas que domina una pared entera.

Me aproximo a la mesa antigua sobre la que están los dos ordenadores, el mío en su funda y el suyo cerrado, hay también un marco de madera con una fotografía. Lo levanto para quedarme sorprendida al encontrarnos a los dos, sentados sonrientes y felices en el puente de *Eilean Donan*. Aunque parezca increíble, recuerdo perfectamente la sensación que tuve cuando apoyé mi cabeza en su hombro, en cambio, nunca llegué a verlas, fueron las únicas que no hice con mi cámara.

Emocionada sigo con mi recorrido visual hasta detenerme en seis láminas enmarcadas, con unos sencillos cristales, colocadas en filas de tres, en un rincón de la habitación tras un sillón de lectura y una lámpara de diseño

bastante moderno. Soy yo con los perros, los dibujos que siempre estuvieron en el cuaderno, ahora lucen colgados de la pared.

Tres de ellos los había visto, los otros son nuevos para mí. En uno estoy en el acantilado mirando el mar con el viento agitándome el pelo, otro es un desnudo donde solo se aprecia la silueta de mi cuerpo de espaldas con el pelo sobre el hombro, abrazada por un torso masculino más grande que lo envuelve. El último es muy reciente, porque llevo el vestido de volantes dorados que me puse el día que nos encontramos en Londres; estoy bailando con los ojos cerrados bajo la lluvia con los brazos levantados y mi sonrisa hace que transmita una sensación de enorme felicidad.

Obligo mi cuerpo a tranquilizarse sentándolo en el sillón, e inspiro profundamente, estoy asumiendo que para él, realmente ha sido tan difícil como para mí estar todos estos años separados. Durante mucho tiempo, siempre me he considerado la víctima, y acabo de comprobar que él me ha acompañado también en esa situación.

Pasados unos minutos, después que mis lágrimas me dan una tregua, salgo del dormitorio para bajar a la cocina, donde cuando entro sigue buscando algo, agachado bajo un mueble.

—He visto los cuadros y la foto.

Apoyo la cintura en la encimera observando la espalda y el trasero del escocés romántico.

—¿Te han gustado? —pregunta levantándose con un bebedero de agua.

Lo miro a los ojos expectantes ante mi reacción, esbozo una lenta sonrisa y me aproximo a su cuerpo pasando una mano despacio por su pecho, él inclina su cabeza dándome un beso muy tierno en los labios.

—Mucho. La foto, es preciosa.

—Tú más — afirma antes de darme un beso en la nariz.

Se separa para seguir con la tarea que lleva haciendo desde hace un buen rato.

—¿Para qué quieres eso?

Miro extrañada lo que tiene en la mano.

—Para el perro. Lo traen mañana.

—¿Perro? ¿No me dijiste que habían muerto?

—*Agon e Io* murieron hace tiempo, el único que vive es *Lego*, aunque está muy viejo—explica con voz tristoná.

—¿Lo vas a traer?

—No. Está mejor con la Sra. Pott. Me va a traer a uno de sus nietos — dice esbozando una sonrisa.

—Vaya, entonces... ¿Nos lo llevaremos a Portree?

Sus manos rodeando mi cintura, con sus ojos acariciando mi rostro esbozando una tímida sonrisa.

—Si tú quieres sí. Si no, lo podemos dejar con ella y nos lo traemos

los fines de semana.

—No —contesto segura ante su mirada extrañada.

—¿No? Cariño le dije que me quedaría uno. Es uno de los descendientes de *Agon*, no sé, había pensado que te gustaría.

—No. Si vamos a tener un perro, tendremos un perro con todas sus consecuencias, no un perro de fines de semana. ¿Cam, por favor? ¿En serio, pensabas dejarlo durante la semana? ¿Harías eso también con nuestros hijos?

—Era una manera de convencerte. Por supuesto que no haría eso, si alguna vez tenemos hijos seremos como los patos, con ellos siempre detrás.

—Muy chistoso, no es eso lo que piensan algunos de los padres que conozco.

—No importa lo que piensen los demás cielo, los nuestros vendrán con nosotros a todas partes —afirma rotundo sellando mis labios con su beso más seductor.

Mentalmente sonrío ante su comentario.

Hace un mes que dejé de tomar anticonceptivos, no sé cuánto tiempo es necesario para volver a ser fértil, supongo que después de años tomándolos tardaré algún tiempo en recobrar la normalidad en mi ovulación.

Después de su visita en Nueva York, decidí unilateralmente que había llegado la hora de intentar tener esos hijos de los que a veces habíamos hablado.

Aún no se lo he dicho porque a estas alturas de mi vida soy capaz de hacer frente a la maternidad en solitario. No me gustaría, pero si llegado el momento, por la razón que sea, no estamos juntos y tengo que afrontar un embarazo, es con la única persona que de verdad he querido tener hijos, así que por ese lado estoy tranquila, es una decisión que asumiré cuando sea necesario. Ahora soy consciente que el tiempo no juega a mi favor y creo que estoy en la edad perfecta para intentarlo.

El día siguiente empieza temprano ante la inminente llegada de nuestro nuevo perrito. Tal como había prometido, sobre las diez llega andando la Sra. Pott con los dos cachorros. Se aproximan jugando entre ellos tras los pasos ágiles y decididos de la mujer mayor; con el pelo blanco, corto y una cara reflejando solo bondad, quien aún conserva la vitalidad que muchas personas más jóvenes perdieron hace tiempo.

Nosotros, en la puerta, observamos como los animales juegan ajenos al cambio que se va a producir en su destino.

—Cam ¿Cómo estás?

Saluda amable la mujer dándole un beso en la mejilla.

—Muy bien Grace. ¿Te acuerdas de Cate? —pregunta sujetando mi mano.

—Claro. ¿Cómo estás Cate?

—Muy bien. ¿Y usted? —respondo cortés con una sonrisa.

—Llámame Grace y tutéame por favor. Cam. ¿Qué te parece el macho?

—pregunta mirando al perrito más travieso.

El macho es blanco con manchas grises en los ojos y el cuerpo. La hembra tiene manchas parecidas aunque más negras. El pelo aún no lo tienen muy largo, aunque les crecerá.

En cuanto nos acercamos los cachorros, de casi tres meses, vienen juguetones hacia nosotros, sin ningún temor. La perrita, inmediatamente, se tumba para que le acaricie la barriga y su hermano muerde el vaquero de Cam, con las agujas afiladas que tiene por dientes.

—Cate. ¿El macho o la hembra? ¿Cuál prefieres? —pregunta jugando duro con el macho.

—No lo tengo claro. Me gustan los dos. No sé Cam. ¿Separarlos? —comento con un poco de angustia.

—Cariño ¿Los dos? ¿Estás segura?

Me observa alucinado. Asiento con una gran sonrisa en mi cara.

—Bueno, veo que al final estos dos tunantes van a seguir juntos.

La voz alegre de Grace.

—Eso parece —comenta entretenido con el juego del cachorro.

—Pues como ya os habéis decidido, me vuelvo a casa. Me alegro de volver a verte Cate, te esperábamos hace tiempo.

—Gracias, Grace. Ha sido un placer —comento dándole un rápido abrazo.

Volvemos dentro seguidos por dos exploradores que en un momento, recorren el interior de la casa haciéndose una idea de cuáles son sus nuevos dominios. Empiezan con sus juegos descontrolados para aparecer en la cocina, con una camiseta de Cam cogida en cada extremo por unas pequeñas mandíbulas de serruchos puntiagudos. El sonido de la tela desgarrándose, hace que su propietario empiece a ser consciente de que la educación de los perros va a ser una prioridad en los próximos días.

—¿Cómo les vamos a llamar? —pregunto cuando la perrita se acerca a mi juguetona.

—No lo sé. ¿Te encargas tú del nombre de la hembra?

Quitándole su camiseta rota al perro.

—Vale

Hago una pausa en las caricias que le estoy dedicando, intentando concentrarme un poco.

—Yo a este chiflado creo que lo voy a llamar “*Mad*”. Le pega —dice estudiando al perro—. ¡*Mad!*. ¡Aquí! —grita avisándolo a modo de prueba.

—Creo que pasa un poco de ti —comento divertida.

El recién bautizado no parece tener mucho interés en obedecer a su nuevo líder.

Sigo con mis mimitos al encanto que tengo en el suelo, totalmente entregada al placer.

—*¡Mad!* Vamos, campeón. ¡Aquí! —llama con voz seria y dura, indicando con la mano su muslo.

El cachorro se ha parado deteniendo el movimiento de la cola, en guardia ante el tono de voz, y despacio, centra su mirada en la mano de Cam, hacia donde vuelve confiado.

La sonrisa orgullosa de su nuevo amo ante la obediencia del perro es inmediata, al igual que su mirada satisfecha hacia mí.

—Qué bueno es. ¿Has visto lo rápido que ha obedecido? Si obedecen desde pequeños es muy buena señal.

—Esta... es una mimosa... ¿A qué sí?... Hola... pequeña...*Alioth* — nombro siguiendo con las caricias.

—¿Lo recordabas? —pregunta la voz alegre y emocionada de Cam.

—¿Por qué no iba a hacerlo? ¿Por qué si no has llamado tú al barco así? —pregunto con suficiencia.

—Touché. Por cierto, deberíamos ir al pueblo a comprarles comida y otro cacharro para el agua. Solo he encontrado uno. ¿Vamos?

—Vale —concedo dirigiéndome a la puerta seguida de mi nueva amiga.

—*¡Mad!* Vamos.

Unos minutos después aparcamos en el centro del pueblo dónde hay varios comercios y un pequeño supermercado.

El trayecto ha ido bien, sin mareos ni peleas. Creemos que nunca habían montado en coche, han ido muy quietos en el maletero que previamente Cam ha acondicionado un poco, con una mantita y unos juguetes que nos ha dejado Grace.

Caminamos por la calle con los perros correteando y cruzándose a nuestro lado, cuando una mujer de unos treinta años, fumando un cigarro en la puerta del establecimiento, morena con el pelo recogido en una cola alta muy atractiva con los ojos azules y un cuerpo con muchas curvas, nos mira alternativamente fijándose discreta en nuestras manos entrelazadas. La mirada que le dedica a Cameron no me está haciendo mucha gracia, no obstante, voy a poner mi mejor versión educada y solo voy a observar.

—Hola...Cam. Estás perdido ¿Cómo estás? —pregunta arqueando la ceja sorprendida e inconsciente se muerde los labios.

Estupendo, si no han tenido algo ya, ella mantiene la esperanza.

—Hola, Christy. ¿Cómo estás? —responde tranquilo sonriéndole amable.

—Bien. Vienes muy acompañado —comenta mirándome a mí y a los perros.

—Sí, no está mal —Me mira y se vuelve hacia ella—. Disculpa, te presento a Cate.

Nos damos la mano con educación y nuestros ojos se examinan curiosos intentando averiguar algo que nos pueda interesar a las dos. En mi caso, saber hasta dónde ha intimado con el que será mi marido, y hasta qué punto, el monje ermitaño, ha estado saliendo a entretenerse por los alrededores de su monasterio.

—Encantada.

Saludo con una inclinación de cabeza.

—Igualmente. Bueno Cam, —añade rápido mirándolo—. Nos vemos por aquí otro día. Voy dentro que hay bastante gente.

—Claro. Hasta luego —afirma sonriente.

—Hasta luego —añado.

—Cariño voy a entrar a comprar. ¿Me esperas por aquí? —pregunta yendo hacia la puerta del supermercado.

—Claro.

Entra a por las cosas que necesitamos y observo como *Mad* y *Alioth* juegan y se pelean sin descanso, viniendo de vez en cuando a revisar mi posición. Va a ser divertido volver a salir con ellos al bosque o incluso llevarlos a navegar.

Cam está pagando la compra, manteniendo una alegre y entretenida

conversación con la atractiva Christy que, aprovechando la oportunidad, está desplegando sus armas ante el confiado monje, que parece haber olvidado que estoy detrás de la puerta acristalada, delante de las cajas con dos locos juguetones.

En cuanto termina, sale despreocupado, muy sonriente e inconsciente de mis pensamientos, quizás un tanto posesivos, pero me estoy empezando a preguntar. ¿Si estamos en Dunvegan y en nuestra primera aparición ya he tenido este inmenso privilegio? ¿Qué no encontraré en Portree?

Voy a tener que fijarme más en los perros, porque como siga por el camino de los celos me voy a alterar, aunque por otro lado...

—Christy es muy mona. ¿Hace mucho que os conocéis? —pregunto subiendo al coche.

—Unos años. ¿Por qué? —pregunta mirando por el retrovisor interior.

—Curiosidad —afirmo despreocupada—. ¿Habéis estado juntos?

—He encontrado unos comederos con dispensador muy prácticos. Uno en rosa y otro azul, les van a encantar —cuenta ignorando mi pregunta.

—Seguro —respondo mirando al frente.

Vale, lo capto, McPheal me salgo por la tangente, de todas formas sé que ha notado mi incomodidad.

—Cate, olvídale ¿Vale? —pide su voz seria, centrando su mirada en la carretera.

—Vale —concedo en cambio sé que me valdrá poco tiempo.

Pasamos parte de la tarde cómodos y divertidos, enseñándoles órdenes y para no estresarlos mucho decidimos quedarnos hasta mañana aquí, cuando nos iremos a Portree.

Tal como el escurridizo escocés ha predicho, a los cachorros les encantan sus nuevos comederos, pero *Mad* tiene que aprender a meter la boca solo en el suyo.

Después de una cena un tanto entretenida, la cual, hemos tenido que interrumpir varias veces, conseguimos que se echen en un rincón de la cocina sin alborotar mucho.

Me siento en el sofá, vestida solo con una camiseta negra. Cam descalzo solo con unas bermudas azules, busca concentrado entre los viejos CD de Duncan algo de música.

Nos sirvo unas copas de vino tinto y empieza a sonar una canción en italiano muy bonita cantada por una mujer.

«Amore, fai presto, io non resisto...

Se tu non arrivi non esisto

Non esisto, non esisto...

E cambiato il tempo e sta piovendo

*Ma resto ad aspettare
Non m'importa cosa il mondo può pensare
Io non me ne voglio andare.
Io mi guardo dentro e mi domando
Ma non sento niente;
Sono solo un resto di speranza
Perduta tra la gente.»*

Me toma de la mano y deslizando sus brazos por mi cintura bailamos, moviéndome al compás de sus caderas. Mis manos alrededor de su cuello sintiendo su torso contra la tela de mi camiseta.

—Es muy bonita. ¿La entiendes? —pregunto ante mi desconocimiento del italiano.

—Sí. Se llama *L' appuntamento*. La traduje hace mucho tiempo.

*«Amor, date prisa yo no resisto ...
Si tu no llegas, no existo,
No existo, no existo ...
Cambió el tiempo y está lloviendo,
me quedo a esperarte,
No me importa lo que el mundo pueda pensar
No me quiero ir
Miro en mi interior y me pregunto*

no siento nada;

Soy solo un resto de esperanza

Perdido entre la gente»

Baja la cabeza y me besa el cuello apretándome a su cuerpo, bailando en una atmósfera muy íntima y cómoda.

—Cariño —hablo suave, necesito su atención ya que está un poco distraído.

—Dime —dice alzando la cabeza centrando su mirada en mis ojos.

—Cameron. —En cuanto digo su nombre completo frunce los labios—.

Sé que durante estos años ambos hemos tenido nuestra vida. Lo entiendo y no voy a entrar en ello, estábamos solos y éramos libres de hacer lo que quisiéramos, sin embargo, hoy he tenido una sensación muy rara y me gustaría preguntarte algo.

—Pregunta —anuncia tenso.

—¿A cuántas me voy a encontrar en Portree?

Me estudia durante unos segundos pensando su respuesta.

—Ninguna.

Su voz rotunda e incómoda.

—Cam. Por favor. Si en Dunvegan, dónde no vives, ha sido llegar y encontrar una, vamos cariño. No me subestimes. ¿Te gustaría ir encontrándote a mis ex rollos por la calle cada día? Y lo que es peor, sin que tú siquiera

sepas que lo fueron, pero ellos si saben quién eres tú. Vamos. —incito.

—No. No me gustaría, pero ya no puedo hacer nada.

—Sí. Sí que puedes. —Hago una pausa ante su expresión sorprendida —. No dando pie a conversaciones ridículas, y mucho menos cuando estoy en la puerta esperando. Eso sí me lo podías ahorrar —comento molesta.

Es posible que sea un imprudente y no se dé cuenta de su apariencia, cuando nos conocimos, realmente era muy educado y lo hacía por no ser grosero, pero entiendo que algo habrá aprendido y debe saber cuando las mujeres se interesan por él o no.

Me mira sonriendo contento, y me coge la cara con las manos. Me seduce con un beso que nos lleva directamente al dormitorio.

Con una mayor rapidez para desvestirnos mejorada con mucha práctica coge mi mano.

—Ven —ordena sentándose excitado en la cama.

Me acerco adonde me indica subiendo a horcajadas sobre sus caderas, su erección reconoce mi cuerpo y empieza a pulsar jugando conmigo. Su dueño, despacio sin apartar en ningún momento su mirada de la mía, sube las manos hasta mis pechos.

—Tus tácticas evasivas son temporales —digo excitada ante sus caricias.

—No es una evasiva. No podía más —reconoce.

Rozo su nuca con mis dedos.

—Siento haberme enfadado.

Antes de besarlo.

—Cate, necesito que me creas en esto. Nunca ha habido nadie, lo que has visto fue un polvo, solo eso. No creo que en Portree te encuentres a nadie más. En mi peor racha me fui a Edimburgo, si no hubiera sido por Peter y Amy no habría vuelto. No recuerdo mucho de las mujeres con las que he estado. Borracho y amargado no era la mejor de las compañías. Ahora estoy sobrio, con mi amor y me gustaría que tu inquieta mente comprenda esto. Para mí todo se reduce a ti. Todo. ¿Lo entiendes? —pregunta mirándome fijamente.

Acaricio con dulzura su cara asintiendo antes de que nuestras ansiosas bocas se unan en un beso de entendimiento mutuo.

Creo que ha llegado el momento de hacerlo participe de mi decisión de intentar tener hijos, supongo que es justo que sepa que, si seguimos por el camino de perdición que llevamos cuando estamos juntos, hay posibilidades, aunque no sean muy altas de concebir.

—Cielo. No estoy tomando nada —susurro.

—¿No tomas nada? ¿Qué es nada? —pregunta sin comprende.

Confirmando el standby de su cerebro.

—Nada es igual a niños.

Detiene sus movimientos para dedicarme una sonrisa radiante de

felicidad, a la vez que iniciamos el trayecto hacia el placer montados en nuestros caballos salvajes

Parece que mi decisión ha incrementado su ego masculino y está intentando cumplirlo a toda costa.

Capítulo 15

Brooklyn, Nueva York

Lunes 10/5/2010

Me han llegado los planos del proyecto de Escocia, después de pasar unos días perfectos en Dunvegan. Cam se comprometió en mandármelos y lo acaba de hacer. Al final, decidimos ir a Portree un rato el sábado temprano, antes de volver a Edimburgo. Fuimos directos unos minutos al astillero, con nuestras nuevas sombras, no pudimos repasar algunos detalles que Julian me había pedido, ya que, cuando no tenían en la boca algún trapo, andaban como locos peleándose entre barcos en construcción.

Pude ver el desarrollo de los nuevos trimaranes que estando adelantados aún nos permitirán trabajar sin una presión inmediata.

La verdad es que ver los treinta metros de los cascos, el central casi acabado y dos periféricos en fase de construcción, fuera del agua fue impresionante. Están hechos de una composición de fibra de carbono y tendrán una vela rígida de más de cincuenta metros que se podrá combinar con un mástil y velas convencionales. Lo importante es que se hacen en la nave por piezas separadas, lo que permite mayor movilidad a los operarios. También cada cliente tiene sus propias especificaciones. Algo básico para nosotros es

saber cuáles son sus expectativas para poder cumplirlas y estos en concreto, quieren velocidad.

Llegamos a Edimburgo el sábado por la tarde con perros incluidos, ni siquiera pasamos por la casa de Portree.

En el piso la experiencia no fue mal del todo, si no hubiese sido por la incontinencia de *Mad* y el seguimiento que hizo su hermana. Lo bueno fue que al flamante amo no le importó lo más mínimo, se puso ropa y calzado para correr saliendo al parque con ellos.

Una vez conseguimos que los cachorros se acoplaran en un rincón, preparamos una cena ligera. Cam se dedicó a hacer su especialidad de carnes a la plancha mientras yo hacía una crema de verduras. La conversación que empezó como una broma sobre mis habilidades culinarias terminó convirtiéndose en algo más profundo que aún resuena en mi cabeza.

«—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —pregunta al verme rehogar unos calabacines.

—En un mini curso de cocina que hice hace unos años.

—No se te da mal.

—No, cuando vas madurando te das cuenta que no puedes vivir solo a base de comida precocinada.

—¿Te has sentido sola?

—A veces. Sobre todo al principio. Luego aprendí a convivir conmigo

misma sin fastidiarme mucho.

Me mira con expresión melancólica porque sabe lo que quiero decir.

—Yo cuando te fuiste me jodí un poco. Luego es verdad que te acostumbras a estar a tu aire.

—A eso me refiero, a hacer lo que quieras sin tener que dar explicaciones a nadie. A tener tus cosas sabiendo que donde las hayas dejado ahí van a estar... No sé, me da mucha pena dejar mi casa, mi oficina...

Se acerca a mí despacio cogiendo mi mano para tirar de ella y envolverme entre sus brazos.

—Cariño tenemos que empezar de cero. Olvidemos la soledad, por favor Cate. Nos vamos a casar y tendremos nuestra casa, juntos. Nuestra. Se acabó mi casa o la tuya. Haz conmigo nuestro hogar, pronto.

—Yo también lo quiero es solo que tengo que desprenderme de una vida que me costó mucho crear.»

Sus palabras ciertas, porque son lo que también quiero, no quitan para que me sienta un poco presionada para tener que abandonarlo todo, mucho más rápido de lo que había pensado.

Comprendo que esta situación es insostenible, pero como siempre me pasa con él, dejo que me arrolle con su impaciencia sin saber si estoy haciendo lo correcto. Mi corazón no se puede equivocar otra vez, por el

contrario mi cabeza me pide una serenidad que estando juntos no tengo.

El domingo nos reunimos con Anna y Julian, que volvían de pasar unos días con Charlie en Glasgow.

Tom y él han seguido juntos en la empresa del padre de Tom. Mi amigo, desde hacía varios años, había asumido el mando teniendo en Charlie un apoyo incondicional.

Ambos siguen solteros, aunque por lo que Anna me ha contado, podríamos tener cambios de estado pronto. La ex mujer de Tom, Victoria, parece que quiere retomar la relación y aunque él aún es reacio, no es del todo ajeno a lo que su ex pretende. Anna dice que cenaron juntos una noche y parecían más enamorados que nunca. Por parte de Charlie, no se ha casado, pero ahora vive con una chica con quien llevaba saliendo casi dos años.

Mi despedida de Cam en el aeropuerto fue horrible. En cuanto se fue y embarcamos les conté a mis amigos mis noticias, ante las cuales no se mostraron muy sorprendidos, de modo que no estoy segura si quizás antes de salir de Edimburgo les comentó sus intenciones.

Una semana después de haber llegado a Nueva York y teniendo claro que tengo que ir cerrando capítulos, me reúno en la oficina con mis socios dando lugar a una tensa conversación entre Julian y yo, mi decisión de abandonar la compañía no entraba dentro de sus planes. Según ellos, es un

momento idóneo para montar la sucursal en Edimburgo, tema que hablé con Cam y según él sería mejor para nosotros Aberdeen.

El problema radica en que no me quiero responsabilizar de esa oficina.

No quiero tener que volver a Escocia para vivir sola allí. No entienden que sería absurdo tener la oficina en Edimburgo si todo el negocio está fuera y voy a tener que pasar la semana viajando. No es lo que yo había pensado, finalmente hemos llegado al acuerdo que iré investigado un poco nuestro mercado y en función de eso veremos donde se monta, habiéndoles prometido no desvincularme.

Por otro lado, estoy empezando a empaquetar algunas cosas de mi casa que me gustaría conservar, no son muchas cajas, pero intentando seleccionar, me he dado cuenta de la de cosas que sin acordarme tenía guardadas, por lo que las tardes se me pasan volando perdiendo diez minutos por recuerdo.

Hablo con Cam todos los días, está bastante emocionado, sobre todo, cuando le cuento que estoy empezando la mudanza. Inicialmente he calculado que acabando lo que tengo pendiente, a finales de julio podría estar instalada de nuevo en su isla. Aún no se lo he dicho, necesito tener más claras las fechas y para que no esté presionando para cumplir la que le diga.

Por no contar que, aunque no tengo ningún indicio de estar embarazada, sigo a la expectativa de que me baje el periodo. Esperando, me he dedicado a indagar con Anna y otras madres de la oficina sobre sus síntomas. Lo he hecho

en plan ignorante para no dar pistas y creo que no se ha notado, es ponerse a revivir sus embarazos y pierden la noción del tiempo y el espacio.

Supongo que será más bien una irregularidad por haber interrumpido los anticonceptivos, sin embargo si se lo cuento a Cam, va a añadir un motivo más para que nuestras conversaciones solo giren en torno a mi vuelta.

La semana que viene el viernes veintiocho vuelve aquí, para asistir a una reunión y supongo que ha sido su excusa perfecta para escaparse.

Llamé a Jack para contárselo y entre la salida que ha planeado para el sábado y la comida del domingo en casa de Anna, no vamos a poder hacer nada especial durante el fin de semana, ya que el lunes, él tiene su reunión y nosotros varias pruebas electrónicas que en función de los resultados nos decidirá hacia unos componentes u otros.

Unos días después y tras esperar a que el periodo hiciera acto de presencia, ante la inminente llegada del escocés viajero, estoy en la consulta de mi ginecóloga, con quien concerté una cita hace dos días. No he tenido el valor de comprar un test de embarazo, me parece un poco ridículo, pero llevo casi un mes de retraso y aunque intento no pensarlo, cuando menos lo espero me veo divagando rodeada de chupetes, así que voy a hablar con la doctora Farrell para salir de dudas.

En unos minutos me recibe en la misma consulta del *Upper East Side*

dónde lo lleva haciendo los últimos diez años, una sala acogedora con varias plantas y colores muy claros dando sensación de frescor y pulcritud.

—Hola, Cate, adelante. Siéntate —saluda indicándome una silla frente su mesa.

—Hola, Angie. ¿Cómo estás? —pregunto educada a la dulce mujer que tengo enfrente.

Angelica Farrell es una señora de cincuenta años con el pelo plateado cortado en una perfecta melena. Sus maneras suaves y elegantes no se corresponden con su forma extravagante de vestir, lo que hace que siempre que la visito me sorprenda con algo nuevo. Por ejemplo hoy lo ha llevado al extremo, con su peto vaquero desgastado, grande en talla, una camisa azul marino de lino con un chaleco a cuadros dorados y purpuras más sus sandalias con calcetines violetas.

—Muy bien. ¿Y tú? He revisado tu ficha y no tenías que venir hasta dentro de dos meses. ¿Va todo bien?

—Pues ha eso he venido, a que tú me lo digas.

—¿Qué te ocurre?

—En realidad me encuentro bien, es solo que a principios de abril interrumpí el tratamiento anticonceptivo.

—¿Y eso? Me lo deberías haber dicho para ir dejándolo poco a poco. Esas cosas no las debes hacer por tu cuenta Cate.

—Lo siento no lo pensé. Simplemente no comencé un nuevo ciclo.

—¿Qué te preocupa?

—No estoy segura, pero estoy saliendo con alguien.

—Vaya. Me alegro por ti.

—Sí, bueno, es una historia un poco larga. Verás. ¿Es normal que no me haya bajado el periodo?

—El periodo cuando suprimes los anticonceptivos se recupera inmediatamente en el siguiente ciclo, y no todo el mundo es igual, hay muchas mujeres irregulares y otras son relojes de precisión. ¿Cómo eran tus periodos sin pastillas?

—Llevo muchísimos años tomándolas, pero recuerdo que eran bastante regulares.

—Para salir de dudas si quieres te hago una exploración y una eco vaginal.

—No sé Angie, por un lado creo que no es posible. —Pienso un poco —. Sí házmela y salgo de dudas.

—Venga vamos, desnúdate y espérame tumbada en la camilla. Ahora vuelvo.

Después de una exploración de todas las partes de mi cuerpo implicadas, el resultado hace que siga en el coche llorando asimilando que el

francotirador escocés va a ser padre y aunque en estos momentos creo que estoy feliz, hasta que no hable con él no será real para mí.

Según el examen estoy de cuatro semanas por lo que según mis cálculos debió ser en Dunvegan. La fecha aproximada para el parto según la doctora es entre la segunda y la tercera semana de enero. Me ha dicho que en cuanto he dejado las pastillas mi cuerpo ha recobrado la fertilidad en un ciclo. Otras personas tardan dos o incluso varios meses, e incluso, podría haber seguido sin darme cuenta hasta las dieciséis semanas sin problemas.

El único síntoma que según ella podría haber percibido es una ligera sensibilidad mamaria que yo había achacado a ciertas caricias, relacionadas con unas elegantes manos un tanto descontroladas.

No tengo ni remota idea de cómo darle el viernes la noticia y encima voy a tener que evitar a mis amigos, quienes en cuanto me vean la cara de alucinada, van a empezar a preguntar. Así que mi plan es desaparecer, recogiendo el apartamento hasta que llegue Cam dejándome ver lo menos posible.

Por un lado mi felicidad ante la noticia es inmensa. Estoy convencida que me llega en mi mejor momento como mujer, sin embargo por otra parte, solo va a acelerar, si el padre se lo toma bien que quiera que fijemos ya una fecha para la boda; algo que cada vez, cuando se acuerda, me repite para que vaya agilizando mi llegada.

Por fin estoy en el *JFK* esperando que salgan los pasajeros procedentes de Edimburgo vía Londres.

Llevar casi veinte días sin su presencia, se me hace cada vez menos llevadero. Si no supiera que en julio esta distancia habrá terminado, creo que no lo soportaría y menos ahora.

Entre un grupo de personas cargadas con trolleys y maletas, diviso a mi alto prometido. En cuanto me ve, ensancha una sonrisa que correspondo ansiosa por sentir su calor envolviéndome.

Viene sin afeitarse con una camisa verde claro y unos vaqueros desgastados con zapatillas deportivas y unas ojeras que indican que sigue con su manía de no dormir en los desplazamientos.

—Hola, cariño —exclamo lanzándome a sus brazos.

—Hola, amor —saluda risueño sujetando mi cara con sus manos dándome un discreto beso.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal el vuelo?

—Todo bien. ¿Y Tú? Estás guapísima. —dándome un beso en la mejilla mientras nos alejamos de la mano.

—Te he echado mucho de menos.

—Yo más. Seguro.

Una vez en el coche y en cuanto guarda su equipaje, tira de mi mano

para darme el abrazo y beso que no me ha dado en el aeropuerto. Sus manos en mis nalgas apretándome a su cuerpo, es la sensación que necesitaba para saber que esto es real que mi vida ha dado un giro tan grande en tan poco tiempo.

Nos separamos montándonos en el vehículo rumbo a mi casa, dónde nada más llegar suelto mis cosas antes de acercarme a él.

—¿Estás bien? —pregunta esbozando una sonrisa seductora.

—Sí.

Sonrío maliciosa. Le cojo de la mano y tiro de él hacia el sofá.

—Soy todo tuyo —dice besándome.

Se sienta conmigo en su regazo.

—Te he echado mucho de menos. No lo soporto.

Acariciando su cara.

—Cariño, depende de ti. Termina la maldita mudanza y esto se acabó.

—Estoy en ello. Te tengo que decir algo —anuncio nerviosa ante su expresión relajada.

—Dime. ¿Me tengo que preocupar? —pregunta arqueando una ceja expectante.

—Un poco, pero quiero que sepas que solo es responsabilidad mía.

—¿Qué pasa? —Intentando adivinar con sus ojos muy azules impacientes.

—¿Te acuerdas de que una vez te dije que si tenía hijos serían contigo?

—Sí.

Ahora se muerde el labio entendiendo.

—Si todo va bien en enero lo cumpliré —prometo sonriéndole.

Se queda inmóvil mirándome, aliviando la tensión de su boca para esbozar una sonrisa radiante abrazándome tan fuerte como puede.

—Cariño. ¿En serio? Dios, Cate. —Sus manos en mis mejillas. Añade —: Te quiero tanto.

Sus ojos infinitos mirándome extasiados.

—¿De verdad estás contento?

Me mira sorprendido empezando a comprender el significado de algunas de mis palabras a la vez que su expresión se torna incómoda.

—¿Pensabas que no lo querría? No te entiendo Cate. Te he dicho mil veces lo que quiero. ¿Aún lo dudas?

—No lo dudo, es solo que no sabía si para ti es un poco precipitado. Una cosa es dejar de tomar los anticonceptivos creyendo que en un futuro vamos a ser padres y otra es dejarlos para quedarme embarazada en un mes. No sabía cómo te lo ibas a tomar.

—Y en tu mente ya te has montado tu película de embarazo en solitario. Ahora mismo no sé qué pensar. Me has fastidiado un momento precioso.

Lo miro con toda la ternura que puedo demostrarle ante su reacción

emocionada al saber la buena noticia y entender que sin querer lo he herido, cuando lo único que pretendía era no condicionarle con una obligación.

—Te quiero —digo uniendo nuestros labios.

—Sabes Cate, muchas veces soñé con este día. Con nosotros juntos sabiendo que íbamos a ser padres.

Sus manos en mi cara enjugando la lágrima solitaria que la recorre, ante la que no puedo hacer nada. Aquel día en el barco, jamás pensé que estaríamos separados durante los siguientes diez años. Estar ahora así, cumpliendo un sueño que tuvimos hace tanto tiempo, hace que las emociones me embarguen de manera incontrolable.

—Yo ni siquiera me atreví —confieso con voz melancólica.

Me envuelve contra su pecho y permanecemos abrazados tranquilos un buen rato, hasta que me besa con toda la ternura de un hombre al que acaban de hacer muy feliz.

Nos separamos lentamente y unidos de la mano nos vamos hacia mi dormitorio, donde hacemos el amor transmitiéndonos los extraordinarios hilos invisibles que nos van uniendo.

—¿Estás teniendo molestias o algo parecido? —pregunta conmigo acurrucada en sus brazos.

—No. Nada, de hecho, me he enterado porque tenía retraso con la regla. Si hubiese sido una persona irregular no nos habríamos enterado hasta

que hubiese sido evidente.

—¿Estás contenta?

Besándome el cuello.

—Mucho.

—Yo también. Me has hecho muy feliz. ¿De verdad pensabas apartarme de esto? —Su voz grave un poco triste.

—No digas tonterías, nunca habría hecho eso. Solo no he sabido decírtelo bien, de verdad, no he pretendido hacerte creer que quería mantenerte al margen. Solo que no quería precipitar más las cosas.

—¿Van muy rápido para ti?

—Sabes que sí.

—Pues relájate porque pienso cuidar de vosotros siempre. Siempre Cate —asegura su voz firme antes de besarme.

Una hora después he puesto música clásica y estoy en la cocina preparando la cena cuando entra dispuesto a ayudarme, vestido solo con una camiseta y bermudas. Lo miro sonriéndole, no se ha afeitado siguiendo mi petición.

—A mi abuelo le gustaba mucho Vivaldi.

—A mí también, sobre todo *El Invierno*. Muchas veces en el coche me la pongo a todo volumen hasta que mi cuerpo solo siente la fuerza del violín.

—Antes nunca escuchabas esta música.

—Sí la escuchaba, lo que pasa es que no me fijaba en el nombre de la pieza, ni quién era el compositor, solo me gustaba y era suficiente, pero desde hace algunos años, los distingo y tengo que reconocer que la disfruto más, no sé será la edad —reflexiono en voz alta.

Se sitúa a mi espalda abrazando mi cintura.

—¿Edad? —pregunta antes de darme un beso en la cabeza—. Cuando estemos en Dunvegan inspecciona lo que tenía, seguro que te aburres buscando.

—Pues sí, será muy interesante. Porque mi colección clásica es muy limitada.

Nos separamos e inspecciona mis avances en la elaboración de la ensalada.

—¿Qué vas a preparar? —pregunta con curiosidad.

—Esto —comento señalando las hortalizas que estaba cortando—, y salmón a la plancha. Si quieres encárgate tú del salmón.

—Claro. ¿Has comprado cerveza? —pregunta yendo hacia el frigorífico.

—Sí. Y no he comprado *Lambrusco*. Además da igual, no voy a beber alcohol.

—Bueno pues tendrás que decírselo a Jack mañana cuando vea que no

bebes nada en toda la noche.

—¿Lo decimos ya? No sé, cariño, es muy pronto. Creo que se debe esperar hasta los tres meses.

—Uffff. Cate, no sé si aguantaré dos meses sin decírselo siquiera a Peter.

—Yo tampoco —admito dudosa.

El sábado por la noche llega después de un día en el que ambos hemos terminado de preparar las últimas cajas que me quiero llevar a Portree. El simple hecho de estar haciendo algo tan trivial como embalar cosas, me llena de esperanza. Pronto ya no será una novedad para mí estar juntos. A veces, me sorprendo mirando sus manos en mis objetos distraído, quizás para él es algo parecido.

Hemos quedado con Jack en un club que abrieron en febrero y al parecer está teniendo mucho éxito, conociendo a mi amigo estará lleno de gente guapa bailando con música dance.

Cam se ha puesto un pantalón chino azul marino con una camisa blanca, con las mangas enrolladas en el antebrazo que resalta su bronceado. Para mi he elegido un pantalón pitillo blanco por encima de los tobillos con un top violeta brillante sin mangas.

—Cariño estás preciosa —dice tocando mis pendientes antes de darme

un beso en los labios.

—Tú esta noche vas a estar en peligro.

Con voz seductora.

—No lo creo —afirma confiado bajando la vista hacia mis pies—.
¿Sandalias de tacón alto rojas? ¿Quién está en peligro? —Coloca su mano
bajo mi barbilla para alzarme la cara.

—Estás advertido.

Me mira incrédulo, cogiendo mi mano al aproximarnos a una cola enorme de gente que como nosotros, pretende entrar en el *XL*. En cuanto llegamos, suena mi móvil con una llamada de Jack. Nos espera en la entrada.

Nos dirigimos hasta la puerta, bajo la atenta mirada de los dos afroamericanos más grandes que he visto en mucho tiempo, cuando aparece mi amigo hablando con un tipo alto mayor que él de una manera bastante íntima.

—Cam. Me alegra verte.

Saluda tendiéndole la mano sonriente.

—Lo mismo digo.

—Hola, cielo. Estás preciosa —dice dándome un beso en la mejilla.

El adulator empedernido hoy está espléndido con una camisa celeste a juego con sus bonitos ojos y unos vaqueros con unos mocasines de ante en color camel.

—Os presento a Ian. Salimos juntos —anuncia sonriendo a su amigo.

Es muy atractivo, tiene los ojos oscuros y el pelo un poco canoso. Creo que debe tener la edad de Cam, aunque su ropa demasiado formal, lleva hasta chaleco bajo la chaqueta del traje de raya diplomática, le hacen parecer mayor.

—Encantada, soy Cate —saludo dándole un beso en la mejilla.

—Cam —saluda tendiéndole la mano a Ian, quien la estrecha con una sonrisa educada.

—Ian nos va a entrar. Trabaja aquí.

—Qué bien, teníamos a un montón de gente por delante.

Mi voz agradecida.

—Vamos, venid conmigo.

Con un asentimiento de cabeza, uno de los porteros nos abre la puerta para descubrirnos la mayor discoteca que he visto nunca.

Cogidos de la mano nos dirigimos hacia una de las varias barras que hay en un espacio en el que puede haber perfectamente mil personas. La música electrónica del dance entre flashes y giros de diferentes colores, añadidos a la gente entregada al placer de bailar, es muy impactante.

Hay varios chicos con el torso descubierto y algunas parejas gays besándose con mucha sensualidad. Cam al verlos me mira con una semi sonrisa en sus labios siguiendo nuestro camino.

Nos separamos en la barra dónde él se queda pidiendo en tanto me

acercó hacia dónde Jack habla con otros dos amigos, quienes al verme llegar discretamente se alejan.

—¿Qué callado lo tenías? —pregunto moviéndome delante suya.

—Hace poco que salimos. Me gusta —cuenta, satisfecho.

—Me alegro por ti.

—¿Cómo llevas la mudanza?

—Bien. Por cierto, no creo que nos quedemos mucho tiempo aquí.

—¿Por qué? Está muy bien.

—Mira hacia la barra —anuncio desviando mi mirada hacia Cam.

Está esperando a que le atiendan despertando miradas ávidas de su atención algo que con la cortesía que le caracteriza, hace sin reparar en la reacción de un chico que se acerca a hablar con él.

—Cathy, es que está muy bueno —admite con una gran sonrisa.

—¿Qué hago? ¿Lo dejo que salga solo del lio en el que se está metiendo?

—Diez minutos. Bailamos dos canciones y vamos a por él.

Por suerte, como no me ve bebiendo nada, no hace ningún comentario y nos vamos a bailar una canción con un ritmo repetitivo, con un punto álgido donde se repite un estribillo machacón varias veces, no es precisamente la música que más me motiva, pero verlo en la barra, manteniendo una conversación educada, con un chico un poco más joven que él que puede

confundir, está resultado muy entretenido.

Su lenguaje corporal tenso, dista bastante, de cuando tiene en frente a una mujer, donde toda su expresión se relaja. Por lo que confirma mi teoría: Él debe notar cuando otra persona está interesada en flirtear o no, si lo nota en un hombre, supongo que con las mujeres, con quienes ha compartido su tiempo, también notará ciertos signos de coqueteo.

En cuando termina la canción, mi alma piadosa se acerca a él. Me recibe con un beso en los labios, enlazando su brazo a mi cintura, dejando claro a su interlocutor sus preferencias, algo que entiende perfectamente alejándose con discreción.

—Hola. Toma.

Me ofrece un refresco.

—Gracias. ¿Qué te parece?

—No hubiera venido —comenta inclinándose en mi oído

—Pues te he visto bastante integrado

Lo miro frunciendo los labios con ojos sonrientes.

—Muy graciosa —añade antes de darme un besito en la frente.

—Me apetece bailar.

Le hago un puchero infantil batiendo mis pestañas.

—Eres responsable de mí.

Su voz en mi oído al darme la mano.

—Te lo advertí —afirmo con una sonrisa.

Nos dirigimos a una de las pistas de baile. Suena una versión disco mezclada de Pet Shop Boys, con *It's a sin* intercalando partes de *I will survive*. La locura que se desata es muy divertida. Al menos para mí, Cam me ha cogido como un ciego a su bastón y no se separa de mi lado más de diez centímetros.

—Cariño voy al baño —informa en mi oído antes de alejarse.

Sigo con mi baile despreocupado cuando Jack y unos amigos, a los que conozco de otras salidas, se acercan a bailar a mi lado. En un momento volvemos a cuando salíamos solos, dónde solo nos importaba pasarlo bien.

Con las manos de Jack en mi cintura contoneo mi cuerpo ante el suyo, levantando los brazos e iniciando unos movimientos demasiados sensuales, sin peligro para ninguno. Aunque visto desde fuera para quien no nos conozca puedan resultar atrevidos.

A los pocos minutos, las elegantes manos del posesivo escocés sujetan mis caderas. Me encuentro rodeada por dos hombres espléndidos y con intenciones diferentes. Jack al ver la reacción de mi novio se retira con una sonrisa hacia donde siguen bailando sus amigos. Cameron al verse libre de amenazas, se vuelve más osado, pegando su cuerpo al mío sin importarle que estemos rodeados de un montón de gente enloquecida.

—Entre Jack y yo nunca ha habido nada. ¿Lo sabes? ¿Verdad?

—Me lo imagino. De todas formas no me gusta ver a ningún hombre tocándote.

Entramos en casa riendo ante la cara de circunstancia del taxista que nos ha traído de vuelta, cuando en un momento casi he acabado en un impulso encima de Cam dentro de su vehículo.

—Tengo una sorpresa para ti. Es un juego —anuncio—. Siéntate y ponte cómodo.

Me mira curioso, pero se quita los zapatos antes de desabrocharse la camisa. Se dirige al sofá, mientras, voy a buscar las tres botellas que necesito para mi prueba. En cuanto las localizo, escondidas de su mirada, cojo también un pañuelo de seda negra. Vuelvo a la cocina y vierto dos dedos en tres vasos con colores diferentes.

—Cierra los ojos.

Me acerco mostrándole el pañuelo negro ante su expresión confiada y sonriente.

—¿Qué me vas a hacer? —pregunta frunciendo los labios excitado.

—Hazme caso. Vas a disfrutar.

—Explícame que gano.

Sonriendo, sin apartar la vista de la seda negra.

Me siento sobre sus piernas disfrutando de su incertidumbre y

percibiendo que está como una moto.

—Es muy fácil. Te vendo los ojos. —Me inclino dándole un beso en los labios—. Y vas a hacer una cata a ciegas.

—¿Una cata? ¿De qué? —exclama fingiendo estar alarmado.

—De algo que te gusta mucho —hablo con mis labios en su oído.

—Vale —admite rápido y seguro, con los ojos felices ante lo que su imaginación andará previendo.

—Tengo tres vasos con tres añadas y yo tengo tres prendas puestas que se corresponden con ellos, si aciertas me las quito, pero si no, no me las podrás quitar en toda la noche. ¿De acuerdo?

—¿Me lo vas a poner muy difícil?

—No sé, depende de tus conocimientos —afirmo, bajando de su regazo.

Regreso con los vasos y los dejo sobre la mesa, antes de coger el pañuelo y vendarle los ojos.

—Una cosa más. A partir de ahora solo me voy a dejar puestas esas tres cosas —admito antes de volver a sus labios.

—Empieza pronto. Por favor.

Me desprendo del top y del pantalón, quedándome con un conjunto de ropa interior de encaje blanco, solo para él y las sandalias rojas de tacón.

Vuelvo a su regazo y en cuanto siente mis piernas desnudas sobre las

suyas da un pequeño brinco sin controlar su estado ansioso.

—Para que no haya dudas. El rojo serán las sandalias, el azul el sujetador y el verde las bragas.

—Cariño, me da igual. Voy a ganar.

Hay cosas que no cambian y para él los retos son su motivación, aunque ahora creo que su urgencia es un poco más irracional.

Por supuesto, le he preparado su whisky favorito de doce, dieciséis y veintiún años, no sé si será capaz de distinguirlos.

—¿Listo? Es el rojo.

Cojo el primero y lo paso por debajo de su nariz ante su sonrisa agradecida.

—¿Por quién me tomas? —pregunta indignado—. No me hace falta probarlo. *Lagavulin* de doce años —habla su voz con suficiencia—. Las sandalias, fuera.

—Muy bien —admito alucinando.

No me ha dejado ni empezar.

—Vamos cariño el siguiente —apremia impaciente.

—Este es el azul.

Repito la mecánica, sin embargo, esta vez no va tan lanzado.

—Déjame que lo pruebe. Sé que es *Lagavulin*, y está claro que no es el de doce años.

Acerco el vaso a su boca dándoselo a probar. Lo saborea un momento y vuelve a sonreír engreído.

—¿Te lo digo ya? —pregunta, acariciando mis muslos con suavidad.

—Por favor, no te cortes.

—Misma marca, dieciséis años. El sujetador es mío —advierde antes de quitármelo.

Sus manos empiezan a amasar mis senos, con su erección pulsando en mi última prenda poniendo mi cuerpo en el mismo estado que el suyo.

Inclino la cabeza para besarlo muy excitada, enredando nuestras lenguas descontroladas.

—¿Quieres terminar? —pregunto sin interés ya por el juego.

—Sí. Dame el último, pero me lo has puesto muy fácil.

—Toma.

Le ofrezco el vaso verde y le da un sorbo.

Lo retiene en su boca unos segundos antes de fruncir ligeramente los labios.

—Quítame la venda. Quiero tener el honor de quitártelas yo mismo.

Hago lo que me pide y en cuanto sus ojos se fijan en mis pechos va levantando la mirada lentamente.

—Levántate —ordena con voz grave.

Me separo de sus piernas antes que introduzca sus manos bajo mis

bragas y lentamente las va deslizando por mis piernas hasta dejarme completamente desnuda ante su mirada hambrienta.

—Veintiún años —anuncia orgulloso, ante algo que ya había dado por sentado que sabía.

Le quito el pantalón, y él se afana con la camisa antes de volver a sentarse conmigo encima. En un momento, su miembro entra en mi húmedo cuerpo llenando con su fuerza hasta mi último rincón.

—Te quiero —admito besando sus labios

Sentir el movimiento de sus caderas sobre mi piel acompasadas con las mías es la felicidad total. Llegamos a un punto en el no tenemos medida, el punto de no retorno se podría decir, donde llevo ya unos minutos.

—Yo más —anuncia su voz grave, antes de arrasar con su lengua mi boca.

Incrementa el ritmo de sus envites hacia un orgasmo lleno de sonidos desesperados por liberar la excitación que tenemos acumulada. Nuestros cuerpos en perfecta sincronía llevándonos hacia el final, repitiendo una y otra vez los mismos movimientos de olas furiosas atacando las rocas, hasta que se van perdiendo su afilada armadura dejando la superficie húmeda y desprotegida, convirtiéndose en parte del mar que las invadió sin darles ninguna oportunidad.

El día siguiente, después de desayunar relajados, sin preocuparnos por horarios, nos duchamos antes de vestirnos para ir a comer a casa de mis socios.

Cam, con unas bermudas vaqueras y una camisa a cuadros, me mira burlón al salir del baño.

—¿Lo haces adrede? —pregunta acercándose despacio con una sonrisa en los labios.

Con aspecto relajado en su rostro sin afeitarse se sitúa a unos pasos de mí.

Lo miro con la tensión que me da la certeza de saber cuál será su próximo movimiento: mi camiseta blanca. Un poco más estrecha de lo habitual junto a mis pechos de embarazada, no ayudan al torbellino de mareas turquesas ante las que se tienen que enfrentar.

—¿Nunca vas a dejar de intentarlo?

Mi voz curiosa.

Avanza uno pasos eliminando la escasa distancia de nuestros cuerpos, sujetando mis caderas con sus manos, sonriendo con la arrogancia de quién ha ganado muchas batallas.

—No.

—¿Crees que siempre lo vas a conseguir?

—No lo creo. Sé que siempre lo voy a conseguir.

Empieza con su concentración total hacia su propósito. Espero resignada a que se dé por satisfecho ante la celeridad con la que últimamente levanta la cabeza con su sonrisa de ganador.

—¿Ves? —advierte engreído con su voz seductora.

Lo miro entornando los ojos ante su presunción, antes de recibir un beso como consolación ante mi cuerpo traidor.

—Me gustan los vaqueros que llevas, no sé si voy a aguantar —habla y sus manos aprietan mis nalgas con un gruñido muy halagador.

—A ti también te quedan muy tus pantalones —comento imitando su gesto.

Unos minutos más tarde llegamos a casa de Anna y Julian. El recibimiento que hace Mark a Cam es preguntarle cuando vamos a ir otra vez al cine. Su hermana se lanza a sus brazos como si se tratase de su mejor amigo a lo que él responde con un brillo en los ojos muy especial.

Mi querida Anna ha preparado una comida dominical a base de hamburguesas que Julian está haciendo en la barbacoa, maíz asado, ensalada de boniatos con patatas y algunas cosas más.

Cam se va a ayudarle y Anna y yo nos alejamos hacia la mesa.

—Cate estás radiante —comenta Anna emocionada.

—Tú también. —admito sincera.

Mi amiga en pantalón corto enseñando sus bonitas y largas piernas, con una camiseta de nuestra época universitaria y el pelo rubio sujeto en una coleta, tiene el aspecto que demuestra el estado de ánimo sereno y feliz de quien está muy a gusto con su vida.

—Estoy muy contenta de veros, se os ve muy felices.

—Hay algo más —anuncio sin apartar la mirada de la suya—. Estoy embarazada.

Lo siguiente es Anna dando un brinco para abrazarme gritando incoherencias antes que Julian le da una palmada a Cam en el hombro. La recibe con una orgullosa mirada en su cara resplandeciente.

Después que los hombres den por finalizada su tarea, comemos las deliciosas hamburguesas envueltos en un agradable ambiente familiar.

—¿Tenéis fecha para la boda? —pregunta Julian con curiosidad.

Su imagen desenfadada en consonancia a la de su mujer, ropa informal para una comida en el patio entre amigos

—Lo antes posible. ¿Verdad cariño?

La voz con dulzura de Cam sonriente.

—Sí. Lo antes posible —respondo sin mojarme.

—Pues en cuanto fijéis la fecha, dímelo para que organice las cosas con los niños.

—Seréis los primeros en saberlo —afirmo confiada.

—Recuerda que también vas a montar una sucursal —aporta Julian irónico.

—¿Cómo olvidarlo? Me lo recuerdas constantemente.

Frunciendo los labios con ironía.

—En el fondo te gusta —replica con un guiño.

Pasamos la tarde en compañía de los Thompson entre recuerdos y nuevos proyectos, con la satisfacción al notar que la sintonía entre los hombres es total. Mi amiga y yo tenemos nuestra propia charla donde empieza a soltarme los primeros consejos ante nuestra futura situación.

Más tarde nos dedicamos a preparar las reuniones que ambos tenemos mañana. Compruebo la faceta creativa laboral de Cam, después de mucho tiempo sin verlo. Concentrado ante el ordenador o garabateando datos en un cuaderno, para luego empezar a esbozar diferentes diseños con su programa de dibujo.

—Nosotros utilizamos Foran es de una compañía española —informa mi voz.

—Este es Napa de unos finlandeses —comenta sobre su software en 3D.

—Estoy pensando que aunque los resultados finales sean iguales, si trabajásemos, al menos para vuestro encargo, con el mismo, no tendríamos que

estar convirtiendo los ficheros y perdiendo o cambiando algunos datos, a Julian le vendría muy bien.

—Sí, sería más cómodo. ¿El entorno es igual al vuestro?

—Parecido. Cambian estos comandos.

Señalo unas ventanas flotantes en su pantalla.

—Ya, sin embargo, al final la introducción de datos es más o menos la misma. Es cuestión de usarlo unas cuantas veces —explica seguro.

—¿Qué estás comprobando?

—Estoy viendo las vigas que forman la estructura de los cascos laterales. ¿Ves esta flecha? —Me indica un valor de flexión de una de las vigas. Asiento—. Al aumentar la velocidad de la embarcación, el empuje hidrodinámico generado por los propios flotadores hace que asciendan gradual y automáticamente, de modo que eluden la resistencia del agua y es independiente del calado del casco central. Un daño grave en uno de los flotadores laterales compromete por completo la estabilidad de la embarcación.

—Intenta cambiar los coeficientes de seguridad para que los momentos de cabeceo bajando los flotadores cambien las oscilaciones.

Mi voz tranquila concentrada en los valores del gráfico.

—Está bien... quizás consiga aumentar el ángulo de vuelco y aumentar la estabilidad.

Me mira con admiración antes de sentarme sobre sus piernas dándome un beso.

—Eres una caja de sorpresas. Gracias. Lo probaré.

—De nada. He estado analizando varios estudios. Si no te funciona...No me responsabilizo —adviento con una tímida sonrisa.

—No te preocupes... —afirma con un beso agradecido.

Sus manos empiezan a tomar las riendas de nuestros cuerpos hasta que ante la incomodidad de mi silla decidimos acabar en el dormitorio.

Me siento tranquila y relajada cuando mi amor me invade con su poder, sola con él para terminar envuelta en su calor, antes de abandonarme dentro de mi mundo de sueños dónde islas son rodeadas por las frías aguas del mar de las Hébridas.

Hoy después de asistir a su compromiso con sus clientes americanos Cam se va a pasar por la sede de STG, dónde lo espero junto a Anna, en la sala de juntas.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta Anna.

—Bien. Tengo que fijar la fecha. Cam me lo recuerda cada cinco minutos.

—¿Por qué no la fijas?

—No lo sé. Porque si lo hago tengo que dar un portazo a mi vida aquí.

Porque también me gusta mi independencia.

—Cate, estás prometida y embarazada. Sabes lo que tienes que hacer, postergarlo no te va a servir de nada.

—¿Cate?, ¿Anna? —interrumpe la voz de Claudia, quien se encarga de la recepción.

Anna y yo inclinamos la cabeza para encontrarla asomada en la puerta totalmente alucinada.

—Hay un «*Pedazo de tío*» caballero que pregunta por vosotras — escuchamos entre lo que leemos en sus labios.

Las amplias sonrisas que le devolvemos, hacen que la entrada de Cam, ajeno a nuestras tonterías, provoquen carcajadas en Anna ante la mirada que le dedica el caballero, "pedazo de tío" a Claudia, que en este momento no sabe como ocultar la expresión de fascinación que no se le borra de la cara.

—Hola. —le digo acercándome.

Se dirige a mí despacio, sonriendo cariñoso. Nuestra recepcionista sigue en trance sin cerrar la puerta. Cuando estamos cerca rodea mi cintura con sus brazos, dándome un beso discreto en los labios para inmediatamente saludar a Anna, con un beso en la mejilla ante mi gesto hacia Claudia para que vuelva a su trabajo.

—Hola, Anna.

—Hola, Cam.

—¿Cómo ha ido? —pregunto volviendo a sentarme.

Ellos hacen lo mismo y ocupamos los tres asientos más cercanos al proyector que tenemos en la cabecera de la mesa.

—Bien, creo que aprobaran las modificaciones en cuanto vean que son fiables. ¿Y vosotras? ¿Me vais a enseñar lo que tenéis?

—Sí, hemos adelantado algo de lo que enseñamos en Edimburgo —anuncia Anna.

Cuando hace referencia a la presentación, lo miro enarcando las cejas a la vez que encojo los hombros para recibir una caricia en mi dedo anular, donde llevo puesto el anillo de compromiso, acompañada de un guiño.

—Creemos que para estos modelos que vamos a desarrollar es importante saber a las velocidades que esperáis llegar. Nos hacen falta saber donde serían las competiciones para calcular las derivas —explico.

—Os pasaremos los datos que tenemos, pero el tema de las derivas tendréis que calcularlo para varios supuestos porque puede ser tanto aquí, como en Auckland, como en el Mediterráneo. El tema de la velocidad aún lo estamos viendo, depende mucho de la superficie de flotación de los patines y aún no se han ajustado todos parámetros para daros datos definitivos.

—Bueno, vamos por partes. Cuando vayáis teniendo los datos nos los facilitáis. Nosotros vamos haciendo los modelos del software e intentamos ir probando diferentes variables, las confirmáis y en función de los resultados,

hacemos las modificaciones, al menos hasta que Cate esté allí y pueda hacerlo directamente —concreta la voz Anna.

—Perfecto. ¿Cuándo crees que estarás allí?, Cate.

Mi mirada paseando entre la bocazas de mi amiga y el cansino de mi novio con la manía de precisar una fecha, hacen que mi mal humor se acreciente de una manera insólita.

—No lo sé seguro. Os lo he dicho a los dos varias veces. —Mi voz molesta.

—Se me ha olvidado comentártelo Anna, a tu amiga no se le pueden preguntar ciertas cosas —explica irónico Cam con una leve sonrisa.

—Me lo imagino —admite Anna uniendo sus fuerzas con él.

—Venga dejémoslo. ¿Dónde vamos a ir a comer?

Cam firme, con tono conciliador, mirándome sonriendo.

Mi prometido, a sabiendas que esta presión lo único que hace es que me encierre en un silencio incómodo, trata de apaciguar mi carácter.

—¿Pagas tú? —pregunto desafiante.

—¿Me lo preguntas?

Con voz arrogante sin resistirse a un reto.

—Es por asegurar —contesto con un guiño recobrándome.

—¿Dónde quieres ir?

—No sé. Anna ¿*The Lounge Dan*? ¿Estaría bien?

Mi amiga empieza a esbozar una amplia sonrisa hasta enseñarnos todos los dientes ante la mirada atenta del generoso escocés.

—¿Qué te traes entre manos? —pregunta Cam alerta.

—Nada. Tienen una carta de vinos excelente.

—Estupendo.

—Tienen alguno de más de 10.000 dólares—afirmo con suficiencia.

Su expresión sorprendida ante la cifra, se torna un poco cínica paseando su mirada entre nosotras que somos conscientes del exceso que por supuesto no íbamos a consentir, aunque ha sido divertido ver su cara durante unos segundos.

—Podéis esperar sentadas las dos. No os voy decir lo que he pagado por ninguna botella, pero esa cantidad os digo desde ya que no.

Los ojos azules disparando y su sonrisa divertida mirándonos al salir hace que la incomodidad de hace un momento haya quedado olvidada.

Nos vamos de la oficina después de hacerle una visita guiada por todos los despachos, en los que le presentamos al personal, y le explicamos como la hemos ido ampliando con el paso de los años. Creo que al ver el orgullo inconsciente de nuestras voces, al recordar el recorrido profesional que hemos hecho, hace que pueda comprender, la gran decisión que he tomado, aceptando casarme con él y abandonar la que ha sido mi vida desde que nos

separamos.

Pasamos el resto de los días hasta que se va hoy, yendo a nuestra sede a diario, para coordinar con él los aspectos del diseño del programa en los que trabajaremos.

Ir juntos ha sido una experiencia increíble, nunca me imagine entrar con él de la mano saludando al amable conserje de nuestro edificio, ni en mis mejores sueños esperaba esta jugada en nuestras vidas.

No sé por qué, siempre creí que había bastantes posibilidades de que casualmente nos encontrásemos, en alguna exposición o convención o evento, no sé, trabajamos en el mismo sector, compartimos algunos proveedores internacionales y cabía esa posibilidad, aunque creía que nos saludaríamos y poco más. No que desde que nos reencontramos, solo saber que está cerca, hace que mi corazón sufra un estrés que a veces me llega a preocupar, en ese aspecto creo que incluso más intenso que cuando nos conocimos.

Por la noche llegamos al aeropuerto, envueltos en un silencio triste del que no quiero salir.

—Cariño si puedo escaparme dentro de un par de semanas, vuelvo.

Rodeándome con sus brazos.

—Vale. Cuídate. —digo besándolo. Añado—: Te quiero. Llámame cuando llegues. —Mi voz triste abrazando su cintura.

—Si no te llamo mañana, lo hago el sábado. No sé si me quedaré en Edimburgo cuando llegue. Depende de lo cansado que esté y como el sábado no tengo nada que hacer, a lo mejor me voy directo.

—Vale.

—Ve pensando una fecha para cuando vuelva y podamos empezar a concretar las cosas.

—No te preocupes, en cuanto organice los trabajos pendientes fijamos la fecha.

—De acuerdo, pero no lo retrases más —añade antes de besar mis labios.

—No lo estoy retrasando. No empieces —alego incómoda

Me separo de sus brazos notando como otra vez la tensión se apodera de nosotros.

—No empiezo, me voy. Te quiero. Acuérdate de tomarte las pastillas que te ha mandado la doctora.

Vuelve a rodearme notando como nuestros cuerpos no quieren alejarse, inspiro su olor intentando impregnarme de todo él porque su ausencia cada día me pesa más.

—Sí. No te preocupes, estaremos bien.

—Ten cuidado amor.

Su voz grave antes de inclinarse a besarme por última vez.

Se aleja rápido hacia el control del aeropuerto para un vuelo que le llevará a Edimburgo donde llegará mañana viernes por la mañana. No me gusta que se vaya molesto, pero necesito terminar mis cosas antes de ir a Escocia a empezar otra vez de cero.

Vuelvo a mi solitaria casa y cada vez me apetece menos seguir aquí. Voy a intentar agilizarlo todo para poder cerrarla lo antes posible e ir encauzando la apertura de la nueva sucursal, para lo cual, dedico la mañana siguiente en la oficina.

Busco datos sobre los movimientos de algunos de nuestros clientes en los puertos de Reino Unido, iré haciendo los estudios de mercado. Algunos son sociedades Europeas, por lo que pensamos puede ser interesante para ellos tener una oficina nuestra donde puedan venir con facilidad. Al fin y al cabo, los clientes necesitan reunirse contigo y poner cara a las personas a las que les están pagando unas cifras bastante altas y en quienes están depositando su confianza.

Por la tarde, me dedico a las cajas que voy a donar a una asociación contra la drogadicción que colabora con la parroquia de mi calle. Han confirmado que vendrán el lunes para llevarse cuatro llenas de ropa, el resto de cosas las voy a dejar como están, me gusta pensar que siempre tendremos esta casa para venir cuando podamos. Mis amigos se quedan aquí y me

gustaría que de vez en cuando pudiéramos venir a disfrutar de los niños y que ellos también pudieran conocer a nuestro futuro hijo.

Me dirijo a la cocina cuando suena el móvil con una llamada de Anna. Muchas veces me ha pasado que pienso en ella y de manera natural me llama, lo extraño es que a veces cuando yo la he llamado porque necesitaba decirle algo, me ha dicho que estaba en ese preciso momento pensando en mí.

—¡Hola! Estaba pensando en ti, qué casualidad —saludo alegre.

—*Hola, cariño. ¿Cómo estás?* —pregunta con voz muy seria.

—Bien. ¿Qué pasa?

Su silencio me está poniendo nerviosa.

—*Cate, me acaba de llamar Peter.* —hace una pausa. Añade con voz seria—. *Es Cam.*

—¿Qué le pasa a Cam? —pregunto insegura.

—*Cate, no te alteres. ¿Vale? Ha tenido un accidente con el coche.*

Mi voz acaba de enmudecer, las lágrimas y la angustia han formado un nudo que me impiden articular palabra.

—*Cate, por favor, cariño. Está en el hospital. Tiene algunos huesos rotos. Tranquilízate por favor. Voy para allá.*

—Tengo que dejarte —anuncio entre lágrimas.

Mi corazón desbocado solo hace que bombear sangre y solo noto que la respiración se me va. ¿Por qué? ¿Por qué ahora? Maldigo al puñetero

destino que cada vez que consigo hacerme creer que tengo una oportunidad con él, me pone en una situación desesperada.

La sensación tan amarga que tuve en el aeropuerto, golpea mi conciencia insistentemente para solo recordarme su mirada herida cuando entendió que quería apartarlo de su hijo. La de veces que hemos estado incómodos cuando me repetía que fijásemos una fecha para la boda. ¿Qué he hecho?

Pienso en todo lo que ha podido pasar y solo lo veo conduciendo como un poseso con su mierda de super coche, por las carreteras llenas de curvas hacia Skye.

Si Peter ha llamado a Anna ahora, el accidente ha tenido que ocurrir por la mañana. No entiendo como no se ha quedado en Edimburgo, sobre todo, porque seguramente no habría dormido nada en el avión.

Espero que realmente solo tenga unos huesos rotos, porque toda la pena que hace un momento me abrumaba, ahora se está transformando en rabia e ira hacia su manía de pisar el acelerador con la suficiencia de que siempre controla.

Diez minutos después entra Anna en mi casa, corriendo hasta mi dormitorio. Estoy enloquecida, mal jurando sobre el maldito loco escocés, metiendo ropa en una maleta.

—Cate, cielo. Relájate. No es bueno que te alteres mucho —dice

acercándose

—¿Qué no me altere?! —grito indignada.

—Sí, relájate. Así no consigues nada bueno.

—¡Sí! Hay algo bueno al menos se va a librar de que lo mate.

Capítulo 16

Edimburgo, Escocia

Domingo 6/6/2010

Tras un trayecto en avión que Anna previamente había reservado con salida a media noche desde el JFK, llego a Edimburgo casi a las ocho de la mañana. El vuelo no quiero recordarlo, todas las situaciones más trágicas posibles han pasado por mi mente. Me he visto sola con mi hijo, sin su padre, a quien casi en un alarde de idiotez, he insinuado que si no lo quería no pasaba nada. ¿Qué no pasaba nada? No puedo ni imaginarme lo que sería para mí, mirar a mi pequeño y saber que nunca conocería al único hombre que he amado.

Solo hago que repetir en mi memoria una y otra vez todos los momentos que pasamos juntos hace solo unos días. Como Cameron, tiene muy claro lo que quiere para nosotros, chocando su velocidad con mi retroceso.

Ahora mismo, me arrepiento muchísimo de todas las dudas que llevan meses minando mi confianza. Solo hay una cosa que tengo clara y es que quiero pasar mi tiempo con él, y con nuestro hijo y para eso tiene que seguir vivo. No hago más que torturarme pensando que no me hayan dicho la verdad, si es así, no sé cómo voy a reaccionar.

En estos momentos no puedo más, solo quiero verlo y salir de esta

angustia por no haber estado aquí cuando ha sucedido. Aunque tengo asumido que las cosas pasan y de repente tu vida cambia, lo sé de buena tinta, pero creo que he sido en parte responsable del accidente y hasta que no lo tenga delante no me voy a quitar esta sensación.

Cuando salgo con mi ligero equipaje encuentro a Peter nervioso esperándome, su cara ojerosa y agotada me indica que el pobre ha estado al mando desde que lo llamaron avisándole.

En cuanto estoy cerca me abraza con fuerza y por fin puedo llorar las lágrimas que llevo guardando desde hace muchas horas.

—Peter, por favor. Dime la verdad. ¿Está bien?

—Cate, cariño. Está bien, en un par de días le darán el alta. Tiene varios huesos rotos y algunas contusiones.

— ¿Como ha sido?

—Llegó por la mañana y me dijo que iba a por el coche para venir directo, no quiso parar aquí. Lo siguiente fue la policía llamándome el viernes al mediodía dándome la noticia. Según algunos testigos, un Citroën se saltó un stop arrollando su coche cuando pasaba. Se ha llevado todo el golpe en el lado derecho. El coche está regular.

—Me alegro. Así se le quitarán las ganas de velocidad.

—No sé qué decirte. Está preocupado por ti. Por cierto, enhorabuena.

Dándome un beso en la mejilla.

—Gracias. Me ha dado un susto de muerte Peter, creía que no nos veríamos más.

—Venga, tranquila. Cuando le den el alta os llevo a Portree o Dunvegan y verás como estando contigo se recupera pronto.

—Eso espero. Aún así cuando lo vea me va a oír.

—Cate, no ha sido culpa suya —justifica apenado.

—Esta vez no, Pet, pero seguro que iba más rápido de lo permitido. Siempre va demasiado lanzado. Quiero que entienda que ahora no está solo. Estamos su hijo y yo, supongo que le importaremos más que conducir rápido.

—Lo siento Cate. Venga, vamos —afirma comprensivo.

Sin darme cuenta casi media hora después, llegamos al hospital Western General donde está ingresado. Peter me dirige a la habitación en la cuarta planta de traumatología.

Antes de entrar lo observo a través de la ventana de su puerta.

La sensación que tengo es de total alivio. Tiene algunos hematomas en la cara, lo peor es el ojo derecho, lo tiene totalmente hinchado y morado, la pierna desde el muslo hasta el pie con un aparatoso vendaje y un cabestrillo en el brazo del mismo lado, desde el hombro hasta la mano.

Tiene mejor aspecto de lo que esperaba y por lo pronto sigue con vida.

Abro y entro sola, para situarme despacio frente a su expresión

sorprendida. Intenta beber agua con una pajita. La mirada de su ojo indemne es de expectación y la manera en la que frunce los labios nerviosismo.

—Hola, cariño.

Su voz grave con cautela.

—¿Hola, cariño? Hola. Es un placer verte vivo.

Saludo con mi mirada asesina. Mi expresión contrariada difiere con la felicidad que siento comprobando su estado, no obstante, por supuesto me va a escuchar, tiene que asimilar que el terror de mis últimas horas no merece la pena si él puede evitarlo.

—Cariño, por favor, no exageres.

—¿Qué? ¿Exagerar? ¿Me tomas el pelo?

Dirigiéndome a él despacio.

—Ven por aquí. Dame un beso.

Señala la parte izquierda.

—No. No hay beso.

—Cate...

—¿Cate? ¿Sabes lo asustada que he estado? ¿Tienes noción por un momento de todo lo que he imaginado? Me has hecho pasar las peores horas de mi vida.

—No ha sido culpa mía.

—Déjate de excusas infantiles. Me dijiste que si estabas cansado te

quedarías aquí. ¿Por qué te fuiste directamente?

—Te dije que no sabía lo que iba a hacer. Cuando llegué estaba bien y me fui directo a casa.

—¿Habías dormido en el vuelo?

Su única mirada fija en mis ojos. Con los labios fruncidos niega silenciosamente con su cabeza.

—Eres un irresponsable.

—Cariño, por favor, relájate. Estoy bien —dice tendiéndome la mano izquierda—. Ven.

Me acerco para sentarme en el borde de la cama y dejar que su brazo atrape mi cintura para besarnos despacio, intentando no hacerle daño en las lesiones que tiene en el rostro.

—Jamás, vuelvas a asustarme así. Por favor —ruego, cogiendo su cara con lágrimas en los ojos.

—Lo intentaré —promete su voz muy baja.

—No. No me vale Cam. Ahora ya no vale, necesito que entiendas que para mí y nuestro hijo es importante que estés con nosotros. Así que procura controlar de verdad en ciertas cosas.

—Te lo prometo. Nunca haría nada para arruinar esto, amor.

—Gracias, necesitaba que lo dijeras.

Me cuenta su versión de los hechos que es más bien reducida. Él

circulaba por su carril, cuando sin darse cuenta un Citroën C4, saltándose una señal de stop; lo ha embestido por la derecha. La policía en su atestado recogió las versiones de los otros conductores, por lo que la responsabilidad está bastante clara, de modo que sus compañías de seguro llegarán a un acuerdo y el Jaguar se reparará, pero con suerte ya nos habremos ido de Edimburgo.

Entra un médico en la habitación, un hombre con calvicie, bajito y cara de pocos amigos.

—Buenos días, señor McPheal.

—Buenos días, doctor McDougall. ¿Cuándo me dará el alta?

Con la voz sin disimular su impaciencia.

—La barra que le hemos puesto en la fractura del fémur se tiene que estabilizar y reforzar el hueso. La reparación con ella es más rápida y firme. Si los resultados están bien y hace lo que le digo, mañana se podría ir. Tendrá que guardar reposo quince días y volver a una revisión donde le haremos radiografías y se le mandará rehabilitación. En cuanto al brazo en unas dos o tres semanas le quitaremos el cabestrillo, tiene fracturada la cabeza humeral por lo que no es conveniente que haga movimientos bruscos por ahora, solo intente mover el hombro suavemente.

—Perfecto.

—Doctor. ¿Le quedarán secuelas? —pregunto interesada.

—Si lo hace todo correctamente no. Es muy importante el reposo la primera semana. La segunda si se encuentra mejor, debería empezar a levantar la pierna y andar apoyado en una muleta. En el brazo él irá notando la movilidad, pero la paciencia y la calma son muy importantes en las lesiones de huesos.

—Gracias.

—Le dejaré algunos analgésicos y anti coagulantes para esta noche. Mañana veremos lo del alta.

—¿Has oído? —pregunto en cuanto el médico abandona la habitación.

—Sí. ¿Te vas a quedar? —pregunta nervioso.

—¿Dónde estaría mejor que con medio tú operativo? —pregunto, besando sus labios.

—Muy lista. Vete a casa y duerme por favor. Llevas muchas horas sin descansar, debes estar agotada.

—Estoy bien.

—No. Vete por favor. Duerme amor. Mañana nos vamos de aquí.

Lo beso suavemente, sintiendo como sin querer ha movido el hombro derecho y hace un gesto de dolor.

—¿Duele mucho? —pregunto preocupada.

—Solo con algunos movimientos. Anda cariño, vete... —ordena con dulzura.

Intenta parecer despreocupado, en cambio, percibo su intención al quitarle importancia para no acrecentar mi angustia.

—Vale, tómate las pastillas —adviento antes de tocar sus labios.

—No te preocupes. Dile a Peter que necesito hablar con él.

—Vale. Te quiero.

Con una leve caricia en su mejilla nos despedimos hasta mañana.

—Te quiero, *gràdh*.

Al salir me encuentro con Peter que entra a hacerle la ronda, después de aprovechar su estancia en la capital para visitar el despacho de abogados que lleva los temas legales del astillero. Por lo que me ha contado se reúnen con cierta frecuencia, sobre todo, por el papeleo de los barcos que construyen para clientes no residentes aquí.

Sobre media tarde llego al piso de Cam en el centro de la ciudad, estoy agotada, aunque me obligo a comer un sándwich que he comprado en el hospital antes de salir.

Me lo como tranquila en la silenciosa casa, para después darme una ducha donde mi cuerpo exhausto pide que le dé un descanso merecido.

Unas horas más tarde, recibo mensajes de Anna y Jack dándome apoyo e interesándose por el estado de Cameron, les contesto sin ganas y me vuelvo a dormir rodeada de sombras calladas.

Cuando amanece, después de desayunar habiendo pasando una noche intranquila, me visto con unos vaqueros y una camiseta gris con el cuello de cuadros azules. Mi imagen cansada contrasta con la alegría que siento al saber que está bien.

Seguidamente cojo un taxi para dirigirme al hospital. Llego en menos de diez minutos. El edificio blanco me recibe en plena actividad diaria, es enorme, con muchos pasillos y una multitud de gente por todas partes.

Al entrar en la habitación coincido con el médico que vino ayer y otros dos más jóvenes, quienes escuchan atentamente el diagnóstico junto con el tipo de intervención que han hecho en su fémur.

Cam al verme entrar me dedica una sonrisa alegre de bienvenida.

—Buenos días.

Saludo con un gesto amable.

—Buenos días, señora. Como íbamos diciéndole al señor McPheal las radiografías están bien, pero debe extremar la precaución con caídas y no andar con la muleta hasta dentro de una semana, si el dolor se lo permite. En la próxima revisión veremos si quitamos la barra o se la dejamos. En cuanto al brazo por ahora todo es normal. Tendrá que hacer rehabilitación para recuperar la fuerza en los músculos y si todo va bien no le quedarán secuelas. Dentro de un rato les traerán la documentación para que puedan irse.

Asiento con los labios muy juntos mirando la expresión confiada del paciente.

Cuando los médicos salen de la habitación me acerco a la cama.

—Hola. ¿Cómo estás? —pregunto, besando con cuidado sus labios.

—Hola, amor. Regular. Hoy me ha dolido más por la noche —cuenta agotado.

—Cariño, si no estás bien, podemos quedarnos un par de días más.

—No. Quiero que nos vayamos a casa. Prometo ser bueno de verdad, pero quiero salir de aquí.

—Vale, aunque tendrás que estar de reposo, eso incluye a los perros.

—De acuerdo. Deja que te abrace.

Pasa su brazo izquierdo por mi hombro acurrucándome con él.

—¿Puedo? —pregunta Peter después de tocar en la puerta, entrando en la habitación.

—Hola —dice Cam.

—¿Cómo estás? ¿Te han dado el alta? —pregunta aproximándose a la cama.

—Me han dado el alta. Dentro de un rato podemos irnos —responde Cam.

—¿Y tú, Cate?

—Bien. Gracias, Pet.

—He traído el coche, tendremos que comprarte una muleta. ¿Puedes moverte?

—Hasta dentro de una semana no debe ponerse de pie —digo, mirando a Cam.

—Vale. Tómallo con calma compañero. Cuando venga el médico dame un toque, voy a hacer unas llamadas.

A mediodía salimos del hospital, después de una aparatosa introducción del paciente en el vehículo, donde el dolor en la pierna se ha hecho evidente en la expresión de su rostro. Además, por ahora, sentado en el asiento del copiloto, no parece muy interesado en la conversación que mantenemos sobre los cachorros.

—Cariño, ¿Cómo vas? —pregunto, acariciando su nuca.

—Más o menos bien. Me duele un poco —contesta adormilado.

—Toma.

Le ofrezco un analgésico con una botella de agua.

—Gracias, me voy a dormir un rato.

—Sí, descansa tranquilo.

Peter ha puesto música clásica de Sibelius, perfecta para hacer el camino disfrutando de los bellos paisajes con una conducción serena y tranquila.

Es la primera vez que vuelvo a su casa en Portree desde que me fui. Al llegar noto que por fuera está igual, excepto una zona techada con muros de piedra en el lateral cerca de la cocina. Supongo que será el sótano de su famosa bodega.

—¿Puedes apoyarte en mí, bien? —pregunta preocupado Peter al ver la expresión de Cam.

—Sí, pero ve muy despacio, duele.

En el interior hay algunos detalles nuevos, pero no ha cambiado tampoco casi nada, quizás los aparatos electrónicos. El salón con la pared y la chimenea de piedra, el sofá tapizado con una tela de cuadros blancos, negros y rojos, tal como estaban cuando pasaba aquí los días con él. Siguen también los dos sillones orejeros, de piel color chocolate. Desde luego tiene razón cuando me dijo hace muchos años que no le interesaban las cosas, no entendía mi preocupación cuando pasaban los meses y ni siquiera se acordaba que no tenía nada más que lo justo para vivir de una manera muy práctica.

Con mucho cuidado Peter lo va conduciendo al dormitorio hasta tumbarlo con mi ayuda en la cama, donde se deja caer exhausto.

Observo alrededor y veo que aquí también ha habido pocos cambios, incluso las dos pequeñas escaleras siguen con los mismos objetos, al distinguir el catalejo no puedo evitar sonreír con nostalgia.

—Haz lo que te han dicho. Sin tonterías —advierte serio Peter antes de

girarse para salir—. Cate para lo que sea, llámame.

—Gracias, Pet. Eres el mejor —digo abrazándolo cariñosamente.

—Hasta luego pareja.

Me acerco a mi fatigado paciente, que aún debe hacer un esfuerzo.

—Cariño, te voy a desnudar y te quedas tranquilo. Si quieres te subo una tele.

—No. Creo que las pastillas me están atontando. Solo tengo ganas de dormir —explica luchando con el párpado casi cerrado.

—Venga, vamos a hacerlo con cuidado. Primero los brazos, te quito la camisa, me ayudas y te puedes dormir.

Tiro un poco de él suavemente quitándole la camisa, dejando su torso desnudo al descubierto, donde aprecio las magulladuras del costado para despacio inclinarme e ir dejando un rastro de ligeros besos; sin embargo, tiene los ojos cerrados sin inmutarse por el movimiento de mis manos. Le voy deslizando los pantalones finos de chándal para terminar con las chanclas playeras que esta mañana eran lo más cómodo para salir del hospital.

Lo dejo tapado con una sábana antes de salir del dormitorio sin hacer ruido.

Abajo en la cocina me transporto a los innumerables desayunos que hicimos en ella. Ver los muebles restaurados y la encimera de azulejos,

formando una cuadrícula de color verde, amarillo y gris, hace que sin querer me invada la tristeza.

Me siento en el banco del rincón, admirando como a algunas cosas no les afecta el paso del tiempo si están bien cuidadas.

No sé si también lo puedo aplicar a las personas, creo que sí, por lo que espero que esta vez realmente nos cuidemos el uno al otro, porque no soportaría que le pasara nada.

Mi melancolía me está arrastrando hacia lágrimas que no quería dejar salir al llegar, ya que me había propuesto ser fuerte y no pensar en todo el tiempo que hemos perdido, pero desde que estoy otra vez en su casa no puedo evitar volver al pasado sin sentir la nostalgia al recordar todos los momentos que aquí vivimos.

La mañana siguiente bajo temprano a preparar el desayuno, y cuando llevo en la bandeja dos cafés con tostadas y zumos, escucho mucho alboroto en la entrada.

—¡Cate! Abre —pide Amy.

La dejo sobre la mesa antes de dirigirme a abrir la puerta para encontrarla con Connor y Mary seguidos por *Mad* y *Alioth*

—Qué alegría veros a todos —exclamo contenta—. Hola amigos —digo a los cachorros que me saludan con alegría.

—Hola, Cate. ¿Cómo estás? Por cierto, felicidades. Me alegro mucho por los dos —saluda Amy dándome un cariñoso abrazo.

—Hola, chicos, pasad. ¿No tenéis cole? —Niegan con la cabeza—. Iba a desayunar con Cam. Si me esperáis en la cocina le llevo el desayuno y bajo. Amy hay café recién hecho. Sírvete.

En un momento salgo otra vez con mi carga hacia el dormitorio donde Cam se remueve intranquilo, aún dormido.

Me acerco dejándola en un lado de la cama.

—Cariño —hablo en voz baja y toco suavemente su cara, cuando abre el ojo adormilado.

—Hola. Buenos días —responde en un susurro.

Su gesto refleja cansancio aunque intenta esbozar una tímida sonrisa.

—Hola. ¿Cómo te encuentras? Te he traído el desayuno, te ayudo a incorporarte y te lo tomas. Hay también dos pastillas. ¿Dónde tienes los pijamas? —pregunto cuando le dejo la bandeja en el regazo.

—Mejor. ¿Para qué? —exclama a la vez que se despierta de golpe.

—Porque está abajo Amy con los niños y querrán subir a verte. Ya han llegado los perros. ¿Los subo?

—No aún no. En el último cajón del vestidor.

Voy hacia donde me ha dicho y encuentro un par de pijamas un poco anticuados, cojo el menos feo de los dos.

—¿Desde cuándo no te compras uno? —pregunto con gesto irónico enseñándole la prueba.

—Desde nunca. Esos no tengo ni idea de donde han salido —responde indiferente.

—Tendré que comprarte uno. Es lo más cómodo para el brazo.

Empiezo a ponérselo despacio con mis pechos demasiado cerca de su cara.

—Cielo, tengo un problema —comenta bajito dándome un beso en el cuello.

—Dime —hablo intentando moverlo un poco.

—Creo que las pastillas me están afectando donde no deben.

—¿Qué? Te quieres dejar de tonterías. Amy está abajo y no te debes mover —explico mirando su cara realmente preocupada

—Lo digo en serio —afirma convencido.

—Bueno, lo comprobamos luego. Ahora sé bueno y desayuna tú solo. Creo que te apañas ¿No? —afirmo yendo hacia la puerta.

—Sí. Dile a Connor que suba.

—Vale. Acuérdate de las pastillas.

En la cocina un momento después, me encuentro a Amy sentada en el banco con dos humeantes tazas preparadas sobre la mesa. Mary y Connor

juegan en el jardín con los cachorros.

—Gracias —digo sentándome a la vez que Connor entra corriendo en la cocina con *Mad* detrás como loco.

—Cam quiere que subas —aviso al clon de Peter.

Es lo más guapo y sociable que he visto desde hace tiempo. Su carácter alegre hacen que sea irresistible, además, parece que está en contra de los peines. El pelo rubio de su flequillo rivaliza con el telón más grande de cualquier teatro.

—Vale. ¿Me llevo a *Mad*?

—No. Deja que se quede por aquí. Échale una mano a Cam ¿Vale?

—Claro. Le he traído también un dibujo —comenta, entusiasmado.

Se saca del bolsillo del pantalón un folio doblado en cuatro arrugadas partes, mostrándomelo.

—Es chulísimo. Le va a encantar —halago, risueña.

Admiro el dibujo abstracto de ellos dos en el barco. Llego a esa conclusión porque pone «*Tío Cam*» con una flecha roja en un muñeco grande blanco, más parecido a la momia que otra cosa y otro más pequeño, dónde para disipar cualquier duda, por supuesto pone «*Yo*» en azul eléctrico.

—Me ha costado un montón hacer la escayola, pero ha quedado bien. ¿A que sí? —afirma feliz con su boca mellada y los ojos totalmente abiertos

—Anda, ve a llevárselo —animo con una sonrisa.

En cuanto sube y entra en el dormitorio, se empieza a escuchar la risa de Cam ante las ocurrencias del niño que tanto me recuerda a la loca de Helen; debe ser la edad.

—¿Cómo estás? ¿Tienes molestias? —pregunta Amy.

—La verdad es que no. Si no lo supiera estaría tan tranquila.

—Mejor. Ya lo notarás.

—Sí, mejor. No sé, cómo no noto nada es menos real y con el accidente no me ha dado tiempo ni de pensar.

—Tranquila. En unas semanas pensarás en ello todos los días.

—¿Mami puedo ir yo también a ver al tío? —pregunta Mary.

—Sí, cariño, pero antes deja a los perros en el jardín y dile a Connor que en cinco minutos tenéis que bajar.

—Vale —afirma yendo adonde su madre le ha dicho.

—Se te da muy bien Amy. Me gusta tu faceta de madre.

Mi voz con admiración.

—A ti también se te dará bien. Al final todas tenemos un instinto natural para ir guiándolos.

—Espero. Si me pongo a pensarlo me asusto un poco, aún tengo tiempo para mentalizarme.

—Sí, pero todo llega y cuando menos lo esperes lo tienes aquí. ¿Tienes que volver a Nueva York?

—La casa no la he cerrado, aunque Anna lo puede hacer y la ropa y las cosas que me quería traer como ya estaban embaladas, ella me las puede enviar. Así que si no vuelvo por ahora no pasa nada. Además, vamos a montar una oficina por aquí, pero más adelante si me gustaría ir, cuando Cam se ponga bien.

—Bueno, si Anna te puede echar una mano con las cosas allí, al menos, estarás más tranquila.

—La verdad es que sí. Es una suerte contar con su ayuda.

—Me alegro que por fin estés aquí. De verdad Cate, me alegro muchísimo —comenta con los ojos muy brillantes de emoción.

—Yo también me alegro Amy, sois los mejores amigos de Cam y es un placer poder ser también tú amiga.

Cubro mi mano con la suya con un apretón emocionado.

Más tarde, los Taylor se van después que Amy subiera a saludar a mi paciente, con quien me quedo más dos cachorros alocados que no paran ni un momento.

Los llamo para que Cam los vea un momento. *Alioth* viene inmediatamente, pero su hermano se dedica a ir olisqueando todo lo que encuentra a su paso.

A continuación entramos en el dormitorio donde Cam está aburrido

viendo algo en el portátil.

—Holaaaa.

Saluda sorprendido al ver a los perros.

—Cuidado, loco —regaño a *Mad* al subirlo al regazo de su amo donde se queda muy quieto.

—¿Cómo va todo por abajo? —pregunta, mirándome sin dejar de acariciar al perro.

—Bien, no te preocupes. Me llevo a *Alioth*. ¿Te quedas con él? Tengo que ir a preparar algo de comer.

—Claro. Ven amor —pide sonriendo.

—Vaya que contento te has puesto con tu amiguito.

Finjo ironía, acercándome.

—Me pongo más contento cuando te veo a ti —dice besándome con suavidad.

—Por cierto, luego te tengo que poner crema en el ojo. ¿Duele? —pregunto preocupada viéndole la hinchazón.

—Es incómodo, pero no me duele mucho. Lo peor es la pierna y el hombro.

—Descansa cariño. Si este se porta mal, dímelo.

Me despido con un beso en los labios y me llevo la bandeja con la perrita pisándome los talones, antes de dejarlo con *Mad* acurrucado, tranquilo,

recibiendo las caricias que parece solo le permite a su amo. A mí en cuanto me ve solo hace que pegar saltos, no se queda quieto ni un segundo al contrario que su hermana.

El viernes hace ya cuatro días que llegamos del hospital. El ojo lo tiene mejor, la pierna y el brazo le siguen molestando, pero lo que peor lleva es su problemilla. Está muy preocupado ya que cuando estoy cerca su cuerpo no reacciona como siempre. No podemos probar nada, no me fio que sea capaz de estarse quieto, así que la tortura del aseo diario para él se ha convertido en el peor momento de la mañana, su malhumor me hace gracia y eso lo pone peor.

Todas las comidas las hacemos juntos, en la cama, donde pasamos unos momentos muy agradables hablando sobre qué vamos a comprar para el bebe o cómo vamos a organizar la boda, incluso, hemos bromeado ante la posibilidad que tenga ir con bastón a ella. Lo que ha hecho que pasemos un rato muy entretenido.

—Cam voy a coger el todoterreno para ir al pueblo. Tengo que comprar algunas cosas. Te dejo al trasto —anuncio entrando al dormitorio con *Mad*.

—Vale. ¿Vas a tardar? —pregunta.

Me acerco a él risueña y le doy un beso rápido en los labios.

—No mucho. Solo voy al super. ¿Necesitas algo en particular?

—Sí, pero puedo esperar a que vuelvas —contesta con una mirada seductora.

—Eres un caso. Portaos bien.

Con el paso de los días me he hecho con una rutina bastante organizada: preparar las comidas, su aseo, sacar a los perros, también limpiar la casa, si bien en eso, estoy teniendo ayuda de una sobrina de Grace que antes venía una vez por semana para ayudar a Cam y desde que llegamos está viniendo todos los días varias horas, por lo que me quita ese trabajo a mí. Cosa que agradezco porque no tengo ni un minuto libre, pero no se lo pienso decir, bastante tiene con su recuperación y por ahora lo estoy llevando bien.

Por las noches intento dormir sin moverme mucho, aunque no sé si lo consigo, está claro que no soy consciente. Por otro lado, a él los analgésicos lo dejan atontado y el agotamiento sumado al sueño provocado por el embarazo, hacen lo propio conmigo, por lo que ambos estamos descansando.

Después de comprar y organizar la despensa subo y me cambio de ropa para preparar su aseo.

—Cariño, vamos. He traído las cosas —anuncio enseñándole la toalla húmeda en agua templada y jabón.

Me acerco a él con una sonrisa que se va agrandando al ver como su

mirada recorre mi cuerpo, pero en un segundo pierde el interés.

—Si no hay más remedio.

Su voz apática.

—Venga no seas quejica.

Me he puesto una camiseta y unos shorts blancos para levantarle un poco la moral, aunque estoy empezando a creer que lo estoy subestimando.

Me siento en el borde y despacio voy desprendiendo sus bóxers hasta dejar su pene libre, frustrado gira la cabeza para mirar perdido el jardín.

Poco a poco voy recorriendo su cuerpo con mimo y parsimonia, despacio bajando por la pierna izquierda.

Al acabar, me acomodo mejor en la cama y suavemente le echo crema en el ojo. Le acaricio las cejas hasta que relaja el ceño y siento su mano en mi vientre.

—Más —pide con voz grave delante de mis pechos.

Me retiro mirando sus pupilas dilatadas en preciosos esmeraldas, con una sonrisa prometedora. Levanto los brazos y me quito la camiseta dándole un plano perfecto.

—¿Te gusta lo que ves? —incito con voz suave.

—Mucho. Acércate —comenta excitado, lo hago para sentir su lengua en mi pezón.

—Parece que estás mejor —afirmo.

Deslizo mi mano hasta su entrepierna.

—Mucho mejor.

Su voz susurrando.

—Me alegro. —Besándolo con mimo—. Si sigues así mañana o pasado ya podrás levantarte tú solo con la muleta.

Su expresión relajada al ver como su cuerpo ha recobrado su actividad con el deseo empezando a tomar el control de sus actos.

—Vale, pero ahora quiero otra cosa —afirma con voz ronca acariciando mi pecho con la mano izquierda.

—¿Sí? Pide.

—Esta y esta.

Besando con reverencia mis senos.

Un rato después de haber estado desafiando las leyes del movimiento, estamos sentados en la cama. Mi mano trazando círculos en su pecho con mi cabeza reposando suavemente en su parte ilesea.

—Después voy a llamar a Pet para que venga mañana.

—¿Estás seguro? Quizás sea mejor esperar unos días más.

—No. Me encuentro mejor, de verdad cariño, pero prefiero que esté él aquí por si me caigo, tú no podrías levantarme.

—Bueno no estés tan seguro —afirmo—. ¿Crees que *Mad* se molestará si de vez en cuando tiene que salir de aquí? —pregunto irónica mirando al

perro dormido, tan angelical.

Desde que llegamos se ha acostumbrado a dormir a sus pies y aún cuando estamos juntos en la cama por las noches, aparece sigiloso colocándose en su sitio favorito.

—No seas mala. Mira que tranquilo está —comenta observándolo con una sonrisa.

—Sí, pero *Alioth* no está aquí todo el día y él es un pesado contigo.

—¿Tienes celos? ¿Por qué me prefiere a mí?

Me mira con la expresión más seductora que puede mostrar sin ocultar el placer ante su conclusión.

—No digas chorradas. Además ella me prefiere a mí —afirmo—. Bueno, te dejo con él. Voy a preparar la comida, a ver cómo me sale hoy.

Me levanto para ir a la cocina con la intención de seguir desarrollando mi nueva faceta y a pesar de que no es muy elaborada, estoy intentando hacer lo mejor posible.

—Cariño. ¿Cómo estás? —pregunta, antes de coger mi mano—. ¿Estás bien? Pareces cansada.

—Sí. No te preocupes —afirmo calmada ante su percepción.

Me inclino sobre la cama depositando un tierno beso en sus labios.

—Cate. Te quiero.

—Yo más.

El día siguiente después de preparar el desayuno, regreso al dormitorio donde Cam aún sigue dormido. Entro seguida de los cachorros, a los que también he sacado un rato al jardín, con mi apetecible carga, ya que en un alarde de confianza he preparado unos crepes.

—Cariño —llamo a mi magullado durmiente.

Se mueve saliendo de su estado onírico hasta que despacio va abriendo los ojos.

—Hola —saluda con voz baja.

—Hola, amor. ¿Cómo te encuentras hoy? —pregunto acariciando su mejilla.

—Mejor. ¿Y tú?

—Bien. El ojo tiene mejor aspecto. Ya vas pareciendo tú —afirmo contenta.

Sonrío ante la curación ya que está volviendo a la normalidad. Todavía lo tiene con hematomas, pero están cambiando hacia un tono amarillo, dándole mejor aspecto.

—Qué bien huele. ¿Qué has hecho? —pregunta inhalando el dulce aroma que desprende la bandeja.

Se la acerco para que vea mi obra ante su sorprendida mirada.

—¿Con qué lo quieres? ¿Dulce o salado? —pregunto satisfecha por su

reacción.

—Me da igual, de lo que tú quieras.

Preparo dos dulces con mermelada de frambuesa más dos salados con crema de cheddar y nos sirvo dos tazas de café. Con buen humor desayunamos tranquilos en un día importante para su recuperación.

Unos minutos después al salir del baño recién duchada, con un vestido estampado muy veraniego y una chaqueta de hilo roja, lo encuentro sentado en la cama.

—¿Cómo lo llevas? —pregunto ante sus intentos de colocarse la muleta en el brazo izquierdo.

—Regular —admite frustrado—. Flores —afirma contento al ver mi ropa.

Me aproximo a él con una camiseta gris y unas bermudas vaqueras.

—Vamos a ponerte esto. Si viene Peter y bajas es mejor que estés medio vestido.

—Me gusta estar así.

Me analiza minuciosamente intentando comprender por qué se tiene que vestir ante la visita de su amigo.

—Lo sé, pero no me mires así. Ahora mando yo. Así que te vistes —advierdo delante de él con la ropa en mi mano.

—A sus órdenes —acata con burla.

Con menos dificultad que las veces anteriores, consigo que se vista.

De repente, suena el timbre.

—Voy a abrir. Quédate quieto.

En un momento al bajar me encuentro con Peter, luciendo vestimenta de rugby de algún equipo escolar.

—Hola, Pet, gracias por venir.

Dándole dos besos.

—Hola, Cate, ¿Cómo está?

—Mejor. Hoy te quiere aquí para sentirse más seguro.

—A mi me pasó lo mismo hace unos años el primer día que cogí la muleta.

Nos dirigimos arriba donde un Cam sonriente da la bienvenida con un gesto a su amigo.

—Hola, compañero. ¿Cómo vas? Veo que vuelves a tener dos ojos — saluda alegre Peter.

—Hola. Gracias por venir. Anda ayúdame a levantarme. Ponme derecho y yo cojo la muleta e intento mantenerme. ¿Vale?

—Es mejor que cuando estés de pie tanteees si eres capaz de mantenerte, si no, con la muleta en la izquierda no vas a controlar.

—Bueno, como sea. Venga, ayúdame.

Su voz impaciente.

Peter se sitúa delante y con suavidad tira del torso de Cam hasta que poco a poco puede deslizar la pierna vendada y casi erguirse del todo. El gesto de dolor en su cara, la lentitud de sus movimientos y las quejas involuntarias de su voz hace que Peter y yo estemos a menos de diez centímetros de él.

—Si no os apartáis, no puedo respirar —protesta airado.

Nos desplazamos unos centímetros suficientes, para que pueda dar un corto aunque significativo paso para todos. Con la mandíbula tensa por el esfuerzo va llegando hasta la puerta.

—¿Os vais a quedar ahí? —pregunta con su mirada azul más orgullosa.

—Espera, me pongo delante —pido convencida ante la posibilidad que se caiga por la escalera.

—Pet, ¿puedes decirle a la loca de tu amiga que se quite de en medio?

Mirándome, negando con la cabeza y una sonrisa triunfal.

—¿Y si te caes? —pregunto molesta.

—Prefiero caer solo que contigo debajo —dice con suficiencia pasando por mi lado.

Con mucho cuidado y esfuerzo consigue bajar toda la escalera y sentarse en uno de los sillones del salón.

—Cariño. Enhorabuena—exclamo muy contenta.

Me inclino en el sofá para besar a mi exhausto paciente y Peter al advertir que la experiencia ha ido bien se dirige directo hacia la puerta.

—Chicos os dejo, tengo partido con Connor. Cam no te confíes en la escalera. —advierte antes de irse.

—Ven —pide tendiéndome la mano para sentarme en su regazo—. Nunca os voy a poner en riesgo a ti o al bebe. ¿Entendido?

Asiento con la cabeza perdiéndome en la fuerza de su mirada y su dedo recorriendo mis labios en una sensual caricia.

Le doy un beso rápido y lo dejo tranquilo con el portátil en el salón.

Me voy a pasear con los perros por los alrededores de la casa. Al salir por la carretera, tomamos un camino de tierra que lleva a una finca que hay un poco apartada.

Los animales van jugando y no dejo de pensar que no voy a volver a mi casa y que todo lo que pretendía hacer con calma, de repente se ha precipitado, aunque por otro lado aquí me siento feliz ante el futuro que tenemos.

Descubrir nuevos senderos, donde dejar que mi mente divague, mientras mis compañeros se distraen, es un buen ejercicio de relajación para mi cansada cabeza.

La soledad del campo no tiene nada que ver, con las prisas que he

visto en los últimos años al ir a mi trabajo todos los días. Me gusta sentirme sola en algún sitio en concreto, pero no sé, si no echaré de menos el poder hacer ciertas cosas a las que también estoy acostumbrada y me gustan mucho, como ir al cine, poder elegir entre varios restaurantes para ir a cenar; por ni contar el salir a tomar una copa.

La posibilidad de elección se me va a reducir drásticamente.

La imagen que tengo delante, de unas pocas ovejas a su aire, es imposible encontrarlas en la vida que voy a dejar atrás. Mierda.

—*Alioth, Mad.* ¡Aquí!.

Los perros están muy excitados corriendo entre ellas. El problema es que hay un macho con la cabeza totalmente fija en mí y me da miedo moverme. Está avanzando lentamente acortando la distancia que nos separa, no es más de veinte metros; además, los cuernos que exhibe no me están ayudando a decidirme.

Alioth me hace caso y viene en un momento, pero el pesado de su hermano por ahora prefiere solo acatar las órdenes de su dueño: el escocés ausente.

—¡*Mad!* ¡Aquí!.

Como no venga se va a enterar, lo va a sacar de paseo el escocés inválido.

—¡*Mad!* ¡Vamos! ¡Aquí! ¡YA! —grito nerviosa.

El carnero se está hartando del perro y con una agilidad increíble le da una patada que lo deja agazapado y dolorido, la diferencia de tamaño es considerable.

Me lanzo a la carrera viendo que como no se levante se va a llevar otro golpe.

—¡Aquí! —grito corriendo hacia él con *Alioth* a mi lado.

Lanzo una piedra cerca de donde están las ovejas consiguiendo que se inmuten e inicien la marcha, con lo que su macho se aleja de mi dolorido cachorro, que aunque sea un *loco* le tengo mucho cariño.

Cuando el animal nota mi mano en su pata delantera gime de dolor. No entiendo nada de huesos, solo lo poco que he visto en los de Cam, pero creo que la tiene rota.

—Pobrecito. Shhhh, no pasa nada.

Lo cojo entre mis brazos procurando no lastimarlo más y acompañada de su hermana, inicio el regreso a casa. No nos hemos alejado más de un kilómetro.

Antes de llegar a la mitad del trayecto no puedo tirar de mi dolorida carga, no pesa mucho, pero los ocho o diez kilos los tiene seguro.

Su hermana va un paso delante, muy nerviosa, parándose constantemente para vigilar como voy.

—*Alioth*. Busca a Cam. ¡Ahora! —grito angustiada ante los metros que

me quedan.

Como una campeona yéndole la vida en ello, la veo alejarse hacia la casa.

A los pocos minutos de entrar, sale con Cam apoyado en la muleta. Al verme con el perro acurrucado en brazos, intenta acercarse lo más rápido que puede.

—¿Qué ha pasado?!

Mi expresión de preocupación y el agotamiento de mi cuerpo hacen que su cara se vuelva angustiada en un momento.

—Creo que tiene una pata rota —digo respirando entrecortadamente.

—¿Por qué no se mueve? —pregunta nervioso al aproximarse.

—No lo sé, está bien, debe de estar agotado —explico dejándolo sobre el césped.

El perro cuando escucha la voz de Cam gira la cabeza buscándolo. Su dueño intenta comprobar si tiene la pata rota.

—Cógelo cariño ¿Estás bien? —pregunta preocupado ante mi fatiga.

Asiento en un gesto cansado y una vez que vemos donde tiene la fractura lo metemos en la casa.

Un rato después el veterinario le pone un vendaje, una inyección y nos da unas pastillas para el dolor por si notamos que se queja mucho.

Desde luego el animal no puede tener más feeling con su dueño. Ahora

tengo dos pacientes casi en las mismas circunstancias.

Cuando volvemos a la normalidad, un poco más tranquila de lo acostumbrado últimamente, sin el paciente número dos dando carreras de un lado a otro, nos sentamos en el sofá del salón con unos refrescos.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Cam.

—Había unas ovejas en el camino de la finca y el macho se ha hartado de él, dándole una patada. Deberías enseñarle a que también me obedezca a mí. La perra ha venido en un momento, pero él ha pasado.

—Tenías que haberlo llamado cuando has visto las primeras ovejas — explica entendido.

—¿Para qué? No me hace ni caso. Por mucho que le diga... Ni caso. Para que luego digan de las ciudades, en todo el tiempo que he vivido en Nueva York o Baltimore nunca me había pasado nada, rodeada de miles de personas y aquí que no hay absolutamente nadie, nos ataca un carnero loco.

—Es lo que tiene el campo, con los animales te tienes que imponer, si no, no te van a responder.

—De nada. ¿En vez de preocuparte porque he venido un kilómetro cargando con él? ¿Me estás diciendo qué ha sido por mi culpa? —pregunto incómoda.

—No he dicho eso. Solo digo que lo tendrías que haber agarrado — comenta tranquilo.

—¿Agarrado? Tú no has visto al carnero —exclamo asombrada.

—Ya sería menos —admite condescendiente.

—No sé tú, pero yo no acostumbro a tratar con ovejas y carneros en mitad de la nada. Así que si no te importa, he terminado la conversación.

Me levanto pasando por su lado sin mirarlo yendo hacia nuestro dormitorio. Estoy bastante molesta con él, dice que tengo que imponerme. ¿Imponerme?

Con el malhumor que tengo decido darme una ducha para dejar que el agua limpie todo el sudor de la caminata y también borre el malestar ante la actitud de Cam.

El contacto del agua en mi piel es reparador, el placer que me da hace que me relaje automáticamente.

—Cate.

Abro los ojos para encontrarme su mirada de arrepentimiento atravesando mi cuerpo desnudo, se dirige con paso lento acompañado de la muleta hasta el banco que hay junto al lavabo, donde se deja caer cansado.

—¿Te vas a quedar ahí mirando?

Mi voz con ironía.

—¿Puedo?

El tono bajo de su pregunta y su expresión agotada hacen que deponga la actitud molesta.

—Haz lo que quieras.

—¿Sigues enfadada? —pregunta triste.

—No.

—¿Estás bien? No mientas.

—Perfectamente.

Alzo la mirada desafiando a la suya para darme la vuelta y seguir con mi ducha, por lo que cierro los ojos e intento olvidar al espectacular hombre sentado observándome. Con calma deslizo mis brazos bajando por mis piernas, dándole un plano sugerente de mi trasero, espero que esté excitado porque ahora va a sufrir.

Me vuelvo hacia él, viendo el deseo brillar en sus ojos al enjabonarme los pechos. Desliza la mano hacia su entrepierna aliviando la tensión que debe tener.

—¿Has venido a masturbarte? —pregunto con voz suave.

—No —responde seguro con una mirada peligrosa.

Enarcando una ceja y miro directamente al objeto de sus caricias, esbozo una sonrisa.

—Lo que tú digas.

Sigo indiferente al sonido de la cremallera de sus pantalones cuando la baja e introduce su mano liberando la erección que tiene desde que se ha dedicado contemplarme. Mis manos repasan todas las partes de mi piel, varias

veces, hasta que noto que está en su propio mundo mojado.

—Cate. Por favor —ruega su voz ronca.

Lo miro y cojo despacio la toalla. Seco mi cuerpo saliendo lentamente para situarme delante de él.

—Ven —invita con su mano tocando mi vientre.

Me siento con cuidado sobre sus piernas sintiendo el poder que me da cuando está así.

—Cariño. ¿Quieres vivir aquí? —pregunta traspasándome con sus ojos, rodeando mi cintura con sus brazos.

—Sí.

En cuanto nuestros labios entran en contacto la presión de su miembro en mis nalgas se hace insistente por lo que me giro pasando mi pierna encima de su cadera y en un momento, me llena con su cuerpo pulsando dentro del mío, arrastrándonos hacia remolinos de aguas revueltas que quieren llegar a playas serenas.

Capítulo 17

Edimburgo, Escocia

Domingo 20/6/2010

Dos semanas después del accidente, mi paciente ha progresado bastante, lo que está haciendo que su estado de ánimo a veces un poco frustrado esté mejorando cada día. La seguridad en sus pasos y la movilidad del brazo, están siguiendo el curso que el médico nos había dicho y mañana en la revisión, dónde le harán las pruebas necesarias para evaluar realmente la recuperación de los huesos, nos dirán cuando debe empezar la rehabilitación.

Hemos pensado que aunque podríamos contratar a un fisioterapeuta, vamos a pasar el periodo de la rehabilitación en el piso de Edimburgo. Tendremos más facilidad para ir y venir del hospital a la vez que puedo ir viendo algunas oficinas. La idea que tenemos para la sucursal es encontrar algo céntrico, no muy grande, para unas cinco o seis personas en principio.

También tengo que contactar con nuestros dos clientes Europeos más importantes, para comunicarles la intención de STG de montar sucursal en Escocia. Desde Portree he concertado varias reuniones para la semana que viene, aprovecharé los ratos en los que Cameron esté en el hospital para ir adelantado todo lo que tengo retrasado, que es mucho.

Llegamos a casa de Peter y Amy. Se van a quedar con los perros hasta que volvamos, para felicidad de Connor que lleva varios días planeando todo lo que tiene previsto hacer con ellos.

Por ahora, su amo ha conseguido que cumplan órdenes básicas muy simples como, venir o sentarse, máximo un minuto. La fractura de *Mad* al ser muy joven se ha curado muy rápido y aunque cojea un poco va siguiendo el ritmo bastante bien.

El pequeño rubio, vistiendo unos vaqueros y un polo de rayas de colorines con unas botas de montaña, nos recibe expectante ante su nueva misión.

—Hola, Connor.

Saludo al bajar del coche.

—Hola, Cate. ¿Puedo cogerlos ya? —pregunta nervioso.

—Claro. Espera te abro.

Yendo hacia la parte trasera del coche.

—Hola, Con.

Saluda su tío, cogiendo la muleta para salir del coche.

—¿Qué haces? —pregunto al verlo—. No te bajes, nos vamos ya.

—Tío Cam. ¿Cuántas veces les pongo de comer al día? —pregunta Connor jugueteando con los perros.

—Una y tienes que tener cuidado con *Mad*, que no corra —explica

saliendo sin ayuda.

—¿Aún te duele? —pregunta el niño acercándose a darle un beso.

—No, pero molesta no poder hacer las cosas por ti mismo. ¿Y tu padre?

—Dentro. Está hablando por teléfono. ¿Lo llamo?

—No. Cariño, voy dentro a hablar con Pet —informa yendo seguro hacia el interior de la casa.

—Ve despacio, Cam, recuérdale lo de mis cajas —Dirigiéndome a Conn—. ¿Y mamá y Mary?

—Han ido a misa. Papi y yo no vamos —explica alegre.

No parece que le afecte mucho perderse la misa dominical cuando tiene entre manos el cuidado de dos cachorros.

—¿No te gusta ir a misa?

—No mucho. Es aburrido. Mary como ha hecho la comunión tiene que ir. Yo aún no.

—Es verdad. ¿Bueno estás contento con el encargo que tienes? —pregunto echándole el flequillo hacia atrás.

—Sí. Ya verás, cuando volváis vais a alucinar con todo lo que habrán aprendido. Le he prometido al tío que voy a enseñarles órdenes nuevas. Lo vamos a pasar genial —cuenta emocionado ante su reto.

—Seguro cariño.

Dándole un beso en la carita.

—Hola, Cate. ¿Cómo estás?

La voz jovial de Peter saliendo de la casa delante de Cam. Como siempre sin defraudarme con su estilo casual y despreocupado, con sus vaqueros rotos y su camiseta de AC/DC, que imagino antes era negra, hoy lucen las letras blancas entre sombras grises.

—Bien, Pet, gracias por quedaros con ellos.

Los perros lo saludan con familiaridad.

—No es molestia, Connor está como loco organizándolo todo.

—Ya veo. Te vas a tener que plantear regalarle un perro —comento risueña.

—Shhhh. Calla. Él no lo sabe, pero pronto le vamos a dar una sorpresa

—anuncia Cam sin que el niño se entere.

—Vale. No digo nada. ¿Habéis hablado ya?

—Sí, está todo bajo control. Vete y haz las cosas bien —asegura Peter.

—De acuerdo, ya sabes para cualquier cosa estamos en Edimburgo.

Se despide Cam con una palmada en el hombro a su amigo.

—Hasta luego —hablo abriendo el coche.

Una vez que Cam ha subido y tenemos a mano todo lo que necesitamos para el trayecto, estamos preparados para irnos.

—¿Listo? —pregunto esbozando una sonrisa.

—Sí. ¿Estás bien?

—Perfecta.

Apoyando mi mano sobre su pierna vendada.

Salimos de casa de Peter para dirigirnos a la única gasolinera existente antes de coger la A87 en la que estaremos las próximas horas.

—Cariño voy a por agua. ¿Necesitas algo?—ofrezco saliendo del coche.

—No. Trae lo que quieras.

Entro en la tienda y antes de situarme en la caja de pago selecciono varios artículos más: unas patatas, chicles y un par de refrescos.

Para mi sorpresa Jim O'Brian está atendiendo en ella a un cliente, no tenía idea de que trabajaba aquí ahora y por supuesto, mi paciente o no lo sabe, o no ha considerado importante decírmelo. Está más mayor, aunque su pelo pelirrojo y su cara amable es la misma que conocí.

—Hola, "C".

Lo saludo alegre cuando llega mi turno.

—¡Vaya! Miss América. ¿Cómo estás? —halaga con simpatía.

—Muy bien. No sabía que trabajabas aquí.

—No lo hago, pero a veces vengo a echarle una mano a mi suegro. Ya sabes, necesitan dar libre a alguien en fin de semana y me toca venir. Había oído que estabas por aquí. ¿Cómo está el tullido?

Su voz con guasa.

—Mejor. Vamos a Edimburgo a la revisión. Está en el coche.

—Te cobro y salgo a saludarlo.

Minutos después deja la caja a cargo de otra persona y sale conmigo hacia el coche donde Cam está entretenido con su móvil. Cuando ve a O'Brian se le ilumina la cara.

—McP ¿Con quién te has peleado? —pregunta bromista.

—Muy gracioso "C". ¿Cómo te va?

—Bien. ¿Tú vas mejor también?

—Sí, no me quejo. Tengo a la mejor enfermera —dice mirándome esbozando una sonrisa.

—Por cierto, ahora que Cate está aquí podríamos vernos en el pub algún día.

—No lo creo, tenemos otros planes —afirma seguro ante la cara burlona de su amigo.

—Me imagino cuáles son tus planes con ella —comenta con ironía.

—Caballeros, no quiero interrumpir esta bonita charla, pero nos tenemos que ir —advierdo entrando en el coche.

—Ya has oído, nos vamos. Me alegro de verte.

Se despide Cam ofreciéndole la mano izquierda.

—Lo mismo digo. Un placer verte Cate.

Responde al saludo de su amigo haciendo amago de darle un toque en el hombro herido.

—Hasta luego, dale recuerdos de mi parte a tu hermano.

Tras salir de la gasolinera, Cameron se entretiene en conectar su teléfono al vehículo y en un momento la música potente de Muse con *Resistance*, a todo volumen, inunda el interior.

—Bájalo un poco. Si no, no me concentro —pido ante la mirada burlona de mi copiloto anterior piloto de rallyes.

—A mí me ayuda a conducir.

—Pues me alegro por ti, pero no eres el mejor consejero en cuanto a conducción.

—Cariño, no fue culpa mía. De hecho, era una mujer la del otro coche.

—¿Estás intentando decirme algo? —pregunto con voz irónica entre labios fruncidos.

—¿Yo? Nada —responde haciéndose el inocente.

—¿Recuerdas... ,la vez que alquilé el coche para ir a Edimburgo?, el fin de semana que coincidimos en el *Espionage*.

—Sí. Me acuerdo —afirma con una mirada cariñosa.

—Iba tan concentrada y tan asustada por los coches que venían de frente, que cuando llegué no tenía ni idea de cómo lo había hecho. Mis amigos

se echaron unas risas a mi costa. Empezaron a preguntarme por dónde había venido y no fui capaz de decir ni una sola carretera. Lo ignoraba por completo, en serio fue algo muy raro —cuento con cierta melancolía.

—Sería porque ibas pensando en mí.

—Claro. Sería eso —apunto dándole una palmadita en la pierna.

—Yo de ese fin de semana lo recuerdo todo. En cuanto entramos en el club, Peter te vio y me dijo “Ahí la tienes”.

—¿Le habías hablado de mi? —pregunto gratamente sorprendida.

—No hizo falta. Es un tío muy listo para ciertas cosas. Desde que te alquilé la casa de mi abuelo empezó a darme la paliza, hasta que en Londres me sacó una confesión a base de whisky.

—¿Qué le dijiste?

—Exactamente no me acuerdo.

Su voz intentando sonar indiferente.

—Vamos McPheal, sé valiente. ¿Qué le dijiste?

—Le dije. —Inspira hondo—. Que me tendría que ir del astillero hasta que acabásemos los barcos, porque cada vez que te veía me ponía histérico.

Me mira un poco avergonzado y al momento me guiña el ojo muy feliz.

—¿Pero? Si nos veíamos muy poco en el trabajo —razono incrédula.

—¿Me lo cuentas? —pregunta con sarcasmo.

—¿Me evitabas?

Esbozando una sonrisa pícaro abriendo los ojos.

—Todo lo que podía —reconoce con sinceridad.

—Pero si al principio fuiste un poco gilipollas.

—Yo no soy gilipollas —niega indignado.

—No, no lo eres, aunque fue la primera impresión que me diste.

—¿Y la segunda?

Su voz profunda en mi oído.

—Que estabas muy bien —reconozco mirándolo sonriente.

—¿Estaba?

Me mira divertido arqueando una ceja.

—Ahora ya no estás bien. —Observo feliz sus mares sonrientes—.

Ahora eres soberbio.

Esboza una sonrisa triunfal y me da un beso en la mejilla.

—Tú con veinticinco eras la mujer más guapa que había visto nunca.

Hoy eres la mujer más bella que conozco —afirma con su voz seductora en mi oído.

—Contrólate. No me despistes —adviento seria.

El rumbo de su boca en mi oído no es bueno para mi sentido de atención.

Entre conversaciones relajadas y buena música llegamos a nuestro piso

en *Princes St.* la tarde del domingo, donde aparco el coche en el garaje del edificio.

Al ver la plaza vacía del otro, recuerdo que nos llamaron del concesionario para decirnos que dentro de una semana estará listo.

Esta casa tiene todos los muebles necesarios para vivir, pero debido al poco uso que le ha dado, todo está nuevo y da la impresión de estar en un piso alquilado.

La despensa de la cocina vacía nos indica que mañana tenemos que hacer la compra. Al rato, disfrutamos de unas pizzas sentados en el sofá del salón.

—¿A qué hora tienes la cita el martes? —pregunta Cam.

—A las diez y media. Depende de lo que te diga el médico. Le dije al chico de la inmobiliaria que el lunes confirmaría la hora.

—Si no puedes organizarlo, cojo un taxi cuando termine, así no tienes que andar corriendo de un lado a otro.

—No. Nada de ir solo en taxi. Ya lo hablé con él y no hay ningún problema por confirmarlo mañana.

—Bueno, pero si no puedes...

—Cam, déjalo. No vas a ir solo en taxi. No insistas. —Bebo un poco de agua—. Por cierto, me gustaría encontrar aquí una ginecóloga. Me tengo que hacer el seguimiento mensual y no conozco a ninguna.

—Si quieres le podemos pedir a mi médico que nos recomiende alguna.

—Sí sería buena idea, quiero que el mismo médico me lleve desde el principio, no quiero tener que cambiar en mitad del embarazo.

—Yo también lo prefiero.

—Bastante incordio es ya tener que empezar de cero con otro médico, sin que te conozca o tú lo conozcas a él o ella, sola. Ufff cambiemos de tema me estoy agobiando.

—¿Sola? En esto —Toca cariñoso mi abdomen. Añade serio—. Estamos juntos y en esto —Besa mi anillo de compromiso—: Tú y yo, Cate. Juntos.

Fulminándome con sus ojos antes de besarme en los labios.

Un par de horas después, nos acostamos tras algunos rituales que tenemos desde el accidente. Como el del cambio de ropa de Cam, aun siendo prendas finas y de fácil colocación, para él es complicado con la parte derecha de su cuerpo con muy poca movilidad.

Me tengo que armar con toda la sangre fría que poseo para que algo rutinario no se convierta en un encuentro sexual, donde mi paciente está poniendo en práctica todas las técnicas estáticas con las que su mente pervertida le obsequia durante todo el tiempo libre que está teniendo últimamente.

Puntualmente a las nueve de la mañana del lunes tras un desayuno casero y un recorrido breve en taxi, llegamos al Western Hospital donde nos espera en su consulta el doctor McDougall.

—Buenos día, señor McPheal. Parece que ha mejorado bastante.

—Buenos días, doctor —dice Cam.

—Buenos días.

Mi voz con una sonrisa amable, después de ayudar a Cam.

—Señora. —Asiente cordial—. Bueno, lo primero que vamos a hacerle son varias radiografías para comprobar cómo están soldando los huesos y un análisis de sangre, por la coagulación de trombos. Si los resultados son correctos iniciaremos la rehabilitación. Primero veremos cómo está el fémur y si es necesario extraerle el clavo.

—Si se lo dejan. ¿Podría ocasionarle molestias más adelante? —pregunto preocupada.

—No. Normalmente en adultos si no es necesario no lo extraemos.

—¿Cómo lleva el brazo?

—Mejor. Lo nuevo como me dijo y noto que ya no duele tanto. Es más molestia que otra cosa.

—Sé que es incómodo, y también necesario. Si la radiografía es normal mandaré que le apliquen otro tipo de inmovilización que le permitirá

mayor comodidad.

Dos horas más tarde a Cam le han realizado todas las pruebas que el médico había prescrito y regresamos a la consulta para conocer el estado actual de las fracturas.

El doctor McDougall, ya está estudiando las placas cuando nos sentamos a esperar que termine su examen visual de las mismas.

—Bueno, vayamos por partes. En cuanto al fémur la cirugía ha hecho su efecto y el clavo está sujetando bien la fractura que ya está soldada a falta de mayor fijación ósea. Con lo que ya podemos empezar la rehabilitación. Según los resultados del análisis de sangre no será necesario seguir con los anticoagulantes. En cuanto al húmero va un poco más lento, no está mal, está dentro de la normalidad, aunque necesita mínimo una semana más para solidificar bien, así que el cabestrillo por ahora se queda. Mañana deberá empezar la rehabilitación siguiendo las indicaciones del fisioterapeuta. Cuando salgan, la enfermera les explicará dónde está la consulta. Le he hecho algunas indicaciones que tendrá que entregarle directamente a él. ¿Alguna pregunta?

—No. Todo claro —afirma Cam seguro.

—Gracias por todo doctor.

Hablo sincera.

—De nada. Nos vemos la semana que viene.

—Doctor. ¿Nos podría recomendar algún ginecólogo aquí en Edimburgo? —pregunta interesado Cam.

—Sí claro, conozco a varios muy competentes. El doctor Merkinst por ejemplo, tiene una consulta en el centro, también James Goldwess o Arthur Turping están muy cerca de aquí.

—¿Alguna mujer? —pregunto dudosa ante la mirada sorprendida de Cam.

—Le recomendaría a la doctora Stella Carter, pídale el número a la enfermera.

—Muchas gracias —asiento contenta.

Nos despedimos amablemente procediendo a realizar los trámites para empezar mañana con la rehabilitación.

La enfermera me ha pasado una tarjeta con los datos de la doctora Carter, a quien tengo intención de llamar la semana que viene, según vaya viendo como le van a Cameron las sesiones de fisioterapia. En un principio lo normal será empezar con sesiones cortas, pero queda a decisión del encargado de realizarlas.

Tiene cita para empezar a las diez de la mañana, por lo que intentaré coordinar con la inmobiliaria la visita a las oficinas durante el tiempo que él esté en su sesión.

Tras una comida tranquila con mucho humor por parte de mi paciente que al verse libre de la venda cree que ya está recuperado, lo dejo solo, hablando por teléfono con Connor sobre adiestramiento canino y salgo a realizar la necesaria compra para poder comer alimentos que no sean envasados o a domicilio. Ayer cenamos pizza, hoy hemos comido mejicano y no creo que aguante otra nacionalidad para esta noche.

De regreso lo encuentro en el sofá mirando el portátil distraído que cierra antes de aproximarme a él.

—Hola, cielo. ¿Qué haces? —pregunto despreocupada.

—Aburrirme. ¿Has podido con todo?

—Sí. He traído lo mínimo, el resto lo traerán antes de las seis.

—Ven —pide tendiéndome la mano sonriente.

—Hola.

Saludo con un beso en los labios.

—Hola. Te he echado de menos —cuenta en voz baja juguetón sujetando mi cintura con su brazo.

—Lo que te pasa es que no sabes qué hacer. ¿No puedes adelantar algo de trabajo?

—Sí, pero no tengo ganas. ¿Has llamado a la doctora?

—Aún no. La semana que viene.

—¿Por qué no querías que fuese un hombre? —pregunta mirándome curioso.

—No lo sé, de siempre he tenido ginecóloga, supongo que estoy acostumbrada. Prefiero hablar con una mujer que con un hombre.

—Eso suena un poco sexista, señorita del país de la libertad —razona con una sonrisa.

—Lo sé, pero a estas alturas prefiero seguir con una mujer. Lo siento.

Hago un gesto de indiferencia porque aunque no tengo nada en contra de determinadas especialidades médicas realizadas por hombres, no me apetece cambiar, parezca lo que parezca.

—No lo sientas. Es normal que quieras buscar alguien con quien estés cómoda.

—¿Cómo contigo? —pregunto acariciando su nariz y tocando suavemente su rostro sin afeitado.

—Tú no me buscaste. Yo te encontré —afirma su voz suficiente.

—¿Cómo qué me encontraste?

—Con ayuda, pero te encontré. —Sonriendo a mi expresión sorprendida—. Anna y Jack más Peter.

—¿De qué hablas?

Sin poder evitar la sorpresa.

—Londres. Tus amigos, los míos. Todos con una misión, *Hispania*.

—Vaya. —Hago una pausa atando cabos—. Por eso Jack insistía en que teníamos que hablar —asiento despacio.

Recuerdo ciertos comportamientos extraños en mis amigos a los cuales en su momento no di importancia. Ahora me entero que estaban conspirando para que nos volviésemos a encontrar.

—No tendré días suficientes en esta vida para agradecerse —declara acariciando mi mejilla emocionado.

—La verdad es que sí. Gracias por encontrarme.

—A ti por alegrarme la vida —añade dándome un beso en la mano.

Al día siguiente después de un desayuno muy tranquilo, Cam por primera vez desde el accidente se ha podido duchar solo, algo que le ha reconfortado bastante; estaba muy cansado. Incluso se ha afeitado la barba de dos o tres días que estaba empezando a creer que pretendía dejarse.

Con un poco de ayuda por mi parte se ha puesto una camisa azul y un pantalón de algodón beige muy fino, con unos mocasines de ante muy cómodos en marrón oscuro.

Sale del dormitorio a buscar algo y cuando regresa me acerco a él ante sus pasos aún un poco inseguros.

—¿Estás bien? Usa la muleta por favor.

—Sí. ¿No te vistes? —pregunta con curiosidad.

Estoy en albornoz intentando elegir qué ponerme, tengo que decidir entre un vestido sin mangas negro abotonado delante con un cinturón de la misma tela o una falda vaquera con una camisa de rayitas celestes y blancas.

—Estoy decidiendo. ¿Qué opinas?

—El negro. Me gusta cómo te queda.

—Vale. Tú estás muy guapo. Te queda muy bien el azul.

—Te espero en el salón. No tardes.

Coge la muleta ante mi mirada de advertencia y sale a paso lento de la habitación.

Saco del armario unos zapatos de tacón negros, con varias tiras delante muy bonitas y un bolso de piel grande con asas que me regaló Jack, en varios colores y texturas diferentes, antes de salir para reunirme con Cam.

—Cariño estás guapísima. Después vamos a ir a un restaurante que te va a encantar.

—Vale. Te veo de muy buen humor.

—No lo sabes bien. Tengo unas ganas de soltar esto —habla señalando su apoyo.

En su primer día de rehabilitación dejo al paciente en las buenas manos de un fisioterapeuta con experiencia en este tipo de fracturas y me dirijo a la salida del hospital para reunirme con un agente inmobiliario que

tiene unas oficinas que enseñarme en el centro. En un principio iba a ver tres, pero, debido a algunos problemas con su agenda y mi escaso margen horario, solo veremos dos.

En el ascensor hacia la planta baja, coincido con varias personas que como yo, tienen que organizar su tiempo para multiplicarse ante circunstancias accidentales como es mi caso o en otras peores, situaciones irreversibles.

Cuando salgo tengo que atravesar la zona de cuidados paliativos y casi sin poder evitarlo, intento adivinar las enfermedades que han traído a esas personas hasta esta fase. Casi todos los pacientes son adultos y ancianos, reflejando en sus caras y sus cuerpos el sufrimiento ante una enfermedad terminal.

—¿Cate Shaw? —pregunta un hombre que nunca he olvidado.

Miro en dirección a la voz, para encontrarme con la imagen demacrada e irreconocible de David McAllister, sentado entre otros, que como él esperan el turno de su sesión.

Creo que nunca lo hubiera reconocido. La piel amarilla sin brillo de su cara en unas facciones consumidas, inexpresivas, me indican que su estado de salud es bastante delicado. Debe pesar cincuenta kilos en huesos envueltos en piel arrugada.

Aún así el timbre de su voz no ha cambiado y ha enviado una descarga de ira a mi cerebro que trato de controlar ante el espectro que tengo delante.

—¿Eres tú? —habla intentando sonreír.

—Sí, soy yo —afirmo con mi voz seca y seria.

—¿Cuánto tiempo? ¿Cómo te ha ido?

—¿Qué? ¿Pretendes una charla trivial entre nosotros? ¿Antes o después de pretender colocarme un delito? —pregunto con voz furiosa.

—Cate. Por favor. Hace muchos años que tendría que haberlo hecho, pero no lo hice. Necesito que me perdones por el daño que te causé. Solo quiero que sepas que no fue mi intención implicarte. Las cosas se complicaron y fui un cobarde para pararlo cuando pude. Lo siento mucho.

—Ahora ya no me importa tu disculpa, llega muy tarde. Siento que estés enfermo y que quizás necesites expiar tu culpa, pero a mí ya no me vale.

—Te entiendo. ¿Podemos hablar un momento? —pide con ojos suplicantes.

Su cuerpo enjuto y la poca salud que parece quedarle hacen que, aunque haya acumulado rencor suficiente contra este hombre moribundo como para intentar asesinarlo sin pestañear, mi lado compasivo tome el control de mis actos.

Saco el móvil del bolso, mirándolo y llamo al agente para cancelar la cita, pasándola a mañana.

David respira aliviado al ver mi reacción tranquila ante su petición y a continuación nos sentamos en un banco múltiple, un poco alejado del trasiego

de pacientes, donde podemos tener más privacidad.

—Gracias. Sé que abuso de ti, y agradezco que me des unos minutos.

—No me lo agradezcas. Es compasión —adviento incómoda.

—Quería explicarte mi versión de lo que pasó. Debes creerme cuando te digo que no fue en un principio mi intención implicarte o que te vieras envuelta en nada. En esa época yo estaba colado por Lisa Collum, me utilizó para intentar acercarse a McPheal. Me convenció para ir sacando el software que íbamos diseñando para vendérselo a su hermano. Después, él lo distribuiría. Cuando al final vi su juego me negué, pero fue tarde, te querían fuera. Ella fue quien te arregló la reunión con Harry, fue solo una trampa para hacerte las fotos.

—David por lo que sé, ya habías robado documentos informáticos antes.

—Eso fue una estupidez en la universidad.

—Pero tú fuiste a la cárcel y ellos no.

—Porque ellos me echaron todo el muerto a mí. Ellos tenían dinero Cate, yo no. Fui a la cárcel y entré en un mundo que me hundió, a partir de ahí no levanté cabeza, después caí enfermo, creo que he pagado de sobras.

—David veo que no estás bien y no quiero ser borde, pero creo que ante algunas cosas en la vida, uno sabe lo que está haciendo. No justifico tus actos o los de nadie porque te incitaran a hacer algo. Lo hiciste tú, porque así

lo decidiste. Yo fui vuestro daño colateral al que no os importó joder. Lo siento, pero lo veo así.

—Siento todo el daño que te he causado de verdad. No me queda mucho y quería advertir a McPheal y a Taylor sobre los Collum, en cuanto puedan harán lo que sea para vengarse, si los ves por favor díselo de mi parte.

—David ya no me preocupan los Collum, llevan diez años desaparecidos. No sé nada de McPheal o Peter. Realmente no quiero volver a saber nada que me recuerde esos meses, pero gracias por la advertencia.

—Nunca se sabe Cate, con gente de esa naturaleza, nunca se sabe. Ten cuidado.

—Lo mismo te digo a ti.

—Gracias por hablar conmigo. —dice con expresión serena.

—Adiós. David. —digo levantándome.

Me dirijo con paso decidido hacia el ascensor para ir a la planta donde Cam me espera en unos minutos.

Al llegar, me siento cerca del mostrador de enfermeras, y hundo la cara entre mis manos. Llora con desconsuelo descargando toda la adrenalina que me estaba corriendo por las venas desde hacía un buen rato.

Dios, acabo de hablar con David, le he dicho que no sé nada de Cam, no sé cómo he podido decirlo automáticamente, ha sido una reacción instintiva de protección.

Creo que por el estado en el que está o todos los años que han pasado, o que para mí ahora las consecuencias han cambiado, pero la furia al oírlo por primera vez se ha ido convirtiendo en pena, en una especie de misericordia ante una persona joven que sabe que en futuro cercano va a morir. He pensado en mi hijo, en su padre, en mí misma, en la amenaza de Harry y Lisa, he intentado ir sopesando en una milésima las posibles consecuencias de alguna acción por su parte y aunque sé que es imposible o poco probable, solo he querido protegerlos.

—Señora ¿Se encuentra bien? —pregunta una enfermera.

—Sí —respondo con voz calmada en mi cara llena de lágrimas.

Cam viene por el pasillo aproximándose despacio apoyado en la muleta, sus ojos expectantes con el rostro desenchajado.

—¿Cate? ¿Qué pasa?

—¿La conoce? —pregunta la enfermera al acercarse.

—Sí. Gracias por ocuparse de ella.

—No se preocupe, solo la he visto llorando y me he acercado a ver que le pasaba. Hasta luego —explica volviendo al mostrador.

Me levanto mirando los ojos preocupados del padre de mi hijo.

—Cariño ¿Qué pasa? Me estas asustando —asegura su voz profunda.

Lo miro y en silencio me abrazo a su cintura para volver a llorar a la vez que me estrecha fuerte entre sus brazos, olvidando la muleta que cae al

suelo.

—Te quiero mucho —afirmo con la mejilla apoyada en su pecho.

Alzo la vista a su expresión temerosa, mientras traza círculos tranquilizantes en mi espalda.

—Y yo, amor. ¿Qué ha pasado? —pregunta, observando mis lágrimas.

—Me he encontrado a McAllister —cuento, intentando no llorar más.

—¿Cómo?! ¿Dónde? —exclama furioso.

—Aquí, en paliativos. Se está muriendo —digo con voz baja y triste.

—¿Habéis hablado?

—Sí. Un poco. Me ha contado su versión, pero sobre todo, quería que lo perdonase.

—Capullo. No sé cómo ha tenido el valor —apunta enfadado.

—Me ha dicho que los Collum os la tienen jurada a ti y a Peter. Que si os veía os advirtiera, le he dicho que no teníamos contacto y que ya no me interesaba el tema.

—Bien dicho. —Dándome un beso en los labios—. Que hagan lo que quieran, al primer intento acabaremos con ellos.

—Tened cuidado, por favor Cam —ruego mirándolo con ojos imploradores.

—No te preocupes. No van a hacer nada. ¿Estás mejor?

Limpiando mis lágrimas.

—Sí, vayámonos a casa.

Recojo la muleta y nos alejamos con mi brazo rodeando su cintura. El suyo lo apoya sobre mi hombro, andando despacio llegamos a esperar el ascensor.

—¿Cómo te ha ido? ¿Estás cansado?

—Un poco, no me ha dejado durante una hora. He subido más peso con la pierna que nunca —explica sin ganas.

—¿Pero te ha visto bien?

—Sí, dice que dentro de una semana me dará una tabla de ejercicios para que los haga por mi cuenta.

—¿Solo una semana con él? Creía que mínimo serían dos o tres.

Con voz sorprendida mirándolo a los ojos.

—Con él una semana, después si quiero puedo buscarme a alguien y hacerlos en casa.

—Cariño. ¿Tantas ganas tienes de irte a casa? ¿No sería mejor seguir con él hasta que el médico lo aconseje?

—Por favor Cate, prefiero estar en casa —ruega triste.

—Esta es también tu casa.

—No. Aquí vivo. Nuestra casa está en Portree. Vayámonos amor.

Se inclina y me besa la frente.

—Solo si prometes hacer todo lo que puedas por volver a estar bien.

De verdad.

Lo observo inclinando un poco la cabeza con una mirada de advertencia, para que realmente haga todo lo que le indiquen. Sin prisas.

—Lo prometo si me haces un masaje en la pierna cuando lleguemos. La tengo muerta.

—¿Vestida? —pregunto sonriendo con ironía.

Se abren las puertas del ascensor y entramos camuflándonos entre las personas que como nosotros finalizan su visita al hospital, terminando así una intensa mañana, al menos para nosotros.

Más tarde comemos en un restaurante italiano cerca de casa dónde evitamos repetir nada relacionado con amenazas o el pasado. Nuestra mejor conversación se centra en las pequeñas reformas que queremos hacer en el cuarto del bebé.

Nos sirven unos canelones para mí y una lasaña para Cam, muy buenos, entre pequeños platos de algunas variedades de quesos y embutidos.

Cam está muy interesado en que todo se compre ecológico, por lo que se va a encargar él entretanto empieza a ir al astillero.

Supongo que iré algunos ratos para ir viendo cómo van con el trabajo, pero no tengo muchas ganas de implicarme en este proyecto. Entre la sucursal de Edimburgo, la boda, la recuperación y el embarazo creo que voy a tener

suficiente como para dejar que esta vez se ocupen Anna y Julian solos.

—¿Cameron? —pregunta una voz femenina.

Ambos levantamos la mirada ante la atractiva pelirroja que espera paciente a que el aludido reaccione. En cuanto lo hace se levanta. Ella le dedica una sonrisa muy sugerente, la cual me hace mirarlos en busca de signos que me indiquen si tengo que estar alerta o no.

—Hola, Alice. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

Después de darle un beso en la mejilla.

—¿Cómo van las cosas en el despacho? —pregunta Cam interesado.

—Liados. ¿Sabes algo más?

—No. Peter te tiene que llamar.

—Muy bien. Te dejo, veo que estás bien acompañado.

—Disculpa. Cate, ella es Alice Lavin, su despacho nos lleva la asesoría legal.

Me levanto y estrecho la mano que amablemente me tiende, observando que es un poco mayor que yo, aunque, con su elegante vestido estampado y una imagen muy cuidada, aparenta unos años menos.

—Encantada.

—Lo mismo digo, Cate. Es un placer ponerte cara.

—¿Ponerme cara?

Con un gesto de intriga.

—Disculpa era una broma, es que he oído hablar de ti.

No sé si está hablando de que ahora ha escuchado hablar de mí o en el pasado, tampoco sé si su despacho fue el encargado de la demanda contra McAllister y los Collum.

—¿Trabajáis juntos desde hace mucho tiempo? —pregunto con curiosidad.

—Sí—responde Alice, creo que entiendo la conclusión a la que quiero llegar.

—Bueno Alice, lo dicho. En cuanto sepamos algo más, Peter se pone en contacto con vosotros —interrumpe serio Cam.

—Sí. Encantada. Hasta luego.

—Hasta luego.

En cuanto la mujer desaparece reanudamos nuestra comida, sin embargo, se ha instaurado un incómodo silencio entre nosotros.

—¿Qué te pasa?

Su voz sacándome de mi interior. Me observa preocupado.

—Nada. Solo pensaba.

—Un penique por tus pensamientos.

Sonrío ante su desafío, y me hace recordar mi época de estudiante, donde siempre andábamos con esa broma cuando alguno de nosotros se

encerraba en su mundo.

—Pensaba, si el despacho de Alice llevó el tema de la demanda.

—Sí. Ellos nos defendieron.

Asiente con lentitud, mirándome fijamente.

—¿Qué pensaste cuando supiste la verdad?

Sin evitar la tristeza en mi voz.

Deja el cubierto en el plato y pasa un momento intentando encontrar las palabras para expresarse.

—Cuando me enteré que David era quien estaba vendiendo el software, sinceramente, no me sorprendió. Supongo que nunca te creí capaz de esa traición.

—No obstante, me acusaste sin temblar, muy convencido.

Intento que no hable el resentimiento, en cambio, la amargura y la pena han quedado patentes en mi voz.

Hoy no está siendo un buen día para mis atormentados recuerdos, a pesar que desde hace algunos meses decidí olvidarme de ellos, es imposible que el dolor no haga acto de presencia al tratar un tema que nos ha marcado a ambos y que evitamos para centrarnos en nuestro futuro.

—Lo siento —afirma abatido, hace una pausa sin apartar sus ojos de los míos—. Cuando Lisa vino a mi despacho me contó que habías ido a Londres a ver a su hermano para venderle el programa, no la creí. Luego

empezó a enseñarme fotos tuyas con Harry en una comida, en un viaje que supuestamente habías hecho con Anna. Yo no sabía nada, solo que me habías mentido y que estabas con él. Empezó a decirme que no había sido la primera vez y que te había espiado porque creía que se la querías jugar a su hermano, luego las fotos con John me dieron la puntillita para estallar.

—¿Por qué cuando Peter habló contigo no me llamaste?

—Supuse que estarías furiosa, me dijiste que me arrepentiría y que no te buscara. Pensé que te tenía que dar un poco de tiempo hasta que en el juicio todo se aclarase. Esos días creía que me habías sido infiel con John, mi orgullo herido no me dejó actuar. Después con el tiempo supuse que me habrías olvidado, y que era tarde para explicaciones. Lo siento amor, hemos perdido mucho tiempo y solo quiero recuperarlo. Olvidar todo lo malo y seguir adelante contigo y con nuestro futuro.

Con suavidad coge mi mano entre las tuyas rogando en silencio para que de una vez dejemos el maldito pasado atrás.

—Yo... —Las lágrimas empañan mis ojos, pero continúo—. Lo pasé muy mal. Me dolió mucho que me acusaras de deslealtad y más que pensaras que te engañé con John. Las fotos nos las hizo el día de la fiesta de la entrega de los barcos. Cuando salimos de tu despacho. ¿Te acuerdas? —asiente con una leve sonrisa. Añado—: Fui al baño y escuché una conversación de Lisa por teléfono con alguien. Solo recuerdo algo como “Se tiene que ir o se irá”,

no sabía con certeza que se refería a mí, pero creo que mi corazón lo intuía. Cada vez que estaba cerca mi cuerpo tenía todas las alertas disparadas.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No lo sé, la verdad. No te quería preocupar. Fui a la reunión con Harry porque me dijo que tenía una información muy interesante para mí sobre el software y que era mejor que tú aún no lo supieras. Me hizo creer que era Peter quien lo estaba copiando. Te prometo que tenía intención de hablar contigo, pero primero lo hice con Pet, era a quien directamente estaba acusando, bueno a él o a mí. Como tenía claro que yo no era, solo quedaba él.

—Lo sé, me lo intentó decir cuando te fuiste, aunque no tenía en ese momento muchas ganas de creerlo. Estaba totalmente fuera de mí. Las mismas alarmas que tenías tú con Lisa me saltaban a mí con John. ¿Cómo consiguió estar contigo a solas? —pregunta muy serio.

—Cuando salí del baño, me cogió del brazo y me llevó a un sitio apartado.

Cam con toda la tensión acumulada en su mandíbula, temiendo lo que cree que voy a decirle ha cerrado los ojos esperando que continúe mi narración.

—Me pidió una oportunidad para que estuviésemos juntos, bueno, para qué alargarlo; le dije que te amaba y que por favor me dejara. Intentó besarme, pero se lo pensó mejor. En la foto que te enseñaron parecía otra cosa, solo me

sujetaba la cara porque iba a besarme, aunque no lo hizo.

—¿Intentó forzarte? No me mientas.

Habla muy bajo, fulminándome con la mirada.

—No.

Negando lentamente con la cabeza, mientras acaricio su mano.

—¿Lo has vuelto a ver?

—Un par de veces, en Nueva York.

Su cara seria e inexpresiva ante el nombre de una persona que cuando era más joven lo hacía sentir inseguro y todavía hoy lo incomoda.

—¿Me tienes que decir algo más? —pregunta un poco enfadado.

—¿Algo más con John? ¿Estás hablando de eso?

—Sí —responde su voz firme y rotunda.

—No. Nunca ha pasado nada entre nosotros. Nos encontramos en dos salones náuticos y nos hicimos fotos con él. Nada más. No sé si me crees o no, pero incluso en los años que hemos estado separados nunca nadie te ha hecho sombra —explico con tristeza.

—Por favor, Cate, no quiero que hablemos más de esto. Aquí terminamos, solo nos hace daño y te juro mi amor que no quiero recordar más.

Su expresión apenada ante mis llorosos ojos me destrozan.

Con elegancia besa mi mano dando por finalizado el episodio más amargo que vivimos juntos.

—Una cosa más. ¿Tiene algo que ver lo que estáis tratando con Alice con lo que me ha dicho David?

—Más o menos. No quiero que pienses más en eso. Está controlado.

Cuando dice la palabrita mágica no puedo más que esbozar una leve sonrisa.

Después de pedir la cuenta salimos del restaurante al que hemos entrado sin saber que acabaríamos descubriendo más cosas sobre un tema que hemos tardado mucho tiempo en querer afrontar.

Llegamos a casa entrando a nuestro ritmo hasta el dormitorio, donde Cam se sienta en la cama agotado.

—Anda cariño, descansa un rato —comento.

Empiezo a cambiarme de ropa. Me desnudo para ponerme una camiseta blanca larga y me vuelvo, viendo como se quita con movimientos lentos los botones de la camisa.

—¿Te ayudo? —pregunto acercándome antes de que sujete mis nalgas.

—*Gràdh*, dame el masaje, me duele mucho —susurra rogando con la cabeza entre mis piernas.

—Vale, pero te tienes que estar quietecito —adviento al quitarle los zapatos y los pantalones—. Túmbate. Ahora vuelvo.

Me acerco al equipo y pongo *Bring me to life*, a un volumen bajo,

interpretada por una soprano galesa, Katherine Jenkins. En cuanto empieza a sonar envuelve la habitación con las bellas notas de la música. Del baño cojo un tarro de aceite aromático con el que vuelvo a la cama. Me siento en el borde y empiezo echándome un poco en las manos antes de ir extendiéndolo con movimientos suaves y firmes descendiendo por su muslo derecho.

—Ayyy —gime dolorido.

—Lo siento. ¿Te he hecho daño?

—No. Sigue —afirma con su voz ronca peligrosa.

Hago lo que me dice siguiendo mi recorrido pasando por la rodilla y los gemelos hasta el tobillo para volver a subir despacio otra vez.

—Para —ordena sorprendiéndome, agarrando mi brazo.

—¿Ya? —advierto extrañada.

—Elijo desnuda.

Con su sonrisa hambrienta.

Lo miro frunciendo los labios, y se dedica a su blanca guerra, aunque me acerco más y dejo que haga los honores.

—¿Me la quitas? —pregunto con los pezones marcados en la camiseta.

—Por supuesto.

Se pasa la punta de la lengua por el labio superior.

Con sus grandes manos en mi cintura subiendo la tela, estiro los brazos para ayudarle. Cuando me subo sobre él, mi estado de excitación está igualado

al suyo.

—No sabes cómo me pones —admite besando mis senos.

—Si es como tú me pones a mí, me lo imagino.

Mi paciente levanta la cabeza para besarme con toda la intensidad que puede mostrar sin mover mucho la cadera y el hombro. Noto la tensión en su postura y me separo.

—Cam, como te pases y te hagas daño, me voy a enfadar —adviento a su sonrisa seductora.

—Tú encima a tu ritmo, yo solo te voy a seguir —habla susurrando en mi cuello.

—A mi ritmo...

—Si cariño a tu ritmo...

Marco una cadencia muy lenta para empezar a hacer el amor, sintiendo que todas sus sacudidas han erosionado mis defensas hasta que totalmente rotas caen inundadas del azul más infinito del mar. Mirándome, gritando mi nombre, sabiendo que por fin el agua ha reclamado lo que siempre ha sido suyo.

En los momentos de mayor unión siento que todo ha merecido la pena, solo por estar así cómo ahora, amándonos. Meciéndonos entre suaves olas que besan y acarician blancas playas pacientes en el tiempo.

Capítulo 18

Edimburgo, Escocia

Lunes 28/6/2010

Tal como nos había informado el doctor McDougall, con la rehabilitación diaria de la pierna y el brazo, Cam ha ido mejorando durante esta semana a un ritmo muy bueno. Según su fisioterapeuta, es un paciente entregado con una misión, salir de Edimburgo lo antes posible y para ello el esfuerzo desmesurado que está haciendo. Cada día va levantando más peso con la pierna y junto a los ejercicios hacen que tenga muy buena movilidad.

Desde que empezó la semana pasada, no solo hace la sesión correspondiente en el hospital, sino que cuando llegamos a casa, por las tardes va intercalando tablas hasta caer agotado. Lo veo tumbado en la cama haciendo series con una banda elástica, apoyando el talón para ir flexionando la rodilla hacia adelante, hasta que el dolor hace que tenga que parar y tengamos que alternar en la zona de la fractura, una bolsa fría con otra caliente a intervalos para bajar la inflamación.

Aún lleva la muleta para no cargar mucho los músculos de la pierna, aunque probablemente hoy se la quiten.

Los ejercicios que hace para el brazo y el hombro son más ligeros,

pero tiene que dedicarle también su tiempo.

Con muy buen ánimo y la esperanza del alta definitiva, volvemos a la consulta del médico después de que al paciente le hayan realizado otras dos radiografías.

—Buenos días, pasen. Tomen asiento —invita el hombre serio y profesional.

—Buenos días —respondemos sentándonos frente a él.

—Me alegra verlos. Tengo que decir que me han sorprendido muy gratamente los resultados de las radiografías, veo que se ha tomado muy en serio la rehabilitación.

—No lo dude, doctor —apunto sonriendo.

—Ya lo veo. La sanación del fémur está casi completada, con el fortalecimiento de los músculos, en dos semanas podremos darle el alta definitiva. He hablado con su fisioterapeuta y no vemos nada, por lo que no pueda seguir con la rehabilitación en su domicilio, como nos pidió.

—Muchas gracias, doctor. ¿Sigo con la muleta?

—Hable con él y haga lo que le diga. Dentro de dos semanas vuelva y daremos este proceso por terminado —anuncia esbozando una sonrisa reconfortante.

—Descuide. Nos vemos en dos semanas —digo devolviéndole la sonrisa.

El fisioterapeuta nos dice que continúe con la muleta una semana más, así la pierna sufre menos, también nos entrega unos informes para que se los mostremos a la persona que al principio se encargue de la rehabilitación en Portree.

Cuando salimos hacia casa hacemos planes para volver a Skye el jueves. Tengo que asistir a dos citas para ver unas oficinas y también concerté la semana pasada una cita con la doctora Carter a la que tengo que acudir mañana por la tarde.

Pasamos la tarde como de costumbre cada uno dedicado a sus cosas, él sus ejercicios y yo mi análisis de negocio.

Por la noche salimos a cenar al *Old Chain*, en el paseo junto al puerto, el edificio blanco con tejado rojo nos recibe en el comedor con mirador, donde disfrutamos de una velada muy tranquila en un restaurante casi vacío con su selección habitual de marisco.

—Cariño mañana tenemos que ir a recoger el coche. Me han llamado del concesionario, está listo —anuncia Cam.

—Si quieres vamos por la mañana, recuerda que por la tarde tengo la visita con mi nueva ginecóloga.

—Sí. Vamos por la mañana y ya que se quede en el garaje hasta la próxima.

—¿No te da pena?

—No mucha. Tampoco lo cojo mucho. Estoy pensando venderlo.

—¿En serio? No me lo creo —comento sorprendida.

—Pues créelo. Si lo pienso, para dos veces que lo cojo, puedo prescindir de él. Además, tú necesitaras un coche y no creo lo quieras.

—¿Por qué no voy a quererlo? ¿Qué quieres decir? Me gusta —pregunto con asombro.

No se lo voy a reconocer abiertamente, pero tengo ganas de cogerlo.

—No sé, había pensado que ahora con el bebé querrías un monovolumen.

Realmente me está sorprendiendo, desprenderse de su orgullo plateado por un coche familiar era algo que no había pensado que llegaría a plantearse.

—Pues no pienses tanto. Déjame el Jaguar o el Mercedes y cómprate tú un monovolumen. ¿Por qué tengo que ir yo con él? A mí no me gustan esos coches. Los prefiero más deportivos, aunque entiendo que un dos plazas con el bebé no es práctico, así que elijo como opción el todoterreno. Lo siento cariño, el monovolumen para ti —anuncio sonriente muy satisfecha con mi elección.

—Pero el monovolumen sería nuevo.

Su voz intentando engatusarme.

—Pues mejor para ti. Olerá super bien. Te va a encantar.

—Estas disfrutando. ¿Verdad? —asume fingiendo enfado.

—Mucho. Has puesto una cara muy divertida cuando te has imaginado a ti mismo en ese coche. Gracias cariño. Me lo estoy pasando muy bien —comento pasando un dedo por sus labios.

—No te cortes. Ya me tocará el turno.

—Mira que te gusta apostar para perder —añado negando resignada.

—Cate, nunca pierdo. Siempre ganamos —afirma con un guiño seductor.

—Hablando de otra cosa, ¿Nos vamos a casar por la iglesia?

—Sí. ¿No? Había pensando en Parish es pequeña. No sé ¿Por qué? ¿Prefieres aquí en el ayuntamiento?

—No, la Iglesia está bien, solo que como tampoco somos muy practicantes me parece un poco hipócrita, pero si te hace ilusión.

—Cate, si lo prefieres pedimos fecha aquí. Yo lo único que quiero es que estemos juntos.

—No sé, es que no me veo entrando en una iglesia. Me impone un poco. Supongo que cuando eres más joven...

—Cariño ¿Qué te preocupa? ¿La Iglesia o algo más?

—El vestido. No me veo con un vestido de novia. Sé que parece absurdo, pero no me gustan.

—Cariño ponte lo que te apetezca, a mí no me a importar, vas a estar

preciosa con lo que sea. Así que deja de darle vueltas y fijemos una fecha.

—¿Mediados de agosto? Así Anna y Julian no tendrían problemas y supongo que Jack tampoco. Falta un mes y medio.

—¿Ponemos el quince? —pregunta contento.

—De acuerdo, algo sencillo. Una comida entre amigos. ¿Tienes que invitar a algún familiar?

—No. Con los primos de mis padres no tengo contacto y me apetece también algo íntimo y sencillo.

—¿Compromisos?

—Ninguno. Casi se me olvida antes me ha llamado Syd, está con Joan en Londres. A ellas sí se lo podríamos decir, hace tiempo que no las veo y sé que se alegrarán de verte.

—¿Habláis mucho? ¿Cómo les vas?

—No mucho, de vez en cuando. Hoy me ha llamado porque había hablado con Matt y él le ha contado lo del accidente. Viven en Londres desde hace varios años, se casaron en San Francisco.

—Vaya. Era algo que se sabía ¿No?

—Supongo. Peter y yo no fuimos, aunque Matt si estuvo y nos contó que fue una ceremonia muy emotiva. Según él, la mejor boda a la que había ido.

—Eso sería porque estaba llena de tías. Vaya, personaje.

—No digas eso, es muy majo. Además, es un gran profesional, junto con Peter es el que más años lleva en el astillero.

—No te lo discuto, pero ya tiene edad de sentar un poco la cabeza.

Es verdad que siempre me pareció un tipo muy agradable y divertido, aunque también era un peligro andante. No tenía medida, supongo que ahora estará más calmado, espero.

—Déjalo, así es feliz —afirma despreocupado.

—Lo que tú digas McP, pero mantente alejado de él —advierdo en broma usando el apodo que solo sus más íntimos amigos a veces utilizan para dirigirse a él.

Su risa alegre ante mi comentario celoso, unida a la tranquilidad ante la buena recuperación que está teniendo, hacen que pasemos una velada de lo más agradable, en una noche de Junio muy estrellada con una luna preciosa, sobre el puerto de Edimburgo, de donde ahora sabemos que pronto nos iremos.

El martes ha amanecido un poco lluvioso, como si el tiempo supiera que hoy precisamente me toca a mí sacar al orgullo de su dueño del taller.

Han hecho un trabajo estupendo y el gris metalizado de la puerta y la parte delantera se confunden perfectamente con el resto. Lo han pintado dos veces entero por lo que parece nuevo.

—Ve con cuidado —advierdo un poco tenso.

Coloco mi asiento y posiciono los espejos.

—Vale, pero me fastidia la lluvia. Avísame de los giros antes de llegar, no cuando los tenga encima. ¿De acuerdo?

—No te preocupes, es mucho más suave que el otro. En un momento te haces a él.

En cuanto enciendo el motor, solo el sonido ya me hace girar la cabeza para mirar a Cam sonriendo con un gesto de admiración.

Salimos del concesionario sin problemas y me incorporo al tráfico de manera un poco lenta, teniendo en cuenta lo que llevo entre las manos, pero segura.

—Vamos a la consulta de la doctora Carter, mira la dirección exacta —pido ante mi ignorancia sobre las calles que tengo que tomar.

Se entretiene metiendo los datos en el GPS y al momento una voz mecanizada femenina, empieza a ordenar el trayecto sin mayores complicaciones hacia la consulta de la ginecóloga.

—Cuidado con ese.

Me advierte de un coche que llevo controlando unos minutos.

—¿Ya vas a empezar? —pregunto cansada con mi voz irónica.

—No, pero ten cuidado con ese.

Lo miro con superioridad sin hacerle caso y de repente el otro vehículo invade mi carril con una maniobra un tanto irresponsable. Cuando me

quiero dar cuenta tengo que pisar el freno porque casi le doy por detrás.

—¡Joder! ¡Frena! —exclama Cam justo cuando estoy frenando.

Al detener el coche bruscamente nos desplazamos un poco, con la inercia del movimiento, sin consecuencias para nadie.

—No grites. Lo había visto.

—Pues si lo habías visto. ¿Para qué has frenado a fondo? Si mantuvieses la distancia no tendrías que haber frenado.

Su voz impertinente.

—¿Me vas a enseñar a conducir? Venga, vamos a dejarlo —admito inspirando y expirando por la nariz.

—Sí, vamos a dejarlo —concede su voz seria negando con la cabeza.

Entramos en el edificio tras haber aparcado, en un parking público cercano a la zona residencial donde la doctora Stella Carter tiene su consulta.

Más relajados que hace unos minutos, nos encaminamos despacio hacia el interior y esperamos dónde la enfermera nos indica. Sentados en una sala con colores cálidos y sofás oscuros, entre varias parejas en nuestra misma situación. De todas, soy a la única a quien no se le nota el embarazo. Para mi tranquilidad veo que hay una mujer más mayor, en torno a los cuarenta, esperando con una gestación, calculo de por lo menos seis meses.

Aunque sé que mi edad es normal para tener el primer hijo, siempre imaginé que sería madre antes, lo que no quita para que también crea que

ahora mismo tengo la madurez apropiada para tenerlo, algo que quizás unos años antes no era así.

—¿Catherine Shaw? La doctora la espera. Pueden pasar —invita la enferma.

Nos levantamos y al ritmo lento de la muleta de Cam entramos en el despacho de la doctora. Es una señora de unos sesenta años, delgada con aspecto seguro y un tanto orgulloso. Lleva el pelo corto de color plateado y una bata blanca que hacía tiempo no veía en una consulta privada.

—Encantada de conocerla, Catherine. Soy Stella Carter

Tendiéndome la mano con una sonrisa amable.

—Lo mismo digo doctora —respondo a su saludo.

—¿Y usted es?

—Cameron McPheal.

Con voz seria, se presenta extendiéndole también su mano.

—Bueno vamos a ver, he leído el historial que me ha enviado y según veo, no ha tenido usted ninguna enfermedad grave ni nada significativo en los últimos años. En su última visita a su especialista en Nueva York su embarazo era de cuatro semanas y no tenía molestias propias del primer trimestre. ¿Ha tenido algún cambio?

—No. Todo igual. No estoy teniendo ninguna molestia.

—Eso es estupendo para usted. El primer trimestre es bastante

incómodo para algunas mujeres. ¿Quiere que veamos cómo va?

—Sí, por favor.

—Desnúdese, cuando esté lista tumbese en la camilla. ¿Usted se queda? —pregunta a Cam.

—Sí. Me gustaría —afirma un poco nervioso.

—Es el padre —añado dirigiendo mi mirada a la doctora.

—Claro que puede quedarse. En unos minutos vuelvo —asegura esbozando una sonrisa.

Me desnudo bajo la atenta mirada de Cam, que está un poco tenso al verme tumbada en la camilla rodeada de aparatos electrónicos.

Cuando regresa la doctora, eficientemente ajusta los parámetros de la máquina y extendiéndome el gel frío por el abdomen, procede a hacerme una ecografía.

En cuanto el sonido distorsionado de los latidos del corazón suena, no puedo reprimir que una lágrima emocionada caiga por mi rostro. Cam está sujetando mi mano, observando el monitor como si quisiera entrar en él para verlo más claro, cuando ve mi lágrima traga emocionado con sus ojos húmedos conteniendo las suyas.

—¿Veis la cabeza y la columna? —pregunta la doctora indicando con su dedo.

—Sí. Es increíble —admito impresionada.

—Todo va bien, estoy midiéndolo y está dentro de la media. En la próxima visita os podré decir el sexo si queréis saberlo.

—A mí me da igual. Es perfecto, amor —comenta besándome la mano.

—A mí también. Solo quiero que esté bien.

—Eso es lo que quieren todos los padres —sentencia la doctora.

Salimos de la consulta y nos dirigimos hacia el coche, en el que en un momento volvemos a circular camino a casa.

—Cam. ¿De verdad no quieres saber el sexo del bebe?

—No. Así me parece más entretenido.

—¿Entretenido?, para ciertas cosas deberíamos saberlo.

—¿Cómo qué?

—Pues no sé, la ropa, los muebles, los colores.

—Pues no le compramos nada rosa, el resto de colores valen para todo. ¿No? Y por los muebles y los colores, si son neutros no le veo el problema —afirma convencido.

—¿En serio? ¿No lo vamos a saber?

—Si tú estás de acuerdo. No.

—Si te hace más ilusión enterarte el día del parto, no seré yo quien te quite la ilusión, pero yo podría saberlo. ¿No?

—Eso es trampa, cariño —advierte burlón tocando mi rodilla.

—Bueno, me lo pienso.

—Como siempre —admite fingiendo estar contrariado.

El día siguiente nos reunimos con el agente inmobiliario. Nos va a enseñar dos oficinas en un edificio muy céntrico cerca de la estación de autobuses.

Es un bloque antiguo, si bien, el interior está reformado. Un señor de unos cincuenta años con traje de chaqueta azul marino y cara simpática nos recibe en la puerta de la primera visita.

—Señorita Shaw. Buenos días. Soy Brian Sander.

Saluda estrechándome la mano.

El hombre incluye a Cam en su bienvenida de manera muy correcta y profesional.

—Cameron McPheal —habla con voz firme, estrechando su mano.

—¿Qué le parece? —pregunta Sander, mirándome con una sonrisa complacida.

La oficina no es muy grande y no creo que sea lo que queremos. Solo tiene dos ventanas y espacio para tres mesas, que son insuficientes para nuestra previsión.

—La verdad, es que no es lo que busco. Es demasiado pequeña.

—Bueno, pero está en el centro y cumple con sus otros requisitos, de todos modos no se preocupe, la otra seguro que le parece mejor.

En un momento entramos en otra sala parecida, aunque ligeramente más grande, junto a mí Cameron está muy callado observando sin dar muestras de interés.

—¿Qué te parece? —pregunto casi susurrando en su cuello.

—Luego hablamos —responde en el mismo tono. Añade—. Brian, disculpe ¿Cuánto es el precio de esta?

—Sin tasas, el precio mensual es de 1,500 libras.

—¿Cerca de 2,000 al mes, más o menos? —pregunta Cam.

—Sí, aparte la electricidad y el agua. Tiene calefacción central y el recibo mensual se divide entre todos los inquilinos. A los 2,000 deberían aumentarle 200 —explica el agente con amabilidad.

—Bueno creo que tenemos información para decidirnos, si encuentra algo más grande avísenos —pido un poco pasiva.

Nos despedimos de Sander y volvemos a casa envueltos en una extraña atmósfera de silencio, por mi parte debida a la desilusión de lo que he visto. Esperaba algo que nada más verlo me hiciera decidirme, pero no ha sido así. Las oficinas que nos ha enseñado son bastante mediocres con un precio muy elevado para el uso que en un principio le vamos a dar, sin embargo, me gustaría que tuvieran el espacio suficiente para que en un futuro, se pudieran ir incorporando puestos de trabajo sin tener que mudarnos.

Por la tarde, tras una cena ligera en casa, después de guardar casi todo lo que nos vamos a llevar de vuelta a Portree, nos relajamos en el salón viendo una película.

Desde que llegamos Cam tiene una actitud reflexiva y silenciosa que me está empezando a intrigar.

Solo con un pantalón corto negro y la pierna estirada está relajado en uno de los sofás. Antes de preparar la cena me cambié la ropa por un vestido de tirantes amarillo, con el que sigo sentada en uno de los sillones mirando la televisión sin verla.

—¿Por qué estás tan callado?

—Porque estoy pensando —Hace una pausa mirándome—, si sería posible que la oficina la montarais en el astillero —comenta con voz serena.

—¿Qué? ¿Dónde?

Con mi voz sorprendida.

—En la planta baja, junto a la cafetería hay una zona diáfana cinco veces más grande que esos cuchitriles que hemos visto. Poniendo unas mamparas separas el espacio, tendrías una luz increíble, pero sobre todo, evitarías venir aquí todas las semanas. Es una paliza, cariño y me sentiría mejor sabiendo que no tienes que conducir tan a menudo.

—No sé, pero si más adelante necesito gente, en Portree no sobran los ingenieros en software naval.

—¿Eso es un problema? Tú viniste de Estados Unidos a trabajar para mí. ¿Crees que no vendrían a trabajar para vosotros? Al pueblo le viene bien que de vez en cuando vaya viniendo gente nueva —razona tranquilo.

—No sé. ¿Tú y yo todos los días juntos? —dudo, esbozando una tímida sonrisa.

—No nos veríamos —afirma rotundo.

—¿Me vas a evitar otra vez? —pregunto con ironía

—Más.

Dirigiéndome una sonrisa malévola.

—Lo hablaré con Julian y Anna. A ver qué les parece.

—Perfecto —admite levantándose con ayuda de la muleta antes de extender la mano—. Vamos.

Llegamos a Portree por la tarde, entrando en casa después de recoger a los cachorros de las dulces manos de Connor, que esperaba que nuestra estancia le diera más tiempo para practicar nuevas órdenes con ellos. Debido a la prisa de su tío por volver no ha cumplido todas sus expectativas, aún así, se ha auto comprometido a venir a casa cuando pueda para ir enseñándoles cosas juntos.

La recuperación de *Mad* es un hecho por la manera de saludar a su más incondicional amigo. Los arrumacos de su dueño en su peluda cabecita hacen

que se mueva sin rastro de cojera, lo que me temo hará que vuelva a su personalidad traviesa e inquieta.

La sonrisa de mi amor al ver su casa me ha llegado dentro, no sabía que echaba tanto de menos estar en ella. Aunque durante estos años todo lo ha mantenido igual, a excepción de la bodega, es cierto que se siente habitada. Ahora por supuesto, eso se ha incrementado con los perros dentro, solo se oye su alboroto hasta que por la noche caen rendidos.

Peter ha estado aquí. Las tres cajas que Anna me ha enviado están en el salón con lo que mi regreso ya es real para mí.

Temprano, la mañana siguiente, noto que Cam no está en la cama a mi lado, pero lo localizo al asomarme por la ventana que da al jardín. Está muy concentrado; con un pantalón de deporte corto rojo y una camiseta blanca, haciendo ejercicios tumbado en el césped con la cinta elástica. Parece que se lo está tomando en serio, mientras, los perros juegan a su alrededor.

Nuestra casa está situada en las afueras del pueblo, en una zona un poco aislada con solo tres más cerca. Dos de las cuales están cerradas y solo se abren en verano cuando vienen sus propietarios. La otra estaba en venta, pero por el camión de mudanzas que hay en la puerta parece que ya la han comprado.

Dos hombres están transportando muebles al interior, y una pareja con

dos niñas, entran y salen llevando las cosas que sacan de un monovolumen, entre ellas varias bicicletas.

Estoy acabando de preparar el desayuno cuando aparece recién duchado en la cocina cojeando sin muleta, con su sombra detrás. La mía está fuera, parece más independiente y hasta eso me gusta de ella. No como el pesado de su hermano que no deja en paz a su amo para nada, donde Cam esté, *Mad* está detrás.

Se aproxima a mí muy alegre descalzo con sus bermudas de capitán y un polo de color celeste.

—¿Te he dicho alguna vez lo bien que te queda el azul? —pregunto con ironía.

Se ríe antes de estrecharme en sus brazos.

—No. Es la primera vez —afirma dándome un beso en los labios—. ¿Te he dicho lo bien que te sienta el negro?

Hago un gesto de negación con la cabeza sonriendo muy contenta.

—Pues te queda de escándalo. —A la vez que mete su mano bajo mi camiseta intentando ver mi ropa interior—Ummm. Cariño.

Me hace un guiño seductor y me aprieta las nalgas.

La verdad es que para estar por aquí no me complico con mi indumentaria y después de ducharme esta mañana me puse una camiseta un poco ceñida y un pantalón corto rojo con unas sandalias planas negras.

—Tenemos vecinos nuevos —comento al sentarme. Añado—. No le des nada.

Viendo como le ofrece una tostada al perro.

—Ves *Mad*, es ella. Yo te la quería dar. Lo siento compañero.

Dirigiéndose al perro que se ha quedado con las ganas.

—¿Los has visto? —pregunto curiosa.

—Solo el camión. ¿Tú sí?

—Son una pareja con dos niñas. Ya los conoceremos, más pronto que tarde, tampoco es que seamos muchos.

—¿No te gusta estar aquí?

Me mira serio.

—¿Por qué lo dices? —pregunto sorprendida.

—Porque a veces cuando hablas, me da la impresión de que no estás convencida. Como si te sintieras aislada.

—Pues te has equivocado. No me siento aislada y soy muy feliz —digo emocionada.

—Me alegro. ¿Qué pasa?

Preocupado al ver mis lágrimas.

—No lo sé. Llora por todo, deben ser las hormonas. Es como el sueño, siempre tengo sueño, a todas horas.

—Ven, siéntate conmigo.

Se retira un poco para sentarme en su regazo.

Me quita el pelo con ternura de la cara para besarme los labios con sus manos sujetando mi cintura.

—No me gusta verte llorar —susurra, conmigo acurrucada en su pecho.

—No me pasa nada, es solo que no puedo evitarlo.

—Pues no lo evites, pero en mis brazos. Así sabré que estás bien.

Besa mi pelo antes de hacerlo en la frente.

Cuando me relajo para seguir desayunando, terminamos de dar cuenta de lo que nos quedaba. Sin importarnos que todo hubiera perdido el calor que tenía antes de mi llantina absurda.

—¿Va a venir alguien para la rehabilitación o vas a seguir solo? —pregunto antes de beber un poco de café.

—Voy a seguir solo. Cariño voy bien. Te lo juro —admite, untando con mantequilla una tostada.

—Sé que vas bien, es solo que yo también me preocupo por ti.

—Lo sé —afirma, apretando mi mano clavándome sus ojos.

—Luego me voy a poner a sacar las cosas de las cajas.

—Tráelas aquí y así te ayudo —ofrece amable.

Un rato después, sentados en el sofá del salón, empezamos juntos a sacar los objetos personales que tenía en mi casa. Algunas cosas están

embaladas muy bien, otras no tanto.

—¿Qué es esto? —pregunta extrañado.

Levanta con su mano un objeto que tengo para dar masajes con muchas púas metálicas.

—Es para los dolores de cabeza.

Lo cojo y le hago una demostración de cómo se utiliza.

—¿Quieres probarlo? —ante su asentimiento empiezo a masajearlo sobre su cabello.

Aunque el aparato es raro, es muy efectivo y en un momento el curioso escocés ha cerrado los ojos totalmente relajado.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Me estás dejando grogui —afirma con una sonrisa feliz.

—Pues venga. Se acabó.

Dejando el instrumento pacificador en la mesa.

—¿Y esto?

Señala un álbum de fotos de mi empresa.

—Fotos de eventos a los que STG ha asistido, artículos de prensa, barcos de clientes...

—¿Puedo?

—Sí, claro, aunque como te vayas entreteniendo así con todo, no me vas a ayudar mucho.

Levanta la cara esbozando una sonrisa muy seductora, antes de empezar a ver la colección de imágenes donde mis socios y yo aparecemos en cenas con otros colegas, y con clientes. Voy percibiendo su aprobación hasta que la mirada orgullosa se torna melancólica y triste. Cierra el álbum con rapidez e intenta parecer indiferente, no sé si ha encontrado algo que no le ha gustado o solo se ha cansado de ver fotos de gente que no conoce y ha perdido el interés.

—¿Qué hay en la otra? —pregunta, señalando otra caja.

—No estoy segura o más trastos o ropa.

Se dispone a sacar mis objetos almacenados, cuando llaman al timbre. Nos miramos porque no esperamos a nadie antes de levantarme a abrir, para encontrarme a Peter con una expresión un tanto seria conociendo como es él.

—Hola.

Saludo dándole un beso en la mejilla.

—Hola —responde con su beso.

—¿Qué haces a estas horas aquí?

La voz sorprendida de Cam.

—Tengo que hablar contigo. Cate nos disculpas un momento —pide Peter incómodo.

El comportamiento reservado que está teniendo no me está inspirando mucha confianza, pero asiento y llamo a los perros.

—Me los llevo fuera un rato.

Salgo de la casa con los cachorros, y los dejo a ellos hablando en el salón. En el jardín aún hace frío, aunque es verano, no son las diez y el día está nublado. Al salir no he cogido ninguna chaqueta, así que espero no alarguen mucho su misteriosa charla.

Unos minutos después todavía no han acabado. Me acerco a la puerta para entrar, cuando me llega claramente la voz de Peter a través de una de las ventanales del salón que está abierto:

—*Relájate.* —comenta sosegado

—*Te lo juro cuando he visto la foto he estado a punto de saltar.*

—*¿Confías en Cate? Una vez la jodiste procura comportarte esta vez.*

—*Sé que no tengo derecho, pero al verlos juntos después... ¡joder!*

La voz frustrada de Cam.

—*Te lo voy a volver a repetir porque no te quieres enterar. ¿Tú confías en Cate? Es fácil sí o no.*

La voz de Cam no llega por lo que imagino está pensando la respuesta, lo que es muy esclarecedor para mí. Aun habiéndome dicho que confía en mí; parece que no es capaz de reconocerlo ante su amigo y creo que como no cambie, las dudas sobre si realmente hemos superado el pasado van a

reaparecer. Precisamente ahora que estoy asimilando que dentro de muy poco mí futuro va a estar aquí.

Entro en la casa pasando sin mirar al salón, dirigiéndome directamente al dormitorio donde entro a coger la chaqueta para regresar a la planta baja.

Cameron y Peter están callados. Sorprendidos, observando mis movimientos. Cojo mi bolso y me vuelvo esbozando una ligera sonrisa.

—Voy a salir. Me llevo el coche. Hasta luego.

Sin dar opciones a preguntas incómodas salgo, pero antes de llegar oigo la puerta de la casa abrirse.

—¡Cate! Espera —exclama acercándose muy despacio.

Me paro antes de montarme en el vehículo, mirándolo con expresión muy seria ya que estoy intentando controlar los músculos de mis labios, para no decirle lo que realmente pienso de su estúpida inseguridad.

Yo también he tenido que hacer frente a las mías y aquí estoy. Así que si vuelve a dudar por un momento de mí, lo dejo. Se acabó, prefiero su ausencia a su frustración.

—Voy a comprar. Habla tranquilo con Peter —digo intentando no parecer molesta.

—¿Qué pasa?

Lo miro con una sonrisa cínica, y niego con la cabeza según abro el coche, dejándolo observándome frunciendo el ceño.

Me dirijo al puerto viendo como los propios dueños reparan sus barcos. Estoy un rato contemplando cómo realizan las tareas de mantenimiento hasta que decido entrar al supermercado para perderme, en tres pasillos escasos, durante media hora, esperando que pase el tiempo para volver. No me apetece enfrentarme a otra conversación desagradable. Ni siquiera tengo el detalle de comprar algo.

Hay una parte de Portree que no he visto, de manera que hoy es un buen día para hacerlo. *Camas Ban*, una pequeña cala cerca de la bahía con un acceso andando un tanto difícil. En unos minutos llego, dejo el coche e inicio la caminata hasta la calita, el descenso no es complicado, además, como el día no es muy veraniego no hay nadie en el sendero.

Tumbada tranquila en la arena, dejo que una fina lluvia se confunda con mis lágrimas y me empape la tristeza que siento al saber que aún no tengo la confianza de la única persona que necesito.

No tengo muy claro cuánto tiempo paso junto al mar, desde hace muchos años no llevo reloj y como he salido muy rápido he olvidado el móvil.

—¡¡Cate!!

El grito agobiado de Peter desde el camino.

Me incorporo para encontrarlo bajando como un loco hasta la playa. Cuando se va aproximando y me ve de pie, frena la carrera y se acerca a paso

rápido.

—¿Estás bien? —pregunta jadeando.

—¿Qué pasa?

Empezando a preocuparme.

—¿Tú estás bien?

Sujetando mis brazos muy nervioso.

—Sí. ¿Ha pasado algo?

—No, estábamos preocupados por ti.

—Estoy bien. Quería estar sola un rato.

Lo miro sabiendo que no tiene la culpa de mi desasosiego, pero no puedo evitar mi malestar ante la injusticia de la mente de Cam, que es como si me clavaran puñales en el corazón.

—¿Quieres hablar? —pregunta, mirándome con cariño.

—¿De qué? ¿De confianza? Te he oído preguntarle al cabezón de tu amigo.

—Siento que a veces...

—No lo defiendas, Pet. No lo defiendas, por favor. —Interrumpe mi voz—. Ha tenido mucho tiempo para aprender de sus errores. ¿Qué más puedo hacer? Me voy a casar con él, vamos a tener un hijo, me traslado aquí, le he perdonado la humillación que me hizo vivir. ¿Qué más puedo hacer? Así que por favor no lo defiendas.

Mi voz ahogándose en mis tristes lágrimas.

—Cate, no iba a defenderlo. Él confía en ti, se lo he preguntado, en serio, pero el sentido protector que tiene contigo no lo ha tenido nunca con nadie, no sé qué coño pasa por su cabeza. Me ha dicho que ha visto una foto tuya con el kiwi y que se lo han llevado los demonios, pero que ha intentado controlarse.

—Sí. Se ha controlado, aún así, me he dado cuenta. Sin embargo, ¿sabes qué es lo peor?, que hace pocos días tuvimos una conversación después de ver a Alice Lavin sobre algunas cosas y salió el nombre de John, le dije que lo había visto un par de veces. Me preguntó si había pasado algo entre nosotros y le dije la verdad. Pet nunca jamás he tenido nada con él. Suponía que me había creído, pero no, hoy se encuentra una estúpida foto de algo relacionado con la empresa y vuelven las sospechas.

—No sabe gestionar verte con otro hombre y si encima es Fillshem...

—A mí tampoco me gusta verlo con otras mujeres y tuve que aguantar verlo hablar muy amigablemente con una de Dunvegan con la que sí había tenido algo. ¿Tú sospechas de cualquier hombre que se acerca a Amy? ¿Sois todos así?

Nos sonreímos, sé de sobras que mi querido rubiales, es mucho más tranquilo que el escocés saltimbanqui que está asomado arriba del camino impaciente ante nuestra tardanza.

—Lo único que puedo decirte es que habléis y lo solucionéis. Anda vamos, está desesperado. Me ha costado la misma vida que se quede arriba, pretendía bajar conmigo.

Me vuelvo negando con la cabeza e iniciamos el ascenso hasta el coche. Unos minutos después cuando estamos llegando veo a Cameron esperando fuera del vehículo intranquilo.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Por el GPS. Se ha vuelto loco —comenta haciendo un gesto de desconcierto.

Cuando llego adonde está esperando se aproxima cojeando despacio, cauteloso, mirándome con preocupación.

—¿Estás bien? —pregunta nervioso antes de abrazarme angustiado.

—Sí. Solo estaba pasando un rato.

—Te hemos visto tumbada y creíamos que te había pasado algo —explica deshaciendo nuestro contacto, sujetando mis brazos.

—Estoy bien. ¿Nos vamos? Peter, hasta luego y perdona el susto —digo con amabilidad.

—Hasta luego. Cuídate.

Se despide acercándose a darme un beso.

—Hasta luego. Gracias, Pet —añade el inseguro de su amigo.

Nos montamos en el coche y conduzco detrás de Peter hacia la

carretera para volver a casa, con mi copiloto sin muchas ganas de malgastar el tiempo usando su vocabulario, manteniendo el silencio, concentrado en su mente.

Una vez en casa subo directamente al baño para darme una ducha y cambiarme la ropa húmeda, Cam se queda abajo inmerso en su mundo sin querer hablar conmigo, se lo agradezco aún necesito un poco de espacio.

Luego lo encuentro relajado en la cocina preparando la comida.

—Hola. Huele muy bien.

Observando el plato de pasta a la carbonara que tiene casi listo.

—Hola. Tú también.

—¿Te ayudo en algo?

—La mesa —comenta después de negar con los labios muy apretados.

Cuando nos sentamos a comer, el silencio regresa a una comida deliciosa que no estoy disfrutando mucho.

—Cuando quieras que hablemos me lo dices —invito con voz seria.

—¿De qué quieres que hablemos? —pregunta incómodo.

—Bueno como veo que no estás dispuesto a ser sincero, te lo voy a decir muy rápido y así me lo saco ya. Me dijiste que confiabas en mí. Estoy intentando de todas las maneras que puedo demostrártelo. Aún así ves una puñetera foto y vuelves a la carga. No voy a consentir más desconfianza Cam.

O me dices realmente que confías en mí, o esto lo acabo aquí y ahora.

Desde que he empezado a hablar no ha perdido detalle de mis palabras. Su mirada perdida ante mi dura conclusión me está destrozando, no quiero ser drástica, pero si no consigo quitarme este lastre no podremos avanzar.

—No sé qué me pasa. De verdad que confío en ti, es ese tío quien me pone de los nervios.

—Pues si confías en mí, demuéstramelo. Deja de agobiarte, ya no sé como decírtelo. Solo tú. Siempre hemos sido solos tú y yo. Me ha dolido mucho que cuando Peter te ha preguntado no hayas sido capaz de responderle.

—Cariño, sí le he respondido.

—No lo has hecho Cam. Lo he escuchado.

—No sé lo que crees haber escuchado, pero cuando me ha preguntado si confiaba en ti, le he dicho que sí. A veces se puede hacer con un gesto — responde con suficiencia.

—Cam, no le has contestado.

Mi voz alterándose ante su obstinación.

—Cariño, yo estaba con él. ¿Recuerdas? Y sí le he contestado. ¿No será que tú has creído que no lo he hecho?

—Vale lo que tú digas —concedo impotente, a cabezón no le gana nadie.

—Mira.

Me enseña su móvil.

Observo la pantalla con los mensajes que ha recibido a lo largo de la mañana, va pasando hasta que encuentra uno en el que se detiene.

—¿Ves este? —Indica uno del despacho de abogados—. Peter ha venido para hablarme de unos asuntos del astillero, les hemos mandado información, cuando después él y yo hemos empezado a hablar de nuestras cosas, he empezado a recibir mensajes y a contestarlos. Así que supongo que, lo que tú has interpretado como una omisión ante la pregunta de Peter, ha sido solo una interrupción más del móvil. Te prometo cariño que confío ciegamente en ti, del que no me fio es de ese capullo.

Ante la evidencia de lo que me muestra, puedo admitir que me he dejado llevar por mis propios temores y que esta vez he sido yo, la que ha malinterpretado una situación.

—Siento haberte asustado, pero ya no te lo voy a decir más. Esta es la última vez. No te vuelvas a poner de los nervios por nadie más, esa desconfianza mina mi corazón y te necesito a mi lado, sabiendo que soy tan importante para ti, como tú lo eres para mí. No lo olvides.

Me mira grabándose mis rasgos en la retina de sus ojos, a la vez que nos vamos relajando de la tensión acumulada.

—No lo olvidaré, pero tú también lo eres todo para mí y cuando te he

visto tan quieta creía que me iba a dar un infarto.

—Lo siento.

—¿Has terminado de comer? —pregunta, con una leve sonrisa.

—Sí. Ya no puedo tragar más.

—Vete al sofá yo ahora voy.

Unos minutos más tarde, estoy tumbada y Cam aparece con un whisky para él y un té para mí.

—Toma. ¿Estás bien?

Su voz cariñosa, ofreciéndome mi taza.

Me incorporo un poco y hago sitio para que se siente a mi lado, subiéndome las piernas sobre su regazo.

—¿Lo habrías hecho?

Con voz baja acariciando mi pierna después de dar un trago a su vaso.

—No lo sé. Con la revolución de hormonas que tengo, puedo hacer cualquier cosa.

—Yo no soy capaz de imaginar vivir otra vez sin ti. Cuando te he visto en la playa y no podía bajar creía que me iba a morir. Me he asustado mucho —reconoce su voz grave, mirándome emocionado.

Me incorporo despacio y toco con dulzura su cara. Al ver sus preciosos ojos inundados de lágrimas retenidas, dejo que los míos lo acompañen desbordándose ante la facilidad de la práctica. Lo beso sintiendo

que estamos dejando atrás algunos de nuestros miedos.

—Siento haberme ido así, pero al ver que no respondías he vuelto a verte en tu despacho y eso no lo podría soportar otra vez. Prométeme que si alguna vez te surgen dudas, hablarás conmigo primero.

—Te lo prometo. Prométeme que no huirás más —pide esbozando una sonrisa melancólica.

—Te lo prometo.

Sellamos nuestro pacto con un abrazo emocionado. Ambos tenemos que desprendernos de una vez de los fantasmas que nos persiguen y debemos ser conscientes que nos importamos más que cualquier otra cosa, tanto él para mí como al revés.

Tras otra semana más, el paciente ha recuperado la fuerza de los músculos a base de entrenamiento y *Mad* parece que está un poco más comedido.

Las pequeñas conversaciones que tenemos tranquilos sentados por las tardes, están haciendo que estos días nos estemos redescubriendo en temas que hacía tiempo no disfrutábamos charlando con fluidez, pasándolo bien. Creo que lo más importante es que estamos muy cómodos juntos. Algunos días se evade con su cuaderno distraído dibujando a *Mad*, del que tenemos ya una considerable colección de diferentes movimientos. Yo me dedico a buscar

información sobre vestidos de novia, algo de lo que hasta ahora no me había preocupado mucho, pero ya voy notando como cada semana se va haciendo más evidente el embarazo y estoy empezando a darle más importancia.

Pasamos un fin de semana hogareño con la visita el domingo de los Taylor al completo antes de volver a Edimburgo para la última revisión.

Hemos hecho una barbacoa que entre Cam y Peter se han encargado de que siempre hubiera carne para que no comamos más en varios días.

Al despedirse tenemos que arrancar a Connor de los perros, que no tiene muchas ganas de irse con sus padres.

—Por cierto Cate, me han dicho que vuestros nuevos vecinos vienen de Londres. Al parecer el padre de él es un lord o algo así —cuenta Amy.

—¿En serio? ¿Y él qué es si su padre es lord?

Mi voz intrigada.

—Ni idea, no entiendo de realeza —apunta Amy encogiendo los hombros.

—Dirás aristocracia —interrumpe Cam.

—Venga dejaos de historias que tenemos partido. Y vosotros ya sabéis a practicar reverencias —comenta Peter sonriendo, subiéndose en el coche, donde Mary desde hace cinco minutos espera que su hermano y sus padres entren.

—Conn, la semana que viene te recojo el viernes —promete al niño.

—Vale —acepta con mirada contenta y sube al coche.

Cuando se van, entramos en la casa precedidos de nuestros cansados cachorros, quienes no han parado en todo el día de jugar con los niños.

A partir del martes trece de julio por la noche, desde que volvimos de Edimburgo, no hemos parado de intentar ir organizando la celebración de la boda. Tenemos cita con una empresa de catering dentro de quince días. Hemos decidido que haremos una comida en el jardín de la casa de Dunvegan y ellos se encargarían de todo.

El lunes cuando nos fuimos aprovechamos el tiempo bastante bien, al menos yo, a pesar de que estuvimos solo una noche en el piso.

Cameron asistió a su revisión andando sin la ayuda de la muleta, tendrá que seguir una semana más con la rehabilitación, aunque al menos, ya tiene el alta del accidente y prácticamente no cojea.

Él dedicó parte de la mañana del martes a sus propias gestiones, entre las que se encontraba una reunión con su asesoría legal, de la cual no me dio información. Por mi parte empecé con la búsqueda de vestido.

Recorrí varias tiendas sin mucha suerte, siempre había creído que cuando lo viera sabría que sería el mío, pero al cabo de un buen rato, donde tuve que echar mano de toda mi diplomacia al ir rechazando todo lo que me

proponían, me di cuenta de que no iba a ser tan rápido como tenía pensado.

Parece ser, que si te casas por la iglesia, tienes que elegir entre una variedad infinita de trajes que cuando has visto varias veces todos acaban pareciéndote iguales.

La idea que tenía es algo que fuera conmigo y no quería velos, ni colas, ni nada por el estilo. Si no encontraba nada, siempre me podía comprar un traje con una falda, de todos modos tampoco me hacía una ilusión particular el tema de la iglesia.

De camino a casa fui entrando en otras tiendas, sin muchas esperanzas. Descubrí varios que no estaban mal, pero no me convencían, hasta que en la tienda de una diseñadora muy conocida, dónde menos esperaba, me enamoré del vestido perfecto.

Es color marfil de seda natural con un corte evasé por la rodilla y mangas francesas. Es sencillo y elegante, me gustó nada más verlo. Entré para probármelo ante la atenta mirada de una dependienta muy eficiente. Me mostró también, unas sandalias plateadas de tacón alto para que me las pusiera y el resultado fue increíble, me lo compré todo, para desgracia de mi economía.

No le he dicho nada a Cam, él tiene una cita en Londres a finales de mes en *Gieves & Hawkes*. Intentaré aprovechar ese viaje para hacer alguna compra que tengo pendiente.

También me he puesto en contacto con el señor Sander, de la

inmobiliaria, para comunicarle la decisión que hemos tomado mis socios y yo de no montar al final la oficina en Edimburgo.

La semana pasada hablé con ellos y les pareció buena idea tener la oficina en Portree, creen que estar bajo la buena reputación de *McPheal Marine Ltd.*, nos abrirá puertas en el mercado británico, aunque sé que en realidad lo hacen para que no tenga que estar yendo y viniendo cuando saben que no me apetece.

Supongo que prefieren que esté tranquila aquí hasta que nazca el bebé, pero también estoy segura de que si las cosas nos van medianamente bien, nuestra sucursal no saldrá del astillero. La mejor opción sería montar otra en Aberdeen que aunque esté bajo mi responsabilidad podría llevar otra persona. Por suerte para nosotros parte del trabajo lo podemos hacer desde casa.

Por fin hoy por la tarde, Cam está cumpliendo la promesa que le hizo a Connor, yendo él mismo conduciendo por primera vez desde el accidente a recogerlo. Como su capricho se quedó en Edimburgo se ha llevado el todoterreno que parece no le motiva mucho a la hora de pisar el acelerador.

Al verlo aproximarse a la casa con el niño sentado a su lado, compruebo que está llevándolo muy tranquilo, además van charlando y riendo entre ellos.

Salgo a recibirlos antes de que los perros destrocen la puerta.

—Venga salid —los invito, abriendo antes que salgan en tromba.

—¡Mad!, ¡Alioth! —irrumpe la alegre voz infantil, saltando del coche.

El pequeño rubiales con su carita rebosante de felicidad se encuentra con sus amigos, que lo reciben con un entusiasmo comparable al suyo.

—Conn, no los revoluciones mucho —advierde Cam, cogiendo del coche un ramo de flores.

—Hola, cariño. Me he entretenido con Peter enseñándole los planos de vuestra oficina. Toma

Me ofrece, al darme un beso en los labios, un ramo de flores silvestres muy coloridas.

—Qué asco —expresa Connor, mirándonos con una mueca muy elocuente.

—¿Flores?

Lo miro enarcando una ceja con una sonrisa.

—Anda calla. ¿Le has dado un beso a Cate? —pregunta, cogiéndolo del hombro como si fuera mayor.

—Hola, Cate —saluda, viniendo obediente a darme un beso que correspondo con otro.

—Venga vamos, sube a ducharte y ponerte el pijama —digo cariñosa, tocando su mejilla.

Entramos en la bulliciosa casa con las risas de los dos seguidos por

los perros.

Connor y Cam se dirigen a la planta de arriba, dónde a continuación solo se escucha el agua correr acompañado del sonido de las voces de ambos hablando muy animados. Seguidamente subo al dormitorio que será el del bebé, para ir preparando su cama, sin poder evitar al terminar pasar por el baño para comprobar cómo se desenvuelven.

Al asomarme veo que tiene ya puesto un pantalón corto de pijama y su tío le está secando el pelo con una toalla ante sus quejas infantiles.

Una sonrisa muy tierna aparece en mi rostro al comprobar la faceta paternal de Cam.

—Vaya, pareces otro sin el pelo en la cara.

Mi voz con admiración ante lo guapo que es.

Recibo una sonrisa mellada acompañada de otra más madura con un guiño alegre.

—Cuando terminéis, bajad a cenar.

Al rato de instalarse en la habitación dónde queremos hacer algunas mejoras, ya que ahora solo hay un sofá cama en mitad de la nada, cenamos los tres en la cocina.

Pasamos un rato repleto de chistes y batallas del cole. Aprendo todos los nombres de sus compañeros, también nos he visto con nuestro propio hijo en alguna escena parecida, ha sido un momento muy bonito, he disfrutado de

una charla inocente desde el punto de vista de un niño de seis años.

—Cate. ¿Pueden dormir los perros conmigo? Por favor... —haciendo pucheros teatrales.

—No sé. ¿Por qué no se lo preguntas a tu tío?

—Lo he hecho, y me ha dicho que tú eres la que manda.

—Yo no te he dicho eso —responde el adulto, fulminando con la mirada al niño.

—Tío, sí lo has dicho —insiste con el flequillo rubio en movimiento.

—No. No lo he dicho —replica Cam sin poder aguantar la risa.

—Sí lo has... Te estás riendo...

—Bueno, vamos a ver. Es verdad, aquí mando yo —afirmo con fingida voz seria.

Connor ha perdido la sonrisa mirándome con los ojos de su padre totalmente fijos. Cam esboza una sonrisa burlona.

—Tú. —Señalo al rubio, hago una pausa observando su cara sorprendida—. A dormir acompañado de los perros. Ya. Ahora bien, como escuche lo más mínimo, van fuera. ¿Entendido?

Justo cuando acabo de hablar y su mente procesa que tiene permiso para dormir con sus amigos, sale disparado hacia el dormitorio seguido por los animales.

—¡Conn, los dientes! —grita Cam con voz firme.

—Vamos —digo tirando de su mano.

Nos sentamos en el sofá donde me inclino sobre el hombro de Cam cerrando los ojos, agotada.

—¿Estás bien?

—Cansada. Tengo mucho sueño.

—Acuéstate, recojo un poco y voy —dice besando mi pelo.

—Vale, no tardes.

El día siguiente me despierto con un desayuno en la cama muy succulento, acompañado por su creador muy inspirado mirándome absorto la boca. Me ha traído una bandeja con zumo de naranja, unas tostadas con mantequilla y unos huevos revueltos.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

Se inclina besando mis labios.

—Sí. Me debí dormir nada más acostarme porque no me acuerdo de más.

—No tardé mucho en subir y estabas totalmente fuera de combate. Anda, tómate los huevos.

Cojo el zumo bebiéndolo entero en un momento, pero cuando reparo en los huevos y en el olor, ufffff. Hasta este momento no había tenido náuseas matinales, ni durante el resto del día. Mis síntomas eran solo la facilidad para

llorar, el exceso de sueño y los senos un poco más sensibles e hinchados; sin embargo, estoy empezando a sentir un asco incontenible.

De un salto me voy corriendo al baño donde vomito el zumo que me acabo de tomar. Cam viene detrás acercándose tras mi espalda.

—Cate, cariño —habla sujetando mi pelo con suavidad. Dejo a mi cuerpo seguir su instinto.

Cuando termino me enjuago la boca, lavándome después los dientes ante la expresión preocupada del futuro padre.

—¿Quieres seguir en la cama? ¿Qué podrías comer?

Su voz solicita.

—Ahora no podría tomar nada. Esto es normal, aunque creía que me iba a librar. —Intento esbozar una sonrisa.

—¿No hay nada que te pueda mandar la doctora?

—El lunes la llamaré.

—Bueno pues a ver si se te pasa y dentro de un rato comes algo.

—Vale. ¿Dónde está Connor? ¿Le has puesto el desayuno?

—Está fuera con Elle, la hija de los nuevos vecinos y ha desayunado hace más de dos horas. ¿Voy bien? —pregunta sonriendo, acariciando mi cara.

—Vas perfecto. ¿Los has conocido?

—Solo a la mujer. Es muy agradable, además de guapa y simpática.

Guiñándome el ojo.

—McPheal ¿Te tengo que recordar algo? —pregunto fingiendo ironía.

—No, porque su marido llamaría a la reina y probablemente me desterrarían de Skye —explica divertido.

Entre bromas pasamos un rato entretenidos. Nos asomamos por la ventana para ver como Connor y una niña morena muy guapa de una edad parecida, juegan divertidos corriendo con los perros. Llevándome a cuando lo conocí en Central Park haciéndose amigo de otra niña.

Los observamos abrazados con su cabeza inclinada sobre la mía, rodeándome desde atrás con sus brazos.

—Es un encanto. Me gusta que esté aquí —digo apoyando la cabeza en su pecho.

—Sí lo es.

—Se parece mucho a Peter, no solo físicamente. Tienen el mismo carácter sociable y alegre.

—La verdad es que se parecen mucho. Cuando nació, Peter quiso llamarlo como yo. Me negué de plano, pero se empeñó. Le pusieron Connor C. Taylor. ¿Te imaginas por quién es la C?

—Puedo suponerlo, por su mejor amigo.

Al decirlo me emociono y mis ojos se inundan.

—Shhhh. Venga no te pongas triste.

Girándome sobre su cuerpo enjugando mis lágrimas.

Antes del mediodía, cuando ya había podido tomar un té con unas galletas, aparecen los vecinos en el jardín donde Cam, Connor y Elle juegan con los perros.

Es una pareja muy atractiva cerca de la edad de Cam. Ella es muy morena y, como ha dicho el observador de mi novio, muy guapa, con unos ojos negros muy expresivos. El marido es también muy atractivo, con el pelo salpicado de muchas canas y un aire muy distinguido aun con las prendas informales que visten, como nosotros, vaqueros y camisetas.

—Hola.

Los saluda amigable Cam, yendo a su encuentro.

—Hola. Soy Ernst Lexter.

Extendiéndole la mano con sonrisa amable.

—Encantado. Cameron McPheal. Cam —saluda apretando su mano.

—Hola, soy Suzanne, pero todo el mundo me llama Sue.

Se acerca dándome dos besos en la mejilla.

—Hola, soy Cate. Es un placer —respondo cortés.

—¿Como se ha portado Elle?

La voz preocupada de su madre.

—Genial, ella y Connor se han hecho amigos. Han pasado todo el tiempo jugando con los perros. Supongo que se conocerán del cole. ¿No? —conjeturo sonriendo.

—Sí, ha sido su primera semana aquí. Aún no tiene muchos amigos, pero parece que con el vuestro sí se ha entendido.

—Sí, se llevan bien, aunque no es nuestro hijo. Es mi ahijado. El nuestro nacerá en enero —afirma el orgulloso papá escocés.

—¿De verdad? Enhorabuena. ¿Cómo lo llevas? —pregunta interesada.

—Lo llevaba bien hasta hoy. No sé que me ha pasado, pero he visto los huevos... Solo de pensar en ellos me da asco.

—Eso nos pasa a todas, cosas que antes no te gustaban ahora te gustan y al revés.

—Lo sé, pero es que iba tan bien que no me esperaba esto.

—Pues empieza a esperar de todo, ya no te vas a aburrir más — comenta segura de sus palabras.

—¿Dónde vivíais antes?

La voz curiosa Cam.

—En Londres, era un agobio. Trabajo para una multinacional, he llegado a un acuerdo y voy a trabajar desde casa. Llevo las inversiones de unos clientes. ¿Tú tienes algo que ver con el astillero? —pregunta Ernst.

—Lo fundó mi abuelo, desde hace unos años lo llevo yo. ¿Te interesan los barcos?

—Puede. Algo sencillo para ir a los islotes.

—Pásate cuando quieras y ves lo que hacemos. Nos dedicamos más a

la náutica de competición, pero si te interesa algo de lo que tenemos, podemos hablar.

—Lo tendré en cuenta. Gracias.

—Bueno nos tenemos que ir, la mayor nos está esperando para comer

—aporta Sue.

—¿Cuántos años tienen? —pregunto interesada.

—Elle tiene ocho y Laura diecisiete. Si os apetece la semana que viene podemos hacer una barbacoa y así charlamos un rato.

—Por nosotros perfecto. Se lo diré a los padres de Connor y así los conocéis también —ofrece amablemente Cam.

—Estupendo. Hasta la semana que viene entonces. Si puedo me paso por el astillero.

—Gracias por cuidar a Elle —añade Sue.

—Ha sido un placer. Hasta luego.

Mi voz sincera.

En cuanto salen entramos en casa para preparar la comida. Connor nos cuenta que él y Elle están en clases diferentes, pero coinciden en el recreo y se conocían de vista.

—¿Qué te parecen? —pregunto ante la buena impresión que me han dado.

Me dirijo a la nevera para sacar unos filetes cuando Cam empieza a

preparar una ensalada.

—Me han caído bien. Parecen agradables y siempre está bien tener buena relación con los vecinos. Conn, ve poniendo la mesa —ordena firme Cam.

El niño se acerca empezando a hacer lo que su tío le ha dicho, sin perder atención a nuestra conversación.

—Es verdad. Parecen majos, pero no entiendo nada, será porque en mi país no hay. ¿En serio hay que hacer reverencias?

—No seas tonta. Peter estaba de cachondeo —afirma sonriendo, dándome un beso en la frente.

—Para ti es fácil, a mí me parece un lio absurdo.

—La próxima vez les preguntas y sales de dudas.

Su voz burlona.

—¿Que es reverencia? —pregunta con curiosidad Connor.

—Algo así como un gesto de cortesía que hay que hacerles a algunas personas —responde su tío.

—¿Por qué? ¿Qué es cortesía?

El niño intentando comprender.

—Es ser amable —explico.

—¿Qué gesto hay que hacer?

—¿Sabes qué Conn?, pregúntale a tu padre que él sabe un montón de

estas cosas —intenta escurrir el tema su tío.

—¿Tú sabes hacerlo? —pregunta Connor dirigiéndose a mí.

—En Estados Unidos no tienen aristocracia ni reyes —explica Cam.

—Yo no tengo ni idea Conn —admito despreocupada.

—Pues cuando papi me lo vaya a explicar te vienes y así también te enteras—ofrece convencido.

—Eso, que os lo explique paso a paso a los dos, pero avísame cuando se lo vayáis a preguntar para que vaya también y os grabe —comenta Cam.

No tengo muy claro cuál será la reacción de Peter ante la curiosidad de su hijo. Nuestras miradas adultas se cruzan dirigiéndonos sonrisas divertidas, antes de sentarnos a comer repitiendo la experiencia de conversaciones infantiles ante una cómplice mesa familiar.

Pasamos el sábado entretenidos con nuestro invitado. Saliendo con los perros, jugando con la videoconsola o simplemente envueltos en un ambiente muy hogareño que disfruto muchísimo.

Hoy es el penúltimo sábado de julio y hemos organizado la barbacoa con los Lexter y los Taylor, después de que la semana empezó con la recomendación el lunes de la doctora Carter de un jarabe para evitar las náuseas matutinas que compré inmediatamente y desde que lo tomo he mejorado bastante.

Cam sigue con sus ejercicios y está yendo a diario al astillero donde aparte de su trabajo está supervisando la reforma del espacio donde irá nuestra oficina. No me deja acompañarlo alegando que es una sorpresa, que solo veré cuando mis socios lleguen un día antes de la boda.

El otro día llegó mi vestido y zapatos de la tienda de Edimburgo. Los llevé a casa de Amy, que los va a esconder de miradas curiosas hasta que me lo ponga el día de la boda. Hemos acordado que me vestiré en su casa, donde ella me ayudará con el pelo y el maquillaje.

Peter será mi padrino de boda y Anna la madrina de Cam.

La lista reducida de invitados sube por días, ya que al ser un pueblo pequeño al final por una cosa u otra siempre hay algo por lo que vamos añadiendo personas; en consecuencia hemos llegado a las cien.

Intento no pensar en ello, pero la comida tranquila que suponíamos se va a convertir en una celebración masiva.

Mi flamante prometido está encantado por todo, hasta el momento no he visto ninguna señal de preocupación o nerviosismo en él.

Antes que lleguen nuestros invitados al pasar por el despacho oigo a Cam hablando por teléfono con voz muy firme.

—Te estoy diciendo que lo hagamos.

Muy molesto.

—(.....).

—*Pet. A ese cabrón vamos a hundirlo. No. Sí. El sábado treinta y uno*
—hablando serio.

—(.....).

—*No sé. La inversión china está regulada. Tráeme luego los*
documentos, he hablado con ellos y opinan lo mismo.

—(.....).

—*De acuerdo. Nos vemos en un rato.*

La conversación me sorprende e intranquiliza. Normalmente él no se encarga de reuniones con clientes o proveedores, es Peter quien lo hace, sin embargo, en esta ocasión las palabras duras de Cam, hacen que mi alarma interior empiece a elucubrar diferentes posibilidades que hasta que no llegan nuestros invitados no consigo alejar de mi mente.

Durante la comida la actitud entre ellos es de lo más normal, entablado conversación con Ernst de la manera más amistosa e incluso, bajan a la bodega donde pasan casi una hora.

Amy con su curiosidad característica, pregunta directamente a Sue sobre la familia de su marido. Confirmándonos que efectivamente, el padre de Ernst era Lord Arthur Lexter Grant, vizconde y heredero de una familia aristócrata de gran solera en Essex, al parecer la propiedad y el título los ha heredado el hermano mayor. Vive en Londres con su familia.

A ellos lo único que les interesa, es vivir tranquilos en el campo, por

lo que han decidido venir aquí y dejar atrás la estresante vida de la ciudad. Algo que me alegra mucho, siempre he estado acostumbrada a tener a Anna para hablar con ella cuando lo he necesitado y tener a Sue, con su experiencia como madre me da bastante confianza y tranquilidad; aunque tengo muy claro que tengo a Amy, pero no es igual, ellos viven a varios kilómetros y cuando llegue el invierno con el bebé me da más seguridad tener a alguien más cerca.

Cuando todos se van, aprovecho para hablar con Cam sobre la conversación que escuché por la mañana.

—Cariño. Esta mañana cuando bajaba te he escuchado hablar con Peter.

Cam deja de guardar los platos en el lavavajillas cogiendo mi mano para que nos sentemos en la mesa de la cocina. Su expresión seria unida a la inspiración profunda de aire al sentarse, hacen que me concentre totalmente en él, mirándolo con ojos expectantes.

—He hablado con Peter para concertar una reunión con algunos constructores de barcos, distribuidores de tecnología y proveedores. Nos reuniremos el sábado treinta y uno en Londres.

—¿Para qué? ¿Por qué el sábado?

—Porque es el único día que todos podemos asistir y el motivo es para bloquear a una empresa china que está tratando de hacerse hueco aquí, tirando los precios, ofreciendo programas y fabricando piezas en China de muy baja

calidad que lo único que va a conseguir es hacer daño a nuestro negocio.

—Pero estabas muy enfadado. ¿Han intentado venderos algo?

—No, han intentado quitarnos algunos clientes. Ellos son quienes hace varias semanas nos avisaron de las maniobras de esta empresa.

—¿Podéis hacer algo?

—Por supuesto —afirma con rotundidad—. De entrada vamos a firmar un acuerdo entre todos para solo comprar productos británicos o Europeos que cumplan los estándares de calidad más estrictos. También vamos a denunciar las malas prácticas empresariales de los chinos, ya que según nuestra legislación la inversión para ellos está muy limitada aquí, pero amparándose en que uno de sus socios es británico, aunque el capital no lo es, están actuando como si la empresa fuera de aquí, sin tributar al fisco.

—¿Pueden hacerlo?

—Cariño. —Me sonrío condescendiente—. Hay muchas empresas que lo único que quieren es crecer muy rápido en muy poco tiempo, para ello se valen de todas las trampas y lagunas legales que pueden usar. Realmente tienen una estructura empresarial mafiosa que a nuestros políticos no gusta mucho. Así que contamos con el apoyo de varios parlamentarios.

—¿Sabéis quién es el británico? —pregunto ante su mirada incómoda fulminándome.

—Harry Collum —Suelta despacio, sin perder de vista mi reacción

sorprendida.

—¿Pero no estaba desaparecido?

—Estaba. Cuando me hablaste sobre lo que te contó McAllister, hablé con Peter y lo pusimos en conocimiento del despacho de Alice, con quien hemos indagado más a la vez que empezamos a recibir las llamadas de nuestros clientes.

—¿Lo habéis visto? —pregunto sin evitar mi creciente intranquilidad.

—No, aunque sabemos que ha estado varios años en Hong Kong donde al parecer volvió a establecerse y donde ha ido creando lazos comerciales con gente no muy aconsejable. Según Alice las conexiones asiáticas de Harry tienen un origen muy dudoso y han montado un entramado empresarial para evadir capital de donde van actuando.

—Va a por vosotros. ¿Verdad?

—No. No puede —afirma negando con una sonrisa—. Lo está intentando, pero no voy a parar hasta que lo obliguen a salir de aquí por la misma puerta trasera que ha entrado. Te lo prometo Cate, vamos a acabar con ellos.

Su voz firme no admite dudas, lo hará.

—Tened cuidado por favor.

—No te preocupes. Todo irá bien —asume cogiendo mi mano, besándola suavemente.

Con su promesa de protección y lo claro que al parecer tiene todas las acciones legales que pueden emprender para echarlos del país, mi estado de ansiedad se estabiliza un poco para volver a mis preocupaciones más inmediatas: el embarazo y la boda.

Capítulo 19

Londres, Inglaterra.

Viernes 30/7/2010

Hemos llegado a Londres instalándonos en el piso del *Soho*, desde donde Cam ha ido andando a *Savile Row*, un paseo de cinco minutos, para asistir en *Gieves & Hawkes* a la cita que tenía para la toma de medidas del traje que ha encargado.

Cuando regresa estoy arreglándome para salir a cenar. Viene en vaqueros con una camisa de cuadritos rojos y azules, bastante informal, trae una americana fina azul marino en la mano.

Estoy frente al espejo del armario del dormitorio mirando mi perfil, me he puesto un vestido negro sin mangas que se adapta muy bien a mi cuerpo, ahora que aún no se me notan mucho las doce semanas de embarazo.

—Cariño estás muy guapa. ¿Dónde vas?

Su voz sorprendida.

—A cenar fuera —digo ante su ceño fruncido.

—¿Con quién? —pregunta.

Me abrazo a su cintura.

—Contigo y con Jack. Nos ha invitado a cenar.

—¿Desde cuándo está aquí?

—Llegó ayer y se va el martes.

—¿A qué hora habéis quedado?

—En veinte minutos en un restaurante francés. ¿Cómo te ha ido con el traje?

—Bien. Aún recordaban a mi abuelo. Me lo enviarán dentro de una semana.

—¿De qué color será?

—¿Y el tuyo?

Inclina la cabeza sonriéndome feliz.

—Sorpresa.

—Pues lo mismo digo —añade dándome un beso en los labios.

A la hora acordada llegamos de la mano a *L' Escargot*, un restaurante muy acogedor bastante antiguo a unas calles del piso de *Wardour St*.

Inmediatamente, localizamos a Jack sentado con Ian, al que solo conocimos un rato en Nueva York, ambos con ropa informal muy estilosa.

Se levantan al verlos, después de que Jack me abrace con todo el cariño que ambos compartimos, saludamos a Ian con afecto. Es la primera vez que el alocado de mi amigo trae compañía y eso solo puede significar que lo que hay entre ellos es serio. Ian es amable y atractivo, realmente son polos

opuestos, pero tienen una complicidad que salta a la vista.

En un momento nos sentamos para compartir platos entre los cuatro en un ambiente alegre.

—Cathy estás preciosa.

—Tú estás también muy guapo. Te veo muy bien, más relajado.

—Supongo que sí. ¿Tú qué dices? —pregunta a Ian.

—No estoy muy seguro de eso, cuesta que te relajes —responde resignado poniendo su mano sobre la de él.

—Enhorabuena Cam. Eres mi ídolo —afirma Jack mirándolo con guasa.

—Ya será menos —comenta negando levemente la cabeza con una sonrisa irónica

—En serio, lo tuyo es puntería —insiste mi amigo.

—He tenido mucha práctica jugando con los dardos durante años.

Con voz fingiendo arrogancia.

—¿Jugando con los dardos o con el dardo? —pregunta Jack con divertida malicia.

—No seas malo Jack. Cam habla de dardos en plural, los monjes como él no practican con “el dardo” —adviento con sorna ante la mirada impasible del monje excomulgado.

—¿Estoy perdiéndome algo? —pregunta Ian.

—Tranquilo Ian, déjalos correr. Haz cómo yo, ni caso —informa despreocupado.

Disfrutamos de una cena llena de diversión y camaradería, antes de volver a casa. He quedado con ellos mañana para una compra que tengo pendiente. Cam asistirá a la reunión que tiene con algunos de los empresarios más destacados del país.

Había pensado regalarnos un viaje a Ushuaia en la Patagonia Argentina, desde donde embarcaríamos en un velero hasta la Antártida, aunque tendríamos que esperar a diciembre para poder hacerlo y no creo que mi estado en esas fechas sea el adecuado para un viaje de ese calibre. Así que voy a contar con la ayuda de Jack e Ian para encontrar algún regalo que lo sorprenda.

El sábado nos levantamos temprano para poder cumplir con nuestros planes, una vez que desayunamos Cameron desaparece a su reunión, con un traje en tono camel que le sienta muy bien, convertido en empresario implacable.

A continuación, me pongo un vestido rojo sin mangas, con muchos pliegues en la falda y un cinturón muy fino plateado antes de reunirme con Jack e Ian, para dirigirnos a recorrer algunas joyerías. Espero encontrar el regalo que quiero hacerle a Cam el día de nuestra boda.

Empezamos un recorrido, donde nos van enseñando una avalancha de colecciones entre gemelos y relojes que no es lo que tengo pensado.

A punto de desistir, en otra de *Bond Street*, encuentro lo que busco. No ha sido fácil teniendo en cuenta el tiempo que llevamos yendo de un sitio a otro sin resultado.

Es una pulsera de hombre realizada con hilos finos de cuero negro, enlazando cuatro piezas pequeñas planas de platino. Ante la atenta mirada de mis amigos, la compro encargando unos grabados en las piezas de metal.

Debido al poco tiempo que vamos a estar en Londres y la inminencia de la boda, se comprometen a tenerlo listo para el martes, Jack la recogerá y me la entregara en Portree cuando nos volveremos a ver.

Por la tarde después de pasar todo el día fuera, también he comprado algunas prendas de ropa interior bastante sugerentes, me despido de Jack e Ian, que encantados me han acompañado durante horas sin descanso, teniendo en cuenta que solo hemos parado para comer.

Cuando llego al piso estoy bastante cansada y muerta de sueño, pero decido esperar a Cam para que me cuente como le ha ido en la reunión.

No me ha llamado durante el día por lo que supongo que habrá estado bastante ocupado.

Me dirijo a darme un baño relajante. Enciendo unas velas aromáticas

que distribuyo por todas las superficies que puedo y añado al agua un aceite de lavanda que ya solo con el olor está haciendo que me relaje.

La suavidad de Bach envuelve el piso antes de meterme en la bañera y en cuanto mi cuerpo entra en contacto con el agua, se calma inmediatamente, además, la oscilante luz de las velas y la música tranquila, consiguen que los párpados se me vayan cerrando.

Unas caricias en mis cejas hacen que vaya abriendo los ojos para encontrarme la sonrisa de Cam siguiendo el recorrido de sus manos.

—Hola, dormilona.

—Hola cariño, no te he escuchado llegar —saludo esbozando una sonrisa.

—El agua está templada, vas a coger frío.

—Pues haz algo para arreglarlo.

Su mirada feroz contradice la parsimonia, con la que se quita la corbata azul marino y se desabrocha la camisa celeste, antes de desprenderse de los pantalones y los bóxers.

Me inclino hacia adelante haciéndole sitio detrás, donde se coloca atrapando mi cuerpo entre sus firmes y recuperados músculos. Le acaricio la cicatriz, mientras él va recorriendo con sus manos desde mi abdomen hasta mis senos. Pronto mi excitación va creciendo y siento la suya presionando mi espalda.

Inclino la cabeza recibiendo una serie de besos en mi cuello que incrementan mi deseo ante mi futuro marido.

—Se te empieza a notar.

Su voz ronca susurrando en mi cuello con sus manos acariciando mi insignificante barriga.

—¿Tú crees?

—Cariño me sé tu cuerpo de memoria y sí, ya se te va notando.

—Sí, supongo que a partir de ahora lo iremos notando más...

Mi voz entrecortada ante sus caricias.

—Me gustan tus pechos, están más sensibles. Mira.

Sus pulgares en mis pezones hipersensibles, endurecidos.

—¿Solo mis pechos? —pregunto en un ronroneo mimoso.

—También aquí...

Su mano en un seno, bajando la otra entre mis piernas.

—Sigue...

Unos minutos después decidimos salir de nuestro excitante baño, para hacer el amor en nuestra cama. Mi entregado amante se dedica con todo su esmero en ir mostrándome todos los rincones de mi cuerpo que están cambiando y como él va apreciándolo.

Después de saciar nuestros cuerpos, me acurruco entre sus brazos

sintiéndome la persona más feliz del mundo.

—¿Cómo ha ido la reunión?

—Muy bien. El apoyo ha sido unánime. Hemos estado viendo todas las acciones tanto comerciales como legales que vamos a emprender y en una o dos semanas recibirán la invitación de la oficina de comercio exterior para que cesen sus actividades aquí.

—¿Se conformarán?

—No lo sé. Me da igual si se conforman o no.

—Pero cariño...

—Shhhhh. —Besando mí pelo. Añade bajito—. No quiero que te preocupes por este tema, no van a hacer nada.

—¿Y si se entera qué has sido tú el promotor de todo esto?

—Cate. Para. Dejemos el tema, por favor. Pero si alguna vez ese cabrón, se atreve a ir contra mí o alguno de mis intereses, lo machacaré. Hace diez años ese hijo de puta que decía ser mi amigo, me mintió, me engañó e intentó implicarte injustamente en algo que, por razones que tú y yo sabemos, se nos fue de las manos. No voy a perdonarlo nunca. ¿Entiendes? Nunca.

—Cariño no te enfades, por favor.

—No estoy enfadado contigo, pero lo quiero lejos de aquí. No volverá a inmiscuirse entre nosotros. Nunca.

—Hay algo que quiero decirte desde hace tiempo y no he hecho.

Me giro para ver sus azules salpicándome con verdes curiosos.

—Cuando nos reencontramos aquí, me pediste disculpas por tu parte. Yo nunca he hecho lo mismo contigo. Quiero que me perdones por salir huyendo como lo hice.

Acariciando sus mejillas rasposas por la creciente barba.

—Mi vida. —Con voz ronca antes de besar mis labios—. Estar aquí contigo, con nuestro futuro en tu vientre. Es lo más valioso que tengo. Te perdoné en cuanto llegué a casa y vi que te habías ido. Te amo sin condiciones, eres mi amor. La única mujer a la que he amado.

Acariciando mi vientre con ternura.

—Te quiero —afirmo con una lágrima descendiendo lenta por mi cara.

—Yo más.

Me envuelve con sus brazos protegiéndonos de mis temores ante algún tipo de represalia, por parte de quien, en el pasado no tuvo la más mínima consideración ante la amistad que los unió.

Abrigada por la firmeza de su cuerpo, me abandono a un sueño que necesito ante la proximidad del día en que este hombre afirmará delante de un montón de personas que pasaremos el resto de nuestra vida juntos.

Dedicamos la mañana siguiente a recorrer otra vez la ciudad, juntos, recordando algunos lugares que aunque los años hayan cambiado, siguen

estando invariables ante nuestros ojos. Paseamos por el centro desde *Picadilly* hasta *Hyde Park* rodeados de turistas, a quienes el buen tiempo ha hecho llegar en tropel.

Por la tarde, después de comer en un restaurante italiano muy nuevo, con una carta deliciosa, nos preparamos para salir a cenar al *Hispania*, donde espero disfrutar un poco más de la comida española que la única vez que fui.

Arreglándome con un vestido recto gris oscuro sin mangas y con el cuello tipo mao, aprecio como al ponerme el cinturón, mi pequeño abultado vientre, verdaderamente, cada día va siendo más patente. Tendré que ir pensando en ampliar mi vestuario.

Cuando me estoy poniendo unas sandalias de tacón alto rojas aparece mi atractivo escocés, sin afeitado, vistiendo un traje azul marino de corte italiano con camisa blanca, sujetando en su mano tres corbatas.

—¿Cuál me pongo?

Me muestra su preselección entre la que tengo que escoger a la elegida, observo entre dos lisas, una gris claro más otra roja y otra rayada.

—La gris —afirmo cogiéndola de su mano.

Se inclina para facilitarme el acceso antes de pasarla sobre su cabeza, hasta que empiezo a anudarla en su cuello. Sus manos sujetan firmes mis caderas.

—Estás guapísima —ronronea bajito.

—Quédate quieto.

Al sentir sus labios en mi pelo.

—No puedo.

—¿Quieres ir a cenar o no?

—No sé qué decirte.

Esbozando una sonrisa malévola.

Terminando mi trabajo en su indumentaria, le doy un beso como compensación por no permitir que el esfuerzo de arreglarme quede en un intento para salir.

—Cuando volvamos lo arreglamos. —Acariciando su rasposa mejilla
—. Me pone un montón cuando no te afeitas.

—Una palabra más y no salimos —asegura su voz ronca en mi cuello.

—Después te lo explico —digo separándome para coger mi bolso.

—Más te vale.

Con un movimiento suave tira de mi mano hacia la puerta donde al salir, en unos minutos cogemos un taxi. Llegamos en un trayecto bastante corto al restaurante dónde nos vimos por primera vez después de diez años.

—Este sitio es especial para mí —comento al sentarme de nuevo en él.

—¿Solo para ti?

Con una leve sonrisa levantando la mirada de la carta.

Unos minutos después, un camarero se acerca a tomar nota de nuestra

cena.

Hemos decidido que vamos a hacerla a base de tapas variadas y una selección de productos ibéricos.

Cam escoge el vino ante mi perspicaz observación, esperando cualquier fallo para empezar uno de mis juegos con él.

—*Vega Sicilia Único* y una botella de agua, por favor —ordena sin titubear.

Me mira fijamente sonriendo, desafiante esperando mi reacción, pero solo puedo corresponderle apretando los labios para no reír, no sabía que se había dado cuenta de que estaba atenta a su pronunciación.

—¿Por qué me miras así? —pregunto feliz.

—Porque te quiero.

—Se te da mejor ahora —afirmo ante su seguridad al pronunciar el español.

—¿Tú crees? —pregunta con una sonrisa seductora.

—Sí. Más decidido, más firme...

Nuestro camarero vuelve con el vino y un espectáculo de colores en alimentos, con una presentación artística, donde el jamón, diferentes quesos curados y algunas cosas más, que no recuerdo como se llaman, ocupan la mesa.

—Guau... Vaya pinta tiene todo.

Mi voz con admiración ante el festín.

—El jamón está buenísimo, el de aquí lo traen del sur de España, de Andalucía.

Lo degusto viéndome transportada a la noche que lo probé por primera vez, aquí mismo con Jack, un placer que desde entonces no había vuelto a saborear.

—En Nueva York, había varias tiendas donde lo podías comprar, pero no era igual. Este es infinitamente mejor.

—La verdad que aquí todo está muy bueno y siempre van incluyendo novedades, eso de ahí te va a encantar. —Señala unas bolas rebozadas—: Son croquetas, pruébalas cuando vengo siempre las pido, están muy buenas.

Entre tapas deliciosas vamos pasando una velada muy especial para los dos, en este sitio moderno, con lámparas de araña y una decoración elegante, donde casi todas las sillas mezclan diferentes tonos de azules, los que siempre me transportan a otro lugar donde predominan sobre el resto y que se convirtió hace mucho tiempo en parte de mí.

—Voy al baño.

—¿Voy pidiendo la cuenta?

Afirmo con la cabeza antes de levantarme para ir al servicio.

Al llegar retoco un poco mi maquillaje con los artículos que llevo en mi bolso y mientras busco la barra de labios, alguien abre la puerta entrando

para situarse a mi espalda.

Levanto la vista para encontrarme, a través del espejo, con una mirada asesina que aunque hacía muchos años que no veía y gracias a la madurez que me ha dado la vida, junto con la seguridad de saber que ahora ya no puede hacerme ningún daño, aguanto con la cabeza alta dejando que la ira controlada se apodere de mi mente.

—Llevo toda la noche observándoos. Se os ve muy felices...

Se acerca a mi lado sonriéndome con la boca de plástico y sus tetas recauchutadas que me repugnan solo de saber que las tengo tan a mano.

—Te estoy hablando, Catherine.

Inclino la cabeza dedicándole una mirada despectiva, acompañada de la sonrisa más cínica que puedo expresar.

Me da exactamente igual lo que me diga, siento tanto asco que solo pensar en malgastar mis palabras con ella, me brinda una superioridad que la está empezando a irritar, a la vez que disfruto de lo mal que la han tratado los años, con el destrozo que se ha hecho en su cuerpo por no saber asumir con elegancia el paso del tiempo.

—Eres una puta con suerte, en cambio yo también tuve mi momento cuando te fuiste. ¿No te lo ha contado? Pobrecita... Pero descuida algún día volverá y tú te irás otra vez —sisea su voz despechada.

Le sonrío contenta, si espera que entre en su juego, va a tener que

contarme otra cosa, esto ha entrado dentro de mis expectativas desde que la he visto.

Recojo con parsimonia ante su atenta mirada, pero detiene con brusquedad mi mano.

—No me toques.

Mi voz baja segura, bajo una mirada de advertencia.

—Algún día me la pagarás —amenaza inclinándose sobre mí.

—Eres patética —escupen mis labios cuando retira su mano.

Su expresión siliconada pierde toda su altivez, convirtiéndose en el triste guiñapo de alguien inseguro, tras las palabras que no han causado en mí el efecto que ella esperaba. Aparece en su rostro la fealdad que tiene en su interior, haciendo que mi escueta sonrisa se amplíe ante su estática máscara de piel.

En este momento saboreo el poder que a veces el silencio te recompensa. Nunca he sido una persona a la que gusten los enfrentamientos, siempre si los he podido evitar lo he hecho; aunque a veces algunas personas hayan creído que así me vencían.

Al salir paso por su lado, sin mirarla, para encontrarme con Cam. Me espera sonriendo en la puerta del local, ajeno a la visita inesperada que ha pretendido desestabilizar mi equilibrio otra vez. Sin éxito.

Para mí, no hay mayor derrota que tener que andar como un fantasma amenazando a alguien que en tu rostro se está compadeciendo de ti. Me ha dado hasta pena, creo que ninguna mujer debería nunca rebajarse tanto por otra persona, ella sabrá la estima que se tiene a sí misma y por supuesto, no entra en mis planes modificar nada ante el estupendo caballero que me mira cómo si en el mundo solo existiera yo.

—Has tardado mucho. ¿Estás bien?

—Sí, cariño. Había varias mujeres delante.

Miento con una sonrisa sin pestañear.

—¿Quieres ir a tomar algo?

Ofrece complaciente cogiendo mi mano.

—No. Prefiero volver a casa. ¿Y tú?

—Donde tú. Además me tenías que explicar algo sobre el afeitado.

¿No? —pregunta feliz.

—Por supuesto. Te voy a contar un montón de cosas.

Acariciando su cara.

Nos vamos del restaurante para regresar a nuestra casa, la que voy a intentar convertir también en nuestro hogar en Londres.

Al salir Cam para un taxi y en un momento, nos trasladamos por la ciudad hacia el *Soho*.

—Cariño. ¿Podríamos comprar algunas cosas para esta casa?

—Compra lo que quieras. ¿Cómo qué? —concede besando con dulzura mi mano.

—De entrada me apetece poner algunas fotos y algunos detalles para que no parezca tan desangelada. Luego podríamos ir buscando algunos muebles para que cuando vengamos estemos más cómodos.

—¿Sabes cómo estoy yo cómodo? —pregunta junto a mi cuello.

—No empieces —adviento bajito ante los ojos del conductor reflejados en el retrovisor interior.

—Iba a decir, contigo —explica con voz grave sonriendo.

—Gracias. Yo también.

Dándole un beso en la mejilla.

Parece mentira como el episodio del baño ha pasado a un segundo plano ante la perspectiva que tengo delante de un futuro prometedor con él, y desde luego, no voy a cometer el error de hace años.

Cuando estoy tranquila entre sus brazos, después de haberle mostrado todos los lugares donde me gusta notar el contacto de su barba, su cuerpo abrazando el mío, me dan la seguridad para afrontar la conversación que tenemos pendiente desde que salimos del restaurante.

—¿Estás dormido?

—No —afirma con sus labios en mi cuello.

—Tengo que contarte algo —anuncio volviéndome para mirarlo.

En cuanto nuestros ojos se encuentran su mirada se torna preocupada ante mi expresión seria.

—¿Qué pasa, cariño?

—Antes cuando he ido al baño ha pasado algo que no te he contado.

—¿Estás bien? ¿Es el bebé?

Sus ojos intranquilos ante la incertidumbre.

—No te preocupes, no es eso. Me he encontrado con alguien que, sinceramente, hubiese preferido no volver a ver jamás.

—¿A quién has visto? —pregunta su voz tensa esperando.

—A Lisa Co.

No me da tiempo terminar el nombre, se incorpora como un resorte mirándome sorprendido sin disimular la incomodidad en su cuerpo.

Hago lo mismo y nos quedamos en silencio, observándonos mutuamente.

—¿Por qué no me lo has dicho en el restaurante?

Con voz enfadada.

—Porque no ha pasado nada que no hubiera esperado viniendo de ella y es nuestra noche especial. No iba a permitir que nos la fastidiara. Nunca más tendrá el más mínimo poder sobre nosotros. ¿Entiendes? No voy a consentir que su despecho haga que tú y yo discutamos. Ahora ya no.

Me acaricia dulcemente la mejilla, mirándome con el infinito color de su azul, antes de besar con ternura mis labios aceptando mis palabras. Esa mujer es pasado, tenemos un presente y un futuro que solo nos concierne a nosotros. A nadie más, y menos a personas amargadas, incapaces de aceptar que a otros las cosas nos vayan mejor que a ellos.

—¿Qué te ha dicho?

—La verdad es que no mucho. Tampoco le he prestado mucha atención, creo que la actitud pasiva que he adoptado la ha descuadrado. Si esperaba una pelea entre gatas se ha equivocado de mujer. En ese sentido comparto la opinión de Peter, la grosería de algunas personas las considero una bajeza que no pienso aceptar, mucho menos ponerme a su nivel. A veces la indiferencia hace más daño que las palabras.

—¿No recuerdas lo qué te ha dicho? —pregunta incómodo.

—Sí lo recuerdo, pero no quiero repetírtelo.

Su carácter protector hacia mí se hace evidente, cuando me abraza tan fuerte que siento su calor arder en mi piel, inclina su cabeza para besar mis labios con la ternura que le gusta expresar cuando me quiere cuidar.

—¿Qué te ha dicho, Cate?

Con voz grave hablando en un tono bajo.

—No mucho, que me volveré a ir, y que otra vez volverás con ella como hiciste cuando me fui.

Me mira asombrado, abriendo los ojos esbozando una leve sonrisa, al ver mi actitud confiada e incrédula ante la amenaza de su ex amiga o lo que fuera.

—¿Volver con ella? Ni en mis peores sueños —exclama con un gesto de repugnancia.

—Lo sé cielo.

—¿Confías en mí? —pregunta antes de volver a besarme.

—Siempre.

—Pues cree esto. Cuando te fuiste intentó varias veces que volviese con ella, la muy zorra perdió absolutamente la dignidad. Cuando Peter denunció a Harry y supimos lo que habían hecho, el asco que ya le tenía se convirtió en odio.

—Cariño, no te he preguntado nada. No quiero saberlo.

—Pues yo sí quiero que lo sepas. ¿Crees qué me acosté con ella?

Su expresión dolida ante mi silencio hace que necesite expresarle que mi confianza hacia él está por encima de todo. Está por encima de engaños y traiciones, ahora ya no pueden hacernos daño.

—No. No lo he dudado ni un momento.

—Gracias amor. Te quiero tanto que a veces me da miedo...—deja la frase sin concluir.

—Yo te pedí confianza y me la has dado, es de recibo que haga lo

mismo contigo. No voy a permitir que las malas intenciones de nadie se vuelvan a inmiscuir entre nosotros. Ya no Cam, te quiero y lo único que deseo es ver nacer a nuestro hijo, juntos. Vivir tranquilos, creando nuestra propia familia, porque creo en ti y creo en nosotros.

—Y yo *gràdh*. Tú, yo y los niños que quieran venir.

—Bueno tampoco dejes que la imaginación se apodere de ti.

Mi voz serena sonriendo a sus preciosos ojos.

En unos segundos nuestra actitud un poco incómoda ha quedado olvidada al tener ambos la certeza que pensamos lo mismo ante el futuro que queremos vivir.

—¿Por qué no? Muchos pequeñajos corriendo de un lado a otro.

Su voz convencida con una sonrisa pícara.

—Cuando dices muchos. ¿Entre qué cifras te estás moviendo? —
pregunto sonriendo.

—¿Tres?

Mirándome con los labios fruncidos divertido.

—Dos.

Empiezo con los recortes.

—Tres. De este casi no me he enterado.

—¿Tendrás cara? Pues no haber practicado tanto con el dardo. Así no lo tendrías tan efectivo.

Se inclina sobre mi cuerpo riendo ante el recuerdo de su endemoniada puntería, zanjando un tema que, afortunadamente, no ha hecho mella en nosotros, al contrario, a incrementado la confianza que ambos tenemos en nuestro amor.

El día siguiente por la tarde llegamos a Edimburgo, con la misión de ultimar los preparativos con la empresa de catering que contratamos para la boda.

Nos instalamos con lo mínimo en el piso, después de comer algo en un restaurante cerca de casa y pasamos la tarde en el sofá, repasando la lista de invitados que aunque en un principio iba a ser mucho más corta, aumenta por minutos, viene hasta el alcalde.

—Cam, no es por nada. ¿No te parece un pelín exagerado? De todos los invitados conozco solo al diez por ciento.

—Lo sé cariño, pero si invito a uno tengo que invitar a otro. La única opción es casarnos solos con los íntimos y eso ya no es posible. El sacerdote lo ha anunciado en misa. Me lo dijo Mary, el hombre con su buena intención, lo contó el domingo pasado y ahora todo Portree sabe que nos casamos.

—Vaya lio. No me quería poner nerviosa, pero esto me está desbordando.

—Cate, no te preocupes. Son gente sencilla que solo van a venir a

divertirse un rato. No le des más vueltas.

Qué fácil es decir para él no le des más vueltas y seguir sumando nombres.

El lunes por la mañana cogemos el deportivo y Cam conduciendo con suavidad por el centro, lo dirige hasta que llegamos al local donde tiene las oficinas la empresa de catering.

La encargada de nuestro evento, una chica de mi edad, nos atiende un poco más interesada en mi novio que en mí. Es una morena atractiva muy cómoda con su imagen, transmite mucha seguridad en sí misma.

—¿Tenéis la lista definitiva? —pregunta a Cam.

—Sí —Mirándome ajeno al interés que está despertando—. Cariño. ¿Cien o ciento diez?

—Pongamos ciento diez. Por lo que pueda pasar.

—Ya has oído, ciento diez. Ella manda —apunta con su punzada de orgullo al mirarme.

La mujer ha captado el mensaje y empieza mucho más suave a ir introduciéndome en las decisiones.

Han hecho un plano del jardín trasero de la casa de Dunvegan, y han distribuido mesas redondas para ocho comensales, situadas entre los grandes sauces que Duncan plantó hace muchos años. En un lateral han situado una

barra para el servicio y en un rincón hay espacio para una orquesta, delante de una zona libre para bailar.

—¿Qué te parece? —pregunta la encargada mirándome.

—Está muy bien, habéis hecho un gran trabajo —reconozco satisfecha.

—¿Tienes alguna preferencia por los colores? —pregunta muy cordial.

—Básicamente que sean claros, tonos suaves. Lo que sí me gustaría es que hubiera muchas flores silvestres con algunos detalles rojos.

—¿Te gusta esta mantelería? —pregunta enseñándome un catálogo con una mantelería en color marfil con bordados sutiles de pequeñas flores rojas.

—Es preciosa. ¿Te gusta? —pregunto a Cam.

—Lo que tú digas —responde complaciente sin prestar mucha atención.

—Bueno, si os parece pasamos a que probéis los menús y así podáis decidir cuál queréis.

Nos dirigimos a la zona donde se encuentran preparados los platos para degustarlos. Tienen una presentación exquisita y el sabor más delicioso. Es muy complicado decidir cual, ya que todo lo que vamos probando está muy bueno.

—No sé. Cam ¿Tú qué dices?

—Está difícil. Todo está muy bueno. Lo que tú elijas me parecerá bien.

—Muy bien, conformista, pero de los vinos te encargas tú.

Me decanto por un menú de sopa de salmón ahumado, una ensalada de rúcula y por último ternera escocesa con setas salvajes y salsa marsala. Como postre una tarta de queso americana caramelizada con manzana y una selección de dulces con diferentes chocolates calientes y helados variados. Los entrantes los dejo a elección de ellos y del vino se está encargando Cam junto con un sumiller, a quien espero no martirice mucho con sus peticiones más rebuscadas.

La misma tarde nos vamos a Skye. Llegamos otra vez por la noche y por el camino terminamos la lista de las cosas pendientes, entre ellas, abrir mi antigua casa de Portree para que se queden nuestros amigos, entre esta, otra alquilada y la nuestra tenemos que acoplarlos.

Todos han confirmado su asistencia. Anna junto con Julian y los niños llegarán dos días antes de la boda. Jack e Ian lo harán a lo largo del sábado. Tom reconciliado con su ex mujer y Charlie con su novia, vienen en coche desde Glasgow también el viernes. Syd y Joan también, pero ellas aún tienen casa en Portree, el resto o viven en el pueblo o se encargan ellos mismos de su alojamiento.

El martes, mientras Cam ha ido al trabajo, voy con Amy a mi antigua casa, dónde solo se quedarán Jack e Ian.

Volver a entrar en ella es un trago un poco amargo que afortunadamente

hago acompañada.

—¿Estás bien? —pregunta al verme parada inmóvil en el salón.

Aquí sí que no hay ningún cambio, parece que Cam la cerró el mismo día que salí huyendo.

—Sí. Es un poco raro, después de tanto tiempo. Cuando me fui aquel día, pensé que nunca volvería a verla —explico melancólica.

Amy se acerca dándome un reconfortante apretón en el brazo.

—Supongo que no es fácil —comenta amable.

—Es muy triste. Todo está igual.

—Sí. Cam la cerró y creo que intentó olvidarse de ella. Supongo que para él también era complicado. ¿Quieres subir arriba?

—Sí, vamos.

Nos dirigimos a la escalera hasta llegar al que fue nuestro dormitorio. Al ver la cama y el cuadro no puedo evitar que una lágrima lenta recorra mi rostro. Es como si el tiempo se hubiese detenido.

Amy a mi lado está respetando este momento, dándome el espacio que necesito para que mi emoción se relaje un poco.

—Aquí fue dónde hicimos el amor por primera vez.

Al decirlo me embarga una desconsolada angustia que unida a la facilidad que tengo para llorar hace que mi amiga se preocupe.

—Cate, cariño. Siéntate un poco.

Niego con la cabeza sin poder hablar.

—Entonces vayámonos, no quiero que estés tan triste. Le diré a Grace que mande a alguien para limpiarla —admite asiendo mi mano para salir.

Gracias a los contactos que tienen alquilaremos otra casa unos días, en el centro del pueblo. Mañana la veremos y si va todo bien, el problema del alojamiento estará resuelto.

Helen y Mark se quedarán en casa de Amy, que se ha ofrecido. Llamé hace unos días a Anna y le ha parecido muy bien, supongo, porque no la he visto, pero me la imagino cruzando los dedos, suplicando en silencio unos días a solas con Julian. Lo que no tengo claro, es si Amy o Peter no se arrepentirán de esta decisión. Connor y Helen juntos son una bomba de relojería.

Nosotros nos quedaremos solos en Dunvegan la noche de bodas.

Peter al ser el padrino nos va a regalar los anillos, según me ha contado Amy está muy ilusionado con su regalo que será el mismo que Cam les hizo a ellos cuando se casaron.

Después de comer con ella, vuelvo a casa para encontrarme a los perros tumbados muy tranquilos. Cam está con el portátil que cierra en cuanto me ve.

—Hola, cariño. ¿Cómo ha ido? —pregunta sonriente.

Me siento a su lado.

—Hola, preciosa. —Acaricio la cabeza de *Alioth* cuando ha venido

contenta a saludarme, *Mad* también se acerca, aunque algo más cauteloso—.

Hola, *loco*, ¿cómo estás? —digo rascándole también.

—¿Estás bien?

Con voz preocupada antes de besarme los labios.

—Sí. Mañana veremos la otra casa y cerramos el tema del alojamiento.

Mi voz triste echando la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.

Cam a mi lado recorre con su dedo mis cejas.

—¿Qué pasa cielo?

—Cuándo he entrado en la casa...

No puedo seguir, mis hormonas traicioneras más el cúmulo de nervios hacen que empiece a llorar sin consuelo.

Sus brazos fuertes me abrazan pegándome a su pecho, donde paso varios minutos hasta ir recobrando poco a poco la compostura.

—He recordado lo feliz que me sentí allí, no sé... me he puesto triste, lo siento. Últimamente me paso medio día llorando y el otro durmiendo y siempre al final termino en tus brazos...

—Cate, yo también fui muy feliz allí —afirma bajito junto mi cabeza.

En un suave movimiento me sienta sobre sus piernas. Con la cabeza apoyada en su pecho escucho su corazón que hace latir el mío unidos al mismo ritmo.

—Cariño, si tenerte en mis brazos es lo único que puedo hacer para compartir contigo el embarazo, vas a estar los próximos años en estado.

Intentando animarme.

—Aunque quieras bromear, creo que para ti esa casa también era especial, si no, no la habrías cerrado.

Noto como tensa los músculos del cuerpo, a la vez que, inspira hondo para dejarme con la ausencia del brillo de sus ojos. Beso sus labios que no se atreven a pronunciarse ante algo que no quiere recordar.

Por la noche me despierto sintiendo su calor a mi lado y soy yo quien no quiere recordar los años que estuvimos separados. Acaricio su pecho, duermo tranquilo, imaginando a nuestro hijo jugar en el jardín con otros niños, y nosotros mirándolo orgullosos, viéndonos como uno solo por fin, formando un solo ser.

Mi mano dibujando leves caricias en su vientre hace que su cuerpo reaccione a ellas, lo que me anima a seguir mi recorrido hacia su excitación.

—¿Qué pasa? —pregunta con voz ronca adormilada.

—Shhhh no hables...

Me subo a su cuerpo con nuestras caderas en contacto. Sus dedos empiezan a recorrer mis senos despacio y me inclino para besarle muy suavemente el pecho.

—Cate...

Las manos de Cam en mis nalgas, alzándome para penetrarme con sus labios sedientos acariciando mis pechos. Nuestros cuerpos empiezan con una cadencia muy lenta, acompasando los movimientos hasta encontrar el placer que tanto necesitaba sentir.

Unos minutos después, abraza mi espalda y sintiendo su protección puedo dormir relajada sabiendo que este hombre va a estar siempre a mi lado.

—Gracias —digo susurrando.

—Así me puedes despertar cuando quieras.

Dándome un beso en el hombro.

—Pues vas a dormir muy poco, ahora que estoy mejor, solo me apetece sexo.

—Ummmm. Cariño, me está gustando por dónde va el embarazo.

Recorriendo con su mano mi vientre bajando hasta introducirla entre mis piernas.

—¿Cómo vas con los votos? —pregunto excitada.

—Muy bien. ¿Y tú? —susurra en mi oído.

—Cam... si sigues...

Mi voz en un gemido entrecortado.

—Voy a seguir, soy tu soldado...

Introduciendo sus dedos entre mis húmedos pliegues.

Su mano inicia el movimiento perfecto para que mis disparatadas hormonas gocen de nuevo con el placer de mi entregado guerrero.

Olvidándonos de todo nos dormimos hasta que el día siguiente Peter nos visita otra vez temprano, en lo que se está convirtiendo en una costumbre. Para mi desgracia, no me han hecho aún partícipe de ninguna de sus conversaciones.

—Hola, Cate. ¿Cómo estás? ¿Qué tal en Londres?

Me acerco a él para darle dos besos sonriendo ante su atuendo.

—Bien. ¿De dónde vienes? —pregunto con voz curiosa.

Se mira las bermudas vaqueras deshilachadas, encogiéndose de hombros, sin percatarse de mis ojos en sus botas de media caña, destrozadas, subiéndome hasta su camiseta sin mangas totalmente usada y descolorida.

—Tu amiga. Se ha empeñado en pintar la habitación de Connor. Y tiene que ser ya, así que en cuanto termine aquí, lo haré para que me deje en paz.

Sonríó ante su supuesta protesta, por mucho que diga que su mujer lo agobia no se lo cree ni él.

—Pues cuando termines te vienes por aquí y empiezas con la de tu futuro ahijado o ahijada.

—Muy graciosa, pero prefiero que tenga el honor su padre.

—Gracias compañero, no esperaba menos de ti.

La voz de Cam acercándose a nosotros.

—Tenemos que hablar. ¿Vamos fuera? —sugiere Peter.

—Claro. Cariño ahora venimos.

Con un suave beso en la frente salen de la casa hacia el jardín trasero donde los perros al verlos se dirigen hacia ellos corriendo como locos.

Observo como el diálogo que mantienen los va incomodando hasta que Cam lo mira desafiante negando con la cabeza con insistencia. Peter saca su móvil bajo su atenta mirada, mientras Cam, con las manos metidas en los bolsillos, espera muy serio que su amigo acabe con la conversación.

Al cabo de unos minutos vuelven a hablar con la cordialidad habitual entre ellos e incluso, la sonrisa de Peter me hace pensar que lo que estuvieran tratando ha quedado arreglado.

Cuando Cam regresa al interior no hace ningún comentario sobre nada relacionado con la visita de Peter.

Si quiere contármelo tiene total libertad para hacerlo, es su decisión.

Una semana antes de la boda voy a casa de Amy para coordinar con ella los últimos detalles que aún no hemos hablado.

—Vaya, Pet se ha salido —comento admirando el cuarto de Connor.

—Sí, protesta, pero después no hay cosa que más le guste que un desafío.

—No sé yo que decirte.

—Hazme caso. Con solo decirle que si él lo hace, el resultado será mucho mejor que si contratamos a alguien, le entra su vena vanidosa y listo. A pintar —comenta resuelta.

—No sé yo si con Cam me funcionaría. Va sobrado de arrogancia, no creo que le intimide mucho un pintor.

—Tú misma. Dile que vas a contratar a alguien para decorar el cuarto del bebe, a ver por donde sale.

—Buena idea. Lo probaré.

—¿Qué vas a probar? —pregunta Peter entrando en la habitación del niño.

—Cosas nuestras —responde Amy dándole un beso en los labios.

—Te ha quedado muy bonita. Me encanta ese color.

Señalando una pared azul grisáceo.

—Sí, la verdad es que para que lo hiciera cualquiera y tener que estar explicándole como lo queríamos todo, lo hago yo y acabo antes —admite con seguridad.

La mirada que intercambio con su mujer nos hace sonreír al recordar las palabras que hemos compartido hace un momento. Él, sin inmutarse, se dedica a contemplar su obra.

—Pet, ya que estoy aquí. ¿Podemos hablar?

—Bueno, me voy abajo a seguir con la comida —anuncia Amy saliendo.

—De la boda lo tengo todo controlado —afirma Peter.

—Que pesados sois con el control. No quería hablar de la boda. Es otra cosa.

—¿Qué pasa?

Mirándome con expectación.

—No lo sé, Cam no me cuenta nada, pero si hay algo que debería saber me gustaría no ser la última en enterarme. ¿Estáis teniendo problemas en el astillero?

—No. ¿Por qué?

—No lo sé. ¿Sabes lo de Londres?

—Sí. Me lo contó cuando nos vimos. Siento que tuvieras que volver a verla. Yo tuve más suerte y no hablé con ella.

—La verdad es que no me ha afectado mucho, nunca sabes cómo vas a reaccionar, sin embargo, me sentí muy bien conmigo misma y no le entré al trapo. Tiene una pinta horrible, ni siquiera la vimos cuando cenábamos, creo que si no se dirige a mí, quizás, ni la hubiese reconocido.

—Que se joda. ¿Qué te preocupa? Si es por lo que te dijo sobre ella y Cam, te digo que no la creas, no pasó nada. Cuando te fuiste, ella se fue a Londres y él se quedó aquí. Dudo mucho que en su estado pudiera hacer nada.

No pienses en eso, es tan retorcida que solo quiere hacerte daño.

—No me preocupa eso, de verdad, pero no quiero que Cam haga nada, no sé hasta qué punto es capaz de llegar si cree que estamos amenazados.

—Cate. Es mayorcito y sabe defenderse.

—Lo sé Pet, por favor no dejes que haga algo para que tengamos que estar recordando cada dos por tres a esas personas. Estoy harta de que cada cierto tiempo se metan entre nosotros.

—¿Por quién me tomas? —pregunta esbozando una sonrisa.

—¿Por su mejor amigo?

—Eso está fuera de cualquier duda. No te preocupes no vamos a dejar que se le vaya la pinza. Anda ven.

Me envuelve entre sus brazos, meciéndome con la serenidad de quien conoce, mejor que nadie, el carácter a veces un tanto incontrolable del que en unos días será mí marido.

Cuando llego a casa subo al cuarto del bebé a tomar algunas medidas, para diseñar los muebles que tengo pensados, antes de que Cam venga con su minimalismo y pretenda decorarlo solo con una cuna.

Al terminar me pongo con un programa de dibujo a encajar los muebles y los colores de la habitación. Como no sabemos el sexo solo utilizo tonos claros mezclados con algunas pinceladas verdes y amarillas.

—¡Cariño! ¿Dónde estás? —pregunta desde la planta baja al llegar.

—Arriba.

Inmediatamente entra dedicándome una sonrisa de bienvenida alegre, a la vez que se dirige con paso decidido hacia el rincón donde continuo con el portátil.

—¿Qué haces?

Mirando el plano en la pantalla.

—Estoy viendo cómo colocar los muebles y los colores que mejor quedarían.

—Pero... ¿No lo iba a hacer yo? —pregunta confuso con un gesto un poco molesto.

—Bueno, esto es solo una aproximación. Quería ver si caben todos bien.

—Pero si solo necesitará la cuna

Vuelvo la cabeza para darle un beso en los labios ante su disconformidad por lo que está viendo dibujado.

—¿No te gusta? —pregunto incrédula.

A mí me encanta como está quedando, he conseguido utilizar solo una pared para todo el mobiliario, dejando el dormitorio muy diáfano y junto una alfombra central muy cálida hará que podamos estar jugando con él o ella cuando nazca en pleno invierno.

—¿Y esto?

Señala un cambiador abatible que he incorporado al conjunto.

—¿Tú qué crees?

Lo miro desafiando su inteligencia.

—Ni idea.

—Pues no te preocupes, te dejaré el honor de ser único en utilizarlo.

—¿Te estás riendo de mi?

Su cara divertida en cuanto ha comprendido el uso del mueble ante mi mirada burlona, desata un rato muy agradable. Pasamos casi una hora repasando medidas y cambiando algunos muebles que el arquitecto escocés considera excesivos.

—Creo que si este lo quitamos y el armario lo ponemos en esquina estará mejor.

Su voz suficiente.

—Lo sabía... Esto no es una oficina cariño, es el dormitorio de un bebé, necesita esas cosas. —Hago una pausa—. Además, había pensado que como tú estás muy liado poniéndote al día en el astillero, a lo mejor sería buena idea contratar a alguien para que haga los muebles y pinte la habitación.

—¿Estás loca? —exclama su voz indignada.

Lo miro sonriente, desde luego Amy tenía razón, ha entrado en el juego sin darse cuenta, incluso me da un poco de cargo de conciencia, si hasta le hace ilusión. Afortunadamente me dura poco, si lo va a hacer él, tiene que ir

empezando. Entre muebles a medida, pintura y todo lo que tenemos que comprar vamos a tener que estar enganchados a Internet si no queremos que se nos eche el parto encima.

El mobiliario es lo de menos, sé que Cam tiene aquí varios proveedores de madera, pero el tema del ajuar lo tendré que ir encargando yo.

Curiosamente tengo más confianza en que él termine su parte, antes de que lo haga yo con la mía. Al menos la suya no depende de nadie, solo del tiempo que le dedique, el resto irá en función de la disponibilidad y de la prisa que me dé en ir comprando las cosas.

—Tú verás y en vez de ir a Edimburgo podríamos ir a Inverness — sugiero por cercanía.

—Cuando quieras ir, me lo dices. Lo podemos dejar para septiembre.

—Sí, creo que si empezamos en serio después del verano nos dará tiempo. ¿No?

Me da un abrazo besando mi pelo antes de coger el portátil y cerrarlo.

—Cariño en comparación con un barco esto es de aficionados.

La vena arrogante que hacía un rato no salía.

—Tú verás McPheal, más te vale cumplir. Yo a partir de mi cumpleaños me doy de baja de problemas.

Aviso sonriendo a su expresión de suficiencia.

—Por cierto, como será tú primer cumpleaños estando casada. ¿Dónde

me vas a llevar?

—No había pensado nada. Cuando llegue lo pensaré.

Me da un beso en los labios contento ante la expectativa de que el próximo uno de noviembre cumpliré treinta cinco años estando muy embarazada de su hijo.

—No sabes lo feliz que me hace saber que estaremos juntos, donde elijas será perfecto —admite en un tono bajo sugerente.

—A mí me pasa igual, pero no te emociones mucho, con pasar el día en el barco me conformo.

—Acabas de decir el único sitio que tengo descartado.

—¿Por qué? —pregunto extrañada.

—Cariño, te quiero mucho, lo sabes, aunque irme solo contigo a navegar y que te pase algo no entra dentro de mi ideal de celebración.

Nuestros cuerpos solo separados por pocos centímetros que se encarga de acortar pasando suavemente su mano por mi incipiente barriga.

—¿Estás asustado?

Mi mano acariciando su mejilla ante sus ojos infinitos.

—Como nunca. Es muy contradictorio, te lo juro, Cate. Por un lado solo pienso en que esté aquí con nosotros pero por otro lado me aterroriza que vaya a salir algo mal.

—A mí también, sin embargo, estoy convencida que todo va a ir bien.

No sé si será el instinto de conservación, pero sé que haremos todo lo posible para que dentro de poco estemos los tres aquí, habiendo olvidado estos miedos.

—Cuento los días para conocerla —comenta con voz baja soñadora.

—Yo cuento los días para conocerlo.

—De eso nada. ¿Te has pensado lo del sexo? Yo sigo en lo mío. No quiero saberlo.

—Me imaginaba que no habrías cambiado de opinión. Yo he decidido que quiero saberlo. Todavía estás a tiempo de cambiar —advierdo ante su gesto de negación.

—No voy a cambiar por mucho que me lo digas —afirma sonriendo.

—No esperaba menos de ti.

Con un beso en sus labios.

—Lo mismo digo.

Salimos envueltos en la atmósfera hogareña que siempre tenemos juntos y que después de los años que hemos estado cada uno viviendo a nuestro aire, nos ha atrapado con la naturalidad de la cotidianidad.

Sin darnos cuenta hemos vuelto a las rutinas que teníamos cuando nos conocimos y pasábamos varios días seguidos, en su casa o la mía. Si ya en aquella época no discutíamos mucho siendo más jóvenes e inexpertos, estoy convencida de que en esta etapa nuestro matrimonio va a funcionar.

Capítulo 20

Portree, Escocia

Viernes 13/8/2000

Faltan solo dos días para la boda y mi estado de ansiedad ha empeorado un poco al ver el trasiego de personal que la empresa de catering está mandando a Dunvegan. Han llegado las mesas, sillas, menaje, cuberterías, todo lo que necesitan para decorar el jardín ya está allí. Por suerte, la previsión del tiempo es buena y esperamos un día soleado veraniego.

Esta mañana han llegado a Edimburgo Anna y Julian con los niños, han alquilado un coche, y llegarán dentro de un rato, sobre el mediodía. Comeremos juntos en casa. Al otro Thompson con su novia y a Tom con su pareja, los esperamos por la noche.

Hace un par de días fuimos a la consulta de la doctora Carter para la visita mensual del seguimiento del embarazo. Todo sigue su curso normal, me ha aconsejado que no tome el jarabe para las nauseas puesto que no es necesario, son solo frecuentes en el primer trimestre. Si veo que sigo igual tendría que volver a tomarlo, ella le ha dado más importancia al cuidado de la alimentación y a la ingestión diaria del ácido fólico.

Ya sé el sexo del bebe, para tortura de Cam que estoicamente lleva dos

días sin preguntar y que advirtió a la doctora que no lo dijera delante suyo, ante nuestras miradas asombradas.

Tenía la esperanza de que en el último momento se rindiera ante la incertidumbre, pero me ha sorprendido con su negativa a saberlo. Está empeñado que así es más emocionante para él, por lo tanto no lo voy a poder decir, no quiero que nadie le quite la ilusión. Así que a todo el mundo le hemos dicho que no lo sabemos.

Estoy siendo un poco perversa con él. Llevo desde que volvimos de la consulta confundiéndolo y pasándolo muy bien con sus desaires haciéndose el ofendido por no respetar su deseo de vivir en la ignorancia.

Nos hemos traído el Jaguar a Portree por lo que vinimos cada uno en un coche, a mí me tocó traer el todoterreno porque según él, el otro es demasiado suave y estoy más acostumbrada a este. Cuando se pone así le hago creer que me ha convencido, al fin y al cabo los dos suyos. El mío sigue en Nueva York hasta que decida qué hacer con él.

Aunque sigue pensando vender el deportivo no se lo voy a permitir. Parece que ha entrado en razón con el tema de la velocidad y solo el ver su sonrisa al volante de su capricho, es demasiado para mí como para cambiarlo por un monovolumen. Tendremos que negociar un poco, pero debido a mi estado, últimamente voy ganando todas las batallas, así que creo que esa guerra la ganaré también.

Cam ha traído a Connor y a Mary para que cuando lleguen nuestros amigos, los niños tengan tiempo de reconocerse y dejen la timidez de los primeros momentos, sobre todo, Mary. Es a quien más le cuesta entablar relaciones.

De hecho, en vez de estar fuera con su hermano y su tío, prefiere ayudarme en un momento visionario que he tenido al hacer la lasaña de Anna, algo de lo que ahora me estoy arrepintiendo, tiene más trabajo del que parecía.

—Mary, ¿Puedes mover la salsa despacio?

—Claro. Así.

Indica el movimiento lento de la cuchara en su mano.

—Perfecto. Voy a trocear los tomates.

Cam y Connor entran en la casa bromeando seguidos de los perros, se dirigen hacia el baño donde los oímos lavarse las manos antes de venir hacia la cocina. En un minuto un pecho ancho presiona mi espalda junto a unos brazos bronceados que rodean mi cintura con las manos abiertas.

—Qué bien huele. ¿A qué si Conn? —pregunta mirando desde mi espalda como troceo.

—Ya te digo. ¿Qué vamos a comer?

Con los ojos muy abiertos a la vez que olfatea curioso.

—Lasaña, la estamos haciendo Mary y yo.

—¿Mary? Pues yo no como. ¡Qué asco! —exclama haciendo una mueca de disgusto.

Cam desliza un brazo para darle un toquecito en el hombro ante la guerra particular que mantiene con su hermana.

—¿Qué te apuestas a que te la comes? —pregunta la voz desafiante de su tío.

—Lo que quieras. Yo no como si la ha hecho ella.

Se obstina señalando a su hermana.

Mary sigue moviendo indiferente acostumbrada al comportamiento habitual entre ellos.

—Ten cuidado Conn, porque tu tío te va a castigar sin ir a la bodega. A mí una vez me castigó —apunto sonriendo.

Siento las manos de Cam acariciando mi vientre, pega sus caderas a las mías en movimientos inadvertidos para los niños; pero que están causando estragos en mi cuerpo, sobre todo, cuando las sube despacio dejándolas solo rozar con los pulgares mis pechos.

—¡A mí me da igual la bodega! No me la voy a comer.

Connor sigue encabezonado.

—Te perdoné el castigo.

La voz ronca de Cam susurrando cerca de mi oído.

—Pues tiene que estar buena, yo me la comería —añado, intentando

mantener un tono normal mirando al niño.

Sin llamar la atención muevo mis caderas para frotar mis nalgas contra su dura excitación. Cam no está llevando muy bien la contención, como el niño no se calle vamos a tener que salir corriendo de la cocina. Yo estoy entrando en barrena y me parece que mi soldado tampoco tiene salvación.

—Cate, si la ha hecho Mary no me la voy a comer.

El niño ajeno a lo que nos pasa sigue con su particular rebelión.

—Conn, por favor...

Su tío pidiendo clemencia.

—Pues yo si me la voy a comer.

Balanceo el cuerpo sintiendo la presión de la mano de Cam entre mis piernas.

—Como no te portes bien, me la vas a pagar. Un minuto. Dormitorio —susurra en mi oído.

—¿Qué te ha dicho? ¿Por qué habláis en el oído? —pregunta Connor intrigado.

—A ti no te importa. Anda pon la mesa —asegura Cam antes de besarme el cuello.

Cameron separa sus brazos de mi cintura y se dirige rápido al dormitorio dejándome en la cocina con los niños. Compruebo que todo esté bajo control e intentando parecer despreocupada miro el reloj, tengo treinta

segundos.

—Mary, la salsa ya está. Id a ver la tele un rato hasta que lleguen. Voy un momento arriba. Ahora bajo.

En cuanto veo que me han hecho caso y se han sentado a ver la tele, me dirijo escaleras arriba a toda velocidad. Al abrir la puerta, me rodean los brazos de mi leal soldado que me atrapan contra su cuerpo.

—Cariño, no podemos seguir así. Me matas —afirma su voz grave.

Sin perder tiempo sube mi vestido para recorrer con sus manos mis muslos necesitados de su contacto, introduce sus manos en mis bragas percibiendo mi excitación para bajarlas penetrándome en un movimiento rápido, sin compasión. Mis piernas rodeando sus caderas y mis brazos su cuello. Sus manos sujetando mis nalgas inician el ritmo que necesitamos para ir llevándonos juntos a un orgasmo.

—Shhhh, no hagas ruido —susurra a mi oído.

Su boca en la mía callando los involuntarios gemidos que nuestros cuerpos son incapaces de controlar, hasta que nos arrolla la calma después de saciar el deseo.

—¿Se habrán dado cuenta?

Mi voz recobrando la normalidad.

—No se han enterado de nada —afirma antes de darme un último beso.

Despacio me deja en el suelo donde cojo mis braguitas desterradas.

—Eso espero. Voy a bajar ya. —digo y me las pongo con rapidez.

—Me doy una ducha rápida y bajo.

Se dirige hacia el baño dándome un plano perfecto de su trasero firme antes de girarse sonriendo con insolencia.

—¿Has tenido bastante para un rato?

Lo miro frunciendo los labios con los ojos entrecerrados.

—¿Me acabas de hacer un favor a mí o a ti?

Se encoje de hombros y sonrío desvergonzado antes de desaparecer en el baño.

Voy otra vez abajo donde los niños parece no han notado nuestra breve ausencia.

Sigo con los preparativos de la comida poniendo las capas de pasta intercaladas con la carne cuando Cam reaparece recién duchado, en bermudas con una camiseta negra, viene hacia mí para darme un beso rápido en los labios antes de dirigirse hacia uno de los muebles, a la vez que Connor al oírnos vuelve precedido de los perros.

—¿Cuántos somos? —pregunta el niño al empezar a coger los cubiertos.

—Ocho. Y a ver cómo te portas con Helen. ¿Va a dormir contigo o con Mary? —pregunta Cam.

—Conmigo. Los niños juntos —aporta Mary desde el sofá.

—Pues yo prefiero con Helen.

—Conn, compañero, hoy no es tu día. ¿Ahora vas a empezar con otra cosa?

Su tío resignado.

—¿Sabes una cosa Connor? Cuando vivía en Nueva York, a veces llevaba a Helen y a Mark al cine. El que mejor se portaba elegía la peli que veíamos. Sin discusión por parte del otro. A veces, ganaba uno y otras veces otro, pero preferían elegir una peli que estar todo el rato peleando entre ellos. ¿Te gustaría elegir algún día una y que fuéramos al cine?

—¿Y cómo decidías quién se portaba mejor? —pregunta intrigado.

—Super fácil. Teníamos un sistema de puntuación. El nombre que menos veces fuera dicho por mí, durante el tiempo que durara el juego, ganaba. Si quieres jugamos cuando lleguen Mark y Helen y el que gane elige una para el lunes.

—Eres mala —susurra Cam pasando por mi lado.

—Vale. ¿Tengo que decirla ya? —pregunta inocente.

—Te has lanzado amigo, primero tendrás que ganar.

Le digo encogiendo los hombros.

—Vale, voy a ganar.

A veces me parece que pasar tanto tiempo con el arrogante escocés sube demasiado su autoestima.

—Pues claro campeón. Eres el mejor.

Su tío guiñándole un ojo animoso.

—Venga terminad de poner la mesa. A la lasaña solo le falta el horno
—afirmo vertiendo la bechamel sobre la pasta.

A los pocos minutos escuchamos aparcar un coche en nuestra puerta. Luego, se llena la casa de saludos, abrazos y sonrisas tímidas.

Anna está igual, su pelo rubio impecable en su bello rostro sereno, Julian me saluda con un caluroso abrazo transmitiéndome el cariño que ambos nos profesamos, aunque a veces por nuestras discusiones parezca que no es así. Helen está más alta y tiene menos huecos en la boca, pero su cara de pilla con sus ojazos azules son los mismos, su abrazo al verme es entrañable para mí. Mark también está más alto, hecho un hombrecito, más tranquilo, solo pendiente de su tablet. Nos saluda antes de sentarse en el sofá, el resto salimos fuera con los perros.

Helen y Connor en cuanto se acercan *Mad* y *Alioth* vuelven a ser uña y carne, a diferencia de los mayores que por la edad y timidez prefieren ver la tele ignorándonos a su manera.

—Cate estás guapísima.

La voz cariñosa de Anna.

—Tú también. Estoy muy feliz de que hayáis venido.

—Esto es precioso Cam. No me extraña que no quieras salir de aquí

—comenta Anna admirada.

Las vistas desde el jardín trasero son espectaculares. La situación de la casa disfruta de las montañas y la entrada del mar en el lago, rodeada de todos los verdes imaginables con solo paisajes silenciosos.

—¿Te ha gustado lo que has visto? —pregunta Cam con orgullo.

—Mucho. Es una pena que estemos solo una semana. A los niños les ha encantado, venían emocionados viendo los lagos.

—La verdad es que Anna tiene razón. Otra vez vendremos más tiempo —añade Julian.

—¿Cómo vais con el trabajo? —pregunto interesada.

—Lo siento, cariño. Ese tema lo hemos prohibido —anuncia la voz del esposo inminente.

—Cam, tenemos algo pendiente que visitar, ¿verdad? —comenta Anna.

—Cierto, después de comer iremos al astillero para que veáis como ha quedado la oficina. Cate aún no la ha visto.

—¿Por qué? —pregunta Julian sorprendido.

—Porque quería que la viéramos los tres juntos —aporta mi voz suficiente.

—Lleva impaciente por verla desde que terminamos la reforma —añade Cam sonriendo.

—Vamos a comer y nos acercamos, así veis también el puerto.

Mi voz feliz con evidente urgencia.

Volvemos al interior advirtiendo a los niños que el juego de la elección de película ha comenzado.

A continuación nos distribuimos alrededor de la mesa que con mucho detalle han puesto los chicos. La apariencia de todo es estupenda por lo que espero que el sabor también.

Connor y Helen están sentados al lado y después de servirle una porción de lasaña a ella, lo miro con expresión dudosa, antes de que me haga un gesto afirmativo para ponerle también a él su parte, ante la atenta mirada de su tío, quien al ver su reacción me guiña un ojo con complicidad.

Envueltos en una conversación sobre embarazos, niños, barcos y lo que hemos ido intercalando llega el momento de salir hacia la visita adeudada.

Dejamos los coches cerca de la iglesia para pasear hasta el puerto. Cogidos de la mano vamos llegando a la entrada hablando de los cambios que ha sufrido el pueblo en los últimos años, a la vez que los niños delante van jugando por primera vez los cuatro juntos, bastante entretenidos.

—Cam qué bonito. El edificio es impresionante. Debéis tener una luz brutal dentro. ¿No? —comenta Julian en cuanto vislumbra el astillero.

—Sí, después te lo enseño todo. Ahí en la nave es donde hacemos los barcos, detrás están los diques —explica Cam señalando el lateral de las

oficinas.

Sonrío interiormente ante el comentario de Julian, recuerdo con nitidez la impresión que me causó la primera vez que lo vi, era un día soleado como hoy, pero mucho más frío.

La sensación la tengo muy presente en mi mente. Recuerdo el impacto del blanco, el contraste entre el duro acero con el frágil cristal. La sensación de vulnerabilidad que sentí ese día, no tiene nada que ver con la de absoluta felicidad que tengo hoy, entrando con el dueño, padre de mi hijo, pero sobre todo, voy de la mano de mi amor.

Jamás imaginé que el día que entré por esta puerta por primera vez, cambiaría totalmente mi vida. Que el hombre arrogante, con el que mantuve mi primera discusión, es quien hoy, alegre e ilusionado, me lleva de la mano para enseñarme lo que desinteresadamente ha hecho para mí y mis socios.

Al entrar en el hall, ya se aprecian detrás del mostrador de recepción las mamparas en la zona posterior. Hay una transparente opaca de suelo a techo, con una puerta donde han serigrafiado nuestro logotipo, con el nombre completo de la empresa. Al lado, hay situada una placa de aluminio donde están grabadas solo las iniciales: «*S.T.G. Skye, Scotland*»

Es justamente lo que esperaba por su parte, un espacio diáfano con seis mesas grandes de trabajo y varias estanterías vacías. Todo el mobiliario es blanco lo que hace que la sensación de claridad aún sea mayor ya que aquí, no

es tanta la luz que entra como arriba.

Con una sonrisa, tira de mi mano y me conduce hacia una zona en el interior donde hay otra mampara que divide dos espacios más; una sala de juntas y un despacho de dirección.

Junto a la puerta del segundo, hay un rótulo con el mismo formato que el de la puerta principal, en el que pone: «*Catherine McPheal. European CEO*»

Me vuelvo para mirar su cara rebosante de felicidad al enseñarme orgulloso como queda mi nombre unido a su apellido.

Acaricio su mejilla, bajo la mirada emocionada de Anna, dándole un beso cargado de esperanza en los labios.

—Te quiero.

—¿Te ha gustado? —pregunta risueño.

—Me ha gustado mucho, además, este detalle no lo esperaba y me ha llegado al corazón. Significa mucho para mí.

—Te quiero, *gràdh*.

El despacho tiene una mesa blanca muy grande, pero lo que más destaca es la pared tras ella, dónde hay un vinilo cubriéndola entera. Es un dibujo reciente hecho por él, dónde estoy sentada de espaldas en la proa del velero, navegando por el mar revuelto. Ha captado el movimiento del viento y el agua con una maestría absoluta, verlo tan grande es un impacto al entrar. Al

ser en blanco y negro resalta muchísimo ante todo el blanco que rodea el despacho.

—¿Qué te parece?

Su voz en mi espalda antes de girarme y abrazarlo.

—Es absolutamente precioso. Creo que tienes un talento extraordinario, deberías pensar en exponer.

—Ni lo sueñes. Es un hobby y tú mi única modelo —afirma rotundo.

—Siento interrumpiros el momento, Cam a mí me vas a tener que hacer uno y un rótulo que ponga American CEO.

La voz burlona de Julian.

—Perdona querido, pero American CEO, soy yo —rebate Anna con un guiño hacia nosotros.

—Bueno, cuando os pongáis de acuerdo nos lo decís —acorto la fingida envidia de nuestros amigos.

—Es todo una maravilla Cam. Me has dejado impresionada —alaba Anna.

—Ahora en serio. Muchísimas gracias, creo que no solo has cubierto nuestras expectativas, con el espacio que hay pueden trabajar ocho personas sin problemas y para empezar es más de lo que pretendíamos. ¿Verdad chicas?

Asentimos con nuestras cabezas mirando su expresión un poco ruborizada, ante la reacción a su trabajo y realmente, Julian tiene razón, Cam

ha rebasado lo que teníamos pensado para establecer la empresa en el Reino Unido. Si desde que sé que voy a trabajar aquí, ya suponía que esta sucursal no saldría de Portree, ahora mismo, solo puedo confirmarlo.

Salimos de la mano del despacho antes de que se gire hacia Julian y Anna.

—Vamos a llevar a los niños con Peter y Amy, después llegan Tom y Charlie y habrá que llevarlos a la casa del pueblo.

—¿Cómo lo habéis organizado? Solo tenemos claro que los niños no estarán con nosotros —pregunta Julian con una gran sonrisa.

—Hoy y mañana nosotros cuatro en nuestra casa, el domingo nosotros en Dunvegan y vosotros aquí. Tom y Charlie con sus parejas en la casa alquilada y Jack con Ian en la otra casa de Cam, cerca de donde hemos dejado el coche —explico rápido.

Después de que Cam les ha hecho una visita guiada por toda la empresa, regresamos para dejar a los niños en casa de Peter, quien junto a Amy, al llegar, les dan una calurosa bienvenida, acogiéndolos con familiaridad.

Los adultos volvemos a casa, donde pasamos unas horas tranquilas poniéndonos al día en nuestras vidas, antes de cenar la deliciosa comida que

entre Anna y Cam están preparado. Mientras uno se dedica a cortar verduras, la otra marina unos filetes de pescado que le salen de lujo, ante la atenta mirada del chef escocés que no pierde detalle. Tendré que averiguar más adelante si realmente está aprendiendo algo.

—¿Cariño le enseño a Julian la bodega?

—Si os esperáis dos minutos vamos todos —responde mirando a Anna, quien asiente.

En cuanto consideran que lo tienen todo preparado, nos vamos hacia la parte exterior. En un momento entramos en nuestro lugar favorito de la casa.

Bajamos al sótano y el salón nos recibe entre muros de piedra y suelos de madera. Hay también una pequeña barra con varios electrodomésticos que nos permiten calentar comida sin tener que salir.

—Qué acogedor. Qué bonitos los sofás. —comenta Anna, mirando alrededor de la gran sala.

Ante la chimenea que espero el próximo invierno haga la estancia muy cálida; ya que tengo intención de pasar mucho tiempo aquí, hay varios sofás de piel claros muy modernos y algunas alfombras muy confortables. Sobre otro de los muros, hay una pantalla de televisión adosada y ya hemos venido alguna vez con Connor y Elle a ver películas.

—Está muy bien, con las claraboyas al jardín tiene que entrar bastante luz —afirma Julian.

—¿Te gusta? —Mi voz alegre.

—También quiero una Cam —asegura con guasa Julian.

—Venid os enseño dónde está la bodega —pide el feliz propietario.

Salimos para dirigirnos a una de las dos puertas que hay dónde tiene su preciada colección, la otra es un baño completo.

Al entrar, Cam comprueba la temperatura, después de encender algunas luces para iluminar la habitación rodeada de botelleros, algunos de bloques cerámicos otros de madera. No están llenos y algunas botellas, las más antiguas, eran de Duncan aunque él ha ido ampliándola con vinos de países que su abuelo jamás conoció, es la ventaja de la globalización que nos ha permitido Internet.

—Joder tío. Menuda tienes aquí montada.

Thompson no dando crédito.

—Elige un blanco. El que quieras —ofrece el espléndido escocés.

—No te pases —advierdo a mi socio.

—Shaw no me estropees el momento —comenta Julian yendo con Anna.

—Lo dice porque ella no puede beber —asegura el futuro padre protector.

—Bueno si se toma una copa de vino de vez en cuando tampoco va a pasar nada —explica la voz de la experiencia de mi amiga.

—¿Has oído? —pregunto con una sonrisa a Cam.

—Una.

Aproximándose mostrándome el índice levantado.

Cuando estoy a su alcance, apoya su brazo sobre mis hombros. Divertidos, vemos como mis amigos van pasando por la exposición hasta que Julian se detiene y saca una mostrándosela a Cam, que asiente con una sonrisa ante la elección.

—¿Está bien? —pregunta, enseñándole más cerca un Chardonnay joven californiano.

—Sí, está bien para la cena.

—¿Se ha pasado? —pregunto bromista.

—No. Contigo siempre me paso más y no te importa.

Miro su cara divertida fingiendo estar sorprendida, y encojo los hombros, dedicándole una expresión de incomprensión ante sus palabras. Sin embargo, tengo muy claro que entre una de sus virtudes está la generosidad. También aprovecha para compartir sus vinos a la menor ocasión que se le presenta y está para él es especial al igual que para mí.

Unas horas después de cenar, Julian y Cam cogen el coche para ir a recibir a los que vienen de Glasgow. Anna y yo nos quedamos en casa descansando después de un día lleno de sorpresas y alegría.

—Cate estás pletórica. Me alegra tanto de verte así.

—Gracias Anna, me encuentro en el mejor momento de mi vida. Me da un poco de miedo.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, es que a veces siento una especie de vértigo, al ver lo rápido que ha ido todo.

—Es normal lo que sientes, disfrútalo porque te lo mereces.

—Por cierto me ha contado Cam, la ayudita que nos disteis.

—Siento haberlo hecho a tu espalda, pero era la única manera que viajaras a Londres. Entre Jack y Peter urdieron el plan del *Hispania*, solo queríamos que hablaseis y que vieseis lo que os estabais perdiendo. Me llamó Peter unos días después de marcharse de Nueva York para convencerte de ir con Jack a Londres, lo de Bath fue consecuencia del destino, el resto forma ya parte de vuestra historia.

—Gracias, nunca os lo agradeceré lo suficiente —admito dándole un sentido abrazo.

Entre confidencias con quien fue mi gran apoyo en mi periodo más oscuro y con quien espero de todo corazón seguir manteniendo la amistad, a pesar de la distancia, el resto de mi vida, esperamos a que lleguen los hombres que las llenan.

Un rato más tarde, reaparecen entre jaleo de risas y animadas charlas, Tom y Victoria, a la que no conocía, acompañados de Charlie y su novia Martha, una castaña muy risueña, que me saluda con la cordialidad de los que no se conocen y saben muchas cosas de tu vida ya que comparten seres queridos.

—Tenía muchas ganas de conocerte, Charlie me ha contado muchas batallitas sobre vosotros.

La voz simpática de Martha con los ojos castaños más expresivos que he visto en mucho tiempo.

—Lo mismo digo. Espero que lo pases bien. Creo que es la primera vez en bastante tiempo que nos encontramos todos bajo el mismo techo.

—Ni que lo digas Shaw, nos has dado mucha guerra —comenta bromista Tom fingiéndose cansado.

—Al menos Scott ya podremos hablar con normalidad —afirma Cam.

—Por fin. Hubo veces que tenía que omitir la mayor parte de nuestros encuentros cuando aquí tu futura estaba presente —añade Tom.

Me acerco a él con la familiaridad que siempre hemos tenido dándole dos sonoros besos en las mejillas ante la sonrisa feliz de mi prometido, quien en estos momentos es incapaz de reprimir su alegría.

—Hola, Cate —saluda Victoria con dos besos.

Es una morena guapísima que no me extraña nada que haya caído dos

veces en las redes de su marido, siempre he sabido que apuntaba alto y que conseguiría a la mujer que se propusiera.

—Encantada Victoria. Me alegra mucho conocerte por fin. Es un placer que hayas venido con Tom, de verdad me hace muy feliz veros otra vez juntos.

—Lo mismo digo y enhorabuena por el embarazo —Su voz melancólica.

—Gracias. Por cierto, Tom. ¿Tú no te vas a animar?

La mirada enamorada del seductor de mi amigo hacia Victoria me indica que es un tema que deben estar tratando.

—Todo se andará. Abridnos el camino y os seguiremos.

—Perdona chaval, el camino lo tienes abierto desde hace muchos años —sentencia Julian.

—Tú no cuentas Jul, en todo caso mi cuñada —explica Charlie con un guiño a Anna.

—Hablad, hablad, pero me apuesto el cuello a que dentro de dos años tenemos entre todos para montar nuestro propio equipo de fútbol —vaticina Julian sonriendo burlón.

—Pues conmigo no contéis. Yo ya he aportado mis dos jugadores —desiste Anna

—No hagas apuestas que Cam se pierde —comento risueña ante su divertida mirada.

—¿Cuántos niños serían? —pregunta Tom con guasa.

—Necesitáis once. Creo que en dos años, a dos niños por año, lo máximo que conseguiríais son seis... vais apurados. Teniendo en cuenta que por ahora solo contáis con Helen y Mark, os faltan tres. Así que querido Julian. ¿Qué querías apostar? Lo que sea, lo subo —vacila Anna.

—No te lances Anna que pierdes, te estás olvidando de Connor y Mary, así que subimos a diez y si tienes en cuenta que Cate da a luz en enero, podríamos tener dos más —argumenta Cam ante la sonrisa de superioridad de Julian.

—¿Cómo? Sigue así y el domingo te dejo esperando en la Iglesia. —
Mi voz incrédula ante su mirada orgullosa.

—Cariño con lo que estamos disfrutando del embarazo.

—Te compadezco Cam —malinterpreta Tom.

—Yo me lo pensaría antes de apiadarme de él —refuta mandándome un guiño Julian ante la sonrisa y el asentimiento que se hacen entre ellos.

Con muy buen entendimiento y conversaciones absurdas que nos hacen pasar un rato divertido a todos, nuestros invitados se van a la casa alquilada hasta que mañana nos reunamos otra vez para cenar juntos.

En nuestro dormitorio después de acomodar a Anna y Julian, me acuesto cansada ante las emociones del reencuentro con mis compañeros de

juventud. Me parece increíble que después de tantos años los cuatro de Baltimore más el añadido de Glasgow, nos reunamos en una pequeña isla de la geografía de Escocia, para celebrar juntos el día de mi boda.

Si lo pienso detenidamente, aun a veces me cuesta dar crédito. Hace apenas cinco meses había desistido de formar una familia, en cambio, me veo a punto de casarme con mi amor y seré madre en pocos meses. Sí, lo había soñado, aunque estaba convencida que nunca lo conseguiría.

—Gracias. Ha sido un día perfecto.

Mi voz baja en su pecho.

Sus brazos sobre mi cuerpo deslizando suaves caricias adormilando mis sentidos.

—No he hecho nada. Ellos han querido venir —afirma con un beso en los labios.

—Has estado maravilloso, te quiero. —digo antes de bostezar.

—Y yo. Duérmete *gràdh*, mañana será otro día largo. —dice dándome un beso en la frente.

Sin más invitación, dejo que el latido de mi corazón se acompañe al suyo, hasta entrar en un estado de serenidad, donde las olas cubren mi cuerpo relajándolo hasta perder la noción de la realidad.

—Buenos días.

Escucho su voz baja junto a mi oído.

Abro despacio los ojos, para encontrarme la luz preciosa que entra por las ventanas, iluminando el rostro recién afeitado de Cam, con su cuerpo desnudo solo con las caderas envueltas en una toalla.

Se sienta en el borde de la cama acariciando con un dedo lentamente mi cara, mirándome embelesado. Alzo mi brazo acercando nuestras cabezas antes de darle el saludo matutino que necesito. Solo con notar la proximidad de sus labios sobre mi boca, mi cuerpo empieza a demandar más atenciones.

—Me iba a duchar. ¿Me acompañas? —susurra en mi cuello.

—Sí —respondo antes de levantarme y entrar juntos en el baño.

Un rato después de habernos lavado minuciosamente, nos vestimos de manera informal con vaqueros y camisetas blancas, muy conjuntados, para reunirnos con nuestros invitados en la cocina, donde tienen el desayuno listo. Van a pasar por casa de Peter para ver cómo ha ido la primera noche de los niños y nosotros aprovecharemos para ir al astillero, hemos quedado con los que faltan por llegar.

En el puerto coincidimos con Ian y Jack que andan mezclados con un grupo de turistas que lo miran todo con verdadera curiosidad.

—Hola ¿Cuándo habéis llegado? —pregunto antes de besarlos.

Como siempre mi amigo está espléndido, con sus bermudas negras y un

polo azul, casi vestido igual que su pareja, aunque Ian lleva una camiseta con un logo muy étnico.

—Hace diez minutos. ¿Cómo estáis? Cate estás preciosa —comenta Ian amable.

—Muy bien. ¿Y vosotros? —saluda Cam, tendiéndoles la mano.

—Perfectos. Esto es una pasada. —afirma entusiasmado Jack.

—Otra vez que vengáis podríamos salir con el barco. Os encantaría. —añado con orgullo.

La sonrisa que esboza mi patrón junto con un guiño cómplice, me indica que ha apreciado mi comentario ante la pasión que compartimos por el mar.

Tras los saludos, nos dirigimos al edificio donde he quedado con Syd y Joan a las que no veo desde hace diez años. Las espero en mi nuevo despacho, muy sonriente, admirando los detalles del precioso cuadro que sin duda será la estrella de nuestra oficina.

Cam está haciendo otro recorrido con los chicos.

—¿Se puede? —pregunta Syd antes de abrir mi puerta.

Me levanto de mi nueva silla para recibirlas y en cuanto entran, nos envolvemos en un cálido abrazo en el que las lágrimas aparecen irremediabilmente.

Mis compañeras están estupendas, alegres y muy bien acompañadas

por una preciosa niña mulata de unos cuatro años.

—¿Cómo estáis? —pregunto encantada de verlas tan bien.

—Muy bien. Tú estás como siempre. —comenta Joan con sus expresivos ojos azules.

—El despacho es precioso Cate y veo... que el pintor te ha dedicado un cuadro. —añade burlona Syd ante mi sonrisa atontada cuando miro la imagen de la pared.

—¿Y está niña tan guapa? ¿Cómo te llamas?

Me dirijo con dulzura a la pequeña.

—Judith.

—Es nuestra hija —afirma Syd cariñosa cogiéndola en brazos.

—Pues me podréis dar consejos. Me alegro mucho por las dos, me encanta veros tan bien.

—Más nos alegramos nosotras por ti —dice Joan cogiendo mi mano.

—Lo sé. Siento la manera como me fui.

Las miro con cierta melancolía.

—Cate de verdad, ahora lo que importa sois vosotros. Para qué hablar de eso —comenta Syd.

—Tienes razón, pero necesito que sepáis que no quise saber nada porque no lo hubiera soportado.

—Tranquila. Te comprendemos. —dice Joan amable.

—Bueno a ver enseñanos el anillo que te ha regalado el jefe —pide Syd alegre.

Muestro la sortija, con los destellantes blancos retorciéndose para recibir el precioso zafiro que han llevado, conmigo, la tercera generación de mujeres en la familia de Cam. Las miradas aprobatorias de ambas, intercambiando sonrisas cómplices, es muy elocuente.

—Enseñadme las vuestras —pido con interés.

Extienden sus manos donde lucen en sus dedos los dos aros plateados iguales.

—Me han dicho que vuestra boda fue una pasada.

—Sí, aunque Cam no vino. Solo Matt y me parece que alucinó un poco.

—Syd irónica.

—Algo he oído. ¿Cuántos días os vais a quedar?

Pasa entre ellas una breve ráfaga de los que se entienden sin palabras, pero a las que estoy acostumbrada. Aún recuerdo como me enredaron para ir a Dunvegan por primera vez.

—¿Qué os pasa? —pregunto intrigada.

—Nada, hemos pensado que nos gustaría criarla aquí. Londres es un poco estresante —informa sonriente Joan.

Mi cara se ilumina con una amplia sonrisa, al imaginar otra vez a mis amigas en el pueblo para poder vernos a menudo con nuestros hijos.

—Sí. Sí. Por favor, sí —exclamo emocionada abrazándola.

—Tengo que hablar con Cam. No sé cómo andará de personal. Nos vendría bien contar con algo para empezar, y no sé si necesitará ahora más gente —comenta un poco preocupada Joan.

—Fatal. Andan fatal. En cuanto se lo digas no va querer saber nada —añado con cachondeo, continuo—. Pero... Quizás para STG o... para mí... Cómo habréis podido ver mi nombre está en la puerta —añado bromeando.

—¿Venga ya? ¿Las tres?

La voz excitada de Syd.

—¿Por qué no? Os conozco, me conocéis, necesito contratar personal. Dentro de unos meses necesitaré gente de confianza, no podré venir. Sabéis hacer el trabajo, es incluso menos estresante que lo que hacíamos aquí, no tenemos que innovar, solo adaptar. No sé, creo que he tenido una iluminación.

—¿Iluminación por qué?

La voz grave de nuestro antiguo jefe entrando al despacho.

Me doy la vuelta para darle un suave beso en los labios, detrás vienen andando Jack e Ian, quien al ver a Judith rápidamente la ha cogido en brazos.

—Hola. ¿Qué os ha parecido? —pregunto con interés.

—Está muy bien. Creía que sería más pequeño —alaba Jack.

—Perdonad. Estas son mis amigas Syd y Joan, la preciosidad es Judith, su hija. Ellos son Jack e Ian.

Termino las presentaciones de la mano de mi ex jefe, en unas circunstancias bastante extraordinarias.

—Bueno jefa. ¿Cuándo empezamos? —pregunta Syd con una sonrisa burlona a Cam.

—Esta tarde vamos a hacer una barbacoa. Luego hablamos con calma de todo y os presento a mis socios —contesto tranquila.

—¿De qué habláis? —pregunta el curioso de ojos penetrantes que sujeta mi mano.

—Tu mujer nos ha ofrecido trabajar para ella —explica Joan sin ocultar su alegría.

—¿Cómo? ¿Pero vosotras no estáis en Londres?

—Nos podemos mudar. ¿No?

Syd y su sarcasmo.

—No sabía que queríais volver —admite con voz seria un poco confundido.

—¿Qué te parece?

Le pregunto sonriendo.

—Tú eres la jefa. Si quieres trabajar con dos cabras, es tu problema —responde bromista.

—Oye. No te pases, anda que tú no te lo pasabas bien.

Syd fingiendo enfado aunque esbozando una sonrisa.

—Si os sobra algún hueco. ¿Tú qué dices Ian? —pregunta Jack guasón.

—¿Tú aquí? ¿Trabajando? —pregunta Ian asombrado.

—¿Qué pasa? Aquí se vive muy bien —defiende Joan.

—No te lo discuto, pero aquí el amigo es más de la noche. No sé si aguantaría en el mismo sitio todos los días —razona Ian.

—Bueno ya está bien. Era solo una broma. Tampoco hay que agobiar —comenta el aludido.

—Tranquilo Jack, te contrato para que nos protejas ante el robo de personal.

La voz de alegre de Cam.

—Qué dices..., no trabajaban para ti —añado despreocupada.

—Bueno Cate, para ser honesta te diré que tú serás mi próxima jefa, pero Cam siempre será mi jefe, porque, —Lo mira encandilada, sigue—. Has sido con diferencia el mejor.

Se acerca y le da un beso cariñoso en la mejilla, al que su emocionado jefe responde con un afectuoso abrazo ante las sonrisas de todos los presentes.

Hacemos una barbacoa por la tarde en nuestra casa, dónde mezclamos a todos nuestros amigos.

Han venido también los O'Brian con sus familias y nuestros nuevos vecinos Sue y Ernst con sus hijas. Hasta Matt con su nueva conquista se ha

pasado al calor de la fiesta.

Los chicos se ocupan de la carne, mientras Anna y Amy han acompañado a Cam a Dunvegan para ver cómo van los preparativos de la celebración.

Peter está junto a las brasas con Julian, Charlie y Tom, bromeando, tomándose unas cervezas. Hasta que una de sus madres le traiga la comida sostengo a Judith en brazos, y me temo que va a ser Joan.

Syd y los "C" han retomado sus bromas, incluyendo a Ian en ellas y no la veo muy por la labor de ir a calentar la comida a la niña.

Sin equivocarme, su eficiente otra mamá aparece, rescatándola de mis brazos para llevarla dentro, ya voy teniendo más claro quién de las dos me va a dar los consejos.

—¿Cómo te va trabajando con esto todo el día? —pregunto con ironía a Charlie señalando a Tom.

—Lo sobrellevo. Ya son muchos años como para sorprenderme —afirma mirándolo.

—Scott, ten cuidado con lo que dices, por lo que me han contado, como Cate te coja el fallo le hace una oferta y te lo birla —advierte el simpático de Peter.

—¿Sí? ¿Así andas ya Cate? ¿Ya te estás apropiando del personal sin estar aún casados? —pregunta Tom con ironía.

Julian y yo nos miramos divertidos ante la velocidad con la que la noticia se ha propagado. La verdad es que, en cuanto se han conocido y hemos hablado con ellas sobre nuestras expectativas, la comunicación ha sido excelente, por lo que ya puedo afirmar que, de la manera más inesperada, he contratado a las dos únicas personas con las que había trabajado aquí y en las que confío plenamente.

Alguien se ha encargado de poner música y *Sovereign light café* empieza a sonar.

Veo aparecer a Jack, moviéndose para coger mi mano con su sonrisa alegre, llegándole hasta el azul *sky* de sus ojos. Empezamos a bailar seguidos por Ian y Syd. En un momento, estamos todos bailando entre niños y perros alegres.

Ver a Sue y Ernst con los O'Brian junto a mis mejores amigos y sus mujeres, está convirtiendo esta canción en el momento más divertido desde que han llegado.

La sonrisa de Peter bailando con Connor, acompañada del movimiento de sus bermudas con un brazo empuñando la pala de las hamburguesas, es para grabarla en vídeo. Victoria y Tom se intercambian con Charlie y Martha con agilidad, reflejando en sus rostros el buen rato que estamos pasando.

Como nos reímos, parecemos totalmente una secta de los sesenta que acaba de darse un banquete de setas.

Antes de que termine, vemos como se aproxima el coche de Cam, que al aparcar viene sonriente con Anna y Amy.

Ellas ya están acompañando sus movimientos con el ritmo de Keane. Me acerco a él tirando de sus manos ante las carcajadas de nuestros enloquecidos invitados.

—Te quiero —digo con sus labios en los míos.

—Yo más —afirma. Seguimos bailando—. ¿Qué estáis bebiendo?

Lo miro con ojos resplandecientes de felicidad y rodeo su cuello con mis brazos, a la vez que contoneo mi cuerpo delante del suyo y lo arrastro dentro de la histeria colectiva que se ha apoderado de todos los ocupantes de la casa sobre la colina en el puerto de Portree.

Por fin ha llegado el día de nuestra boda y dentro de dos horas es la ceremonia en *Parish Churh*.

Amy, lleva por lo menos una hora, detrás de los cuatro niños para que se tranquilicen. Helen y Connor van a ir delante abriendo nuestro paso, si antes no deciden liarla de alguna manera. Contamos también con esa posibilidad.

—¿Cómo vas? —pregunta Amy entrando en el dormitorio donde me estoy vistiendo.

—Bien, nerviosa. ¿Habéis hablado con Cam?

—Sí. No te preocupes por él, lo tiene todo controlado.

—Eso te lo ha dicho él. ¿Verdad?

—Anda, vamos, hacemos el moño y te maquillo.

—Pero no mucho, hace mucho calor.

Amy me maquilla destacando mis ojos con suavidad y tengo ya hecho un moño bajo donde me colocará una flor blanca de seda en un lado.

—Vamos Cate, ponte el vestido mientras yo me visto. Echo un vistazo a los niños y vuelvo.

Cojo mi precioso vestido y me lo coloco sobre el sujetador con encaje blanco y las braguitas a juego que compré.

Estoy terminando de ponerme las sandalias de tacón plateado cuando vuelve, muy elegante con un vestido corto verde esmeralda precioso.

—Estás preciosa Amy, el vestido te sienta genial.

Se centra en contemplarme admirando el sencillo vestido corto en seda natural brillante, con el corte acampanado y el cuello redondo, creo que me sienta bastante bien. El detalle del lazo en la cintura con los hilos mezclados en plata, hacen que la pequeña curva de mi barriga pase totalmente desapercibida.

—El tuyo sí que es bonito. Estás muy guapa, Cam se va a morir cuando te vea. Voy a ponerte la flor y terminamos.

—Hola, ¿Puedo?

La voz de Peter al otro lado de la puerta.

—Claro. Pasa.

Aparece ante nosotras uno de los pocos hombres que conozco que tanto si va informal como si viste como ahora, el estilo y la clase en sus movimientos hacen que parezca que está acostumbrado a ir siempre así.

Su kilt con cuadros en color gris medio con camisa, chaleco y calcetines negros, más la corbata roja, le queda como un guante. Va peinado con el pelo hacia atrás y se ha esmerado con el afeitado. Está muy atractivo.

—Pet. Dios. Porque me voy a casar con tu amigo, si no me lo pensaba —bromeo ante su mujer.

—Como si mi amigo lo fuera a permitir. Estás preciosa. —Se acerca cogiendo mis manos para ver bien mi vestido. Añade mirando a su mujer—. Tú también cariño.

—Muchas gracias señor padrino, pero vamos a dejar la charla. Faltan quince minutos y me estoy poniendo de los nervios. Me voy a ir yendo con los niños. Os espero en la puerta de la Iglesia —dice antes de salir del dormitorio.

—¿Qué nervios? Relajaos y disfrutad del día —apunta Peter convencido.

Empezamos a escuchar bastante jaleo abajo cuando Peter sale a ver qué está ocurriendo.

—EEEEOOOo... ¿Podemos subir?

Escucho la voz de Jack.

Aparece en el dormitorio junto con Ian, ambos de media etiqueta, impecables en sus trajes, azul marino el de Jack y marrón claro el de Ian.

Hacen una pareja espléndida, Ian trae en la mano un pequeño ramo de flores.

—Cathy. Es precioso. Muy tú, sencillo y muy elegante. Me encanta.

¿CH?

Asiento ante su percepción, como siempre un maestro de la moda.

—Hola, Cate. Eres la novia más guapa que he visto nunca —añade Ian.

—Vosotros también estáis estupendos.

—Toma te hemos traído dos cosas. Tú encargo y esto.

Me entrega una caja que abro para encontrar la pulsera que dejé encargada en Londres y el bouquet de flores silvestres blancas con solo dos rosas rojas cogidas en el tallo por una cinta de seda plateada.

—Gracias a los dos. Es precioso.

Peter me mira y sin decir palabra ambos sabemos que ha llegado la hora. Nos dirigimos fuera donde cogemos el orgullo de Cam para irnos hacia la Iglesia.

Se sienta al volante y antes de arrancar se vuelve hacia mí con una sonrisa tranquilizadora en su cara.

—¿Estás preparada?

—Sí. Vamos —digo dándole un apretón en la mano.

Unos minutos después paramos delante de la Iglesia. Amy se aproxima con Connor y Helen, vestidos ambos con trajes de color beige, el niño con pantalón corto y un fajín azul marino. Helen lleva un vestido de la misma tela que la ropa de Conn, con un lazo en la cintura del mismo color del fajín.

Están muy guapos. Un poco nerviosos porque tienen que ir andando de la mano despacio hacia el altar. La niña lleva un pequeño cestito con pétalos de colores que no tenemos muy claro donde acabará.

—Estáis muy guapos los dos. Vamos a hacerlo genial. ¿Vale?

Les digo animosa.

—Venga chicos, portaos bien y no hagáis trastadas. Andad los dos juntos despacio. ¿Entendido?

Peter padrazo.

—Sí, hemos practicado. Lo hacemos super bien —explica contenta Helen.

—Es verdad, pero yo te gané —advierte Connor.

—Connor, campeón. Hoy no hagas carreras —advierte la voz de su padre enarcando las cejas, antes de cruzar una mirada un poco preocupante conmigo.

En cuanto los niños entran en la Iglesia empieza a sonar el movimiento

II del *Invierno* de Vivaldi, antes de apoyarme en el brazo de Peter para empezar a andar hacia el altar.

—¿Es cosa de Cam? —pregunto ante una melodía que conozco perfectamente.

—Sí. Venga no me despistes. Habéis invitado a toda la isla. Como os pasáis —susurra a mi oído.

—A mí no me lo digas, a la mayoría no los conozco.

Todos los invitados asienten sonrientes mientras pasamos en nuestro recorrido, sin embargo, solo veo a Cam, impecable con un traje entallado gris muy oscuro con camisa blanca y una corbata en gris plata. La elegancia de su cuerpo junto a la ampliación de su sonrisa con sus ojos fijos en mí, me hacen respirar cogiendo aire porque voy a realizar lo inimaginable un año atrás.

Nuestras miradas conectadas hasta que me sitúo a su lado, donde toma mi mano besándola galante.

Peter y Anna, guapísima, con un vestido corto dorado, nos escoltan dando paso a la ceremonia.

Mis nervios poco a poco se van calmando sintiendo el roce de nuestras manos y unos minutos después de escuchar todo lo que el sacramento del matrimonio representa, el sacerdote insta a Cam a que exprese sus votos ante todos los asistentes.

Asiente con la cabeza volviéndose hacia mí.

—Catherine. —Hace una pausa e inspira hondo—. Eres mi sueño, estoy perdido en mi amor por ti desde que te conocí. Prometo dedicar el resto de mi vida a cumplir todas tus esperanzas y deseos. Prometo amarte sin condiciones y ser tu mejor compañero —Hace otra pausa—. Te quiero *gràdh*.

Su voz serena y firme antes de llevarse en su mano una solitaria lágrima que recorre lenta mi mejilla, mirándome con sus infinitos ojos azules enamorados.

—Cameron. Prometo amarte, si me dejas. Prometo ser tu digna compañera. Prometo hacerlo porque eres mi pasado, mi presente y mi futuro. Porque sueño amarte hasta el final de mis días. Porque te quiero.

Tras proclamar delante de todos nuestras intenciones con las manos unidas antes que Peter entregue los anillos al sacerdote, quien en un momento empieza con su declaración del matrimonio.

—Cameron McPheal. ¿Quieres tomar a Catherine Shaw, como esposa para vivir juntos de acuerdo a las leyes de Dios? ¿Prometes serle fiel en las alegrías y las penas, en la salud y en la enfermedad y así amarla y respetarla todos los días de tu vida?

—Sí. Quiero —afirma seguro mirándome feliz.

—Catherine Shaw. ¿Quieres tomar a Cameron McPheal, como esposo para vivir juntos de acuerdo a las leyes de Dios? ¿Prometes serle fiel en las alegrías y las penas, en la salud y en la enfermedad y así amarlo y respetarlo

todos los días de tu vida?

—Sí. Quiero —afirmo esbozando una sonrisa.

Intercambiamos los anillos que Peter nos ha regalado, unas alianzas preciosas de oro blanco muy sencillas con una pequeña vela grabada. Cam pone la mía en mi dedo anular derecho y yo hago lo mismo en su mano.

—Por el poder que me ha otorgado la Iglesia. Os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia —concluye el sacerdote.

Mi flamante marido, pasa dulcemente su mano por mi mejilla, antes de depositar un suave beso en mis labios para salir de su brazo ante las miradas alegres y felices de todos nuestros invitados.

Helen y Connor ayudados de Elle, nos lanzan los pétalos como si de una batalla se tratase, haciéndonos pasar un momento muy divertido.

Hacia el mediodía llegamos a Dunvegan donde nos hacemos fotos con todos, antes de sentarnos en la mesa que compartimos, con nuestros padrinos y sus parejas, acompañados de Jack e Ian.

Pasamos la comida alegres y felices en este día tan especial con nuestros amigos al lado.

El jardín ha quedado precioso, han puesto algunas guirnaldas con luces en los árboles y una orquesta pequeña, anima la celebración con música escocesa muy alegre.

La empresa de catering ha seguido las indicaciones que les dimos, consiguiendo que todo resulte elegante y sencillo.

El menú está siendo muy apreciado por todos y la elección de vinos que hizo Cam está haciendo las delicias de los asistentes más entendidos.

Cuando terminamos de comer, Peter pide silencio para hacer un brindis.

—Cate, Cam. Hoy nos habéis hecho muy felices a todos los que os queremos. Tú y yo —dice mirándolo—. Somos amigos desde hace tantos años que para mi tenerte cerca forma parte de mi vida. —Aprieto la mano de Cam, se está emocionando ante las palabras sentimentales de mi padrino. Continúa—. Eres una pieza fundamental de ella, eres mi jefe —Sonríe ante la negación de Cam acompañada de una sonrisa—. Mi compañero y mi hermano, por eso verte hoy aquí, con quien elegiste hace años, con alguien a quien me une una profunda amistad, es un honor para mí y toda mi familia. Felicidades a los dos.

—Gracias, Pet.

La voz profunda de Cam cuando se levanta y se dan un abrazo muy masculino.

Al pasar por detrás de mí se inclina dándome un beso en la mejilla.

—No llores —susurra junto a mi oído con cariño.

—Gracias. Ha sido muy bonito. —afirmo esbozando una sonrisa.

Unos minutos más tarde la orquesta empieza a tocar una canción que

considero una joya: *Wild Horses*.

—Señora McPheal. ¿Me concedes el honor?

—Siempre señor McPheal.

Nos levantamos ante las miradas de todos los invitados y cogidos de la mano, vamos hacia la parte donde la orquesta toca e iniciamos un baile lento, en solitario para unos minutos después, sentirnos rodeados de varias parejas que como nosotros deciden disfrutar de la música.

—¿Quién la ha elegido?

Alzando la cabeza de su pecho.

—¿Por qué? ¿No te gusta? —pregunta extrañado.

—Es una obra maestra.

—Menos que tú, ¿A quién se le podría ocurrir elegir a los Rolling?

Su voz grave antes de besar dulcemente mi nariz.

—Me gusta tu corbata.

—Es tuya.

—Y también tus votos —afirmo besando su cuello—. Y que me llamas Catherine.

—¿Por qué? Es precioso.

—Porque nunca me llamas así y me ha sorprendido.

—Pues no te sorprendas Catherine porque te voy a llamar todos los días muchas veces —afirma inclinando la cabeza antes de besar mis labios.

—Y yo a ti, mi amor.

Bailamos como uno solo, sintiendo nuestros cuerpos fundidos entre aguas tranquilas hasta que una mano conocida pide mis brazos en la siguiente canción, *Imagine*, mi marido lo mira sonriendo para hacerme un guiño antes de alejarse de nosotros.

—Gracias Pet eres el mejor. Me ha emocionado la canción, no la esperaba.

—Gracias a ti por estar hoy aquí —sonríe cariñoso.

—Has vuelto locos a los músicos por lo que veo.

—Sí. Los tengo muy entretenidos y lo que les queda.

—A ti sí que te queda —admito riendo ante su expresión sorprendida.

—¿Por qué? —pregunta intrigado.

—Por lo que has dicho esta mañana, relájate y disfruta —respondo despreocupada.

Nos movemos al compás de la música, rodeados del resto de personas que nos acompañan, hasta que Jack, se acerca a pedir su turno iniciando un recorrido que me va llevando, canción tras canción, por los brazos de mis amigos, igual que a Cam le está pasando con las chicas.

Estoy acusando el cansancio que tengo acumulado, pero cuando suena *November Rain*, Cam se acerca adonde estoy bailando con Jim.

—Anda, "C" compórtate y déjame a mi mujer —pide Cam.

—A tus órdenes McP —responde guasón antes de soltarme.

—¿Lo estás pasando bien Catherine? —afirma pegándose a su cuerpo.

—Muchísimo, ¿y tú?

Besando sus labios.

—Estoy contigo —Hace una pausa penetrando con sus ojos en los míos —. Nunca llegamos a bailarla.

—Pero la disfrutamos en el coche. ¿Te lo recuerdo? Y como vuelvas a decir mi nombre te secuestro y nos esfumamos.

—No me tientes que aún tenemos que ver a Peter entregado.

Su voz divertida.

Por la noche empiezan a poner canciones más movidas, aunque prefiero quitarme los zapatos e ir a la mesa donde Victoria, Anna y Amy comparten también pies libres de innecesarios obstáculos. Desde aquí contemplamos, como la mayoría de los resistentes bailarines empiezan a descontrolarse con el ritmo de *Viva la Vida*, hasta que decidimos unirnos a todos y corear el estribillo como posesas ante el guiño divertido de Cam, que va a empezar su broma con sus aliados.

Al terminar la canción se suben al escenario Matt y Syd con sendas guitarras eléctricas, muy metidos en su papel de estrellas del rock, acompañados de Jim, que va a hacer de maestro de ceremonias.

Cam muerto de risa, sin chaqueta y un poco afectado, se sienta en el césped llamándome para que lo acompañe junto al resto de improvisado público, que va cogiendo posiciones ante la proximidad de la actuación.

Me acerco sentándome delante suya, disfrutando viéndolo tan feliz e inmediatamente atrapa mi cintura entre sus brazos.

—Cariño vas a alucinar —afirma riendo.

—¡Atención! —grita Jim.

—¡"C" el micro! —chilla algún espontaneo.

Tengo que reconocer en defensa de nuestro más encarnizado rival con los dardos que tiene su mérito que esté manteniendo el tipo. Creo que con el alcohol que lleva en vena, yo habría muerto hace horas. Está claro que al resto de asistentes les importa poco, el que más y la que menos, llevan sus copas encima, así que si este pobre no coge el micro y prefiere desgañitarse ¿A quién le importa?

—¡Esta noche en honor a Cam y Cate! ¡Vamos a hacer un especial! — sigue a grito limpio.

—¡Capullo! ¡El micro!

El público empieza a abuchear al pelirrojo borracho que no se entera de nada. El pecho de mi flamante escocés no hace más que vibrar de las risas que llevamos varios minutos dejando libres sumándose a las del resto del personal.

Por fin se da cuenta de que el palo largo con una bola que tiene delante, tiene una misión y haciendo funcionar a pleno rendimiento, la pobre neurona que tiene a salvo en su inundado cerebro, consigue cogerlo ante el aplauso y vítores de su afición.

—Menos cachondeo.

El “C” airado, aunque lo disimula muy bien.

—¡Es para hoy!

El público impacientándose, mientras Matt y Syd, ambos de negro, esperan con unas pintas que no están pagadas con dinero. Imagino que pretendían parecerse a los Kiss, pero se han quedado en el intento, quien los ha maquillado debía ser el compañero en la barra de Jim, no tienen desperdicio.

—Bueno como iba diciendo... ¿Dónde está Taylor?...

La cara de Peter es un poema, debe estar imaginado de la que va a tener que salir. Su indumentaria se ha ido quedando por el camino y ya solo le queda la camisa medio desabrochada y el kilt, por lo que sin querer se parece en su vestimenta al cantante de AC/DC o incluso a Axl Rose en sus buenos tiempos, cuando salía a cantar con una falda escocesa.

—Compañero te ha tocado. Ven aquí —ordena C mirando al infinito.

Peter con cautela se acerca al escenario donde empieza a recibir los vítores de todos los que esperamos. Recibe de manos de su maestro de

ceremonias otra guitarra para empezar su actuación.

Los tres muy sonrientes, empiezan a tocar los acordes absolutamente distorsionados de *Smells Like Teen Spirit*, ante la histeria colectiva de la gente sencilla que, según Cam, solo venían a pasar un rato y divertirse. ¿Divertirse? Se lo están pasando bomba, además sin distinción de edades, ni nada de nada. Lo que importa es disfrutar y reírse.

—Creo que están empeorando con los años —admite riendo Cam.

—¿Lo han hecho alguna vez mejor? —pregunto ante la gran duda que tengo.

—No, pero podían haber mejorado llevan quince años haciendo lo mismo —explica carcajeándose.

Una vez que se hacen al escenario van cogiendo confianza y hasta varias canciones más no se dan por satisfechos. Nos hacen pasar un rato muy divertido antes de que sin prisas, los invitados se vayan retirando, lo que aprovechamos nosotros para hacer con discreción.

Antes de entrar Cam sonriendo en un movimiento suave, me coge en sus brazos, para entrar como recién casados en esta casa tan especial para nosotros.

En ella reconocimos que queríamos estar juntos. En ella un hombre bueno que amaba a su nieto me reconoció sin conocerme, porque solo vio en

mi corazón y supo que lo nuestro era verdadero amor.

Llegamos al dormitorio entre bromas y arrumacos románticos.

—Antes de nada quiero darte algo —anuncio mirando su expresión intrigada.

—Tengo entre mis brazos todo lo que quiero.

Su voz ronca con sus brazos rodeando mi cintura.

—Espera aquí.

Lo dejo y me vuelvo hacia la puerta.

Salgo del dormitorio para volver en unos minutos donde mi marido me espera descalzo. Se está quitando la camisa. Me acerco a él y le ofrezco la cajita que llevo en mi mano.

—Toma. Ábrelo.

Sin dejar de mirarme empieza a desenvolver el delicado envoltorio de una conocida joyería. Esboza una amplia sonrisa cuando ve la pulsera de cuero con las cuatro piezas de platino.

Se detiene a leer las inscripciones antes de mirarme emocionado:

«Mi amor». «Mi luz». «Mi destino». «Te amo C.»

—Te quiero. Pónmela.

Dándome un beso muy tierno en los labios.

Se la pongo y pasa un momento admirando como queda en su muñeca.

—No me la voy a quitar nunca. Gracias amor. Yo también tengo algo

para ti.

Se separa de mi lado para coger un sobre que hay sobre una de las mesitas de noche que rápidamente me entrega para que lo abra.

En cuanto lo hago mi cara de felicidad se ensancha con mis ojos sorprendidos, esto sí que no lo esperaba. Cam frente a mí viendo mi reacción, con una sonrisa, enorme tira de mi mano para entrelazar las suyas en mi espalda.

—¿Qué te parece? Salimos el martes.

—¿Maldivas? Te has vuelto loco.

Mis manos en su bello rostro dejándose acariciar.

—Recuerdo que una vez te dije que iríamos a la Antártida y me dijiste que hacía mucho frío que preferías algún sitio más calentito.

Su cuerpo alto y esbelto protegiendo el mío, mi corazón latiendo con el suyo al saber que hemos recordado la misma conversación de hace diez años, cuando nos conocimos, intentando sorprenderme tanto como yo a él.

No puedo reprimir una sonrisa al pensar que ambos hemos pensado en la Antártida para nuestra luna de miel.

—¿Qué te hace gracia? —pregunta seductor sujetando mi cuerpo.

—No me vas a creer, estuve a punto de comprar los billetes para la Antártida.

Voy deslizando mis manos suavemente entre su camisa abierta para

despacio terminar de desabrocharla. Se inclina sobre mí apoyando su frente en la mía.

—Nuestra conexión a veces me asusta, está más allá de lo que puedo comprender —susurran sus labios a los míos.

—Lo sé, para mí son nuestros lazos invisibles —afirmo antes de besarlo.

Me gira entre sus brazos y sus dedos empiezan despacio a bajar la cremallera de mi vestido, dejando besos cálidos en mi piel desnuda en su recorrido. Libre de telas entrometidas, sus manos recorren mi vientre a la vez que sus labios besan mis hombros erizando mi piel deseosa de seguir sintiendo sus caricias.

—Para mí son indestructibles.

Su voz grave junto mi oído.

Me desnuda con sus manos, regalando con sus labios mi cuerpo para cogerme en sus brazos y con movimientos suaves tumbarme en la cama, dejándome observar como se desprende del pantalón. Desliza sus manos por mis piernas y, en un lento viaje, va recorriendo todo mi cuerpo. Sin prisas, con todo su tiempo va acariciando y amando cada rincón.

Nuestros cuerpos unidos, llevándonos calmados hacia mareas, donde como siempre, nos fundimos entre esmeraldas y turquesas, hasta llegar a playas limpias que se dejan besar por ellas, donde nuestros corazones que ya

forman solo uno, perdidos entre tormentas de sensaciones son conscientes de que estaremos siempre juntos.

Casi un Epílogo

Dunvegan, Escocia

Jueves 15/8/2013

La casa de Dunvegan, la más especial para Cam y Cate, se ha convertido en su refugio, donde pasan muchos fines de semana y se trasladan huyendo del turismo que invade Skye cada verano.

Desde que llegaron hace unas semanas, Cate sabe que su cuerpo está sufriendo los cambios de un nuevo embarazo. Aunque tiene que confirmarlo, el retraso en su periodo de casi dos meses, no deja mucho margen de error y menos teniendo en cuenta el acierto de su marido en cuanto a puntería se refiere.

Afortunadamente, tener personas de su confianza le permite pasar bastante tiempo en casa, sin tener que desplazarse a las oficinas del astillero, donde también la actividad se ha incrementado considerablemente desde que decidieron incluir los trimaranes infantiles, muy de moda entre el público.

STG ha ido progresando en Europa hasta conseguir unos resultados muy buenos. Sus compañeras, tal como ella sabía, están haciendo un trabajo excelente y junto a los profesionales, que con la ayuda de Cameron fue

contratando, poco a poco se están consolidando con una cartera de clientes que crece año tras año.

Desde que Syd y Joan empezaron, por expreso deseo de Cate y solo para ellas, el jefe ha seguido siendo el mismo durante todo el tiempo, contando también con Peter como asesor cuando lo han necesitado; sin embargo desarrollan su trabajo con independencia de la compañía McPheal. Esto les ha hecho ganarse el respeto de todos los suspicaces que creyeron ver al principio una maniobra de Cameron para introducir en Europa la empresa extranjera de su esposa.

La calidad del trabajo que realizan junto con una esmerada atención al cliente y la confianza de los europeos que los conocían con anterioridad, los han posicionado como una de las mejores consultoras náuticas del sector comercial, tanto en Reino Unido como en la costa este norteamericana.

Cada cierto tiempo, normalmente dos veces al trimestre, o bien Julian o Anna, viajan durante una semana a Londres o Edimburgo, donde se reúnen con Cate. Aprovechan para asistir a citas con clientes, ver los progresos de la sucursal y sobre todo, para volver a estar juntos. Cuando es Anna quien viene suele ser Londres, y ambas se reúnen con sus hijos.

Si el trabajo a Cam se lo permite se une a ellos, si no, las amigas se quedan en el piso del *Soho*, llevándolos a conocer una ciudad que por muchas

veces que vayas nunca deja de sorprenderte con algo nuevo.

Nueva York los recibe dos o tres veces al año, donde se trasladan los tres e incluso varias veces Connor los ha acompañado, por lo que su amistad con Helen solo ha hecho que incrementarse y si cuando tenían seis años daban miedo, ahora con nueve dan pavor.

Según su tío, hay que vigilarlo, parece ser que su padre también empezó así con Amy, conociéndose desde que eran niños y al final han terminado como lo han hecho; compartiendo sus vidas desde casi siempre.

Jack e Ian, rompieron su relación hace un año y aunque al principio el abogado no pasó una buena etapa, decidió probar una temporada el aislamiento de Skye y ahora parece que lo tiene superado.

Desde hace seis meses ocupa la casa del pueblo, desde donde realiza su trabajo y solo cuando es necesario, asiste a alguna reunión en Londres. Para sorpresa de quienes lo conocen, se ha adaptado muy bien a la vida tranquila y parece que no tiene intención de volver.

Las tardes más frías que el trabajo de todos lo permite se reúnen en la bodega con Joan y Syd, acompañadas por Judith. La conexión entre Jack y ellas desde la boda fue inmediata, junto al hecho de estar siempre rodeados de niños, les hace sentir como una pequeña familia.

Cuando van a casa de los Taylor es lo mismo, pero un poco más salvaje ya que Peter y Connor, han iniciado a Jack en el rugby. Las carreras

del americano con el balón, antes de ser placado por Cam y Syd, no tienen precio para su única fan, que nunca imaginó a su amigo disfrutando del rudo deporte alejado de la ciudad.

Desde primavera casi todos los domingos organizan una barbacoa que indistintamente van celebrando en casa de alguno de ellos. Los Lexter totalmente integrados, ofrecieron la suya los primeros, demostrando ser unos anfitriones perfectos, hasta que a Cameron se le ocurrió apostar con Ernst una partida de póquer y ahí el aristócrata no tuvo piedad del arrogante escocés y le sacó totalmente gratis un trimarán para Elle.

Ni que decir tiene, que el empresario ahora se ve obligado a rechazar todos los retos a los que semanalmente lo desafían sus necesitados amigos, sobre todo, ha notado el creciente interés por los modelos más caros.

Por ahora el único afortunado ha sido Connor, pero ha tenido que echarles una mano a su padre y a su tío para tener el suyo. El niño colaboró sin poner ningún problema, al contrario, ha descubierto junto a ellos la satisfacción de crear con sus propias manos y el orgullo ante el trabajo bien hecho, por lo que creen que con él ya tienen digno sucesor para el astillero.

Cate se despereza temprano sintiendo el calor de Cam a su lado, sabe que tiene que hablar con él, pero por ahora prefiere disfrutar del espectáculo de su cuerpo desnudo, con el cual se empeña en desarmarla cada vez que sus

piernas se enredan con las suyas.

Con suavidad le acaricia el pecho, sintiendo el suave movimiento de su respiración relajada, y con mucha delicadeza va descendiendo con su mano, notando los firmes músculos de su estómago que conociendo su tacto van reaccionando a su paso.

La sensación de saber que, después del tiempo que llevan juntos, siguen amándose con la misma intensidad que siempre han compartido, es indescriptible para ella.

Su mano se acerca a la erección matutina de su marido, que al abrir los ojos le dedica una sonrisa adormilada. En cuestión de segundos se convierte en el deseo más absoluto hacia la única mujer con la capacidad para ver en lo más profundo de su ser.

—Sigue —ordena la voz grave de Cam.

La sonrisita triunfal de Cate, al saberse siempre hacedora de su placer, hace que su amor por ella solo aumente cada día al despertar a su lado.

—¿Seguro? ¿Y si se despierta? —pregunta sin detener su mano.

—Cariño, más...no se va a despertar.

Con un movimiento eficiente la sitúa bajo su cuerpo, percibiendo su suavidad a través del suyo e inclina la cabeza empezando el día con su vista favorita: los perfectos pechos de su esposa ansiosos de que su boca los acaricie.

—Cariño, por favor. No puedo más —ronronea la voz entrecortada de ella.

—Shhhhh. No hagas ruido.

Los labios de Cam empiezan el asedio sobre la sensible piel de Cate, a quien su estado ya no le permite más juegos sensuales.

—Cam. Por favor.

—La próxima vez que me despiertes piénsalo mejor —replica con una sonrisa de suficiencia.

—Tú verás el tiempo que le dedicas...porque te voy a tener muy entretenido los próximos siete meses.

Al escuchar el plazo de tiempo que le da, levanta la cabeza hasta colapsar con la profundidad de los ojos oscuros que lo observan dedicándole un guiño travieso.

—¿He oído bien? —pregunta inmóvil clavándole su mirada más atenta.

Las manos de Cate recorren su rostro con una incipiente barba a la vez que empieza a esbozar una sonrisa muy seductora.

—Sí —reconoce ella uniendo sus labios en un dulce beso.

—Te quiero —afirma Cam situándose entre sus piernas.

Con todo el amor que puede demostrarle, lentamente se introduce en su interior, donde inicia un ritmo sutil que en poco tiempo va consumiéndolos, hasta que alcanzan la liberación que solo ellos se saben dar.

—Me haces muy feliz —reconoce su voz profunda con el cuerpo desmadejado sobre el de ella

—Tú a mi también. Te quiero.

De repente se abre la puerta del dormitorio haciendo su aparición el rey de la casa acompañado por su escolta oficial.

El pequeño, de pelo castaño, entra con su pijama corto sonriendo a sus padres que aún están recuperándose del ejercicio matutino.

—Hola campeón.

La voz de Cam separándose de su mujer.

—Papi.

Se acerca a la cama estirando sus bracitos hacia su padre.

Cate sonrío feliz al ver con la rapidez que su marido lo alza, situándolo en la cama entre ellos.

—¿Has dormido bien cariño?

La dulce voz de su madre antes de besarlo.

—Sí. Ahora con papi.

Cam lo coge poniéndolo sobre sus piernas, deslizándolo hasta su abdomen, empezando un juego que le encanta repetir hasta el agotamiento. Su risa alegre y feliz, entre el cuerpo de su paciente padre, que incansable una y otra vez lo eleva para bajarlo de golpe, le provoca una carcajada muy divertida que inunda la habitación.

—Sabes una cosa, mami te va a traer una hermanita —comenta mirando alegre a su mujer.

—No te las prometas muy felices... Ahora bien, eres libre de volver a perder el tiempo con los nombres que quieras.

—Cariño no seas así, esta vez a lo mejor sí que voy a querer saberlo —admite jugando con el niño.

—Advertido estás McPheal, lo tuyo es el acierto en la puntería tienes que practicar más la definición.

Se echa a reír sin disimulo.

Detiene el movimiento del juego para dedicarle a la simpática de su mujer la mirada arrogante que ella conoce como el inicio de un desafío.

El pequeño ajeno al significado de las palabras de sus padres, solo se preocupa de que las piernas fuertes que lo sostienen sigan proporcionándole el placer que su inocente edad le pide.

—¿Practicar más definición, Catherine? —pregunta Cam con una media sonrisa.

—Lo que has oído.

—Después definimos lo que quieras... —susurra junto a la boca de ella.

La sonrisa que se va ampliando en los labios de Cate, hacen que las ganas de Cam por llegar al barco, donde van a pasar el día, se incrementen

ante los meses que le esperan de hormonas revolucionadas que él sabe se encargará de satisfacer.

—Anda campeón vamos a preparar el desayuno —anuncia antes de besar a su mujer.

Las protestas del pequeño pronto cesan en cuanto vuelve a tener a su disposición los cuerpos peludos de sus guardianes más leales, que los acompañan fuera. Cate durante unos minutos se dedica a holgazanear en la cama, sintiendo la calma de quien está tranquila con la vida que disfruta rodeada de los seres que más le importan.

La serenidad de la mañana con la luz entrando a raudales hace que sus párpados se cierren en su relajado cuerpo.

Vestido con bermudas azules y camiseta blanca, Cameron prepara varias bolsas para llevarlas al maletero del todoterreno que normalmente conduce Cate.

Ella aparece en la cocina con un vestido blanco veraniego. Cam deja su tarea y se aproxima esbozando una sonrisa prometedoras en su cara.

—Hola, dormilona —saluda su voz grave, rodeándola con los brazos.

—Buenos días otra vez, cariño.

La suave voz de Cate antes de besar sus labios.

Cam se separa un poco, empezando su cruzada particular ante la

sonrisa satisfecha de ella, al ver a su guerrero combatiendo en la misma guerra una y otra vez. En cuanto consigue su objetivo la traspasa con sus ojos, deslizando los pulgares sobre su victoria, la rodea otra vez con los brazos, dándole la bienvenida que necesita.

El alboroto de los perros al entrar desde el jardín con el pequeño, hace que sus padres lo observen con una sonrisa en los labios, convertido en el líder absoluto de sus más incondicionales amigos.

El niño con sus ojos exactamente iguales a los de su padre y su bisabuelo, corre directo a los brazos abiertos de Cam, esperándolos agachado hasta que se pierde protegido por ellos, bajo la orgullosa mirada de su madre, que no se cansa de ver a su marido prodigar ternura hacia su hijo.

—¡Papi! —exclama feliz rodeando su cuello.

—¡Hola! ¿Te hacen caso? —pregunta girando la cabeza hacia *Mad* y *Alioth*, ya más calmados.

—Sí. Ma caio. —explica con su media lengua a su sonriente papá.

—Pues cuando *Mad* te vuelva a tirar, le tienes que decir muy serio “No”, ya verás como no lo vuelve a hacer.

Se levanta del suelo con su hijo en brazos, llevándolo hacia Cate, que le da un beso muy cariñoso en la mejilla.

—Vale. ¿Mami babco? —admite contento.

—Claro, en cuanto terminemos de meter las cosas en el coche —

responde, mirándolo alegre.

—¿A qué está chuli ir en el barco? —pregunta su padre despeinándole el pelo rebelde castaño.

—Sí.

Ante la alegría del pequeño por navegar Cameron tiene claro que junto a Connor, ambos probablemente seguirán con la tradición familiar.

—Pues anda, ve con mami y yo preparo las cosas para irnos. ¿Vale?

Un rato después llegan al muelle, donde el CCCreep espera a sus dueños.

Los perros encantados suben la pasarela del barco precediendo a Cate, que porta al niño en sus brazos, mientras, Cam hace las comprobaciones antes de desatracar hacia el mar.

En este día soleado de agosto se cumplen tres años desde que se casaron, empezando así la etapa más tranquila de sus vidas, solo interrumpida cuando su hijo vino al mundo el diecinueve de enero de hace dos años.

Los días previos a su nacimiento, el nerviosismo de su madre no tenía nada que ver con la ansiedad de Cam, al sentirse aterrado ante la posibilidad de que algo fuera mal.

Por suerte, la eficacia de la doctora Carter y la naturaleza de Cate

hicieron posible que no sufriera un infarto. De hecho, las lágrimas que caían desbordadas de sus ojos, al tener el privilegio de ser el primero en sentir el pequeño cuerpo en brazos, hicieron que Cate aunque exhausta después del parto, olvidara todo el dolor solo viendo el infinito amor de su marido hacia ellos.

Ese momento tan especial quedó para siempre grabado a fuego en la mente de los dos.

«—¡Es un niño! —exclama Cam emocionado al ponerlo suavemente en el regazo de su madre.

—Lo sabía —afirma la feliz mamá.

El feliz padre se sienta en el borde de la cama admirando a su mujer con su hijo recién nacido en brazos.

—Mi amor. Es perfecto.

Con voz grave mirando extasiado a su hijo.

—Sí. Lo es.

Cate pasa con suavidad un dedo por la rosada mejilla del bebé, ajeno a las emociones que ha desatado en sus creadores. Duerme tranquilo en sus protectores brazos, mientras su padre acaricia su cabecita, perdida en sus manos.

—Te quiero.

Inclinándose para besar los labios de su esposa.

—Yo más —afirma con los ojos anegados en felices lágrimas.

—Estaba convencido que sería una niña —comenta desviando la vista hacia su bella mujer.

—¿Por qué?

—No lo sé, supongo que porque quería tener una pequeña tú —explica sonriendo.

—¿Habías pensado algún nombre?

—Sí, de niñas. ¿Cuál habías pensado tú? —pregunta con curiosidad.

—Desde que supe que sería un niño, lo tuve clarísimo. Duncan, quiero que se llame así.

La mirada de Cam nublada por lágrimas ante el nombre de su pequeño, hace que Cate acaricie su mejilla transmitiendo el profundo amor que siente hacia él.

Con la entrada de Peter y Amy acompañados de Connor llenan la habitación del hospital de sonidos alegres en una celebración de enorme felicidad. El abrazo con besos en la mejilla que han incluido hoy para saludarse Peter y Cameron, hace que Cate y Amy sonrían felices al verlos transmitir sus mejores deseos.

El orgulloso padrino con su ahijado en brazos, mira sonriente a su mujer, que cariñosa sujeta la mano de la primeriza.

—¿Cómo lo vais a llamar? —pregunta Amy con curiosidad.

—¿Cariño?

La voz de Cam mirando a una emocionada Cate.

—Duncan —anuncia, hace una pausa y añade—. Duncan P.

Las lágrimas en las mejillas de las mujeres contrastan con las sonrisas alegres de sus maridos que han vuelto a comunicarse en su propio lenguaje.

—No creía que cumplieras tu palabra —comenta el emocionado padrino.

—¿Lo dudabas? Ha tenido suerte, yo solo había buscado nombres de niñas que empezaran por P —comenta la voz feliz de Cam.

—¿Cuál era tu elección?

La voz curiosa de su mujer sonriendo cómplice a Amy.

—No puedo decirlo, me lo reservo para cuando lo pueda utilizar.

—¿Cómo dices? —pregunta su mujer incrédula.

—Cariño, tenemos que cumplir la apuesta de Julian.

—¿Apuesta? ¿Tengo cara de haber ganado? —exclama Cate, sorprendida.

—Compañero, te ha llegado un poco mayor tu premio, tampoco de embales.

—Escucha a Pet, es razonable. A ti se te ha ido la cabeza totalmente

—afirma Cate

Se acerca muy contento a ella, dándole un suave beso en los labios, sin importarle los ojos curiosos expectantes en la habitación.

—La cabeza se me fue hace mucho tiempo —confiesa con ternura cogiendo su rostro entre las manos.

Ante las risas de los asistentes a la feliz presentación, pasan un rato familiar muy agradable que se convierte en alborozo total cuando el recién nacido decide despertarse y mostrar al mundo su preciosa mirada.»

En cuanto está todo listo, Cam desliza a su hijo en un chaleco color naranja, y lo deja en el regazo de su madre, que sentada en la popa del barco disfruta de la salida hacia el mar, ante los ladridos alegres de los perros, disfrutando tanto como su amo al navegar por las aguas tranquilas en esta época.

Unos minutos después de salir del puerto, el silencio los envuelve, solo roto por las risas de Duncan, intentando ayudar a su padre a izar la mayor, cogiendo todos los cabos que tiene a mano. Cate sonríe viendo como su hijo ha heredado el amor hacia el mar de los McPheal.

Cuando la vela empieza a empujar el barco, lo sienta sobre una toalla, riendo por los juegos de sus queridos compañeros de viaje. Su padre baja para iniciar su ritual preferido: poner música, y no puede evitar observar la serie de fotos que decoran el interior de la cabina.

Las ha visto muchas veces, pero siempre es igual, verse abrazándola en la cubierta del velero que los llevó el año pasado a las Georgias del Sur y la sensación de sus cuerpos unidos, aguantando estoicos el fuerte viento, con su cuerpo protegiendo el de ella, hacen que siempre sienta la misma punzada de emoción y felicidad.

Sonriendo sigue contemplándolas. También con Peter y Amy, cuando cruzaron el *Drake* o la otra dónde él y Cate se miran a los ojos absolutamente enamorados en *Grytviken*, ante la tumba del aventurero irlandés que casi inició su historia y él prometió que algún día la visitarían.

Cate lo desconoce, pero tiene el firme propósito de ir cumpliendo todos sus sueños, acompañándola en el trayecto. Siempre lo tuvo claro y los años que se maldijo a sí mismo, le ayudaron a comprender que si habían tenido otra oportunidad se iba anclar a ella. Su bella americana, que le robó el corazón solo con una mirada, en la que él solo ve la profundidad de su amada tierra reflejada en sus preciosos ojos.

No puede dejar de recordar el día que la vio por primera vez, muy enfadada por su comportamiento, lo dejó impactado, o cuando se tuvo que ir a Londres, incapaz de estar cerca de ella sin descubrirse, o el mes absurdo que pasaron ignorándose, tratando de mantenerse alejados, hasta que ella decidió felicitarlo, y ya no pudo contenerse más a la única mujer que ha sido capaz de doblegarlo sin pestañear.

—Cariño. ¿Roxy? —pregunta desde abajo.

—Por supuesto.

En cuanto sube, tira con dulzura de su cintura, la sienta en su regazo y le besa el hombro. La melodía de *More than this* y la voz sensual de Brian Ferry, cantando solo para ellos, que se alejan de la costa, sintiendo su vida juntos. Unos ojos azules como el mar, unos brazos resistentes encerrándola, y sin querer resistirse, unos oscuros cobres sonrían y se cierran antes de besar sus labios.

Cate la única y absoluta dueña de su amor, acurrucada con él, deja que el viento le acaricie el rostro, sintiendo sus cálidas manos protegiendo la nueva vida que juntos han vuelto a crear.

—Te quiero gràdh.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar quiero agradecer a mi familia, su comprensión y apoyo a una escritora primeriza que les ha privado durante algunos meses de su compañía, al estar absolutamente involucrada en este proyecto.

Tengo que darle las gracias a mi amiga Susana Durán, quien leyó el primer borrador de esta historia. Su apoyo constante y aliento me dieron el empujón que necesitaba para creer que sería capaz de completarla. También a Alicia Leiva que fue la segunda persona en leerlo porque entre ambas me animaron y ofrecieron valiosas críticas constructivas que me ayudaron mucho.

A María José, Lidia y Miriam por sus ánimos y expectación ante el desarrollo de la novela. A mi hermana que sin haberla leído me ofreció todo su cariño incondicional desde la distancia.

No quiero olvidarme de mis amigos de Bath: José Luís, Claudia, Ana, Dani, Harry, Nia, Yoshi (quien condujo por Skye) y el maravilloso personal de The Bell.

Y por último a Rosa Gutiérrez que se mostró entusiasmada con poder participar poniendo su granito de arena, ofreciéndome toda su ayuda.

Muchas gracias a todos, estoy en deuda con vosotros.

R.A.M.

Mayo 2014

BIBLIOGRAFÍA / ARCHIVOS DIGITALES

- Arquitectura y construcción navales UPD
- Estudio hidrodinámico de un catamarán UPD
- Sails. Tejidos, laminados y fibras. Depoorter Sails.
- Viento real y viento aparente. UPD
- The protocol for the America's Cup www.americascup.com
- www.oracle-team-usa.americascup.com
- www.ingenierosnavales.com
- www.fondear.org
- www.invenes.oepm.es
- The forum software
- The napa system
- www.futuna-yatchs.com
- www.carbonoceanoyachts.com
- Directiva 98/85/CE